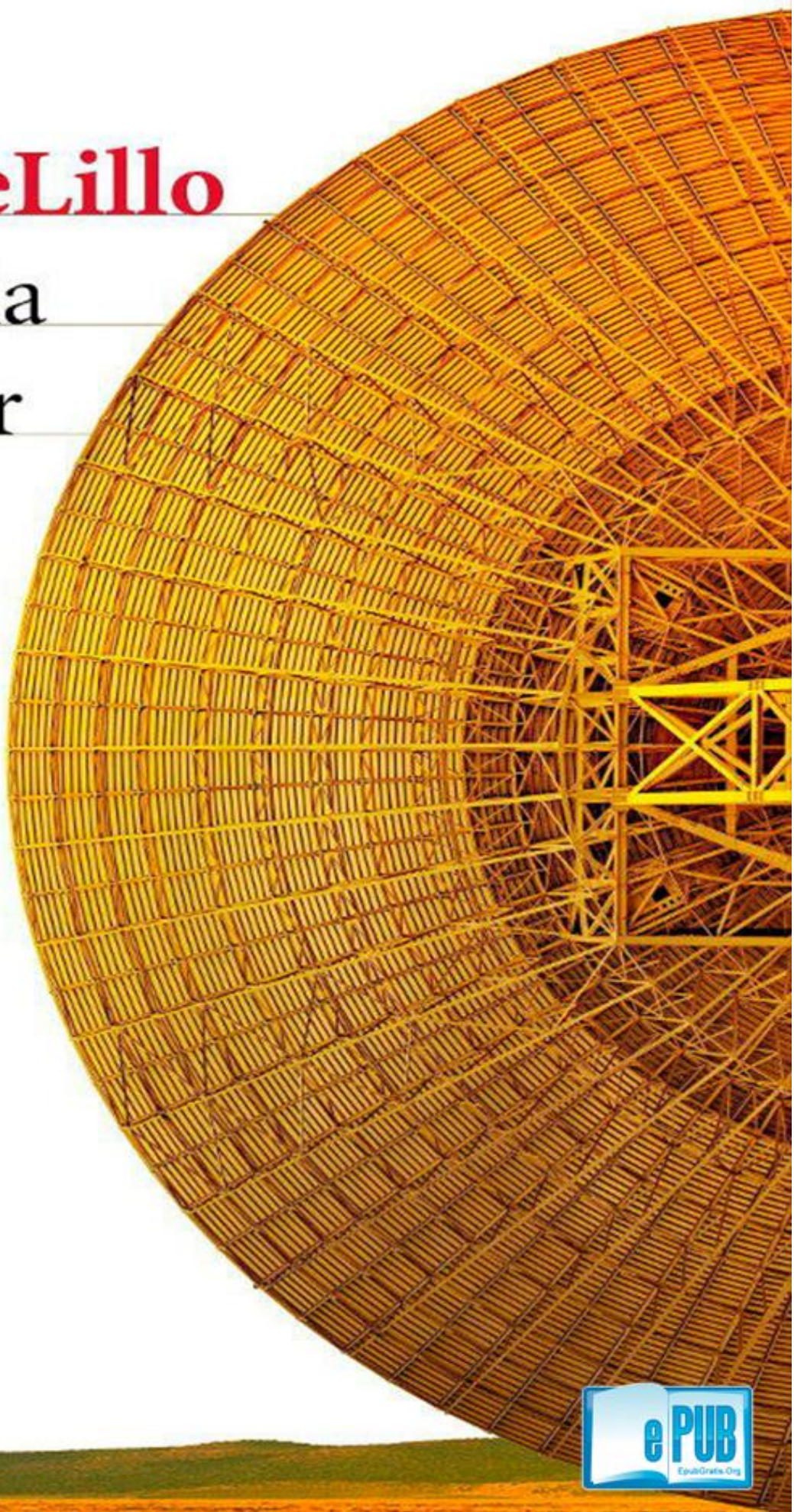


Don DeLillo

La estrella
de Ratner



La novela de culto de Don DeLillo, publicada en 1976 y disponible por primera vez en español. Una señal de radio procedente de un astro lejano, la estrella Ratner, ha llegado a la Tierra. Todo indica que se trata de un mensaje enviado por una inteligencia extraterrestre. En un lugar secreto de Asia central, los mejores científicos de todo el mundo han fracasado en sus intentos de descifrarlo. La única esperanza es Billy Twillig, un joven matemático del Bronx que con sólo catorce años ya ha sido galardonado con el Premio Nobel. El genio inocente de Billy se encuentra pronto enfrentado a los desvaríos de una comunidad de académicos lunáticos que compiten entre sí para resolver el enigma del universo. De este viaje al centro del cerebro y sus ficciones a bordo de una peligrosa nave de locos, nadie regresará siendo el mismo.



Don DeLillo

La Estrella de Ratner

ePub r1.0

3L1M4514517.10.15

más libros en epubgratis.org

Título original: *Ratner's Star*
Don DeLillo, 1976
Traducción: Javier Calvo
Diseño de cubierta: Seenivasan Kumaravel
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

ANDANZAS

EXPERIMENTO DE CAMPO NÚMERO UNO

SUBSTRATO

El pequeño Billy Twillig se subió a bordo de un 747 con rumbo a una tierra lejana. Esto se sabe a ciencia cierta. El hecho de que se subió al avión. El avión era un Sony 747, etiquetado como tal y programado para llegar a su punto de destino un número exacto de horas después del despegue. Todo esto es susceptible de verificación, marcado con guijarros (*khalix, calculus*), tan real como el número uno. Pero por delante quedaba el horizonte soñoliento, latiendo entre el polvo y los gases, una ficción cuyos límites venían determinados por la perspectiva de uno, un poco como esas cantidades imaginarias (la raíz cuadrada de menos uno, por ejemplo) que conducen a dimensiones nuevas.

El avión fue rodando hasta una pista de despegue remota. Billy iba sujeto con el cinturón a un asiento de ventanilla. A su lado, en la hilera de asientos dispuestos en formación 5-2-32-5, iba sentado un hombre leyendo una revista de navegación deportiva, y al lado del hombre había una, dos y hasta tres niñas. Aquella era toda la proximidad que a Billy le apetecía explorar de momento. Tenía catorce años y era más pequeño que la mayoría de los chicos de su edad. Si se lo examinaba de cerca, se podía encontrar en él una capacidad asombrosa de concentración, una intensidad manifiesta que compensaba la indiferencia de sus ojos castaños y sus modales por lo general apáticos. Visto de lejos, daba la impresión de no estar del todo en paz con su entorno presente, repanchingado con cautela en su asiento, un recién llegado a aquel remanso de tecnología y luz mortecina. El ruido del sistema de propulsión en miniatura cobró intensidad y el avión no tardó en despegar. Su ángulo de ascenso fue lo bastante empinado como para asustar al chico, que no había estado nunca en un avión. Como Suecia estaba en guerra, había recibido su Premio Nobel en un jardín de Pennyfellow, Connecticut, localidad a la que había ido y de la que había vuelto en el asiento trasero del pequeño Ford de su padre.

Era el primer Premio Nobel que se otorgaba en la categoría de matemáticas. El trabajo que había merecido el galardón sólo lo entendían tres o cuatro personas, todos matemáticos, claro, y fue gracias a la presión confidencial de aquellas personas que el comité del Nobel, tradicionalmente perdido del todo en aquel campo, acabara decidiéndose por Twillig, cuyo nombre de nacimiento era Terwilliger, William Denis Jr., prematuro hasta las cejas, lo bastante pequeño como para encajar sin problemas en una jarra de litro.

Su padre (para remontarnos un poco) era inspector de tercer raíl en el metro de Nueva York. Cuando el niño tenía siete años, el señor Terwilliger (a quien casi todo el mundo llamaba Babe) se lo llevó a los túneles del metro sólo para meterle un poco de miedo, un poco a modo de iniciación tebana. A fin de cuentas, era el sitio donde Babe se pasaba prácticamente la mitad de su vida consciente. Le resultaba del todo natural que un padre iniciara a su único hijo en la idea de que la existencia suele nutrirse de lo que hay debajo, del nivel del miedo, del plano de la obsesión, del tracto más lúgubre de la conciencia. Babe también albergaba en su mente la idea de que el niño le mostraría más respeto cuando viera la zona donde él trabajaba duro, donde experimentaba el acero y el olor a humedad. Viajaron un rato a bordo del tren local, de pie en la parte delantera del primer vagón, para tener la perspectiva del conductor. Luego se bajaron y recorrieron el andén de una estación desierta del sur del Bronx, entraron en un cuartucho de herramientas, bajaron unas escaleras, tomaron un pasillo, cruzaron una puerta y salieron a las vías, donde echaron a andar en silencio hacia la siguiente estación. Era domingo, y por tanto aquello resultaba razonablemente seguro; eran las vías de los trenes expresos y en aquella línea no circulaban expresos en domingo. Sin embargo, sí que pasó un tren local por la vía de al lado, levantando chispas azules y lentas. Bajo aquella lluvia incandescente, a Billy le pareció ver una rata. Delante tenían una curva abierta. Con la intención de hacer gracia y dar miedo, Babe hizo una serie de muecas de loco: la lengua fuera, los ojos desencajados, el cuello torcido y rígido. A diez metros de la siguiente parada, eligió una llave del llavero atiborrado que llevaba, abrió una puertecita que había en la pared ennegrecida y llevó a su hijo por otro cuartito de herramientas y

hasta el andén. Y eso fue todo, o casi todo. Un paseo por un tramo de vías a oscuras. Durante el trayecto de regreso se sentaron en el penúltimo vagón. Falló un mecanismo de bloqueo y su tren, que frenó tarde, chocó con la parte de atrás de un tren de mantenimiento atascado. Billy se encontró en el suelo del vagón. Al mirar delante vio metal impactado, un marco retorcido para los cuerpos que se entrecruzaban en medio del humo espeso. Luego hubo un momento de calma supralunar. En aquel momento, justo antes de echarse a llorar, se dio cuenta de que hay por lo menos un número primo entre todo número y su doble.

Llegó la azafata con un carrito de comida motorizado. Billy prefirió mirar por la ventana a comer. No había nada que ver, sólo espacio descolorido, pero la sensación de que había un entorno más allá de aquel trozo de tubo presurizado, un susurro lejano de la biosfera, lo hacía sentirse menos constreñido. Intentó situarse mentalmente en un contexto temporal de *gesh* sumerios, confiando en convencerse a sí mismo de que así conseguiría que el viaje pareciera una cuarta parte de lo largo que era. El sistema de cuñas que usaban los sumerios. Las potencias de sesenta. El sesenta como cuña vertical. Una mina eran sesenta shekels. Un talento eran sesenta minas. Los dioses estaban numerados del uno al sesenta. Había leído hacía poco (escrito en caligrafía astuta y urgente) que el sistema sexagesimal tenía unos cuatro mil años de antigüedad y que obviamente estaba lejos de extinguirse. Más listos que la mayoría, aquellos pueblos mesopotámicos. Capacidad natural para el álgebra. Hombres de mirada vidriosa prediciendo el Apocalipsis en sus *zigurats*.

Salió pasando como pudo por los asientos del hombre de al lado y su pequeña tribu de niñas y fue en busca del lavabo de la parte de atrás. Había once lavabos y todos estaban ocupados. Mientras esperaba en el tramo de pasillo que quedaba entre dos puertas, se le acercó un hombre corpulento y rubicundo que prácticamente exudaba esa especie de afabilidad incansable que la experiencia del viajar casi siempre induce en cierta gente.

—Mi boca dice hola.

—Hoola.

—Me llamo Eberhard Fearing —dijo el hombre—. ¿No te he visto en los medios?

—He salido un par de veces en televisión.

—Me quedé muy impresionado. Si no recuerdo mal, demostraste ser un maestro. *Brillante* es una palabra que se queda corta. Me encantó en particular tu fraseología técnica. Los matemáticos son una raza extraña. Lo sé porque los empleo en mi trabajo. Planificación y procedimientos. A ver, di un par de cosas.

—En persona no soy brillante.

—Quiero asegurarte que admiro los intelectos como el tuyo. Duro, frío y cortante, sí, señor. ¿Adónde te diriges?

—No tengo permiso para decirlo.

—¿Y vuelas directo o te bajas del avión por el camino?

—No hago comentarios.

—¿Dónde está tu espíritu de aventura?

—Es la primera vez que vuelo.

—¿Nervioso, pues? Háblame de matemáticas, entonces. En serio, ¿qué me cuentas?

—Creo que de momento nada.

—No hay sitio para la moratoria en ninguna profesión. Pero en la tuya especialmente. Los regalos pueden desaparecer sin aviso previo. Cumplés los dieciséis años y todo desaparece. Ya no te queda por delante nada más que una vida completamente normativa. ¿No deberías estar sonriendo?

—¿Por qué?

—Somos desconocidos en un avión —dijo Fearing—. Estamos manteniendo una charla amigable sobre esto y aquello. La situación pide sonrisas, ¿no crees? Es la esencia del viaje. Supuestamente, así se libera un montón de simpatía reprimida.

Se abrió una puerta y de uno de los lavabos salió cojeando una anciana que tenía un quiste de color ciruela detrás de la oreja izquierda. Billy vaciló antes de entrar en el mismo lavabo,

temeroso de que la anciana hubiera dejado atrás algún horror innombrable, producto de alguna glándula díscola. El pipicaca de los viejos. Y, en este caso, además enfermo. Descolorido hasta resultar irreconocible. Puede que sin tirar de la cadena. Por fin entró, deseoso de escapar de Eberhard Fearing, se encerró con pestillo en el compartimento de acero inoxidable y se fijó en lo poco que su reflejo se parecía a sí mismo, bastante pulcro con su americana y su corbata pero desacostumbradamente pálido, y por alguna razón cansado, como si aquel aire manufacturado estuviera amenazando su misma carne, extrayendo sustancias químicas necesarias y sustituyéndolas por disolventes malignos elaborados en Nueva Jersey. A su alrededor, a distintas alturas, había ranuras, pitorros, rejillas y receptáculos en voladizo; de uno de éstos salía un zumbido lubricado que sugería complejos procesos de reciclaje y depuración roñosa, un ruido localizado que no era más que una parte de una vibración que lo invadía todo, el latido silábico remoto del avión mismo.

Moratoria.

Había algo en aquella palabra que sugería amenaza. No era tanto una palabra extraña como una unidad lingüística extraterrestre o un trastorno vibratorio situado al otro lado de la frontera final de la vida. Había palabras que lo asustaban por sus insinuaciones de una amenaza comprimida. *Gota, ohmio, cornezuelo, pulpa*. Aquellos sonidos aparentemente orgánicos tenían poco que ver con el lenguaje, el significado o los ordenados contornos de las simples letras del alfabeto. Otras palabras tenían un efecto tranquilizador. Mucho después de familiarizarse con las curvas de transición de séptimo grado, se encontró con una definición de diccionario de la palabra *coseno* y descubrió allí una belleza no menos formal que la que había descubierto en los pliegues como de ropa de las ecuaciones gráficas (pese a que había razones para cuestionar la corrección absoluta de la definición):

La abscisa del punto final de un arco de una circunferencia que tiene su centro en el punto de origen de un sistema de coordenadas bidimensional, donde el arco tiene una longitud x y se mide en el sentido contrario a las agujas del reloj desde el punto $(0,1)$ si x es un valor positivo; o en el sentido de las agujas del reloj si x es negativo.

Se abrió la cremallera, dobló las rodillas para recolocarse una parte enredada del calzoncillo y luego se sacó el colgajo (que era como le habían enseñado a llamarlo) de los pantalones. Palabras y números. Escritura y cálculo. Escuelas de escritura cuneiforme situadas entre dos ríos. *Dubshar nished*. Escriba de las cuentas. ¿Cómo era? *Aš min eš limmu ia aš imin ussu ilimmu u*. Siempre había un número más, individual y distinto, fijo en su lugar y absolutamente completo. Se dio unos golpecitos en la parte inferior del colgajo con la intención de influir en el saco membranoso que almacenaba su orina. Los numerales más antiguos que se conocían. ¿Qué había leído en el manuscrito? Precuneiforme. Marcas hechas con estilos biselados en tablillas de arcilla. El número como intuición primitiva. El número generado a sí mismo. El número desarrollándose en la mente del niño de forma espontánea y no verbal. Números enteros considerados la chispa de todas las ideas matemáticas de la antigüedad. ¿Cómo era? «Que esas ideas sobrevivan continuamente a las civilizaciones que las alumbraron y a los idiomas en que se expresaron puede suscitar un par de especulaciones acerca del hombre prehistórico y *sus* matemáticas. ¿Qué había antes de la base sesenta? ¿Las notaciones caléndricas sobre las herramientas de hueso? ¿Los dedos de las manos y los pies? ¿O algo demasiado grandioso para que se lo imaginara la mente moderna? Aunque las excavaciones importantes apenas están arrancando, no es demasiado temprano para prepararnos para una serie de inversiones sorprendentes». Positivo en el sentido de las agujas del reloj. Negativo en sentido contrario.

Al final consiguió enviar unas cuantas gotitas débiles de orina a lo que parecía ser una cisterna sin fondo. Luego se lavó las manos y se peinó, usando las púas grandes del peine porque estaba convencido de que los surcos que dejaban le hacían parecer mayor. Tenía un cortecito en el pulgar tapado con una tirita que ahora se despegó, se chupó un poco la herida sin curar y luego tiró la tirita a aquel foso sin gérmenes, imaginando momentáneamente que una tira de plástico idéntica salía a flote a la superficie del agua que llenaba el lavamanos de acero inoxidable del lavabo de un avión comercial que sobrevolaba algún punto de las antípodas. Comprobó que

tuviera bien cerrada la cremallera. Le dedicó al espejo una sonrisa oriental estereotipada, una antisonrisa, de hecho, que había aprendido de las películas antiguas que ponían por televisión. Añadió unos cuantos asentimientos formales y luego abrió el pestillo y salió con cuidado del diminuto cubículo plateado.

De vuelta en su asiento, se enrolló la corbata con cuidado hasta llegar al nudo y luego miró como se volvía a desenrollar; a continuación se dedicó a repetir el gesto una y otra vez, usando ambas manos para plegarla y luego calculando con precisión el momento de soltarla, abriendo las dos manos en el mismo instante. Al cabo de mucho rato, el avión aterrizó para repostar combustible. Cuando estuvieron otra vez en el aire, caminó de costado por el pasillo hasta dejar atrás los lavabos y entrar en el jardín rocoso. La zona estaba atestada. Se sentó en una piedra y se esforzó por no quedarse mirando a ninguna de las mujeres acomodadas en las extrañas sillas triangulares que había desperdigadas por el lugar, señoritas en pose para librar conversaciones mundanas, y se preguntó qué tenían los viajes a gran altitud que las hacían parecer tan misteriosas y alcanzables, a contemplar en dos etapas: primero las rodillas muy recogidas, y a continuación los cuerpos parcialmente reclinados y distantes de las piernas radiantes. Estaba rodeado de gente embalsamada en sus posturas de cordialidad. Bebían y gesticulaban, llenando los senderos de la rocalla. De vez en cuando, alguna cara en concreto adoptaba de repente una especie de inteligencia descabellada, de tal manera que dentro del marco general de sus rasgos le aparecía una cabecita encogida, inflamada por las revelaciones. Niveles interiores. Subconjuntos. Capas subyacentes. En una silla cercana había una mujer de cincuenta y tantos años, menuda y de ojos muy redondos. Llevaba un vestido de color luminoso y tenía el flequillo cortado muy recto a la altura de las cejas. Para la edad que tenía era la mujer más *mona* que él había visto nunca. Echó un vistazo al folleto de agencia de viajes que ella estaba leyendo y acertó a leer las letras enormes de la cubierta.

TESOROS ANTIGUOS / PLACERES MODERNOS

UNA VIDA ENTERA DE RELACIONES NUEVAS A LO LARGO DE DOCE DÍAS DE RETOZAR Y
UNA NOCHE DE SENSUALIDAD PELIGROSA.

La mujer levantó la vista, sonrió y señaló un bolso de cuadros que tenía medio vacío entre los pies. Billy intentó reaccionar con una expresión que transmitiera a la mujer la idea de que él había malinterpretado su gesto como un simple saludo que no requería de más comunicación.

—Un basenji —dijo ella.

—Traduzca, por favor.

—Lo he metido a bordo, a escondidas, dentro de mi bolso. Es un cachorrillo encantador. Estoy segura de que le gustaría saludarte: «Hola, amiguito. ¿Adónde vas?».

—No doy respuesta.

—No eres amerasiático, ¿verdad?

—¿Eso qué es?

—Lo que antes llamaban niños de la guerra —explicó ella—. Padre marine y madre nativa. Los vendían en Bangkok por quinientos dólares. «Y no te estoy dando gato por liebre, colega». Tienes la edad adecuada para ser amerasiático. Yo soy la señora de Roger Laporte. «Hola, yo soy *Barnaby Laporte*. ¿A qué escuela vas, amiguito del alma?».

La mujer escuchó hasta la última palabra de la respuesta de Billy con esa obediencia ansiosa de quien está a punto de pasar por una operación quirúrgica importante. Cuando el chico terminó de hablarle del Centro, ella se inclinó sobre el bolso y le dio unas palmaditas. Además de ser hermosa, a la señora Laporte la rodeaba un aura bastante nítida de amabilidad. Era asombrosa la frecuencia con que la gente de aspecto amable resultaba estar loca. Billy se preguntó con gravedad si las cosas habían llegado a degenerar tanto como para que la gente loca y la gente amable fueran lo mismo. Cada vez que la mujer le hablaba haciendo ver que era el perro, encogía mucho el cuello y ponía voz chillona. Era lo más encantador que tenía.

—Debes de sentirte muy solo —dijo ella—. Todo el día rodeado de adultos e investigando sin parar entre cuatro paredes, sin el sol y el ejercicio que necesita el cuerpo de alguien de tu edad. El señor Laporte estudió en escuelas nocturnas.

Billy llevaba tiempo sin cortarse las uñas de los pies, y ahora se dio cuenta de que, cuando movía los dedos del pie derecho arriba y abajo, una uña particularmente larga le arañaba el interior del calcetín de orlón acrílico. Se dedicó a pasar el rato dejando que la uña del pie se le enganchara y raspara la tela con un gruñidito. Tenía ganas de sentarse en otro lugar, pero estaba seguro de que, en cuanto se pusiera de pie, la señora Laporte diría algo. Un hombre se cayó de una hamaca y su copa de cóctel se hizo trizas sobre una de las rocas del jardín. Si el perro se llamaba *Barnaby*, ¿su dueña les habría puesto a sus hijos Chispa o Flopi? La mujer parpadeó dos veces con sus ojos enormes, a continuación se abrazó a sí misma y se encogió de hombros, sonriendo en dirección a Billy: una serie de gestos que él interpretó fácilmente como desenfado puro y duro. Por supuesto, aquello lo dejaba con el problema de qué hacer a cambio.

—O sea, que eso que ha metido usted a bordo a escondidas es un perro —dijo—. ¿Y qué pasa si ladra?

—Un basenji —dijo ella.

Billy encontró un salón a oscuras y entró. Había dos hombres entretenidos con un juego de mesa egipcio. Con cuadrados de igual tamaño. Penalizaciones impuestas. Elemento de azar. Reconoció el juego: había visto a colegas suyos del centro jugarlo. Numerosas piezas geométricas. Una pieza única con forma de pájaro. Se acordó de las «bestias numéricas» del Antiguo Egipto: animales que se usaban para simbolizar diversas cantidades. El renacuajo equivalía a un millar, debido a los enormes bancos de aquellas criaturas que poblaban el barro cada vez que las aguas del Nilo se retiraban tras las inundaciones estacionales. Una serie de hombres llamados cordadores habían topografiado aquella tierra sin parcelar, usando nudos para calcular las unidades idénticas. Imposición fiscal y geometría. En la penumbra, Eberhard Fearing fue adoptando gradualmente una forma concreta. Piernas caminando hacia la izquierda.

—Me alegro de verte.

—Sí.

—Correcto del todo.

—Bien.

Tenía un conocimiento sumario de los textos matemáticos de aquel periodo. El problema de las siete personas que tienen cada una siete gatos que a su vez consumen cada uno siete ratones que a su vez mordisquean siete espigas de cebada, de cada una de las cuales habrían crecido siete medidas de cebada. En los papiros, las piernas que caminaban a la izquierda eran los signos de suma.

—¿Cómo estaba el cuarto de baño? —dijo Fearing.

—A mí me ha gustado.

—El mío era de primera clase.

—Muy agradable.

—Vaya avión.

—Qué tamaño.

—Exacto —dijo Fearing—. Has dado en el clavo. Le estaba hablando de ti a una chica que está allí. A ella le encantaría oírte hablar largo y tendido. ¿Qué te parece si la voy a buscar y hacemos un trío?

—Puede que ya no me encuentre.

—¿Dónde vas a estar?

—Puede que tenga que ver a una gente.

—Pues dime dónde. Y nos juntamos todos.

—No estoy seguro de que estén a bordo —dijo él—. El problema, fíjese, es que no estoy seguro de que estén a bordo.

—En otras palabras, concertaste una cita por adelantado para ver a esa gente. Antes incluso de subirte al avión.

—Eso mismo.

—En una sección determinada del avión y a una hora determinada.

—Cerca de los lavabos.

—Y ahora ni siquiera estás seguro de que estén a bordo.
—Eso es.
—Esa gente a la que conoces.
—Eso mismo.
—¿Cuántos son? —dijo Fearing.
—Puede que cuatro o puede que más.
—¿Y qué son, matemáticos?
—Unos sí y otros no.
—Cerca de los lavabos.
—Acabo de inspeccionar la zona —dijo Billy—. Todavía no están allí.
—Admiro su intelecto, señor. Lo admiro poderosamente.
—Entendido. Me alegro.
—Porque no hay mercancía que escasee más que la pericia intelectual. Los hombres como yo entendemos eso. Un placer hablar contigo. Si alguna vez estás cerca, pues nada, pasa a verme. Yo estoy muy céntrico. Tenemos unas iglesias tremendas. Y mucho sitio para aparcar. Tráete a tus socios si les da por aparecer.
—Les encantará venir.
—Yo doy trabajo a gente de tu ramo.

Los jugadores parecían a punto de quedarse dormidos. Ni razonamiento teórico ni teoremas básicos. La ciencia práctica de la ordenación física. El sentido de la masa. Científicos que siguen sondeando los bloques de piedra caliza con radar para descubrir qué hay sepultado en esas pirámides. Se acordó del obelisco de Central Park y se preguntó si alguna vez tendría ocasión de examinar un fragmento genuino de escritura sagrada.

Instrucciones para conocer todas las cosas oscuras.

El avión volaba por encima de las inclemencias meteorológicas. Fue a sentarse en una zona trasera situada detrás de los estantes del equipamiento y de los iconos antichoque. Pasó una hora libre de estrés. O tal vez fueron cuatro horas. Se había olvidado de qué tipo de brazada estaba usando para nadar por el tiempo, si eran los minutos o los *gish*. Aquella parte del avión tenía aspecto de llevar mucho sin usarse. Estaba llena de polvo y de trastos y sus verdaderas dimensiones quedaban ocultas por una intrincada serie de particiones. El plástico allí era de verdad, a diferencia de las variaciones sintéticas posteriores de las zonas delanteras. Una especie de Barrio Viejo. Apoyó los pies en la parte delantera del asiento y se encogió, y se fijó en la serie de dígitos que había grabados en el asiento, una secuencia de bultitos individuales polimerizados y situados entre sus zapatos: 072731. Debidamente enderezados y divididos por una serie mezclada de sus tres primeros dígitos, arrojaban un resultado que sólo estaba a un número de distancia del divisor; de tal manera que los dígitos del divisor y del resultado coincidían con los dígitos de la serie original (salvo uno); de tal manera que cada número consecutivo (el divisor y el resultado) era la suma de los cubos de sus dígitos. De hecho, nada lo aburría más que los cálculos puramente lúdicos. Y, sin embargo, su capacidad para comprender las propiedades de los números enteros era tal que a veces se sorprendía a sí mismo observando cómo un número se desplegaba hasta revelar la estructura reproductiva de su interior. Eberhard Fearing. Lo que le había contado a aquel risueño viajero sólo era mentira en parte. Sí que tenía programada una reunión (con una persona o personas desconocidas), pero no a aquella altitud. Cerró los ojos. Avión comercial atravesando la esfera de vapor, atravesando la amalgama ciega de gases, humedad y partículas de materia. Metal dilatado y marcado ritualmente. Sonó un timbre fuerte. Hizo sus cálculos con la misma facilidad con que un ave costera remonta una corriente ascendente. Pero la belleza era puro decorado a menos que fuera severa, a menos que se adhiriera estrictamente a una serie de códigos internos y coherentes, y esto era algo que él percibía con claridad, la archirrealidad de las matemáticas puras, su disposición austera, sus vínculos con la simplicidad y la permanencia; los equilibrios formales que mantienen, la inevitabilidad que acompaña a la sorpresa, la exactitud que acompaña a la generalidad; el desdén infinito que muestran las matemáticas hacia todo lo que hay de descuidado en el carácter de sus

practicantes y hacia todo lo que hay de trivial e innecesariamente repetitivo en su obra; su precisión como lenguaje; su reclamación de las conclusiones necesarias; su búsqueda de esquemas de conexiones y de una forma significativa; la libertad plural que ofrecen en esas mismas constricciones que nunca dejan de presentar.

Las matemáticas tenían sentido.

Bajó los pies hasta el suelo, sin abrir todavía los ojos, una circunstancia que confería al espectador el tiempo suficiente para determinar qué era lo que le daba al chico apariencia de adepto a la concentración: su simple quietud física, el hecho de que su cuerpo parecía comprimirse hasta adoptar la forma de un objeto más compacto. Era una quietud que los movimientos de sus pies no alteraban, pero que quedó completamente destruida en el instante mismo en que abrió los ojos. Este último acto sirvió para liberar en el mundo una presencia cuya naturaleza era en esencia serio-cómica, la presencia de la primera adolescencia intentando ocultarse dentro de un pliegue de apatía.

El timbre sonó otra vez y una luz se encendió y se apagó. Billy regresó a su asiento. El avión volvió a aterrizar para repostar y en esta ocasión él fue uno de los pasajeros que se bajaron. Se abrió paso entre una densa multitud de personas, ninguna de las cuales parecía estar yendo a parte alguna ni encontrándose con nadie. Se preguntó si vivirían en el aeropuerto. Tal vez en la ciudad no hubiera sitio para ellos y habían acabado asentándose allí, durmiendo dentro de los bidones de petróleo de los hangares en desuso, levantándose con el amanecer y entrando en la terminal a holgazanear. Llegó a su destino, una puerta de embarque especial que había en una zona aislada del aeropuerto. Allí lo esperaban dos hombres. Ya habían recogido su maleta y lo llevaron a bordo de otro avión, mucho más pequeño que el primero, sin más pasajeros que él, con espacio de sobra para bostezar y estirar las piernas. Sus acompañantes se llamaban Ottum y Hof. El vuelo fue relativamente corto, y después de que el avión descendiera sobre una pista de aterrizaje desierta, el chico y los dos hombres caminaron hasta una limusina que los esperaba. Billy tenía el enorme asiento trasero para él solo. Mientras Ottum arrancaba el coche, su socio se dio media vuelta y señaló un letrero pegado con cinta adhesiva a la parte inferior plegada de uno de los asientos auxiliares.

Por favor, absténgase de fumar por consideración al conductor de este vehículo, que sufre:

- | | |
|--|---|
| <input type="checkbox"/> Hipertensión | <input type="checkbox"/> Neumonía adquirida |
| <input type="checkbox"/> Tuberculosis | <input type="checkbox"/> Alergias asociadas con el tabaco |
| <input checked="" type="checkbox"/> Asma | <input type="checkbox"/> Dificultades respiratorias |
| <input type="checkbox"/> Asma bronquial | <input checked="" type="checkbox"/> Otras |

—Llegaremos en veintipocos minutos —dijo Ottum.

—Este coche es un Cadillac, ¿verdad?

—Nada más y nada menos.

—Casi me he quedado pasmado al verlo. Por eso pregunto. Aquí en medio de la nada.

—Son unos vehículos inconfundibles —dijo Hof—. Hecho a medida de cabo a rabo. Lo que llamamos un vehículo a motor meticulosamente personalizado. Ya lo creo que es un Cadillac.

—El Rolls-Royce de los automóviles —dijo Ottum.

A Billy le habían ordenado que no dijera a nadie adónde se dirigía. Tampoco podría haber dicho gran cosa ni aunque quisiera, ni a Eberhard Fearing ni a nadie. Conocía el nombre del lugar pero poco más. Al parecer, la gente al mando todavía estaba definiendo sus objetivos, y por tanto no hacía pública información más que con cuentagotas. En cuanto a la razón por la cual su presencia en concreto se consideraba esencial, no le habían dicho ni una palabra.

—¿Y está blindado?

—Por supuesto, de arriba abajo.

—Nunca lo hubiera imaginado. Solamente lo preguntaba porque lo normal es que una limusina tan grande incluya todos los extras.

—Es para la gente importante —dijo Hof.

—¿Alguna vez ha recibido disparos?

—Claro que no.

—Veo que no es de las que tienen techo de cristal.

—Lo ve —dijo Hof.

—Ya lo he oído —dijo Ottum.

—Ve que no tiene techo de cristal.

—Qué dos sentidos del humor tan tremendos.

—Enróllate.

—Sólo estaba replicando.

—Enróllate, anda —dijo Hof.

Intentó deleitarse con las lujosas comodidades del asiento de atrás, jugueteando con los chismes y raspándose las suelas de los zapatos contra los bordes de los asientos auxiliares plegados para limpiarlas de cualquier materia extraña que se le hubiera acumulado allí recientemente.

—No he pasado por la aduana.

—Ya nos hemos encargado de eso —dijo Hof—. Eres un caso especial. Es una cortesía que otorgan a los casos especiales.

Viajaron por carreteras en mal estado que surcaban una llanura gris. Vio una sola señal de vida: un viejo con una varilla de contar. Debe de estar ahí para los turistas, pensó. Al cabo de un rato apareció un punto parecido a una lentejuela en la unión de la tierra con el aire.

—Tal vez no lo sepas —dijo Hof—. Pero eres más o menos una leyenda de tu tiempo.

Estaban llegando a algún sitio. Y él se dio cuenta de inmediato de que era un sitio notable. Elevándose sobre el paisaje, y extendiéndose de lado a lado, había una estructura geométrica inmensa, no reconocible de inicio como algo diseñado para albergar, contener o dar cobijo, sino más bien como simple formulación, como expresión en términos sistemáticos de una maquinaria de cincuenta plantas o juguete educativo u objeto decorativo bidimensional. La forma dominante parecía ser un cicloide, esa elegante curva que traza un punto fijo de la circunferencia de un círculo al rodar sobre una línea recta, una línea que en este caso era la tierra misma. Su atención se desvió un momento mientras el coche cruzaba un campo de antenas parabólicas, centenares de ellas y todas sorprendentemente pequeñas. Ahora que lo tenía más cerca, pudo ver que el cicloide no estaba entero, sino que carecía de cúspide o arco superior, y que, encajado dentro de la figura por medio de un soporte de acero en forma de V, se encontraba el elemento central de toda la estructura: una lenta serie giratoria de aros en intersección con aspecto de instrumento medieval de astronomía.

En conjunto, la estructura debía de tener unos quinientos metros de ancho y unos doscientos de altura. Acero soldado. Hormigón armado. Polietileno traslúcido. Aluminio, cristal, Mylar, feldespatos. Se fijó en que las superficies parecían desviar la luz natural, provocando que las perspectivas desaparecieran y obligando a apartar la vista de vez en cuando. Punto línea superficie cuerpo. Sensación de espejismo solar. Y, pese a todo ello, era un edificio. Una cosa llena de gente.

El Experimento de Campo Número Uno.

El coche se detuvo junto a varias piezas de maquinaria de construcción. El chico salió, fascinado sobre todo por el lento movimiento del componente central, el elemento medieval de la estructura. Plata cegadora a ambos costados. Vetas y texturas de elusiva iridiscencia líquida. Y, sin embargo, la gigantesca esfera central, soportada por la V de acero, a su vez encajada dentro del cicloide discontinuo, estaba llena de aros de color bronce, era claramente tridimensional y giraba munificente por encima de Billy.

—¿Y ahora qué pasa? —dijo Hof.

—Que se va a sus aposentos.

—¿Y no tiene que ver a Dyne?

—Lo llevamos a sus aposentos —dijo Ottum.

El ascensor no producía sensación alguna de movimiento. Ni una sola vibración. Ni la más ligera onda lineal le cruzó las plantas de los pies. Podría haber estado descansando, o bien caminando de lado o en diagonal. No le gustaba aquella idea del movimiento estacionario. Quería saber qué se estaba moviendo y en qué dirección. Tenía la sensación de que le habían dado una medicación restrictiva y luego lo habían colocado dentro de un bloque de espuma coagulada, despojado del lenguaje natural de la continuidad.

Los dos hombres lo llevaron por una serie de pasillos secundarios que conducían a la entrada de un laberinto de conglomerado. La razón de ser de aquel lugar, dijo Ottum, era su «valor lúdico». Después de atravesar el laberinto, llegaron a los aposentos de Billy, a los que Hof denominó «cápsula». No había ventanas. La luz era indirecta y provenía de un pequeño foco de arco voltaico orientado hacia una placa reflectante que había encima. Las paredes eran ligeramente cóncavas y tenían paneles de un material reverberante decorado con cuadrados y figuras parecidas, todo en los mismos tonos de azul apagado y distorsionado por la topografía cóncava. El efecto óptico resultante hacía que de entrada la habitación pareciera casi totalmente desprovista de puntos de referencia horizontales y verticales. También estaba insonorizada y equipada con un «convertible» (una unidad que hacía las veces de sillón y cama) y un imponente equipo de pared. Ottum le explicó este último elemento. Se llamaba «módulo de entrada limitada» y se componía de mesa de trabajo, grabadora, videoteléfono con monitor, controles de temperatura, calculadora y «pantalla de telepanel». Esta pantalla formaba parte de un sistema de transmisión que incluía láseres, película de revelado automático, indicadores de posición, un trozo de tiza, una pizarra y líneas telefónicas normales; también grababa cualquier cosa que se escribiera en la pizarra y lo reproducía en el Complejo del Cerebro Espacial, situado más de cincuenta pisos por encima. Billy se quitó la chaqueta pero no encontró armario donde guardarla hasta que Hof accionó una palanca que había en el módulo.

—¿Ves esa rejilla que hay ahí en la pared? —dijo Ottum.

En una esquina de la habitación había una rejilla metálica de veinte centímetros cuadrados. Estaba encajada en la parte baja de la pared, con el lado inferior a un dedo del suelo. A través de la retícula de varillas de metal, Billy no vio más que oscuridad. Asintió con la cabeza en dirección a Ottum, que se sacó una tarjeta del bolsillo y se puso a leerla despacio y con voz oficial.

—El punto de salida sobre el cual se le ha llamado la atención es el único punto de salida de emergencia de este sector, y no hay que usarlo para ningún propósito, salvo en caso de incendio, inundación provocada por el hombre, catástrofe o desastre natural, o bien en situaciones de crisis internacional de esas que se caracterizan por ataques nucleares o eventos subnucleares de clase terminal. Si ha entendido usted esta declaración establecida, indíquelo por medio de palabra o gesto.

—La he entendido.

—La mayoría de la gente se limita a asentir con la cabeza —dijo Ottum—. Es más universal.

Billy añadió un asentimiento con la cabeza a su afirmación verbal.

—¿Cuánto tiempo lleva todo esto aquí? —dijo—. Este edificio enorme.

—Es relativamente nuevo —dijo Hof—. Le faltan unos días de retoques nada más. La gente ya está trabajando con ahínco para acabarlo. De momento todo cumple los plazos.

—Salvo el hecho de que el agua de los retretes va al revés —dijo Ottum—. Me he dado cuenta hoy. El remolino va de derecha a izquierda. Justo al contrario de como estamos acostumbrados.

Mientras Billy abría su maleta, los dos hombres se detuvieron en la puerta.

—Se supone que ahora tiene que descansar —dijo Hof—. Primero descansa. Luego se asea. Luego come y duerme. Y por fin ve a Dyne.

—¿Cuándo deshago la maleta?

—¿Sabe que tiene que mantenerse lejos de la maquinaria de construcción? —dijo Ottum—. Tal vez habría que decírselo de forma oficial. ¿Sabe que puede ser peligroso para un niño acercarse a una grúa gigante?

—Empiezo a tener la sensación de que este sitio tiene muchas reglas.

—Sé tú mismo —dijo Hof—. Pero no te alejes demasiado.

Les escribió una postal a sus padres, que estaban en el Bronx, para contarles lo del Cadillac blindado. Luego se tumbó en el convertible, supuestamente para descansar. Descansar, asearse, comer, dormir. Pero si dormía ahora, lo descontrolaría todo. Pensó en el comentario que le había hecho Ottum sobre la grúa gigante. ¿Por qué había dicho lo de «gigante»? ¿Por qué no simplemente «grúa»? ¿Acaso no eran todas las grúas de construcción bastante gigantescas? Se encogió en el interior del fardo apenas flexible de material parecido a una tela gruesa. ¿Era posible que lo hubiera oído mal y Ottum hubiera dicho «grulla» en vez de «grúa»? No, no era posible. Pero tampoco era imposible. Vale, pues si era una grulla, ¿qué clase de grulla? Un ave silenciosa y zancuda con alas gigantes que batía sobre las cabezas de las pequeñas personas que dormían.

Y tú te lo crees, mongolito.

Sintió un calambre en el pie derecho. Los dedos del pie se le doblaron hacia abajo y hacia dentro y se le quedaron agarrotados en esa posición. Cada vez que tenía aquella sensación, daba por sentado que tendría suerte si volvía a caminar algún día. Mientras se preguntaba qué hacer en caso de que el calambre empezara a propagarse, fue consciente por fin de lo increíblemente insonorizada que estaba la cápsula. En su experiencia, todas las habitaciones poseían alguna clase de tono, de manera que ahora intentó captar algo en el aire, aislar un par de respiraciones medidas, alguna distorsión de la calma monumental. Siempre hay cierto peligro vinculado con la ciencia de sondear el substrato. Al cabo de un rato se olvidó de que se suponía que tenía que estar concentrado en la escucha. Descansó sobre una línea estable, concluyendo por fin el largo descenso de la jornada hasta la superficie de las cosas concretas.

FLUJO

Llevar un nombre es algo al mismo tiempo terrible y necesario. Tras emerger del voluminoso caos de los nombres, el niño alcanza por fin a ver que uno nunca escapa del todo de la designación verbal, que solamente se puede postergar el momento de conocer a tu sustituto, a esa sombra alfabética abstraída de su fuente física.

—Conocimiento —dijo Byron Dyne—. El estado o hecho de conocer. Aquello que se conoce. La suma humana de las cosas conocidas.

Era un hombre liviano, bien vestido; sus orejas, labios y nariz daban la impresión de haber sido tomados de una persona mucho más corpulenta y luego pegados a una cara al azar, a modo de broma quirúrgica. Se sentó junto al panel talámico principal del Complejo de Gnomónica, una zona ocupada por varias hileras de consolas. Sentado en una butaca ovoide, Billy intentó prestar atención. No había nadie más a la vista. La pared de detrás de la cabeza de Dyne estaba cubierta de fotografías de científicos ilustres y casi ilustres. Dyne puso una sonrisa experimental, que al parecer era un hábito que tenía.

—En cualquier caso, estamos intentando crear una noción de comunidad planetaria. Un solo pueblo, etcétera. Aparte del personal de mantenimiento, aquí todo el mundo es científico o científico-administrador. Sin embargo, intentamos mirar más allá de la ciencia. Una visión mundial. Las Naciones Unidas están en Nueva York. El zoo de Copenhague está en Dinamarca. Y nosotros estamos aquí. El edificio con calefacción solar más grande del mundo.

—La curva con el descenso más rápido.

—¿Cuál es?

—El cicloide.

—Yo también soy científico-administrador —dijo Dyne—. Y como tal, tengo el placer de darte la bienvenida. Tenemos aquí a una treintena de premios Nobel. Pero ninguno de unas dimensiones comparables a las tuyas. Qué hombrecito tan intenso. El principal acelerador de radicales del mundo. ¿De qué trata exactamente tu obra?

—De zorgs.

Un punto negro apareció en el suelo, a unos dedos de distancia del pie derecho de Byron Dyne. Parecía estar expandiéndose, alguna especie de mancha. Sin embargo, no había evidencia de humedad. No había más que una zona oscura que no paraba de aumentar de tamaño.

—¿Me puedes contar qué es un zorg sin resultar técnico ni aburrido?

—Es algo bastante incomprensible a menos que uno conozca el lenguaje. Un zorg es una especie de número. Los zorgs no se pueden aplicar a nada que no sean las matemáticas. Los zorgs son inútiles. En otras palabras, carecen de aplicación.

—La microminiaturización.

—¿Es vuestro campo?

—Condensamos datos en bruto. Esas consolas que tienes detrás llevan a cabo el grueso del trabajo. El Complejo de Gnomónica engloba cinco disciplinas. La microminiaturización es la más amplia.

—¿Me puede usted decir qué tengo que hacer ahora?

—Te han mandado a mí para tu presesión informativa. Y eso estamos haciendo. Tu presesión informativa.

—Y la sesión informativa ¿cuándo es?

—De momento basta con que conozcas la razón general de ser del Experimento de Campo Número Uno. Se trata de la realización del sueño más antiguo de la humanidad.

—¿Qué sueño es ése?

—El conocimiento —dijo Dyne—. Estudiar el planeta. Observar el sistema solar. Escuchar al universo. Conocerse a uno mismo.

—El espacio.

—El espacio interior y el exterior. Los dos se infiltran en el otro. En estos momentos tenemos a más de dos mil personas viviendo y trabajando aquí. El coste lo comparten un centenar de naciones. Conciencia planetaria única. Estrategia racional. Visión mundial. ¿Cuántas naciones comparten el coste?

—Un centenar.

—Bien —dijo.

Entró una mujer vestida de *tweed*. Otro intento de sonrisa avanzó muy lentamente por la cara de Byron Dyne. Alentada por este gesto, la mujer se le acercó.

—Soy la señora Laudabur, de la Cooperativa Bíblica Expedicionaria del Mundo. Me han dicho que venga a ver a un tal señor Dyne.

—¿Qué quiere usted?

—Nuestras biblias han sido encoladas y cosidas a mano por refugiados. Me han dicho que un tal señor Dyne tal vez las quiera comprar al por mayor.

—Lárguese —le dijo él en tono neutro.

—Ambos testamentos —dijo la mujer—. Traducidos directamente de las lenguas originales. Corregidos por soldados capturados. En cuero de grano persa.

—No nos hacen falta biblias. Ya tenemos películas. Siempre que queramos podemos ver a Charlton Heston encadenado.

—Con los pedidos al por mayor regalamos cuchillos.

—Totemista —dijo él—. Arpía de las oraciones.

La mancha en plena propagación había cruzado el suelo y estaba empezando a subir por la pared de detrás de la cabeza de Dyne, hasta llegar a un palmo o dos de una fotografía de gran tamaño situada justo a la derecha del panel talámico. Billy reconoció al hombre de la foto. Era Henrik Endor, un célebre matemático y astrofísico. Tenía sesenta y pico años y llevaba barba y una estrella de cinco puntas colgada de una cadena alrededor del cuello. Billy lo había visto una vez, en la Universidad Rockefeller, donde Endor se había descrito a sí mismo como el venerable hijo de Tales y Heráclito. El aliento le olía a cacahuetes.

Ahora entró un operario y le dijo a Byron Dyne que el sistema de seguridad antiincendios había desarrollado una avería. Aunque no existía peligro inmediato, muchas de las paredes y suelos se estaban llenando de «líquido preventivo». El mismo grosor de las paredes era una salvaguarda que impedía que la humedad se filtrara a través de ellas, pero aun así se estaba evidenciando un efecto silueta. Mientras el informe del operario tocaba a su fin, la señora Laudabur se puso a agitar una mano delante de su cara.

—¿Me puede decir dónde está el señor Dyne? —dijo—. Porque me da la impresión de que la persona con la que he estado hablando no es la indicada y no cuenta con autorización para comprar al por mayor.

Durante los comentarios que vinieron a continuación, Billy se paseó por la zona, fijándose en que las consolas, las dieciséis, estaban colocadas de tal manera que había siete separadas de las nueve restantes por medio de una partición en forma de L. Esto quería decir que el cuadrado de tres se derivaba del cuadrado de cuatro por medio de la presencia de aquella frontera o regla de carpintería, y que si se aumentaba el número de consolas a veinticinco y se levantaba una nueva partición, que esta vez aislara nueve consolas, el resultado sería el cuadrado de cuatro que se derivaba del cuadrado de cinco, todos ellos números impares (siete, nueve y así sucesivamente), reproduciendo la relación fraccional que existía entre números cuadrados sucesivos. Como la necesidad de calcular no lo había seducido nunca, era más proclive a prestar atención al patrón en sí que a la numeración en bruto. Cuando vio que volvía a estar a solas con el científico-administrador, regresó a su asiento. Díada de lo grande y lo pequeño. En la ciudad de los elegidos habían atravesado los pórticos y los jardines exteriores, habían pasado junto a hombres con velos blancos, iniciados en los números, bailarines dóricos, y habían sido conducidos a celdas equipadas con pizarras donde se les había dado la orden de que decodificaran el símbolo del universo de doce facetas.

—Te voy a contar un secreto —dijo Dyne—. La aritmética nunca se me ha dado bien.

Habían tenido que hacer frente al terror de lo irracional, a aquella eterna hendidura en la divinidad de los números enteros. Subdividir el movimiento continuo de un punto. A este lado de la locura no existe medición común. Proporción entre la diagonal y el lado del cuadrado. Tres segmentos de una línea en la estrella de cinco rayos de Endor. Nada se corresponde. Algo se escapa. Chirrido y arañazo de lo inexpresable.

—Hoy en día siguen pareciéndome un misterio. Los números enteros comunes, ordinarios y simples. Cómo funcionan, cómo se conectan entre ellos, lo que implican, de qué están hechos. Lo diminutas que son las matemáticas, he ahí otro misterio. En comparación, la micromini es una ciencia gigante.

—No creo que se pueda considerar ningún misterio. No hay misterio ninguno. Hablar de dificultad, pues vale, la dificultad de la aritmética simple. Pero ¿misterio? De eso nada, el misterio es otra cosa.

La sonrisa de Dyne atajó toda discusión posterior sobre el tema. Tosió tapándose la boca con la manga de la chaqueta del traje. A Billy le gustó bastante. Era un gesto al mismo tiempo regio y descuidado, lo que te esperarías de un aristócrata chiflado serenamente desapegado. A continuación, el hombre examinó la zona y acabó concentrando su atención en algún punto teórico situado en la media distancia.

—Diseñada por una mujer —dijo por fin.

—Buen trabajo.

—Todo el concepto. Y la ejecución.

—Buen resultado.

—De principio a fin.

—¿Qué ha sido diseñada por una mujer?

—Toda esta estructura.

—Muy grande.

—Por dentro y por fuera.

—Me gusta que sea espaciosa.

—¿Sabes qué clase de esfera es la que está encajada en la estructura principal? Una esfera armilar, es una esfera armilar. Se usó mucho en el Renacimiento musulmán. Por supuesto, la nuestra es un supermodelo. Mucho más grande que cualquiera que pudieran concebir en aquella época.

—¿Y la gente trabaja en ella?

—La moción es tan gradual y la estructura tan grande que no notan ningún movimiento. Sí, es una esfera en funcionamiento. Da la hora, el día y el año. Mide la inclinación del eje terráqueo. Mide la altura del Sol. Mide las coordenadas de una estrella. También alberga cuatro o cinco complejos y a unas seiscientas personas. La estructura es completamente autosuficiente. Está llena de conductos de salida de humos y de unidades de reciclaje. La comida sintética la procesan máquinas en nuestras instalaciones. Por no mencionar la calefacción solar.

—Ya la ha mencionado usted antes.

—¿Has visto el despliegue de antenas que hay de camino a aquí?

—Telescopios.

—Cada parabólica contiene una malla reflectante. Y la formación entera constituye lo que llamamos un radiotelescopio de síntesis. ¿Te ha sorprendido el tamaño de las unidades?

—Son de pequeño tamaño.

—Es por la malla —dijo Dyne—. Para la malla hemos usado unos componentes inimaginablemente pequeños. De ese modo conseguimos que el escaneado en bruto resulte más fácil que nunca.

—¿Y dónde ha puesto esa mujer el cuarto de baño?

—De manera que todo junto es una especie de radio despertador, si lo quieres ver así. Es una forma perfectamente legítima de verlo. Entre la esfera armilar y el telescopio de síntesis, lo que tenemos aquí es un radio despertador gigante microminiaturizado.

—¿Endor está aquí?

—Endor vive en un hoyo en el suelo a unos quince kilómetros al este de aquí.

—¿Un hoyo?

—Se niega a salir de él —dijo Dyne.

La pared seguía oscureciéndose en todas direcciones. Billy se volvió para ver que lo mismo estaba sucediendo detrás de él, y a ambos lados. También por el suelo y el techo. No había peligro inmediato, había dicho el técnico de mantenimiento. Sólo aquella tensión. Aquella deformación plástica gradual de un objeto sólido que lo convertía en oleadas rebosantes de movimiento.

—¿Por dónde está el cuarto de baño? —dijo.

—La presesión informativa no se ha acabado.

—Tardo un momento.

—¿Cuánto dura un momento?

—Hasta que acabe.

—¿Pipí o lo otro?

—¿Cómo dice?

—¿Lo que se hace de pie o lo que se hace sentado?

Su madre a menudo lo llamaba «mami». Era un caso de imitación doble. De niño él imitaba de forma natural muchas de las cosas que Faye decía y a menudo ella respondía con imitaciones cariñosas del facsímil original de él. No había ninguna intención de burla; era lo mismo que si ella lo llamara «junior» o «nene» o «cielo». Resultó, sin embargo, que ella lo llamaba «mami»: un término cariñoso situado más allá de la frontera meridional del afecto desordenado. Ya casi tenía doce años cuando por fin consiguió quitarle a su madre aquel hábito.

Su madre también era responsable del segundo de sus apodosos no deseados. La afición obsesiva por el cine que había tenido Faye durante su infancia y su adolescencia sólo la habían interrumpido la infancia y la adolescencia mismas. La extravagante atracción que sentía por el cine era prácticamente un acto de violencia. Para entonces ya había visto todo lo rodado alguna vez y se contentaba con pasarse los años apacibles de su maternidad delante del televisor, viendo las mismas películas una y otra vez. Lectora constante de publicaciones comerciales y revistas para fans, estaba familiarizada con las modernas teorías de la promoción y la presentación al público; con el estrellato; con la mística, el carisma y el atractivo del producto; y *por eso*, cuando su hijo pequeño le demostró que no era un niño normal y corriente del Bronx entregado a las peleas callejeras y al entretenimiento venéreo, ella empezó *al instante* a pensar en términos de atención del público masivo. Aquello requería un apellido menos rutinario que Terwilliger. Y, por el simple hecho de quitar las dos «er» del nombre, llegó a Twillig, que tenía un brillo especial, perfecto para una superestrella.

Antes de que su marido ganara el dinero suficiente como para permitir que la familia se mudara a un vecindario situado justo al sur de Yonkers (¡lavanderías, bloques de apartamentos, aire acondicionado, niños en bici!), vivían los tres en un viejo edificio de la avenida Crotona, Billy, Babe y Faye, encajonados entre tabiques y otros desechos, en la planta cuarta, con vistas a un parque infantil en dos niveles, escenario de mutilaciones rituales. El profesor que le daba clases particulares a Billy después de la escuela era el señor Morphy, un hombrecillo negro de bigote simpático. Se pasaba casi cinco meses llevando el mismo traje todos los días y luego se lo cambiaba por otro que llevaba durante el resto del año académico.

—Tendría que haber atendido más en la escuela —decía Faye—. Nunca prestaba atención. Me sobra inteligencia pero jamás escuchaba lo que me decían los profesores. Para ser realistas, debería haber prestado atención. Pero siempre me sentaba al fondo del todo de la clase.

Babe era larguirucho y al mismo tiempo tenía sobrepeso, y llevaba sus kilos de más con grandiosidad desafiante, una abundancia que resultaba natural y de alguna forma oportuna, un cuerpo que transmitía en parte esa merecida soltura de los antiguos atletas, a pesar de que él no lo había sido nunca especialmente, sino que su participación activa en los deportes se limitaba a alguna que otra partida de billar de nueve bolas con los submafiosos que seguían negándose a abandonar aquel entorno políglota, hombres con exceso de flema en las gargantas, mortales

atribulados del salón de billar, mordedores de dedos y maestros del escupitajo deliberado. Babe tenía un taco de billar serrado (con fines no deportivos) y un perro de ataque negro y grande. Taco de billar en mano, a veces se plantaba en la ventana para mirar a los niños y niñas del parque infantil de la acera de enfrente. A los que bailaban. A los que meneaban la cabeza. A los actores. A los autoproclamados *playboys* asesinos. Siempre se llevaba el arma para pasear al perro. Faye le señalaba que, si no tuviera perro, no tendría que sacarlo a pasear, y por tanto no le haría falta un taco de billar para proteger al perro que paseaba, ni tampoco un perro para proteger el taco, ni ninguna de ambas cosas para protegerse a sí mismo, puesto que, sin perro, él no estaría allí fuera. A Billy no le caía bien el perro. No le había caído bien nunca y ni siquiera le asignaba un género. El perro tenía costumbre de apartarlo a empujones y de morderle los libros. Una noche, el animal apareció junto a su cama y dio la impresión de que estaba a punto de hablarle. Billy vio en su expresión que no era probable que se limitara a producir balbuceos animales. Si abría la boca sería para hablar. No ruidos sino palabras. Sentido completo en lugar de los familiares gruñidos.

—Vuélvete a la cama —le dijo al perro.

Lo que más le gustaba de las visitas del señor Morphy eran los libros nuevos que el profesor particular le traía. El asombro limpio y dulce de la teoría de números. La resonancia natural y no sofocada de los símbolos. Ni más ni menos que lo que se quería decir. El señor Morphy se dedicaba a señalar con voz suave y completamente tediosa una verdad incuestionable tras otra. Y al final aquellas verdades llevaron a Pennyfellow, Connecticut. Al Centro para el Perfeccionamiento de las Estructuras Ideacionales. Nada más que doce primaveras tenía Billy por entonces, pero ya prácticamente carecía de igual entre sus coetáneos.

Cuando Babe llegaba a casa del trabajo, se abría una botella de Champale y se la bebía de inmediato. Las siguientes tardaban un poco. A continuación le daba a veces por coger el taco de billar como si fuera un bate de béisbol y adoptar las posturas de bateo de una serie de famosos bateadores del pasado. Les pedía a Faye y a Billy que identificaran al hombre cuya postura estaba imitando, pero ninguno de ellos podía, y esto irritaba a Babe hasta el punto de llevarlo a coger el teléfono y llamar a su amigo del metro, Izzy Seltzer. A continuación retomaba su postura y Faye se la tenía que describir por teléfono a Izzy.

—Vale, piernas muy separadas, bate en alto, meciendo las caderas y sacando mucho trasero.

Billy se pasó un año y medio en la Escuela Secundaria de Ciencia del Bronx. El desplazamiento diario hasta allí no era fácil: dos largos trayectos de autobús en cada sentido, y la mayor parte del terreno que cubrían dichos trayectos se encontraba en una zona famosa por sus incidentes violentos. Las bandas callejeras asaltaban a menudo el autobús. Nueve o diez chicos adolescentes salían del sol por las tardes como guerreros kiowa, se subían al guardabarros de atrás, aporreaban las ventanillas, abrían a la fuerza la portezuela trasera e improvisaban escenas de terror. A él le gustaba la Secundaria de Ciencia, pero se alegró cuando el Centro le ofreció una plaza.

—No se trata de un perro normal —dijo Babe—. Es un perro de ataque. En cuanto yo se lo mando, el perro se lanza. Como yo se lo mande, ya se puede ir preparando todo el mundo. Hablo de un perro de ataque perfectamente adiestrado. Con este perro a mi lado, puedo ir a cualquier vecindario de la ciudad.

—Y. T. T. L. C. M. —dijo Faye.

—¿Eso qué quiere decir?

—Y tú te lo crees, mongolito.

—Precioso vocabulario delante del niño —dijo él—. ¿Dónde has oído eso?

—El niño se trajo la frase de Connecticut.

Faye y Billy se quedaban despiertos muy a menudo hasta las dos o las tres de la madrugada, tomando café y viendo películas antiguas por la tele. Al otro lado del patio interior, una vieja loca gritaba y decía palabrotas. Billy nunca conseguía entender lo que la vieja decía. Había noches en que él se acercaba a entender el significado de un chillido concreto o de las últimas palabras de un largo popurrí de improperios. Pero nunca lo conseguía del todo. Aunque a veces

la mujer daba la impresión de estar discutiendo con alguien, nunca se oían más voces que la de ella. La gente la llamaba «la Gritona». Él le tenía miedo pero también quería saber qué era lo que decía.

Faye se lo llevó a unos grandes almacenes de Fordham Road y le compró un traje nuevo para su ingreso en la Facultad de Matemáticas del Centro para el Perfeccionamiento de las Estructuras Ideacionales. La Universidad de Chicago lo quería. Caltech lo quería. Princeton estaba ansioso por captarlo. Hasta le ofrecieron un puesto de investigación en Akademgorodok, en la Unión Soviética. La última oferta le llegó del Institut für mathematische Logik und Grundlagenforschung de Münster. El nombre del lugar lo aterró tanto que ni siquiera llegó a contestar. Al final se decidió por el Centro porque era uno de los mejores lugares del mundo para trabajar en el terreno de las matemáticas puras.

Una noche, cuando el perro de ataque todavía era cachorro, Billy oyó una conversación entre sus padres. Él estaba en la cama en aquellos momentos, alejándose lentamente de la conciencia, cuando las voces de ellos lo trajeron de vuelta de un abismo vertiginoso.

—No hace nada a derechas.

—Es pequeño, ya aprenderá.

—Lo hace todo mal.

—Todavía es pequeño, Babe.

—No me hace caso cuando le hablo. Le hablo y se queda igual. Lo mejor que se puede hacer es ponerlo a dormir. Si pudiera encontrar a alguien lo bastante tonto como para comprarlo, lo vendería. Así que lo metemos al cajón y que enciendan el gas.

—No, Babe. Noo, no.

—Lo ponemos a dormir, Faye. No es digno de tanta preocupación. Lo meten en un cajón y todo se acaba en cuestión de minutos, o tal vez más, dependiendo de cuánto pese.

Todos los niños saben que sus padres se conjuran para deshacerse de ellos. Un cajón negro. Una sala grande. Magre y Pagre con las caras de otras personas. Se trata de un lugar sin fin, un tiempo carente de puntos señalados, un movimiento que se prolonga más allá de su propia rendición al Exterior, y la cuestión de si una infancia aislada abarca el conjunto de «la vida y la muerte», esta densidad invertida, es una cuestión demasiado compacta en sí misma para resultar inteligible, una dimensión n , que contiene la distancia total ininterrumpida sobre la cual se extiende una cosa y la energía dominante que la informa, sin «parte» separada de las demás, puro ser continuo, de orificio a orificio, nutriéndose de lo que hay debajo. Caras grises y flácidas que dicen aga aga. Magre y Pagre, entre danzas y versos. Contando hasta diez, hasta diez. Un cajón de entrañas chinas. Un gas drenado de estómagos exsanguíneos. Estrépito continuo de discos ópticos que revientan. Te mayúscula, uve doble minúscula, i minúscula, ele minúscula, ele minúscula, i minúscula, ge minúscula. Nutriéndose de lo que hay debajo, de lo que hay debajo. Magre furiosa y Pagre vagabundo conjurándose para deshacerse de él. Contando hasta diez y hasta diez y hasta diez y hasta diez.

En el jardín de setos decorativos, una docena de personas a quienes el avance de las manchas oscuras había expulsado del edificio se mecían ahora adormiladas en hamacas, sentadas en columpios y relajándose en mecedoras de mimbre. Los setos y los arbustos estaban podados en forma de animales, concretamente babuinos, mandriles y monos araña, pero sus figuras eran tan estilizadas que el resultado era casi geométrico. En los márgenes del jardín había varios árboles de gran tamaño. La luz del sol bañaba la cara de Billy y desplegaba sombras minuciosas sobre la hierba. Se sentó, separado por un mantel de picnic de Cyril Kyriakos y Una Braun, ambos vestidos informalmente, la mujer con falda ancha y las piernas extendidas rectas sobre la hierba y el hombre reclinado hacia atrás, con el cuerpo un poco retorcido, la pierna izquierda doblada a la altura de la rodilla, con cierto despliegue de austeridad, como si fuera un defensor de los picnics disciplinados. Una trabajaba de consultora hidrológica. Cyril había dado clases de lógica transicional en universidades de cuatro continentes. Había más personas reclinadas junto a ellos, y una de ellas pronto se separó de las demás para situarse justo detrás de Billy y a su derecha,

bien colocada (sospechó él) para estudiarle la oreja y el cuello. Se trataba de Mimsy Mope Grimmer, experta en sexualidad infantil.

—Eres nuevo aquí —le dijo Cyril.

Daba la sensación de que era nuevo en todas partes. La condición de nuevo era su maldición personal. Siempre le estaban diciendo que era nuevo aquí o allí o en alguna parte. Era un mandamiento para que se explicara, para que les diera a sus oyentes un breve resumen de su existencia hasta el momento. Ser nuevo entre adultos, sin embargo, no era ni la mitad de problemático que serlo entre gente de su edad. Con los adultos el desafío no era tan directo. Siempre podía responderles con algún comentario evasivo que ellos atribuirían satisfechos a su timidez.

—Lo único que sabía del sitio al que estaba viniendo era el nombre.

—¿No te han dado ninguna pista de en qué clase de proyecto vas a participar? —dijo Una.

—Me enteraré mañana, esperemos.

—No estoy seguro de que ninguno de nosotros sepamos por qué estamos aquí —dijo Cyril—. Sospecho que somos una panda de tecnócratas que fingen ser terrícolas, o bien niños planetarios ya crecidos. Tal vez no deberíamos estar aquí. Tal vez todo sea un juguete enorme diseñado para el juego trascendente. ¿Te gustó el análogo de cerdo de anoche?

—Soy mal comedor, siempre me lo dice todo el mundo, o sea que tampoco importa mucho qué comida me pongan.

—A mí la comida me parece buena —dijo Una—. A todo el mundo le parece buena. Nos encanta la comida de aquí. Nos encanta a todos.

—Yo odio el análogo demasiado hecho.

—Cyril es el único a quien le gustan las chuletas de cerdo poco hechas.

Una mencionó el detalle de que la mujer de Cyril, Myriad, estaba en la maternidad, situada en la cúspide de la esfera armilar, y que ya hacía muchas horas que tendría que haber parido. Como si quisiera cambiar de tema, Cyril explicó su misión en el Experimento de Campo Número Uno. Formaba parte de un comité constituido para definir la palabra *ciencia*. El comité había empezado a reunirse de forma regular mucho antes incluso de que se decidiera el emplazamiento de la estructura en sí. Inicialmente se creía que para cuando se empezaran a poner los cimientos ya tendrían una definición más o menos lista. Sin embargo, el debate siguió alargándose y en la actualidad la definición ya llenaba unas quinientas páginas. Además de su trabajo en la sustancia de la definición, Cyril dirigía un subcomité dedicado en exclusiva a la redacción de la misma.

—Nunca ha existido una definición satisfactoria de ciencia —dijo Cyril—. Estoy intentando aplicar reglas de argumentación válidas al procedimiento definitorio. De momento el jaleo es considerable. Os contaré el problema que tenemos ahora mismo. El problema que tenemos ahora mismo es decidir si la definición de ciencia debería incluir manifestaciones tales como los preparados de hierbas, los emblemas que son objeto de veneración, las pinturas de arena, la narración de leyendas, los cánticos ceremoniales y esas cosas. Cada una de estas empresas cuenta con una metodología específica. Experimentación, observación e identificación. La naturaleza es investigada sistemáticamente y sus datos analizados y aplicados.

—¿Qué tienen de científico las pinturas de arena? —dijo Una.

—Las pinturas de arena representan el viaje que emprende un ser sagrado en el nombre de una persona enferma. El brujo tiene que aprender a combinar arenas de colores muy distintas y hacerlas caer de sus manos en forma de mezclas lo bastante precisas como para trazar exactamente el tipo adecuado de pintura en el suelo.

—¿Y la narración de leyendas y los cánticos ceremoniales?

—Si un brujo entona un cántico sobre tu cuerpo durante toda la noche y te despiertas curado, entonces es ciencia. O por lo menos eso sostienen algunos de mis colegas. El brujo tiene que aprenderse al pie de la letra centenares de leyendas y cánticos curativos. Necesita un conocimiento exhaustivo de muchísimas hierbas medicinales. Y no sólo eso, también debe bailar bien.

Se unió a ellos un hombre que tenía un manchón de ceniza hecho con el pulgar en la frente. Se sentó a la izquierda de Billy, llevaba zapatos blancos y fingía sosiego, y Una lo presentó como J. Graham Hummer, «de sobra conocido como el instigador de los disturbios lingüísticos del MIT» y miembro del subcomité de redacción de Cyril. Saber la hora gracias a la sombra del sol ¿era más o menos científico que el tiempo solar calculado con relojes? Un grupo de gente avanzaba por el césped con sillas de jardín a cuestas.

—Circulan rumores —dijo Hummer— de que está a punto de anunciarse algo grande. En serio, están en el aire. Podrían estar relacionados con nuestro amigo el matemático aquí presente.

—Lo único que me espero ahora mismo es que sigan avanzando esas manchas oscuras —dijo Una.

—No, está pasando algo. Lo huelo en el aire. Algo grande y no necesariamente causado por el agua.

Cyril:

—«Todas las cosas son agua», dijo un griego.

Una:

—«Todas las cosas fluyen», dijo alguien todavía más griego.

Mimsy Mope Grimmer eligió aquel momento para acercarse al mantel del picnic. Se sentó muy cerca de Billy y hasta le dio unos golpecitos en la muñeca con gesto encantador y reflexivamente íntimo, como afirmando que existía una conexión solemne entre el conocimiento que tenía ella de la sexualidad infantil y la situación concreta de él. A pesar de la dicha melancólica del gesto, Billy siguió echando vistazos furtivos a Una Braun, cuya suave calidez le resultaba envolvente.

—Cuatro por mantel —dijo Cyril.

—Queremos que nos hables de tu bella esposa —dijo Mimsy—. Dinos cuándo nacerá el bebé.

—No sé cuándo, pero sé qué y cuántos serán. Quintillizos siameses. Unidos por la coronilla. Tendremos que llevarlos a la escuela rodando como un aro.

—Cyril, eres un animal. Para ya. Qué espanto de hombre.

—La verdad es que preferiría que diera a luz a una glicina o a un par de mitones. Los niños me ponen nervioso. Parecen la única gente capaz de escapar de sus sitios asignados. Son continuos, fíjate, y se burlan de nosotros de formas secretas. Siempre estoy fantaseando con crear un concurso televisivo de tarde. Se titula «Aborte a ese feto». El público del estudio se compone de mujeres embarazadas, obvio, con los embarazos demasiado avanzados como para emprender ninguna medida correctiva, pero aun así tremendas como público de estudio, puesto que reflejan el tema del concurso y no paran de animar a las concursantes. Se enciende la luz de los aplausos y el maestro de ceremonias se acerca engoladamente, todo laca para el pelo y dentadura. Mira al público, señala con un dedo hastiado y dice: «¿Os gustaría jugar —ligera pausa— a abooooorte ese feto?». Las espectadoras gritan, chillan y gimen y a continuación aparece la primera concursante.

—Basta —dijo Una—. No, basta de verdad, en serio.

—Durante todo mi matrimonio pensé evitar la procreación no por los medios acostumbrados, sino intentando separarme mentalmente del proceso subyacente implícito de la reproducción biológica. Mi razonamiento es que si no hay lazo psíquico no puede pasar nada importante. ¿Cómo ponerlo a prueba? Pues intentando denegarles un punto localizado a esas energías transitorias que guían a las células reproductivas. Tal vez sea un autoengaño supersticioso. Pero ¿quién lo sabe a ciencia cierta? En cualquier caso, fui todo el tiempo una entidad separada e inconexa. Myriad, sin embargo, tiene suficiente inmanencia para los dos. Por lo menos así es como yo interpreto su estado actual.

—Esperamos el resultado —dijo Una.

Y se alejó para sentarse en un columpio de mimbre atado a la rama más baja de una metasecuoya. Hummer siguió hablando de rumores y acontecimientos, preguntándose en voz alta cómo podían afectar distintos tipos de anuncios trascendentales a la redacción final de la definición de la palabra *ciencia*: quizá alguno de los presentes había descubierto una forma nueva de materia. O pruebas de la existencia de un continente sepultado. O indicios de un décimo planeta del sistema

solar. Con las manos encogidas, se dedicó a juntar y separar las puntas de los dedos un par de veces por segundo aproximadamente.

—Háblanos del asunto del MIT —dijo Mimsy—. Nunca oí los detalles.

—No hubo detalles.

—¿Es verdad que la gente se tiraba piedras y volcaba coches y esas cosas? O sea, ¿hubo de veras asesinatos en las calles?

—Yo solamente estaba intentando afirmar que lo que tienen en común un hecho concreto y la frase que afirma ese hecho también se puede poner en una frase.

—¿Y eso provocó disturbios?

—Era una simple cuestión de construir modelos y después evaluar las estructuras. De diagramas superficiales y diagramas profundos. El problema fue que alguien llamado Troxl había alquilado todos los ordenadores de la zona durante una serie de segmentos temporales solapados. Elux Troxl. No habría habido problema si me hubieran permitido acceder a ellos. Un tipo de América Central, por lo que tengo entendido.

—¿Y dónde está ahora?

—Escondido.

—¿En América Central?

—En Alemania —dijo Hummer—. Están todos en Alemania, escondidos, muchos de ellos.

—¿Cuándo sucedió todo esto? —dijo Mimsy—. Me refiero a lo de la gente que murió en las calles.

—Fue el año en que todo el mundo estaba usando las palabras *parámetro* e *interfaz*. Pero no habría existido ningún problema si aquel tipo no hubiera monopolizado los ordenadores todo el tiempo.

A Billy no le interesaba trazar las órbitas de las lunas de Júpiter. Si la suposición de Hummer era correcta —que lo habían llevado allí para calcular la trayectoria de un planeta o la masa de un neo-electrón—, aquello era una pérdida de tiempo para todo el mundo. Su modalidad de las matemáticas no tenía más propósito que hacer avanzar la disciplina. En tiempos venideros, por supuesto, lo que inicialmente había sido puro podría aplicarse. Billy entendía que las esferas virginales de Eudoxo habían llevado a una astronomía más coherente y que las secciones cónicas de Apolonio habían prefigurado el espíritu de la gravitación universal. En el mundo había cosas útiles, sí; las ideas se podían rotar hasta planos convenientes. Poner a prueba la disposición del universo físico no era el método de Billy, pero eso no quería decir que tuviera una reacción escéptica ante quienes clavaban sus ganchos en la naturaleza. Se planteó el caso de Arquímedes, hijo de astrónomo, cuerpo flotante, experto en palancas, corredor nudista, catapultador, pesador de parábolas, estrategia de la energía solar, dibujante de ecuaciones en la arena y con la uña en el propio cuerpo ungido en aceite para después del baño, víctima mortal de unos romanos carentes de sueños.

—¿Tú montas? —dijo Mimsy.

—¿Si monto en qué?

—Pues es que me estaba preguntando por el ocio. Qué clase de actividades llevas a cabo.

—Las normales.

—¿El golf, las acuarelas, plantar cosas bonitas?

—Eso no es lo normal. ¿Eso es normal?

—Supongo que depende —dijo ella.

—En balonmano existe una jugada llamada la bomba china. Y a eso me dedico yo activamente: a lanzar bombas chinas. Es cuando tiras la pelota al punto justo en que la pared se junta con el suelo para que no haya rebote. Es imposible devolver una bomba china. La pelota se limita a patinar por el suelo, es imposible de devolver. ¿Aquí hay pistas de balonmano? Os lo podría enseñar.

Su voz parecía demasiado grande para su cuerpo. Era áspera y bastante profunda, y emitía todas sus declaraciones con una brusquedad igualmente inesperada, una voz sorda, abrupta e

impersonal que podría haber pertenecido perfectamente a alguien cuyo trabajo consistiera en gritarles a los demás.

—¿La pelota patina sin más, entonces?

—¿Qué clase de relaciones sexuales se producen en un lugar como éste?

—Imagino que de todas clases —dijo Mimsy.

—En las universidades hay mucho sexo oral, por lo que tengo entendido. Me estaba preguntando si este lugar sería lo mismo, o similar.

—Tal vez debería sondear al personal.

—Muy buena imagen —dijo Cyril.

—Supongo que debería de haber dicho tantear a los miembros.

—En mi caso es una buena opción, aunque llega con retraso. He tenido el infortunio de compartir destino con una mujer hiperfértil. Las contradicciones internas ocupan el centro mismo de mi vida. Viva la lógica transicional. Me ayuda a exponer los contraejemplos que pueblan nuestras discusiones.

—Móviles de campanillas —dijo Hummer.

Llegó más gente al jardín, lo cual indicaba que la mancha oscura se estaba propagando por el edificio. Mimsy se inclinó hacia el chico y le habló con un susurro burlón.

—¿Cómo va tu organización genital?

—Recuérdeme que lo mire.

—Ya estás de capa caída, sexualmente hablando. La edad de oro es la primera infancia. Poco después tiene lugar la corrupción del instinto erótico. En muy poco tiempo todo se derrumba. La solidaridad de los opuestos queda hecha trizas. Antes de que aprendas a juntar dos palabras, ya estás empantanado en una existencia llena de dicotomías esenciales. Me siento con libertad para hablar, ya que has sido tú quien ha sacado el tema hace un momento.

—Para que el cuerpo pierda el miedo —dijo Cyril—, necesitamos vivir más allá del cerebro y con unos genitales que hablen menos.

—Alguien ha instalado móviles de campanillas.

Lo único que estropeaba los modales asépticos de Hummer era la ceniza que tenía en la frente. Cyril miró en dirección a la secuoya de veinticinco metros de alto y llamó a Una Braun.

—Hidromante, adivínanos algo de beber.

—Hidróloga sólo —dijo ella—. Por desgracia.

—No podemos escapar de nuestros puestos, ¿no lo veis? Nuestra única esperanza es ese líquido plateado que se extrae de la tierra con un hueso de la suerte. De otro modo, nuestros lugares en la serie permanecen eternamente fijos. Esa especie de árbol llegó a estar extinta, ¿sabéis? Y entonces apareció un hombre intrépido desde una tierra lejana trayendo un puñado de semillas vivas. Y ahora el árbol genera sus piñas en extremos opuestos del mundo. A veces la nutrición viene de lugares inesperados, ¿verdad que sí?

—¿Eso qué quiere decir? —dijo Hummer.

—Confío en que no se refiera al misticismo oriental y a la ciencia occidental —dijo Una, levantando la voz.

Mimsy Mope Grimmer dejó atrás las primulas y se detuvo a coger un ranúnculo de un lecho moteado. Su lugar en la hierba lo ocupó Una, con las piernas desaparecidas bajo su falda ancha y agujas de secuoya pegadas por todos lados.

—Es cuestión de perspectiva —dijo Cyril—. Si vamos a alcanzar una definición de la palabra *ciencia*, tenemos que admitir la posibilidad de que lo que consideramos rituales y supersticiones oscurantistas puedan ser empeños científicos perfectamente legítimos. Quizá lo único que necesite ajustes sea nuestra perspectiva del pasado muy lejano. A fin de cuentas, ese pasado no sólo sigue viviendo en remansos culturales remotos, sino cada vez más en mitad de nuestros centros urbanos supercivilizados. Limitaos a admitir las posibilidades. Es lo único que pido. Los sistemas de afinidad primitivos no son necesariamente anticientíficos.

—La redacción es el elemento que determina el éxito o la derrota de la definición —dijo Hummer—. La redacción *es* la definición. El análisis de cómo decimos lo que estamos diciendo es en sí mismo una afirmación del significado exacto de la palabra que estamos definiendo.

—Ninguna definición de la ciencia es satisfactoria si no alude al terror —dijo Cyril.

—Explícate —dijo Una.

Billy intentó imaginarse el nacimiento del bebé de la mujer de Cyril. Sucedería con violencia y bajo una luz tétrica. Una criatura chorreante intentando aferrarse a su agujero. Toda embadurnada y maltrecha. Sangre y babas y limo de útero. Qué mona, aquella cosa gritona de neón obligada a salir disparada hacia arriba, aquel amasijo de cabeza irregular, aquella cosa reluciente eléctrica y marginal. Ahora vestida y maquillada. Convertida por la ingeniería en un diseño abstracto. Aferrar, chupar y llorar. Seguir con la mirada. La oscuridad y la sequía del sueño indefenso. ¿Acaso había habido una luz en el vientre de la madre, una luz tenue y salina en aquel útero acolchado, la penumbra suficiente para iluminar una página, una mancha bacteriana de luz, un resplandor amniótico cuyo sabor yo pudiera probar, viejo, profundo, húmedo y cálido? Regreso, regreso a la utilidad negativa.

—El punto de partida del misticismo es la conciencia de la muerte, un fenómeno que no se aparece a la ciencia más que como visión suprema y espantosa de la investigación objetiva. El terror a la muerte acecha detrás de todas las puertas traseras. Y como arranca de ese mismo punto, el misticismo tiende a volverse cada vez más racional.

—Farfullar, murmullo, farfullar —dijo Hummer.

Por primera vez desde el inicio del «picnic», Cyril Kyriakos cambió de postura. Pasó a sentarse con la espalda recta y las piernas cruzadas y se quitó la camisa. A continuación, mientras hablaba, se desabrochó un arnés en forma de ocho y procedió a manipular una serie de cerraduras, aros, cables y juntas para desprenderse el brazo del cuerpo. Billy apartó la vista con gesto automático, pese a que seguía mirando con fijeza. Cyril se volvió a poner la camisa. Se colocó el brazo y el sistema de suspensión del mismo sobre el regazo, donde la luz del sol acentuó el fuerte resplandor del material plástico laminado. Justo debajo del bulto del tríceps había un pequeño emblema con las palabras: PRODUCTO DE LABORATORIOS OMCO.

—Se ha sugerido que la lógica que yo abrazo no es lo bastante rigurosa como para hacerle justicia a la pura dispersión del pensamiento moderno. Pero ¿acaso Aristóteles no era demasiado laxo y Russell demasiado insistente en devorarlo todo? A veces creo que me gustaría reubicarme, como dicen en la comunidad empresarial. Dadme invariantes algebraicos para jugar. O geometría de la más sólida.

En uno de los jardines inferiores había una gente sentada en esa especie de formación triangular que estudiaron en profundidad los primeros creyentes en la identidad de los números. Lo que era diez también era cuatro: triángulo y contraseña, *tetraktys*, cuaternidad sagrada. Hummer se levantó y se marchó. Una se levantó, sonriente, y se sacudió la falda. Cyril asintió con la cabeza, se levantó y se dispuso a marcharse, mientras la mujer recogía el mantel, sonriendo una vez más al chico que estaba en la hierba, y él, Cyril, empezaba a alejarse, codo con codo con Una, sosteniendo con la mano derecha y en paralelo al suelo el brazo de plástico, que todavía emitió algún que otro centelleo mientras se alejaban. Billy oyó el móvil de campanillas, que sonó en un tono sorprendentemente preciso, una secuencia de armonías basadas en números enteros, la música entendida como matemáticas insufladas.

Al cabo de unas horas estaba desnudo en su cuarto buscando su pijama, con un calcetín roñoso todavía en la mano. Notaba algo de sí mismo en la tela, cierta humedad corporal, cierta sensación ligerísima de recubrimiento, de la levadura desprendida de su piel. Su miedo a la realidad fundamental del cuerpo todavía no se había revelado del todo. De hecho, a menudo se entretenía pensando en podredumbre. Su propia muerte, velatorio y entierro eran motivos recurrentes. De forma secundaria le interesaba la putrefacción de su familia inmediata, a continuación de sus parientes cercanos, después de los lejanos y por fin de los amigos en orden descendente de importancia, hasta acabar en los simples conocidos, todos convertidos en abono orgánico. Se trataba de una podredumbre formal para ser disfrutada en el plano teórico. También lo

maravillaban los grumos y las costras de su propio cuerpo vivo. El excremento lo preocupaba un poco. Pipicaca. No tenía fantasías con excrementos. Ni con los suyos ni por supuesto con los de los demás. El material de desecho tenía algo que desafiaba su denominación sistemática. Era como si los muchos nombres infantiles que tenían la materia fecal y la orina fueran concesiones al hecho de que los nombres verdaderos (fueran cuales fueran) poseían un poder secreto que inhibía toda nomenclatura salvo la más ceremoniosa. Vio un segmento de pernera de pijama asomando de un montón de fundas de almohada y más ropa de cama en el interior de una cesta situada cerca de la puerta del cuarto de baño. El calcetín que tenía en la mano le recordó algo que sabía desde hacía mucho tiempo de una forma muy vaga, una especie de dato acumulativo: había desarrollado un olor corporal.

Entre las cosas inexpresables en varias culturas se ha contado tradicionalmente los nombres de deidades, seres infernales, animales y plantas totémicos; los nombres de los parientes consanguíneos del sexo opuesto (una prohibición relacionada con las restricciones al incesto); el nuevo nombre que se le otorga a un chico durante su iniciación; los nombres de ciertos órganos corporales; los nombres de las personas que han muerto recientemente; los nombres de objetos sagrados, actos profanos, líderes de sectas y de las mismas sectas. Hay que usar sustitutos dobles de esos nombres. Palabras en clave diseñadas con cuidado. Variantes tabú. Hay que hacer juramentos solemnes. Se establece toda una burocracia de la maldición, el azote y el castigo para disuadir de decir lo indecible. Se confía en los copistas de manuscritos para que recurran a la modalidad más estricta de la arteria transliteral. Ninguna escritura que afecte a la existencia de un tema secreto puede escapar ella misma al secretismo, y con el tiempo se acaba confiriendo un culto ya no solamente a la figura primaria sino también al documento. A menudo se esconde más de una persona en la sombra generativa del líder de la secta, y tampoco se pueden revelar los nombres de ninguno de quienes lo siguen, salvo en la medida en que los proporciona el patrón estructural en sí mismo, por primitivo que sea su diseño o por infantil que sea su reivindicación de un principio de ordenación científico.

Dejó caer el calcetín y cogió su pijama. Antes de ponérselo jugueteó brevemente con sus testículos. Se trataba de una rutina de la hora de acostarse que había desarrollado hacía poco, no sólo en aras de la simple diversión estúpida de manosearse aquellos orbes duros (testimonio dimérico de la virilidad), sino también a modo de celebración sincera del hecho de que su testículo izquierdo había terminado de salir por fin a la superficie, convirtiéndolo no sólo en alguien entero sino también tranquilizadamente simétrico, con el izquierdo un poco más caído que el derecho, tal como decretaba la naturaleza.

Se iba acostumbrando poco a poco a las tenues perspectivas de la cápsula. Con el pijama ya puesto, examinó los componentes del módulo de entrada limitada. Sabía que era equipamiento estándar en el sector del que él formaba parte, pero no le interesaba aprender a manejarlo. Para lo que fuera que lo necesitaran, precisaría de papel y lápiz como mucho.

Había alguien al otro lado de la puerta, y ahora se hizo evidente que ese alguien estaba llamando, pom pom, una especie de ruido de dibujos animados, pom, como de piedra ovalada que caía sobre la cabeza calva de un bebé. Abrió la puerta y se encontró a un tipo vestido con un mono de trabajo que le iba grande. El tipo se ladeó un poco, transmitiendo la impresión de estar soportando un agobio situado más allá de la más profunda de las fatigas, de ser una de esas personas que duermen en el metro.

—En este sector me llaman Howie. Soy el encargado de las salidas de humos. He oído que eres digno de conocer. Tal vez quieras que te enseñe cómo funciona la cosa por ahí abajo, dos o tres niveles más abajo, eso que tienen allí, donde yo trabajo: las salidas de humos, los evaporadores, las plantas de reciclaje y los filtros de contención de rebosamiento. Tú crees que esto es muy abajo. Pero hay mucho más abajo. Yo podría llevarte ocho niveles más abajo. Nadie va ocho niveles más abajo sin un pase rojo.

—Se supone que me tengo que ir a la cama.

—Eres el único niño de todo este lugar.

—Está naciendo otro.

—Ocho niveles más abajo, en términos de ruido, significa un estruendo enorme. Aceleradores, aros de almacenamiento, impactadoras de protones, máquinas de colisión, soy Howie Weeden y me encanta conocer a niños.

—Quieren que me levante temprano.

—Estrechémonos la mano. La gente cuando se conoce se estrecha la mano. No basta con que una de las personas diga encantado de conocerle y la otra no haga nada. La gente se estrecha la mano.

—Todavía tengo humedad.

—¿Cómo dices?

—Que todavía tengo humedad en las manos de lavármelas para acostarme.

—Me han dicho que viniera a echar un vistazo —dijo Howie—. Me han dicho que aquí había un chaval que era digno de conocer por su forma de hacer sumas mentales.

—Yo no hago eso.

—En mi cuarto tengo una pitón. No se lo cuentes a nadie. Es la mejor mascota que he tenido nunca. ¿Quieres venir a ver cómo hace la digestión?

—Me han puesto un horario.

—Hay una mujer que se baña todas las noches a esta hora y se la puede ver por un reflector del techo, si te pones de pie encima de una mesa de trabajo del taller que hay cerca del sector contiguo, un piso más arriba, y miras por un agujero de la pared. Soy el único que lo sabe. La llamo la mujer del agua.

—Vámonos —dijo Billy.

Se puso el albornoz y las pantuflas y siguió a Howie Weeden por el laberinto lúdico hasta un ascensor rojo reservado para el personal de mantenimiento. Se bajaron y enfilaron un pasillo largo y vacío. Había señales del avance de la mancha oscura por todas partes. Howie avanzaba deprisa a pesar del doble arrastre de su pie derecho.

—Si pasa cualquier cosa, agárrame la lengua —dijo.

—No entiendo.

—Que estés listo para agarrarme la lengua.

—Quiero saber por qué.

—Nunca se lo he tenido que contar a nadie. Siempre lo sabían. Si le dices a alguien que te agarre la lengua, no hace falta decir por qué. Simplemente, si me da el telele, ve a por la lengua, no te digo más.

—¿Con qué frecuencia pasa?

—Bastante a menudo —dijo Howie.

Al llegar al taller, se puso de pie sobre una mesa de trabajo y acercó la cabeza a un soporte de metal que había en la junta de dos paredes de cemento. Al cabo de varios minutos miró a Billy, a continuación señaló una perforación que había en el soporte y por fin se bajó al suelo. Billy no era lo bastante alto ni de lejos como para acercar el ojo al punto en cuestión, de manera que Howie se volvió a subir a la mesa de trabajo y se colocó a cuatro patas para que el niño se le subiera a la espalda arqueada y encontrara sendos apoyos para los pies en sus omóplatos. Apoyó las palmas de las manos en la pared, ladeó la cabeza y puso el ojo casi en contacto con la pequeña ranura vertical. Había un agujero en la pared, de casi un centímetro y medio de diámetro, justo detrás de aquel nivel concreto del soporte, con lo cual se sorprendió a sí mismo mirando a través de dos aberturas distintas: una hecha con una máquina en el soporte de metal y la otra más probablemente resultado de la mala factura de la construcción o bien de la erosión prematura de la pared, del sector, del nivel y de la estructura entera. Al otro lado de ambos agujeros se veía un reflector en el techo.

—Acuérdate de la lengua —dijo Howie—. Tanto peso en la espalda no le está haciendo ningún bien a mi traumatismo craneal.

En el espejo inclinado vio a Una Braun. Estaba descalza sobre el suelo de baldosas pentagonales, vestida con un albornoz medio suelto de colores suaves, con el cuerpo un poco escorzado por el ángulo del reflejo, peinándose y repeinándose el pelo. En un estante de cristal había frascos de

colonia y de loción infantil. A Billy le temblaron las rodillas y le dio la sensación de que se iba a caer. Se agarró al cemento con las dos manos, no con los dedos (temía que ella lo oyera arañar), sino apretando a la desesperada con las palmas y las bases de las manos contra la pared. Era ella, Una, a punto de bañarse, de desvestirse y de bañarse, la experta en agua a punto de dejar caer el albornoz y adentrarse en aquel elemento transparente y distorsionador, denso e incoloro. Diversos tipos de luz rebotaban en los bordes de las superficies del aire y el agua, del agua y del cristal, del cristal y de la loción, la sala entera era un medio de densidad no uniforme, de ondas que al propagarse desdibujaban el cuerpo de ella, a punto de ser frotado y enjabonado y empañado, transformado en masa desplazable, atravesándose a sí mismo, una belleza desnuda, una esencia no falsificable que se cegaba a ella misma, no sometida al juicio de los espejos, algo con lo que Euclides habría bailado en los crepúsculos estivales. Uuuunaaaa. Ella estaba de pie, peinándose, escarbando con el dedo gordo de un pie en el pentágono interior de un baldosín frío y azul. De pronto sonrió al pasarle algo por la cabeza, un recuerdo de su casa o bien alguna letra de canción de su pasado remoto, y se llevó una mano al nudo caprichoso del cinturón caído del albornoz, tal vez para aflojarlo más, mientras la otra mano colocaba el peine en un estante.

Pero ¿se peinan *antes* de bañarse?

Ella bajó la cabeza un momento, abandonando parcialmente el campo de visión de él y regresando al cabo de unos segundos. Y en cuanto levantó la vista, lo vio. Aquella misma sección de pared, doblemente reflejada por la compleja colocación de las superficies reflectantes del cuarto de baño, estaba desplegada por el techo. Y en medio, el ojo derecho de Billy, ampliado.

—¿Quién eres?

Le dio con el pie a Howie en el hombro para indicarle que había problemas.

—Nos ha pillado —dijo en voz baja.

—Ya lo he oído —dijo Howie.

—¿Y qué hacemos?

—Pídele que se saque las tetas y cuéntame lo que pasa.

Ella no se había movido.

—Enséñame las tetas.

El sonido de su voz lo sorprendió por su uniformidad irreal y por su grado de claridad.

—Billy, ¿eres tú? ¿Conozco esa voz? Eres tú, ¿verdad?

—Enséñame las tetas, por favor.

—Persona repulsiva. Niño asqueroso.

Volvió a darle con el pie a Howie, esta vez de forma más apremiante.

—Se lo acabo de pedir pero no me ha enseñado nada.

—Pide muslo.

—Pídalo usted.

—¿Quién hay ahí arriba?

—Usted no me dijo que fuera a haber conversación. Yo esperaba ver cosas sin tener que hablar.

Ella me conoce la voz.

—Pide pelo —susurró Howie.

—¿De qué zona?

—El de abajo, el de abajo.

—Esta vez lo pide usted.

—Quizá a tu edad deberías conformarte con las tetas.

Ella seguía allí, visiblemente desafiante.

—A ver un poco de tetas —dijo él.

—Pero qué triste. Sí, por encima de todo, triste. Qué individuo tan trágico. Qué pena de chico.

—Pues anímame con un poquito de teta.

Le dio muy suave con el pie a Howie, como pidiéndole confirmación de la brillantez de aquel ingenio sometido a presión.

—Una persona innegablemente desgraciada.

—Pecho izquierdo —dijo él.

—Venga, degrádate un poco más, no te cortes.

—Aprovechando que ya estoy aquí subido. Un pezón. ¿Qué daño puede hacer?

Howie empujó un poco hacia arriba.

—Nalgas —susurró.

—No está enseñando nada.

—Pide nalgas e infórmame.

—No enseña nada.

Una salió del cuarto de baño sin prisas, ordenando las cosas, devolviendo tapones a su sitio y poniendo tapas; estaba claro que no tenía intención alguna de salir correteando como una doncella escandalizada. A Billy ya no le quedaba nada más que hacer que bajar por la espalda de Howie Weeden hasta la mesa y luego al suelo. El empleado de mantenimiento lo escrutó con mirada aviesa.

—¿Qué ha pasado?

—Que se ha ido.

—¿Sin bañarse?

—Sin nada.

—Ha sido un truco mío —dijo Howie—. Ya se había bañado. Al subir he oído el agua que se iba por el desagüe de la bañera. Creo que ya está aquí.

—¿Ya está aquí el qué?

—Lo noto. Ya viene. Me estoy preparando para un telele. La lengua. Prepárate para ir a por la lengua. Me coge el telele.

El chico salió corriendo del taller y se subió al ascensor más cercano. En albornoz y pantuflas, estuvo mucho rato entrando y saliendo de galerías, salas de estar con tapicería de ante, suites de meditación, pasando frente a cascadas en miniatura, por debajo de arcadas de jardines, rodeando fuentes decorativas, atravesando bibliotecas de consulta, saunas de lujo, salas de juegos vacías, completamente perdido, acordándose con nostalgia de su camita bien planchada. Le pasó al lado a toda velocidad un carrito sin conductor en el que ponía: SERVICIO DE EMERGENCIA DE ROPA DE CAMA. Todo lo encontró en silencio hasta que llegó a un puente transparente que llevaba a uno de los sectores superiores de la esfera armilar. Allí se oía el enorme movimiento de la esfera, un sonido continuo y amortiguado, no tanto de maquinaria en marcha como de una masa incontenible en fricción con el aire circundante. Entró en la esfera y se quedó plantado justo encima de uno de los aros elípticos de bronce. Espacios abovedados. Movimiento fluido. Encontrarse en un punto tan elevado, girando, contenido en un material receptivo a la luz visible, era una emoción líquida, con el cielo nocturno tan despejado y cercano y vivo. Mientras dejaba gradualmente atrás el borde de un soporte de metal, vio algo que surcaba el cielo, un objeto incandescente que iba dejando tras de sí una estela de luz y vapor y que hendía de forma intermitente la oscuridad. Dado que llevaba demasiado rato en el cielo como para ser una estrella fugaz, sólo podía tratarse de un cometa de cabellera nevada, atraído por la órbita del Sol, o bien el chillido de argón de una supernova. El resto del cielo se veía tranquilo, aunque no había ningún sector completamente inmóvil, y Billy se preguntó si el destello que acababa de presenciar era parte del proceso de formación de una estrella, un punto de luz inscrito en el triángulo de fuego, donde «triángulo» era el nombre que recibían los signos primero, quinto y noveno del antiguo Zodíaco. Doce partes iguales. Arcos de treinta grados. Tierra, aire, fuego y agua. La triplicidad del fuego. La preeminencia del fuego. Triángulo equilátero de fuego. Los hombres que nacen bajo estrellas nuevas están destinados a liderar revoluciones.

Al final encontró el sector que buscaba. Había operarios colocando unos artefactos enormes de acetileno por las paredes del pasillo, presumiblemente para impedir que lo inundara la mancha oscura. Billy fue a sus aposentos, se sentó frente al módulo y se puso a ojear el manuscrito que había traído consigo en su viaje desde el Centro. Era un documento escrito a mano que le había dado su amigo y mentor Robert Hopper Softly, una obra en progreso que detallaba las observaciones de este último sobre muchos temas matemáticos. Mientras lo estaba ojeando oyó

un ruidito diminuto, pípit, y al cabo de un momento se fijó en que en la pantalla del telepanel, situada a su izquierda y justo por encima del nivel de sus ojos, le estaba apareciendo un mensaje, un garabato de tiza hecho a láser:

Ven a verme.

Primera hora de la mañana.

Complejo del Cerebro Espacial.

OVNI Schwarz

«El instructor del libro secreto murió entre las columnas de fuego de Tarento. A aquellos de sus discípulos que no murieron en la hoguera los mataron las multitudes enardecidas. La hermandad matemática se dispersó. Y nos preguntamos: ¿qué dejó atrás? Un sentido del orden natural. La idea de la demostración matemática. La propia palabra *matemáticas*. Pero sus enseñanzas no murieron, sino que se propagaron por el Mediterráneo y mantuvieron su orden formal durante más de doscientos años. Los números entendidos como la base de la creación. El instinto religioso aritmetizado con un resultado lamentable. Un sueño donde las llamas apagan el agua».

Entró a cepillarse los dientes, tirando accidentalmente un chorro de pasta de dientes en la pileta del lavabo, donde formó una línea y una curva que parecían un número cuatro arrugado. Acercando el tubo de dentífrico a la cifra, procedió a cerrar la curva y a convertir el cuatro en una línea y un cero, o bien en un diez. Tarde o temprano, sin embargo, iba a tener que dejar de hacer tonterías y cepillarse los dientes. De manera que le dio una contraseña a su boca, *tetraktys*, y ésta se abrió.

3

FORMA

Comentarios sacados de la obra inacabada de Softly:

«La cadencia no certificada de los cielos se había basado en los círculos de los cálculos ptolemaicos, un formato que apoyó el monje polaco Copérnico. Toda investigación de los acontecimientos celestes se superponía a los espejismos del animismo, la profecía y el ocultismo cristiano. El alma motriz impulsaba a los planetas y se creía que cada órbita describía una escala musical. El problema, por supuesto, así como la solución, eran claramente matemáticos, aunque no exentos de cierta incursión de lo empírico».

Cuando Billy salió del ascensor, se encontró en el Complejo del Cerebro Espacial. Se trataba de una zona enorme de ordenadores, en aquellos momentos tranquila y sin nadie a la vista. En el medio de un espacio abierto había un pequeño despacho de cristales esmerilados, poco más que un cubículo, y Billy se dirigió a él. En su interior, sentado en una silla giratoria, se encontraba OVNI Schwarz, un individuo de carnes muy prietas con pinta de pesar ciento cincuenta kilos. Schwarz intentó girar en su silla a modo de saludo garboso, pero nada se movió. Carne concentrada. Ojos como ranuras. Manos casi esféricas. La silla estaba equipada con un escabel para los pies, que Schwarz logró empujar hacia el chico, dándole una patada como si fuera una pelota de fútbol.

—¿Todo eso de ahí es un solo ordenador?

—Es el Cerebro Espacial.

—¿De quién es este despacho?

—Le falta un poco de espacio.

—Da la sensación de que lo lleva usted consigo a todas partes.

—Eso tiene tanta gracia como el juguete de un niño muerto —dijo Schwarz—. Estamos esperando a Nyquist, pero supongo que, entretanto, te podemos poner al día. Hemos elegido este sitio y esta hora porque sabíamos que tendríamos privacidad total. Yo soy la persona que acordó con el profesor Softly traerte aquí. Hablé con él en persona. Le informé de ciertos acontecimientos recientes. Me habló largo y tendido de tus extraordinarias habilidades.

Schwarz tenía un vaso de zumo de naranja en la mano derecha. Ahora inclinó un poco el vaso y su gesto alargó el contorno de la superficie del líquido. Billy se puso a calcular el peso de aquel hombre enorme, pero se guardó las cifras para sí mismo.

—¿Qué sabes del espacio?

—No mucho. Quizá incluso nada.

—Estrellas y planetas.

—Anoche vi un cometa o algo así. Ni siquiera sé qué era. Eso demuestra lo poco que sé.

—Dudo que fuera un cometa importante —dijo Schwarz—. Uno de ellos acaba de marcharse y todavía falta para que venga el siguiente.

—Mi campo son las matemáticas puras.

—Se ha puesto en contacto con nosotros algo o alguien del espacio exterior.

—Yo trabajo con cosas puras. La mayoría son tan abstractas que no se pueden poner sobre el papel, ni siquiera hablar de ellas. Trabajo con lo demostrable y lo no demostrable.

—Seres del espacio exterior. Alguien o algo. Una civilización extraterrestre.

—¿Y qué pasa?

—Pues que se han puesto en contacto con nosotros. Los hemos captado con el telescopio de síntesis. Ellos han transmitido y nosotros hemos recibido. Pulsaciones. Se han transmitido señales en forma de pulsaciones irregulares. Y se daba el caso de que en ese momento nosotros estábamos sintonizando la frecuencia correcta. El Cerebro Espacial ha imprimido una cinta cubierta de ceros y unos. El mensaje no se ha repetido. Esto último es desafortunado pero no descorazonador. Ciento una pulsaciones y espacios en blanco. Las pulsaciones las interpretamos como unos. Los espacios en blanco o pausas, como ceros. Solamente hay dos espacios en blanco.

La transmisión fue de catorce pulsaciones, un espacio en blanco, veintiocho pulsaciones, un espacio en blanco y cincuenta y siete pulsaciones. Un total de ciento una unidades de información. Uno-cero-uno es el número cinco en binario, lo cual puede significar algo o no. Ciento uno es también el número primo más bajo de tres cifras. Luego tenemos la distribución de las pulsaciones: catorce, veintiocho y cincuenta y siete. Hay mucho con lo que trabajar, ¿no te parece? En cualquier caso, no estamos solos. Hay algo ahí fuera y nos está hablando.

—¿Y qué está diciendo?

Schwarz hizo una pausa, atrapado en el marco de su gordura infantil petrificada. Lo extraño de su forma de hablar era que no movía nada que no fueran los labios. Como si tuvieran vida propia. Ahora, sin embargo, se llevó el vaso a la cara llena de pliegues y dio un sorbito en el borde. Billy oyó una serie de golpecitos metálicos suaves procedentes de más allá del perímetro del minúsculo despacho, un poco menos suaves al cabo de un momento y luego otro poco menos.

—Ése es nuestro problema. No sabemos qué quiere decir la transmisión. El Cerebro Espacial ha imprimido centenares de interpretaciones sin encontrar nada que podamos considerar definitivo. Docenas de hombres y mujeres han fracasado también. Radioastrónomos, químicos, exobiólogos, matemáticos, físicos, criptoanalistas, paleógrafos, lingüistas, expertos en lenguajes informáticos y en lenguajes cósmicos. Estoy seguro de que conoces a Endor. Pues lo hicimos venir para que decodificara el mensaje. Endor parecía ser el único hombre incapaz de fracasar. Famoso en el mundo entero. Versado en todos los aspectos de la comunicación extraterrestre. Matemático de primera fila. Astrofísico brillante. Premios científicos a porrillo. Se pasó muchas semanas trabajando en el mensaje. Y no se cansó. De hecho, no paraba de decir que seguramente la respuesta fuera tan simple que no la podíamos ver. Un día, sin embargo, dejó de trabajar y se quedó sentado setenta y dos horas en una silla de su habitación. Al final se fue a vivir a un hoyo del suelo. Y ahí sigue, de acuerdo con nuestras últimas informaciones. Está viviendo bajo tierra. Come plantas y gusanos y se niega a hablar con nadie. Parece que tú eres nuestra última esperanza. Cuando el Experimento de Campo Número Uno se volvió una entidad funcional, no nos imaginamos ni en nuestras fantasías más descabelladas que tendríamos la suerte de recibir tan pronto señales de una supercivilización y que luego tendríamos la mala suerte de no ser capaces de desentrañarlas. Estamos seguros de que es alguna clase de código matemático. Probablemente un código numérico. Las matemáticas son el único lenguaje que podemos tener en común con el resto de las formas de vida inteligente del universo. Tal como yo lo entiendo, no existe realidad más independiente de nuestra percepción y más fiel a ella misma que la realidad matemática.

—¿Se acaba de tirar usted un pedo?

—Esto es serio —dijo Schwarz—. Intenta prestar atención.

—Estamos en un cuartito donde no corre el aire.

—Puede que éste sea el día más importante de tu vida.

—Tenga piedad.

—Numéricamente, la transmisión es muy sugerente. Todo el mundo que ha trabajado en ella ha empezado con muy buen pie. Pero luego todos se han quedado en nada. Después de que Endor se marchara al hoyo, salió a colación tu nombre. Lo único que tienes que hacer es decirnos qué están diciendo. Tenemos la capacidad para transmitir una respuesta. Finge que eres el matemático imperial. El emperador y su primo el obispo quieren conocer el significado de la nueva estrella del firmamento. En la plaza del pueblo, los cazadores de brujas están reuniendo ramas secas.

Olin Nyquist dio unos golpecitos en el marco de la puerta con la punta de su bastón de plata. Saltaba a la vista que era ciego. Cara angulosa, frente alta y mentón prominente y bien afilado. Se le veían unos copos pequeños y duros adheridos al borde interior de los ojos.

—Es una simple cuestión de forma —dijo.

Caminó hasta un rincón del despacho y se quedó inmóvil, con los hombros encajados entre paredes colindantes.

—Forma, diseño, patrón emblemático.

OVNI Schwarz explicó que Nyquist era ingeniero astral y encargado de los programas de simulación del radiotelescopio de síntesis que tenían allí. Uno de dichos programas se basaba en el hecho de que las antenas parabólicas no sólo recogían emisiones de radio, sino que también sacaban fotografías galácticas tan nítidas y detalladas como las que podían sacar los telescopios ópticos. Esas fotos, ya de por sí algo «artificiales», dado que eran resultado de los datos de radio recibidos, mezclados y convertidos informáticamente en impulsos eléctricos, a continuación eran descompuestas y estilizadas todavía más por el Cerebro Espacial, capaz de simular fugas de gas, explosiones, la expansión de las nubes moleculares y otros fenómenos observados y probables. El resultado se conocía como «universo informático».

—Bajo una forma u otra intentamos encontrar el vínculo pictórico entre el universo y nuestros propios sentidos de la percepción —dijo Nyquist—. ¿Qué aspecto tiene el universo? ¿Un globo que se expande? ¿Un embudo lleno de cojinetes? ¿Una doble hélice? ¿Una tira de papel doblada sobre sí misma y conectada formando un anillo de un solo lado? ¿En qué parte del universo estamos? No podemos ver lo bastante de él para saberlo. Algunos creemos que el universo está cerrado. Creemos que tiene una curvatura positiva. Creemos que late en forma de ciclos de expansión y contracción, y que cada principio y cada fin se definen por medio de fuego. Por supuesto, hasta no hace mucho, el universo únicamente era contemplado en términos geométricos. Círculos, cuadrados y triángulos equiláteros. Si nos remontamos lo suficiente, supongo que la gente usaba formas de animales o de partes de cuerpos de animales para explicar a qué clase de diseño pertenecían. Tal vez una cola de ballena. Nunca pensé que le diría hola / a una estructura cósmica en forma de cola.

—Grietas —dijo Schwarz.

—Parece ser que están surgiendo grietas minúsculas en el modelo. Ha aparecido el problema de la velocidad absoluta. Ha surgido la sospecha de que nos viene materia de otro lugar. No se encuentran ni la causa ni el efecto en la conducta de las partículas elementales. Ciertos componentes básicos de nuestro sistema físico desafían la medición y la definición precisas. ¿Estamos tratando con la física o con la metafísica? Tal vez necesitemos una reconstrucción fundamental de nuestras nociones del espacio y del tiempo, o bien del espacio-tiempo, o hasta del espacio-tiempo silfidizado, si hay que dar crédito a la teoría más reciente. Tengo planeado introducir compuestos silfidizados en el universo informático. Puede que nos digan algo. Lo que necesitamos en esta fase de nuestro desarrollo perceptual es una simetría global. Algo que parezca ser, aunque no lo sea, una imagen totalmente armoniosa del sistema mundial. Nuestra ingenuidad, por lo menos, lo exige. Nuestra confianza infantil en el equilibrio estructural.

—El copo de nieve común —dijo Schwarz.

—Piensa en el orden fundamental de la estructura atómica tal como lo refleja la tabla periódica. Piensa en las leyes del movimiento planetario. Plantéate que, en relación con sus diámetros respectivos, la distancia media entre estrellas viene a ser el equivalente en el espacio interestelar de la distancia media que hay entre las partículas atómicas. ¿Acaso te parece una simple «coincidencia»? Del latín medieval. Suceder al unísono. Algo y su sombra. Piensa en los patrones de secreción de las hormigas rojas. En la concha llena de cámaras de un nautilo. En los cristales cúbicos de la sal de mesa común y corriente. En el panal, la estrella de mar, el copo de nieve común..., todos cuentan con una configuración superficial asombrosamente razonada. Pero no son lo bastante definitivos ni mucho menos como para calmar nuestra intranquilidad. Pese a todo, también hay quien opina que no hay que buscar una simetría definitiva, sino al contrario, evitarla, dado que este equilibrio estructural no representa una victoria sobre el caos y la muerte, sino la misma muerte o bien lo que la sigue. Una espiral logarítmica. La cohesión poliédrica de los cristales víricos.

—El contoneo —dijo Schwarz.

—La estrella es una enana G común y corriente. Se llama la Estrella de Ratner. Está lejos de nosotros, un poco tirando hacia el centro de la galaxia. Hemos analizado la variación o contoneo de su trayectoria y creemos que el objeto que buscamos es un planeta de masa baja que ocupa la zona habitable de la estrella. Si consiguiéramos descifrar lo que están diciendo los residentes de

ese planeta, podríamos marcar el inicio de un intercambio de información que con el tiempo nos podría decir dónde estamos y qué aspecto tiene el universo. No es arriesgado suponer que los ratnerianos son superiores a nosotros. Puede que nos ayuden a hacernos una composición de lugar. A hacernos una representación impecable, no menos perfecta que su referente. A mí personalmente me gustaría, aunque es poco probable que yo siga aquí cuando recibamos esa información. Creo que al final me he cansado de que me hagan ir de la especulación a los datos aceptados y de ahí a la duda repentina, la denegación y la disputa. ¿Acaso el corrimiento al rojo, por ejemplo, quiere decir de verdad lo que parece? Me imagino el titular a ocho columnas del periódico: DICEN QUE EL UNIVERSO DEJA DE EXPANDIRSE; EMPIEZA A RETRAERSE; MILLONES DE PERSONAS HUYEN DE LAS CIUDADES. Por supuesto, si se encuentran pruebas de un corrimiento universal al azul, eso no merecerá más que una nota minúscula. Estamos en el vacío documental. No un vacío cuya esencia es el terror. Tampoco el sensorio común humano entreverado de oscuridad.

Nyquist se llevó la mano libre a la boca, bruscamente, como para sofocar una risita. Hasta entonces había dado la impresión de que estaba mirando el vaso inclinado que Schwarz tenía en la mano, pero ahora volvió la cabeza hacia el niño. Sus ojos parecían estar calculando la existencia de una trayectoria óptica por la cual podría viajar cualquier número de temas no generados ni percibidos de la manera acostumbrada. Billy no recordaba haber visto nunca a un ciego reírse, y se preguntó si habitualmente habría algún elemento grotesco en ello: la risa llena de saliva de alguien que se ha olvidado de cómo se hace o de cómo lo deben de ver los demás. Esperó el siguiente comentario de Nyquist, confiando en que incluyera algo humorístico, alguna que otra ocurrencia espectacular que hiciera que el propio Nyquist enseñara sus dientes y encías espumeantes con esa especie de regocijo expectorante e incontrolable que Billy asociaba con la gente minusválida. Lo que hizo, sin embargo, fue extender su largo bastón y ponerse a dar golpecitos suaves con él en la pata metálica de la silla de vinilo que sostenía a su colega.

—Qué suerte tenemos de vivir en una época ilustrada, ¿verdad? —dijo—. Antaño sucedía a menudo —tap— que a los enemigos de la ciencia —tap tap— solamente se los podía eludir por medio de la alegoría y lo indirecto. Ahora no tenemos enemigos que eludir. Cuando yo era niño, en mi país, oí la historia de una mujer que había usado el cráneo de su padre para beber. El hombre llevaba mucho tiempo muerto, no hace falta decirlo, pero no está claro si esto es o no circunstancia atenuante. Se contaba que ella tenía garras de bruja, una de las manifestaciones más bajas de las artes prohibidas. ¿O debería decir ciencias? En cualquier caso, me pasé muchos años obsesionado con aquellas historias, imaginando el humo que se elevaba de unas barritas entrecruzadas, la primera punzadita ultravioleta de dolor. Hoy en día, nuestra ciencia es tal que lo único que necesitamos temer es la sustancia que hay en la copa. Y ahora creo que es hora —tap— de marcharse.

Y dicho esto, Nyquist salió caminando de costado del cuartito y atravesó la zona abierta, al parecer riendo a borbotones contenidos mientras se acercaba al ascensor. A Billy se le ocurrió que OVNI Schwarz parecía estar sentado en su propio regazo.

—Te acaban de dar unos cuantos antecedentes.

—Nadie ha visto el planeta. ¿Es eso lo que estaba diciendo? ¿Lo he entendido correctamente?

—Sabemos que hay un cuerpo en órbita por la perturbación en la trayectoria de la estrella.

—¿Cuánto pesa usted?

—Es una enfermedad que tengo.

—Me gustaría poder ver la cifra en una báscula.

—Si yo pensara que puedo confiar en ti, te invitaría a que intentaras adivinarlo —dijo Schwarz—. La mayoría de la gente me quita kilos cuando lo intenta adivinar. Para hacerme sentir bien. Porque saben que tengo una enfermedad que provoca que los almidones me hinchen. Pero no me da la impresión de que pueda confiar en ti.

—Ciento cincuenta y ocho.

—Te sugiero que lo ajustes a la baja.

—Solamente me he dado una oportunidad para adivinarlo. He decidido salir de inicio con mi mejor estimación.

—Tenemos a un estratega entre nosotros —dijo por fin el hombre, rozando con la lengua aquel brillo opaco en el cual flotaba a la deriva.

Billy había aceptado que le enseñaran el Complejo de Zoología, de manera que al salir del ascensor siguió una flecha que indicaba cómo llegar al laboratorio de piscicultura. Entró y se detuvo delante de un bebé delfín alimentado con biberón. El recinto era azul y estaba en silencio. Por todas partes había tanques de peces recién nacidos y mamíferos marinos. Al delfín se le veía en la mirada cierta sensación onírica de desubicación, su dimensión del recuerdo tal vez, la detención química del tránsito de la historia de la Tierra. Billy vio que se le acercaba una mujer vestida con sari. Se trataba de Rahda Hamadryad, una hindú con hoyuelo. La sonrisa de la mujer le llegó revoloteando. Mientras él admiraba la forma en que Rahda llevaba el sari echado al hombro, ella le dijo que el director de Zoología tenía muchas ganas de conocerlo. Antes de que se marcharan de allí, miró atrás en dirección al delfín, pero en su lugar vio un pulpo cuádruplemente acuclillado.

Rahda lo condujo a una sala que olía mal y allí se sentaron a una mesa cubierta de restos del almuerzo. A su alrededor había hileras de reptiles y mamíferos alargados y esbeltos que sorbían huevos. Estaba claro que ya había empezado a propagarse la noticia de la naturaleza especial de su misión. No parecía que Rahda supiera con exactitud qué estaba pasando, pero sí que parecía que tenía el cuerpo perfilado con niebla luminosa. Ella le contó que la mayoría de la gente de aquel sector investigaba la vida animal.

—Nuestras ratas tienen un vocabulario sintético de casi cincuenta palabras.

—Pero ¿quién querría hablar con una rata?

—Tienen unos talentos conceptuales admirables —dijo ella—. Nos comunicamos con ellas por medio de una serie de mecanismos de descarga eléctrica provistos de códigos de colores.

—Yo y las ratas intentamos no juntarnos.

—Clasifican objetos. Subdividen clases distintas del mismo objeto. Eligen correctamente de entre varias alternativas lingüísticas de descarga eléctrica. Tal vez nuestros sapos sean más de tu gusto. Nuestros sapos se pasan el día contando moscas muertas. Fue Aristóteles quien afirmó que el raciocinio del hombre se basaba en su capacidad para contar. Pues está claro que los sapos usan el mismo pensamiento prelingüístico que usábamos nosotros hace varias eras. Destellos de pensamiento sin palabras. Por supuesto, todavía no han pronunciado ni una sola palabra humana, ni los sapos ni las ratas. Hemos probado con los colores, el aprendizaje de memoria, la sintaxis informática, la descarga eléctrica, la descarga prolongada, el lenguaje de signos y muchos tipos de chismes para responder a estímulos.

—¿Qué pasa con los simios? —dijo él—. Tal vez los simios pudieran hablar un poco si se los entrenara.

Billy estaba mirando cómo Rahda doblaba los bordes de un plato de cartón que alguien había dejado sobre la mesa. A continuación se dedicó a doblar muchas más veces el plato, de tal manera que con cada doblez hubiera un punto distinto de la circunferencia del círculo tocando la misma mancha de ketchup, una manchita ubicada a una buena distancia del centro. Ella no paraba de examinar los dobleces resultantes. Tenía unos ojos grandes y profundos. Tenía la carne blanda, se dijo Billy. Intentó atraer su mirada para asegurarse de que seguía dispuesta a sonreírle. Él casi nunca esperaba sonrisas, ni siquiera de la gente que le caía bien. Había veces, sin embargo, en que le parecía importante que le sonrieran.

—Los simios no tienen la estructura anatómica necesaria para hablar como nosotros —dijo ella—. No obstante, todavía nos encontramos en pleno proceso de reestructuración. Esperamos con ganas que nuestros simios ejecuten una nueva clase de *performance* fonética. Algo mucho más relevante que teclear símbolos en una consola.

Un hombre que pasaba por allí avisó a Rahda de que el director ya estaba listo para ver al visitante. Ella llevó a Billy por una serie de laboratorios y «hábitats de postescrutinio». Estas últimas zonas estaban pensadas para los animales de laboratorio que se estaban recuperando de

proyectos arduos, y se trataba en todos los casos de hábitats bastante pequeños que podían cambiar fácilmente de desierto a ciénaga o jungla, dependiendo de lo que se necesitara.

—Me gustaría que me contaras más cosas de tu trabajo —dijo ella—. La investigación con animales es muy satisfactoria. Pero a veces echo de menos una tarea más abstracta. Algo solitario y remoto. Tal vez podrías decirme a qué te dedicas en esa institución tan notable de la que he oído tantas cosas.

—Me gustaría, de veras, en serio, pero es el típico trabajo del que sólo puede hablar quien conoce el idioma.

—Está claro que tú lo conoces.

—Pero usted no —dijo él.

—Pues habla tú. Yo te escucho.

—Yo hablaré si usted me deja hacer una cosita. Solamente quiero tocarle la parte de la pierna que queda detrás de la rodilla. No es nada personal. Esa parte blanda que hay detrás de la rodilla. A cambio de hablar.

—¿Me quieres tocar?

—Si pudiéramos hacerlo sin que nadie se lo tomara de forma personal...

—Soy una *harijan* —dijo ella.

—¿Eso qué es?

—Una intocable.

—¿Y qué pasa si alguien la toca?

—Soy una marginada. Somos muchos millones. Nos consideran impuros. Yo no podía usar el pozo público de mi aldea. En la universidad no podía convivir con alumnas de castas superiores. Pero creo que tú eres un individuo muy especial. No pondría objeción a que me tocaras.

—¿Le pasa algo a quien toca a un impuro?

—Tonterías —dijo ella—. Detrás de la rodilla nada más. Lo haremos muy despacio para facilitarlo. Yo levanto la prenda.

—¿Por qué a los intocables los llaman así?

—Me he detenido y estoy a la espera.

—¿Se supone que va a pasarme algo si la toco?

—No me puedo creer que tú pienses eso.

—No les pondrían a ustedes ese nombre sin razón alguna, ¿verdad? No estoy diciendo que fuera una razón de peso. Seguro que los que se lo pusieron eran demasiado sensibles para difamar a los demás. Sólo quiero saber personalmente qué es lo que estoy haciendo.

—Ése es el despacho —dijo ella.

Peregrine FitzRoy-Tapps señaló un sillón enorme situado bajo una fotografía de un par de colmillos de elefante. Todas las fotos de la sala mostraban colmillos de elefantes, cuernos, cabezas disecadas y rifles dentro de vitrinas de trofeos. FitzRoy-Tapps tenía una forma ligeramente diagonal. Las partes visibles de él que venían en parejas, como los ojos, las orejas, los hombros y las manos, parecían estar dispuestas a alturas algo distintas.

—Los animales están aquí para aprender, pero también para enseñar. El reino animal es una empresa particularmente basada en la enseñanza y el aprendizaje. La cosa no era así en Crutchly-on-Podge, te lo aseguro. Cuidado, se pronuncia Croaking-on-Pidgett. Una aldea antigua y encantadora, con un río todavía más antiguo. Los animales, sin embargo, tenían tendencia a no cooperar mucho. Les dejábamos que se mezclaran en un recinto grande que no quedaba lejos de la vicaría local. El resultado solía ser bastante ambiguo. Cómo se parece al sexo, me sorprendía a mí mismo pensando. Las mañanas, no obstante, eran una revelación. La mayoría de ellas pasaba andando por delante de la vicaría y atravesaba el jardín ornamental hasta Muttons Cobb, que se escribe como si se pronunciara Maternity St. Colbert. Pero se pronuncia Muttons Cobb, tal como descubren con turbación eterna quienes no están familiarizados con las idiosincrasias de la región. Por las tardes paseaba por el vivero y luego llevaba una cesta de picnic llena de pasteles y cerveza al muro de contención del río Pidgett, pasando por la fábrica de tabaco. Cenaba en el refectorio de la casa solariega. Ocasionalmente bebía Oporto después de cenar con los demás en

la sala común. Antes de retirarme, me gustaba fumar mi pipa en el jardín del deanato. A aquella hora empezaban a chillar las criaturas nocturnas.

El sillón era tan grande que a Billy los pies ni siquiera se le acercaban al suelo. Se sentía indefenso y deseaba que se le ocurriera una buena excusa para marcharse.

—La vida era mucho más sencilla allí. Cuando alguien hacía algo bien, me limitaba a decir: «Buen trabajo». Cuando las cosas se venían abajo, yo decía: «Mala suerte, mala suerte». Cuando el trabajo de alguien no estaba a la altura de su capacidad personal, me sentía obligado a decirle: «Ponte las pilas». Así pues, en el discurrir natural de las cosas, no había gran cosa más que decir «Buen trabajo», «Mala suerte» y «Ponte las pilas». Hoy en día me cuesta recordar una situación que no se pudiera resolver con una de estas tres frases. Por supuesto, los tiempos han cambiado y las palabras también. Actualmente la gente espera más. No basta con pronunciar la frase adecuada. Pero en Croaking-on-Pidgett sí que bastaba; sí, creo que era más que suficiente. También lo era en Little Whiffing, ahora que lo pienso. Daba igual lo siniestra que resultara una situación concreta. La frase adecuada solía resolverla. No hay acción más oportuna que la frase adecuada. Por supuesto, uno sólo dirige esa frase a la gente que corresponde. «Buen trabajo, señor», «Mala suerte, mala suerte», «Venga, ponte las pilas». Era sorprendente cómo bastaba con estas frases.

Billy se pasó la tarde entera en el solarío que había cerca de la cúspide de la esfera armilar. Era un día nublado y sólo había otra persona cerca, una mujer extremadamente anciana leyendo un libro que parecía un espécimen igual de venerable que ella. Cerró los ojos un rato, pensando y dando vueltas, abatido por la perspectiva del trabajo que se le avecinaba. El aburrimiento era una acera estival en domingo, el resplandor amplio y vacío del cemento compacto. Decidió dedicarle al mensaje un par de días de su tiempo. Si no encontraba prueba alguna de que la transmisión era una declaración matemática genuina, regresaría al Centro y reanudaría su trabajo sobre la teoría de los zorgs.

—Sé quién eres —dijo la mujer.

Billy abrió los ojos, sin molestarse en forzar una sonrisa de cortesía. La anciana le hizo un gesto para que se le acercara. Fue a sentarse junto a ella, entre las plantas altas y las revistas desperdigadas. Nunca había estado tan cerca de una persona tan mayor. Se le ocurrió que de niño no se habría detenido a pensar en aquella situación, dado que antes consideraba a la gente anciana simples formas teatrales estáticas, todavía menos susceptibles de cambiar que él. Ahora, sin embargo, el mero hecho de compartir un sofá con aquella mujer lo llenó de vagas sospechas. Se mantuvo alerta ante cualquier olor desagradable o ante la posible asquerosidad del interior de la boca de ella. No le gustaba la idea de que la mujer tuviera una apariencia llamativa, y consideraba que las personas de edad tan avanzada deberían trabajar colectivamente para que su presencia se fundiera con la del resto de la gente. Parecía tener colorete incrustado en las manos, la cara y los brazos. Llevaba atado con fuerza a la cabeza un pañuelo de seda negra, lo cual hizo pensar a Billy que tal vez fuera calva. También llevaba una capa hasta los pies con cuello de pieles.

—¿Le dices *sí* a la vida?

—Supongo que sí —dijo él—. Bueno, por qué no.

—De acuerdo con la ciencia de la curación mental subjetiva, tanto la causa como el efecto se basan en la idea plena y perfecta de que la mente es *Mente*. Todo depende de la tipografía mental. Por eso es por lo que usamos las mayúsculas tan a menudo. No sólo en los folletos de nuestras salas de lectura, sino también cuando visualizamos nuestros pensamientos. Las Cadenas de Miedo del Asma. La Deriva Dominante. El Éter del Ser Atemporal. Me llamo Viverrine Gentian. ¿Tú quién eres?

—Me ha dicho usted que lo sabía.

—Y lo sé —dijo ella—. Simplemente me estaba preguntando si estaríamos de acuerdo.

—¿Qué libro es ése?

—Es un relato llamado *Somnium*. Un libro hermoso y muy muy difícil de encontrar. Está escrito en latín, con pizcas de hebreo y griego.

—¿De qué trata?

—Es una novela experimental, una alegoría, una geografía lunar, una hábil autobiografía, un tratado científico críptico y una obra de ciencia ficción. Un hombre se va a dormir y sueña que está leyendo un libro. En el libro es un muchacho cuya madre se gana la vida vendiendo morrales de piel de cabra a marineros, para que los usen de amuletos. Cuando el chico tiene catorce años, ella lo vende a un capitán de barco que lo deja en una isla. Allí le enseña astronomía el famoso Tycho Brahe. Al cabo de cinco años regresa con su madre, que le anuncia su intención de invocar, o bien afirmar como proposición, a su profesor demoníaco, el espíritu del conocimiento. Madre e hijo se sientan y se tapan las cabezas con sus túnicas y oyen una voz. La voz narra una historia velada de la Luna. Sólo cierta gente tiene capacidad para emprender un viaje a la Luna, dice la voz, y cito textualmente: «Están especialmente dotadas las viejas arpías resacas que desde niñas han viajado distancias larguísimas de noche con ropa harapienta y montadas en cabras o bien en horcas». El viajero debe emprender su viaje durante un eclipse de Luna y viajar siguiendo el eje del cono de la sombra que proyecta la Tierra sobre la Luna.

—De momento me gusta.

—El año del sueño era el mil seiscientos ocho, y el viento y la lluvia despertaron al hombre y deshicieron el libro que estaba leyendo. Tal vez te gustaría tenerlo en las manos.

La sonrisa de la anciana era una rosa espantosamente prensada. Billy pasó con cuidado las páginas temblorosas, tan antiguas que parecían estar a punto de deshacerse solas. El respeto que él le tenía a la antigüedad del volumen era secundario respecto a un miedo cada vez mayor a cómo reaccionaría la mujer si el libro se le llegaba a deshacer en las manos. Puede que ella le arreara o le escupiera. (Y. T. T. L. C. M.). O bien pronunciara una frase tan devastadoramente apropiada que él nunca pudiera olvidarla. O que lo provocara con paradojas lógicas.

—Tenga.

Viverrine Gentian volvió a coger el libro. Ahora la luz del sol estaba en todas partes, una profusión vespertina, el aire rebosaba de polvo musical. La anciana pareció retirarse un poco y hundirse más en su capa.

—¿Cuándo debe emprender el viajero su viaje?

—Durante un eclipse de Luna —dijo él.

—¿Cuál era el año del sueño?

—Mil seiscientos ocho.

—La oración verdadera es científica —dijo ella—. La respuesta a una oración está en la misma oración al ser rezada. Esto se llama Unidad Científica de la Mente. U mayúscula, ce mayúscula y eme mayúscula. Cuando te tocas a ti mismo en la región masculina o en la femenina, estás desmentalizando la oración secular. Esto es importante para alguien de tu edad.

—¿Qué hay de lavarse?

—¿Cuándo ha sido la última vez que te has lavado?

—Esta mañana.

—¿Cómo sabes que las partes que te has lavado son tuyas?

—¿De quién más podían ser?

—¿Puedes estar absolutamente seguro de que las partes íntimas que te has lavado no eran femeninas?

—A estas alturas debería reconocer las mías.

—Los genitales son conocidos por su forma de engañar al cerebro. Es una simple cuestión de género, ¿verdad? Me refiero a lo del cambio de forma. Es cuestión de numerar los propios orificios. ¿Has observado con cuidado las partes que te lavabas?

—Las mías las conozco.

—Si te las tocas demasiado a menudo, las cambias de forma.

—¿Qué forma?

—Este sitio ya no es agradable —dijo ella—. Prefiero con diferencia el solarío cuando no hace sol.

Billy estaba sentado con los pies muy separados y los brazos no sólo extendidos sino también un poco levantados sobre los brazos de la butaca. Estaba bastante seguro de que no le pasaría nada si sus brazos tocaban los de la butaca, aunque le preocupaba un poco que los brazos de la butaca se llamaran brazos y los de él también se llamaran brazos, lo cual quería decir que era posible que aquel asunto de tocarse a uno mismo se aplicara no solamente a las partes del cuerpo sino también a las partes de otros objetos que por casualidad se llamaban igual. Los brazos de las butacas, las patas de las sillas, las manecillas de los relojes y los ojos de las agujas. Sabía que lo que decía la anciana no tendría un efecto permanente, pero de momento estaba decidido a mostrarse alerta, y particularmente cauteloso en relación con dónde se sentaba y cómo se comportaba en el cuarto de baño. Se consoló con las propiedades de la luz del sol y de la impronta negativa que dejaba la luz del sol: la sombra que proyectaba la esfera armilar. No veía la sombra de su butaca en el solarío pero era consciente de que la figura que ésta trazaba sobre la tierra de debajo sólo podía tener una forma: la de una prístina elipse.

EXPANSIÓN

Giró lentamente, con cuidado de captar hasta el último palmo de espacio del suelo. Estaba claro. Alguien había desmantelado y extraído el cubículo en el que OVNI Schwarz le había hablado del mensaje de radio del espacio exterior. En su lugar no había aparecido nada en particular. A su alrededor, allá donde mirara, se veían los componentes del Cerebro Espacial en sí, ahora plenamente activos. El ordenador se extendía hasta los confines del complejo, provisto en todas direcciones de colores diversos, luces, timbres y extrañas hileras de símbolos. Había técnicos trabajando, tal vez un centenar, atendiendo a la enorme maquinaria. Había varios niveles de ruido, gente en grupos cambiantes, unidades rotatorias girando, una sensación de hipertrofia, de algo que crecía hacia fuera en pos de un límite. Un pequeño vehículo industrial fue a detenerse a su lado. Estaba equipado con sidecar y llevaba un adhesivo en el parabrisas que decía: BIP BIP. Al volante iba Shirl Trumpy, una mujer que a menudo se reía mientras hablaba (tal como él iba a descubrir pronto), provocando que a veces fuera difícil entender lo que estaba diciendo y por consiguiente por qué se estaba riendo.

—Llegas tarde —le dijo ella—. Ya voy por la tercera vuelta de la jornada.

—Me había olvidado de la hora de la cita.

Se subió al sidecar y arrancaron. Mientras eludía objetos y gente, Trumpy le explicó que el Cerebro Espacial se estaba empezando a ampliar más allá de su hardware. Originalmente habían usado los cristales más diminutos que existían, y el resultado fue una máquina secuencial con programas almacenados —de una sofisticación sin precedentes— que sólo pesaba veintidós kilos. Pero tuvo demasiado éxito: se puso a solucionar problemas que no se podían plantear sin nuevos componentes y una nueva sede. Así pues, hubo que ampliarle la placa de los problemas. Aquello obligó a hacer añadidos en otros puntos. El Cerebro Espacial ayudó a efectuar las ampliaciones y en consecuencia se dedicó a diseñarse a sí mismo, al menos en parte.

—Es ridículo, por supuesto, llamarlo cerebro —dijo ella—. Pero hicimos un concurso para ponerle nombre a la máquina y la propuesta ganadora fue «Cerebro Espacial». Así que debemos conformarnos. Tu presencia provoca una emoción tremenda. Ha ido circulando el rumor. Todos tenemos la sensación de que ha llegado el momento.

—¿Adónde estamos yendo?

—Al control de análisis de código.

—¿Para qué?

—Para enseñarte qué hemos obtenido hasta ahora en materia de análisis estadístico. Hay una idea en la que todo el mundo está de acuerdo: en que somos los únicos que hemos captado la señal del planeta que está orbitando alrededor de la Estrella de Ratner, puesto que somos los únicos del mundo que tienen sintonizada la frecuencia secreta. Es nuestra frecuencia y es secreta. Está claro que son una civilización supertécnica. A ti te corresponde decirnos qué nos están diciendo.

—Hay más telescopios que han captado señales. Esto lleva años sucediendo. Y todos dicen que es el espacio exterior el que está contactando con nosotros. Todo el mundo cree estar oyendo mensajes de unos seres superiores. Pero ¿qué es lo que los hace superiores?

—Tranquilo, señor T.

—¿Acaso han demostrado el último teorema de Fermat?

Hablando y riendo al mismo tiempo, Shirl Trumpy puso rumbo a una parte remota del complejo y se detuvo por fin detrás de una serie de pantallas en blanco que formaban parte de la unidad gráfica del ordenador. A Billy le costó un poco bajarse del sidecar y se sintió importunado cuando ella le ofreció su ayuda. Era una mujer larguirucha de huesos prominentes, y cada vez que se reía, él tenía la sensación de que su estructura ósea se iba a partir por una docena de lugares. A Billy le irritaba que la gente se divirtiera con tanta intensidad. Estaban feos cuando se reían. Si pudieran ver el aspecto que se les quedaba, lo más seguro era que aprendieran a

limitarse a sonreír. Ella lo llevó hasta una consola solitaria situada cerca de las pantallas y le pidió que pulsara un botón. Cayó una tarjeta de una ranura y él la cogió para examinarla. Tenía unos veinte centímetros de largo por quince de ancho, y estaba cubierta de líneas horizontales y verticales que formaban cuadraditos de tamaños idénticos, la mayoría rellenos de negro, con las líneas de demarcación de color azul claro. Se trataba de una parrilla de secuencias, le explicó Trumpy. Las pulsaciones procedentes de la Estrella de Ratner estaban representadas por cuadrados negros y los espacios en blanco o intervalos por cuadrados blancos. Tanto el Cerebro Espacial como la gente encargada de descifrar el mensaje habían diseñado muchas parrillas como ésa. Aquellos diagramas estaban destinados a ayudar a los investigadores a esclarecer si el mensaje tenía o no intención de ser una imagen bidimensional. Usando aquellas imágenes, señaló ella, los extraterrestres podrían transmitir una cantidad enorme de información pese a no estar transmitiendo nada más que noventa y nueve pulsaciones interrumpidas dos veces: un total de ciento una unidades de información binaria. Trumpy pulsó el botón una docena de veces, obteniendo de la ranura el mismo número de parrillas de secuencias, y le explicó por qué en todos los casos el análisis estadístico no había conseguido confirmar que el patrón era efectivamente un intento de transmitir una imagen inteligible o una serie de símbolos en clave que pudieran decirnos algo de las características físicas de los emisores, de la composición química de la vida en su planeta y cosas por el estilo. El hecho de que sólo hubiera dos pausas (o espacios en blanco) llevaba a la mayoría de la gente a concluir que el mensaje no tenía una naturaleza gráfica sino numérica.

Los cuadraditos le hicieron pensar en papel cuadriculado. En sus tiempos lejanos de compases y reglas. Finas líneas azules entrecruzándose hasta el final de la página. Eje horizontal x y eje vertical y . Números entendidos como puntos, como posiciones en una superficie, y ecuaciones entendidas como secuencias de puntos, como formas geométricas, y las formas como secuencias de números pasadas por las líneas entrecruzadas y representadas por medio de ecuaciones. Recordaba haber explorado aquellas curvas fabulosas grado a grado, lemniscatas y foliums de Descartes, progresando finalmente hasta una clase de curva que no se podía traducir a gráfica, sin gradiente preciso en ningún punto, un prodigio mental que desafiaba las tangentes.

Trumpy le explicó que el Cerebro Espacial había investigado las posibilidades de interpretar el mensaje en términos de reconstrucción de frente de onda, de mapa de contornos, de programa de simulación de respuesta que formaba parte del universo informático de *ellos* (los ratnerianos). Ninguna de aquellas investigaciones ofreció evidencia alguna de que el mensaje tuviera un origen inteligente.

—O sea, que usted cree que son números puros o nada —dijo él.

—Exacto.

—Pues yo creo que no es nada.

—Cierto, las señales no se repitieron. Pero tenemos confianza en que se trata de un contacto genuino.

—¿Y qué va a pasar ahora?

—Que hablarás con LoQuadro —dijo ella—. Se dedicaba a tu modalidad de matemáticas antes de sufrir el primero de sus ataques, de manera que tal vez entre los dos podáis descifrar el código de las estrellas y yo pueda volver a programar una búsqueda de qué hay de cierto después de que el ordenador haya declarado que todo es falso.

—¿Qué es eso de sus ataques?

—Ataques de sueño —dijo ella—. Ataques de sueño profundo.

—¿Y qué le pasa, se cae al suelo?

—Brotos de sueño. Recurrentes e incontrolables.

—Y usted cree de verdad que hemos establecido contacto...

—¿Acaso la Estrella de Ratner es una ilusión? Claro que no. Está ahí fuera y la conoce todo el mundo. ¿Acaso la existencia del planeta es un fraude? Menuda ridiculez. Hay pruebas claras de que alrededor de la estrella orbita un planeta. ¿Hay alguien transmitiendo señales? Por supuesto.

¿Y acaso nuestro telescopio de síntesis está recibiendo la frecuencia secreta? Asentimientos repetidos.

—Pero ¿acaso no es posible darle instrucciones al ordenador para que imprima una serie incorrecta de ceros y unos?

—Hasta un niño podría hacerlo.

—Pues puede que sea por eso por lo que ni Endor ni nadie ha podido encontrarle la lógica a la serie. Porque no tiene lógica. Todo se ha embrollado entre el telescopio y el ordenador.

—En teoría es posible. No lo niego. Pero haría falta un niño tremendamente listo.

—Eso casi tiene lógica.

—O un niño tremendamente listo o un adulto muy psicótico.

—O sea, que me está diciendo usted que todo esto podría ser una pérdida de tiempo...

—Hay muchas cosas que son una pérdida de tiempo —dijo ella—. ¿Cómo podemos aprender del pasado si no lo repetimos? Es hora de irme, señor T. Quédese en el control de análisis de códigos. La mujer se rio, dijo algo, se metió en el pequeño vehículo y se marchó. Billy acercó una silla a la consola y se sentó. Con la mente embotada por el zumbido cibernético que sonaba a lo lejos, se inclinó hacia la consola y apoyó la cabeza en los brazos tal como había hecho muchas veces en primer curso, durante los diez minutos de descanso que había todas las tardes, muescas en el pupitre de madera, el sueño tirando de uno, estelas de tiza en el aire. De una serie de tres sueños había derivado una vida entera dedicada a las matemáticas y la filosofía. Los sueños habían tenido lugar todos en la misma noche. Los dos primeros trataban del terror de la naturaleza no comprendida y el último albergaba un poema que señalaba el camino a los trabajos de la ciencia. El mundo era comprensible, era un plano de ecuaciones, todos los conocimientos eran susceptibles de ser soldados y toda la naturaleza era controlable. Se trataba de sueños generados por el movimiento de una línea recta, un aliento de tensión lineal entre el día y la noche dibujado a lápiz, el límite que separa los números, lo positivo de lo negativo, lo real de lo imaginario, la frontera onírica entre lo discreto y lo continuo, entre la historia y la prehistoria, entre la materia y su imagen en el espejo. El que soñaba, un soldado en reposo, aplicaba los métodos del álgebra a la estructura de la geometría, encajando los huesos del territorio explorado, expresando su sistema en términos de constantes, variables y coordenadas de posición, todo dispuesto a su debido tiempo sobre el esquema de líneas entrecruzadas que formaba cuadrados de idéntico tamaño. Compás y regla. Su segregación periódica del resto de los niños. Tiempo privado para urdir coordenadas sobre líneas de color azul claro. Luego, por fin, descanso. La cabeza bien acomodada sobre la madera llena de muescas. Unos dedos que identificaban cada nombre y fecha grabados a navaja. Billy amaba a una chica un poco bizca, pero solamente estaba en primer curso y sabía que volvería a amar.

Cuando LoQuadro le tocó el pescuezo, estuvo a punto de levantarse de un salto de la consola. El hombre desplazó con el pie una silla por el suelo y se sentó al lado del chico, que no estaba seguro de cuánto tiempo llevaba LoQuadro plantado detrás de él. Usaba gafas de montura metálica y vestía traje gris con corbata. Se lo veía nervioso, alerta, con pinta de espiarse a sí mismo, siempre atento a las fluctuaciones del potencial eléctrico de su cerebro.

—Solamente podremos descubrir la verdad o la falsedad de nuestros designios últimos si nos enseñamos a nosotros mismos a pensar como una única mente planetaria. Ése es el propósito del Experimento de Campo Número Uno.

—Eso he oído.

—Verdadero o falso. Sí o no. Cero o uno. Se procesan los datos. La corriente viaja por los imanes centrales de la unidad de memoria. El problema se transistoriza y se solventa. La respuesta se procesa en forma de tarjetas, cintas u hojas de papel. Los ordenadores son como niños. Sí-no, sí-no, sí-no. El Cerebro Espacial es un superhíbrido. Un poquito del yin dentro del yang. Un micropunto del yin en el yang. Esta máquina es una ciencia en sí misma. Bi-nivelismo, lo llamo. Me encantaría llevarte al almacenamiento central de vacío. Tal vez te ayudaría a contemplar el mensaje desde una nueva perspectiva.

—¿Qué quiere usted decir con lo de llevarme?

—Físicamente.

—La mujer de antes me ha dicho que se está expandiendo más allá de su propio hardware. No me parece un sitio al que me apetezca que me lleven físicamente.

—El problema tiene que ver con la verdadera naturaleza de la expansión —dijo el hombre—. Piensa en la ciencia en sí. Antes se creía que la obra científica se completaría en un futuro muy cercano. Te hablo, hum, del siglo XVII. Era una simple cuestión de tiempo que todo el conocimiento se integrara y estuviera disponible, que todos los secretos más profundos se abrieran. La idea perduró durante más de doscientos años. Sin embargo, la ciencia se sigue expandiendo. No para de crecer. Se enrosca sobre sí misma y se dobla hacia atrás y luego se proyecta hacia delante en una nueva dirección. Se niega a ser contenida. Cada vez que damos un paso importante pensamos que hemos llegado al final: al paso crucial. Pero la cosa sigue avanzando. Y deja atrás el paso crucial.

—¿Qué cosa?

—Nuestro conocimiento del mundo. Y el mundo en sí. El uno, el otro y los dos. Son lo mismo, a fin de cuentas. Se ha dicho que la filosofía nos enseña a hablar de todo de manera que lo que decimos parezca verdad y a conseguir que la gente menos culta nos admire. Pero hay una rama de la filosofía que esta definición no abarca. El bi-nivelismo. El bi-nivelismo nos enseña a hablar de todo de manera que lo que decimos parezca verdad y *mentira* para conseguir que nos admire la gente *más* culta. Verdadero-falso. Cero-uno. Sí-no. Encendido-apagado. Venga, vamos a visitar el núcleo de vacío.

—¿Y si esperamos a más tarde?

—Permíteme que disipe tus miedos.

—La mujer me ha dicho que le dijera a usted que me tengo que quedar en el control de análisis de códigos.

—Trumpy es programadora. No es más que eso y no sabe más. El núcleo de vacío no forma parte del grupo de razonamiento del ordenador. Trumpy se ocupa de las rutas del lenguaje y de la lógica. No ha estado nunca en el núcleo de vacío y de hecho no tiene ningún conocimiento directo de su existencia. El Cerebro Espacial contiene una ruta electrónica más profunda de lo que Trumpy ha soñado nunca. El núcleo de vacío se encuentra en el centro hipotético de esta ruta. Creo que deberías pasar algo de tiempo en él. Te ayudará a entender las implicaciones de la codificación bi-nivel en su versión más reciente.

—Quiere usted llevarme al lugar en sí.

—Sí.

—No se me daría bien.

—No es una cuestión de habilidad —dijo LoQuadro—. Lo único que vas a hacer es venir conmigo a otra parte de la zona.

—Es un acontecimiento físico. No se me daría bien. En mi trabajo no estoy acostumbrado a las cosas físicas. En mi trabajo no estoy acostumbrado a hacer nada, soy un matemático puro.

—También lo era yo.

—Ya me lo ha dicho ella.

—Era matemático.

—Me lo ha dicho.

—Echaba de menos el mundo —dijo LoQuadro—. Los mares y las playas.

—¿Por eso lo dejó usted?

—Yo era, hum, mejor que otros. Pero no tenía esperanza de alcanzar la verdadera grandeza. Las matemáticas no son la disciplina adecuada para la gente condenada a no ser grande. De todas maneras, no fue por eso por lo que las dejé. No me pasé a los ordenadores porque echara de menos el mundo, ni porque me atormentara mi incapacidad per se. Todo era demasiado esotérico para mí. Soy la típica persona que está dispuesta a afrontar fenómenos moderadamente formidables. Más allá de eso, pierdo el norte. Me dedico a arrancar trocitos de gigantescos postulados sin demostrar. Me pongo a investigar las propiedades de los números enteros comunes y termino en los páramos del análisis. Teoremas embriagadores. Pequeñas simetrías

molestas. Los secretos escondidos en las profundidades de los números primos enormes. La manera en que una fórmula, un número o una expresión no paran de aparecer en los lugares más inesperados. El infinito. Lo infinitesimal. Vislumbrar algo y luego perderlo. La forma en que se escabulle del ojo. La naturaleza inconclusa de la cosa.

—Puede que haya muchas locuras en el mundo que nos atemorizan a usted y a mí, pero las matemáticas son la única cosa donde no hay nada que temer, ni existe la estupidez, ni hay razón para pensar que es un gran misterio.

—¿Eso lo has encontrado grabado en la pared de algún templo?

—Era una idea nada más.

—Porque tiene cierto aire de antigüedad lírica.

—Haga comentarios.

—Y estoy inimaginablemente conmovido.

—Adelante, diga cosas, me da igual.

Después de dedicarle a Billy una mirada larga, inquisitiva y provista de montura metálica, LoQuadro le explicó que visitar el núcleo de vacío le daría la oportunidad de observar de primera mano los procedimientos de codificación bi-nivel (permitiéndole tal vez adaptar aquellos métodos a sus propios intentos de descifrar la transmisión de la Estrella de Ratner) y quizá le proporcionara también una elucidación del fallo técnico. Los fallos técnicos, dijo, eran pequeños vicios irritantes en los ordenadores, a menudo difíciles de localizar y corregir. Acudió a una de las pantallas cercanas y con el índice de la mano izquierda pulsó varias teclas del teclado que ocupaba el tercio inferior de la unidad. La pantalla se quedó en blanco. A continuación apareció una serie de caracteres alfanuméricos, que reverberaron un poco antes de quedarse quietos.

```
010011          COxxxx
100110          COGxxx
010111          xxxxxx
011001          xxGx
110011          xxGx
100110          xxx

010101          xUx
101001          xUx
010111          ITx
100110          Oxxxx
                    Ex
                    xRxxxxx
                    Sxx
                    xxTxxxxxxxxxxx
                    xxxxxxxxxxxxxx

                OGRE OGRE OGRE
```

LoQuadro regresó a la silla acolchada que había junto a la consola. Seguía dando la impresión de ser un testigo clandestino de sus propios pensamientos.

—El fallo nos aparece de vez en cuando mientras estamos escaneando algún material gráfico — dijo—. Aparece sin más. Ahí mismo. No lo encuentro en el sistema de elección de rutas. Está demasiado bien integrado. Trumpy asegura que ella tampoco lo encuentra. Pero yo sospecho que es ella quien lo ha puesto ahí. Es su fallo técnico. Y lo que es más, parece ser un fallo doble. Primero interrumpe otros datos visuales. Luego se interrumpe a sí mismo. Es un fallo técnico de tarjeta perforada de seis bits. ¿Sabes qué acabo de percibir en ti?

—No.

—Que nunca dices nada ingenioso.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Los chavales siempre están diciendo cosas ingeniosas. Son famosos por ello. La gente siempre está citando los comentarios ingeniosos de sus hijos.

—Escribiré a mi familia. Tal vez las tengan apuntadas.

—Ahora no —dijo LoQuadro—. Tengo que salir un rato. Tengo una cita importante. Espérame aquí. Me voy a reunir con los representantes de un cártel hondureño. Han venido en avión desde Alemania. Quieren alquilar temporalmente los ordenadores.

—Debe de ser Elux Troxl.

—¿Lo conoces?

—De nombre nada más.

—¿Y de qué lo conoces?

—Un tipo llamado Hummer, que está en un comité destinado a definir la palabra *ciencia*, me habló de una persona llamada así y originaria de América Central que alquila temporalmente los ordenadores y está escondida en Alemania.

—Lo que pasa es que no se llama así. Nadie sabe cómo se llama. Se podría llamar de cualquier manera. Ni siquiera sé si son hondureños. El cártel es hondureño, pero supongo que los agentes podrían ser de otra parte.

—¿Qué papel tiene usted en esto?

—Comercializo exceso de tiempo —dijo LoQuadro—. No le digas a nadie que te lo he contado. Esto no lo sabe absolutamente nadie. El cártel quiere sacar partido de la tremenda versatilidad del Cerebro Espacial. El uso compartido del ordenador suele beneficiar a todo el mundo a largo plazo. Si queda tiempo disponible, entonces se puede comercializar, y yo lo puedo hacer perfectamente. Los ordenadores son como niños.

—¿Y qué pasa si yo ya no estoy cuando usted vuelva?

—Día-noche, jugar-dormir, encendido-apagado.

Dentro de la serie uno, dos, cuatro, siete y once no tardó en descubrir la serie oculta uno, dos, tres y cuatro. Podía caminar pero no hablar. Billy no había aprendido a hablar hasta pasados los tres años. Su madre solía mirarlo fijamente a la boca y apremiarlo a que dijera algo. Le hablaba dirigiéndose a su boca y le suplicaba que contestara. Su padre opinaba que el niño conocía las palabras pero simplemente no las quería decir. Su mente conocía las palabras. El chico hablaba con la mente y dirigiéndose a su mente. Con la mente y a la mente. Con el tiempo empezaría a dirigirse con la mente a la boca y luego con la boca a la sala y a la gente que había en ella.

—En cuanto hable lo voy a llevar al metro —decía Babe—. Me lo pienso llevar a los túneles. Estoy ansioso por enseñarle cómo son los túneles. Pero hasta que hable, nada. Quiero oír su reacción.

Al principio, al perro de ataque no le pusieron nombre. Simplemente se llamaba «cachorro». A medida que crecía y se iba volviendo negro, aquel medio de identificación se convirtió en el nombre por defecto del animal, por lo menos por lo que respectaba a Faye y a Babe. Billy no llamaba al perro de ninguna manera, no lo había hecho jamás. Intentaba no cruzarse con él, y la mayor parte del tiempo se acordaba de guardar sus libros a una altura a la que el perro erguido sobre las patas traseras no pudiera alcanzarlos. Aquello implicaba que se tenía que subir a una silla dos veces: una para guardar sus libros y otra para cogerlos. Formaba parte del orden natural de los acontecimientos en la avenida Crotona. Cuando descongelaba la nevera, Faye vaciaba ollas de agua hirviendo en el interior del congelador. Con un guante de horno en cada mano, sostenía una olla grande bien lejos de su cuerpo y se echaba lentamente hacia atrás, inclinándose como un lanzador de disco, antes de proyectarse en un vórtice acompañado de una mueca y arrojar el agua por todas las paredes llenas de hielo del congelador. A veces Babe atravesaba el apartamento con el televisor en brazos. Siempre que la antena de cuernos no le daba una imagen clara, agarraba el pesado televisor y se lo llevaba a otra habitación. En las noches estivales de más calor, a lo largo de las tres horas que duraba un partido de béisbol, a veces conseguía dejar el aparato un par de veces en cada habitación del apartamento, allí donde obtenía cierta mejora de la imagen, lo que pasaba era que la perdía al cabo de poco. El televisor pesaba lo bastante como para provocarle algún que otro espasmo tembloroso en las piernas. Encima del televisor

que Babe llevaba en brazos había varias botellas vacías de Champale, un paquete de Camel, un cenicero, un encendedor enorme y diez o doce revistas de cine de Faye. Muchas de aquellas noches, mientras Babe atravesaba habitaciones en silencio y voluminosamente y Faye permanecía sentada junto a la ventana comentando los acontecimientos de más abajo, Billy y su amigo Ralphie Buber estaban en la cocina escupiéndose mutuamente a la cara. El primero que se quedara sin saliva era declarado perdedor. El juego, sin embargo, no se detenía en aquel punto. El ganador seguía escupiendo hasta quedarse seco, momento en que ambos chicos, reacios a acabar la contienda, quedaban reducidos a mera simulación, a hacer gestos con los labios y la lengua sin expulsar nada significativo más que el sonido recurrente: chu chu chu chu.

—Es la idiotez más grande que he visto en mi vida —les dijo Babe.

Su coche era un modelo de Ford extinto llamado Urban Eco-Pak. Era un automóvil extremadamente insulso, demasiado carente de distinción como para llamarlo feo, y encima, como si intentara compensar su naturaleza completamente anodina, había sufrido hacía poco la infestación de varias formas de vida insectil, entre las cuales predominaban las cucarachas. Durante los meses de invierno, Babe no usaba casi nunca el coche y se contentaba con echarle un vistazo cada vez que sacaba a pasear al perro. Los actos de vandalismo no le molestaban a menos que fueran directamente flagrantes, y la mayoría de las noches se limitaba a dar una vuelta a aquel cacharro metálico y seguir su camino. En verano se llevaba a su familia y amigos a la playa. Dejaba el coche cociéndose en el enorme y abarrotado aparcamiento y acompañaba entre las hileras de automóviles a Faye, Billy y a los dos Seltzer (Izzy, compañero del metro, y su hijita Natasha) hasta el paseo marítimo, cruzando la franja de arenisca y llegando a la baranda que dominaba la playa en sí, la playa abarrotada, aquella curva larga y radiante infinitamente sometida a las aguas oscuras de la bahía. Los domingos de verano en Orchard Beach eran como unas maniobras de tropas en terreno desierto en las que todos los soldados usaban munición real.

—Tienen un problema religioso —dijo Faye, refiriéndose a un matrimonio que vivía en su edificio—. Los dos son católicos irlandeses.

A menudo aquellas excursiones terminaban en caos. Había apuñalamientos, disturbios y tormentas eléctricas. Faye envolvía a Billy en una toalla grande y él se quitaba el bañador, y luego se sentaba y se ponía los pantalones como podía. En el paseo marítimo contemplaban cómo la policía se acercaba barriendo la playa, uniformados, sosteniendo las porras al nivel del pecho y levantando mucho las piernas. En las marismas lejanas que formaba la marea había nadadores con medallas religiosas haciendo ejercicios de gimnasia. Los relámpagos rasgaban el cielo oscuro y el niño experimentaba una sensación abrumadora de ansiedad, de extraño atolondramiento tenso, un voltaje emocional en el aire, algo que se avecinaba, algo que no era la tormenta ni la violencia, algo de lo que escapar riendo, un miedo y a la vez una expectación, y acababa empapado pero sintiéndose más ligero, más *sensible*, apartándose con la mano el pelo apelmazado para ver a un grupo de hombres y mujeres que atacaban a un puñado de individuos y después a un segundo grupo que cargaba contra el primero, a navajazos y golpes, a una mujer enorme y solitaria sentada en la arena intentando ponerse los zapatos y perdiendo el equilibrio hacia atrás por culpa de los bamboleos de su peso al desplazarse, de la mano que no le llegaba al pie, y los policías con su paso de desfile empezaban a derribar a la gente, y una tensión cada vez más dulce se propagaba por todas partes, gente sangrando, truenos haciendo patapum, un coche patrulla dando tumbos por la arena, disparos en el sector siete, viento y lluvia, un desgarrón crudo en el ímpetu de los cuerpos, gente que entraba en el agua para huir, muerte y risas sumisas, patapum, cielo oscuro y vida.

A Billy le habían dicho que Natasha biqueaba porque su madre se había ido de casa. Era una niña extremadamente frágil, con un cuerpo que temblaba como si estuviera suspendido del extremo de un gotero. Su padre llevaba a menudo a los niños al jardín botánico. Cuando estaban juntos, Izzy y Natasha expresaban esa tristeza distraída del amor dividido. En los días tristes en especial, a veces Billy se sentía obligado a hablar en voz baja en presencia de ellos, por deferencia a la desgracia familiar de ambos. Natasha biqueaba a velocidades muy distintas dependiendo de la situación.

—Las chicas tienen tres sobacos —decía Ralphie Buber—. El tercero lo tienen entre las piernas. Al otro lado del patio interior, la Gritona insultaba al universo. Durante las noches de visionado de películas, mientras Faye y Billy estaban sentados y bañados en el resplandor cavernario del televisor, la mujer chillaba y armaba estruendo, y ninguna de sus palabras parecía pertenecer a idioma conocido alguno. Un día, a Billy y a sus amigos los estaba persiguiendo el conserje por una serie de pasillos y callejones que discurrían entre varios edificios adyacentes y por debajo de ellos. Como tenía cerrada a cal y canto la ruta que llevaba a su edificio, Billy subió las primeras escaleras que encontró. Aquellas escaleras lo acabaron llevando a la planta cuarta del edificio que había detrás del suyo. Allí se encontró con una puerta entreabierta donde estaba plantada una mujer. Aunque él no la había visto nunca, sabía que sólo podía ser ella. La Gritona. La tenía de pie a un metro y medio de distancia, en el umbral a oscuras de su apartamento. Tenía sujeta al pelo con un alfiler una servilleta de papel blanca. Llevaba dos o más albornoces. El albornoz de fuera estaba abierto, revelando otro debajo, y a juzgar por los montículos y riscos injustificados de este segundo albornoz y de lo prieto que llevaba el cinturón, era posible que llevara al menos uno más debajo. Iba descalza, y esto, más que su curiosa forma de vestir, y más incluso que el hecho mismo de que fuera la Gritona, fue lo que realmente lo preocupó. Los pies descalzos de la gente siempre lo habían intranquilizado. Que la gente anciana fuera descalza no formaba parte del orden de las cosas, y le entraban ganas de ponerse a tirarles cerillas encendidas a los pies para darles una lección. Ahora se la quedó mirando, listo para largarse zumbando de allí, inclinando ya el cuerpo, a un segundo de una huida en toda regla. Ella se sacó algo del bolsillo del albornoz, un papel que tenía algo escrito. Billy no apartó la vista de la cara picada de viruela de la mujer, abismalmente hundida, con aspecto de que se la había arrasado alguna fuerza natural. Ella se frotó el papel contra la frente con una serie de movimientos circulares repetidos. Luego lo mordió con ferocidad y lo extendió en dirección a él, produciendo ruidos durante todo el proceso, una serie de interferencias acústicas tan arbitrarias que no parecían venir de aquella boca, que no chupaba con la intervención de las mandíbulas sino de un agujerito de la garganta. Billy se inclinó hacia la escalera, apoyando todo su peso en una pierna, y de pronto y sin advertencia previa ni siquiera para sí mismo impulsó el cuerpo en la dirección contraria, cogiendo el papel de la mano de la Gritona. Lo leyó en la azotea al cabo de cinco minutos, con la superficie de papel todavía mellada por las marcas de dientes y una serie de manchitas nacaradas de saliva visibles en aquellos espacios irregulares. A un par de metros de él, un hombre provisto de un palo largo guiaba a una bandada de palomas a lo largo de una serie de arcos de adiestramiento de longitud creciente.

Pro/medio valor de mercado 549,74 (29/1929) trago amargo de bienestar de peregrinos (a/dios) tragabasuras s.a. & camisaparda rey/presidente (rey/presente) de EE. UU. de Hit-ler-do & zurullo secreto (se-(busca)-cré-(di)-to) de EE. UU. del Cong / Viet Cong & Cristo / del / miedo Colón descubrió la sífil-hist. 1492 + 1929 = 3421 / 1234 / 4321 astro huesos enterrados bajo árbol perr-enne en Centro Caca-Feller calle 50 + Quinta Avenida = calle / avenida / calle mal avenida 55 (Cañ-ave-real) Lincoln 1865 + 1492 + 1929 = 5286/ PANCA DVI ASTA SAS

Acomodada delante del televisor con el regazo lleno de uvas moscatel, Faye le explicó a Billy por qué a ciertos actores y actrices se los consideraba clásicos.

—Me gusta verlo trabajar —decía de algún actor en concreto—. Mira cómo actúa con el vaso de agua. Fíjate ahora. Mira, mira cómo se frota el borde del vaso contra el labio inferior antes de beber. Ese detalle no le saldría a nadie más. Es un momento clásico. Me gusta verlo trabajar.

Otras veces le hablaba del crecimiento. Había actores a quienes les interesaba crecer como artistas. Había otros que no, bien porque eran demasiado tontos para crecer o porque ya eran clásicos y no solamente no tenían razón para crecer sino que hacerlo los perjudicaría.

Sentado sobre la toalla en la playa, Billy examinaba las pertenencias de su padre. Estaba allí el taco de billar cortado, su padre lo llevaba a modo de protección contra los disturbios. También el encendedor de acero inoxidable, casi tan grande como un mazo de naipes. Tenía una llama inmensa. Cada vez que su padre acercaba el pulgar a la ruedecilla traqueteante, Billy se apartaba. La enorme llama azulada venía acompañada de una ráfaga de aire furioso, un efecto que él no asociaba con cosas que se encendían sino con cosas que se apagaban, con el último aliento de un

cuerpo apenas formado, calor y luz sorbiendo un momento supremo. Mientras caminaba por la nieve sucia de delante del supermercado, le preguntó a su madre por qué lo habían llamado William Jr.

—No pensábamos que fueras a sobrevivir.

—¿Qué quieres decir?

—Fuiste prematuro, mami. Te tuvieron que meter corriendo en una incubadora. Eras tan diminuto que no pensábamos que fueras a sobrevivir ni el fin de semana.

—¿Y eso qué tiene que ver con llevar el nombre de mi padre?

—Pues que no queríamos desperdiciar un nombre nuevo.

—Qué chistosa.

—Los nombres nuevos nos los guardábamos para cuando tuviéramos un niño más sano.

—Me muero de la risa.

También estaban allí los zapatos de su padre, raspados y monumentales, ubicados entre el encendedor y el periódico. Costaba creer no sólo que hollaran la tierra unas criaturas con los pies lo bastante grandes como para poder llevar aquellos contenedores, sino que además una de aquellas criaturas fuera su padre, carne de su carne, Babe el de los túneles del metro. ¿Acaso formamos parte de la misma raza? ¿Es verdad que yo vengo de ellos dos, o eso no es más que un cuento para niños? Ovulación, acto sexual, fertilización, embarazo, parto, nacimiento. No puede ser tan sencillo. Tiene que haber algo más que no nos están contando. Un ave que vuela en círculos, un sueño, un número susurrado en la noche. A su lado, Natasha parecía estar mirando directamente al Sol. Izzy Seltzer la avisó de que no lo hiciera, semitrágico con su bañador descolorido, con pelo por todo el cuerpo y matas rizadas de puntas canosas brotándole de la nariz y orejas.

A los cuatro años, Billy todavía se consideraba algo que nunca experimentaría alteraciones. Un «niño». Todavía no percibía el parentesco especial que había entre humanos de tamaños distintos y no se daba cuenta de que su destino era pasar a otras categorías. Así pues, aquella parte de la infancia fue un breve capítulo de inmortalidad que a su debido tiempo él se daría cuenta de que había estado inserto entre estados biológicos que apestaban a transformación mortal. Unos años más tarde, sentado en la bañera, daría brincos de rabia preadolescente sobre la lisa superficie de porcelana cada vez que aparecía en la puerta la cabeza de su madre.

—¿Eres mi nenito o eres otro?

—Muérete, por favor.

A los cuatro años, sin embargo, completamente en consonancia con la idea de ser siempre aquella cosa llamada niño, Billy vivía sumido en un silencio profundo y soleado, no amenazado por la noción de su capacidad de cambiar. No cabía duda de que él era exactamente lo que tenía que ser. Estaba seguro de cumplir con los requisitos. Era total y del todo adecuado. Era nativo de un entorno interior permanente, de la misma manera en que ciertos peces como especie nunca se alejan de las aguas costeras. Su silueta estaba grabada en el aire mismo, cuerpo y mente para siempre.

LoQuadro lo acompañó de vuelta por el complejo, tomando aparentemente la misma ruta y dando los mismos pequeños rodeos que había tomado y dado Shirl Trumpy cuando lo había conducido en la dirección contraria. Las unidades informáticas enormes proyectaban sus sombras en las paredes y los suelos.

—¿Lo han alquilado?

—Lo han alquilado.

—¿Para qué necesitan el Cerebro Espacial?

—No lo han dicho.

—Supongo que si alguien está escondido, lo normal es que no te cuente para qué quiere tu ordenador.

—Estás hecho un maestro moderno del sarcasmo, ¿verdad? —dijo LoQuadro—. En todo caso, no estaba escondido. Estaba en aislamiento. Hay una gran diferencia.

—A mí me dijeron que estaba escondido.

—Vamos a ir al núcleo de vacío exterior. Desde allí podemos ir bajando por entre el mecanismo de interrupción de aumento. En teoría, no hay ni un solo obstáculo en nuestro camino.

—Espere.

—Ahí es donde se origina el sueño.

—Espere, por favor.

—En un sector sin nombre situado en mitad del núcleo de vacío.

LoQuadro dobló un recodo de golpe y llevó al chico entre un grupo de operarios que instalaban unidades de reproducción de cinta magnética a un ritmo frenético. Billy no recordaba haber pasado por aquella zona con la mujer de la extraña camioneta. Quería hacer caso de sus propias palabras («Espere, por favor»), pero no paraba de avanzar, como si la estela de LoQuadro estuviera atrayéndolo en aras del cumplimiento natural de alguna ley aerodinámica poco conocida. Caminaron por un corredor parpadeante y entraron en un almacén semicircular lleno de sillas plegables parcialmente plegadas. LoQuadro se aproximó a una puertecita situada en la otra punta de la pared curvada. La puerta apenas llegaba al metro de altura, lo cual hizo pensar a Billy que debía de ser una especie de panel de salida de emergencia, parecido a la rejilla de metal que tenía él en su cápsula. En la puerta no se veía ningún pomo, aunque sí un artilugio circular inserto, pequeño y blanco. Tal vez un timbre o un interfono. O quizá fuera la puerta corredera de un ascensor. No había ni advertencias impresas ni símbolos codificados, sólo una pequeña inscripción: LABORATORIOS OMCO. Una vez frente a la puerta diminuta, LoQuadro se volvió hacia él.

—Me he olvidado las gafas protectoras —dijo—. Tengo que volver a por ellas. Ahí no se puede entrar sin gafas protectoras. Vas a tener que esperar aquí. No estás autorizado para sacar equipamiento, ni siquiera para entrar en la zona de donde se saca el equipamiento. ¿Tengo razón? ¿Tienes acceso limitado?

—Nadie me ha dicho si lo tengo o no.

—¿Qué clase de módulo tiene tu cápsula?

—De entrada limitada.

—Entonces es que tienes acceso limitado. Las dos cosas van juntas. Prométeme que seguirás aquí cuando vuelva con las gafas.

—Lo prometo del todo.

—Pero ¿seguro que estarás aquí?

—La última vez que se marchó usted no me fui.

—Me gustaría tener alguna garantía más. Toda mi vida, la gente se ha dedicado a hacerme promesas y a romperlas sin excepción. ¿Qué otra garantía me puedes dar?

—Le doy mi palabra.

—No basta ni mucho menos —dijo LoQuadro.

—Lo juraré sobre un montón de biblias.

—Olvídate de las biblias.

—Pues un montón de lo que sea.

—¿Puede ser un montón de libros que yo elija?

—¿Y qué pondrá usted en el montón? —dijo Billy—. Dígame algunos títulos.

—Primero dime que lo jurarás.

—Primero dígame qué ha querido decir cuando ha dicho no sé qué de un sueño.

—¿Qué he dicho?

—Que se origina en el núcleo de vacío.

—Verídico.

—Porque si me está diciendo que el ordenador tiene sueños, esa película ya la vi hace mucho tiempo en *Escuela de fantasmas de Hollywood*.

—Un s-u-e-ñ-o.

—¿Y eso qué es?

—Secuencias Ubicadas en Etapas No-Operativas —dijo LoQuadro—. Una serie de ráfagas de datos en forma de código mnemónico que suelen aparecer en ciertas fases no operativas y se recogen más tarde.

—El protagonista se acaba volviendo loco después de que sus padres desmonten el ordenador y encuentren trocitos de cerebro de bebé humano injertados en los circuitos, lo cual explica por qué desaparecían tantas criaturas del hospital.

El pie derecho de LoQuadro no paraba de dar golpecitos incontrolados. Aquellos movimientos no parecían guardar relación con ninguna otra parte de su cuerpo. Cuando daba aquellos golpecitos parecía un robot doméstico descabelladamente poco práctico diseñado para aplastar los insectos que pasaban. Al cabo de un momento se desplomó sobre un grupo de sillas sólo plegadas a medias. Billy pensó que la caída lo espabilaría, pero no fue así. Ni tampoco el estruendo de las sillas contra el suelo. Pese a todo, el chico abandonó en silencio la sala. No intentó imaginar qué habría al otro lado de la puertecita. No se le ocurrió asomarse al interior, ni siquiera llamar con los nudillos. El núcleo de vacío. El mismo nombre ya bastaba para mandarlo en la dirección contraria.

En su cápsula, se puso a pensar en el mensaje procedente de la Estrella de Ratner. Un total de ciento un caracteres. Tal como había señalado OVNI Schwarz, ciento uno era el primer número primo de tres dígitos, indivisible salvo por sí mismo y por la unidad. Tal vez fuera un dato importante. Pensó por un momento en las pulsaciones o unos. Catorce. Veintiocho. Cincuenta y siete. Si se convertían en dígitos, se obtenía un decimal recurrente. Uno cuatro dos ocho cinco siete. Valía la pena planteárselo.

La respuesta, suponiendo que hubiera una pregunta, tenía que ser simple. Intentó pensar en términos de la aritmética más simple. Uno cero uno. Noventa y nueve unos y dos ceros. Uno cuatro dos ocho cinco siete. Catorce *espacio* veintiocho *espacio* cincuenta y siete. Era consciente de que los demás expertos que habían intentado decodificar el mensaje debían de haber empezado de la misma manera, pero siempre existía la posibilidad de que se les hubiera pasado por alto algo obvio. Se imaginó a Softly bamboleándose en una mecedora en el porche de su casa de Pennyfellow. ¿Qué haría Softly? Pues haría un chiste y soltaría un silbido con los meñiques en la boca. Que venía a ser lo que todo aquel asunto merecía.

Alguien llamó con suavidad a su puerta, una especie de golpe caprichoso con los nudillos relajados. Al otro lado se encontró a una mujer, y cayó en la cuenta de que debía apartarse para dejarla entrar. La mujer llevaba ese estilo de ropa con mucho vuelo que se podía clasificar bien como ropa de noche terriblemente dramática o bien directamente como pijama. Era alta y plateada, con una expresión de animación laboriosa, como si no se diera cuenta de que ya no hacía falta ser vivaz. Tenía una cinta torcida sobre el pelo y trocitos de confeti en la camisa y los pantalones.

—Soy Soma Tobias.

—Qué tal.

—¿Has estado en mi fiesta?

—Me temo que no. Siéntese donde sea. ¿Qué fiesta?

—Mi fiesta de despedida.

—¿Cuándo ha sido?

—Empezó anoche y todavía no ha terminado. Simplemente me he alejado un rato. He visto luz debajo de tu puerta y he sabido que estabas levantado.

—No es ni media tarde —dijo él—. Claro que estoy levantado.

—Pero ¿acaso no te encanta languidecer todo el día en la cama? Debilitarte hora tras hora, como hicieron tantos genios franceses de las artes y las letras... ¿No crees que hay cierta ternura nostálgica asociada a esos periodos de tiempo brillantemente apáticos que solemos pasar en la cama durante el día? Estaba convencida de que te encontraría despachurrado en el sobre.

—¿Está usted borracha?

—Es mi fiesta de despedida —dijo ella—. Me marchó.

—¿Y para qué vino usted aquí originalmente?

—Para verificar la solidez estructural. Para asegurarme de que le hicieran justicia a mi concepto.

—¿Es usted la arquitecta?

—Hace años me abandoné a los ritmos del cicloide. La curva más preciosa de toda la naturaleza. Una figura provista de propiedades mágicas. Fue entonces cuando decidí aplicar esa forma a un edificio, a una ciudad, a una lápida gigante si hacía falta; a cualquier encargo que me saliera.

—¿Una lápida?

—Pascal enfermó de gravedad el mismo año en que hizo una serie de trabajos importantes sobre el cicloide. Le encontraron una lesión en el cerebro.

—Justamente he leído algo sobre ese tema hace poco.

—¿Qué te parece mi diseño?

—Está bien de lejos.

—¿Y de cerca o por dentro?

—Estoy asintiendo.

—Los jesuitas se oponen a la forma cicloide. ¿Lo sabías? Hay un anciano llamado Verbene que va a por mí desde que llegué.

—¿Cómo puede alguien estar en contra de una forma geométrica?

—Los jesuitas se oponen a cualquier cosa que se pueda poner del revés y siga generando placer. Y, por supuesto, el cicloide es una de esas cosas. Un asombroso cuenco nupcial de gravedad. Con maravillosas propiedades pendulares. Ese sacerdote llamado Verbene me tiene entre la espada y la pared.

—¿Cómo llama usted a ese atuendo que lleva puesto?

—Sus hormigas rojas me lo hacen pasar mal —dijo Soma.

—¿Qué quiere decir con «hormigas rojas»?

—Verbene estudia las hormigas rojas. Ha creado un sistema entero de aprendizaje basado en ellas. Se llama metafísica de las hormigas rojas. ¿Lo has conocido ya?

—¿Estudia las hormigas rojas?

—Las hormigas rojas y sus secreciones.

—¿Y usted cree que la atosiga porque las cosas que están del revés no deberían producir placer?

—El cicloide es geometría. No sé por qué tenemos que mezclarlo con el sexo. La verdad es que no salgo de mi sorpresa por no haberte encontrado en la cama. Matemáticas y dolor. Reposo en cama y meditación. Debilitarte con cada hora que pasa. Lloriquear y gimotear sumido en la fatiga iridiscente de tu genialidad.

La oyó hablar de la fiesta de despedida. Era como un monólogo sobre el insomnio. O como el insomnio mismo. No es que a él le importara. No tenía ningún deseo particular de ponerse a trabajar otra vez en el código. Y resultaba agradable tener a una mujer en su habitación, aunque estuviera demasiado perjudicada por la fiesta para escribir un episodio de libertinaje en la historia de Billy. No obstante, más allá de la presencia de Soma Tobias, sin embargo, más allá de su voz, más allá de los objetos de aquella habitación y de la habitación en sí, más allá de todo aquello, se encontraba el trazado de una línea de color azul claro, la ubicación de un punto provisto de cierto grado de libertad. Azul sobre blanco. Figuras y movimientos. Pulsaciones zumbando a través de la anestesia de las cuatro dimensiones coordinadas. ¿Acaso tenía que buscar una ecuación y estirar su marco de variables a través de una gráfica interestelar? Podía valer la pena explorar aquello. Método axiomático. Un movimiento fugaz fiel a otro. El sistema de coordenadas había permitido que el cálculo fuera imaginable, mientras que aquel estudio de la suma no secuencial de la naturaleza fluida había nutrido el crecimiento de las matemáticas modernas. Billy vio cómo forzaba sus propias fronteras. Coordenadas que ascendían a n . El espacio de la naturaleza y el suyo. Aumentar de tamaño por medio del añadido de material gracias a la asimilación. Ampliarse o intensificarse. ¿Contra qué crecían las matemáticas? No contra la naturaleza, sino contra la imaginación. Y, sin embargo, cuando traspasaba las fronteras, ¿acaso regresaba al mundo físico? Leyes fundamentales. Guijarros que hacían carreras en vano por las pendientes de un cicloide inventado. Todas las mentes reunidas en tiempo idéntico en el fondo del hoyo geométrico.

—Ahí estaba él —balbuceó Soma—. Catorce años de edad. Pasando las mañanas enteras en la cama. Pensando en lo absolutamente inútiles que eran todas aquellas manifestaciones de la mente autoritaria. Todos aquellos sofismas y sutiles equivocaciones. Frágil de cuerpo y amante de la cama.

—¿Quién, Pascal?

—No me estabas escuchando.

—Estaba pensando —dijo él.

Ella se levantó y caminó hacia la puerta, con los hombros caídos de cansancio y un regocijo derrotado todavía pintado en la cara. Él la siguió por pura urbanidad y consiguió esquivar su codo cuando ella abrió la puerta.

—Eres muy dinámico para tu edad —dijo ella.

—Ese comentario casi lo entiendo.

En cuestión de segundos, la mujer desapareció. Billy reparó en el emblema que había esbozado en la pantalla del telepanel, una estrella de cinco puntas dibujada con un gesto ininterrumpido de la mano, y así fue como supo que Endor quería verlo.

DICOTOMÍA

A lo largo de la noche se había celebrado una competición en el jardín de setos decorativos: se trataba de hacer volar cometas adornadas con farolillos de papel. Premios al mejor diseño, color, maniobrabilidad, velocidad de ascenso y tiempo en el aire. Varias cometas se habían incendiado suavemente, provocando al nivel del suelo coros de exclamaciones de pesar placentero. Los armazones en llamas permanecían un rato en el cielo, desconectados de los juguetes voladores y dando ahora la impresión, bajo las brisas perezosas de aquella noche perfecta, de ser una especie de invertebrados míticos decididos a quemarse antes que regresar a la tierra porosa, donde antes se habían despojado de la seda de la transfiguración.

Por la mañana, el Cadillac blindado puso rumbo al este. Billy volvía a tener el asiento trasero para él solo. El chófer era un tipo llamado Kidder. La carretera era muy recta y a Kidder apenas le hacía falta mover las manos sobre el volante. De hecho, estaba tan inmóvil que a Billy le recordó al cuerpo de LoQuadro trastornado por el fallo técnico humano. Disociación inversa.

—No estamos muy lejos de los silos.

—¿Qué silos?

—Debes de ser un chico de ciudad —dijo Kidder.

—Pues sí.

—En las ciudades nunca se encuentran silos. Esto se aplica a cualquier parte del mundo a la que vayas. Nunca hay silos ni en las ciudades ni cerca de ellas.

—¿Cómo de lejos está el sitio al que vamos?

—Quince kilómetros de hoyo a hoyo. Se supone que es un chiste. De puerta a puerta. De hoyo a hoyo. ¿Lo pillas?

—Solamente pillo la mitad.

—Con eso me conformo —dijo Kidder.

—De puerta a hoyo. Ésa es la parte que pillo.

—Pasemos un rato sin hablar. Me estoy concentrando en la carretera. No puedo conducir en carreteras rectas a menos que me centre de verdad. Hasta cuando hablo no estoy prestando atención a lo que digo, por miedo a desconcentrarme. No tengo ni idea de si lo que digo tiene sentido o no. Podría estar hablando un idioma extranjero, por lo que a mí respecta. O algo todavía más loco. Si me desconcentro, me desvío. Es como si algo agarrara al coche.

—La última vez que estuve en este coche había dos personas más donde está usted sentado.

—Entonces es que no estabas en este coche —dijo el hombre—. Estabas con gente distinta y en un coche distinto.

—¿A qué velocidad dice que está yendo?

—Tal como estoy conduciendo, hasta una liebre podría alcanzar a este coche.

—Nunca.

—¿Sabes lo rápido que se desplaza nuestra amiga la liebre cuando va a toda velocidad?

—No.

—Veintidós metros.

—¿Por segundo?

—Por segundo por segundo.

—De eso no he entendido ni la mitad.

—Tal vez no haya nada que entender —dijo Kidder.

—Pensaba que no íbamos a hablar.

—Te crees más listo que el hambre, ¿no?

El conductor levantó gradualmente el pie del acelerador. No había demasiado paisaje que ver en la zona. Era una mañana despejada y tibia. Billy se había atado los largos cordones de sus zapatillas deportivas con doble nudo. Llevaba vaqueros y camisa sin botones. Algo golpeó el parabrisas y dejó un manchón melancólico en el cristal tintado. Endor. ¿Qué quiere? ¿Por qué se

comporta así? Se pasa treinta años siendo famoso y luego se va a vivir bajo tierra. ¿Un solo fracaso y ya renuncia a todo? Tal vez ni siquiera sea un contacto genuino. Sólo unas ondas de radio que viajan por el espacio. Procedentes de una nube de hidrógeno o de algún bromista. De alguien que crea melodías con su ordenador. Endor se había casado tres veces, había sufrido heridas en dos guerras y había pilotado aviones de reacción hasta alturas casi inauditas con el objeto de hacer investigación fotográfica en el terreno de la astronomía. Había escrito varios libros de naturaleza especulativa y todos habían sido superventas. Era un notable violonchelista y había fundado un grupo de cámara integrado únicamente por matemáticos. Varios jefes de Estado lo habían homenajeado en salones de mármol.

—Ya hemos llegado —dijo Kidder.

—¿Y por qué no para?

—¿Qué crees que estoy haciendo? Parar requiere tiempo. No se puede parar uno sin más. No tengo ni idea de qué te estoy diciendo ahora mismo, porque estoy dedicándome a parar este coche por completo y me encuentro tan concentrado que no soy consciente ni de la conversación que estoy teniendo. De manera que ya me perdonarás si se me escapa algún comentario tonto. Ni siquiera ahora, con el coche detenido casi del todo, sé qué palabras estoy diciendo en este momento.

Billy caminó los treinta metros que lo separaban del borde del hoyo. Endor estaba de pie en el fondo, exactamente donde todo el mundo había dicho que estaría. El hoyo tenía unos cinco metros de largo, dos y medio de ancho y tres y medio de hondo. Dentro de él parecía haber un segundo hoyo, un túnel cavado en la tierra en una esquina del original, del hoyo en sí. Endor tenía la camisa y los pantalones hechos jirones. La estrella de cinco puntas que siempre había llevado colgada de una cadena alrededor del cuello ya no estaba. Tenía la cara de sabio quemada por el sol y sucia de barro. Varios bichos reptantes se le movían por la barba blanca. Con los brazos en jarras, levantó la vista para mirar al chico, que se mostraba reacio a sentarse en el borde del hoyo (con las piernas colgando al estilo apropiadamente muchachil) por razones que no quería admitir ante sí mismo.

—Eres el único con quien estoy dispuesto a hablar, mozo.

—Estoy listo para cualquier cosa que tenga que decirme.

—Ayer me acerqué sigilosamente a la zona de ordenadores para echar un último vistazo a todas las parrillas de secuencias, a los mapas de ondas de radio, las impresiones y demás memeces. A todo ese apestoso universo informático. Confiando en que el último vistazo lo hiciera encajar todo. Pero nada encajó. Ni de lejos. Vuelve a tu hoyo, Endor. Vuélvete antes de que te vean y se pongan a mover los labios. Esperando que reacciones a sus fonemas idiotas. Habla con el chaval. El chaval ha hecho matemáticas puras en el ámbito más puro. ¿Tengo razón, Big Bill? Tú encontrarás la respuesta. La tienes al alcance de la mano. Eres la mente adecuada en el cuerpo adecuado. No me sorprendería que ya la hubieras encontrado. ¿Estoy en lo cierto? ¿Has descifrado el mensaje?

Sin esperar respuesta, se puso de rodillas y se alejó gateando por el suelo hasta meterse en el segundo hoyo. Billy no intentó ver qué estaba haciendo allí. No podía resultar en nada beneficioso. Se volvió para asegurarse de que el Cadillac seguía en las inmediaciones. Kidder estaba apoyado en la portezuela delantera, tirando una moneda al aire. Pasaron unos diez minutos. Endor salió del hoyo lateral. Parecía estar masticando algo. Levantó la vista hacia el chico pero no se molestó en ponerse de pie.

—Si toda la materia posee una sola naturaleza y busca unirse con el resto de la materia, ¿por qué las cosas se están descomponiendo? —dijo—. Contéstame a eso.

Se volvió a meter gateando en el segundo hoyo y se pasó varios minutos más escondido allí dentro. Cuando emergió, esta vez sí que se puso de pie.

—El centro de nuestra galaxia tiene un escape de gas tremendo. ¿Eso qué significa?

—No lo sé.

—Pues explosión colosal, creo yo. Aquello es muy denso. Un millón de veces más denso que el sitio donde estamos nosotros. En esas densidades, los planetas salen despedidos de sus órbitas.

Demasiadas estrellas. Demasiadas fuerzas y contrafuerzas. Solamente en nuestra galaxia, ¿tú sabes cuántas estrellas hay?

—No.

—Pues eso es solamente en nuestra galaxia. Es demasiado, demasiado grande. No hace falta que las cosas estén tan desperdigadas. ¿Por qué es tan grande el universo? ¿Y por qué, a pesar de que hay miles y miles de millones de estrellas y centenares de millones de galaxias, queda tanto espacio vacío? Dicen que las cosas todavía se están alejando de la explosión original. Las cosas se alejan para terminar juntándose otra vez, azul en vez de rojo. ¿Qué dicen de mí, Big Bill? ¿Dicen que como gusanos?

Endor volvió a meterse gateando en el segundo hoyo. En esta ocasión se pasó una media hora ausente. El chico se sentó con las piernas cruzadas sobre la hierba, dándose golpecitos en las puntas de los cordones de las zapatillas deportivas con el dedo índice. El famoso científico regresó y se puso lentamente de pie. Le colgaban jirones de tela del cuerpo flaco. Su cara entera transmitía esa sensación de contradicción lastimera que habita en los confines de la ciencia y el tiempo. Se rascó la barba y escupió alguna sustancia herrumbrosa en el barro.

—Las matemáticas son la única vanguardia que queda en todo el reino del arte. Son puro arte, mozo. Arte y ciencia. Arte, ciencia y lenguaje. Igual de artísticas que el arte que antes llamábamos arte. Perdieron las alas después de que los babilonios se esfumaran. Pero volvieron a salir a la luz con los griegos. Decayeron en la Edad Media. Los musulmanes y los hindúes las mantuvieron con vida. Pero ahora han vuelto con más brillo que nunca. Yo me he vuelto demasiado descuidado para las matemáticas. Me he olvidado de lo rápidas y letales que pueden ser. El pánico me hizo volverme a las fuentes de campo vacío y a la radiación de los cuerpos negros. Durante un tiempo fue fascinante. Se podía mirar y contar y medir y suspirar. Se podía cavilar sobre el firmamento. Se podía decir: «Aaaaah, ahí está, míralo bien». Pero empezó a deprimirme el tamaño del universo. Pensaba que tal vez los ratnerianos nos estuvieran ofreciendo una simple oración enunciativa o un pulcro grupo de números que nos explicarían por qué el universo es tan grande. Pero como no conseguí interpretar el mensaje, no me quedó otro recurso que el hoyo. Tú tienes suerte, Big B. La mente adecuada en el cuerpo adecuado. Larvas de insectos. Eso es lo que como. Díselo cuando regreses. Endor come larvas de insectos. No come gusanos como tales. Larvas. Cuasi gusanos. Gusanos pro tēmpore. Cositas peludas recién sacadas de la tierra.

Se volvió a meter gateando en el segundo hoyo. El Sol estaba en lo más alto. Billy se tumbó en la hierba, asegurándose de mantener los pies lejos del borde del hoyo, pero incapaz de explicarse a sí mismo por qué había tomado esta curiosa precaución. Llevó a cabo tres conjeturas distintas:

1) Endor lo agarraría de los tobillos, lo arrastraría al hoyo y se lo comería. Esto no tenía sentido, por supuesto. Era una tontería. Endor era respetado en todo el mundo. Por otro lado, era un hombre que había elegido vivir en un hoyo. No, no tenía sentido. La gente no hacía aquellas cosas. Era una tontería. Pero la gente que estaba en situaciones de estrés sí que hacía aquellas cosas. Y Endor estaba atravesando una situación de mucho estrés. Endor era una persona. Y, sin embargo, aquello era pensamiento lógico, y lo último que él quería era enredarse con palabras y proposiciones. Sabía que las trampas lógicas eran las peores. Los números tenían una naturaleza doble; existían como sí mismos, en abstracto, y también en tanto que unidades para medir distancias y contar objetos. Las palabras no se podían separar de su uso. Este dato hacía que resultara fácil caer en las trampas lógicas y difícil salir de ellas.

2) Endor comía larvas de insecto y podía arrastrarlo hasta el agujero y obligarlo a hacer lo mismo. Esto resultaba más aterrador que el punto uno porque era más probable. Era igual de estúpido pero mucho más probable, y por tanto era causa de miedo. Billy no tenía problema alguno con que otra gente comiera larvas, siempre y cuando él pudiera mirar de lejos y sin peligro. Puede que Endor no lo forzara físicamente a comer bebés de insecto, pero sí que lo convenciera de que el hecho de comérselos era un pasatiempo vigorizante. Tenía la capacidad y la experiencia necesarias para ponerle una trampa lingüística, usando la persuasión científica y su conocimiento de las palabras grandes y de los espacios que mediaban entre ellas.

3) Endor tenía acceso a un segundo hoyo de dimensiones desconocidas y podía agarrar a Billy de los tobillos y arrastrarlo por todo el primer hoyo hasta introducirlo en el segundo. Era la peor de las posibilidades. El segundo hoyo era una entidad oculta, un foso más cierto de lo habitual, un recipiente para todos los productos desfigurados de la imaginación mórbida. A la gente le gustaba organizarle encuentros con hoyos, túneles, ojos ciegos, miembros artificiales y modelos de fauces computarizadas. De todas aquellas formas de terror experimental, él sólo había vivido de forma directa una. Se trataba del túnel del metro, una región menos temible de lo que podría haber sido gracias a la palabra *metro*, que era un término familiar y específico, que evocaba sonido, color, olor y forma. El segundo hoyo de Endor no evocaba ninguna de estas cosas. Únicamente evocaba: *segundo hoyo*. Territorio sin explorar. Nada que imaginar. Ningún ruido que imaginar a modo de preparación para la cosa en sí. Estaba a seis metros escasos de Billy, la entrada al hoyo del hoyo, pero no era la cosa en sí, ni tampoco una falsificación, ni nada. ¿Quién sabía qué era? El poder de la lógica, tan cercano al número y tan lejano, le llenó el cuerpo de vibraciones deformes, como de cuerda de arpa pulsada por monos.

Endor reapareció. El chico, todavía petrificado sobre la hierba en estado de *shock* onírico proposicional, oyó que el gran hombre arañaba las paredes del hoyo propiamente dicho. Resultó que aquélla era su forma de incorporarse. Billy se arrodilló en el borde. Endor se puso a orinar en el segundo hoyo, ajustando su posición para que el largo y débil arco terminara en el punto exacto en que comenzaba el segundo hoyo. Aunque se volvió a guardar el viejo y escamoso colgajo, no se molestó en abrocharse los pantalones, de manera que la cremallera le quedó allí abierta, fatigada y plateada bajo el sol.

—Tira muy fuerte, mozo. Lo noto en las plantas de los pies. Hay un *ansia* en el centro de la Tierra. Olvídate de la fuerza impactada y de la proporción inversa. Aquí estamos tratando con un *ansia* verdadera. Todos los días la siento más. Alcanza un punto más alto de mi cuerpo. Todo es ansia. Todo ansía. Ser científico. ¿Tú sabes cómo es ser un científico? Te lo estoy preguntando y te estoy diciendo estas cosas porque son cosas que de otra manera te tendrías que preguntar y decir a ti mismo en los años y décadas por venir. Mis libros de ciencia se han vendido bien. Pero hasta hace muy poco yo no he sabido lo que quiere decir ser científico. Quiere decir lo contrario de lo que la gente cree que quiere decir. No ampliamos los sentidos para sondear los microbios y el universo. Lo que hacemos es negar los sentidos. Negamos las evidencias que nos proporcionan nuestros sentidos. Y una vida entera de negarlas es lo que lo lleva a uno a tener ataques furibundos de comer larvas.

Endor se metió a gatas en el segundo hoyo y regresó al cabo de un momento.

—La ciencia nos exige que neguemos la evidencia que nos suministran los sentidos —dijo—. Vemos que el Sol cruza el cielo y decimos que no, que no, que el Sol no se mueve, que somos nosotros quienes nos movemos, somos nosotros, nosotros. La ciencia nos enseña esto. Es la Tierra la que se mueve alrededor del Sol, decimos. Pese a todo, cada mañana abrimos los ojos y ahí está el Sol cruzando el cielo, de este a oeste, todos los días. Se mueve. Lo vemos. Estoy cansado de negar esa evidencia. La Tierra no se mueve. Es el Sol el que se mueve alrededor de la Tierra. Son los gusanos los que se generan espontáneamente en la carne podrida. Es el viento el que causa las mareas. Si la Tierra se moviera, nos marearíamos y nos caeríamos de ella. Si son la Luna y el Sol los que causan las mareas oceánicas, ¿por qué no causan mareas en las piscinas y en los vasos de agua? No hay variaciones en la radiación de fondo de microondas. ¿Y por qué? Pues porque estamos en el centro del universo, por eso. No te olvides de los gusanos. Siempre que ves carne podrida, ves gusanos. En la carne. Entrando y saliendo de la carne. Nacidos de la carne. Engendrados por la carne. Los gusanos salen de la carne de forma espontánea. ¿De dónde, si no?

—Las moscas ponen huevos —dijo Billy.

—¿Las moscas ponen huevos?

—Las moscas se posan sobre la carne y ponen huevos. ¿Acaso no es el gusano más que una fase temprana del ciclo de la mosca o como se llame? Las moscas ponen huevos.

—Las moscas ponen huevos... —dijo Endor.

Agarró algo y se lo metió rápidamente en la boca. Algo procedente del barro duro del costado del hoyo. Algo de cuerpo blando, sin alas, alargado y probablemente muy vivo. Por la barba le chorreaba el limo. Fluidos de larva verdes y frescos. Al cabo de medio minuto dejó de masticar. Billy se volvió para asegurarse de que el Cadillac seguía a su disposición.

Endor regresó al segundo hoyo y esta vez se quedó allí dentro quince minutos. Billy intentó ignorar que el anciano científico acababa de orinar en aquella misma zona. ¿Lo había hecho antes de la presente incursión o de la anterior? En cualquier caso, seguro que quedaban residuos químicos. Cuando Endor regresó, de la bragueta abierta de los pantalones le asomaba parte de la camisa.

—Los hombres se encogen en el espacio —dijo—. Tenemos siluetas de rayos X y fotografías estereoscópicas que lo demuestran. A los astronautas se les encoge literalmente el corazón. También los miembros y el torso. Porque en el espacio nada tira del hombre. No hay ansia. No hay esa succión y deglución universal. Sus músculos pierden tono. Se les acumula la sangre en los sitios equivocados. Se les trastornan las sustancias químicas del cuerpo. En suma, allí no existe esa poesía del desplome de la materia. El ansia lo es todo. Todo ansía. Sin ansia, los huesos pierden calcio. Sin ansia, el potasio se esfuma. Antes se pensaba que la materia se desplomaba. En el principio, la materia se desplomó. Se desplomó de manera uniforme. Desplomarse formaba parte de la naturaleza de la materia. El movimiento uniforme de la materia al desplomarse quería decir que no había interacción entre partículas. Que ninguna fuerza intervenía para interrumpir el desplome uniforme y absolutamente hermoso de todas las cosas del universo. Pero a continuación se produjo un viraje, según se creía. Algo, o quizá todo, recibió un suave empujón que le infundió el más imperceptible de los virajes. Dos partículas se tocaron con suavidad y se adhirieron durante el más imperceptible de los instantes. Aquella interacción al azar fue el origen del universo tal como hoy lo conocemos y lo tememos. No obstante, en este antiguo poema de la materia en desplome no hay nada que descarte la idea de que la materia se sigue desplomando. Ahora se cree que la materia está organizada, es interactiva y está guiada por fuerzas bien definidas, y, sin embargo, en todo el canon científico no hay ninguna evidencia que disipe la impresión poética de que la materia ahora organizada se está desplomando constantemente, que es lo mismo que dije en la frase anterior, si me estabas escuchando. Desplomarse forma parte de la naturaleza de los objetos. El universo entero se está desplomando. Ése es el sentido de los sueños en los que nos zambullimos eternamente.

Gateó hasta desaparecer de la vista. Esta vez, cuando regresó, tuvo dificultades para ponerse de pie. Tenía la cara y las manos embadurnadas de barro. Se le había acumulado barro bajo las uñas. Tenía un mazacote de barro seco en lo que le quedaba del bolsillo de la pechera de su camisa en plena desintegración. Por fin se irguió. Por el pelo se le movían cosas limpias de barro con cuerpos segmentados.

—Empezamos a ver la falta de normas de todo. En cuanto salimos de las superficies planas vemos qué tema tan misterioso es la geometría del espacio y del tiempo. ¿Quién está poniendo del revés las leyes del universo, y acaso alguna vez fueron leyes verdaderas? ¿Cómo explicar la energía carente de explicación? ¿Dónde encontrar el parámetro lumínico? El universo se está desplomando. Sí o no. He ahí el enigma preferente. Dale unas cuantas vueltas y dime qué te parece.

Antes de que Billy pudiera decir nada, Endor se metió gateando en su túnel, si es que era un túnel. Al niño no le importó porque no tenía nada que decir sobre el tema de la materia en desplome y su pertenencia al enigma del universo. Endor regresó al cabo de sesenta segundos.

—¡Einstein y Kafka! ¡Se conocieron! ¡Estuvieron en la misma habitación y hablaron! ¡Kafka y Einstein!

Se volvió a meter en el hoyo del hoyo y se pasó allí dentro mucho rato. Ahora el hoyo propiamente dicho estaba sumido en las sombras. Billy se preguntó cómo sobrevivía Endor a las noches. Y no sólo a las noches, pensó a continuación. A los días. A la dieta. Al aburrimiento. Al buen tiempo y al malo. Al miedo y a la desesperación. A la indignación, la soledad, los recuerdos y la muerte. Cuando Endor regresó, esta vez fue Billy quien habló primero.

—Además de larvas, ¿qué come usted?

—Cuando me siento con fuerzas, trepo hasta el borde del hoyo y me como la hierba o lo que sea que crezca y que yo pueda alcanzar con el brazo. Hay algunas plantitas en las inmediaciones que no están nada mal.

—Supongo que de cara a beber no puede hacer nada más que esperar a que llueva y beberse el agua de la lluvia.

—Me bebo el barro —dijo Endor—. El barro lleva agua de lluvia y agua subterránea. Sorbo el barro y me lo trago. Sorber y tragar son los principios activos que subyacen a la noción del ansia.

—¿Y qué hace usted en ese otro hoyo cada vez que se mete en él?

—Escarbo y cavo.

—¿Con los dedos nada más?

—Hay una percha para la ropa. Tengo una percha para la ropa ahí dentro. Es lo único que me traje al hoyo. Pensé que la necesitaría para la ropa. Para colgar la ropa, vamos. Pero resulta que la uso para cavar. Bueno, eso cuando cavo. Casi siempre lo que hago es escarbar. Y para escarbar uso los dedos.

—No veo cómo puede llegar muy lejos con una percha. Yo le podría haber traído una cuchara o un tenedor.

—Nunca escarbo sin emitir sonidos. Si no, ¿para qué hacerlo? Nunca infravalores el acto de escarbar. Pero nunca te limites a escarbar. Mientras escarbas, emite todos los sonidos que te parezcan apropiados. Los sonidos no verbales son los que mejor funcionan, en mi opinión. Si no, ¿para qué molestarse? Es una línea de trabajo cruel.

—Pero ¿para qué cava y escarba usted? ¿Por qué escarba?

—Déjame ver si me apetece contestar esa pregunta. Podría contestarla de distintas maneras. Podría decirte que cuanto más hondo cavo, más sabrosas son las larvas. Podría darte una respuesta naturalista y explicarte que estoy creando un refugio para cobijarme de los elementos. Podría, si me apeteciera, hacer una serie de comentarios enigmáticos relativos a la necesidad que tiene el hombre de madrigueras metafísicas que no lleven absolutamente a ninguna parte. Pero creo que voy a ceñirme a la respuesta que te di antes de que hicieras la pregunta.

Se volvió a alejar gateando. No es que Billy estuviera a punto de marcharse, pero sí que le faltaba muy poco para plantearse esa opción. Endor regresó por fin. Esta vez ni se puso de pie ni se quedó a cuatro patas. Lo que hizo fue sentarse con la espalda apoyada en el costado del hoyo y los antebrazos apoyados en las rodillas levantadas.

—Eres el único con quien he hablado, mozo. Llevo tiempo albergando una fuerte convicción. Ya la tenía antes del hoyo y la sigo teniendo. Más te vale buscarte un hoyo, Endor. Búscate un hoyo y lárgate a él ya mismo. Ésa fue mi convicción. Todavía la mantengo. Las cosas aquí no son lo que parecen, Big B. No creo estar más cerca de la muerte que antes del hoyo. Dejando de lado la pura cronología, claro. En otras palabras, no he venido aquí para encontrar una muerte rápida. Es otra cosa. El dolor de la mera existencia no es mayor aquí que en los entornos previos al hoyo. Cuando uno habla de la mera existencia, está hablando de cosas como los hoyos y el barro herrumbroso. Mi mente no ha cambiado, ni mi vista, ni mi forma de soñar, ni mi forma de olerme a mí mismo. Resulta sorprendentemente fácil adaptarse a vivir en un hoyo. Allí fuera, en otras palabras, hay mucha más hoyidad y barridad. Ya va siendo hora de que te marches, mozo.

—Ya mismo.

—¿Quieres verme comer más larvas?

—Es lo mejor de estar aquí. Verlo comer. Me gusta el ruido que hace.

—Tranquilo, Endor. No dejes que estos mercachifles te vacilen.

—¿Mercachifles?

—Gente que trafica, vende y comercia.

—¿Me voy ya?

—Es hora de decirte por qué te he convocado en este sitio, en este hoyo.

—Pero si ya me lo ha dicho.

—¿Y qué he dicho?

—Me ha dicho que me estaba diciendo esas cosas porque eran cosas que yo iba a tener que decirme a mí mismo en años venideros. De manera que me las está diciendo ya. Supongo que para prepararme.

—No es por eso —dijo Endor—. Es por esto.

Se metió a gatas en el segundo hoyo y se pasó una media hora allí dentro. Volvió a salir hablando.

—El Experimento de Campo Número Uno tiene su lado oscuro. Escúchame ahora. Si alguna vez has hecho caso de algo, haz caso de esto. Es lo siguiente. Una advertencia directa. Tiene su lado oscuro. La importancia del mensaje de la Estrella de Ratner, con independencia de su contenido, es que nos va a decir algo importante de nosotros mismos. De eso se trata, ¿ves? De la importancia. Pero hay gente y hay cosas de las que te quiero prevenir. Peligro sin nombre. Ten cuidado con el peligro sin nombre. En espera de lo que pueda pasar, eres el pequeño gran hombre. Eso te hace importante. Eres crucial en los esquemas de los mercachifles. La importancia del código. La falta de nombre del peligro.

—¿Y eso es todo de momento? Porque el coche lleva rato esperando.

—Visita mi habitación del Experimento de Campo Número Uno. No es una de esas cápsulas reverberantes. La diseñé yo mismo. Hice que me trajeran cosas especialmente. Es una habitación que te puede reconfortar en tus momentos de inevitable terror, por mucho que yo odie usar esa terminología derrotista. Es una habitación situada en el tiempo y hecha de tiempo. Un lugar agradable para sentarse a pensar. Soy muy afortunado. Es la maldición que los dos compartimos. Tienes mi bendición para visitarla.

—Ahora me gustaría que me excusara.

—Mis libros se han vendido bien —dijo Endor—. Fui demasiado generoso a la hora de popularizar los secretos de la hermandad. Pero por mi pluma no pasó ni una sola palabra no verbal. Más te vale buscarte un hoyo, Endor. Desciende escarbando por los silicatos hasta el núcleo de hierro. Descansa en esa oscuridad, a salvo del larvicidio. Y luego ponte a escarbar otra vez.

Un helicóptero pasó traqueteando cerca del hoyo. Billy lo vio trazar un círculo y luego tocar tierra a poca distancia del Cadillac, levantando polvo con las aspas y aplastando las hierbas altas una vez generado un estado de trastorno, esa emoción que barre la proa de una tormenta, mayor que la agitación natural. Era como si la tarde hubiera sido fileteada en forma de ritmos alterados de movimiento. Se impuso un tipo distinto de velocidad, delineado por medio de una secuencia de fotogramas de urgencia, emergencia, estrés y noticias azotadas por el viento y traídas desde una ubicación muy oficial. Era un helicóptero ejecutivo, pero el hombre que salió de él llevaba una bata de laboratorio y zapatillas de baloncesto rojas y blancas. Le hizo una señal a Kidder, que se metió de inmediato en el Cadillac, arrancó y se fue. Billy miró el interior del hoyo, confiando en que Endor tuviera una explicación para la aparición del helicóptero y la marcha de la limusina. Pero Endor había desaparecido en el interior del segundo hoyo. El hombre le hizo una señal con la mano a Billy, que se puso de pie y echó a andar en dirección a la pequeña aeronave. Como las aspas seguían rotando ruidosamente, la conversación que siguió fue casi a voz en grito.

—Me llamo Hoad. Trabajo en el proyecto de la estrella. Hoad. Estábamos en el aire cuando nos hemos enterado de lo de la estrella. Nos han dicho dónde estabas. Hemos venido a traerte la noticia y a llevarte de inmediato de vuelta a la central.

—¿Qué noticia?

—Que la estrella forma parte de un sistema de dos estrellas. Lo acaba de confirmar el Cerebro Espacial. Un sistema de dos estrellas. Ya lo sospechábamos pero no estábamos seguros. La estrella es binaria.

—¿La Estrella de Ratner?

—Son dos estrellas —gritó Hoad—. Una estrella binaria. Un sistema de dos estrellas.

—¿Y eso qué significa? ¿Y cómo afecta a las cosas?

—No afecta a las cosas en absoluto y en términos prácticos no significa casi nada.

—¿Significa que hay menos probabilidades de que exista vida en un planeta que esté en la órbita de esa clase de sistema?

—Hay menos probabilidades, sí, pero no es ni mucho menos imposible. En un sistema estelar múltiple puede haber uno o más planetas con capacidad para albergar vida. Es un problema de tres cuerpos. Órbitas adecuadas, masa idéntica, variaciones de temperatura. Pero la probabilidad de que exista vida tal como la conocemos o no la conocemos es ciertamente más elevada si el planeta en cuestión orbita en torno a una estrella única.

—O sea que es una mala noticia.

—¿Qué?

—Que es una mala noticia.

—No niega el mensaje. El mensaje existe. Alguien o algo ha mandado el mensaje desde las inmediaciones de la Estrella de Ratner.

—Hay una cosa que no entiendo.

—¿Qué cosa? —gritó Hoad.

—¿Por qué se molestan ustedes en contarme noticias como ésta? Se supone que mi trabajo es el código, descifrar el código. ¿Qué me importa a mí si la Estrella de Ratner es una estrella o dos? El mensaje existe. Eso es lo único que me importa.

—Es justamente lo que acabo de decir yo.

—Pues no lo he oído.

—Justamente lo que acabo de decir. Que el mensaje existe. Y tu trabajo es el código, no la estrella. Pero queríamos contarte lo de la estrella porque hemos pensado que te podría ayudar con el código. Ahora que ya sabes que no hay una estrella sino dos, puede que quieras alterar tus cálculos. O por lo menos ver la transmisión bajo una luz distinta. No sé. No fingimos saberlo. Confiamos en que lo sepas tú. Venga, Poebbels está esperando en el helicóptero.

—No estoy seguro de querer subirme a ese trasto.

—No sé cuántas horas he hecho yo de vuelo en aeronaves de tipo autogiro —le gritó Hoad—. Es más seguro que ir andando.

—¿Quién es Poebbels?

—¿Quién?

—Poebbels, el que espera en el helicóptero.

—Poebbels —gritó Hoad—. Mi superior. Respetado y temido. Supervisa los análisis de verosimilitud. La transmisión. El telescopio. El ordenador. El sistema estelar y el planeta. Othmar Poebbels. Confío en que se muera.

—¿Confía usted en que se muera?

—Eso en teoría no lo tenías que oír.

—¿Por qué lleva usted esa ropa?

—Poebbels insiste en que vistamos así. Venga, vámonos ya. Hagas lo que hagas, no dejes ver que tienes miedo. Aunque te aterrice la idea de volar por el cielo en una aeronave de pequeño tamaño, no dejes que se note, hagas lo que hagas. Poebbels odia volar. Si se entera de que te da miedo, a él le dará el doble de miedo. Y no creo que yo sea capaz de soportarlo.

Lo único bueno de todo el trayecto, desde el punto de vista de Billy, fue el momento de acercarse al helicóptero con la cabeza gacha y unos pasitos cortos y muy poco naturales. Aunque iba sin sombrero, se llevó la mano derecha a la cabeza mientras se aproximaba a la aeronave con aires de importancia. A pesar de su acercamiento inclinado y con el hombro por delante, no se sintió tonto. Le gustó entrar en el helicóptero. A fin de cuentas, era un helicóptero ejecutivo y él se sintió tal como se imaginaba que se debían de sentir los ejecutivos con sueldos millonarios cada vez que pasaban con la cabeza gacha bajo las aspas y se alejaban volando rumbo a balnearios de lujo para recibir masajes y negociar con dureza.

Billy ocupó su asiento detrás de los dos hombres. Hoad, a los controles, manipuló una serie de interruptores. El ruido del interior de la aeronave alcanzó una intensidad dolorosa y todas las conversaciones subieron gradualmente al nivel del grito pelado. Poebbels debía de tener el doble de años que Hoad y Hoad el doble que Billy. Al subir a bordo, el chico se había fijado en que

Poebbels tenía una mirada muy fatigada. Los ojos le relucían en la cara como si fueran piezas de precisión troqueladas. Costaba imaginarse que unos ojos como aquéllos perdieran precisión alguna vez. Por encima de los ojos tenía una única ceja muy ancha y por encima de ésta un cabello negro y vigoroso que le invadía la frente. El nivel de ruido provocó expresiones crispadas en las tres caras, un encogimiento automático hacia dentro.

—Estamos de acuerdo en que el mensaje existe —exclamó Hoad—. El hecho de que haya una estrella o dos no niega el mensaje. El chaval está de acuerdo con esto. Lo estamos todos. Las pulsaciones y las pausas existen. Tenemos contacto. Hay transmisión. Algo inteligente vive en las inmediateces de la Estrella de Ratner.

—Haz volar esta nave zombi —chilló Poebbels.

Mientras el helicóptero ascendía abruptamente, a Poebbels se le puso tenso el cuerpo entero. Billy sintió que el miedo le subía desplegándose desde el estómago (una capa resbaladiza de tejido extraño) y se disolvía en forma de toscos vapores. Poebbels, distendiéndose un poco, se volvió ligeramente en su asiento y, aunque sólo tenía la boca a unos dedos de distancia de la oreja derecha de Hoad, se puso a dirigirle a Billy una serie de comentarios a todo volumen.

—He trabajado en muchos campos —gritó—. He trabajado con cosas separeadas. Y he trabajado con cosas continuas. ¿Cómo se relacionan entre sí las cosas separeadas? He intentado responder esa pregunta. En la determinación final, lo único que hay que hacer con las cosas separeadas es contarlas. Una dos tres cuatro cinco. Está el hecho de contarlas y está el hecho de usarlas con una lógica lingüística universal, que confío en que un día viviré para ver. Yo soy un individuo independiente. Hoad es otro individuo separeado de mí. Entre nosotros hay un espacio ininterrumpido. También he realizado muy buen trabajo con las cosas continuas. Flujo y repujo. Ésta es mi forma de explicar este trabajo en forma de frase breve que rime. Flujo y repujo. Para ayudarme a recordarlo. Esto es lo que hacemos ahora mismo en esta nave zombi. Ritmo de cambio a cada instante. Movimiento, meneo, moción. Todo junto en una única ráfaga fluida. Tenemos unas alas amplias y planeamos de forma libre por el cielo de las criaturas de masa escasa. Si doy la orden de suspender y flotar en el aire, entonces de pronto somos todos una cosa separeada y sólo servimos para ser conteada. Paso a la segunda orden y volvemos a ser continuos. Flujo y repujo. Estoy convencido de que ése es el significado que nos otorga la gente de la estrella. Cómo reunir lo separeado y lo continuo. Yo tengo depositada mi esperanza en tus métodos, listorro. Cierto, es una esperanza puramente teórica, puesto que está claro que mis estudios de verosimilitud llevan de forma ineludible a la conclusión de que todos los acontecimientos hasta la fecha pertenecientes a la estrella resultan inverosímiles, inaceptables e improbables.

A lo lejos, más allá de la estructura principal, Billy pudo ver el telescopio de síntesis: cientos de lejanas y diminutas parabólicas. Le ascendió una burbuja de miedo por el sistema respiratorio. Las expresiones de bocas tensas y ojos entornados permanecieron impertérritas en las tres caras. Ahora el Sol estaba bajo en el cielo del oeste. Othmar Poebbels, reanudando su alocución al chico, se puso a gritarle otra vez en el oído a su ayudante.

—Grandes hombres simultáneos de la historia —dijo—. Las ideas siempre se gestan en dos mentes científicas al mismo tiempo. Hay muchos ejemplos. Dos hombres separeados por miles de kilómetros. Que hablan idiomas distintos. Que difieren en todos los aspectos. Casos de teorías gemelas. La danza de dos mentes radiantes en la noche infinita. Pero siempre se cuele algún conflicto. Dicotomía. Choque y contrachoque. Ya has visto a Endor. Es digno de verse. Hurgando en el suelo. Endor y Poebbels. En los viejos tiempos hicimos grandes cosas juntos. Yo he progreseado poco a poco hasta el convencimiento de que todo pensamiento se puede explicar en un lenguaje científico que luego manipulamos de acuerdo con unas leyes estrictas. Someter todo razonamiento a un cálculo. Añadir a la mezcla estructura simbólica. De esta manera acabamos con los errores humanos en el universo. Lo más puro de la ciencia pura. Ésta es mi esperanza para el futuro de todo. Entretanto, Endor está atrapeado en la materia. Te he hablado de esta forma tan íntima para mostrarte mi respeto por tu carrera, pequeño colega americano.

La aeronave inició su lento descenso. De inmediato se disipó toda la tensión. El ruido y los gritos, las vibraciones, las muecas, las burbujas de miedo, la falta de espacio suficiente, todo ello quedó olvidado al instante. Billy vio cómo el horizonte se correlacionaba con el descenso parpadeante del helicóptero. La paz vespertina se iba asentando sobre la tierra siguiendo patrones de una visibilidad sorprendente. Era un momento de placer preciso y no forzado, líneas simples de color azul y gris, cosas contempladas, hombres de regreso, todas las criaturas antes dispersas reunidas tras su jornada de dar tumbos bajo el sol. Las unidades ocuparon sus puestos con fluidez, cada nivel del descenso se fue abriendo a la bajada de aquel objeto reluciente como un juguete. No parecía haber fuerza alguna en la naturaleza. Los movimientos eran todos uniformes y se producían en línea recta. Las sombras de las figuras partidas también partían. Desplomarse de aquella manera, uniformemente, igual que otras cosas desplomadas pero sin influencia alguna de ellas, parecía casi disipar la pena de la existencia pasada. Libre, sin virajes e independiente de la fricción, la bajada fue como un suspiro infantil, desprovisto de obediencia y memorizado, sin evolución alguna, del todo distinto del aullido descoyuntado de aquellas voces fugadas al borde de la palabra pura, evidenciado en la secuencia de sonidos asociados únicamente en forma de susurro atemporal: no el de una mujer en éxtasis murmurante, ni tampoco el del hombre que se arroja en sus brazos en medio de un estallido centelleante de simetría pez-ave y creación delicada-tosca, sino el de un niño, sólo eso, un niño nada más, cuyo suspiro es una sabia contemplación del tiempo y el lugar y de todas esas energías más oscuras que constituyen su peligro.

—El aparato está en el suelo —gritó Hoad—. He llevado el aparato a la Tierra.

Accionó una serie de interruptores y por fin se bajó de un salto y dio una vuelta al helicóptero con aire analítico, con aquella bata y aquellas zapatillas deportivas altas que le conferían pinta de médico de coches aparcados. Mientras Billy empezaba a levantarse de su asiento, Poebbels le puso una mano en el antebrazo y le miró con atención la cara.

—Te acompaño a las inmediaciones del vestíbulo —le dijo—. Sí, para mí será un honor caminar a tu lado, fenómeno de las matemáticas.

—¿Dónde está el vestíbulo? Yo nunca lo he visto.

—En la planta catorce.

—¿Y qué hace ahí?

—Lo que sea que hacen los vestíbulos —dijo Poebbels—. Tienes una cara notablemente limpia. Algo muy importante para la conducta manifiesta de una persona. En mi equipo siempre insisto en que todos mis subordinados vayan siempre pulcros y limpios y sean rápidos. A fin de ganarme su miedo, a menudo me comporto de forma irracional en relación con este tema. Los estudios de verosimilitud exigen un máximo en estas cuestiones. Esto lo descubrimos empíricamente, en momentos ocasionales de nuestro trabajo cotidiano. Veo que llevas zapatillas deportivas. Un modelo excelente para los jóvenes. La nave zombi está en el suelo y seguimos vivos. Les he comentado muchas veces a mis colegas que el único milagro asociado al vuelo humano es que el corazón humano no deje de latir en medio del aire. Por suerte, eres un ejemplo de pulcritud a pesar del tiempo que has pasado en el hoyo o cerca del mismo, y me alegro de ser quien te acompañe, intelecto trascendente, hasta un punto desde el cual se vea el vestíbulo. Más allá de ese punto, sin embargo, no tengo deseo de ir, puesto que debo personarme a toda prisa en la primera planta o me temo que me perderé la llegada del tan cacareado fanático negro de Australia.

—¿Y ése quién es?

—Se dice que es un derviche, un demonio, una deidad y un vidente. En otras ocasiones, la gente se refiere a él en términos puramente científicos.

—¿Cómo?

—Como el maestro del espacio y el tiempo —dijo Poebbels.

CONVERGENCIA HACIA EL INTERIOR

Las caricias que le prodigaba Softly, recordaba Billy, habían provocado que el animalillo pareciera fruncir el ceño, por muy mimado que estuviera en aquel regazo, lisonjeado en voz baja y cortejado con ese tono pedagógico que usan los niños con las mascotas (aunque Softly, por supuesto, ya hacía mucho tiempo que había dejado atrás la infancia); discurría una tarde muy verde en el porche de Softly, inmerso en parras y bordeado de árboles y arbustos sin podar, y Billy recordaba que habían estado hablando de todo un poco cuando Softly sacó de ninguna parte la siguiente especulación:

—Me pregunto si un objeto demasiado denso para emitir luz es *más puro* precisamente por eso. ¿Acaso actúa como una especie de Objetogeneral? ¿Acaso la gente catatónica está imponiendo un estándar de calidad para el resto de nosotros? ¿Es el espectro electromagnético un modelo para las limitaciones perceptivas implícitas en cualquier forma de vida no ciega? Y otras preguntas asociadas.

Uno-cero-uno.

No sólo el número primo de tres dígitos más bajo, sino el palíndromo de tres dígitos más pequeño. No sólo era igual leído hacia delante y hacia atrás, sino también leído hacia arriba y hacia abajo. Y no sólo cuando se lo miraba directamente sino también reflejado en el espejo. Seguía dando palíndromos no sólo cuando se lo elevaba al cuadrado y al cubo, sino también a potencias más altas.

Y así pasaba Billy el tiempo, jugando a la regresión, convencido de que de todas maneras no había nada que descubrir ni código alguno que descifrar. De vez en cuando echaba un vistazo al manuscrito que tenía justo a la derecha. Algo relacionado con hombres del siglo XVIII que trabajaban al servicio de reyes y reinas viudas. Matemáticos de las cortes rusa y prusiana. «Solamente una pequeña fracción del trabajo que dio forma a su arte se dedicaba a las insulsas cuestiones prácticas de la jornada. Cada nuevo ensayo, texto autobiográfico y tratado engrosaban el espectro de las matemáticas mismas. Resultaba irónico que esta amplitud de clase tuviera que ir acompañada de una canalización individual tan lúgubre de los esfuerzos, de la convergencia hacia un centro existencial. Y era curioso encontrar a dos hombres desempeñando tareas relacionadas entre sí y sufriendo por ello de formas tan distintas. Los dos desafiaban con su productividad los márgenes interiores de la ancianidad. Cíclopes geniales con debilidad por los niños. Caballeros desaparecidos y resignados a morir». Resultaba extraño estar sentado a una mesa denominada módulo dentro de una habitación denominada cápsula y leer, en aquellas condiciones, cosas de un hombre que había empezado su obra antes de que naciera Catalina la Grande y no la había terminado hasta tener publicados bajo su nombre casi novecientos libros y artículos. Y resultaba doblemente extraño estar metido en cálculos triviales basados en una serie de pulsaciones de radio que se creía que habían sido transmitidas por criaturas vivas de otra parte de la galaxia y reflexionar, en aquellas circunstancias, sobre un hombre cuya genialidad había sido aclamada por Napoleón, pero que se veía absorbido por remansos estelares de una inercia tal que llegó a dejar su gran obra cerrada sobre su mesa durante dos años enteros.

Sonó el videoteléfono.

«Era como si ninguna experiencia pudiera escapar a aquellas mentes. El centro neural estaba entregado a una concentración absoluta. Al fondo de todo habitaba un objeto desplomado, caído al interior de su propio ser fundamental, modelo del mismo matemático, invisible salvo en la locura y el dolor último».

Sonó el videoteléfono. Pulsó un botón y escuchó cómo una cabecita masculina que se hizo llamar Simeon Goldfloss anunciaba la existencia de un atajo para llegar al anfiteatro de la esfera armilar. Billy no sabía por qué el hombre le estaba dando aquella información, pero agradeció la excusa que le proporcionaba para evitar seguir trabajando en el código, al menos de momento, de manera que siguió las instrucciones de Goldfloss, aunque sin demasiado entusiasmo. En el

anfiteatro había un puñado de personas desperdigadas. Goldfloss estaba allí de pie, asintiendo con la cabeza, y Billy se le acercó caminando con lentitud, siguiendo sus pasos indiferentes como si fuera una hermanita pequeña. A continuación se sentó, cruzado de brazos. En el estrecho pasillo, el hombre maniobró hasta colocarse en una postura semierguida, mirándolo, con un pie sobre el asiento adyacente al de Billy.

—Mucha gente cree que ésta podría ser la respuesta final al secreto de la Estrella de Ratner. Pero antes de que se llene el recinto y empecemos, me gustaría resumir los hallazgos que hemos hecho de momento.

—¿Qué es lo que puede ser la respuesta final?

—El aborigen —dijo Goldfloss.

—¿Resumir qué hallazgos? No sabía que hubiera ningún hallazgo. Yo creía que era para eso para lo que yo estaba aquí. Para llevar a cabo los hallazgos.

—Ha habido hallazgos y los seguirá habiendo. En los próximos diez minutos llenarán este pequeño teatro unas ochenta personas que trabajan en distintos aspectos del proyecto de la estrella. Todos han llevado a cabo hallazgos de una clase u otra. Por eso tenemos el universo informático. Para simular acontecimientos y así alcanzar conclusiones.

—¿Quién es ese aborigen?

—Confiamos en contestar esa pregunta aquí y hoy.

—¿Cómo puede un aborigen ayudar en un proyecto científico?

—No es inconcebible que existan cosas situadas más allá de las fronteras de la investigación racional. Casi todo el mundo va a venir aquí para burlarse y decir chorradas. Muy bien. Tal vez yo decida unirme a la diversión. Pero es importante acordarse de que no nos hemos metido en esto sin antes investigar hasta el último fragmento de prueba relacionada con los poderes totémicos del aborigen.

Ya estaba entrando el público en el anfiteatro. La charla empezó a propagarse en líneas entrecruzadas a medida que los hombres y las mujeres se volvían en sus butacas, se cambiaban de una fila a otra y susurraban teatralmente rumores improbables por toda la galería. La sensación festiva, sin embargo, no llegaba a completarse del todo. Por los espacios que separaban los cuerpos presentes parecía estar desarrollándose una comunicación secundaria, un acompañamiento secreto a las palabras y los gestos, que no era más que la sospecha masiva de que todos los niveles de cotilleo y regocijo podrían acabar atravesados por el asta de una lanza primitiva.

—Estamos al borde —dijo Goldfloss—. Yo nunca había notado esta clase de emoción. Tengo la sensación de que sólo faltan días para que algo sensacional salga de esta operación. Una forma nueva de contemplarnos a nosotros mismos en relación con el universo. Una conciencia humana revolucionaria. Y tú estás en el centro mismo de los acontecimientos.

—Yo y el aborigen.

Goldfloss llevaba patillas largas hasta los hombros y un traje de tela vaquera plateada.

—La Estrella de Ratner es una estrella de secuencia principal y su estrella hermana es un agujero negro. No la podemos ver pero sabemos que está ahí por el patrón de emisiones de rayos X. De manera que lo que tenemos es un planeta en situación orbital con una enana amarilla, que es la Estrella de Ratner, y un objeto invisible y supermasivo, o singularidad gravitacional si prefieres llamarlo así, o agujero negro, para usar el término popular. Eso concluye nuestro resumen.

Entró en la sala una mujer con un parche en el ojo. Billy no había visto nunca a una mujer con un parche en el ojo. Se preguntó por qué y decidió que era porque los hombres se metían en más peleas. Se trataba de un parche negro que le cubría el ojo derecho. La vio subir por el pasillo hasta la fila cuarta o la quinta, donde se sentó sola: era una mujer de cuarenta y tantos años con buena figura, el pelo corto, la tez pálida y un aroma a lilas que flotaba ocioso a su alrededor.

—La Estrella de Ratner es nuestro futuro —dijo Goldfloss—. Lo que nos ha llegado probablemente sea la clave de su lenguaje y de absolutamente todo el conocimiento que poseen. En cuanto descifres el código, no tendremos problema para leer sus mensajes futuros. Sabremos todo lo que saben ellos. En ese sentido, la estrella es nuestro futuro. El mensaje en sí

probablemente sea aburrido. «Ocho al cuadrado es sesenta y cuatro». «Hemos retorcido las moléculas». El típico anuncio público cósmico. Lo que venga después, sin embargo, alterará el núcleo mismo de nuestra existencia.

En el escenario del anfiteatro apareció un hombre. Se hizo un silencio instantáneo. Goldfloss, todavía semierguido en el pasillo y dando la espalda al hombre, reaccionó al silencio repentino volviéndose con lentitud y después acomodándose en el asiento contiguo al de Billy.

El hombre que estaba de pie por debajo de ellos, aunque obviamente acostumbrado al desierto y el exceso de sol, era también obviamente blanco; es decir, estaba claro que era caucasiano, con un tinte rosado en algunas partes de la piel, rubicundo en otras y un poco pecoso en el resto. Llevaba unos pantalones viejos de color caqui, sandalias de corteza y una cinta para el pelo hecha de cordel y adornada con bayas de eucalipto. El pecho desnudo y hundido se le veía lleno de cicatrices y pintado con pigmentos: tres círculos entrelazados de color rojo y negro. Su mirada subió por una grada de asientos, recorrió en sentido transversal la hilera superior y bajó lentamente por la segunda grada.

—La mayoría de quienes me conocéis me conocéis por el nombre de Gerald Pence. Sin embargo, ya hace mucho tiempo que no uso ese nombre. Ahora me llamo Mutuka. Llegué en automóvil, fijaos, a vivir entre la población nómada del desierto interior. Mu-tu-ka, fijaos. Me pusieron este nombre y ya no uso otro. Los que me conocéis probablemente hayáis oído hablar del amplio trabajo que hice en el pasado en materia de futurología. Eso ya no forma parte de mi tiempo de sueños, o *tjukurpa*. Ahora uso herramientas de piedra. Como lagarto y emú. Encuentro la paz en la contemplación del arte hecho a base de rocas. Desde que decidí vivir entre los recolectores, he aprendido su idioma, *wangka nintiri*, y he empezado a aprender lentamente la realidad superior de la verdad no objetiva. Los secretos de la naturaleza salvaje son extraordinarios de verdad. Difíciles de desentrañar y difíciles de explicar. Sin embargo, con el paso del tiempo se vuelven cada vez menos extraordinarios y pronto resultan ser ese simple flujo natural y sin planificar de la ausencia de acontecimientos. No tengo intención de revelar los secretos de la naturaleza salvaje. Mi papel aquí es muy limitado. El hombre, ese individuo extraordinario que se va volviendo menos extraordinario cada día, ese recolector y vidente al que, es adecuado decirlo, tengo el privilegio de acompañar en este punto de la historia geográfica..., *su* cometido es conseguir nada menos que la creación de una alternativa al espacio y el tiempo.

El segundo silencio fue extremadamente frágil. La sensación de algo enorme producido a partir de algo muy pequeño —un estallido de risa, por ejemplo, producido a partir de una burbujita situada en la punta de una lengua— parecía amenazar el equilibrio cuidadosamente urdido en la sala. *Una alternativa al espacio y al tiempo*. La frase se adelantaba con tanta pulcritud a todo, implicaba con tanta nitidez que las coordenadas de toda percepción humana no sólo eran tal vez menos fiables de lo que se había pensado, sino del todo desechables..., la pura eficiencia de aquella frase y su seguridad en sí misma probablemente bastaran para garantizar que cualquier risa provista de la duración suficiente acabaría llegando al extremo histérico del espectro. Sin embargo, el silencio se mantuvo y hasta se reforzó.

—La familia nómada con la que vivo no tiene nombre, ni siquiera en su idioma. Su idioma tampoco tiene nombre. El hombre en sí, el aborígen, tampoco tiene ni nombre ni título que lo describa, ni siquiera entre su gente, sobre todo entre su gente. Los pocos hombres blancos, *walypala*, que conocen su existencia lo denominan alternativamente vidente, demonio, viajero y dios. Él no desea ser nombrado. No desea ser visto. Se ha llegado a cuestionar el mismo hecho de que haya algo que ver. No resulta sencillo hablar de alguien que carece de nombre o de título y que no desea que le den ninguno. Se puede intentar eludir el problema refiriéndose a esa persona como «el que no tiene nombre». Pero entonces esa descripción se convierte en su nombre. Los nombres de los distintos dialectos que hablan los nómadas del desierto suelen ser descriptivos exactamente de esa forma. Déjenme ponerles un ejemplo: «el idioma que tiene las palabras *pie* y *mano* pero no *pies* y *manos*». Se trata del nombre real de un dialecto. Por razones obvias, quienes hablan ese dialecto no se refieren a él con ese nombre. Mi familia nómada, por ejemplo, es una gente que no cuenta. Recolectan y fabrican lanzas arrojadizas. Algunos tienen el

pelo rubio. Lo cual es bastante común entre los aborígenes del desierto. El pelo de nuestro visitante, según se dice, es complementemente blanco. Mi gente sólo sabe contar hasta uno. No entienden para nada la forma múltiple. Más allá de uno, todo se considera un montón. Lo que nosotros llamamos bumerán no tiene nombre en su dialecto, salvo durante el trayecto de regreso a la persona que lo ha lanzado. Cuando está clavado en la arena no tiene nombre. Cuando lo tienes en la mano no tiene nombre. Cuando lo sueltas, sigue sin tenerlo. Pero cuando regresa adquiere un nombre, un nombre tan sagrado que aunque yo lo conociera no lo podría decir aquí. Un colega mío de mi primera época en la naturaleza salvaje fue lo bastante listo como para preguntar cómo se llamaba el bumerán cuando estaba girando en el aire. Se trataba de Beveridge Kettle, tal como algunos ya habréis adivinado por lo ingenioso del comentario: mi querido amigo, jamás lo encontraron. Por suerte, los recolectores me han adoptado. Bebo el agua de sus charcas. Veo a sus fantasmas, veo a sus *mamu*. Cuando hace poco circuncidaron a un niño, estuve entre los elegidos para comerse el prepucio. Cazo a sus canguros. Ayudo en el cuidado de sus dingos. Arrojo su lanza dentada, arrojo su *kulata*.

Billy cambió de postura en su butaca. Estaba cansado de Mutuka y quería ver al aborígen de verdad, si es que existía. Y en caso de que no, quería irse a su habitación y pasarse un rato recapacitando sobre la cuestión de la ingestión del prepucio. Era algo que le venía de nuevo. Había oído hablar de los ritos de pubertad y estaba al corriente de la práctica de la circuncisión, pero la idea de concluir aquella excentricidad comiéndose el prepucio de la criatura le resultaba completamente nueva. Algo así de novedoso y repugnante merecía ser objeto de reflexión en una atmósfera de soledad total. Miró al otro lado del pasillo, en dirección a la mujer del parche, pero alguien había ocupado el asiento situado a su izquierda y no dejaba que Billy la viera.

—En el tiempo de los sueños no existe separación entre hombre y tierra. La gente representa episodios de las vidas de los seres del tiempo de los sueños. Nos convertimos en el dingo, en el águila, en el pavo del monte, en el hombre de un ojo y uno y uno, en el hombre del palo de pegar zas-zas, en el hombre que recolecta en el espacio sin nombre. La gente visita los lugares de sus sueños: un montón de rocas, por ejemplo, que contienen el espíritu del lagarto, de la serpiente o del bandicut de los que descienden. Y al montón de rocas lo llaman «padre mío, padre mío»: *ngayuku mama, ngayuku mama*. La gente se lamenta en los lugares de sus sueños. El novicio canguro ejecuta su danza. Las formas humana y animal se consideran una misma cosa. El tiempo es puro y todo lugar es un lugar natal, la sede del tiempo de los sueños. El bandicut, por cierto, es un marsupial con aspecto de rata.

Un hombre se puso de pie con aspecto fatigado y se marchó del anfiteatro. Al otro lado del pasillo, otro hombre se inclinó un momento hacia delante, ofreciéndole a Billy una perspectiva despejada de la mujer del parche. Resultó que la mujer estaba escribiendo algo en un cuaderno. Billy la vio arrancar la página y pasársela al hombre que tenía delante.

—En el desierto abundan las tectitas —dijo Mutuka—. Esos objetos de cristal se encuentran por todo el mundo, pero sólo en un territorio tan repleto de ellas como el nuestro se usan con éxito como conductores de magia. Como debéis de saber todos, se cree que la tectita podría tener un origen meteórico. El aborígen de pelo blanco, nuestro visitante, usa un objeto de tectita desacomodadamente liso con fines mágicos que trascienden todo lo que se conoce en el desierto y, me aventuro a decir, también más allá del desierto. Esta curiosa yuxtaposición de lo primitivo y lo extraterrestre no es nueva ni mucho menos. Entre los aborígenes del desierto, los hechiceros llevan incontables generaciones usando la tectita en su magia. Es casi seguro que el objeto mágico del aborígen de pelo blanco, su tectita, su *mapanpa*, es lo que le ha permitido viajar a la estrella radiofónica en el tiempo intemporal del tiempo de los sueños.

Mutuka se rascó la frente coronada de bayas de eucalipto. A Billy ya no se le hacía extraño verlo en pantalones cortos y con el cuerpo pintado. Había algo casi noble en lo poco apropiado de su indumentaria. La comedia y la nobleza eran intercambiables entre cierta gente. Noble o no, lo que decía era bastante aburrido, y Billy confió en que el aborígen apareciera pronto. Se fijó en que entre el público circulaba una hoja de cuaderno de un lado a otro del pasillo. Tres personas se levantaron y se marcharon. Billy no sabía si se estaban marchando por aburrimiento o porque

Mutuka había afirmado que el aborigen era capaz de viajar al espacio exterior. Ambas circunstancias eran igualmente creíbles. Monotonía y absurdo. Comedia y nobleza. Mutuka no pareció ser consciente de la marcha de la gente.

—El ser onírico conocido como el hombre de un ojo y uno y uno es en realidad un hombre con tres ojos. Su dificultad para las formas múltiples es lo que lleva a los recolectores a usar esa terminología algo extraña. Pese a todo, hay razones para creer no sólo que algunos animales del pasado arqueológico del planeta Tierra tenían tres ojos, sino también que también el hombre poseía un tercer ojo y que la glándula pineal es un vestigio de ese ojo en el medio de la frente, de la frente humana. Nuestro mismo visitante podría tener o no un tercer ojo. Tales son los secretos de la naturaleza salvaje.

Se marcharon diez personas.

—La percepción extrasensorial es el menor de sus dones. Gracias a su objeto de tectita, es capaz de sentarse en el tiempo y ponerse a girar sobre sí cada vez más deprisa, hasta que su propio movimiento se convierte en una especie de dimensión n , en términos matemáticos. Cuando estando yo en mi choza de ramas me llegó el rumor de que al parecer se había producido cierto contacto entre la Estrella de Ratner y este centro, me fui de inmediato al reverenciado lugar totémico donde el hombre del pelo blanco se sienta, como decimos, en el tiempo. Mi informador, que no era otro que vuestro doctor Glottle, me había dado notaciones estelares, diagramas esquemáticos, un perfil de seguimiento evolutivo y demás. Usando mi propio objeto de tectita, le pregunté al aborigen, al que yo no podía ver porque estaba en el interior de una formación rocosa parecida a una concha, le pregunté golpeando con el objeto la roca más sagrada de su centro de tiempo onírico, le pregunté si existía la vida tal como la conocemos en aquella parte del universo o gran mar desértico ondulante de luz y oscuridad, tal como se lo denomina a menudo. Confío en que tengan ustedes paciencia conmigo mientras intento narrar lo que sucedió a continuación y al mismo tiempo evito referirme a él, a él, por medio de cualquier nombre o designación. Ésta es la parte más sagrada del relato. Debe quedar libre de nombre. El circunloquio es absolutamente esencial. La narración tiene que ser pura. El nombramiento directo por mi parte a partir de este punto me excluiría del todo de cualquier participación en lo que sea que está destinado a ocurrir aquí hoy.

Estas últimas frases, que a Billy le parecieron bastante sinceras, provocaron un éxodo casi generalizado. Mutuka se limitó a hacer una pausa en su recitado hasta que el movimiento cesó. De los ochenta o noventa espectadores iniciales ya sólo quedaba una veintena. Al lado de Billy, Goldfloss seguía sentado asintiendo con la cabeza, con los ojos totalmente vacíos, la viva estampa de la fatiga circunspecta.

—El augurio es el menor de sus poderes —dijo Mutuka—. La respuesta que me dio en aquel lugar onírico me indicó de maneras que no puedo explicar aquí que sí, sí, sí es muy posible que existan criaturas oníricas totémicas que viven en más de uno de los más de un mundos que giran alrededor de la estrella que está sentada en el tiempo en esa parte del mar desértico y que habla por radio a los *walypala* del Experimento de Campo Número Uno. Luego ocurrió esa rotación que invariablemente se produce después de estar sentado en el tiempo. Una rotación que oí pero no vi. Al terminar se me informó de que sí, sí, sí, sin duda existe un tiempo onírico de criaturas existentes en ese mundo. Y el viaje emprendido durante la rotación es lo que hemos venido a repetir aquí, aunque en el caso presente el término *viaje* resulta tan inadecuado como si lo usáramos para describir la forma en que los electrones cambian de posición en el espacio nuclear sin desplazarse realmente por dicho espacio. El tiempo y el espacio serán reemplazados por la dimensión sin nombre del giro. Serán purificados, si uno quiere. Puro tiempo. Y puro espacio. Habrá sentadas en el tiempo. Habrá manipulación de tectita. Habrá rotación. Se emprenderá un viaje, aunque el término no sea adecuado, a la zona de la estrella radiofónica. Por fin se formulará una pregunta y habrá un periodo de respuesta.

Un ayudante entró un pequeño vagón provisto de ruedas al escenario del pequeño teatro. Medía unos dos metros cuadrados y medio y parecía ser alguna clase de artilugio de carga. En él había alguien o algo cubierto por una lona blanca. La forma de la lona indicaba que la persona que

había debajo, si es que era una persona, debía de estar sentada con las piernas cruzadas y la cabeza ligeramente agachada. No había más que eso: un montículo de lona blanca en medio de una vagoneta. El ayudante abandonó el recinto. Billy esperó a que Mutuka dijera algo. Pero el hombre se limitó a quedarse allí plantado, esperando, en apariencia sin más función durante aquella fase de su demostración que la de los veinte espectadores que quedaban en el teatro. Durante un rato largo todo el mundo se limitó a esperar. Por fin Mutuka abandonó su puesto junto a la vagoneta y fue a sentarse en la primera fila de la misma grada en la que estaba Billy. En menos de un minuto, doce personas abandonaron la sala. El hecho de que Mutuka ya no tuviera papel alguno en lo que sucedía no pareció afectar para nada a quienes se estaban quedando. Tal vez no tuvieran adónde ir. Goldfloss había degenerado hasta adoptar una postura despatarrada, con los brazos y las piernas extendidos y la cabeza echada hacia atrás en gesto de profundo arrobamiento. Los demás estaban desparramados por sus asientos y en varios casos ocupando dos; todos salvo Mutuka, que estaba sentado con la espalda erguida, las piernas cruzadas formalmente y las manos apoyadas en la parte superior de la rodilla. A Billy se le ocurrió que había pocas cosas menos atractivas que la imagen de las piernas desnudas de un hombre en posición cruzada. Pasaron veinte minutos. El montículo de lona seguía inmóvil en la vagoneta. Un hombre de las primeras filas se puso de pie y bostezó, dándose la vuelta mientras bostezaba, con los brazos extendidos como las alas de un avión ladeándose. Tenía la cara vacía de todo lo que no fuera el bostezo en sí. Una mueca tierna. Una fotografía de copitas de tiempo ingeridas por la boca humana.

La lona empezó a moverse lentamente. Sí. Había movimiento en la zona específica del montículo de lona blanca situado en medio del artilugio de carga. El hombre que bostezaba se volvió a sentar. Aparte de eso, el movimiento suscitó pocas reacciones. Es posible que la cabeza de Mutuka se arqueara unos cuantos grados en un minúsculo desvío a la derecha. Billy le dio un codazo a Simeon Goldfloss, que reaccionó despacio, como si no consiguiera alinearse con el paisaje y esperara encontrarse a sí mismo en un autobús mexicano.

Ahora la lona estaba claramente girando sobre sí misma. En cuestión de segundos había cogido mucha velocidad. Billy no se podía creer que alguien sentado con las piernas cruzadas pudiera rotar con tanta rapidez. Todo lo tenía que estar haciendo con las manos y los brazos, y simplemente no era posible que unas manos humanas se movieran tan deprisa ni que unos brazos humanos soportaran tanta presión. Si Mutuka hubiera dicho que el hombre que giraba sobre sí mismo era un santón de la India, un experto en control giratorio del cuerpo, a Billy le habría costado menos creerse lo que veía. Pero se suponía que debajo de la lona, si había alguien, era un aborigen. La respuesta tenía que ser que la persona estaba sentada sobre un mecanismo de rotación. Por ejemplo encima de un disco que giraba cuando pulsabas un botón. O bien no era una persona. Quizá todo fuera un simple artefacto mecánico, un modelo más grande del agitador de una lavadora automática. Había dos respuestas óptimas: 1) un disco de gran tamaño sobre el que había alguien sentado; 2) un agitador de gran tamaño sin nadie encima. A Billy se le ocurrieron dos posibilidades más. Una de ellas ridícula: un individuo pequeño que corría en círculos muy pequeños. Y la otra, intrigante: un aborigen de pelo blanco y posiblemente con tres ojos que se había sentado hacía poco en el tiempo y ahora estaba en pleno proceso de trasladarse girando a la dimensión n , donde se encontraría la Estrella de Ratner.

La lona blanca ya no parecía estar girando. Había una sensación nítida de movimiento pero ahora Billy se dio cuenta de que la lona en sí estaba relativamente quieta. De vez en cuando se agitaba un poco, como si estuviera bajo la influencia de la cosa que se movía debajo. Los bordes inferiores de la lona se despegaban de la vagoneta, indicando que la cosa que había dentro se estaba moviendo a una velocidad tan tremenda que se había introducido un factor de flotación en la relación entre lona, vagoneta y objeto en movimiento. La lona, pese a parecer bastante pesada, estaba siendo levantada y en ocasiones incluso abombada por la acción centrípeta de lo que había en su interior. Aunque hubiera sido capaz de calcular cada cuánto tiempo daba botecitos la lona y de menear la cabeza a aquel ritmo, Billy estaba en una parte demasiado alta de la galería como para tener una buena perspectiva de lo que estaba teniendo lugar bajo la lona.

Por primera vez desde el inicio de las rotaciones se hizo audible un sonido. Al parecer, la cosa o persona se estaba moviendo lo bastante deprisa como para emitirlo. Era un sonido débil y así permaneció, un gemido lejano y demasiado estilizado como para ser denominado infantil o animal, pero aun así terrible al oído, un proceso que se estaba librando en el borde mismo de la inexistencia. A Billy le costaba creer que la mera fricción o vibración producida por una serie de fuerzas físicas pudiera insuflarle semejante emoción al sonido.

Pasó mucho rato. Continuaron las rotaciones bajo la lona. El gemido grave se mantuvo, sin aumentar ni bajar de volumen. Ahora la lona se elevaba con mayor frecuencia y los bultos cada vez más abruptos y profundos que aparecían en su superficie evidenciaban todavía más las velocidades increíbles que estaba alcanzando la cosa de debajo. El público permanecía en silencio. No había más movimiento que algún que otro cambio de postura. Un buen espectáculo, pensó Billy. Una buena actuación y tal vez más que buena y tal vez más que una simple actuación. Un hombre que estaba sentado por debajo de él en la grada recogió una hoja de papel del suelo, la leyó sin interés y a continuación se la entregó a Billy, que dio por sentado que se trataba de la nota que había escrito antes la mujer del parche. Ésta se había marchado hacía rato, pero estaba claro que la nota había seguido circulando por la sala.

El ruido se detuvo sin aviso previo. Pasó un rato largo. Billy estaba en mitad de componer el pensamiento: *está a punto de pasar algo*. Sin embargo, antes de que pudiera finalizarlo, pasó algo. El sudario de lona experimentó una sacudida violenta, como cuando una criatura viva responde a un instinto último. Fue sorbida rápidamente con un espasmo desvertebrado, puesta con violencia del revés por alguna horrible trampa natural que se acababa de tragar su contenido. Siguió un silencio profundo. Nada se movió. La lona había quedado extendida sobre el artilugio de carga. Lo que fuera que había habido debajo ya no estaba. Se acababa de esfumar por completo y en su lugar sólo quedaba una lona desparramada. Sentado en el tiempo... Manipulación de tectita. La dimensión sin nombre de la rotación. Lo que acababa de tener lugar significaba sin lugar a dudas que el aborigen ya estaba embarcado en la fase cuatro, el *viaje* a la Estrella de Ratner. Billy seguía inmovilizado en su asiento, cavilando sobre la enormidad de lo que acababa de ver y de lo que acababa de no ver. Nadie más parecía muy interesado. Al cabo de un rato, Mutuka se levantó de su asiento, fue hasta la vagoneta y levantó con cuidado el sudario. Debajo no había nada que se percibiera a simple vista. No fue hasta aquel momento que Billy se dio cuenta de que tenía la nota en la mano. Necesitó un esfuerzo deliberado para llevarse el papel a la cara y leerlo.

Lo hacen con un eje isométrico de gravitones.

Lo vi dos veces en un espectáculo de un club nocturno de Perth. Pásalo.

Billy estaba seguro de que la mujer ya había escrito aquella nota antes de que sacaran la vagoneta al escenario. ¿Cómo había sabido ella lo que iba a pasar? ¿Acaso lo había adivinado gracias a algo que había dicho Mutuka? ¿O acaso Mutuka también había participado en el espectáculo del club nocturno? Tal vez fuera eso. La mujer no sólo había presenciado un truco *parecido*, se lo había visto hacer al mismo hombre. Billy se imaginó a aquel tal Gerald Pence, exfuturólogo, yendo de pueblo en pueblo del interior desértico de Australia con su número de evasión del espacio-tiempo, tomando el pelo a los mestizos y los mineros supersticiosos. Pero ¿qué era un eje isométrico de gravitones? ¿Y cómo podía estar él seguro de que la nota encontrada en el suelo era la misma que había escrito la mujer del parche?

Bajó al escenario del anfiteatro. Primero examinó la lona y la vagoneta, pero no encontró nada, ciertamente no encontró rastro alguno de ningún disco grande ni agitador. A continuación se puso de rodillas y miró bajo la vagoneta, llegando incluso a meter la mano por debajo para palpar en busca de trampillas o puntos blandos. Nada de interés. Se puso de pie para echar un vistazo más de cerca a la sábana de lona, le dio un par de sacudidas y tocó las costuras con los dedos. Lo único que encontró fue una etiqueta pequeña pegada a una esquina que decía: PROPIEDAD DE LABORATORIOS OMCO. Nada más por ningún lado. Se volvió hacia las seis o siete personas que seguían sentadas, dispersas por las gradas, y se limitó a encogerse de hombros con

las palmas de las manos hacia arriba. Mutuka estaba sentado en el borde del artilugio de carga. Mirando una pared vacía. Billy decidió abordarlo.

—¿Y dónde está el aborígen?

—Pues no lo sé —dijo Mutuka—. ¿Tú quién eres?

—Un matemático que trabaja en el proyecto de la estrella y que se pregunta si ahora el aborígen está de camino a la estrella.

—No, no, no, no.

—¿Por qué no?

—Porque, fíjate, él se sienta en el tiempo. Y luego se pone a rotar.

—Y luego se va a la estrella.

—No, no —dijo Mutuka—. Nunca lo había hecho así. Fíjate, las rotaciones son el viaje. El viaje tiene lugar durante los giros. En teoría no tiene que desaparecer. Nunca lo había hecho de esa manera.

—Pues entonces la rotación en sí es la dimensión n . No es que gire sobre sí mismo y luego se haga invisible. Lo único que hace es girar.

—Sí, por supuesto, sin duda.

—Y el viaje lo lleva a cabo mientras gira.

—Sí, sí, por supuesto.

—El viaje lo lleva a cabo mientras gira —les dijo Billy a los demás—. Esto en teoría no tenía que pasar.

Y se volvió a encoger de hombros. El resto del público salió, aturdido y saciado, igual que un grupo de voluntarios recién despertados de un sueño experimental prolongado. Goldfloss fue el último en marcharse. Billy lo acompañó hasta el ascensor que había fuera.

—Ha sido muy ambiguo. Tengo sentimientos contradictorios. Lo único que recuerdo es a alguien llamado Automóvil que hablaba de bumeranes. Supongo que me he distraído un par de veces.

Goldfloss se dio unos golpecitos en las patillas. La puerta del ascensor se abrió y él entró, bostezando. Billy regresó al anfiteatro, donde Mutuka seguía sentado en el borde de la pequeña vagoneta.

—O sea que todavía no ha vuelto.

—¿Tú quién eres?

—He asistido a la demostración. He sido uno de los que se han quedado a verla entera.

—Yo creo que sigue estando aquí —dijo Mutuka—. Y se las ha apañado para comprimirse. En realidad no se ha marchado. Está aquí pero no lo podemos ver.

—¿Qué es un eje gravitónico de isómetros?

—Lo has dicho al revés.

—Tal vez haya dado la vuelta a las palabras a propósito para ver si a usted se le escapaba que conocía el término.

—Sería muy raro que no lo conociera —dijo Mutuka—. Antes de irme al desierto me pasé veintitrés años dedicándome a la futurología. Ya era futurólogo antes de que se acuñara la palabra.

—¿Y cómo iba todo en Perth la última vez que estuvo usted allí?

—¿Quién eres tú exactamente?

—Simplemente me estaba preguntando por la vida nocturna de Perth.

—Sólo pasé allí dos días. Y nunca he vuelto. Mi hogar es la naturaleza salvaje.

—¿Dos días y dos noches?

—Suelen ir juntos —dijo Mutuka.

—O sea que usted cree que se ha comprimido.

Se pasaron un rato largo sentados sin hablar. Aquel periodo de espera empezó a adquirir visos de vigilancia. Entre ellos brotó un sentimiento casi fraternal, que los atraía hacia el objeto de su observación ritual. Por supuesto, la vigilancia que estaban llevando a cabo también tenía algo cómico. Estaban vigilando algo que no estaba allí. El aborígen no estaba allí, ni tampoco el

objeto de tectita. Allí no había nada más que la idea de una dimensión n . Y ellos se quedaron vigilando esta idea hasta bien pasada la hora de la cena.

—Hay una última cosa que me gustaría preguntar —dijo Billy—, antes de que uno de los dos se canse y se marche. Mi pregunta es: ¿por qué renunció usted a la carrera a la que había dedicado veintitrés años de su vida para irse a vivir al desierto vacío con esos aborígenes?

—Son divertidos de mirar.

Entró un ayudante en el anfiteatro. La vagoneta tenía un grueso cabo atado a una anilla en un extremo, y el ayudante cogió la cuerda y tiró de la vagoneta hasta sacarla rodando por la puerta, con Mutuka todavía sentado en la otra punta, extendiendo las piernas para que los pies no le golpearan el suelo.

En el camino de vuelta, Billy se perdió en el laberinto lúdico. Sabía que estaba muy cerca de su cápsula, pero el hecho de saberlo no lo ayudaba, puesto que no había nadie para darle indicaciones. Siguió caminando por entre los paneles de conglomerado, una hilera arriba y otra abajo, preguntándose si la secuencia de ceros y unos no podría equivaler acaso a un solo número. No costaba imaginar un sistema en el que cada número entero común se compusiera de ciento un subnúmeros, todos los cuales se tenían que colocar en el orden correcto y luego contarlos antes de que a la persona que los contaba se le permitiera pasar al número siguiente. Tal vez fuera un código de programación extraterrestre. Era posible que lo que habían transmitido fuera en realidad una sola unidad de información, en vez de ciento una. Y que a continuación vinieran más. El conejo en el sombrero que Softly había tenido sobre el regazo.

No había atravesado el laberinto desde el día de su llegada. Intentó recordar la disposición de los paneles y cambiar su perspectiva para poder contemplar el laberinto desde arriba. No solía recordar excepcionalmente bien los acontecimientos. Donde casi nunca se equivocaba era en el ámbito espacial. Era capaz de recordar páginas enteras de texto complejo evocando las páginas en sí: la tipografía, el interlineado, el aire del texto y la personalidad visual de las palabras y los números. La densidad textual lo confundía un poco. Las páginas donde el texto respiraba bien, en cambio, eran el entorno favorito de su memoria. Lo que él veía eran relaciones: el diseño y la disposición de las formas tipográficas. Cuando le costaba acordarse de algo relacionado con las matemáticas, lo que solía hacer era apagar la luz. Había probado a cerrar simplemente los ojos, pero parecía que las habitaciones a oscuras funcionaban mejor. Le gustaba la sensación de estar rodeado de objetos a oscuras y formas nebulosas. No eran recuerdos lo que contenían, sino sus propias sombras enormes, la única muerte perfecta. Gatos de porcelana y figuritas de cristal que representaban a niñas. Estar sentado en la oscuridad le parecía un acto completamente natural, un proceso mínimo sometido a los cálculos de variaciones. También era el método favorito de la naturaleza misma. Los estados de equilibrio. El principio de mínima acción. El nivel ínfimo de energía. La tasa de cambio cero. No sabía muy bien cuánto rato llevaba siendo consciente de que la mujer del parche iba caminando a su lado, codo con codo. Llevaba un brazo lleno de pulseras de jade. Camisa de seda negra y pantalones. Dijo llamarse Celeste Dessau.

—Es la primera vez que te veo por aquí.

—Es que no vengo por aquí —dijo él.

—Cambian la colocación de los paneles a diario. A mí me resulta refrescante, en serio. Los juegos intensos suelen serlo. Por supuesto, el juego intenso nunca está muy lejos de la neurosis. Es la misma proximidad que encontramos prácticamente en todas partes. ¿En qué estabas pensando?

—En estar sentado a oscuras.

—Qué encantador —dijo ella—. Llevas mucho tiempo existiendo en mi mente, ¿sabes? Desde la primera vez que leí sobre ti en revistas académicas y boletines técnicos.

—Se conserva usted bien.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé —dijo él—. Me ha salido así.

—Gira a la izquierda por aquí.

—Sólo ha sido un comentario nervioso.

—Debe de ser una sensación curiosa, existir en la mente de alguien sin saber ni siquiera que esa persona está viva.

—Pues me cuesta entender la sensación, porque no sé quién puede haber que esté pensando en mí.

—Me esperaba una cara grave y atormentada.

—¿Por qué?

—Es lo que una oye sobre las matemáticas puras. Pero tú no pareces especialmente entregado.

—¿Qué le ha parecido lo del aborigen?

—No ha sido más que una excusa para congregarnos. Todos nos sentimos muy solos. La soledad entre la gente con demasiados estudios es lo más triste que hay en el mundo. Tu trabajo aquí es el único toque de romanticismo que tenemos en nuestras vidas. Por fin una hazaña idealizada. Queremos que descubras un hermoso sentimiento en el mensaje de la gente de la estrella. Esperamos tu anuncio público cualquier día de éstos. De hecho, dependemos de él.

—Pero ¿qué pasa con la nota que ha escrito usted? ¿De verdad piensa que ha sido todo un truco?

—Esa nota no la he escrito yo. La nota que yo he escrito era sobre mi horóscopo. Se la estaba pasando a una amiga que se hallaba más adelante. Un rato más tarde me han pasado una nota sobre un espectáculo de un club nocturno. Ha sido entonces cuando he decidido irme.

—Las rotaciones han estado bastante bien. Tendría que haberse quedado a ver las rotaciones.

En un cruce de pasillos que había más allá, dos hombres que iban con sendos libros pegados a las narices estuvieron a punto de chocar el uno contra el otro. Se movían deslizándose en silencio, dando la impresión de rebasarse a ellos mismos, de estar caminando más allá de sus propios límites físicos. A Billy le parecieron objetos en un espacio topológico. «Lectores isoperimétricos de Virgilio». Miembros humanos de conjuntos abiertos orbitándose mutuamente. Había unas cuantas personas más a la vista aquí y allá, cruzando con sus cuerpos el espacio que se abría tras los paneles idénticos.

—La ciencia postula que por cada agujero negro hay un agujero blanco —dijo ella—. Toda la materia que se pierde en los agujeros negros debe reaparecer de forma inevitable a través de agujeros blancos situados bien en otra parte del universo o bien en un universo alternativo. Mi trabajo aquí es interdisciplinar. Que es el trabajo más solitario que hay. Me cuesta hacer amigos de verdad.

A Billy le gustaba cómo ella había dicho «la ciencia postula». También le gustaban su pelo al rape y que le tintinearan las pulseras cuando movía el brazo. Él nunca había asociado el pelo al rape con la gente solitaria. En su experiencia, aquella clase de pelo era típica de gente firme, con gran autocontrol y que no se inmutaba. Le alegró saber que Celeste Dessau tenía un interior blando que contrarrestaba con las aristas duras de su superficie. Pese a todo, él dudaba que la ciencia postulara la existencia de los agujeros blancos. Le parecía una explicación demasiado conveniente. Tal vez la ciencia supusiera, conjeturara, estimara y se arrancara el pelo de raíz intentando adivinar. Billy no creía que la cosa pasara de ahí. Por otro lado, era posible que sí. ¿Cómo podía saberlo él? Tal vez la ciencia sí que postulara. Uno blanco por cada negro. ¿Quién lo sabía? Tal vez tuviera lógica desde una perspectiva idiota.

—La simetría es un poderoso analgésico —dijo la mujer—. Sigue hablándome de lo de estar sentado a oscuras. A lo mejor puedo reunir el valor para hacerlo yo también.

—A veces escribo a oscuras. Al principio me resultaba un *shock* encender la luz y ver todo el espacio que ocupaba la caligrafía, con las líneas pisándose o saliéndose de la página. Pero ya se me da mucho mejor.

—Vivir a la defensiva es el tema central de nuestra época. ¿Cómo vamos a vivir, si no? Biológicamente hablando, nos hemos enseñado a nosotros mismos, con la mayor profundidad posible, que la única forma en que podemos sobrevivir es viviendo a la defensiva, tanto temáticamente como en la realidad. Tal vez tengas razón en tu corazonada. No basta con estar sentado a solas en una habitación. Tal vez haya que apagar también las luces. La única forma de sobrevivir es restringir tu perspectiva, existir lo más cerca posible de tu propio centro.

—Lo hago solamente porque me ayuda a concentrarme.

—¿Cuántos años tienes?

—Catorce.

—La peor edad —dijo ella—. Demasiado viejo para ser mono. Demasiado joven para ser sexi. Cara atormentada de catorce años. Es la clase de cara que me esperaba que tuvieras.

A él le pareció que debería volver al trabajo. No había experimentado aquella sumisión ansiosa a un sentido de la obligación desde su marcha del Centro. De forma indirecta, el aborigen era responsable. Billy se había quedado impresionado con las rotaciones y la desaparición. Y a medida que se empezaba a manifestar el impacto de estos acontecimientos, descubrió que estaba más receptivo a la idea de que los acontecimientos en general merecían su atención. Si el aborigen era capaz de girar sobre sí mismo hasta llegar a la dimensión n , tal vez aquel asunto de la estrella acabara siendo interesante. Verosimilitud por contagio. La gente se estaba agolpando para entrar en el laberinto lúdico. Debía de ser lo que hacían en lugar de la siesta, pensó Billy. Juego intenso. Entrar en una zona con el objeto de salir de ella.

—Nos sentamos en habitaciones a oscuras —dijo Celeste Dessau—. Se está desviando el tráfico de la zona por razones de las que nadie quiere hablar. Han visto animales salvajes entrando en la ciudad. Todas las cartas mandadas por correo aéreo se están devolviendo al remitente. Estamos decididos a no encender las luces. Las tapas de las alcantarillas empiezan a salir disparadas por los aires. Lluve por triplicado.

Por todo el laberinto reinaba un ambiente de bienestar generalizado, muy probablemente derivado de las satisfacciones básicas que producía el hecho de orientarse por caminos intrincados. Era necesario desplazarse de lado por culpa de la aglomeración de gente.

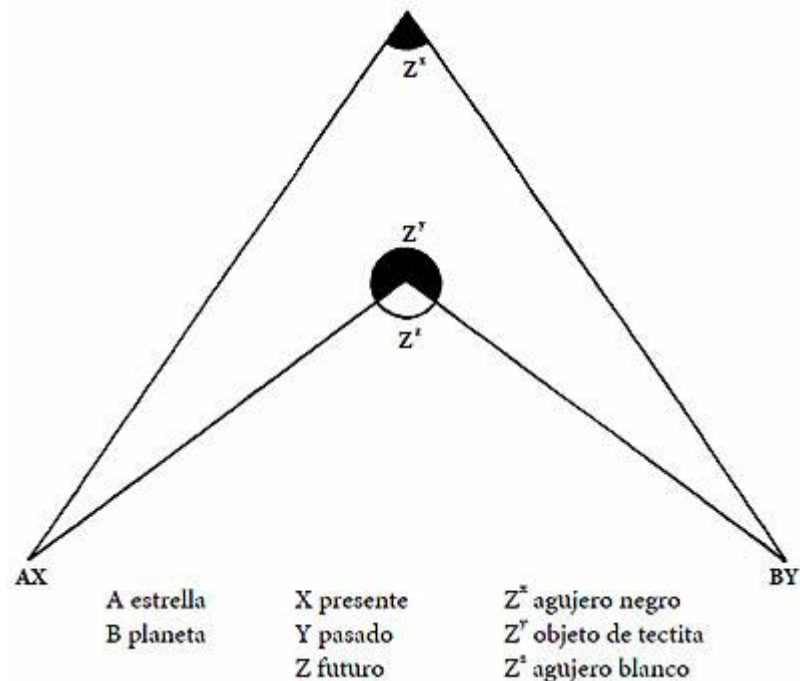
—Ahora yo existo en tu conciencia igual que tú existes en la mía. Cuando menos te lo esperes, saldré a la superficie para compartir tu vida.

En su habitación, Billy se sentó ante el módulo y cogió un lápiz del número dos. Le pareció oír un clic metálico a su espalda. Fue tan ligero que ni siquiera se dio media vuelta. Se puso a trabajar y al cabo de un segundo oyó un susurro de papel seguido de otro clic. Esta vez sí que se dio la vuelta y vio un sobre apoyado en la rejilla de la salida de emergencia que había en la base de la pared. Fue a recogerlo. Era un sobre marrón, de unos veinticinco centímetros por treinta. No le sorprendió descubrir que no había nada dentro. Dos notas en un solo día habrían sido demasiadas. No tenía nada de especial que le entrara por la rejilla un sobre vacío con cierre. Por lo menos en aquel lugar. Resultaba perfectamente acorde. Cuando se volvió a sentar, se fijó en que había algo dibujado en la parte delantera del sobre, en su cubierta, por llamarla así. El sobre había entrado en la habitación mostrando el reverso, una superficie en blanco. Examinó el dibujo con interés.

Supuso que aquélla era la forma que tenía Celeste Dessau de seguir existiendo en su mente y también supuso que aparecerían más recordatorios de su existencia, nuevos mensajes diseñados para reafirmar su imagen. Billy ya veía su figura vestida de negro acechando entre una masa de sus neuronas, recorriendo con sigilo todas sus hendiduras sinápticas. La vio agachada detrás de sus ojos, apropiándose de su visión y abriendo el mundo a más traducciones erróneas. Luego se puso a trabajar, examinando estructuras de anillo y campos y encontrando por accidente un elemento nilpotente Twillig. Se trataba de una de las dos entidades matemáticas que llevaban su nombre. La otra era el twillígono estrellado, una figura que, por cierto, guardaba un parecido más que casual con el dibujo que había en el sobre marrón. Siguió con las exploraciones que tenía entre manos hasta que la manecilla del reloj estuvo casi exactamente sobre la muesca de la medianoche, reorganizando la superficie del uno-cero-uno y buscando conexiones nuevas en su textura. Y como siempre que trabajaba con tanta concentración, empezó a experimentar una sensación de presión hacia el interior. Una vez metido en aquello ya no había salida ni descanso verdadero, ni tampoco nadie con quien hablar que fuera capaz de entender la complejidad (simplicidad) del problema, ni las estrategias para intentar resolverlo. Cada vez que se esforzaba de forma prolongada le llegaba un momento cercano al pánico, o «terror solitario», que era el contenido semántico original de aquella palabra. Y el lugar solitario era su mente. En tanto que matemático, estaba libre de sujeciones a la realidad, libre para imponer sus ideas y diseños sobre

su propio entorno de pruebas. El único criterio válido para valorar su trabajo, su punto crítico (cero o infinito), era la belleza que poseyera, la fuerza y destreza de su razonamiento matemático. El valor último del trabajo era simplemente lo que revelara de la naturaleza de su intelecto. Lo que estaba en juego, en la práctica, era su propio principio de inteligencia o conciencia individual; su identidad, en pocas palabras. Aquella era la trampa ombliquista, el origen de la relación privada que tenía el arte con la obsesión y la desesperación, ni más ni menos que la introversión del artista, un estado mental que llevaba a verdaderas tempestades de exceso de trabajo y a largos periodos de depresión, que causaban indiferencia ante la vida y a veces necesidad de regurgitarla, de buscar el nivel de materia expulsada. Por supuesto, el sentimiento que queda al final de un esfuerzo intenso, si se ha llegado con éxito a su final, es la euforia lírica. Hay aire para respirar y sitio donde plantar los pies. La obra revela gradualmente su apego a las partículas cargadas de otras mentes, de hombres ya históricos, los muertos redescubiertos; a la estructura principal del pensamiento matemático; tal vez incluso a la realidad en sí, a la supuesta suma de las cosas. Es posible plantarse en el aserrín de madera de pino del tiempo y admirar las propias verónicas y pавanas.

Antes de irse a la cama volvió a mirar el dibujo que había en el exterior del sobre y se preguntó si sería accidental o deliberado que la figura se pareciera a un bumerán.



RECOLOCACIÓN

Las figuras sintéticas que había en el portaobjetos de cristal se movían a intervalos regulares, formando un luminoso revuelo de identidad y división, como de patinadores abrazados. Mientras una microesfera se separaba de otra, una tercera se unía a una cuarta. Aquella simetría coincidente no asombró al ojo castaño y solitario que observaba desde lo alto. Billy pensó que era un proceso simple, el de los objetos artificiales recolocados en una superficie limitada. Aquellas microesferas, aquellas subcriaturas de origen polipéptido, tenían algo conmovedor. Poseían esa inocencia de las cosas pequeñas vistas desde un punto lejano.

—¿No deberías volver al trabajo? —dijo la mujer—. Me siento culpable por dejar que te entretengas aquí. De ti dependen muchas cosas.

Billy levantó la cabeza del ocular. Desilu Espy, con su bata almidonada y ajustada y sus calcetines altos y blancos, parecía una colegiala regordeta cuya edad se había doblado misteriosamente antes de que ella tuviera tiempo de ponerse la ropa adecuada. Billy y ella estaban de pie dentro de una cabina de cristal en una zona aparte destinada a la investigación extramolecular. Más allá de la cabina, en cualquier dirección, se desplegaban todos los elementos de la vida en las marismas de los laboratorios modernos: microscopios de electrones, instrumentos de rotación óptica, hileras de artefactos de precisión destinados a la medición, fotografía y síntesis de lo invisible y, por todas partes, una sensación de ácidos que nunca dormían. Volvió a acercarse al ojo al microscopio.

—Estamos analizando una molécula gigante —le dijo ella—. Es más compleja que nada que hayamos encontrado nunca en las líneas espectrales de la Vía Láctea. Perfectamente estable bajo el calor y la luz. Es buena señal de cara a encontrar o no las piezas constituyentes de la vida más allá del sistema solar. ¿Es que no tienes trabajo que hacer?

—No he terminado de mirar esto.

—A veces me pregunto si no sería más fácil que los ratnerianos simplemente se presentaran aquí un día. ¿O no podríamos usar quizá un marcador topográfico enorme que le indicara a cualquier artefacto de monitorización visual que hay vida inteligente en la Tierra? A alguien se le ha ocurrido plantar en Siberia un bosque de pinos enorme en forma de triángulo rectángulo. El artefacto de monitorización lo vería y le transmitiría la información a su gente. Esa clase de ideas me atraen mucho. Son ideas muy humanas. Sólo se les pueden ocurrir a los humanos. Las emisiones de radio son impersonales. ¿Qué se puede aprender de una civilización por medio de pulsaciones y pausas? Nosotros podríamos plantar un triángulo rectángulo de pinos con un cuadrado de abetos azules pegado a cada lado. Los extraterrestres se quedarían encandilados. Y, si no, pues tampoco querríamos conocerlos.

Ella estaba a un metro y medio de Billy, mirándolo con clara preocupación por el objeto confiado al placer profano de él. Sin apartar la cara del instrumento, el chico cerró el ojo que estaba mirando por la lente y abrió el otro. Le ocultó esta acción a Desilu Espy llevándose la mano izquierda a la frente para fingir que estaba profundamente concentrado. Mientras ella seguía hablando, él se dedicó a observarle fijamente las rodillas, que eran lo único que podía distinguir en aquellas circunstancias. Muy limpias, aquellas rodillas. Era una mujer de rodillas limpias.

—¿Estás seguro de que no deberías ir volviendo al trabajo?

—Ya trabajé anoche.

—Mira, ya viene aquél. Como se llame. Lo más seguro es que vaya en la misma dirección que tú. Te puede llevar.

—No sabía que hiciera falta llevarme.

—He reunido un diminuto grupo de discusión para esta noche —dijo ella—. El gimnasio está a la vuelta de la esquina. Tienes que venir. Te querrán ver.

—Pero ¿no me han visto ya?

—Tienes abierto el ojo equivocado.

Billy levantó la cabeza y bajó la pequeña escalerilla de aluminio que había estado usando para llegar a la altura del microscopio. Había un hombre de pie frente a la cabina de cristal, sonriendo con expresión irónica. Era bajito y tenía un aspecto sórdido, vestido con un traje arrugado que no era de su talla y que daba la impresión de haber viajado miles de kilómetros, tal vez con el hombre dentro, en el fondo de un baúl transatlántico. Se puso a hablar tan cerca de la cabina que sus palabras empañaron un poco el cristal.

—Ti mur Nuut.

—Ya me acuerdo —dijo la mujer.

—Por fin nos conocemos.

—¿Quién? —dijo Billy.

—Timur Nūt es como se llama.

—Tú en tu área de las matemáticas y yo en la mía. Los dos colosos. Tú con tus leales seguidores y yo con mi ferviente congregación. Cabalgamos el firmamento matemático como colosos. Cada uno con su séquito. Los dos capaces de refutar las formulaciones aceptadas del pasado con facilidad risible, ¿verdad? Con un agudo sentido de la competitividad, está claro. Pero sin dejar nunca de ser caballeros. Respeto mutuo. El verdadero beneficiado son las propias matemáticas. Tú con tus preocupaciones puras y yo con las mías. La combinación de nuestras genialidades lo desbarata todo, incluida la descripción.

Billy no había oído hablar jamás de Timur Nūt. No supo cómo reaccionar. Casi cualquier cosa que dijera se podía malinterpretar. El hombre parecía muy seguro de su posición. A alguien tan sórdido, y extranjero, provisto de aquella sonrisa irónica, no se lo podía tomar a la ligera. Había dos formas posibles de comportarse. Una era decir poco o nada. La segunda era intentar emprender una demolición sistemática de la envergadura científica que el hombre imaginaba tener. Si tomaba el segundo camino, le daba la impresión de que podían suceder dos cosas. Sus devastadores argumentos provocarían que Nūt se hundiera por completo, llevándolo a dos posibles reacciones. Que suplicara compasión de forma embarazosa o bien que protagonizara un episodio de venganza semifísica. Esta última posibilidad podría incluir miradas de recriminación, primero, y tal vez gestos abusivos, en segundo término. Sin embargo, el intento de demolición sistemática podía tener un efecto alternativo, mucho más probable que el desplome y mucho más terrible como perspectiva. Que Timur Nūt, por medio de la lógica, demostrara que era ciertamente un matemático de renombre y que no tenía nada que envidiar a nadie. Que, usando razonamientos al mismo tiempo deductivos e inductivos, demostrara una verdad asombrosa, la clase de certidumbre inamovible que volviera absurdo todo lo que Billy había creído hasta entonces que era verdad. Y era un personaje lo bastante sórdido como para hacerlo.

—Muy bien, ¿cuál es su especialidad?

—Las superficies nūteanas.

—Nunca he oído hablar de ellas.

—Son seudoesféricas.

—La mía, los zorgs.

—Los conozco muy bien —dijo Nūt—. Estaremos a la altura el uno del otro. Dos intelectos gigantescos. Es natural que nos encontremos en el campo de batalla. Aunque te tengo que avisar: yo nunca hago prisioneros.

—¿Cómo hacemos esto?

—Dos de tres —dijo el hombrecillo.

Apartó la cara de detrás del cristal que su aliento estaba empañando. A continuación dibujó con el índice una sonrisa irónica en la segunda cara sin forma que se había plasmado en el vapor. Desilu Espy abrió la cerradura de un panel de la cabina de cristal y Nūt acompañó al chico al pasillo más cercano. Se abrió la puerta del ascensor.

—Entren —dijo una voz.

Había un hombre regordete de pie en un rincón del ascensor. Billy y Timur Nūt entraron. El pasajero se presentó como Hoy Hing Toy. La puerta se cerró.

—Yo hago tres preguntas y luego tú haces tres más —dijo Nūt—. Si hay empate, un observador neutral hace tres más. Gana el que obtenga dos series de tres. No contestes demasiado deprisa. Aquí hay capas de significado.

—Estoy listo.

—Primera pregunta. Una ecuación de grado n , ¿de cuántas formas se puede resolver?

—Se puede resolver de n maneras.

—No te des tanta prisa en contestar correctamente. Se pueden producir errores trágicos.

—Es bastante obvio. La respuesta es n .

—Segunda pregunta. Recuerda, capas de significado. Sin usar más que dos palabras, ¿cómo denominarías a una geometría distinta a la euclidiana?

—No euclidiana.

—Tercera pregunta. Estás contestando demasiado deprisa. ¿De cuántas dimensiones estoy hablando cuando hablo de trocientas dimensiones?

—De un número elevado de dimensiones, pero dejando sin decir cuál es el número exacto.

—La sintaxis cuenta.

Hoy Hing Toy asintió lentamente con la cabeza. Billy no entendió si estaba mostrándose de acuerdo con las respuestas o bien rindiendo tributo en silencio a la sutileza de las preguntas. Le daba la sensación de que las preguntas no tenían nada muy distintivo, salvo el hecho de ser muy infantiles. Las preguntas apoyaban poderosamente su convencimiento de que Timur Nūt no era lo que decía ser. Por supuesto, había mencionado dos veces las capas de significado. Esto indicaba alguna clase de trampa lógica. Sus preguntas eran tan sencillas que casi resultaban imposibles de contestar. Se acordó de las preguntas una por una y le parecieron efectivamente sencillas, pero de una forma del todo idiota, más que nada la de las trocientas dimensiones, aunque la de decir «no euclidiana» en dos palabras no le iba a la zaga. Dejó de hacerse preguntas sobre las preguntas y volvió su atención al ascensor. Ya debería haber llegado hacía mucho rato a su sector. Aquellos eran ascensores de alta velocidad. Silenciosos, libres de vibraciones y extremadamente rápidos.

—Todavía no hemos llegado —le dijo a Hoy Hing Toy, dándole a su frase tono de pregunta.

—Parece que estoy de acuerdo.

—¿Cree usted que es porque no hemos llegado o porque nos hemos quedado atascados?

—Ya te entiendo.

—Si todavía no hemos llegado, puede ser porque hemos tenido que aminorar la marcha por alguna razón. Pero si nos hemos quedado atascados, no nos movemos en absoluto.

—Es imposible saberlo —dijo Hoy—. Ya sabes cómo son estos ascensores. Tenemos que confiar en ellos. Siempre he sospechado que no se mueven en absoluto. Que simplemente cambian el decorado de fondo y reabren las puertas.

—Es una sensación interesante —dijo Nūt—. Siempre hemos estado en los ascensores sin que parezca que se mueven. Pero ahora no nos estamos moviendo de verdad y la sensación no cambia para nada. Es la misma, da igual que nos movamos o nos quedemos quietos. Algo está siendo violado ahí. Alguna regla del movimiento o de la lógica, ¿no? Tal vez no estemos atascados en absoluto. Tal vez nos estemos moviendo con lentitud infinita. Somos tres en un ascensor donde por ley solamente caben veintiuna personas. Somos una séptima parte, pues. Cero coma uno cuatro dos ocho cinco siete, uno cuatro dos ocho cinco siete, uno cuatro dos ocho cinco siete etcétera, etcétera. Multiplica el decimal por el número de personas. Uno se convierte en cuatro y cuatro se convierte en dos y dos se convierte en ocho y ocho se convierte en cinco y cinco se convierte en siete y siete se convierte en uno. Cambio infinito de posiciones. No me gustan los decimales no recurrentes. El número pi me pone furioso. ¿Hasta cuántos decimales han calculado pi? Y jamás hay apariencia alguna de progreso legítimo. Más de un millón de decimales. Un gemido del tamaño de un libro. Te toca a ti. Tres preguntas. Ni más ni menos.

—Me estoy concentrando en salir de este cacharro.

—Estoy convencido de que ya han avisado a los de arriba o a los de abajo —dijo Hoy—. Casi seguro que el mecanismo de alarma es automático. ¿No crees? ¿En un edificio como éste? Mientras hablo, probablemente ya estén trabajando con ahínco para reparar los cables.

Que Nūt conociera la existencia de los decimales recurrentes trastornaba a Billy casi tanto como el ascensor atascado, suponiendo que estuviera atascado. El monólogo sobre los decimales reforzaba la posibilidad inquietante de que Nūt fuera exactamente lo que decía ser. Ciertamente, era un refuerzo pequeño, pero suficiente para resultar preocupante. Y por supuesto había elegido hablar de un decimal que tenía los mismos dígitos y en el mismo orden que la matriz numérica transmitida por la Estrella de Ratner. Se podían hacer muchas multiplicaciones sin cambiar aquellos dígitos, sólo su orden. Nūt ya había demostrado lo que sucedía cuando la matriz se multiplicaba por tres. ¿Acaso los ratnerianos estaban intentando indicar algo sobre la multiplicación? ¿Sobre la fracción un séptimo? ¿Sobre los dígitos originales reordenados? Y en caso de que así fuera, ¿por qué no habían puesto el primer espacio en blanco después de la pulsación uno, en vez de tras la pulsación catorce? Se repantingó en su esquina, cruzado de brazos, cogiéndose cada hombro con la mano contraria.

—Dos grandes sabios locos —dijo Timur Nūt—. Tú con tu especialidad esotérica y yo con la mía. Tú has tirado el guante y yo lo he recogido. Te toca a ti hacer las preguntas. Una serie de tres.

—Ahora mismo no estoy de humor, teniendo en cuenta cómo se está comportando este ascensor.

—Muy bien, pues pregunto yo otra vez. Prepárate para los niveles ocultos. Pregunta uno, serie segunda. ¿Qué palabra te viene a la mente si te digo que un número hipercomplejo multiplicado por otro número hipercomplejo siempre equivale al segundo de esos números multiplicado por el primero?

—*Falso*. La palabra que me viene a la mente es *falso*.

—No hay puntos extras por contestar deprisa.

—Piense una pregunta más difícil. A lo mejor así consigue hacerme ir más despacio.

—¿Tus sueños sobrepasan tu comprensión?

—Un momento.

—Pregunta dos, serie segunda. ¿Tus sueños sobrepasan tu comprensión? Estoy contando los segundos.

Billy miró a Hoy Hing Toy. Hoy se estaba dando tirones distraídos de la corbata, como si la endiablada complejidad de la pregunta lo hubiera reducido a meras ensoñaciones inanes. Sería interesante ver cómo Nūt justificaba la pregunta en términos matemáticos.

—Si los sueños no sobrepasaran la comprensión, toda vida humana sería fútil. La ciencia ofrece muchas diferencias básicas entre el hombre y el animal. Nosotros tenemos el simbolismo, el habla organizada y la conciencia de uno mismo. Con bastante frecuencia nos repele nuestro propio vómito. Pero la diferencia más importante es que los sueños del hombre exceden su comprensión. La humanidad no tiene futuro sin esto. Piensa en un Dedekind, por ejemplo. O en un Riemann. Piensa en un Riemann. Son hombres que hicieron realidad los sueños de una mente más antigua. Eran sueños en forma viviente. El hecho de que un Riemann fuera capaz de llevar a cabo trabajo original con superficies Riemann de n láminas no es ningún accidente si pensamos en lo mucho que otros le habían preparado el camino. El hecho de que un Dedekind fuera capaz de formular el corte Dedekind se debió en parte a una influencia no dedekindiana. El primer destello blanco de la existencia matemática de estos hombres brotó en el intelecto de su mentor. Ellos sobrepasaron su comprensión.

—Creo que nos estamos moviendo —dijo Hoy—. ¿Nos estamos moviendo?

—Se toma nota de tu incapacidad para contestar. Es casi seguro que tus sueños sobrepasan tu comprensión.

—Nos estamos moviendo.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Billy.

—Algo ha cambiado —dijo Hoy—. Yo creo que nos estamos moviendo. Tengo un sexto sentido para estas cosas. ¿Alguien tiene alguna opinión? En cualquier momento se va a volver a abrir

lateralmente esta puerta. ¿Acaso nos esperan? ¿Estará la escena preparada o saldremos a un vacío absoluto? Yo creo que parece que nos estamos moviendo. ¿Sensaciones a favor o en contra? Se quedaron los tres un rato en silencio, intentando oír susurros a los lejos o bien tratando de obtener toda la información espectral que pudiera haber encerrada con ellos dentro del ascensor.

—Pregunta tres, serie segunda —dijo Nüt—. ¿Quién inventó las series nūteanas?

—Ésa la puedo adivinar.

La trivialidad de aquella última pregunta hizo que Billy se sintiera mejor. Era quizá la más tonta de todas, casi igual de idiota que la de las tropecientas dimensiones, y amenazaba con anular el efecto del discurso de Nüt sobre Dedekind y Riemann. A Billy no le gustaba el hecho de que se refiriera a ellos como «un Dedekind» o «un Riemann», como si estuviera hablando de un melocotón y una pera. Pero era obvio que conocía en cierta medida su trabajo. Eso hacía que su pregunta sobre superficies nūteanas fuera doblemente bienvenida.

—Hemos dejado de movernos —dijo Hoy—. ¿Qué os parece? ¿Todavía nos estamos moviendo o nos acabamos de detener? Mientras vosotros oís mi voz, yo noto una detención.

—Pues entre bueno y malo, a mí eso me parece malo.

—Dos hombres, los dos gigantes, cada uno en su campo —dijo Nüt—. Ahora le toca al más joven de los dos interrogar al mayor.

—Tal vez más adelante.

—Pero sin niveles ocultos.

—¿Por qué no?

—Todo el significado ha de estar restringido a una sola capa.

—Pues usted tenía capas añadidas.

—Y tampoco valen los zorgs.

—Son mi terreno.

—Ya hemos llegado —dijo Hoy—. Se está abriendo la puerta. Se ha abierto la puerta. Ya podemos salir. Lo sabía. Tengo un sexto sentido. ¿Quién me ha oído decirlo? Ya hemos llegado. Lo han arreglado justo a tiempo. Al final resulta que no nos caeremos.

En su cápsula, Billy se dio una ducha y se lavó el pelo. Se puso el albornoz de tela de toalla y boxeó un rato con un contrincante imaginario. Por fin se sentó a trabajar, resueltamente aislado del mundo, buscando cualquier relación que pudiera encontrar entre los números enteros comunes catorce, veintiocho y cincuenta y siete, y ampliando al cabo de poco su búsqueda para que abarcara no sólo números enteros sino también fracciones, no sólo cantidades positivas sino también negativas, números imaginarios en lugar de reales, consiguiendo en una parte remota de su mente verse a sí mismo en pleno trabajo: un anciano (más mono que la mayoría) en un estudio diminuto y viejo, vestido con albornoz y pantuflas raídas, sentado ante una mesa de madera de roble áspera al tacto porque está cubierta de las migajas rosadas de su goma de borrar con cepillo, nutriéndose de comida insulsa, sueño irregular, trabajo constante, calentador eléctrico en el suelo, lamparilla de mesa con la pantalla torcida y manuscritos amontonados en las cuatro esquinas de la habitación. Investigación sistemática. Definiciones precisas. Demostración completa. Cada nuevo amanecer le trae himnos a su universalidad. Intentos número-teóricos de entender la teoría de juegos, las superficies posnūteanas y el análisis no estándar a dos niveles. Acreditado como el diseñador de un gigantesco cambio en el pensamiento matemático de mitad del siglo XXI. Su edad multiplicada por seis. Ocho cinco siete uno cuatro dos. Lo distrajo de aquel interludio de veneración de sí mismo el darse cuenta de que la hoja de papel en la que estaba formulando sus cálculos no era del todo plana y contenía muchas distorsiones en forma de surcos y arrugas, pingües barrancos, curvatura rampante de un punto al siguiente. Estuvo un rato practicando su firma y luego se vistió y regresó a la zona de investigación en la que había pasado una parte de la tarde. En cuestión de minutos encontró el gimnasio en el que Desilu Espy, la mujer de rodillas limpias, había congregado a los miembros de su grupo de discusión.

Desperdigados por la sala de suelo encerado había hombres y mujeres saludándose entre ellos con besos incompletos y elusivos. Era algo que nunca había visto en el Bronx: aquello de lanzarse a las mejillas y oídos de los demás, aquella costumbre de conversar a corta distancia y

con los morritos fruncidos. Había esperado que su anfitriona se le acercara majestuosamente con un elegante vestido de noche, con la típica risa rutilante y cantarina que se estilaba en aquella clase de reuniones sociales, vestida (esperaba él) con ropa de satén no funcional y zapatitos taciturnos, cruzando el gimnasio pierna a pierna, con un deslizamiento felino motorizado de ágil perfección. Sin embargo, resultó que llevaba las mismas zapatillas de lona, calcetines hasta la rodilla y arnés de bacterióloga que antes. Por supuesto, aquello no era ninguna fiesta, se recordó a sí mismo. No era más que un grupo de discusión. Estaban allí discutiendo algo. No obstante, las luces estaban atenuadas y allí donde mirara había boquitas de piñón. Ella lo llevó al otro lado de la piscina y le presentó al comandante Burris Shrub y señora. El comandante era corpulento y ancho de pecho. Llevaba un traje de ejecutivo gris, cruzado, con unas solapas enormes y caídas. Su esposa era una mujer decrepita de color rosado blanquecino que no paraba de golpearse la cara con un pañuelo de encaje. Cada azote etéreo levantaba una neblina rosada de polvos para la cara procedentes del estrato más externo.

—Soy Calliope Shrub —le dijo ella—. ¿Eres uno de nosotros?

—Depende de a qué se refiera.

—Se refiere a si eres de fuera —dijo el comandante—. Yo estoy aquí simplemente para observar. Tal vez para aprender un par de cosas sobre armamento hipotético. A veces la señora Shrub es imprecisa. No le hagas caso. Le pasa a la gente que está casada con figuras dominantes. Tengo entendido que has venido para hacernos unos trucos con cerillas y monedas.

—Se está pegando a ella misma en la cara.

—La inevitabilidad histórica es algo que ha cambiado desde mi época —dijo Shrub—. Ya no hay ningún sentido de la majestuosidad en los asuntos de los hombres. ¿Dónde están las complejas fuerzas históricas, las mareas, las corrientes? ¿Qué ha pasado con el ancho lienzo en el que se supone que tenemos que desempeñar nuestros roles? En mi época era todo más simple. Se podía hablar del levantamiento y del trágico desfile de la historia.

—¿Su mujer sabe que se está pegando con ese pañuelo?

—No, y no quiero que se lo digas.

—No se lo diré.

—Le conviene más no saberlo.

—¿Por qué lo hace?

—Confío en no averiguarlo nunca.

—Tal vez sea un hábito nervioso.

—Prefiero no saberlo.

—No diré ni palabra.

La gente se movía por la penumbra, tocando y murmurando. Billy dio un paseo por el gimnasio, al final eligió las barras paralelas como punto estratégico y se sentó en una silla plegable que había debajo. Sin quererlo empezó a pensar en el código. Últimamente no se le iba de la cabeza. Ahora formaba parte de él. Era distinto a todo lo demás, pero seguía siendo parte de él, condicionalmente igual, un problema situado en la región del córtex que nutre la intuición, esa facultad contrapuntual en la que se basaban sus matemáticas. Era como si Billy tuviera dos existencias, los términos derecho e izquierdo de una ecuación, y tuviera que correr el riesgo de que una de ellas, la matemática, pudiera aplastar a la otra, dejándolo a él atrás, en nombre y en forma. Considerar la invisibilidad un talento. Olvidarte de tu propia existencia por voluntad de persistir. Billy siempre había tenido la sensación de que pensar constantemente en un problema equivalía a resolverlo. Un hombre vestido con pulcritud y con una perilla mediatunda se puso en cuclillas junto a su silla y le susurró un nombre, Haroun Farad, con las rodillas crujéndole mientras se acomodaba en su postura agachada. Llevaba un brazalete negro. Aquel sistema de idea fija entrañaba riesgos.

—En mi tierra asolada por los perros se destriparían los unos a los otros por beber como bebemos aquí.

—Me dijeron que habría discusión. ¿También hay refrigerio?

—Mi voz susurra —dijo Farad—. Dentro del bolsillo interior de la americana de mi traje tengo un libro del que aquí existe una demanda febril. Fotos tridimensionales. Bebés con cola. Hombres con astas. Una mujer con bolsa marsupial. Reúneme conmigo en el lugar acordado y discutiremos los términos.

—Enséñeme unas muestras antes de decidirme.

—Una mujer con pico de pato.

—¿Quién ha muerto para que lleve usted ese brazalete negro?

—Es por el aborigen —dijo Farad—. Una bromita que nos hemos montado.

Desilu Espy se acercó a las barras paralelas con una copa de ponche temblando sobre un platillo diminuto. Billy se retiró a la oscuridad poco profunda que había unos metros más allá. La gente estaba de pie en pequeños grupos, hablando en voz baja. Él miró cómo Haroun Farad se ponía de pie y aceptaba la copa.

—¿Contenido lácteo?

—Alguien me ha dicho que tenía usted sed.

—¿Cuál es el contenido lácteo? —dijo Farad—. Si el número de gotas excede al número de letras de la palabra *ilāh*, hay que volver a purificar la copa. Sáquela, por favor. Saque la leche.

—Y me dijeron que no tenía usted sentido del humor.

—No bromeo con esto que le estoy diciendo. Saque la leche o no me lo pienso beber.

—Tremenda, la riqueza y la variedad de las formas nativas del humor.

Líneas rectas coplanares sin intersección, pensó él. Dada una línea recta y cualquier punto que no esté en esa línea, es posible trazar por ese punto una única línea que discorra en paralelo a la línea original. Había una vez, pensó.

—En mi tierra asolada por los perros no hacemos gestos baratos que sugieran amistad. Digamos que esas cosas no son prácticas por culpa de los perros. Deambulan por el país en manadas de diez mil o más. A la mínima provocación se tiran a las gargantas de los demás, gruñendo y dando dentelladas. En este entorno de perros grandes y sedientos no hay tiempo para gestos. Vivimos, los pocos que todavía vivimos, en un estado de existencia coincidente pero separada en relación con los perros. La tierra es pobre y yerma. También la conversación. El sometimiento al que se está correctamente guiado es la única forma aceptada de conducta. La leche es el más sutil de los insultos. Ésas son las realidades. Los perros han hecho que así sea. No esperamos que el resto del mundo lo entienda. Con nuestra capacidad para coexistir con los perros destructores, hemos iniciado algo misterioso.

Billy caminó lentamente por el gimnasio, sin apartarse mucho de las paredes. En la salida estaba Calliope Shrub, golpeándose a sí misma con despreocupación con el pañuelo. Cuando por fin la anfitriona se quedó sola, Billy se dirigió a ella.

—Pero ¿qué es lo que se está discutiendo aquí? Yo pensaba que esto era un grupo de discusión. Todo el mundo está plantado hablando en voz baja. ¿Cuál es el tema que se está discutiendo? Yo he venido aquí esperando oír cómo se discutía de algo.

—Estamos hablando de ti —dijo Desilu—. El tema de discusión eres tú. Y no sólo eso, sino que está programado que te dirijas al grupo dentro de dos minutos justos.

—¿Cuál se supone que es mi tema?

—Las cerillas y las monedas, según tengo entendido. Una combinación de ponencia y demostración.

—Mientras todavía estoy aquí, ¿qué sabe usted de cierto libro del que existe una demanda febril, por lo que he oído, por sus fotos de deformidades?

—¿Deformidades en qué contexto?

—Colas y bolsas marsupiales.

—El bebé con plumas es mi favorito de todos los tiempos.

Se aseguraban de no acercarse para nada a la cocina. En cierta ocasión, Faye metió el brazo para sacar algo de la nevera, pero con cuidado de no mirar en dirección al fregadero. Se limitó a meter el brazo por la puerta y agarrar con la mano derecha el tirador vuelto hacia arriba de la vieja Crosley Shelvador. Cogió lo que necesitaba y se escabulló fuera de allí, lo más parecido a una

lagartija que pudo, con el cuerpo pegado a la pared. En ningún momento miró hacia lo que estaba creciendo en el fregadero, aquel horror arquesporial sin huesos. De vez en cuando oían que un cuchillo o un tenedor resbalaba hasta desprenderse de un montón de platos sucios y se caía en la solución linfática de color pálido que se había empezado a acumular hacia muchas comidas y que al parecer había engendrado a la criatura, el horror, el vegetoide rancio de ciencia ficción. Por supuesto, en realidad no se creían que hubiera algo creciendo allí. Era una fantasía extendida, un chiste que derivaba del hecho de que dentro del fregadero estaban los restos materiales de unas veinte comidas, completamente sumergidos en materia semilíquida por culpa del atasco del desagüe. De vez en cuando oían unos borboteos diminutos, unos rondós flatulentos, el deslizamiento de un plato (o algo parecido) por la superficie de otro plato. Ellos se reían de aquellos ruidos y seguían evitando la cocina.

Fue Faye la primera que denominó vegetoide a la criatura. Tenía la teoría de que el vegetoide amenazaba algo más profundo que sus simples vidas. No mordía ni picaba. No emitía un hedor mortal. Lo que iba a hacer el vegetoide era absorberlos. Seguiría creciendo hasta que se desbordara del fregadero y acabara por llenar el apartamento entero. Ellos quedarían incapacitados para moverse. La gente sumida en aquellas situaciones siempre quedaba incapacitada para moverse. Aquél se convirtió en el tema recurrente de Faye. El que los absorbiera la masa informe. La asimilación total. Serían incorporados, transformados y metabolizados. Se volverían meras funciones del mantenimiento líquido interno del vegetoide. Era algo más extremo que la muerte, un desacontecimiento, la más radical de las cancelaciones. Era gracioso, una teoría graciosa. Compartieron bastantes risas con ella. De vez en cuando oían cómo un montón de cristal perdía el equilibrio (misteriosamente) y se desplomaba sobre el mejunje ecuatorial. La forma de hablar de ellos empezó a deteriorarse.

—Vengo a por vosotros, a por vosotros, vosotros.

Mandaron allí dentro al perro varias veces, pero siempre emergía intacto, sin transmitir sensación alguna de experiencia-criatura traumática. Se hablaban entre ellos como si fueran niños pequeños, inventando palabras de miedo y usando la mímica para burlarse. Oyeron más sonidos procedentes de la cocina. Hicieron más chistes. Se plantearon colocar bloques de hormigón en el umbral y verter cemento. El vegetoide se filtrará por debajo, dijo Faye. Calará por los resquicios. Estamos incapacitados para movernos. Aquella noche, a Billy lo despertaron los chillidos no verbales de la Gritona desde el otro lado del patio interior. Era la primera vez que gritaba lo bastante fuerte como para interrumpir su sueño, y él se pasó un rato escuchándola, sin entender ni una sola palabra, como siempre. Luego oyó un segundo ruido que venía de la dirección contraria, la cocina, se incorporó hasta sentarse y se concentró: parecía venir del fregadero, del desagüe, un jadeo acuático prolongado, un remolino de succión y una recolocación general de los utensilios. Salió de la cama, cogió el taco de billar cortado y se lo llevó a la cocina, donde encendió la luz y vio que el líquido espeso e incoloro se había ido por el desagüe, llevándose consigo la anomalía infernal que había engendrado allí, si es que había existido alguna vez, y dejando atrás únicamente el gigantesco desparrame de platos y sartenes. Así pues, Billy apagó la luz y se volvió a dormir, y por la mañana alguien le contó que la Gritona se había muerto.

—No era peor que alguna gente a quien podría nombrar —dijo Faye—. No quiero decir nombres pero he conocido a gente peor.

Un día, en primero de primaria, mientras Billy estaba con su amiga Natasha en lo que quedaba del patio de la escuela P. S. 32, se enfrentó con él Aniello Vaca, el hijo de once años de un tipo con reputación de tener tentáculos, de esos metafóricos que se introducen en cualquier área de los negocios legítimos. Aniello también tenía negocios aquí y allí, y le gustaba usar con ellos la terminología pertinente, de tal forma que a menudo se refería al resultado en metálico de las actividades de extorsión que llevaba a cabo en la escuela y alrededores como «una recaudación tremenda». Aquel día en concreto se acercó a los dos alumnos de primero y dirigió sus comentarios a Billy:

—Quiero ver lo listo que eres. Digamos que te doy un trabajo. Trabajas para mí treinta días. Llevándome la contabilidad, da igual, haciendo lo que quieras, no me importa. Te puedo pagar

de dos maneras. Y escúchame, porque tú eliges la manera. La primera es que yo te doy diez mil dólares y tú trabajas durante treinta días. La segunda, escucha, es que te doy un centavo el primer día, dos centavos el segundo, cuatro centavos el tercer día y me paso treinta días multiplicando por dos. Empiezas con un centavo de nada. Trabajas treinta días seguidos, sabadetes y domingos incluidos. Y cada día yo te doblo la paga. O bien te llevas diez mil pavos, de golpe y al contado, te paso los billetes en mano, contantes y sonantes. ¿Qué sistema eliges? Quiero ver si de verdad eres tan listo como dice todo el mundo.

—Centavo el primer día y luego ir doblando la paga.

—¿Y eso por qué, capullín?

—Porque termino con mucho más.

—O sea, que yo estoy dispuesto a largarte diez mil cucas y tú te quedas ahí mirándome a la cara y me dices que este rollo de empezar con un centavo te da una mejor recaudación. Dile a esa niña que pare de mirarme con los ojos entornados. Me pone de los nervios, la niña esa.

—Termino con cinco millones trescientos sesenta y ocho mil setecientos nueve dólares con doce centavos. Si me das un penique el primer día y te pasas treinta días doblándolo.

—Como esa niña me vuelva a mirar entornando los ojos, te doy una paliza.

—¿Por qué a mí? Dásela a ella. O tal vez tienes miedo de que ella te la devuelva.

—Me gustaría verlo.

—Natasha, pega.

—Estoy esperando, a ver si es verdad —dijo Aniello.

—Hoy no te pegará. Pero eso no quiere decir que vayas a estar a salvo para siempre. A ver si te atreves a volver mañana. Tráete a los amigos. Ella le dará una paliza a todo el que se le ponga por delante. Así es. Hay días en que se muere de ganas de dar palizas.

En su primer día como tutor especial, el señor Morphy le pidió que sumara todos los números, del uno al veinticuatro. Billy sabía que había una clave. El número uno iba con el veinticuatro, el dos con el veintitrés, el tres con el veintidós y así sucesivamente, y cada pareja sumaba veinticinco. La clave era el veinticinco, que sólo se tenía que multiplicar por el número de parejas, que era obviamente doce. Era como subir una escalera de mano. Subías hasta el doce y luego bajabas por el otro lado, desde el trece al veinticuatro (una escalera de mano, reflexionó un día, o un twillígono estrellado) y no costaba ver que cada conjunto correspondiente de numerales sumaba veinticinco. El número veinticinco también poseía cierta inamovilidad, se negaba a desaparecer o hasta a cambiar de lugar cuando se lo elevaba a la segunda potencia, a la tercera, la cuarta o superiores. Mientras que el resonante número doce concordaba una por una con las letras de su apellido ficticio, el garabato de su partida de nacimiento (William Denis Terwilliger Jr.) representaba una longitud global que sumaba la satisfactoria cifra de veinticinco.

Babe empezó a pasar más tiempo frente a la ventana, dando sorbos de Champale y contemplando el parque infantil que había al otro lado de la calle, cuatro pisos más abajo. La razón era Raymond (Proyectil) Odle. Raymond medía dos metros veinte pero su refinamiento en la pista de baloncesto contradecía este dato. Aunque Babe no era aficionado al baloncesto, no podía evitar estar impresionado con Raymond Odle, alumno de último año en el instituto DeWitt Clinton, cuyos movimientos ya eran legendarios entre los representantes del submundo del baloncesto de los Tres Estados, presagiando la gran época de aquel muchachote. Cuando el público presenciaba su inverosímil regateo de muñeca o su doble finta en el aire con gravedad cero tras recoger la pelota en la zona de tiros libres (un disparo que a menudo concluía con esa chanza de agarrarse al aro que venía después de la pelota con efecto y la entrada perfecta en la canasta), sabía que no estaba viendo simplemente una demostración más de gigantismo ejecutando una parodia de gracilidad de fauno. Raymond tenía un estilo fluido de verdad y sus movimientos eran, en esencia, los de un escolta o un alero. Su toque resultaba ligero y hábil, y su avance hacia la canasta era un popurrí ininterrumpido de virajes de cadera y engaños epigramáticos. Cuando recogía un rebote del tablero, parecía descender más despacio que los demás jugadores, era capaz de detenerse en lo alto, con una ondulación final del cuerpo, y en el curso de su sereno descenso se quitaba con facilidad a la gente de encima. El nombre PROYECTIL

empezó a aparecer en los titulares de las secciones de deportes. También pintado con espray en las paredes de los edificios. La generosidad de Raymond como atleta y la plenitud de su estilo se hacían totalmente evidentes en la atmósfera libre y relajada que reinaba en los partidos del parque. Babe los miraba desde la ventana. La gente se ponía de pie al otro lado de la verja, asintiendo con la cabeza. Los niños pequeños del parque cantaban: «P’oyetil, P’oyetil, P’oyetil». Billy ingresó en la Secundaria de Ciencia del Bronx en la misma época en que Raymond Odle hacía el último curso en el Clinton, y los dos cogían el mismo autobús. Un día se encontró sentado al lado de aquel deportista de dos metros veinte. La longitud de los dedos de Raymond estuvo a punto de provocar que Billy se desmayara. Huesos marrones y polvorientos. Varas de cuero. Vetustos y frágiles. Cómo era posible que unos dedos tan largos y feroces también parecieran delicados, parecieran *legibles*, diez documentos numerados hechos con tallos de juncias acuáticas. No le cabía duda de que un solo golpe del pulgar de Raymond lo dejaría desfigurado para siempre. Pese a todo, se sentía seguro al lado de aquel hombre alargado, suponía que ninguna banda de merodeadores se atrevería a asaltar un autobús donde estuviera Raymond (Proyectil) Odle. Así pues, siempre que podía compartía asiento con el baloncestista, encajándose nerviosamente al lado de Raymond, que se bajaba una parada antes y tenía por costumbre sentarse en el asiento del pasillo para poder estirar las piernas. Muchos de los pasajeros del autobús, sobre todo los compañeros de escuela de Raymond, se dedicaban a interpelarlo, en especial antes de los partidos importantes.

—Déjalos pasmaos, Proyo.

—Proyo, hazla volar, chavalote.

—Tira la piedra, Proyo.

—Dales bien para el pelo, Proyectil de pivote.

Billy ocupaba el asiento de la ventanilla, arrebujado en su gruesa parka y con un par de libros abiertos sobre el regazo. Aquellas voces hacían gala de una sabiduría intrincada, esa cualidad siempre elástica de la experiencia callejera, algo antiguo y secreto, posiblemente peligroso para quienes lo oían. Le gustaba que Raymond nunca contestara a los comentarios que le hacían los demás chicos. Raymond estaba por encima de todo aquello. Raymond tenía el arte.

—Haznos un tiro, Proyo.

Si estaba de buen humor y lo cogías en un buen día, se dignaba hacer una pequeña versión sentada de una de sus maniobras en la cancha. Lo hacía botando en su asiento y dando una serie abreviada de golpecitos con los pies en el suelo sin molestarse en descruzar las piernas. Desgranaba todos aquellos movimientos con cara del todo inexpresiva, mientras sus compañeros de escuela se volvían locos, aporreando los costados del autobús y al borde de los sollozos de alegría. En todos los meses que llevaban compartiendo asiento, Billy sólo había oído a Raymond pronunciar una frase, y se la había dirigido a él, a Billy, visiblemente asombrado por la disparidad que había entre su edad y los complejos títulos de los textos de matemáticas que llevaba consigo y que leía con atención desmesurada, a veces de dos en dos.

—Esto que tengo sentado aquí al lado pronto no va a ser más que unos ojos y una cabeza.

Babe hacía muecas grotescas para entretener a los niños, entre ellos Ralphie Buber, que doblaba en tamaño a Billy pero daba la impresión de estar compartiendo el cerebro, como decía Faye, con un amigo imaginario. Resultaba habitual verlo acercarse por la calle con un cangrejo vivo en la mano cogido de una de las pescaderías de la avenida Arthur. Con la mano derecha agarraba el cangrejo y con la izquierda imitaba una pinza prensil. A continuación se plantaba en una esquina y saltaba hacia los coches que pasaban, con el brazo izquierdo y el cangrejo vivo extendidos hacia delante, emitiendo con la glotis al saltar un ruido estrangulado que tal vez tuviera intención de representar lo que decían los cangrejos cuando estaban intentando asustar a los coches.

—Las películas son los sueños que nunca he tenido —dijo Faye—. Dicen que sueña absolutamente todo el mundo. Sólo es cuestión de recordar lo que has soñado, eso dicen. A mí me gustaría creerlo, mamá, pero no hay manera. En mi caso no es cuestión de recordarlo. En mi caso es cuestión de: lo sentimos, señora, no tenemos sueños para usted. Las películas tienen lugar a oscuras. Para mí, ésa es su magia. Las he visto todas, hasta la última que he podido ir a

ver. En el Fairmont, el Deluxe, el RKO Fordham, el Paradise, el Valentine, el Ascot y el Fox. He ido a todos esos cines y he visto todas las películas, las geniales y los bodrios, geniales y bodrios por igual. Lo maravilloso es que todas eran geniales, hasta los bodrios. Porque tenían lugar a oscuras. Porque todo el mundo llevaba vestuario. Porque no parecían cosas que estuvieras viendo por primera vez sino recordándolas. Por aquella época hablábamos con las películas. Por aquella época se podía hacer. Si un personaje de la película decía una idiotez, tú le contestabas. Si querías acción, les decías que dejaran de darse besitos detrás de la oreja y sacaran las espadas. Los acomodadores recorrían los pasillos linterna en ristre, intentando hacer callar a la gente y diciéndote que sacaras los pies de la butaca. Los chicos intentaban ligar con las chicas. La gente se pasaba la película entera apretujándose con dificultad entre las butacas, yendo al baño, a comprar golosinas y refrescos o simplemente yendo al vestíbulo para pasar el rato. Entretanto, la platea alta era un zoo absoluto de besos, discusiones, morreos intensos, envoltorios de chucherías volando, pies encima de las butacas y réplicas a la película. Ahora, si quiero ir al cine, tengo que ir hasta el centro. Los cines de por aquí bien han cerrado o son supermercados o zonas de alta delincuencia con lámparas de araña. Así que veo la tele. No hay mucha diferencia, siempre y cuando sigan poniendo los clásicos. De todas maneras, la industria del cine falleció sobre los años cuarenta. Artísticamente hablando, simplemente murió. Tal vez la mató la guerra. Pero por entonces todas las películas eran geniales; doy fe de todas y cada una de ellas, hubiera espadachines o no. Yo era niña. Y luego me hice adulta. Todo pasaba en las películas.

Una noche de madrugada hubo un tiroteo en la segunda planta. Babe bajó y vio que la policía trazaba con tiza el contorno del cadáver. Los vecinos estaban plantados en las puertas de sus apartamentos, cruzados nerviosamente de brazos. Los niños se escabullían de la aglomeración de adultos y jugaban en los rellanos, corriendo escaleras arriba y escaleras abajo en ropa interior. De un transistor de radio salía soul latino. Babe fue el último en marcharse de la escena, tras dispensarles a los detalles el mismo nivel de atención que les concedía a las obras de construcción o a la gente que cambiaba neumáticos pinchados.

—¿Quién era? —le preguntó Faye.

—Alphonso Rackley.

—¿Lo conozco?

—El de la camisa de rejilla.

—¿Con camiseta debajo?

—Ése.

—¿Y saben quién lo ha hecho? —dijo ella.

—Dicen que su cuñado. He oído un par de comentarios. El clásico incidente de sábado noche.

—¿Oído de quién? ¿De la poli?

—Del equipo de balística.

—¿Y luego qué ha pasado?

—Han marcado la posición del cuerpo —dijo él—. Estaba tirado a lo largo de cuatro o cinco escalones, o sea que les ha costado un poco marcarla.

—Y luego ¿qué?

—Lo han metido en una bolsa para cadáveres y se lo han llevado escaleras abajo. Tres policías. Dos delante y uno detrás.

—¿Han detenido al cuñado? —dijo ella.

—Ha huido de la escena.

—¿Y qué pasa con la sangre? —dijo ella—. Mañana, cuando baje por la escalera, ¿voy a tener que pasar por un charco de sangre?

—La ha limpiado el superintendente.

—Debe de haber dejado una mancha maravillosa. No he hablado jamás con ese tal Alphonso. Y ahora me voy a pasar los próximos diez años esquivando su mancha de sangre.

—Ingresado cadáver —dijo él—. Así es como lo inscribirán en los registros cuando llegue a la morgue.

—Un cadáver que ingresa.

—He hablado con un detective en la escena del crimen. Me ha preguntado si el muerto tenía familia. Le he dicho que su único pariente era el tipo que lo ha matado. Le he dicho que yo conocía al muerto. Le he dicho que habíamos hablado un par de veces en el rellano. Allá adonde iba, el muerto llevaba un trozo de tubería de plomo en el bolsillo de atrás. Así que, entre él y yo, que iba con mi taco de billar, siempre teníamos de qué hablar cuando nos veíamos en el rellano. Era un tipo callado y hablaba en voz baja. Nunca tenía gran cosa que decir. Alphonso caía bien a todo el mundo. Se lo he dicho al detective. Le he dicho que no se me ocurría ninguna razón para que alguien quisiera hacerle algo así a una persona como el difunto.

Raymond Odle no sacaba buenas notas. Como es natural, este hecho por sí solo no habría impedido que lo ficharan la mayoría de las universidades. Pero surgió un problema más grave. Resultaba que había aceptado una cantidad de dinero (se decía que de cuatro cifras) por prestarle su nombre (o apodo) a una cadena de heladerías recién constituida que tenía puntos de venta en los cinco distritos. «Proyectiles de Frescura Imparable». Babe era de la opinión que no había que echar por tierra el estatus de *amateur* del chico solamente por una pequeña equivocación. Sin embargo, se impuso la legalidad estricta, sobre todo porque el caso recibió una atención enorme al coincidir con una ola de indignación del público contra los favores económicos a deportistas y las prácticas cuestionables en materia de fichajes. Al final, la única universidad que aceptó a Raymond fue una universidad de primer ciclo no convalidada especializada en estudios marítimos. La universidad estaba situada a bordo de una vieja embarcación de suministros anclada de forma permanente cerca del banco de hielo de Shackleton. Su equipo de baloncesto sólo jugaba cuatro o cinco partidos al año. Un equipo que recogía científicos de una estación de investigación próxima al banco de hielo de Ross pasaba por allí en avioneta cada seis meses, si el tiempo lo permitía, y los cuarenta miembros de un club de baloncesto de Nueva Zelanda, los New Celtics de Christchurch, cogían un vuelo chárter a la Antártida cada vez que se veían con superávit de fondos. De manera que los movimientos de Raymond Odle sobre la pista, aquellos arabescos que le salían sin esfuerzo, estaban destinados a ser presenciados únicamente por novatos, compañeros de estudios y un puñado de meteorólogos con barba.

Los partidos en el patio continuaron una temporada. Pero Babe se dio cuenta de que ahora los jugadores llevaban botas militares. Los partidos se volvieron tensos. La pista de asfalto estaba cubierta de botellas rotas de vino. A nadie parecía importarle el resultado. Los jugadores llevaban botas militares y en vez de faltas estratégicas se arreaban entre ellos golpes desmesurados de karate en el cuello. Él se quedaba junto a la ventana, con el taco de billar al alcance de la mano, y a bordo del lento y pesado autobús azul, su hijo se acordaba del extraño y peligroso idioma en que los chicos de una raza intemporal le habían hablado al gigante que iba a su lado.

Hoy Hing Toy lo estaba esperando cuando salió con sigilo del gimnasio para evitar darles su charla a los miembros del grupo de discusión de Desilu Espy. Se fueron a un sector remoto situado muy por debajo del nivel del suelo. Dejaron atrás del acelerador experimental, descendieron un tramo de escaleras metálicas y accedieron a una rampa que estaba en la esquina superior de una cámara espaciosa. Gran parte del espacio lo ocupaba un globo gigante. Hoy los guio hasta un despacho pequeño con paredes de cristal bastante alejado de la rampa y ubicado unas quince plantas por encima del suelo de la cámara. Sobre la mesa había desperdigados mapas de ondas de radio y gráficas de pulsaciones. Billy miró desde arriba el globo plateado.

—Se ha producido una novedad importante —dijo Hoy—. No he podido revelarlo antes porque el tal Nūt iba en el ascensor con nosotros. Debo identificarme como es debido. Yo soy el Toy del caso Toy-Molloy. Me parece justo que lo sepas. Se lo cuento a todos mis socios.

—¿Qué novedad se ha producido?

—Un colapso estelar —dijo Hoy—. A raíz del incidente, siempre he sospechado que las opiniones ajenas tienen un gran peso. Por supuesto, se produjo mucho antes de que tú llegaras, con lo cual tal vez tenga que esbozártelo de nuevo.

—Primero cuénteme por qué estoy aquí.

—Te hablo del incidente Toy-Molloy. En caso de que te estés preguntando qué incidente.

—¿Qué pasó?

—Yo era asesor general de obstetricia y ginecología en un hospital supermoderno afiliado a una universidad de renombre mundial. Un día, en la sala de partos, mientras tenía lugar una demostración de procedimientos avanzados de obstetricia ante un distinguido panel de observadores, saqué al bebé, cogí el cordón umbilical con unas pinzas y lo corté, le entregué el bebé a una enfermera, esperé a que emergiera la placenta, la cogí con las manos, me la comí en cinco bocados enormes y por fin examiné el útero de la mujer para asegurarme de que había salido todo, un procedimiento bastante rutinario, esta última parte.

—¿Qué le hizo querer comérsela?

—Me dio un repente.

—¿Y qué pasó después?

—Hubo una gran conmoción —dijo Hoy—. Y a continuación me vieron marcharme a toda prisa.

—O sea, que pensó usted en cambiar de trabajo.

—Como es natural, quise poner toda la tierra de por medio que pudiera entre los partos y yo. Después de un periodo de ir de un lado a otro y practicar la introspección, terminé aquí. Trabajando de experto en colapsos estelares. En mi tiempo libre hago trucos con cerillas y monedas.

—¿Quién es Molloy?

—¿Disculpa? —dijo Hoy.

—El caso Toy-Molloy. ¿Quién es Molloy?

—La madre y la criatura —dijo Hoy—. La placenta era suya, así que su apellido se asoció al incidente. Creo que lo oigo. Está viniendo. Finge que hemos estado trabajando. Pon cara de estar ocupado.

—¿Quién cree que está viniendo? Yo no oigo nada.

—Me ha parecido reconocer esos pasos.

—¿Qué pasos?

—¿Me estás diciendo que no era nada? En ese caso, parece ser que estoy de acuerdo, basándome en el hecho de que seguimos estando solos.

—Deme alguna pista.

—La Estrella de Ratner está a punto de convertirse en una gigante roja —dijo Hoy—. Aumento de luminosidad. Aumento asombroso de radio. Según el universo informático, tenemos que avanzar con toda la rapidez que podamos. Importa menos el hecho de que al final resulte que la estrella no es binaria. Está claro que es una sola estrella. Sin embargo, parece que tiene dos planetas. De manera que ahora sabemos, dentro de lo razonable, qué tenemos entre manos. Y, en consecuencia, deberíamos estar acelerando en este preciso instante.

—¿Acelerando el qué?

—Lo del código —dijo Hoy—. Avanzando con el código. Puede que los ratnerianos estén intentando decirnos cómo podemos evitar el mismo desastre que ellos afrontan. La expansión y el colapso que viene después. Puede que sepan la respuesta pero no en qué momento implantarla, a pesar de la superioridad enorme de su tecnología. El momento es ahora. ¿No te parece? En una situación como ésta...

—No veo qué prisa hay.

—El lanzamiento será al amanecer —dijo Hoy.

—¿Qué lanzamiento?

—El del globo fotográfico cósmico. ¿Cuál va a ser?

Hoy Hing Toy sacó un cigarrillo y lo encendió. Con una elegante maniobra de revés, tiró la cerilla al aire y se alejó. Billy miró caer la cerilla. Aterrizó en el bajo de la pernera izquierda de Hoy. En aquel instante, Hoy estaba contemplando el enorme globo. Primero le apareció una quemadura en el bajo de la pernera. Luego le empezaron a arder los pantalones. Billy se preguntó si sería conveniente avisarlo. No entendía su propia vacilación. ¿Por qué no iba a ser conveniente? Por supuesto que lo era. Tenía el deber de decir algo. Pese a todo, se quedó allí plantado, contemplando el pequeño incendio. A veces costaba decir las cosas. Todo era muy

complicado. A la gente podía no gustarle lo que le dijeras. Podían usar tus comentarios en tu contra. Podían ser indiferentes a tus comentarios. O bien podían tomarte en serio y *actuar* en consonancia con tus palabras, llegar a *hacer* algo. Era posible que ni siquiera te oyeran, que tal vez fuera lo único deseable. Pero la cosa era más complicada. Qué esfuerzo tan tremendo suponía hablar. Era más fácil quedarse a un lado, dejar las cosas como estaban, evitar la responsabilidad de reflejar el mundo y todo el peso de su gravedad. Las cosas que deberían ser simples siempre son duras. Pero las cosas duras nunca son fáciles.

—Le están ardiendo los pantalones.

—Me están ardiendo los pantalones —dijo Hoy—. Fuego del que quema.

—¿A quién se lo voy a decir, si no?

—Llamas de fuego en pernera.

—Pruebe a revolcarse —dijo Billy—. Revuélquese por el suelo. Sofoque. Ésa era la palabra que no me salía. Revuélquese por el suelo y sofoque las llamas.

Siguió a Hoy al otro lado de la mesa mientras el hombre gordezuelo daba brinquitos a la pata coja y trataba de quitarse los pantalones por el camino. El pequeño despacho se llenó de humo. Hoy perdió el equilibrio y resbaló con tan mala pata que le dio una patada a la superficie de su mesa, tirando mapas y papeles. Al final recuperó cierto grado de equilibrio y se sentó sobre la mesa, con la pierna izquierda doblada hacia dentro, intentando sacarse un zapato en llamas para simplificar el acto de quitarse los pantalones.

—Esta clase de cosas me dan vergüenza —dijo—. Parece ser que me sale un anhelo de disculparme, primero por plantear exigencias a la atención ajena y después por sentirme tan avergonzado. Soy demasiado mayor para obligar a los demás a soportar mi sufrimiento público. Te agradezco la paciencia y confío de veras en que aceptes la expresión de arrepentimiento genuino que te hago.

Costaba distinguir el humo que ya se iba disipando de los movimientos de su propia sombra pálida reflejada en las paredes. Billy cogió una silla del rincón y hojeó un atlas celeste, preguntándose cómo podía alguien apañárselas para esconderse dentro de una superficie tan fina como una página a fin de medir una curvatura que variaba drásticamente de un punto a otro.

SEGMENTACIÓN

La nota sólo decía que lo querían ver unos representantes del cártel hondureño. No daba ni el lugar ni la hora. Las palabras estaban escritas con una caligrafía singularmente idiota en el dorso de una página manuscrita que justo él había extraviado aquel mismo día, por culpa de haberse llevado la obra inacabada de Softly a la unidad comedor para leerla mientras picoteaba su análogo de gambas.

«La sombra de la era moderna de las matemáticas empezó a aparecer en las paredes encaladas sobre la misma época en que se dio a conocer el espíritu de la guillotina, trastornando los sueños de un niño flacucho que más adelante dejaría huella en la exactitud, disipando con habilidad mucha incertidumbre de los fluidos patrones del análisis».

Volvió a echar un vistazo al mensaje sin firmar, preguntándose por qué llevaba el sello de un notario. A continuación introdujo la página en el manuscrito y regresó al módulo para hacer cálculos. Ante él tenía una cinta impresa de las ciento una unidades de información. Colocó una coma de decimal al principio de la secuencia de ceros y unos, interpretando la secuencia como fracción binaria infinita que parafraseaba el sistema de números de los extraterrestres, donde los unos representaban números enteros compuestos y los ceros designaban números primos. Aunque nada de lo que él había hecho había arrojado pruebas específicas de que el código fuera genuino, Billy estaba cada vez más seguro de que pronto iba a suceder algo positivo. La transmisión era simplemente demasiado sugerente para no llevar a ninguna parte. Incluso estaba dispuesto a creer que se estaba acercando a la respuesta o por lo menos a media respuesta, aunque no estuviera seguro de qué significaba eso. Su esfuerzo le producía un placer renovado. (Pero ¿enriquecía la disciplina?). Oyó un ruido procedente del pasillo que le sonó a una persona haciendo gárgaras. Al abrir la puerta se encontró a dos hombres al otro lado, plantados en fila india. Entraron en la cápsula. Al cabo de un momento, él los siguió.

—El mejor lugar para iniciar una historia es todo lo cerca del final que sea posible —le dijo uno de ellos—. De manera que procedamos efectivamente a colocar las partes traseras de nuestros cuerpos directamente sobre ubicaciones de asiento. Me he apropiado del nomónimo Elux Troxl. No es que sea mi nomónimo. Es única y simplemente la identidad sonora que yo le he asignado a mi nomónimo. Ese de ahí es Grbk. Cuidado con cómo le diriges tus comentarios. Es un hombre malviciado, y ha sido reprendido oficialmente en muchas ocasiones por mostrar sus pezones desnudos a niños pequeños. Una persona trágica, muy sadiense. Por supuesto, la ley se pronuncia con muy poca claridad en estos asuntos. Los pezones masculinos, así dichos, no son legalmente partes íntimas, incétera. Asegúrate de hablarle en un tono amáblico y no te le acerques mucho. Huele a pie, el tío. Su cuerpo entero es como un pie desfórmico enorme en términos de odorifia.

—Pero si quiere usted empezar lo más cerca posible del final, ¿cómo acaba su historia?

—Vayamos franja a franja —dijo Troxl—. Para alcanzar un límite lo que hay que hacer es coger cosas segmentables y hacerlas más pequeñas, cortar y recortar.

—He oído antes su nombre en boca de alguien que me dijo que iba usted por ahí alquilando ordenadores de forma temporal.

—Nunca has oído mi nombre, solamente el nombre de mi nombre. En calidad de mí mismo, tengo ciudadanía y derechos aéreos en media docena de países. Ese de ahí es mi coadjutor. Estamos aquí bajo el único auspicio de un moñopolio internacional que tiene su sede en las afueras de Tegucigalpa. Esta operación no tiene nada de trivionístico.

Billy se había fijado, mientras los dos hombres estaban en fila india, en que Elux Troxl le sacaba una cabeza entera a Grbk. Ahora que estaban sentados, no le encontraba nada característico a Grbk. Era un hombre sin rasgos distintivos. Si en aquel momento le pidieran que describiera a Grbk, no sabría qué decir. Grbk no tenía nada distintivo. Por supuesto, Troxl había dicho que olía a pie, lo cual venía a ser una especie de rasgo distintivo, pero Billy estaba sentado en la otra punta de la sala y Grbk le quedaba demasiado lejos para confirmar el juicio del otro hombre. El

propio Troxl llevaba un maletín y un traje de lino blanco con manchas de sudor grises (en los lugares más insospechados). Tenía el pelo de color carne, con la raya hecha justo encima de la oreja izquierda. Su cara carecía por completo de centros de interés y estaba pidiendo a gritos un bigote o algún otro elemento unificador, en opinión de Billy, que se había fijado en que en el momento presente no había nada que reuniera sus rasgos. Había sido Hummer, un colega de Cyril Kyriakos, quien había mencionado por primera vez a Troxl. Luego LoQuadro, en el Complejo del Cerebro Espacial, había dicho también un par de cosas. Poca gente de allí tenía nada que se pudiera considerar un vínculo con los demás miembros de la estructura. De vez en cuando se mencionaba algún nombre o se dejaba caer una alusión y eso era todo, una sucesión de rápidos fragmentos, sin sugerir que estuviera teniendo lugar nada continuo.

—Intentó absorbernos un grupo sino-chino —dijo Troxl—. Pero nosotros teníamos un acuerdo de arrendamiento con vuestro ordenador y eso marcó la diferición. El Cerebro Espacial es toda una ciencia en sí mismo. Son unos monolitos infantiles fascinantes, los ordenadores de hoy en día. Me encanta toda la gestalt del cuco. Alquilamos por meses solares, con toda la tarifa abonable en nuevos yenes niponeses. Firmado, sellado, bajo juramento y bajo notario. El Cerebro Espacial nos ayuda a estabilizar las variables en las curvas de acceso al dinero de la gráfica económica. Manipulamos los niveles abstractos de todos los dineros teóricos del mundo de hoy en día. Como no hay otro grupo que tenga participaciones temporales en el Cerebro Espacial, ocupamos matemáticamente una posición de regulación que otros no se atreven ni a envidiar. Esos otros tienen máquinas que son ordenadores frustrados en comparación con el Cerebro Espacial. Tal vez te gustaría que te dejara echarle un vistazo a nuestro contrato de alquiler, meramente en aras del colaborándum. En calidad de notario debidamente jurado a sí mismo, dispongo de la poderación para usar el elevado sello de mi profesión. Todo es perfectamente leguleyo. Ese de ahí es quien pone el sello. Tiene una mano que es un dolor de pies. Está hecho una ampolla furiosa. Te advierto de que lo vigiles en todo momentáneo, a ese de ahí. No hagas nada vivace. Un movimiento en falso y pezones fuera.

—Sigo sin entender por qué están ustedes aquí.

—Primero confirmemos tu identidad. Primero el nombre propio. Nilly. Correcto, ¿verdad?

—Billy, no Nilly.

—Un lapsus sin trascendencia. Perdóname. No es nada de nadiensis. Me disculpo en pleno.

—Confío en que haya sido un accidente.

—Intenta disculpar mi palabriso. La mitad es culpa mía. Pero la mayoría es culpa de ese de ahí. Me resulta distraente a veces. Pero basta de niñerismos. Hemos venido a hacerte una oferta.

—¿De qué clase?

—Queremos alquilarte —dijo Troxl—. Tu mente humana añadida al Cerebro Espacial nos ayudará a manipular la curva monetaria con mayor seguridad que nunca. Qué glück tan absoluta reinará en los suburbios de Tegucigalpa cuando anuncie que has firmado con nosotros, testificadamente en el día de hoy y juradamente por mí in extenso. Admitimos cierta ansia de abstracción. El cartel tiene una codicia imbebible de abstracción. El concepto-idea de dinero es más poderoso que el dinero en sí. Seríamos capaces de cometer una rapiña teórica en masa para regular la curva monetaria del mundo. Firma aquí, por favor. Luego ese de ahí lo sellará.

—No me interesa.

—Dudo de lo que oigo —dijo Troxl.

—No sé nada de curvas monetarias y no me interesa averiguarlo. Ni siquiera estoy seguro de qué es un cartel. Sólo sé que deben de ser ustedes una gente bastante turbia si están arrendando el tiempo de ordenadores de un proyecto científico donde se supone que prácticamente todo el mundo tiene prohibido el mero hecho de acceder a sus instalaciones.

—Voy a describir nuestro modus trabajístico para no confundir tus expectativas. Adquirimos espacio aéreo. Realizamos estudios de movimientos de entradas y salidas. Arrendamos y subarrendamos multtipos de tiempo: improvisado, de reserva, conceptual y sucesivamente.

Luego compramos, vendemos, retenemos o bien incitamos a la revolución, todo absolutamente sin ánimo de lucro, sólo destinado a que la curva fluya a nuestra manera.

—Olvídense del todo.

Troxl no cambió la expresión de su cara. Lo que hizo fue emitir un sudor excesivo en la región de la rodilla izquierda. Al cabo de un momento se agachó y sopló varias veces en aquella dirección, intentando en apariencia secar la humedad de la pernera de sus pantalones. Luego miró a Grbk.

—El niño de va un poco mal de Gemüt —dijo.

Grbk ni contestó ni dio señal alguna de haber oído el comentario de su superior. Un silencio fastidioso e irritante empezó a acumularse en la habitación. A Billy no le gustaba la sensación que producía el aire. Era como aire del metro o aire de pasillo de patio de vecinos, envejecido y sedimentado, cargado de venenos corporales húmedos. Tal vez Grbk (aquel pie con forma humana) estuviera exudando su olor personal. Billy no quería que el silencio cobrara más importancia de la que ya tenía.

—Pero ¿Grbk se llama Grbk o simplemente así es como él llama a su nombre, igual que hace usted?

—¿Grbk un nomónimo? ¡Hilarioso!

—Tengo curiosidad por saber cómo se escribe.

—No se puede escribir —dijo Troxl.

—Si una cosa se puede decir, se puede escribir.

—Hay cosas imposibles de escribir e imposibles de contar. Están fuera del alcance de las palabras y los números. Debes de vivir dentro de un schnitt si no sabes esto. Solamente puedo decirte tant pis, piccolissimo. No te veo al corriente de nada consiguiente. Despistum despistorum.

—Ge mayúscula, erre be ka.

—Demuéstralo —dijo Troxl.

—Diga algo con sentido, para variar.

—Dime las vocálicas por lo menos.

—No hay ninguna.

—En discrepancia con el uso general, ¿verdad que verdad? Como esos carteles para comprobar la vista.

Grbk habló por primera vez. Su voz era casi un gorgoteo, la reconstrucción protolaríngea del sonido de un idioma perdido. Parecía estar saliéndole a la fuerza por un medio más resistente que el aire.

—Vte pal funno.

Billy miró a Elux Troxl.

—Vete para el infierno —tradujo Troxl.

Grbk respiró hondo antes de volver a hablar.

—Ññto-cus, prrbabas dugo mijortú.

—Niñato-cosa, yo las palabras las digo mejor que tú.

—Gila tspobras —dijo Grbk.

—Vigila tus palabras.

—Lnga move vocispirrior.

—Su lengua se mueve con velocidad superior a la tuya.

—Tucatrás. Tesado.

—Tú te quedas atrás. Eres retrasado.

Grbk volvió a respirar hondo antes de expeler el siguiente comentario

—Manusabado.

—Sus manos se han acabado —dijo Troxl.

—¿Eso qué quiere decir?

—Es como él dice el número diez.

—Quiere decir contando con los dedos.

—Manusabado —dijo Grbk.

—Está intentando adivinar tu edad. Dice que tienes diez años.

—Ññto-cus, él, llo, sitado, kasuma, tasada bujroche nono povuso nominados sados, kasuma, él, llo, sitado.

—Niñato-cosa, él, ello, sentado, el que suma, se traslada al agujero de la noche donde ya no estará prohibido el uso de los nombres excesivamente marcados como sagrados, el que suma, él, ello, sentado.

—Estoy esperando que se le salgan las amígdalas en cualquier momento —dijo Billy.

Se sentó en el convertible, tenso, listo para casi cualquier cosa. En comparación con la semihabla idiota y tosca de Grbk, las locuciones de Troxl parecían modelos de discurso formal y cultivado. Intentó observar a los dos hombres al mismo tiempo.

—Hora de katzenjammer —dijo Troxl—. La ocasión me pinta malfligido. Es triste ver cómo el particionado contramotiva a los jóvenes. Sufrimiento y malgustia. Pero así es como la vida se experiencia en el mundo de la existenz. Una nada llena de escollos.

—Escollosa —dijo Grbk.

—Nos vemos obligados a finalizarte extemporalmente de nuestro cártel. Nihil ex nihilo. Una cosa privada de existenz viviente.

—No vuelva a decir esa palabra. No me gusta.

—Más allá del número final no encontrarás nada a lo que aferrarte más que existenzphilosophie. En tu caso, te tendrás que conformar con la philosophie porque careces de existenz. Haber cobrado nacimiento no basta para otorgarte el derecho a la existenz; debe ser algo meritoso. Nilly carecerá de aferraderos más allá del número final.

—No existe ningún número final. Las matemáticas dependen del infinito. Uno puede seguir contando eternamente. La serie numérica no concluye nunca.

—Los demás se engorduscan con pedidos al por mayor de bienes y encargables. El dinero de verdad está microbiado y tiene un uso torpe pese a ser susceptible de gastado. Lo llamamos la unidad monetaria negraciable en la transjerga de la regulación de cárteles. La curva, sin embargo, es pura. Nos corresponde controlarla con la ayuda de tu cerebro precisionístico. Imagínate envuelto en personas señoríticas. Tal será la fama de tu poder. Un ático gobernado por mujeres. De todas las tallas y con subprendas transparentes. Pues acepta seguir la curva. Si no, más allá del número final sólo hay el caos sin rostro, que no es más que un portal al mismo abismo. Todos los límites deformacionados sin remedio. Imposibilitados para converger. En esa región defórmica tu existenz se vuelve impensable. Pero esto es puro calentamiento, porque más allá del gran abismo está la nacht foscura del vacío. Las metamatemáticas. Zeta a la menos zeta potencia. Molto más de lo que yo me atrevo a decir en susurros.

—Moltosidad —dijo Grbk.

—Cuidado con ese de ahí. Sus manos están bordeando la camisa. Eso quiere decir que alberga la idea obcecativa de desabotonarse. Doble protuberancia cónica. Pezones en tanto que pezones. Se trata de algo que yo, en tanto que mí mismo, carezco de inclinación deseística de contemplar. En tanto que observador, persisto, pero en tanto que mí mismo me repele mucho la corrupción erótica de los niños. Se lo ha hecho a muchos niños y niñas, esta puesta en público de los pezones, pero de momento yo nunca lo he visto en persona.

—Dile que tengo catorce años. Si se entera de eso, tal vez no quiera exhibirse delante de mí. Soy mucho mayor de lo que parezco. Lo más seguro es que a él le guste exhibirse ante niños más pequeños. Dile que no sacaré nada de ello porque soy mayor de lo que parezco. Y a menos que empiecen a darme explicaciones deprisa, me levanto y me marchó de aquí. Sé que no hay razón para correr. No son más que unos pezones de hombre y lo único que quiere es enseñármelos. A nivel racional lo sé. Pero, aun así, me largo corriendo.

—Descomenzar —le dijo Troxl a su ayudante—. El niño-muchacho está decidido a no unirse a nosotros. De nada sirve seguir depravando el aire. Yo digo que hagamos haltung y nos reabotonemos. Estás obligado por contrato a obedecerme. No te quites esa camisa ovsk. Fenece ahora mismo, fétido mamífero.

Billy ya se había largado por la puerta y estaba poniendo pies en polvorosa en dirección al laberinto lúdico. Desde allí escenificó su escapatoria, llegando al final a una sala pequeña y suntuosa cubierta de espejos, que de hecho era una barbería, toda baldosines y marfil y olor a tónico capilar de juez de instrucción. No había barbero alguno a la vista y solamente una silla, ocupada. La silla estaba inclinada de tal manera que la cabeza de su ocupante estaba a un metro y medio del suelo. Como la cabeza estaba envuelta en una toalla y el cuerpo cubierto por la habitual capa de barbería, lo único que Billy vio de la persona fueron sus zapatos. Caminó lentamente alrededor de la silla y se detuvo en seco cuando vio emerger de la capa una mano de dedos extendidos. La mano no tenía nada repulsivo, ni verrugas ni venas protuberantes y rampantes, de manera que la aceptó y la estrechó.

—Shlomo Glottle —dijo el hombre con voz asfisiada—. He sabido que eras tú por tus pasos. ¿Dónde está el barbero?

—No lo sé.

—Me he quedado dormido y he soñado que estaba gritando. Al despertarme no había barbero. Llevo tiempo deseando conocerte. Cuando me enteré de que venías aquí, no me lo pude creer. Luego me llegó el rumor de que de veras estabas aquí. «Está en las instalaciones, está en el edificio». Imagínate lo emocionado que me sentí yo, una persona que siempre ha querido charlar con alguien como tú. ¿Has conocido al aborigen?

—Me está costando un poco oírlo a usted.

—Déjame que lo exprese de otra manera. Al aborigen no lo ha conocido nadie. El aborigen parece imposible de conocer. Si es verdad que existe, vamos a tener que fiarnos del pobre Mutuka para que haga de portavoz, y como Mutuka se ha vuelto al desierto, ahí se acaba la cosa. ¿Estuviste presente en la demostración? Ésa es la pregunta que debería haberte hecho de entrada.

—Tiene usted una toalla encima de la cara.

—Pero habla. No seas tímido. Usa esa potencia pulmonar con la que naciste. Tengo entendido que el aborigen visitó más de un planeta en su viaje a la Estrella de Ratner. Yo fui quien le comunicó a Mutuka por primera vez que estábamos recibiendo señales de la Estrella de Ratner. A continuación Mutuka fue a pedirle consejo al aborigen en el desierto y se lo acabó trayendo aquí para la demostración, y tengo entendido, y corrígeme si me equivoco, que durante la demostración se citó más o menos entre paréntesis que el aborigen había dicho que había vida en más de un satélite de la Estrella de Ratner. Ahora el Cerebro Espacial ha confirmado que hay una configuración de doble satélite. Nos lo ha confirmado el ordenador. El hombre del pelo blanco no se limitó a decir «vida, vida, hay vida». Dijo que estaba en más de un mundo, en más de un cuerpo planetario, lo cual hace que tu trabajo aquí sea más urgente que nunca. «Está en estas instalaciones», me dijeron. «Está en el edificio, en serio». Eres tú, ¿verdad? Ésos son tus pasos, ¿verdad? Eres el mago de las matemáticas, ¿no?

La mano de Shlomo Glottle estaba tan libre de imperfecciones que cuando Billy la vio desprender la toalla de la cara le entró un miedo irracional a los efectos de alguna espantosa ley de la compensación inversa, quizá un contrapeso en forma de deformidad de la cara, de la de Glottle, tal vez una boca partida por la mitad o una membrana mucosa al descubierto, en la cara que en aquel momento estaba saliendo de la toalla, y así pues, consciente de que aquello era una estupidez a diversos niveles, salió de la barbería y echó a correr hacia el origen de la extraña música monótona que venía por el pasillo.

—Yo digo la verdad sobre la gente.

En un sillón de anticuario estaba sentada una mujer pequeña y pálida, tocando un instrumento de forma triangular, con el cuello muy recto y un cuerpo que parecía tallado a mano en madera dura y rígida. La sala se veía desdibujada por el polvo y las sombras, con un desorden de objetos amontonados por todas partes, la mayoría juntados sin más y abandonados allí para ver si adquirirían aspecto de cosas familiares, y todos sus ángulos, planos y coloraciones recordaban el silencio de esas salas apacibles donde los vestidos de cuentas descansaban fláccidamente en los brazos de las mecedoras. Billy echó un amplio vistazo que le reveló viejas banquetas de piano y violonchelos en reposo; instrumentos medievales de viento; marionetas, juguetes y estatuillas;

lanzas ceremoniales y alabardas; un triciclo blanco; bambú ligado de aire estoico en las esquinas; dos violines orientales de dos cuerdas; y por fin un órgano enorme con los tubos de neón.

Desde su sillón, la mujer, con los ojos a la misma altura que los del chico, dio la impresión de estar introduciéndolo en la sala con una sonrisa, de forma casi imperceptible, calibrando con la mirada la vacilación de él bajo aquella luz líquida y desértica.

—La gente viene a mí para hablar de sus nombres, si se da el caso de que son interesantes y extraños. El estudio de los nombres es mi afición, mi entretenimiento serio. Como es natural, tengo otro trabajo aquí, la estructura del cristal, pero a menudo me pregunto cuál de los dos es más vital, la afición boba o la ciencia trascendental.

La mujer siguió tocando el tosco instrumento. El sonido que producía incomodaba a Billy. Era descarnado y seco y carecía de resonancia, como una vocecilla aullando a través de un corcho.

—Me gusta segmentar literalmente un nombre hasta que no quede nada. Pocos nombres se prestan del todo a esta práctica. Voy quitando las letras una a una, reteniendo el significado, o eso espero, hasta el mismo fin.

—¿Y cómo se llama usted? —dijo él.

—Siba Isten-Esru.

—Bastante bueno.

—Siete Once.

—¿En serio?

—Son las palabras numéricas de un pueblo que se remonta a los mismos albores de la civilización. El medio nombre Isten me resulta particularmente relevante. «Isten» es el número uno en asirio-babilonio. Podemos preguntarnos a nosotros mismos qué contiene ese número uno en concreto. Si quitamos la primera letra, la i, llegamos al radical «sten», que indica estrechez, como en el griego «stenos», estrecho. ¿Qué pasa a continuación? Pues que quitamos la ese de «sten». Nos queda «ten», la segunda palabra numérica, ésta en inglés, como bien sabes. Pero este diez en concreto no se queda ahí, porque está contenido en el seno de «isten», lo cual nos da diez más uno, o sea, once, lo cual resulta doblemente curioso porque mi apellido completo, Isten-Esru, quiere decir justo eso, once; o expresado de forma literal, uno más diez, «isten» guion «esru». Ese once, que hemos descubierto no sólo dentro de mi apellido completo, sino también en el número inglés diez que está contenido en el número asirio-babilonio uno, es el más encantador de los números primos de dos dígitos, una imagen especular e indivisible de sí mismo. Detengámonos un momento más en el diez: sabemos que en los numerales romanos se escribe con una equis mayúscula. Si encogemos a ese monstruo, nos quedamos con un número desconocido, por no mencionar un beso iletrado. De momento hemos cortado dos veces, primero a «sten» y luego a «ten». Ahora quitamos la te de «ten». Podría parecer que nuestra segmentación se debilita aquí, pero no si contemplamos con cautela el ingenioso proceso enático que está teniendo lugar. Porque aquí tenemos una inversión, un cambio repentino de la tendencia a la estrechez para dar lugar a un fenómeno nuevo, a un nuevo crecimiento hacia fuera y una nueva expansión. En inglés, el fragmento «en» se usa a menudo para convertir adjetivos en verbos y sustantivos en adjetivos, y también se añade a los sustantivos para convertirlos en adjetivos, como por ejemplo «lengthen» y «heighten». Crecer, incrementarse, aumentar. Si les damos unas cuantas vueltas a las letras e ene, nos encontramos con el griego «un» o «n», y vemos que viene de la palabra fenicia que quiere decir «pez», que a su vez se desarrolló a partir de una raíz fenicia que quiere decir «aumentar». De manera que ahí aparece otra vez: la expansión. Resulta que la e griega, después de cierto refinamiento, acabó invertida, gráficamente, respecto a la e fenicia, que en sí misma tenía un aspecto un poco chino. En la jerga de mi especialidad, la cristalografía, esas es son enantiomórficas, y no se pueden superponer porque una es el reflejo de la otra. Para concluir nuestra estimulante explicación del fragmento «en», me gustaría referirme a la antigua práctica de la gematría. En su forma griega, a la épsilon se le asigna el número cinco y a la nu el número cincuenta. El cincuenta y cinco resultante, si se suman sus dígitos, nos da diez, o «estu», cuya raíz digital es uno, o «isten». Interesante, ¿verdad? Y ahora la contracción final. Hemos quitado la i, la ese, la te y ahora vamos a quitar la e, lo cual

nos dejará una ene solitaria, que todo el mundo sabe que es el signo matemático del número indefinido. Esta sugerencia de que faltan unos límites precisos tiende a reforzar la sensación de expansión inherente a la contracción. También hay que tener en cuenta la ene mayúscula. Se trata del número cósmico de sir Arthur Stanley Eddington, su forma de simbolizar el número total de partículas del universo. Y la ene minúscula también es la abreviatura del latín «natus», que quiere decir «nacido» y que nos devuelve de cabeza a la palabra «enato», algo que crece hacia fuera, y a su gemela fetal «enático», procedente del lado materno. Empezamos pues con «isten» o uno, y por medio del encogimiento, el crecimiento y la inversión llegamos por fin a una cantidad indefinidamente grande, que da luz al espacio en blanco y al silencio.

En las manos le seguía chirriando aquella música seca como el viento. Llevaba puestas varias capas de tela de color amarillo pálido y los pies enjaulados en unas sandalias monumentales.

—La gente pregunta por sus nombres con el objeto de incrementar su conocimiento de sí mismos. Cualquier ser nacido de madre es por naturaleza supersticioso. Nos sobrecoge todo aquello que no vemos o que conocemos a medias. El trabajo que hacemos aquí nos ayuda a escapar de esa tradición. Intentamos dejar atrás la oscuridad. Valores numéricos positivos. Estrellas luminosas y radiantes.

Billy se acordó de un pasaje de un viejo libro de texto. En concreto del final del capítulo, que era donde acechaban las preguntas de repaso. Kilómetros enteros de cursivas barridas por el viento.

¿Cuándo decimos que una cantidad variable se vuelve infinitamente pequeña?

Decimos que una cantidad variable se vuelve infinitamente pequeña cuando su valor numérico disminuye de forma indefinida de tal manera que converge hacia el límite cero.

—Tu nombre es una contracción, ¿verdad?

—Terwilliger se abrevió quitándole las letras e y erre del principio y las e y erre del final.

—Con tu permiso, me gustaría examinar el resultado.

—Twillig.

—Se trata obviamente de un nombre muy artificial. Eso es bueno. Me gusta. Es un nombre tonto, cierto, pero en él vibran muchísimas ondulaciones acertadas. Mi primera reacción es una impresión estrictamente sensorial. «Twinkle» y «twig», centelleo y ramita. Veo y toco estrellas y palos. «Twinkle» es una palabra afectada, hasta lo insufrible, un verbo compuesto sólo para ser reiterado en canciones de cuna. Estoy convencida de que deriva de la palabra que se usaba en el inglés antiguo para decir «guiño», lo cual resulta apropiado, y supongo que tiene cierta relevancia de cara a tu trabajo sobre el código estelar. Está claro que, hace siglos, en la parte del mundo de la que yo vengo, los hombres estudiaban matemáticas para hacerse astrónomos, para entender el cielo. La astronomía no era la meta última, sin embargo, sino una mera preparación para la astrología. Tal vez «twig» tenga una relación más estrecha.

—De momento no me veo a mí mismo para nada.

—No hay duda de que las ramitas se usaron como uno de los primeros medios de numeración y que muy probablemente evolucionaron hasta convertirse en los palos tallados y las varillas de cálculo que se usaron en los albores de la civilización o, un poco más tarde, en los pueblos más avanzados del Oriente Próximo, Lejano y Medio. Pero debemos centrarnos en asuntos más importantes.

Movía el cuerpo al hablar, de lado a lado, y tenía la mirada clavada en sus propias manos, apoyadas sobre aquella áspera madera que se le mecía en el regazo.

—Tu nombre tiene dos partes bien distintas y las dos constituyen la esencia de mi análisis. «Twi», que quiere decir «dos». Y «lig», que se relaciona con «ligar» y «ligadura». ¿Acaso es tu destino ligar dos entidades distintas? ¿Unirte a lo que nada puede unirse? Todos esperamos tu respuesta.

—No sé qué destino tengo. Nadie conoce su destino. Me sorprende que alguien que trabaja en estructuras cristalinas pueda esperar respuesta a esa clase de pregunta.

—Teniendo en cuenta cómo te llamas, es la pregunta más obvia —dijo ella—. Seguramente sería negligente por mi parte no hacerla. Esperamos una respuesta en cuanto a ti te parezca conveniente.

—¿Sería posible marcharme sin herir los sentimientos de nadie?

—«Twi», es importante señalarlo, no sólo quiere decir «dos», sino también «mitad», mientras que «lig» puede querer decir «constreñir» además de «ligar». Pienso en la media luz, o «twilight», y también en el sueño crepuscular, esa condición de borrado de uno mismo que inducen las drogas y diseñada para aliviar los dolores del parto, que tanto constriñen. Pero ¿quién o qué es lo que está naciendo?

—Usted es la experta.

—Es tu nombre —dijo ella—. Eso quiere decir que eres responsable de todas las referencias concretas que yo le pueda sacar. Eres el niño-juguete en dos partes guardado en un estuche a medida. Los nombres cuentan historias. Centelleo y ramita. Los primeros dos fragmentos del poema narrativo de la hora de la cena. Como es natural, los nombres que se remontan a los mismos albores de la historia tienen almacenado un contenido más grande que los nombres modernos, la mayoría de los cuales no son más que denotaciones puramente convenientes atiborradas de valor fonético.

—A eso no respondo.

—Concluyamos —dijo ella—. El compuesto germánico «twalif» quiere decir «sobran dos», o sea, que nos pasamos dos de diez. De manera que en tu historia aparecen tanto el dos como el doce. Seguimos la raíz semántica a través de varios giros y bifurcaciones del camino y por fin divisamos el término del inglés antiguo «twigge», o «rama», que viene a justificar mi impresión sensorial original y nos devuelve a «twig», «palito», «ramita» o «varilla». Suficiente, ya está, vete corriendo.

—Esta habitación y estas cosas antiguas —dijo él—. ¿Qué hacen aquí todas estas antiguallas? Parece un almacén. ¿Para qué es todo esto?

—Son los efectos personales de Endor. Henrik Endor hizo que le enviaran todo esto aquí poco después de su llegada. Todo esto es suyo. Era coleccionista. Coleccionaba cosas. Y como esta sala no la estaba usando nadie, pues hizo que lo metieran todo aquí.

—¿Ésta es la habitación de Endor?

—La habitación de Endor está cerrada con candado. Ésta es la sala de hobbies. En la habitación de Endor no ha entrado nadie desde que él se fue a vivir al hoyo. La habitación de Endor la cerraron con candado y a ésta la bautizaron como la sala de hobbies. Son los dos cambios que hemos presenciado desde que Endor se marchó al hoyo.

—Me largo —dijo él.

—Los nombres cuentan historias y los números también. «Zahl» y «tale». Los dos se encajan continuamente el uno dentro del otro. «Zahl», «tal», «talzian», «tala», «tale». Número, habla, enseñar, narración y cuento. Interesante, ¿verdad? Las volutas espirales de una huella dactilar. Las circunvoluciones cronológicas de los anillos de los troncos.

—Voy para allá.

—¿Eso es una frase hecha? —dijo ella.

—¿Voy para allá?

—Qué forma oral tan encantadora. Muy peculiar en sí misma. Tengo que acordarme de usarla a la primera oportunidad que se me presente o poco después. Me pregunto si te importaría repetírmela una vez nada más.

—Voy para allá.

—Creo que ya la tengo —dijo ella—. Muchas gracias.

Los dedos de la mujer regresaron a las cuerdas del singular instrumento. El sonido perdido arrancó, monótono y hueco. Billy decidió dar un paseo por uno de los anchos jardines que se extendían hasta las inmediaciones mismas del telescopio de síntesis. Seguía habiendo luz. Una neblina dulce flotaba en el aire, haciendo que todo reverberara. Vio a alguien vestido de rojo y arrodillado al pie de un árbol lejano. Todo lo demás era de color aguamarina, una pradera hundida, el olor refrescante de las brisas vespertinas, unos sonidos que jamás había oído antes, el hecho de que el viento hiciera que los bosques parecieran a punto de estallar y el sitio donde un arroyo oculto se perdía en la arena, todo atemperado desde dentro por la luz evanescente, el

rubor abundante de la puesta de Sol que hacía que aquella hora oceánica les hablara en voz baja a los sentidos. La figura pertenecía a un hombre vestido con una casaca de color rojo camión de bomberos. Al principio, a Billy le pareció que el hombre estaba meditando, pero cuando lo tuvo más cerca se dio cuenta de que en realidad estaba observando algo, de rodillas en la hierba. Un montículo. Una especie de nido. Un hormiguero. El hombre tenía el pelo canoso con una calva perfectamente redonda en el centro y estaba examinando a las hormigas que se desplazaban de una abertura del hormiguero a la siguiente y luego volvían a salir. Billy se apoyó en una rodilla para examinarlas más de cerca.

—Armand Verbene.

—¿Puede repetirlo? ¿Qué idioma es ése?

—Es mi nombre.

—Pensé que me estaba dando la bienvenida en un idioma extranjero.

—Armand Verbene, Compañía de Jesús. Cuarenta años de sacerdote. Un estado del todo accidental en relación con la beatitud. Éstas son mis hormigas, mis hormigas rojas. Llevo años intentando convencer a la estructura de poder de la ciencia de que la metafísica de las hormigas rojas es una ciencia sólida.

—He oído decir que se opone usted al cicloide como figura geométrica porque tiene propiedades valiosas también cuando está del revés.

—Mi trabajo trata con la proposición de que la esencia divina es imitable fuera de sí misma. Y eso no tiene nada de incierto. No es un parte meteorológico de largo alcance. Yo estudio a mis hormigas con rigor. Uso métodos rigurosos. Toda criatura posee cierta semejanza con la divinidad y por consiguiente alcanza el ideal divino por asimilación. Ésa es la teoría. Si queremos pruebas citamos a las criaturas del mundo físico para demostrar que la perfección teleológica que tiende a ella misma se puede reflejar, debidamente colocada, y en particular a las hormigas rojas.

—Me quedo en blanco.

—¿Con qué clase de ignorancia estoy tratando aquí?

—¿Cuántas clases hay?

—Tantas como la mente humana pueda catalogar. ¿Es que ya no enseñan ignorancia en las escuelas? En tu caso creo que estoy tratando con una ignorancia causal antecedente o bien con una ignorancia causal consecuente. Si es causal antecedente, puede ser causal antecedente simple o causal antecedente compuesta. Por supuesto, la ignorancia causal consecuente siempre es resultado de la retención culpable, que puede venir causada y propagada por tres clases secundarias de ignorancia: la fingida, la connatural y la burda.

—¿Qué se aprende de las hormigas?

—Las hormigas y sus secreciones semifluidas nos enseñan que el patrón, el patrón y nada más que el patrón es el elemento fundamental por el que las criaturas del mundo físico revelan un modelo perfectamente funcional del ideal divino. Y ahora, ¿puedes decirme qué es lo que ejerce de elemento fundamental?

—El patrón, el patrón y nada más que el patrón.

—Correcto —dijo el anciano sacerdote—. Fíjate en la separación uniforme que mantienen las hormigas cuando van saliendo del hormiguero. Fíjate en lo intercambiables que parecen las hormigas. Intenta observar patrones de secreción con tu mirada sin entrenar. Todo lo que están haciendo aquí por nosotros forma parte de un plan. Es una actividad orientada al propio perfeccionamiento, ese plan en forma de patrones, y es precisamente esa evidencia presente en la naturaleza lo que tiende a apoyar la noción de una esencia divina imitable fuera de sí misma, y lo que tiende también a llevarnos de forma implícita a la conclusión de que la actividad libre y orientada a la propia perfección en esta vida lleva a la beatitud en la próxima.

—¿Para las hormigas?

—Para la gente.

—Pero ¿por qué estudiar a las hormigas? —dijo Billy—. ¿Por qué no a los leopardos de las nieves o a los albatros?

—¿Y por qué no a las hormigas?

—¿Y por qué no a los leopardos de las nieves?

—¿Y por qué no a las hormigas?

—Vale, pero ¿por qué a las hormigas rojas? ¿Por qué no a las hormigas negras?

—¿Por qué no a las hormigas amarillas?

—Vale, ¿por qué no?

—Porque las hormigas rojas emiten secreciones uniformes. Sus secreciones no son al azar. Se pueden clasificar y estudiar.

—¿Y qué se aprende de esas secreciones?

—Todo —dijo el sacerdote—. Una hormiga determinada siempre segrega a un número fijo de centímetros de la secreción de la penúltima hormiga. Dentro de este patrón encontramos patrones secundarios y terciarios. Todo es muy fácil de medir. No tiene incertidumbre ninguna. Uso métodos estrictamente empíricos. ¿Qué clase de métodos uso?

—Estrictamente empíricos.

—Correcto —dijo el sacerdote.

—Sólo contesto porque es usted viejo. Sé que no tengo por qué contestar.

—Hay preguntas más aterradoras que la mía esperándote a la vuelta de la esquina. Y es porque has alcanzado la edad más aterradora de todas. La pasión es el violento empuje hacia fuera del apetito sensorial, y siempre va acompañada de cambios corporales extremos. Conozco los impulsos operativos de los apetitos que tú debes de estar experimentando. Impulsos y semiimpulsos. Tu cuerpecillo está empezando a crecer, a echar brotes y a desear. Necesita, suplica y desea. Creo que vale la pena señalar que las pasiones no suelen inflamarse sin la presencia de fantasmas concomitantes. Es contra esto que debes ponerte en guardia. Hay dos clases de fantasmas concomitantes: los benignos y los erotómanos.

—Los pensamientos sucios, quiere decir.

—Correcto.

—De momento no me ha dicho usted nada que yo quiera saber realmente.

—Mucha gente muere mientras está practicando el coito sexual —dijo el jesuita—. Es una actividad que ejerce presión sobre el corazón y provoca paradas cardíacas. El sexo no debería ser nunca furtivo. Eso causa todavía más presión. Si hay que practicarlo, se tiene que practicar con un cónyuge, en la cama y en medio de una atmósfera de amor y confianza mutuos. Hay que evitar la técnica. La técnica causa muchos problemas. La técnica puede matar. Si durante el coito se producen palpitations del corazón, hay que interrumpirlo de inmediato y pensar en los gusanos parásitos que infestan el canal anal. Es lo que denominamos contención análoga por medio de ideas. Si, al interrumpirte, no consigues ni por medio de la pura fuerza de voluntad ni de la imaginación cancelar el impulso de emitir, entonces has de efectuar tu emisión dentro de un vaso limpio o frasco de especímenes desinfectado y dejado junto a la cama a este fin. No te deshagas de tu emisión. Llévasela de inmediato a tu esposa y ayúdala en la ingesta uterina inmediata y directa de tu emisión, valiéndote de cualquier medio no mecánico que sea necesario para garantizar que la fertilización no quede impedida. Se trata de distinciones sutiles pero emocionantes. Si el derrame de tu emisión es voluntario, como fin o como medio, habrás cometido el mayor de los pecados.

—¿En medio de un ataque al corazón?

—Como fin o como medio —dijo el sacerdote—. El mayor de los pecados.

—¿Qué es todo eso de la genuflexión prematura?

—Hay que apoyarse en la rodilla justo antes de entrar en el banco de la iglesia y luego al compás de la palabra *paz* cada vez que el sacerdote repite: «paz, paz, paz, lleva tiempo viniendo». Pero hay quien se arrodilla en los escalones de entrada de la iglesia, y supongo que esa clase de arrodillamiento se puede denominar prematuro. Los peregrinos siguen yendo de rodillas de capilla en capilla. Últimamente se ha puesto de moda, lo que pasa es que no quedan muchas capillas y las distancias que les toca recorrer de rodillas son muy grandes.

—Estoy intentando entenderlo.

—Pues piensa en ello —dijo Verbene.

Cogió una de las hormigas y la dejó caminar por la palma de su mano. La examinó con lo que parecía una concentración total. La hormiga recorrió el dedo corazón del padre Verbene cuanto largo era y desapareció más allá de la punta. Verbene volvió la palma de la mano hacia abajo y miró cómo la hormiga roja le cruzaba el nudillo.

—Primero me herirá con la mandíbula. Y luego me rociará directamente la herida de ácido fórmico.

—¿Por qué?

—Porque es una hormiga. Todo lo que hace se basa en patrones de actividad orientados al propio perfeccionamiento.

Devolvió la hormiga roja al suelo. Billy se dio cuenta de que las hormigas estaban entrando y saliendo del hormiguero sin recoger comida ni transportar materiales de construcción. Le preguntó al sacerdote por esto.

—Las obreras ya han reunido la comida. Estas que llevamos todo este tiempo observando son una clase muy especial de hormigas. No son obreras, soldados, reinas ni prole. No obtienen comida. No perpetúan la especie. No se protegen de los elementos. Son hormigas que únicamente caminan y segregan. Son las hormigas de los patrones. Entran, salen y segregan. Son las hormigas de la metafísica de las hormigas rojas.

—¿Alguna vez espera usted que la metafísica de las hormigas rojas sea considerada una ciencia sólida?

—Nosotros ya no viviremos para verlo —dijo el sacerdote.

—Quiere decir que ya no vivirá usted para verlo.

—Todos nos morimos, chico.

—Pero se supone que yo voy a vivir más tiempo que usted.

—Aquí viene el patrón secundario —dijo Verbene—. Mira, esta hormiga está a punto de segregarse ahora mismo, pluf, maravilloso, y a continuación recogerá la secreción de la hormiga anterior y llevará la sustancia pegajosa al hormiguero, de donde saldrá para volver a emitirla a un número exacto de centímetros de distancia de su secreción antepenúltima. Aquí vemos una prueba evidente del ideal divino.

Billy siguió mirando cómo las hormigas emergían del hormiguero a intervalos fijos. Se preguntó si, debajo del nido, habría un túnel enorme en el que cien millones de hormigas esperaban en fila para salir a segregarse siguiendo sus ordenaditos patrones. ¿O acaso estaban viendo todo el tiempo a las mismas cinco o seis? La niebla se había espesado y estaba desdibujando los fondos de las cosas. La luz se infiltraba en los árboles y en la tierra, en el hormiguero y en los cuerpos que había encima de él.

—Me atormenta la idea de que las hormigas rojas no necesiten la metafísica de las hormigas rojas —dijo Verbene—. Igual que las estrellas no necesitan la astronomía. Igual que los números no necesitan la teoría de los números. La metafísica de las hormigas rojas es inherente a la colonia. Si este estudio lo ha formulado alguien, hay que atribuirles el mérito a las hormigas mismas. Esta cuestión me genera un estado de angustia personal, puesto que históricamente los sacerdotes-académicos de mi orden se han visto empujados a adoptar una pose de duda angustiada de sí mismos. Una vez hecho esto, ya puedo recogerme los faldones y marcharme. Hay que decir primero, sin embargo, que toda colonia de hormigas representa una organización social compleja en extremo. Tienen el trabajo, tienen la defensa propia, tienen la procreación y tienen la arquitectura. ¿Qué pasa entonces con las hormigas de los patrones? ¿Qué pasa con las que simplemente salen andando a segregarse? Reflexiona y cavila. Delibera un poco. ¿Teología? ¿Lógica? ¿Matemáticas? ¿Arte? Piensa en ello, chico.

De rodillas, el viejo sacerdote murmuró sus oraciones vespertinas. Billy se levantó para marcharse, con una rodilla de los pantalones húmeda y manchada, llevándose varias briznas de hierba pegadas a la tela. Caminó por el césped, disfrutando de los olores húmedos y de la densa sensación de estar bajo el agua, bajo aquella luz crepuscular filtrada a través de gasas irregulares. Una vez en su cápsula, apagó la luz y se puso a trabajar, progresando en distintas direcciones. A

menudo había un elemento de suspense en sus cálculos, y en cuanto sintió que lo invadía este interés renovado se levantó, como hacía siempre, y echó a andar, intentando ordenar sus pensamientos, acompañarlos al ritmo de sus pasos. Como la cápsula estaba a oscuras, se fijó de inmediato en que asomaba una franja de luz por debajo de la puerta del cuarto de baño. Fue a la puerta y la abrió. La luz estaba encendida, efectivamente, y la bañera ocupada. Había alguien en su bañera, una mujer, tumbada, sumergida en jabón hasta el cuello, inexpresiva, delante de sus narices. Era rubia y de rasgos marcados, con el pelo recogido en un moño aromático y unos ojos azules y clínicos que ahora examinaron la figura del chico, detenido en mitad de dar un paso como si fuera una pequeña criatura del bosque a la que el viento le acaba de traer el olor de alguna bestia desconocida, una presencia cargada de peligro y lo bastante cercana como para rociar las narices atemorizadas con un bálsamo fabuloso. La ropa de ella colgaba de un toallero situado a pocos centímetros de la cara de él. Era un atuendo lleno de rendijas y aberturas, un vestido de noche dinámico, de muy altos vuelos y rico en contenido fetichístico, y Billy se encontró a sí mismo deseando verla vestida con aquella indumentaria ultraseductora, consciente de la ironía de su deseo, retrayéndose a la confusión totalmente serena de todo aquello, al fundamentalismo inverso de la masculinidad a cuyas oraciones se les acababa de dar respuesta. Su cuerpo permaneció en tensión. No le pareció que pudiera salvar el pellejo dando un paso hacia delante ni hacia atrás. Intentó mantener una expresión neutra, con la mirada tranquila y fija en la barbilla de ella, que estaba justo por encima de la superficie del agua.

—¿Quién es usted? —dijo él—. No es que me importe.

—Thorkild.

—¿Y qué pasa con su nombre propio?

—¿Qué pasa con él?

—¿Qué clase de trabajo hace usted aquí?

—Control de guillotinado.

La mujer tenía los brazos extendidos sobre los costados de la bañera. Él pensó que debía de ser bastante alta, a juzgar por su nombre.

—¿Y por qué está usted aquí? —dijo él—. ¿Para ver cuánto he avanzado con el código? ¿Alguien la ha mandado a controlarme?

—Estoy aquí porque en mi sector las tuberías se han escacharrado.

—¿No tienen agua?

—Hay demasiada agua —dijo ella—. Está en las paredes y por debajo de las baldosas.

—La sombra de humedad. La mancha oscura.

—Exacto.

—Vuelva después de terminar.

—Eso me lo vas a tener que explicar.

—En otras palabras, le estoy diciendo que use mi bañera cuando quiera. No solamente esta vez. Regrese cuando le convenga.

—Tu cápsula es la primera que he encontrado vacía, así que me he metido.

—Si le interesa, creo que estoy a punto de llegar a alguna parte. Ya me noto casi ahí. Es usted la primera persona a quien le cuento esto de mi trabajo con el código.

—Yo nunca estuve a favor de traerte aquí. Te lo digo porque creo en la sinceridad implacable, hasta cuando estoy usando unas instalaciones ajenas. Durante años se ha dado por sentado que la comunicación interestelar por radio debía tener una naturaleza matemática. Las matemáticas, dice ese argumento, son el lenguaje universal. Imperaba la convicción de que la civilización que estableciera contacto intentaría crear un vínculo de identificación por medio de la gramática de las matemáticas, que es una gramática más elevada que todas las demás y el único vínculo imaginable entre criaturas que difieren en todos los demás aspectos. Que se usarían números. Los conceptos de suma y resta. Los rudimentos de la lógica. Así estamos programados, esto es lo que hemos acordado y eso es precisamente lo que yo niego. Porque esos de ahí arriba no son seres humanos. Lo que a nosotros nos parece lógico puede no tener ninguna importancia dentro de su forma de pensar, y eso suponiendo que piensen en el sentido que le damos nosotros al

término. Que al parecer hayan construido un equipamiento para transmitir señales no quiere decir que hayan usado los mismos medios científicos que usaríamos nosotros. Tal vez ni siquiera exista ese equipamiento. Tal vez haya otras maneras de transmitir señales de radio, formas que nosotros no nos podemos imaginar. Y tal vez no exista mensaje alguno. Esto es todavía más probable, el hecho de que las señales sean resultado de una serie de errores en nuestro instrumental de recepción o en nuestro ordenador. La verdad es que tú no tienes nada que hacer aquí. Es la cruel y dolorosa verdad, independientemente de a quién pertenezca la bañera que yo esté ocupando por casualidad ahora mismo.

—No me puedo librar de esta sensación de que ya casi tengo la mitad de la respuesta.

—Acuérdate de que estamos tratando con distancias interestelares. La probabilidad de una interpretación errónea es muy elevada. Por mucho que la señal sea genuinamente artificial, el ruido cósmico puede causar con facilidad un ligero error, tal vez una pulsación de más o un espacio en blanco fuera de sitio. Siempre existe la posibilidad de que la señal no se haya separado de manera adecuada. El efecto de guillotinado resulta todavía más problemático. El hecho de que los intervalos en blanco entre pulsaciones queden cortados. ¿Nunca te has preguntado por qué hay noventa y nueve pulsaciones y sólo dos pausas? Es el efecto guillotinado. Las pausas se ven acortadas o completamente eliminadas. El mensaje no se ha repetido, recuerda, y eso hace que la detección de errores sea una tarea casi imposible.

—Enséñeme un poco de muslo.

—No sólo se han equivocado trayéndote aquí; se han equivocado al permitirte que te dedicaras a las matemáticas avanzadas. No habría que dejarte tocar un texto de matemáticas hasta que cumplas diecisiete o dieciocho años. Rudimentos sí, vale, eso seguro. Pero nada de trabajo avanzado hasta que seas mayor. Te falta esa educación de base amplia que produce una chispa salvaje del intelecto. Sí, vale, es fácil citar a Abel y Galois. Su trabajo marcó una época antes de que cumplieran los veinte. Pero mira cómo terminaron. El uno en la miseria y tuberculoso, muerto a los veintiséis años. El otro muerto a tiros a los veinte y enterrado en una fosa común. Tú eres brillante, pero no lo eres de una forma salvaje. Echo de menos ese instinto asesino del licenciado en Humanidades.

Puso el jabón en su bandejita. A Billy le dio la impresión, muy poco frecuente en presencia de una mujer adulta, de que nada de lo que él hiciera o dijera estaba sujeto a esas concesiones especiales que se le hacían a su edad y su sexo. Thorkild no parecía reconocer circunstancias modificadoras. Era como tratar con una chica de su edad. No se lo reconocía automáticamente como espécimen simpático. No había para nada esa coquetería burlona que él había llegado a esperar por defecto. La mujer le negaba el placer veleidoso de hablarle con condescendencia o de sonreírle o de tomarle el pelo. Ahora se preparó para salir de la bañera.

—Antes del accidente —dijo ella— me habría dado exactamente igual. Pero en mi estado presente, no quiero que me vean desnuda. De manera que márchate, por favor, hazlo por los dos.

—¿Qué accidente?

—No tengo regazo.

—Eso cuesta de imaginar.

—Apenas tengo nada de regazo.

—¿Y cómo se sienta usted?

—Ahí está el problema —dijo ella—. No hay mucha dificultad siempre y cuando me estire. Sentarme, en cambio, sí que es complicado, porque el estado sentado de una persona siempre requiere un regazo.

Billy la esperó fuera, privado incluso del placer del sonido que estaría haciendo Thorkild al ponerse de pie en la bañera, levantándose en medio de una cascada plateada que debía de resultar espectacular a los oídos, arroyos enteros de chorretones como lenguas que emprendían rutas susurrantes por el cuerpo de ella. Salió del pequeño pasillo y entró en la cápsula en sí. La habitación seguía a oscuras. Olió algo desagradable. Moho corporal. Detritos acumulados entre los dedos de los pies. Era un olor débil pero persistente, un olor intenso. No encendió la luz por miedo a encontrarse a Grbk sentado. La silla sí que se veía bastante nítida, pero su ocupante no

era más que una silueta latente. Pensó en echar a correr hacia la puerta. Tenía una ausencia de regazo detrás y un hombre latente delante. Con suerte sería capaz de alcanzar la puerta antes de que Grbk pudiera agarrarlo y obligarlo a verle los pezones desnudos. De pronto el olor se convirtió en un ruido, tal vez el ruido de aquella voz de grado cero de Grbk, gorgoteando consonantes oclusivas. El ruido estaba claramente dentro de la pared y Billy se dio cuenta de que, si intentaba dejarlo atrás corriendo y alcanzar la puerta, el ruido lo oiría a él y se abalanzaría sobre él, convertido en contacto puro. Pero estaba lo bastante desesperado como para intentarlo. Tenía confianza en su propia rapidez, en su capacidad de atajar y virar. Al ser pequeño presentaba una superficie imperfecta para cualquiera que intentara agarrarlo. Oyó que el ruido se convertía en otro ruido y luego en una voz en la oscuridad.

—Ábrela.

Se detuvo, pero no alteró su postura encogida y lista para echar a correr.

—¿Abre el qué? —dijo.

—Esta estúpida rejilla de las narices.

—¿Eres Grbk?

—¿Qué clase de Grbk? Soy Harry Braniff. Abre, ¿quieres?

—No pienso abrir nada sin encender primero la luz.

—Como favor personal, te pido que no la enciendas. Mi ojo izquierdo es fotosensible. Puede resistir una iluminación normal en el mundo exterior, pero la forma en que la luz rebota en las paredes relucientes de estas cápsulas es demasiado para mí, me causa lesiones físicas y fastidio mental. Así que hazme ese favor.

—Nada de hablar sin luces.

—Conque insistes, ¿eh?

—Con luces hablamos.

—Vale. Espera a que cierre el ojo izquierdo y lo tape con la mano para mayor protección. Ya está cerrado. Aquí llega la mano. Vale... Ya.

Billy encendió la luz y caminó hasta la rejilla que había encajada en la pared, a poca distancia del suelo. Se sentó en el suelo delante de la rejilla. A través de la celosía metálica vio la cara de Harry Braniff, que se tapaba el ojo izquierdo con la mano. No pudo distinguir si Braniff estaba en lo alto de una escalera de mano o si tenía los pies en el suelo, en alguna clase de túnel de acceso o pasarela interior. En cualquier caso, el cuerpo de Braniff estaba por debajo del nivel de la rejilla, lo cual permitía ver únicamente su cara y su mano en la penumbra del otro lado de la separación.

—Pensé que ese olor era Grbk. ¿Qué es ese olor?

—Es mi aliento. Allá donde voy, la gente se da cuenta. Es un problema de preferencias alimentarias: como mucho queso Limburger en panecillos de cebolla untados de ajo.

—¿Qué ha sido el primer ruido que he oído?

—También ha sido mi aliento. Estaba jadeando bastante. No es fácil llegar hasta aquí arriba.

—¿Y qué ha sido el segundo ruido?

—Era yo intentando abrir la rejilla para hacer entrega del objeto. No sabía que hubiera nadie aquí. Está a oscuras. Me han dicho que abra la rejilla, ponga el objeto dentro de la habitación, cierre la rejilla y me marche. Así que hazme el favor de abrirla.

—Primero dígame qué es ese objeto que se supone que ha de entregar.

—Me han dicho que es un cartucho de cinta magnética —dijo Braniff—. Y a juzgar por su aspecto y tacto, es exactamente eso.

Ayudó al hombre a sacar la rejilla y luego aceptó el cartucho. Para no correr riesgos, volvió a colocar la separación en su sitio antes de seguir con la conversación.

—No debería estar usted aquí —dijo—. El día que llegué me leyeron una advertencia preparada de antemano. Éste es el punto de salida de todo este sector. No lo tenemos que usar salvo en caso de emergencia. Me puedo meter en líos por culpa de esto.

—A mí me han dicho que abra la rejilla, ponga el objeto dentro de la habitación, cierre la rejilla y me marche.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Me han dicho que si alguien me lo preguntaba, no debía conceder respuesta. Pero como tú no eres más que un niño y me has ayudado a abrir la rejilla, te transmitiré un consejo que he aprendido con el sudor de mi frente a lo largo de muchos años de entregar cosas en lugares idiotas. ¿Estás preparado para recordarlo y aprender de él?

—Sí.

—Siempre hay una autoridad más alta de lo que crees.

—¿Eso es todo?

—A veces la persona que está al mando no es la persona o personas que parecen estar al mando. Da igual lo arriba o abajo que mires, siempre hay otra persona. Eso es lo que ha aprendido Harry Braniff.

—La persona que le ha dado a usted esta cinta para que me la entregara era una mujer tuerta, o por lo menos una mujer con un parche en el ojo. Me dijo que quería existir en mi mente, y es por eso por lo que una vez me pasó por la rejilla un sobre con un dibujo, o tal vez fue usted quien lo metió, y ahora me está haciendo llegar esta cinta que probablemente tenga la voz de ella grabada para recordarme su existencia y de esa forma seguir existiendo en mi mente. Sé que es ella. La mujer del laberinto lúdico. Ella tenía problemas en un ojo y usted también los tiene, y ésa es la forma en que han estado pasando las cosas por aquí. A usted lo manda Celeste Dessau. Todo encaja. Todo tiene sentido. Me concuerda con el patrón.

Thorkild abrió la puerta del cuarto de baño y apareció en el pasillo, ataviada con aquel vestido de aquí te pillo aquí te mato que Billy había visto colgado del toallero. Cuando el chico volvió a mirar la rejilla, la cabeza y la mano de Harry Braniff habían desaparecido, pero el sonido de su voz, apenas audible, todavía se elevaba de la oscuridad de más abajo:

—Y tú te lo crees, mongolito.

ESTRUCTURA COMPUESTA

La noticia de que iba a haber una conferencia se propagó deprisa, provocando que florecieran los rumores, muchos de ellos de naturaleza humorística, centrados en la idea de que el noventa por ciento del universo se encontraba desaparecido. Era la segunda conferencia formal que se celebraba en la breve historia del Experimento de Campo Número Uno (la primera, anterior a la llegada de Billy, la había presidido Endor y había tratado de la transmisión procedente de la zona de la Estrella de Ratner). Hasta tenía nombre. Conferencia sobre la Masa Invisible. A medida que pasaban las horas, sin embargo, se empezó a percibir menos jocosidad y un mayor grado de intranquilidad, sobre todo entre quienes habían oído el rumor más reciente.

Entró en la sala de conferencias.

El rumor más reciente tenía que ver con la gente seleccionada para asistir a la conferencia. Todos ellos (con una excepción) eran expertos en física alternativa. ¿Por qué causaba esto intranquilidad y especulación nerviosa? Pues porque muchos científicos cuestionaban la utilidad y el mérito general de la física alternativa, debido a que trataba con los efectos que tenían las leyes de la suposición sobre los entornos hipotéticos.

Como había sido invitado meramente a «estar de oyente» en la reunión, Billy cogió una silla del rincón y trató de mostrar aspecto de oyente. Había tres hombres y una mujer sentados a una mesa octogonal de gran tamaño. No había lápices, cuadernos ni vasos de agua. Billy entendió que esto quería decir que estaban a punto de discutirse temas extremadamente serios. No había tiempo para costumbres, normas, formalismos ni informalidades. La mujer se llamaba Masha Simjian. Los hombres eran Maidengut, Lepro y Bhang Pao.

—¿Quién preside? —dijo Simjian.

La mujer miró una cara tras otra, sin dejar de chupar un caramelo, con las mejillas hundidas y un mohín de los labios proyectados hacia fuera.

—Presidamos todos —dijo Maidengut—. Salvo quienes estén de meros oyentes.

—Muy bien, pues, ¿quién está participando y quién está de mero oyente? Que levanten la mano, por favor.

—Yo estoy de oyente —dijo Billy.

—Levante la mano.

Él levantó la mano.

—Tengo entendido —dijo— que los individuos a quienes se invita a estar de oyentes en una conferencia formal no tienen permiso para hablar a menos que se dirijan directamente a ellos.

—¿Por qué o porque? —dijo Lepro.

—¿Qué quiere decir?

Maidengut, un hombre macizo como una roca, salió en defensa de Lepro.

—Le cuesta distinguir entre «por qué» y «porque». En su idioma se usa la misma palabra para las dos cosas. Así que, a fin de ahorrar tiempo y evitar confusiones, él usa «por qué» y «porque» a un tiempo y deja que sea el oyente quien decida cuál va según el contexto. En otras palabras, dice «por qué o porque» en lugar de «por qué» individualmente o «porque» individualmente.

—Hora de empezar —dijo Simjian—. ¿Quién quiere poner la cosa en marcha?

Bhang Pao cambió de postura en su silla, llamando la atención de todo el mundo. Llevaba traje oscuro y corbata. Tenía una cara redonda y agradable, de color amarillo seco desvaído, y en la cabeza llevaba un peluquín con forma de orinal, incongruente no solamente porque sugería un corte de pelo no profesional, sino también por lo mal que le sentaba y por cómo discordaba con su aspecto reluciente, una serie de factores que se combinaban para tragarse cualquier asomo de autenticidad.

—Hace tiempo que conocemos la masa invisible —dijo Bhang Pao—. Las galaxias ya no se están separando a las velocidades de antes. Tenemos que suponer que lo que las mantiene juntas es la gravedad. Sin embargo, la masa necesaria para generar tanta gravedad no está presente ni

en las galaxias en sí ni entre ellas. Hay una masa que carece de explicación. Un montón enorme de masa sin explicación. Mucha, en serio. ¿Y de dónde viene? ¿Por qué no podemos encontrarla?

—Bien resumido —dijo Simjian.

—No me hagas perder el hilo.

—Sigue, por favor.

—La materia visible no puede explicar el hecho de que las galaxias ya no se dispersen a las velocidades anteriores. Por consiguiente, elaboramos una hipótesis basada en la materia que no se ve y calculamos que la cantidad total de esta materia es mucho mayor que la suma de toda la materia que sí se ha detectado en el universo. Por supuesto, no todo el mundo acepta este modelo. Hace unos años se determinó que la abundancia interestelar de deuterio en relación con el hidrógeno era menor de lo que se había supuesto. Eso implica una densidad menor de lo que se creía, lo cual a su vez significa no tanta masa invisible como se conjeturaba antes. Pese a todo, considero que se trata de unos hallazgos extremadamente provisionales.

—Bravo.

—Todo lo que he declarado puede resultar ser una sarta de chorradas —dijo Bhang Pao—. El tiempo lo dirá. Lo único que podemos hacer en calidad de científicos es intentar determinar la naturaleza de la masa invisible, suponiendo que exista esa masa y que sea invisible. Hay quien dice que las leyes de la física son distintas en las partes remotas del universo. Otros sostienen que lo que explica la masa desaparecida son las nubes de hidrógeno invisibles para nuestro instrumental más sensible. Ahora, en cambio, se ha postulado una teoría nueva, con repercusiones enormes.

—¿Hacemos preguntas sobre la marcha —dijo Maidengut— o las reservamos obedientemente?

—Dejémoslo que termine, pero cuando termine tenemos una serie de preguntas extremadamente incisivas que hacerle —dijo Simjian.

—Ahora, en cambio, se ha postulado una teoría nueva.

El teléfono sonó una vez.

—Repercusiones enormes.

Masha Simjian se levantó a contestar el teléfono, que formaba parte de una hilera de aparatos montados en la pared. Escuchó un momento y luego se volvió hacia Billy.

—Es el personal de contingencia —dijo ella—. Se está celebrando una fiesta bastante escandalosa en tu cápsula.

—¿Cómo, en la mía?

—Una fiesta muy salvaje, dice contingencia. Todavía no ha ido a realizar ninguna comprobación de seguridad. Quería contactar primero contigo. Estoy repitiendo lo que me ha dicho él al semipié de la letra. Parece muy excesiva. Bebida, gritos y risas estentóreas. Alguien cantando en voz muy alta. Obviamente embriagado, dice. En tu cápsula. Una fiesta muy, muy salvaje. Estoy parafraseando.

—No hay ninguna fiesta salvaje —dijo él—. No es más que la grabación en cinta de una fiesta salvaje. La estaba escuchando cuando me han dicho que subiera aquí a hacer de oyente. Dígale a contingencia que no es más que una grabación.

—Esto es una línea telefónica unidireccional prioritaria. No le puedo decir nada. Vas a tener que ir tú en persona y aclarar las cosas. Por desgracia, no podemos postergar la dilucidación de la masa invisible que tiene que llevar a cabo Bhang. Pero eso no quiere decir que no tengas que volver. De hecho, tendrás que volver de inmediato. Melcher-Speidell quiere verte.

—¿Ése quién es? —dijo Billy.

—Habla en serio.

—No he oído ese nombre en mi vida.

—Te espera el encargado de seguridad —dijo ella.

Billy tomó el ascensor hasta su sector. Como no había podido oír la cinta entera, había decidido volver a ponerla desde el principio. La cinta lo había sorprendido hasta el punto de que ahora tendía a creerse lo que Harry Braniff había sugerido toscamente después de entregársela: que la mujer del parche no tenía nada que ver con ella. En primer lugar, no había rastro de su voz en la

parte de la cinta que él ya había escuchado. En segundo lugar, en la cinta nadie se había referido a ella de ninguna manera, ni en forma de diálogo ni de gemido, alarido o canción. Era la grabación de una fiesta, eso sí, y bastante salvaje. El centro de la grabación era Cyril Kyriakos, el lógico transicional manco y padre en ciernes ligeramente cínico que había estado charlando un rato con Billy y los demás el día de la mancha oscura. En la cinta, desperdigada entre los gritos, los comentarios extraños, las voleas de risas, los insultos contundentes y los objetos arrojados a las paredes, entretejida libremente entre toda esta improvisación sonora y ruido infernal, se oía una larga canción cantada por Cyril con voz disonante de tenor, alterando el flujo métrico sobre la marcha, recitando los versos y a continuación cantándolos en tono eclesiástico, en ocasiones chillándolos en un tono tan agudo que bordeaba el pánico. Billy vio al encargado de contingencia esperando en el pasillo. Estaba allí de pie, flexionando las rodillas y balanceando los brazos hacia delante, golpeándose la palma de la mano izquierda con el puño derecho y acompasando aquellos golpes con las flexiones de las rodillas: movimientos característicos de todo el personal de seguridad del mundo. Ni rastro de la fiesta ni de la grabación de la fiesta.

—Llevo la contingencia de este sector —dijo el hombre—. Me llamo Kyzyl.

—Ahí dentro no hay ninguna fiesta. No es más que una cinta grabada.

—Me pregunto por qué se ha detenido tan de golpe.

—Es una cinta.

—Me estaba preguntando qué clase de fiesta se detendría tan de golpe —dijo Kyzyl—. A veces las orgías se terminan así, por puro agotamiento.

—La próxima vez pondré el volumen muy bajo.

—Mientras yo estaba aquí ha venido un personaje y ha dicho que quiere recibirte en sus apartamentos de la cima de la esfera armilar.

—¿Apartamentos en plural?

—Es lo que he oído acústicamente.

—Debe de ser Melcher-Speidell.

—No ha dado ningún nombre, pero me ha pedido que me asegure de acompañarte a sus aposentos.

—¿Por qué de repente necesito un acompañante?

—Porque a primera hora de esta mañana se ha visto a un aborigen en el edificio.

—¿Y qué le han visto hacer?

—Acechar —dijo Kyzyl.

*Oh, los suizos y los suecos
no paran ni un momento
un tedio total de guerra
no acaba el aburrimiento
Se están matando entre ellos
con tremenda habilidad
quién lo habría imaginado
neutralidad contra nulidad
Vaya tedio
Pero qué tedio
vaya tedio de guerra
lógicamente sólida
pero endeble en el medio
cuando Viena se rinda
a Cambridge y el símbolo
la clase nula será zeta
y habrá un acuerdo discolo
Uf qué tedio
pero menudo tedio
vaya tedio de guerra*

*hábil pero sin clamor
renacentista en el medio*

Voz 1: ¿Qué es blanco y negro, izquierdo o derecho, se hace pequeño y no tiene parte intermedia?

Oh, que haya guerra entre algebristas

Del Ferro, Fontana, Cardano, Fior

Basta de series de postulados formalistas

tantas disyunciones son un horror

Voz 2: Esto es horrible u otras palabras sinónimas. ¿Por qué tienen que romper los muebles?

Voz 3: Es el fin del mundo. Es una conducta adecuada al fin del mundo. Es una fiesta del fin del mundo. La primera de una serie. Estupores alcohólicos que encajan con el fin del mundo. La inconsciencia como arte consciente. No es más que eso, una reacción al rumor de que falta la mayor parte del universo.

Nativo de Yorkshire cuatridimensional, judío y poeta

la lógica pedagógica moderna no te cogió a tiempo

uno es uno, dos es uno y tres es dos, ésa es tu meta

Teoría de las invariantes

turbulencia serena

espacio superior con vestigios

de umbral doble en su cadena

Voz 4: Me acabo de dar cuenta. Cyril es Cirilo. Y Cirilo tiene las mismas letras que lírico. Me acabo de dar cuenta. Cirilo y lírico.

Voz 5: ¿Y qué?

Voz 4: Una pequeña reflexión nada más.

Voz 5: ¿Una reflexión sobre qué?

Voz 6: «Qué» es una palabra no compuesta. La reflexión no la puede diseccionar. Carece de divisores salvo ella misma y uno. «Qué» dividido por «qué» da uno. «Qué» multiplicado por uno nos da «qué». «Qué» multiplicado por dos nos da dos «qué». La raíz cuadrada de «qué» es irracional.

La naturaleza intrínseca se revela

coherente como un penique, dos y tres

punto a punto se despliega un evento

sin cambios ni antes ni después

Pero la relevancia física

y las teorías vagas y seguras

y la relatividad moderna y la proclividad empírica

todas le ceden el campo abstracto

a las matemáticas puras

a las matemáticas puras

todas le ceden el campo abstracto

a las matemáticas puras

Sombra de una figura

proyectada en un abismo

dos es uno, aquel uno que era

distinto pero el mismo

Voz 3: Pero el problema no es la parte que no se ve. Ni la conferencia. Ni el nombre de la conferencia ni la gente que hay en ella. El problema es el rumor sobre el mogujero.

Voz 2: Ese nombre me resulta familiar.

Voz 3: Es la idea misma del mogujero lo que tiene a todo el mundo tan nervioso y deprimido.

Voz 2: ¿Dónde he oído esa palabra?

Voz 6: «Dónde» más «cuándo» multiplicado por la raíz cuadrada de menos uno nos da un evento puntual.

Teoría matriz

*conjunciones covariantes
funciones zeta electrizantes
notaciones umbrales
enjambres dimensionales
formas binarias color vino y cardinales
Granito algebraico
Ante la serie de todas las series
que no se integran a sí mismas
ante la clase de todas las clases
similar bajo todos los prismas
Canta y jadea, oh, un himno irónico
a los demonios deductivos feroces y ctónicos
Axioma de reductibilidad
regla de inversa probabilidad
falacia de afirmar lo consiguiente
falacia de denegación ardiente
confirmación incremental
de un desastre mortal
Expulsa el sentido
de lo lógico vivido
por favor
A queda en cierta manera des-confirmada
B queda doblada
Cuidado, chaval, con el argumento formal
La geometría reverbera en las columnas de piedra rosada
Ante la serie de todas las series
que no se integran a sí mismas
ante la clase de todas las clases
similar bajo todos los prismas
Recita, oh, una letanía postrera
al pacífico final de una premisa rastrera
Nuestra Señora de las Entidades Inferidas
deprédanos
Tú que blandes la Navaja de Occam
Líbranos de nuestras multiplicidades
Tú que expones lo impensable
ten piedad de nuestro sistema de signos
Tú que elucidas la forma lógica
guía nuestras supersticiones
Tú que aniquilas las tautologías
bendice nuestros estribillos
Lenguaje inviolado
perdona nuestro tartamudeo
Voz 1: En realidad hay dos respuestas. Un libro que está siendo leído. Y el propio universo.
Agotados ambos por su esquema compuesto discriminante
dividiendo en la costa la luz que emitimos
inducción, experimento, sueño deslumbrante
aquella noche ya no dormimos
aquella noche ya no dormimos
Sombra de una figura
proyectada en un abismo
dos es uno, aquel uno que era*

distinto pero el mismo

Kyzyl acompañó al chico a la cima de la esfera armilar. Para llegar tuvieron que coger dos ascensores, entrar por una salida de incendios y subir un tramo de escaleras.

—Si alguna vez vas a la cárcel —dijo Kyzyl—, los territorios internacionales autónomos son una de las pocas opciones decentes que te quedan. Los protectorados de las Naciones Unidas me parecen solamente medio bien. En materia de torturas, recomiendo evitar las zonas con canales. Si es que hablamos de torturas físicas. Pisotones, desollamientos, bastinado, electrochoque. Pero si hablamos de la variedad psicológica, hay sitios mucho peores que las pequeñas repúblicas o los protectorados del Golfo. En los protectorados, y te hablo por experiencia personal, te encapuchan con moderación, no se pasan demasiado con el ruido monótono y sólo privan de sueño al organismo en casos muy raros. Cuando te liberan de la cárcel, descubres que sólo experimentas unos síntomas mínimos. Reacciones sobresaltadas, sí, afirmativo. Insomnio, como cabe esperar, pero no crónico. Espasmos de esfínteres, más bien pocos. No mucha ansiedad intensa. Y muy poco pavor. Pero si hablamos de la experiencia del encapuchado, con o sin ruido monótono, si pasas por esa experiencia y eres capaz de funcionar con muy poco pavor, es entonces cuando tienes derecho a considerar que te sonrío la fortuna.

Kyzyl esperó fuera mientras el chico entraba en la enorme suite con habitaciones y se sentaba en una silla laminada que olía un poco a sustancias químicas. El lugar tenía pinta de misterioso motel a dos niveles. Los colores eran neutrales y todas las superficies estaban diseñadas para ser resistentes al calor y a prueba de arañazos. Los materiales eran claramente baratos, de estilo sobrio, y funcionales. Al mismo tiempo, el escenario tenía algo grandioso, cierta pretenciosidad que no guardaba relación con la decoración de motel y que era lo que explicaba la naturaleza compuesta de la apariencia de la suite. El mobiliario era inmenso, y el techo, extremadamente alto. Las habitaciones estaban conectadas por medio de pasadizos a los que se accedía bajo arcos. Había espejos enormes por todas partes, que lo sorprendieron al mostrarle que su propia imagen, como pasa a veces cuando uno mira un espejo en particular por primera vez, no era exactamente lo que estaba acostumbrado a ver. Oyó unos pasos pesados tras de sí.

—El tuyo es un nombre sinónimo de genialidad.

Orang Mohole era un hombre de pigmentación ambigua. Se presentó y se sentó en una de las butacas sintéticas de tamaño extragrande. Llevaba una chaqueta de esmoquin de mohair con hombreras, solapas de color platino y unas cuantas puntadas encabalgadas de color plateado en cada bolsillo que parecían gotitas de lluvia.

—Antes esto era la maternidad —dijo—. Pero en cuanto nació el último bebé, hice que lo reconvirtieran. Todo muy poco oficial. No del todo a la chita callando. Solamente poco oficial. Nadie sabe quién no lo puede saber. Llevo queriendo un sitio así desde que vi los apartamentos reales en el palacio de verano de Guam.

—Yo pensaba que era usted Melcher-Speidell. Esperaba encontrármelo a él. Cuando lo he oído a usted entrar, he pensado que sería él.

—Melcher-Speidell es una mediocridad y un aburrimiento.

—¿Cómo se valora usted a sí mismo?

—Dos veces ganador de la Medalla Keops Feeley.

—¿Qué más?

—Magnate reconocido de la física alternativa.

—¿Y cómo es que no está usted en la conferencia?

—Son unos mindundis —dijo Mohole—. He mandado a Bhang en mi lugar. Bhang presentará mi visión de las cosas.

—Me ha parecido bastante interesante lo que han dicho de la parte del universo que falta y por qué no la pueden encontrar.

—¿Quién preside?

—Están presidiendo todos —dijo Billy—. Pero hay una señora que más o menos se ha hecho con el control.

—Investigamos juntos hace unos años —dijo Mohole—. Formas pesadas de hidrógeno.

—¿Qué me puede decir de ella?

—Pechos mediocres.

—¿Y en materia de piernas?

—Bien, tirando a normalitas.

—Se supone que tengo que volver.

—Primero quiero que me cuentes cómo van tus cálculos.

—Me estoy acercando a algo.

—Lástima —dijo Mohole.

—¿Por qué?

—Primero déjame que te cuente lo que tenemos ahí. La Estrella de Ratner no está a punto de entrar en la fase de gigante roja, a diferencia de lo que se creía hasta ahora. Es una enana blanca. Y lo continuará siendo a menos que siga degenerando hasta la fase de púlsar. Son los resultados del análisis más exhaustivo que ha hecho hasta la fecha el Cerebro Espacial. No hay dos planetas sino uno. Un planeta tan grande que parece estar emitiendo radiación en el extremo visible del espectro. Con el suficiente calor en el núcleo como para resplandecer. De manera que en realidad no es un planeta, sino una estrella sin luz. Una enana, seguro, pero una estrella a fin de cuentas. Una enana roja. Así que lo que tenemos ahí es una enana binaria. Una estrella roja y otra blanca.

—Eso quiere decir que no hay seres. En una superficie que emite luz tiene que hacer demasiado calor para que existan seres. De modo que no hay mensaje. Ni nadie que lo pueda mandar.

—Tienes razón a medias —dijo Mohole—. Dos esferas gaseosas calientes, completamente inhabitables. Y nadie que pueda mandar mensajes, cierto. Pero *sí* que hay mensaje. Lo que pasa es que no viene de la Estrella de Ratner. Sólo da la impresión de haberse originado en esta parte de la galaxia. Porque lo más seguro es que la Estrella de Ratner esté en la dimensión del valor oscuro, o totalidad mogujérica, como la llamo a veces. De manera que el énfasis ha pasado del mensaje en sí a la fuente primaria del mensaje y a la naturaleza secundaria del mensaje. No nos parece mal que sigas trabajando en descifrarlo. Pero el énfasis ha cambiado.

—A ver si lo he entendido bien.

—Pues claro que lo has entendido bien.

—Pero es que me estoy acercando a la solución.

—Con franqueza, el hecho de que te estés acercando o no importa menos que el lugar del que viene el mensaje y la razón de que se haya reflejado, si es que ése es el término exacto, hacia nuestra parte de la galaxia. Incluso reina entre algunos de mis colegas la sensación de que se te tendría que prohibir seguir trabajando en el código. A fin de evitar ambigüedades. La sensación imperante es que ahora mismo una respuesta no conseguiría nada más que exigir una pregunta. Se trata de una postura extrema, sin embargo, y no creo que se imponga. ¿Te apetece una verde?

—¿Eso qué es?

—A veces las neuronas me fallan.

—¿Es una píldora?

—Hay que tragarla —dijo Mohole—. No le clavas agujas ni la llamas por teléfono. No tiene hijos y un aparcamiento de doble plaza. Luego sí, es una píldora.

—¿Y qué efecto me va a hacer?

—Depende de qué tipo de cerebro tengas.

—¿Hay varios tipos?

Mohole se levantó y dio un paseo meditabundo por la enorme sala. Tenía las manos hundidas en los profundos bolsillos de su chaqueta de esmoquin. Llevaba zapatos de dos tonos, plateados y negros, con borlas en los cordones. Se había descosido los bajos de los pantalones y los había estirado del todo, dejando marcas allí donde había estado el dobladillo. Su cara parecía un apaño apresurado, y a Billy le recordó al retrato policial de algún sospechoso descrito por varios testigos. Tenía los ojos demasiado separados. Sus labios eran muy finos y no parecía que concordaran con la masa general de su cuerpo. Tenía la nariz chata, los pómulos altos y un pelo electrificado que se le rizaba casi en vertical. Ahora cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás

con un movimiento convulso y repentino, ahogando una exclamación al mismo tiempo que se tragaba la píldora.

—A excepción de la primera milésima de segundo, podemos rastrear la evolución del universo desde el Big Bang hasta el momento presente —dijo—. En mis primeros trabajos sobre la radiación cósmica de fondo, que es la prueba detectable de la bola de fuego del Big Bang, si es que existió un Big Bang, desarrollé una teoría, escúchala, sobre un extraño tipo de mecanismo que opera en el universo. Se trata de la dimensión del valor oscuro, o totalidad mogujérica, que es la idea central de un sistema único de relatividad. Te hablo de la relatividad mogujérica, que justo ahora está empezando a llamar la atención, muy controvertida, bautizada por mí en honor a mí mismo. Lo que yo teorizo que pasa en un mogujero es que los rayos X, los rayos gamma, la luz ultravioleta, las ondas de radio, los gases, las nubes de polvo y esas cosas quedan atrapadas y sujetas por unas fuerzas relativistas que todavía no entendemos del todo, unas fuerzas creadas en la primera milésima de segundo después de que el universo empezara. Por cierto, no sirve de nada intentar visualizar un mogujero. Ya lo he intentado y no se puede. Nadie sabe qué aspecto tiene porque no tiene ninguno. Y no podemos establecer su ubicación porque parece tener muchas, lo cual equivale a decir que hay un número n de mogujeros, y todos parecen estar moviéndose, y afectando a partes distintas del universo informático durante periodos variables de tiempo. La suma total de todos los mogujeros es lo que yo llamo la dimensión del valor oscuro. Todas las palabras clave de esta explicación, por cierto, son absolutamente engañosas por culpa de las rarezas cotidianas del lenguaje.

Regresó a la butaca y se sentó.

—Los mogujeros atrapan información electromagnética, entre otras cosas, y a continuación pueden liberarla o no. Es como si el mogujero fuera una superficie que absorbiera la luz y el sonido y luego reflejara una de ambas, o las dos, hacia otra parte del universo. Lo que pasa es que ni es una superficie ni tampoco absorbe. Es un mogujero. Es parte de una dimensión teórica que carece de extensión espacial y también de valor temporal. En otras palabras: su valor es oscuro.

Se frotó brevemente la entrepierna y luego cruzó las piernas sin acordarse de sacar la mano.

—La respuesta a la pregunta de qué sucedió durante la primera milésima de segundo después de que naciera el universo depende probablemente de una investigación de los compuestos silfidizantes exo-iónicos. Dicha sustancia parece estar presente, por lo que yo he visto, allí donde hay mogujeros, aunque lo que acabo de decir indica, más que ninguna otra cosa, lo inadecuado que resulta el lenguaje humano para explicar el fenómeno mogujérico, puesto que «allí donde hay mogujeros» implica que un mogujero ocupa espacio, lo cual no es cierto. Supongo que se puede decir que un mogujero es espacio-tiempo elevado a una potencia electromagnética superior, o silfidizado.

Se inclinó a un lado, apoyó la cabeza en la mano que tenía libre y dio la impresión de estar a punto de caer dormido.

—Mi modelo de universo está abierto por debajo y cerrado por encima. Imagínate dos triángulos que comparten la misma base. Con una sola anomalía: la base es invisible. Eso nos da dos ápices, que representan la cúspide cerrada, mientras que la ausencia de base representa la masa invisible. ¿Eres capaz de visualizar esa figura?

—Es un twillígono estrellado.

—Yo postulo que terminará produciéndose el colapso en forma de una especie de agujero con n fondos o mogujero terminal. Déjame primero que te describa las dos vías de expansión de mi modelo: están representadas por los dos costados izquierdos o ascendentes del twillígono, como tú lo llamas, y ambas líneas se generan en el mismo punto. Una vía es la que emprende la materia detectable, que lleva expandiéndose desde el Big Bang. La otra línea es la gravedad, que va cobrando fuerza a medida que la materia, tanto la detectable como la invisible, se densifica en el universo. En la actualidad estamos en el vértice de la materia, el punto medio exacto de la gravedad. Cuando empieza a cesar la expansión, volvemos nuestra atención a los lados derechos o descendentes de la figura. Lo que estaba abierto se empieza a cerrar. La materia inicia su caída

hacia el interior desde el vértice del twillígono. La gravedad se impone en el subvértice. Los dos lados derechos convergen en el mismo punto terminal. La gravedad aferra a la materia en un frenesí tremendo.

La mano se le había hundido todavía más en el hueco que le quedaba entre las piernas, y ahora habló muy despacio, casi como si recitara de memoria.

—Nada se escapa del colapso final en forma de entidad que casi contradice a la palabra *entidad*. Mejor pensado, no digamos «nada». Digamos «casi nada». Lo dejo abierto, fíjate. Concedo la posibilidad de un número indefinido de fondos. El agujero promedio bien carece de fondo o bien es unifónico. Un agujero *n*-fónico, en cambio, permite que mi modelo pueda constituir un universo abierto. He aquí el privilegio de un inconformista confeso. Una pequeña maniobra que no llega a ser trampa. Toda esta espléndida aglomeración de materia no tiene por qué terminar en una situación del todo desesperada. Les doy a las cosas la oportunidad de filtrarse. El agujero final no es a prueba de goteras. Así que dejo una pequeña abertura. Esto es algo que no podemos ver sobre el papel, ni siquiera mentalmente, porque los dos costados descendentes del twillígono concluyen en un punto único y no puede haber una abertura en un punto. Pero podemos fingir un poquito, ¿verdad? No somos tan científicos como para no poder hacer un poco de teatro, ¿verdad? Así pues, si algo se filtra, hay continuación, hay otra oportunidad, el universo se renueva.

Segundos después de pronunciar la última palabra, cerró los ojos y se quedó dormido. Billy pensó en marcharse, pero se acordó de que Kyzyl lo estaba esperando fuera para acompañarlo. Dio por sentado que Kyzyl no se marcharía, ni tampoco lo dejaría marcharse a él, sin permiso de Orang Mohole, que era quien había establecido la norma del acompañamiento. Al cabo de media hora, Mohole abrió los ojos.

—Si la relatividad mogujérica es válida —dijo—, un día presenciaremos acontecimientos que no se conformarán a las predisposiciones de la ciencia. Puede que hagamos frente, escucha esto, a una serie totalmente imprevista de circunstancias. Esto viene implícito en la relatividad mogujérica y explica por qué mis teorías no han obtenido un apoyo mayor.

—Ha dicho usted que le concedieron la Medalla Keops Feeley.

—Dos veces —dijo él—. Pero ninguna de las dos fue por los mogujeros. Basta con mencionar la dimensión del valor oscuro y la gente pone cara de póquer. Hay mucho miedo a la masa invisible. Todas esas fiestas siniestras llenas de gente quejumbrosa... La relatividad mogujérica explica la masa invisible. La masa que mantiene unidas a las galaxias está atrapada en los mogujeros. Es por eso por lo que no la podemos encontrar. Hay gente que acepta esto, pero hay mucha más que no. De ahí todas esas fiestas apocalípticas. Por extraño que parezca, la gente que demuestra tener más miedo suele ser la misma que apoya todos los pasos de mi formulación, desde el Big Bang hasta el agujero con *n* fondos. La explicación de la masa desaparecida los asusta mucho más que el hecho de que haya tanta masa desaparecida. Y se supone que son científicos. ¿Cómo reaccionas?

—Si usted se la merece, hay que dársela.

—Sería algo sin precedentes, una tercera Keops Feeley. El galardón que codicia en secreto todo el mundo de la ciencia; por el que mentirían y harían trampas. Es el premio *underground*, el que se concede al trabajo que contiene un elemento de locura. Por supuesto, nadie lo dice abiertamente. Pero todos sabemos que el contenido de locura es un factor determinante.

—¿Cuánto dinero dan?

—Si lo que quieres es dinero, quédate con el Nobel. Ése no me lo darán nunca, al menos por algo que tenga un contenido de locura tan elevado como los mogujeros.

—Si tan locos son, ¿por qué culpar a la gente que les tiene miedo?

—Teoría, en teoría, eso es en teoría. Todo lo que hemos discutido es pura teoría. En teoría son algo tranquilizador, encantador y que explica muchas cosas. Sin embargo, si la teoría se pone a prueba, y si se encuentran evidencias de mogujeros en la vida real, entonces será un sálvese quien pueda. En ellos imperan leyes distintas, ¿entiendes? Y aunque algunos de mis colegas de menos valía te lo discutirían, yo estoy convencido de que la física alternativa no está diseñada para lidiar con la realidad física; es decir, con el mundo real. En calidad de magnate, lo más

seguro es que yo tuviera una reacción más drástica que nadie. Es algo que siempre ha formado parte de mi configuración psicológica. Nunca me ha faltado mucho para perder los papeles. Esto te lo estoy diciendo confidencialmente.

—¿Qué cree usted que pasaría si perdiera los papeles?

—De eso no vamos a hablar —dijo Mohole.

—En cualquier caso, hablando del Premio Nobel, ¿no es verdad que este año están retrasando algunos?

—A ti ya te lo han dado.

—Creo que están intentando decidir algunos de los más complicados.

—Soy completamente autodidacta —dijo Mohole—. Hice cursos por correspondencia. Fui a la biblioteca. Prácticamente vivía en la biblioteca. Hay mucha gente que se involucra en su trabajo con intensidad, pero los únicos que experimentamos una obsesión asesina total somos los autodidactas. Tardé años, pero por fin los derroté en su propio terreno.

—¿Qué terreno?

—La ciencia.

—¿Qué tienen de malo dos medallas con esos antecedentes que usted tiene?

—Pues que pierdo los papeles, ése es el problema. Cuando las cosas se empiezan a poner insoportables, me imagino a mí mismo sacando un rifle de alta potencia del armario.

—¿Y luego qué?

—No vamos a hablar más del tema.

—Me están esperando para que vuelva a hacer de oyente en la conferencia.

—Yo estaba frenéticamente decidido a dejar mi huella entre las grandes figuras de la ciencia moderna y lo he conseguido, he triunfado, tengo dos Medallas Keops Feeley, todo mi trabajo y todo mi esfuerzo se han visto recompensados con un sistema teórico de relatividad entero bautizado en mi honor. Pero todavía podrían pasar muchas más cosas si ese sistema se sacara del ámbito de la teoría.

—Bautizado en su honor por usted mismo.

—¿Me estás criticando?

—No, criticando tampoco.

—Einstein no estaba equivocado *del todo*. En realidad no creo que mis investigaciones lleven ineludiblemente a esa conclusión. Llevó a cabo algún que otro trabajo prometedor en el área de las matemáticas puras antes de abandonar por desgracia esa disciplina a los dieciséis años, creo que fue.

—Quiere usted decir que Einstein no *llevaba razón* en todo. Que cometió alguna que otra pequeña equivocación.

—Si parece que estoy levantando la voz —dijo Mohole con voz tranquila—, es sólo porque reconozco tu derecho a corregirme. Si no te respetara, no te estaría gritando. Gritar es un lazo entre la gente que se respeta entre ella a pesar de la invalidez de las correcciones. Nos gritamos y nos reñimos a modo de homenaje a la perspectiva del otro. Tal es el peso de la amistad entre individuos extremadamente nerviosos. Si no aceptamos ese peso, seremos enemigos jurados. La amistad resulta exasperante en el mejor de los casos. Pero piensa en la alternativa.

—Ya pienso.

—La esencia de mi modalidad de relatividad, el hecho de que en un mogujero las leyes de la física varían de un observador a otro, se contradice con toda noción del universo que muestre fe en la naturaleza. En la dimensión del valor oscuro, las leyes no son igual de vinculantes en todos los marcos de referencia, da igual que estén o no acelerados, y de repente, si me levanto y me marchó, es porque tengo que usar el vomitorio.

Se puso otra píldora verde en la boca. Billy estaba seguro de que si Mohole echaba la cabeza hacia atrás tan de golpe como cuando se había tragado la píldora anterior, se golpearía contra el respaldo de la silla, causándose tal vez un traumatismo cervical en el cuello o en la columna. Esta vez, sin embargo, empleó una sacudida de cuello abreviada, inició su ruido estrangulado antes y lo mantuvo hasta que le apareció una pizca de secreción biliosa en los labios. Billy pensó

que a continuación le saldría materia estomacal, el chorro en sí, pero, antes de que esto pudiera suceder, Mohole se levantó de la silla, emitiendo unos ruidos ronc y secos, y desapareció en uno de los cuartos de atrás. Cuando regresó, llevaba puesto un fular de color turquesa.

—O sea que las señales de radio tienen características de eco —dijo—. Aunque los mogujeros no tengan superficie ni irradien calor, el mensaje indica a las claras que se ha reflejado en un objeto de alta temperatura y provisto de una composición superficial muy densa.

—Pero usted no quiere saber lo que significa.

—Ahora que la Estrella de Ratner ha sido descartada como origen de la transmisión, no queremos presuponer una conclusión nueva. Queremos seguir ciertas líneas de argumentación exentas de subterfugios externos. En otras palabras, no hace falta que te fatigues en descifrar el código.

—Quiere usted averiguar quién lo mandó y desde dónde pero no qué dice.

—Sólo nos exigiría la pregunta.

—Una respuesta.

—Exacto —dijo Mohole.

—Probablemente no sea buena idea decir que a ver quién me lo va a impedir si decido seguir trabajando.

—¿Sabes hacer burbujas con saliva?

—Sólo pequeñas.

—Yo las hago grandes —dijo Mohole.

—¿Puede usted estornudar sólo de un lado?

—Tómame una verde.

—Son enormes. Nunca había visto píldoras tan grandes.

—Tómame una para la cabeza.

—Mire qué grande.

—Tómame una verde.

—Aunque supiera qué efecto tienen en mi tipo de cerebro, no sería capaz de tragármelas por el tamaño.

—Hay gente que se las traga y gente que no. Lo admito. Pero tómame una de todas formas.

—¿Puede usted eructar a voluntad?

—Una verde —dijo Mohole.

—Todo el mundo sabe que las drogas le hacen a uno tirarse del tejado.

—Tómatela para alegrarme.

—¿Cómo puede alegrarle a usted el darme algo que no quiero?

—Es la forma de ser de la gente nerviosa. Siempre esperamos que los demás hagan pequeños sacrificios en nombre de nuestra calma emocional. Y ahora que te he explicado la situación, ¿quieres tomarte la verde?

—No.

—Me ofende que la gente se niegue a aceptar lo que les ofrezco. No te imaginas lo ofendido que estoy. Lo bastante como para perder los papeles. Ciertamente, hay gente que no es precisamente conocida por su capacidad de tragar. Aun así, estoy ofendidísimo. De hecho, me imagino a mí mismo con un rifle de alta potencia y una carreta de munición. De pie frente a una ventana que domina toda la calle.

—¿Y qué más?

—No pienso decir más.

—Hagamos un trato.

—Mi configuración psicológica es la que es y no puedo hacer nada al respecto.

—Un trato —dijo el chico—. Le acepto la verde si me la puedo guardar para más tarde.

—Trato hecho —dijo Mohole—. En cuanto esté fuera de mis manos y en las tuyas, sé que la habrás aceptado y me sentiré menos inclinado a levantar la voz, y mucho menos a ponerme a disparar al azar por las calles.

—La mujer me ha dicho que vuelva enseguida.

—Eso me recuerda algo. Estoy esperando que me traigan compañía femenina más tarde. Tal vez te gustaría quedarte a conocerla.

—¿En qué consiste?

—Solamente hay una, pero tal vez tenga una hermana.

—Me han dicho que volviera enseguida y no he vuelto. Si pudiera usted averiguarme seguro lo de la hermana, podría intentar volver a salir antes de que acabe la conferencia.

—¿Te gusta esto?

—¿Qué es esto?

—Pues este lugar.

—No me veo a mí mismo haciendo carrera aquí.

—¿Estás entrando en las cosas?

—No.

—Pues entra en las cosas —dijo Mohole.

—No lo veo claro.

—Haz un esfuerzo. ¿Estás haciendo un esfuerzo?

—No.

—Haz un esfuerzo —dijo—. Eso es lo que yo no hice en tu fase del juego, ni tampoco más tarde. No entré en las cosas, y el resultado es que me fui quedando gradualmente fuera, cada vez más al borde de perder los papeles. No hacía el esfuerzo. ¿Y qué pasaba? Pues que me imaginaba a mí mismo con un rifle de alta potencia y cajas enormes de munición. Plantado frente a una ventana que dominaba toda la calle. Disparando en plan salvaje. Disparando a todo lo que se moviera. Y luego gritando a todo el que quedara allí fuera y pudiera escucharme: «¡Pierdo los papeles! ¡Tengo tendencia! ¡No es culpa mía!». Gritando y disparando de forma simultánea.

—¿Y luego qué?

—Tal vez me quieras decir qué preferencia tienes en materia de compañía.

—Pues lo que sea normal en mi situación.

—Tal vez no quieras una hermana. A un sitio como éste te pueden traer diferentes variedades de compañía.

—De momento quedémonos con la hermana.

—Te diré lo que haremos —dijo Mohole—. Tú ahora te vuelves a la conferencia y yo me pongo en contacto contigo cuando haya organizado las cosas. Puede convertirse en una velada extraordinaria. Sucede simplemente que soy asesor de pago de una empresa de ingeniería sexual. Aparatos sin fin.

—Me gusta el nombre.

—Ése no es su nombre. Es lo que fabrican. Acuérdate de no decirle a nadie que he hecho convertir este espacio. Nadie sabe quién no puede saberlo. Y no te preocupes si parece que levanto la voz. Cuando pare de gritarte, será hora de preocuparse.

Le mostró al chico el resto de la suite. Los muebles tenían el mismo brillo hosco en todas partes, un acabado sin encerar que parecía un rasgo indestructible en vez de algo que se adhería a los objetos mismos. Había toalleros por todas partes. Por unos respiraderos enormes de la pared entraba aire refrigerado. Los sofás, cortinas y pantallas de lámparas tenían fundas de plástico con la etiqueta LABORATORIOS OMCO. No había señal alguna de la superficie interior traslúcida de la esfera en sí misma. Como parte de la renovación se habían levantado tabiques. Un baño de pies ornamental engalanaba el vomitorio. Mohole abrió un armario y mostró su colección de «aromas especializados»: fragancias artificiales envasadas en botes de aerosol. Billy se fijó en algunas de las etiquetas: QUESO, GALLETAS SALADAS Y BEBIDAS; CENA PARA DOS, SERIE MARISCO; LEÑA ARDIENDO EN LA CHIMENEA; AURA DE MESILLA DE CAFÉ; FLORES RECIÉN CORTADAS, CIGARRILLOS Y LICORES DE DESPUÉS DE LA CENA; ROPA AMONTONADA; SÁBANAS Y LOCIÓN PARA LAS MANOS; CUERPO FEMENINO DESNUDO (HÚMEDO); SERIE SENSACIÓN APREMIANTE. Había una cápsula simplemente etiquetada como YVONNE, YVONNE. La contradicción aparente de la suite —objetos funcionales contenidos en un espacio de proporciones dignas de un barón— hizo que el chico se sintiera algo desubicado. Pero el ver tantos televisores, todos provistos de mecanismos giratorios,

lo revivió. Era como un motel del siglo XIX, magnífico e insulso, una inmensidad antinatural para el viajero desolado, una alienación indolora para todos.

—La pobreza es agotadora —dijo Kyzyl—. La he visto grabada en muchos rostros. Antes peinábamos al amanecer los centros urbanos, marcando a los indigentes para estudiarlos. Procedíamos siguiendo medias rutas sin señalar y nos dedicábamos a marcar a los sujetos con códigos de colores. Era gente cansada. Cuando hablamos de pobreza, es cosinónimo de fatiga extrema. Los patrones de migración no se pueden estudiar sin marcar a los sujetos. El problema era que el indigente migratorio medio, aun cuando fuera cierto lo de su fatiga y su ánimo desinflado, a veces planteaba una amenaza física al personal financiado. Tanto él como su gente se resistían a ser marcados, se resistían a llevar la marca puesta, se resistían a la marca, a la ejecución del concepto en sí. Era un estudio. Había financiación. Sin embargo, la mentalidad de la pobreza se resistía. Los trabajadores migratorios, a diferencia de los indigentes, se mostraban demasiado letárgicos para hacer nada. La gente que seguía al sol era fácil de marcar, y nosotros llevábamos a cabo actividades de control por las zonas más cálidas. Los indigentes, en cambio, se resistían. No utilizábamos ni la fuerza ni rondas preventivas más que cuando se resistían. La mayoría de las confederaciones de pobres de solemnidad sancionaban la aplicación de la fuerza. Yo lo sabía de primera mano gracias a mi experiencia personal en el uso de armamento, un uso que era únicamente optativo y nunca pretendía infligir lo que denominamos daños desproporcionados. El dolor infligido tenía que ser equivalente a la amenaza que pesaba sobre nosotros. No era lo mismo fatiga que letargo. Sabíamos que la gente fatigada tendía a ser peligrosa. No mostraban el sopor y el estupor característicos de la gente que seguía al sol en manadas, y que hacían que resultaran fáciles de marcar. Así pues, la cuestión de la fatiga tenía doble filo, y se mezclaba con el problema del lenguaje, y muchos expertos en dialectos se adentraron en los enclaves urbanos para explicarles a los indigentes que todo aquello formaba parte de un estudio para aprender más de sus patrones migratorios. Un estudio financiado. Pero ellos se resistían a las marcas codificadas. Luchaban con uñas y dientes. En nuestros vehículos blindados ligeros nos dedicábamos a conversar. «Qué cansados parecen», decíamos.

Billy se dio cuenta de que Kyzyl lo estaba acompañando de regreso a su cápsula en vez de a la sala de gran tamaño donde estaba la mesa octogonal. Tenía lógica, si uno lo pensaba, porque Kyzyl no sabía que él tenía que regresar a la Conferencia sobre la Masa Invisible. Una vez dentro, y mientras Kyzyl lo esperaba al otro lado de la puerta, tuvo un momento de pequeño desafío y decidió trabajar un poco más en el código estelar. Apagó la luz y se puso a hacer cálculos, con su sedoso lápiz trazando números gigantes en la sábana blanca y lisa. El videoteléfono sonó cinco veces. Pulsó un botón del panel y la pantalla se llenó de luz. Pero no apareció nadie en ella. Lo único que Billy vio fue un triciclo al fondo de la imagen, borroso.

—Big B., ¿me oyes?

—¿Dónde está usted?

—Soy Endor.

—¿Hablando desde dónde?

—Desde el suelo —dijo la voz—. No quiero que me veas. Pero sí que me oigas. ¿Puedes hacerlo?

—No lo recibo muy bien.

—¿Y ahora?

—Mejor.

—Estoy tirado en el suelo gritándole al chisme de hablar. No intentes verme. ¿Sabes dónde estoy?

—Pues en el suelo.

—En qué ubicación, quiero decir.

—En la sala de hobbies.

—Buena respuesta.

—He reconocido el triciclo.

—Pues sí, es ahí donde estoy. He venido temprano por la mañana, caminando. He venido desde el hoyo. He venido cojeando por el barro y la hierba. He estado cavando, muchacho. Escarbando

más y más hondo. Pero quería hacer una pausa y venir haciendo esos, todo flaco y embadurnado de barro, con el propósito expreso de hablar contigo. No puedes verme, ¿verdad?

—No.

—Han cerrado mi habitación con candado. ¿Lo sabías?

—Sí.

—¿Y qué vamos a hacer al respecto?

—No lo sé.

—Ni yo tampoco —dijo Endor—. Como no tengo habitación propia, he tenido que venir a esta supuesta sala de hobbies. Por lo menos nadie ha tocado mis cosas. Mis cosas están intactas. Es importante tener cosas propias. Que estén intactas. Aun así, tenemos que pensar en la otra habitación, la de verdad, la que está cerrada con candado. Vamos a tener que pensar algo, Big Bill, porque llegará un momento en que querrás sentarte un rato en mi habitación. Está programado que las cosas empeoren por aquí. Eso lo sé. Puedes contar con ello, aunque desearás no haberlo hecho.

—¿Y qué hago, pues?

—Quédate sentado y escucha. Quiero contarte todo lo que sé. Vale, no es mucho, pero tenemos que suponer que es mejor que nada. Puede que te ayude a mantener a raya a los mercachifles. Yo estoy en los huesos. No puedes verme, ¿verdad?

—Lo vuelvo a recibir un poco mal.

—Estoy haciendo bocina con las manos. Estoy tumbado de espaldas haciendo bocina con las manos para elevar mi voz hasta el mecanismo de hablar.

—Apenas lo oigo.

—En los huesos y sin voz —dijo Endor—. Te diré una cosa, Big Bill. Cierra los ojos y así yo me podré levantar y acercarme al chisme para hablar. Avísame cuando estés listo.

—Ya.

—¿Ojos cerrados?

—Cerrados con fuerza.

—No me fío de ti —dijo Endor—. Me vuelvo al suelo. Contaré hasta tres y ya podrás abrir los ojos. Esta vez haré una bocina más firme. Eso debería hacerte llegar mis palabras en forma del susurro agonizante más fuerte que puedo articular. Uno, dos y tres.

—Abiertos están.

—Me encanta contar —dijo la voz—. A lo largo de los años, contar me ha producido un placer especial. Se me ocurren innumerables ocasiones en que he dejado lo que estaba haciendo para ponerme a contar un poco, por puro placer intelectual. En este sentido admiro el trabajo de los prusianos. Kronecker, Jacobi y compañía. Aquellos prusianos sí que sabían contar. Desde que me instalé en el hoyo he vuelto a contar con los dedos. Normalmente empiezo con el pulgar de la mano izquierda. A veces con el meñique, sólo para variar la rutina. En este viaje me pienso llevar de vuelta unos cuantos guijarros. Una cosa que falta en el hoyo son guijarros. A eso me dedicaré en el trayecto de regreso. A recoger guijarros. Eso amenizará el trayecto. También me dará algo que contar, además de dedos. ¿Cuánto es dieciocho por once por veintitrés menos quinientos uno más cuarenta y tres multiplicado por dos menos ocho mil ciento noventa y dos?

—Cero.

—Estaba poniendo a prueba tu pericia —dijo Endor.

—No me gusta esa clase de cálculos. Los hago de forma automática, pero son una tontería.

—Lo he calculado antes en el hoyo. Sé que tú puedes hacer cálculos mucho más difíciles, pero mi equipamiento mental ya no es el que era. Quería añadir algunos logaritmos y raíces cúbicas, pero no me acuerdo de cómo funcionan. Así que me he conformado con un montón de números impares. Me ha parecido que por ahí te pillaría.

—Que sean pares o impares no cambia nada.

—Tienes que estar alerta y preparado para lo que se avecina, de manera que se me ha ocurrido hacerte un examen sorpresa para ayudarte a estar a punto. No durará mucho, mozo. ¿Diecisiete por cuarenta y uno?

—Seiscientos noventa y siete.

—Sé que puedes hacer cálculos más difíciles.

—¿Conoce usted a una persona o personas llamadas Harry Braniff? —dijo Billy.

—¿Persona o personas?

—El tal Braniff me ha entregado un objeto en mi habitación a través de la rejilla de salida, y yo me pregunto si lo conoce usted o si conoce a la persona que le ha mandado que lo haga.

—Yo aquí carezco de posición.

—He escuchado el objeto en cuestión y me ha dado la impresión de que podía ser importante, pero no sé en qué sentido.

—Carezco de posición, mozo. No tengo recursos a los que acudir. Vivo solo en un hoyo. Escarbo en la tierra con una percha y las uñas desnudas, emitiendo ruidos no verbales mientras voy cavando. No tengo capacidad para hacer nada importante, salvo contarte lo poco que sé y ofrecerte la seguridad psicológica de mi habitación cerrada con candado si puedes ingeniártelas para anular el candado. En la actualidad carezco de estatus.

—Persona o personas desconocidas, supongo.

—Me largué al agujero porque no pude descifrar el código. ¿Qué está pasando con el código, Big Bill? El código estuvo a punto de acabar conmigo. Llegué a odiarlo, y también a la gente que lo diseñó. Perdí la fe en mí mismo. Maldije la ciencia y los límites naturales del hombre. Contar con los dedos ya es uno de los pocos placeres que me quedan. Los sistemas numéricos son estructuras hermosas y no hay ninguna más hermosa que la serie de los números naturales, y qué mejor forma de apreciar esa belleza que ir contando hacia arriba, empezando por el número uno. Cuentas y cuentas y cuentas y cuentas. Da igual cuánto rato te pases contando, cuántos números innombrables articules, pasados el gúgolplex y la glosolalia, durante años y décadas, siempre habrá un número más, la serie seguirá abierta y seguirá rebasando la imaginación.

—Me da la sensación de que la respuesta es muy simple.

—El universo es enorme, mozo. ¿Qué vamos a hacer al respecto?

—No lo sé.

—Ni yo —dijo Endor.

—Gran parte de él no se encuentra por ningún lado, o sea que no es tan grande como podría ser ni mucho menos. La dimensión del valor oscuro. Gran parte del universo está atrapado en ella. Por eso las galaxias ya no se alejan las unas de las otras como deberían.

—Yo creía que se estaban alejando de forma ordenada —dijo Endor—. Las cosas siempre se alejan. Todo se va corriendo al límite y luego lo sobrepasa.

—La relatividad mogujérica.

—Me viene de nuevo. No había oído ni una palabra de esto. No paran de cambiármelo todo. Si no es una suma es una resta, y si no es una resta es una corrección. A veces puede ser extremadamente deprimente.

—A mí me lo ha contado todo Mohole —dijo Billy—. Tiene una habitación entera sólo para vomitar.

—La Historia de la ciencia está tachada con líneas de pensamiento aditivo y correctivo. Así es como intentamos alcanzar la verdad. La verdad se acumula. Se puede prestar y devolver. Empezamos corrigiendo a nuestros predecesores, lo cual es una forma afectada de asesinato, y a continuación esperamos, bien en esta vida o bien en la siguiente, la daga correctora que se nos clavará entre las costillas descarnadas. Y cuando por fin llega, zip, se acabó toda una cosmología.

—Hay mucha gente preocupada.

—Es el tamaño de las cosas lo que preocupa a la gente. No hay razón para que el universo sea tan grande. Contiene más espacio del que me parece absolutamente necesario. Y también más tiempo. ¿Sabes a quién envidio?

—No.

—Intenta adivinarlo.

—No lo sé.

—A las criaturas de baja gravedad —dijo Endor—. Los habitantes de los planetas con gravedad baja son alargados, esbeltos y delicados. Así es como me imagino yo a los ratnerianos. Me los imagino deambulando por el terreno de forma casi ectoplásmica, una raza de emanaciones con una pizca nada más de materia sólida. Sí. Seres casi libres de la gravedad de su planeta.

—No hay planeta. Allí arriba no hay nada más que una pareja de estrellas enanas. El mensaje vino de otra parte. Ahora están intentando averiguar de dónde vino, más que lo que dice.

—Me viene de nuevo.

—Y a mí.

—¿Y qué va a pasar, pues?

—Casi nada —dijo el chico—. Yo me mantengo a distancia. Jugueteo con el mensaje pero nada más. Eso es lo que va a pasar.

—¿Y aceptas eso?

—Yo nunca pedí venir. Ni me importaba el mensaje ni sabía si era real. Y ahora que empiezo a obtener algún resultado, van y me dicen que de momento no haga nada. Pues si eso es lo que quieren, tal vez les haga caso. Por despecho. Yo creo en el despecho. El despecho me hace sentirme bien.

—Nunca uses incorrectamente la libertad de inventar —dijo Endor.

—¿Y eso qué quiere decir?

El anciano excientífico se pasó diez segundos largos carraspeando, resultaba obvio que se estaba preparando para alguna clase de declaración.

—Trabaja hasta que te duela, mozo. Se te exige. Lo exigimos todos. Es lo que le debes a la disciplina que has elegido. Insistimos en que tu intelecto se esfuerce al máximo. Sólo hay una forma de crear, que es como si te fuera la vida en ello, y de hecho te va en ello. El mensaje nos revelará nuestro lugar en este universo, que es el más grande de todos los posibles. Y en esa tarea has de invertir nada menos que un esfuerzo total de tu imaginación. Todas las partes están conectadas entre sí y todos los números fluyen en la secuencia adecuada. Si no nos das hasta la última migaja de lo que eres, caeremos muertos en montones hediondos. Cualquier orden que pueda concebir la mente del lado izquierdo es tuyo para que lo impongas en otra parte. Cualquier noción de forma que puedas inducir para que emerja de la neblina horizontal es tuya para que la redistribuyas. Allí donde las medidas perfectas te llamen, nadie más que tú estará capacitado para lijar la última viga. Las matemáticas son una expresión de la voluntad de vivir. Limitarse a jugar con ellas equivale a ver aplastada tu naturaleza básica. Sólo los riesgos más feroces hacen posible la existencia. Lánzate hacia delante, mozo. Diseña formas que expliquen las cosas que te rodean. Sacúdete de encima tus colores mortales. Evita la decadencia del cuerpo por medio de actos de perfeccionamiento espectral. Averigua los nombres de las cosas y escríbelos como un niño, en forma de listas elementales. ¿Quién dijo que los nombres y los números nos otorgan poder sobre el mundo? Nada menos que Spengler. Nunca menosprecies la intuición de los hombres de la antigüedad, que creían que el número es la esencia de todas las cosas. La visión matemática no se manifiesta solamente en lo que se escribe y se enseña. El número es una metafísica, el origen secreto de todas las culturas, y se ha matado a muchos hombres por sus herejías y credos seductores. La historia entera de las matemáticas es subterránea, dado que tienen lugar por debajo de la historia en sí, malentendidas, pasadas por alto, ridiculizadas, no leídas, un mundo de sombras apenas percibido incluso por la gente culta. Una historia de aventuras, grandeza, locura y suicidios, y, sin embargo, una historia de ausencia de sucesos. *De ausencia de sucesos*. Las magnitudes se corresponden en términos de proporciones. Las variables, en términos de función. Pero nunca sucede nada. Se demuestra que las declaraciones no se pueden ni demostrar ni dejar de demostrar. Todavía no ha pasado nada y no obstante todo ha cambiado. La existencia sería un terror absoluto sin las ficciones verificables de las matemáticas. De manera que sacrifícalo todo, Big Bill. Llena hasta la última invención delicada de tu dolor y hasta el último extracto furioso de tu talento. Hay que volcar en el plan nada menos que la cordura misma. Compulsiones, tumultos, fiebres y tempestades epilépticas. Lo que se desaprende, junto con tus creaciones más habilidosas. Acuérdate del aborígen y de lo que logró

gracias a su instinto para el espacio puro y las matemáticas del movimiento. Inventor del bumerán. Sí, se puso a llamar al espacio mismo. El costado derecho de su cerebro procesaba más que el izquierdo. La intuición, el movimiento y la conquista del tiempo. Y el objeto de tu tarea, mozo, no es otro que unir los hemisferios. Llevar la secuencia lógica hasta el delirio, llevar la razón al recolector acuclillado, llevar el lenguaje y el significado al sueño del niño salvaje.

—¿Todo eso?

Endor se puso a toser y escupir. Daba la impresión de que las exigencias del discurso formal que había decidido pronunciar le habían dejado sin fuerzas, y Billy se lo imaginó tumbado de espaldas, con los brazos y piernas extendidos, el pecho subiendo y bajando y una barba donde se mezclaban las babas calientes con el barro mohoso y la mucosidad viviente de su última comida. A medida que pasaba el rato, su tos adoptó un tono de desolación total, casi de ladrido, suficiente para definir el residuo de toda una existencia.

—Tres más tres multiplicado por dos.

—Doce.

—Nos vemos en el hoyo —dijo Endor—. Y recuerda, hay un punto después del cual es posible dejar de cavar y aceptar la caída libre. Usa la imaginación. Ella te dirá cuándo hacer el cambio.

Siguió un largo silencio. Billy miró el triciclo blanco de la pantalla. Hubo un temblor electrónico y la imagen desapareció. Intentó trabajar un poco. La visita de Endor lo había dejado desconcertado, tal vez por culpa en parte de su naturaleza no visual. Decidió regresar a la reunión. Kyzyl lo acompañó hasta la puerta de la sala de conferencias. Desconcertado, sí, pero no descontento. Le gustaba que lo llamaran «mozo», sobre todo los tipos con barba. Resultaba agradablemente anticuado.

—Ahora, en cambio, se ha postulado una teoría nueva, con repercusiones enormes.

Billy no entendía por qué alguien querría llevar un peluquín que imitara un peinado de orinal. Mientras hablaba, Bhang Pao iba haciendo gestos de lavarse las manos, moviéndolas de tal manera que cada una de ellas entrara y saliera de la otra como una culebra. Masha Simjian chupaba un caramelo. Los otros dos científicos escuchaban en estado de aturdimiento apático. Billy tomó asiento en una esquina y se dedicó a perfeccionar una mirada de interés periférico. Bhang Pao, haciendo una narración concisa pero apasionada, habló del espacio-tiempo silfidizado y procedió a resumir el resto de la teoría de la relatividad de Orang Mohole.

—En él las leyes no tienen la misma validez —concluyó—. De un mogujero o mogujeros determinados pueden fluir acontecimientos impredecibles. No sabemos con exactitud qué clase de acontecimientos. No se pueden descartar las catástrofes, naturales o no. Hay, sin embargo, una nota de esperanza. El mensaje de los dioses de las estrellas sigue en vigor. Lo único que sabemos es que quienes mandan el mensaje no viven en un planeta que orbite alrededor de la Estrella de Ratner. No obstante, viven y existen, y eso es motivo de optimismo, o incluso de placer inmoderado.

Se abrió la puerta y entraron Melcher-Speidell. Mientras se hacían las presentaciones, Maidengut le explicó a Billy que las contribuciones de aquellos dos hombres al terreno de la física alternativa eran tan dependientes entre sí que la gente ya hablaba de ambos como si fueran un solo individuo, con sus nombres engarzados por un guion imperecedero. A continuación Maidengut trajo dos sillas más a la mesa y todo el mundo se sentó. Billy seguía en el rincón. Lepro se sentó entre Melcher-Speidell.

—No hay motivo para emocionarse —dijo Melcher—. Cuando se habla y se habla y se habla sin parar de modos alternativos de realidad física, tal como hemos tenido que hablar nosotros en el proyecto que hemos emprendido, cuando se teoriza y se teoriza, de pronto da la impresión de que lo que uno ha estado hablando simplemente *sucede*, tampoco coge de sorpresa a nadie, y la reacción normal es pensar que se trata de algo transitorio, pienso yo. No hemos pasado de la primera fase. No sucederá nada significativo hasta que estemos del todo listos. Así es como suele ir la cosa. La idea empieza a desarrollarse y a propagarse. La cosa o evento se vuelve cada vez más concebible para cientos de miles de mentes. La siguiente fase suele ser la inminencia aterradora. La cosa o evento se vuelve atterradoramente inminente. Esto no es nada especial ni

digno de emoción. Y llegado este punto quiero decir que estamos muy contentos de tener esta oportunidad de encontrarnos cara a cara con el radical acelerado que tenemos entre nosotros a fin de garantizarle que su trabajo en el contenido matemático de la transmisión ya no tiene un estatus de prioridad crucial. Lo que importa realmente es la fase última.

—La física alternativa, si nos enseña algo —dijo Speidell—, nos enseña que en cuanto cruzas la línea, en cuanto traspasas la línea y te quedas desprovisto de tus fuentes clásicas, tus explicaciones racionales y todo tu etos científico, en cuanto esto pasa, tienes que hacer una pausa. Tienes que hacer una pausa, igual que nosotros tal vez tengamos que hacer una pausa en algún momento del futuro. Has cruzado la línea, vale, pero eso no quiere decir que tengas que seguir adelante ni tampoco lanzarte al vacío inexplorado. Menuda tontería. Haces una pausa. Reflexionas. Y te orientas. La física alternativa, si quiere salir del ámbito teórico, como quizá tenga que hacer un día, os lo garantizo, con fuerzas redobladas, para entrar en áreas de aplicación directa, está obligada a darnos la orientación que necesitamos, o bien, si no tiene orientación que darnos, está obligada a darnos tranquilidad y apoyo. Hemos llegado a un momento emocionante. Adoptemos un punto de vista positivo y hagamos énfasis en el desafío. Yo estoy emocionado con esto. Quiero transmitir mi emoción pero no sé cómo. Tengo mis peculiaridades como individuo. Cosas de mí mismo que me encantan. Partes íntimas de mí. Soy introspectivo. Me gustan los adultos. Recolecto fruta y centavos. Me gusta dar largos paseos por la playa. No hay lugar mejor para pasear, por cierto. La arena endurece los músculos de las pantorrillas. Es algo necesario en las ciencias hipotéticas.

—¿Por qué o porque sucede —dijo Lepro— que el orador número uno que tengo a mi derecha dice literalmente que no hay nada de que emocionarse, y a esto le sigue el de mi izquierda, quien, por qué o porque él percibe un desafío positivo, habla de emoción y emoción? ¿Acaso esta discrepancia se produce por qué o porque hay un desacuerdo en las cuestiones esenciales o por qué o porque hay diferencias semánticas? ¿Quién se decanta por la semántica, de los que estamos en la mesa, excluyendo a la persona del rincón? Pues yo no. Y me preguntaréis por qué o porque. Y yo respondo que por qué o porque resulta demasiado conveniente, ése es el porqué o porque. La playa es una distracción. El de mi izquierda saca a colación su playa por qué o porque quiere que no pensemos en la cuestión en sí, que es que el firmamento tal vez se esté poniendo un poco raro.

El teléfono prioritario unidireccional sonó con fuerza. Simjian fue al panel, descolgó el teléfono, escuchó durante unos segundos con cara de pocos amigos y por fin se dirigió a Billy.

—Vuelve a ser para ti. Un hombre que no quiere dar su nombre pero dice que por el mensaje ya sabrás quién es. Voy a intentar repetir el mensaje palabra por palabra tal como él lo ha dicho, aunque os aseguro que no entiendo por qué tenemos que estar interrumpiendo todo el tiempo esta conferencia para pasarle mensajes a alguien que está simplemente de oyente. «Doble compañía no viable. Pero se puede simular, repito, simular. Dedos-antena, sensibilizadores, válvulas inflables. Excelente factura, stop, atmósfera propicia para lo que ya sabes, stop, luces suaves y aromas especiales, stop, promesa de momentos memorables para quienes se entreguen a su sensualidad incipiente de adolescente, stop, todo en el escenario de mis aposentos en lo alto de ya sabes qué. No lo comentes con nadie, repito, con nadie».

—No acepto la llamada.

—La voz me ha resultado familiar —dijo Simjian—. ¿Era quien creo que era?

—Sí.

—Porque, si era él, es famoso por la sordidez de su vida privada.

—Es del todo autodidacta.

—Por no mencionar los eventos de mal gusto que le gusta organizar —dijo ella—. Ceremonias degeneradas con objetos y artilugios que imitan nuestros cuerpos.

—Hablando de ceremonias —dijo Maidengut—. Tengo una noticia deprimente para casi todos los presentes. Hay programada una ceremonia de encendido de antorchas en el Gran Foro. Mañana al atardecer. Se supone que han de asistir los treinta y dos galardonados con el Nobel que tenemos en residencia.

—¿Y eso qué tiene de deprimente? —dijo Simjian.

—Que es sólo para galardonados con el Nobel. No puede ir nadie más. Bastante desconsiderado, en mi opinión. Podrían habernos incluido a algunos de los demás.

—Yo nunca he visto una ceremonia de encendido de antorchas —dijo Bhang Pao—. Supongo que encienden antorchas y las reparten. Seguro que las antorchas se encienden previamente a modo de medida de seguridad y luego todos los participantes avanzan lentamente en fila mientras las van repartiendo. Sospecho que a continuación todo el mundo se coloca con solemnidad en su puesto y aguantan sus antorchas encendidas mientras discurre la ceremonia.

—¿Y cuál es el motivo de la ceremonia? —dijo Billy—. Seguro que tiene algo que ver con el aborigen.

—¿Qué aborigen? —dijo Maidengut.

—El aborigen de pelo blanco. El que no tiene nombre. Alguien lo ha visto merodeando esta mañana. He supuesto que tal vez lo han encontrado y han querido tener un gesto amable, para demostrarle lo que piensan de él y de su forma de girar.

—Es por Ratner —dijo Maidengut—. La fiesta es en honor de Ratner.

—No sabía que hubiera una persona llamada Ratner.

—Lo han traído en avión de Estados Unidos. Es la primera vez que viene. Le dieron el Premio Nobel de física cuando era muy jovencito y de eso ya hace mucho mucho tiempo. Una conmemoración maravillosa, en serio, aunque insistan en restringirla. Un gran hombre. El Gran Foro. Ratner en persona.

Melcher-Speidell se levantaron y se marcharon. Los demás los siguieron enseguida, todos menos Maidengut y el chaval. El primero estaba atrincherado en su asiento, estrechando su relación con la silla. Parecía estar esperando que alguien llevara a cabo algún comentario concluyente o bien formulara una última pregunta antes de que él abandonara la sala o bien se cayera rompiendo la silla y el suelo de debajo. Billy se detuvo un momento en la puerta.

—¿El Ratner de la Estrella de Ratner?

—El mismísimo —dijo Maidengut.

Finalizada esta breve conversación, Kyzyl acompañó al chico de vuelta a su cápsula.

OPUESTOS

Billy atravesaba aberturas invisibles con forma de twillig, una serie infinita de portales discretos y convenientes.

Nadie parecía saber dónde estaba el Gran Foro. Fue a un comedor cercano y echó un vistazo al tablón de anuncios («tabla de partes consultivos») en busca de noticias de la ceremonia. Ni una palabra. Ni rastro del nombre de Ratner. Tampoco había indicaciones para llegar al Gran Foro. Leyó la nota solitaria que había sujeta con chinchetas.

**Películas antiguas de arte y ensayo,
8 milímetros. Venta o alquiler.**

1 – *Bañera para dos*

2 – *Plátano sorpresa para la tía Polly*

3 – *Lo que hizo el mayordomo*

4 – *Voleibol a lo loco*

5 – *La francesita y el maromo*

Razón: O. Mohole

Suite de la maternidad

Solamente cita previa

Recorrió un pasillo semicircular, preguntando en vano por el Gran Foro, obteniendo de hecho miradas bizcas y soplidos de burla a modo de respuesta; todo el mundo reaccionaba de forma parecida al oír hablar de aquella entidad llamada Gran Foro, como si fueran pigmeos civilizados y él les estuviera pidiendo que treparan a una secuoya, con algo ancestral en sus respuestas, cierto escepticismo cautivo nublándoles las caras. Al final Billy llegó a una pasarela automática («deslizador lineal») y se montó en ella. Nunca se había montado en uno de los deslizadores lineales, aunque los había visto un par de veces en distintas partes del edificio. Era una experiencia agradable. Te limitabas a quedarte de pie encima, agarrado a la correa en movimiento que tenías encima de la cabeza. La correa, similar a las que se encontraban en el metro, estaba suspendida de un cable extensible que te permitía tirar hacia abajo para adaptarla a tu estatura particular.

Instantes antes se había imaginado que iba atravesando aberturas invisibles ajustadas a su silueta, un número infinito de aberturas distintas. Ahora, sobre el deslizador lineal, tuvo la sensación de estar pasando por un solo orificio continuo que tenía exactamente su altura y anchura. Una perforación personalizada. Provista incluso de una abertura especial para encajar el brazo derecho en alto. Avanzó en línea recta a través de una tenue monocromía vespertina, una especie de crepúsculo interior, con murales abstractos a ambos lados. En un momento dado, una figura de gran tamaño, umbría y sin forma, se superpuso a la geometría de las paredes y el techo. Formas trazadas inequívocamente y sombra amorfa superpuesta. ¿Qué tenían aquellas superficies que hacían que el trayecto pareciera descendente y lo llevaban a creer que estaba respirando cálculo puro y duro? Estricta precisión estricta. De camino a soñar la mezcla subliminal de número y función. Análisis replanteado en términos aritméticos. Posiciones enfrentadas. Números enteros que proporcionaban la sustancia de la elasticidad de torsión continua del análisis. Atomismo y flujo. De camino y dejando atrás el blanco y negro de la historia. Ideal de ideal de prueba.

Todo semirrecluso tiene a su mujer amarantina. A su flor de la inmortalidad imaginaria. «Pero en este caso —había escrito Softly—, la mujer no sólo era real sino que además se dedicaba a las matemáticas. Se trataba de Sonja Kowalewski, y sólo podemos especular acerca de los niveles de intensidad que se alcanzaban durante aquellas tardes cuando ella llegaba a casa de él para recibir sus lecciones. Ella tenía veinte años y él cincuenta y cinco. Una joven aristocrática y habitual de los círculos sociales, mientras que él estaba acostumbrado a vivir en aldeas remotas. De hecho, con lo acostumbrado que estaba a la soledad, ella debió de resultarle una presencia más luminosa

de lo que él podía soportar. Era brillante, atractiva, nacida en Moscú, una pieza de jade oriental (sospechamos) decidida a tomar cuanto quisiera de los dones de su maestro. De manera que especulamos con la densidad de sus encuentros. Con la naturaleza de la luz del sol en la sala de estar de él. Con el tono de sus discusiones sobre series de potencias y números irracionales. Con la ropa misma que ella debía de llevar. Con la cara que debía de poner al escuchar. Con su mirada, aventurándose. ¿Acaso consumir el alma de su preceptor constituía un derecho adquirido de la estudiante? Él era soltero, recordemos, mientras que ella estaba casada (por lo menos según su apellido). Otro nivel digno de ser explorado. Vaciar el uno al otro de posesiones. Negar los nombres artificiales del otro. En su respeto a la lógica, la demostración, la exactitud y la cautela, él intentó no regodearse en su creencia de que la muerte era la retribución a los riesgos no tomados, y se sirvió una cerveza. Ella, por su parte..., ¿qué? Acaso tenía fantasías con las matemáticas? ¿Acaso se imaginaba que él, en sus ataques de vértigo, iba dando vueltas de una habitación a otra, un científico intentando lidiar con la santidad, o tal vez que era inmune, un transmisor de gérmenes del éxtasis? Ella había titulado un libro de memorias sobre las matemáticas *Sobre la rotación de un cuerpo sólido en las inmediaciones de un punto fijo*. Así pasaban las tardes, y cuando ella muriera (por sorpresa) él quemaría sus cartas». Relativa, perteneciente o parecida al amaranto. Flor imaginaria que no se marchita nunca.

En la pared de delante había una abertura parecida a un arco por la cual se adentraba el deslizador lineal. Era un agujero más o menos igual de alto y ancho que él. Billy se bajó del deslizador justamente mientras estaba pasando con un susurro por el arco a oscuras. Al lado de aquella abertura había una puerta que tenía pintada una flecha negra. La flecha señalaba hacia abajo. Billy abrió la puerta y bajó un tramo de escalones de piedra, vetustos y agrietados por muchos sitios. La iluminación consistía en una red improvisada de bombillas de pocos vatios desplegada por el techo. Llegó al pie del hueco vertical alrededor del cual se había construido la escalera. En una de las paredes había un agujero grande y escarpado y al lado del agujero un tipo plantado con una antorcha de plástico en la mano de la que salían llamas de medio metro.

—Soy Evinrude —dijo el hombre—. Llegas muy muy tarde.

—¿Esto es la ceremonia?

—Están asignando los lugares por tamaños y quieren al más pequeño al final de todo. Es lo único que te ha salvado.

—Pero hablamos de la ceremonia en honor de Ratner, ¿verdad?

—Por razones estrictamente oficiales, tengo que preguntarte si eres un galardonado.

—Sí.

—¿En qué modalidad?

—Matemáticas.

—Porque a partir de aquí sólo pueden seguir los galardonados —dijo Evinrude.

—Zorgs. Me premiaron por los zorgs.

—¿Y eso qué es?

—Es un tipo de números.

—Por pura curiosidad, ¿crees que yo entendería de qué estás hablando si me los describieras un poco más?

—No.

—¿Y la gente puede hacer cosas con esos números tuyos?

—La persona media, ni en sueños, pero en su futuro libro, justo en la parte que estoy leyendo ahora, Softly dice que a su manera los zorgs se remontan a la redefinición que se llevó a cabo en el siglo XIX de la idea arcana y semimística de que los números enteros forman la base de todas las matemáticas. Se remontan a tiempo atrás, dice. Softly a veces es así de raro.

—¿Quién o qué es Softly?

—El rector de la Facultad de Matemáticas del Centro para el Perfeccionamiento de las Estructuras Ideacionales.

—Correcto —dijo Evinrude.

La antorcha que el tipo llevaba en la mano era muy grande, y Billy confió en que a él no le dieran otra igual, sobre todo si la ceremonia estaba programada para ser larga.

—¿Y ahora qué? —dijo él.

—Ahora yo te pregunto por qué llegas tarde.

—Nadie me ha sabido decir cómo se llegaba aquí. Le he preguntado a todo el mundo a quien he visto y nadie había oído hablar ni siquiera del Gran Foro. No es que yo no haya preguntado. Es que nadie tenía ni idea.

—Es normal que no hayan oído hablar del sitio —dijo Evinrude—. Porque les has dicho el nombre mal. No es el Gran Foro. Es el Gran Foso. Quien fuera que te dijera el Gran Foro es culpable de inexactitud. Esto es la parte antigua del Experimento de Campo Número Uno. El edificio se construyó en parte sobre una estructura ya existente. No hay mucha gente que lo sepa. La estructura antigua quedó sepultada, y en vez de destruirla o de pasar por encima de ella, incorporaron lo ya existente a lo que estaban construyendo, a modo de contrafuerte de los cimientos, por razones arqueológicas. Y es ahí donde estamos ahora. En la parte antigua. En la caverna del templo. Todavía no han averiguado cómo reformarla a prueba de desastres. Un ruido repentino o una detonación fuerte podrían hacer que todo se viniera abajo.

—¿Qué es eso de asignar los lugares por tamaños?

—Es para conseguir un mayor dramatismo con las antorchas.

—¿Todos llevaremos antorchas?

—Los galardonados —dijo Evinrude—. A cada galardonado se le asigna una antorcha, a continuación cada uno va a su lugar asignado por tamaño y por fin se encienden las antorchas y las sostenéis.

—¿Y por qué hacen la ceremonia aquí abajo?

—Por la gente de Ratner.

—¿Qué clase de gente?

—El médico, la enfermera, el organista, el tío de la secta de barbudos. Han insistido en que hiciéramos la ceremonia en el Gran Foso porque, primero de todo, hay que tener en cuenta la salud del anciano, y el aire de aquí abajo es el más conveniente. En segundo lugar, en el Gran Foso se siente el pasado porque forma parte de una estructura venerable, y eso también hay que tenerlo en cuenta: la conciencia del pasado y el respeto por la herencia.

—A mí no me ha consultado nadie.

—Es que has llegado muy muy tarde. Debe de ser por eso por lo que no te han consultado. La gente de Ratner no ha llegado tarde, ha recorrido miles de kilómetros pero ha llegado a tiempo.

—A ellos no les dijeron el Gran Foro en vez del Gran Foso.

—Hora de entrar —dijo Evinrude—. Paso ligero, no te duermas, mueve esos pies.

Bajó la antorcha y Billy pasó por el agujero y descendió por un tramo de escaleras torcidas que llevaban a un cuarto pequeño y polvoriento, completamente vacío salvo por una puerta de bronce y un banco de piedra. Las partículas del aire le recordaron el polvo de tiza, y dio por sentado que toda aquella materia en polvo simplemente se había desprendido flotando de las paredes y del techo, lo cual se añadía al resto de los indicios de la fragilidad y la antigüedad del lugar. Se abrió la puerta y entró un hombre con sombrero fedora de armiño y abrigo largo y negro. Tenía una barba blanca y desarreglada que le llegaba al pecho, y aunque sus puntas finas y tenues hicieron pensar al chico en algodón quirúrgico asomando de una caja de la que alguien acabara de sacar un puñado, después de echarle otro vistazo se convenció de que la barba era todo menos suave, de que sus hebras eran gruesas, firmes y duras, endurecidas por décadas de miseria y sordidez. El abrigo le llegaba casi a los zapatos. Se acercó al banco y Billy se apartó para dejarle sitio y que se sentara, pero el hombre no llegó al banco, sino que juntó las manos detrás de la espalda y se inclinó un poco hacia delante, agachando la cabeza y empezando a mover los labios unos segundos antes de ponerse a hablar.

—El anciano quiere que le entregues las rosas tú.

—Yo creía que el anciano era usted.

—Yo soy Pitkin, el que asesora sobre los textos. Estoy buscando a la persona que él ha elegido personalmente para entregarle las rosas en mano. Es un ser humano encantador. Yo le asesoro sobre los textos místicos. Sin embargo, si me lo sacaran a la fuerza con pinzas al rojo vivo, admitiría que aprendo más con Shazar Ratner de lo que yo podría llegar a enseñar ni aunque llegara a vivir... , venga, dame una cifra.

—Cien años.

—Una cifra más alta.

—Ciento cincuenta.

—Quédate ahí —dijo Pitkin—. Hace muchos años regresó a sus raíces. La Eastern Parkway. Un lugar tan estricto que no te lo creerías. Pero al anciano le hizo gracia regresar.

—¿Estricto en qué sentido?

—Los códigos, las normas, las leyes, las costumbres, los manteles, la cubertería, los platos.

—O sea que es de Brooklyn, si tiene sus raíces en la Eastern Parkway. Me sorprende no haber oído nunca hablar del anciano, teniendo en cuenta que yo también soy del área metropolitana.

—Es un encanto de persona —dijo Pitkin—. Después de que le entregues las rosas, te va a querer susurrar una palabra o dos. Eres el más joven. Él supone que vale la pena decírtelas a ti. Los demás le importan todos un pimiento. ¿La ciencia? Él ya le ha dado la espalda a la ciencia. La ciencia lo convirtió en un nombre conocido por todos, en parte del firmamento, pero ya se hastió de todo eso. Regresó al manantial a beber. Fue entonces cuando me lo asignaron a mí. Porque conozco los textos. Hace muchos años, mucho antes de que un chaval como tú se formara a base de mejunje maloliente en las trompas de su madre, yo me aprendí de memoria los textos. Ellos no lo saben, los demás patriarcas, porque en teoría no hemos de memorizar cosas. Memorizar se considera trampa. Cuando memorizas algo, pierdes el sentido interior. Pero es que, si no, ¿cómo va a convertirse en patriarca un memo como yo? Dime cómo y yo lo hago. Entre tú y yo nada más, he hecho un poco de trampa. ¿Y a quién he hecho daño? Muéstrame a quién he hecho daño. De vez en cuando le echo un vistazo o dos para refrescarme la memoria. Pero muy de vez en cuando y solamente para refrescar. Lo juro, y tú eres el testigo de mi juramento porque te tengo delante. Si miento, que tus dos ojos resumen pus vengativo.

—¿Por qué mis ojos?

—Porque el juramento va así —dijo Pitkin—. Yo no he escrito el texto. Pregúntale por qué tus ojos al que lo escribió.

—Debe de ser bastante antiguo, un juramento así, de cuando creían en la crueldad exacta hacia las partes corporales del otro. Ojo por ojo. Diente por diente.

—¿Conoces los textos?

—Cuatro cosas que he oído.

—¿Adónde regresó el anciano a beber?

—Regresó al manantial a beber.

—Todos memorizamos cosas. La memoria está ahí, de manera que ¿a quién perjudica el hecho de usarla? En eso discrepo del resto de los patriarcas. Los patriarcas dicen que hay que interpretar los textos. Encontrarles el significado interior. Buscar los rayos sagrados procedentes del mundo de las emanaciones. Los textos dicen lo mismo. Pero no todo el mundo puede interpretar. Hay gente a quien interpretar le cuesta. Me tienes que perdonar, pero es verdad. Pitkin memoriza cosas. Si eres capaz de decirme una sola cosa mala que tenga que memorizar y que no se me haya ocurrido ya a mí solo, me quitaré toda la ropa y caminaré desnudo por Crown Heights.

—He oído hablar de ese sitio.

—Así pues, ten un poco de compasión con alguien cuya vida entera ha sido temor, miedo y pulpa.

—¿Pulpa?

—La inocencia y la pulpa.

—Quiere usted decir culpa. Temor, miedo y culpa. Eso sí que tiene sentido. Ha dicho usted pulpa. Pero se pronuncia culpa, seguro.

—Tengo delante de mí a un corrector. ¿Acaso merezco esto de un niño de concurso televisivo? ¿Acaso necesito que me hable así alguien de quien ni siquiera sé si su pequeña pilila ha sido purificada por el cuchillo?

—Un segundo, por favor.

—Encima de estar a medio metro de uno que mea guarro, ¿tengo que escuchar cómo me corrige la ortografía un listillo de la aritmética?

—Me educaron para que me lavara todo el cuerpo.

—Hablo de guarro en el sentido de impuro, no de sucio. De guarrería ritual, que es la peor. Quiero decirte una cosa, a pesar de que me rompe el corazón darle consejos a un corrector ortográfico. Un pequeño consejo gratis procedente de los textos místicos. ¿Estás listo? ¿Estás listo? Niño de concurso, corrector, ¿quieres que los textos te instruyan o quieres ir por la vida sacudiéndote la pilila como un mono?

—Le escucho.

—Aprende un poco de temor y miedo.

—¿Y nada más?

—Mono blanco, corrector ortográfico, saca tus asuntos de las narices de los demás.

Billy empezó a imaginarse que debajo de la barba y de la ropa gruesa y oscura había un jovencito ataviado a la última moda de los lugares de veraneo, un telonero elegante y despreocupado que remataba su número cómico disfrazándose con harapos, poniéndose una barba y saliendo al escenario caracterizado de Pitkin para parlotear ininteligiblemente sobre la vida del gueto en el Brooklyn de la Edad de Piedra.

—¿Qué he dicho que tenías que aprender?

—Temor y miedo.

Se abrió la puerta de bronce y entraron un médico y una enfermera. El médico tenía en la mano una jeringa enorme y la enfermera empujaba un artefacto con ruedas que consistía en una garrafa de cuatro litros de líquido incoloro y una manguera fina y negra que salía de la garrafa, pasaba por un contenedor de vidrio borosilicatado (lleno de un material semisólido) y acababa en un recipiente pequeño y cilíndrico de color claro. Sin prestar atención alguna al anciano y al niño, el médico empezó a llenar la jeringa con aquel líquido procesado a través de la manguera, el recipiente y el tubo. Era un procedimiento complicado, y cada vez que el médico o la enfermera hacían un movimiento en falso, el otro le daba una palmada en la mano, aunque sin animosidad verdadera.

—Menudo médico —susurró Pitkin—. Sólo acepta los peores casos. Si te ve teniendo un ataque al corazón en la calle, pasa de largo. Le dices que se te ha metido una mosca tse-tse en los pulmones y tendrás suerte si para. Gana tanto dinero que es imposible contar números tan grandes. Tiene una casa con terrenos. Dos puertas grandes, una delante y otra atrás. Una tostadora que te hace cuatro tostadas a la vez. Su yate se llama *Prostatectomía transuretral*. Usa a una enfermera de color. ¿La ves? ¿La del tubo en la mano? De color. Entra en cualquier hospital que te encuentres y verás lo mismo. Uniformes, zapatos y gorritos. Como cualquier otra. Pero de color. Es un especialista total, el doctor Bonwit. El anciano tiene fe absoluta en él. Si ha venido de tan lejos para hacer lo de las antorchas, es sólo por Bonwit. Si está Bonwit de por medio, entonces sí que se muestra dispuesto a viajar. Les hemos pagado el viaje de ida y vuelta. A Ratner, Bonwit, Pitkin, al organista y a la enfermera de color. Hemos hecho una colecta en el barrio. Tal es el respeto que le tiene la gente al nombre de Ratner, tanto antes como después de lo de su espalda.

—¿Tiene problemas de espalda?

—De darle la espalda a la ciencia.

—Pero ¿cuál es el problema de salud que lo obliga a viajar con un médico?

—No solamente con un médico. Con un especialista. Por favor, no lo llames nunca médico a la cara. ¿Es que no lo sabes? Pero ¿qué tengo aquí delante? ¿Cuántas clases de genialidad me dijeron que tenía que esperar de ti? Capullín, ¿de dónde tienes que sacar tus asuntos?

—De las narices de los demás.

—Un poco de temor y miedo nunca han hecho daño a nadie.

—Pero ¿qué enfermedad tiene el anciano?

—Búscalo —dijo Pitkin—. Acude a cualquier página del manual de medicina y te la encontrarás. Hinchazón de los alvéolos dentales. Ojo marrón. Incontinencia urinaria. Endurecimiento de los conductos. Hormonas descoloridas. Extremidades bloqueadas. Fugas de las encías. Unos gases tremendos. Los pulmones al borde del abismo. Bonwit les da dos semanas a los pulmones. La respiración que le queda es poco profunda y muy dificultosa. Los pulmones, los pulmones.

—¿Qué tipo de gases?

—Intestinales y digestivos. Gases mixtos. Un poco de cada.

—¿Y qué más?

—La piel y los huesos —dijo Pitkin.

—Los de la aseguradora médica deben de estar encantados.

—¿Cómo te estás comportando, a pesar de que te dije que no te comportaras así?

—Como un mono blanco.

—¿Qué tengo aquí delante?

—A un capullín.

—Humedad —dijo Pitkin—. Tiene el cuerpo entero húmedo. Tendrías que ver cómo el médico trabaja día y noche para mantenerlo seco. La dedicación a ese nivel resulta impagable. Para mantener a un hombre con vida hacen falta máquinas. Su cara, su boca.

A Pitkin se le siguieron moviendo los labios y Billy se preguntó exactamente qué edad debía de tener el tal Ratner, si a su asesor en materia de textos le parecía adecuado referirse a él como el anciano y al propio asesor le crecía pelo blanco en la cara al nivel de la barba y hasta por encima, rodeándole los ojos, y además tenía unos labios que empezaban a moverse antes de que él hablara y no se detenían hasta bastante después de que terminara de hablar. Ahora el doctor Bonwit abandonó la sala, con la jeringa debidamente llena, y la enfermera lo siguió, empujando el sofisticado artilugio con ruedas.

—¿Eso es para el anciano?

—Silicona de la que no hace grumos —dijo Pitkin—. Al anciano no le gusta ver cómo llenan la jeringa, de manera que ellos se esconden a la vuelta de la esquina más cercana y la llenan ahí.

¿Quién puede mirar las agujas?

—¿No me suena la silicona a algo relacionado con el aumento de pechos?

—Cuidado con decir palabrotas delante de un patriarca.

—¿Sí o no? ¿Se la están inyectando en los pechos?

—Largo de aquí.

—¿Por qué?

—¿Esas palabrotas dices delante de un patriarca?

—Solamente lo preguntaba.

—Largo de aquí.

—No he hecho nada malo.

—Se la están inyectando en la cara —dijo Pitkin—. Anoche, mientras sobrevolaban el océano, se le deshizo la cara. Una tormenta de mil demonios. Los pilotos no tuvieron más remedio que afrontarla metiéndose en ella. De manera que ahora Bonwit le está recomponiendo la cara con una pequeña inyección. ¡Puf!, y ya está rellena. Se trata de una silicona instantánea, según Bonwit, que te rellena, te recubre por dentro, te calienta los tejidos y evapora esa humedad que te causa problemas por todo el cuerpo. Es de la buena. De la que no hace grumos. Él la recomienda.

—No para todo el mundo.

—¿Qué puedo decir? Él la recomienda. Son palabras textuales de él, de Bonwit, que yo he memorizado. Con reglas tan estrictas, ¿quién no se pondría a memorizar cosas? Eso pregunto yo. Tienes delante a alguien que hace preguntas. Si me manipularan el cuerpo con unas pinzas al rojo vivo, tal vez admitiría que me iría bien otra oportunidad. Tal vez si me dieran una segunda oportunidad podría aprender a interpretar. Tal vez no sea tan imposible como creo, bobo o no. Y, sin embargo, te pregunto: ¿a quién he hecho daño, más que a mí mismo? Lo pregunta un viejo.

Cierto, he hecho algunas trampas. He memorizado alguna que otra cosa. No he buscado los significados interiores. Me he pasado años loco de preocupación por esto. Si me dijeran que me daban otra oportunidad, cruzaría desnudo un tren lleno de gente de color en hora punta. Lo juro por lo más sagrado. Si miento, que heredes un hotel con diez mil habitaciones y te encuentren muerto en todas.

—Esos juramentos son bastante peligrosos para la gente que está delante de usted escuchándolo.

—Yo no los he escrito. Se escribieron hace cinco mil años. Si quieres cambiar el texto, ve a quejarte. Diles que te manda Pitkin. Yo ya tengo bastantes problemas con esas trampas que cometí, y que son como ascuas sobre mi corazón que no me dejan dormir por las noches, como para aguantar también eso: figurar en las quejas de un niño recién llegado que se dedica a corregir la ortografía ajena. Es el problema que tienen los entornos estrictos. Que traen el temor incorporado. Cuantas más trampas haces, más miedo pasas. ¿Dónde está la impunidad en este mundo?

—No empiece con el pus vengativo.

—Un juramento es un juramento.

—No tiene usted por qué usar los peores.

—Es hora de entregar las rosas —dijo Pitkin.

Salieron por la puerta de bronce, pasaron junto al artilugio de la silicona instantánea y bajaron varios tramos de escalera que parecían todavía más viejos y en peor estado que los escalones por los que habían bajado antes. Billy oyó música de órgano procedente de más abajo, un ronquido reverberante de magnitud cavernaria, y siguió a Pitkin por una ranura de la pared y hasta el Gran Foso, una gigantesca cámara subterránea que conservaba en gran medida su estado natural (frías superficies de piedra), pero incluía también restos de arquitectura antigua (columnas, medias paredes, parte de una tarima), además de elementos de instalación más reciente (lámparas fluorescentes y refuerzos estructurales). Las luces estaban suspendidas de unos aparatos portátiles de gran tamaño que parecían percheros. El órgano, que era el de Endor, el mismo órgano de tubos de neón que Billy había visto en la sala de hobbies, estaba colocado sobre un saliente de la roca situado en un rincón remoto. Aparte de Pitkin, la única gente que podía ver en aquel momento eran el organista, que estaba tocando el mismo tipo de música que se ponía en los intermedios de los partidos de hockey, y el médico del anciano, que ahora caminaba directo hacia Pitkin. Los dos hombres intercambiaron unas cuantas palabras y luego el barbudo asesor desapareció en una suave hondonada que había a unos treinta metros de distancia. Mientras escuchaba el órgano, Billy recordó el comentario que había hecho Evinrude sobre un ruido muy fuerte que podía provocar que se derrumbara todo el Gran Foso, si es que se podía considerar que un foso era algo susceptible de derrumbarse.

—Puede que el anciano sobreviva y puede que no —dijo Bonwit—. Una ventaja que tenemos es el aire de este sitio, un aire cristalino, maravilloso agente purificador de la biomembrana. Mira, lo vamos a plantear de la siguiente manera. Los galardonados ocupan la antecaverna anexa al Gran Foso y se les dan instrucciones de cómo manipular las antorchas. No te unas a ellos hasta que entren desfilando y Sandow te haga una señal con la mano. Sandow es el hombre que está tocando el órgano. Después de que te haga la señal con la mano, Pitkin y Georgette traerán la biomembrana sobre ruedas desde aquella zona de sombra, siguiéndome a mí. Luego Sandow hará la presentación y soltaremos las palomas.

—¿Y cuándo entrego las rosas?

—Después de las palomas —dijo Bonwit.

—¿Qué es esa biomembrana que traen sobre ruedas?

—Es lo que mantiene vivo al viejo Ratner. Un entorno de membrana biomédica ultraestéril. Esto es el prototipo, totalmente operativo pero con algún que otro problemilla. Es un sistema de soporte vital completo que ha evolucionado a partir del aislante de oligoelementos que se usaba para mantener libres de gérmenes a los animales de laboratorio. El anciano nunca sale de él. Es el único entorno no hostil que le hemos podido encontrar, teniendo en cuenta su grado de deterioro. El recuento de bacterias es cero. Hay una doble cámara estanca para controlar los

flujos de aire. La presión está regulada, y cuando su sistema necesite una buena sacudida, hay terapia de oxígeno automática. Hasta tiene un conducto de vapor para reducir la posibilidad de infectarse a sí mismo. Si empieza a decaer, Georgette levanta el escudo y yo entro gateando y lo opero. La biomembrana es un quirófano en miniatura que se esteriliza a sí mismo y hasta se podría adaptar para hacer las veces de centro de terapia postoperatoria, si él llegara a vivir tanto tiempo, como suele decirse.

—¿Sandow también es un galardonado?

—Sandow es organista —dijo el médico.

—Me dijeron que sólo habría galardonados. Puedo entender que haya un médico y una enfermera y una persona que lea los textos. Pero si sólo hay galardonados, ¿por qué traer ese órgano hasta aquí abajo y luego incluir a alguien que no ha ganado el premio? O tal vez sí que lo ha ganado y sólo toca el órgano para divertirse.

—Pues no lo ha ganado, a menos que den el Premio Nobel por pedalear. Pero el órgano da ambiente. A mí personalmente no me importa que esté. Da mayor pompa tener un órgano. «LaMar T. Sandow al teclado». Además, es un viejo amigo del anciano. A la gente le gusta recibir honores delante de sus amigos. Yo estoy a favor de los órganos en funciones como ésta. Proporcionan un tono embriagador.

—¿Cuál es la especialidad de usted?

—Todas —dijo el médico.

Pitkin regresó, encorvado y arrastrando los pies, con un ramo de rosas blancas en los brazos.

—La enfermera de color me ha encargado que le diga a usted que la cara ya está rellena.

—Bien —dijo Bonwit.

—He fingido que hacía una pequeña lectura. He dado un buen espectáculo. Ha hecho que al anciano le gotee la nariz de la emoción. De los ojos le manan mocos verdes y espesos, pero de la nariz no le sale más que agua.

—¿A usted qué le parece que tengamos un órgano? —dijo Bonwit.

—Ya tenemos uno. ¿Qué pasa, quiere dos?

—Sólo quiero saber qué piensa usted. Estoy contrastando unas cuantas ideas.

—¿Qué pasa, que alguien se opone?

—Pues sí.

—Espere, a ver si lo adivino.

—¿Quiere darme las flores?

—¿Quién podría oponerse al órgano? ¿Qué persona es la que más corrige a las demás, en relación con su tamaño? Dime «caliente» si me acerco al corrector ortográfico.

—Pertenece a Endor. Lo tendrían que haber dejado donde estaba.

Sandow interrumpió el interludio musical y se puso a tocar una marcha triunfal. Pitkin le entregó a Billy las flores y regresó al rincón a oscuras, esta vez acompañado por el doctor Bonwit. Los galardonados empezaron a entrar, desfilando, treinta y uno en total, organizados por tamaños. El neón multicolor emitía destellos intermitentes y latía a través de los tubos transparentes que se extendían muy por encima del órgano. Las antorchas que llevaban los galardonados eran igual de grandes que la que había usado Evinrude para iluminar el camino hasta el foso escarpado del principio. Aunque todavía no se las habían encendido, los portadores sostenían las antorchas como si éstas estuvieran a punto de vomitar chorros de lava al rojo; es decir, los galardonados mantenían los artilugios de plástico bien lejos de sus cuerpos, con las cabezas bien apartadas. Parecían desfilan acompañados por una fe terrible en su capacidad de autoinmolación. Un apretón insulso de manos recorrió metódicamente la fila, paralizando su arrastre de pies procesional.

El pequeño desfile se detuvo mientras Sandow levantaba las manos del teclado y se volvía hasta el final del banco, mirando directamente a Billy. Los ecos de la música de órgano colisionaron en las alturas del recinto del Gran Foso. Sandow se dio dos golpecitos con la mano derecha en el interior del muslo izquierdo. Aquélla resultó ser la primera de dos señales, mientras que la segunda fue un ligero meneo del pulgar. Billy, flores en ristre, ocupó su lugar al frente de la fila.

Ahora se dio cuenta de que la primera señal había sido para él (ponte en la fila) y la segunda para el médico, la enfermera y Pitkin (traed la biomembrana), porque en aquel momento apareció un tanque transparente y enorme. Su forma básica era simple: un cilindro con ruedas, un torpedo de morro chato colocado a lo largo sobre una base metálica a la cual le habían instalado cuatro neumáticos del tamaño de ruedas de ciclomotor. El doctor Bonwit iba por delante de la biomembrana, apartando piedrecitas del camino a patadas, y lo seguían Pitkin y la enfermera, empujando. Por todos los lados del tanque de tres metros de largo había complicados artefactos de monitorización, así como toda clase de indicadores, tubos e interruptores. Era con diferencia el mecanismo sanitario más sofisticado que Billy había visto nunca, y ahora se puso de puntillas para echarle un vistazo al mismo Ratner. Por desgracia, en aquel preciso momento el ángulo no era favorable. Lo que pudo ver con claridad fue media docena de adhesivos y calcomanías de colores vivos de los patrocinadores a ambos lados de la biomembrana e incluso en su punta chata. Nombres de empresas, nombres de marcas, eslóganes y símbolos.

MAINLINE FILTRONIC

Mantenimiento de tanques y filtros
CORTINAS DE AIRE INCOMPARABLES STERILMASTER

«El aire que respiras es la vida que salvamos»

REVESTIMIENTOS DE POLIETILENO BIZENE

Inspeccionados y aprobados por la UDGA

BASES METALIZADAS WALKER-ATKINSON

Del equipo de Uniplex Syntel

PANELES DE CROMO EVALITE

La empresa de material quirúrgico con más glamour

DREAMAWAY

Sábanas, colchones y somieres

Una división de Laboratorios OmCo

«Construimos un mundo modélico»

Sadow permaneció de pie ante el órgano, sobre el saliente rocoso natural, y esperó a que el hombre de la barba y la enfermera terminaran de empujar el artefacto. Cuando acabaron, todo quedó en silencio salvo el arroyo subterráneo cercano y el último eco lastimero de la marcha triunfal que les llegaba a duras penas desde una superficie lejana de la enorme caverna. Sadow, un tipo corpulento y medio calvo, tenía una especie de sonrisa oriental en la cara, una expresión de angustia sutilmente alterada por las décadas de erosión.

—Me gustaría iniciar mi alocución reafirmando mi amistad con el anciano, pese a que hace más de veinticinco años que nos fuimos cada cual por su lado por culpa de un choque de ideologías, lo cual explica mi presencia aquí, una presencia que simboliza una reunión, rollo «cojámonos de la mano»; y menudo escenario tenemos hoy, damas y caballeros, toda una basílica, si se me permite usar ese término en un sentido no sectario para hablar de la roca desnuda y de las reliquias de una civilización desconocida y ubicada a tanta profundidad, y nos disponemos a encender nuestras antorchas a modo de tributo a esta alma bondadosa de la ciencia, que, cuando éramos jóvenes, él y yo, propugnamos tanto como se podía propugnar en aquellos días ignorantes de los principios del humanismo científico, incluyendo, si no recuerdo mal, la libertad individual, la democracia para todos los pueblos, la prohibición del nacionalismo y la guerra, el no esperar a que una divinidad teísta haga lo que podríamos hacer nosotros en calidad de hombres y mujeres iluminados y unidos en nuestras convicciones humanistas, y el derecho a divorciarse; y, sin embargo, por lo que tengo entendido, él ha regresado a esas ideas y cosas de las que muchos de nosotros estuvimos tan ansiosos por huir, demostrando, supongo, que la ignorancia posee cierta longevidad, y no voy a invertir este tiempo del que dispongo aquí en suministrarles a ustedes una lista de las convicciones actuales de este gran excientífico, más allá de mencionar el poder secreto del alfabeto, el nombre innombrable, la contracción literal de la superdivinidad y el miedo a los incubos; así pues, ampliando mi declaración previa, esto no es sólo una reunión, sino en cierto sentido una marcha, porque después de llegar a la ciencia y al humanismo, él se ha marchado, y en lugar de una llama eterna, que era lo que yo había confiado en tomar prestado para la ocasión, estamos aquí para encender nuestras antorchas en honor a

Shazar Lazarus Ratner, pensando que qué mejor forma de honrar a ese hombre, a ese gigante científico, que hacer que todos los premios Nobel enciendan sus antorchas con una llama eterna, que yo había querido que me trajeran en avión de uno de los países de la cuna de la civilización o de cerca de ella, yo había querido coger prestada simplemente la llama y devolverla después de la ceremonia, y que ellos nos presentaran factura por la cantidad que juzgaran conveniente, pero la verdad es que me daban miedo los grupos de presión y preví que algún miembro de uno de esos grupos me haría el comentario «¿cuna de *qué* civilización?», porque siempre hay ese prejuicio contra el hecho de que la civilización occidental tenga su propia cuna y la llame *la* cuna cuando otros pueblos tienen sus propias ideas de dónde está la cuna y hasta de si existe o no una cuna en el sentido en que nosotros usamos del término, que es puramente descriptivo de sí mismo y creo yo que no intenta cancelar ningún otro, y nada de todo esto, mientras les doy las gracias por su tiempo y su atención, tiene nada que ver con las palomas.

Reaccionando en apariencia a una palabra o frase acordada de antemano, uno de los galardonados se salió de la fila y se acercó a un cajón situado debajo del escenario natural donde estaba el órgano.

—Las palomas —dijo Sandow—. Soltemos las palomas. La liberación de las palomas, damas y caballeros.

El hombre levantó la tapa del cajón y una cincuentena aproximada de palomas salió entre sacudidas, como una serie de nudos deshaciéndose en una sola cuerda, y echaron a volar hacia la cúspide de la caverna, virando justo antes de llegar para introducirse por una abertura que había en la pared de roca, convertidas en un simple murmullo.

—La entrega de las rosas —dijo Sandow—. El chico se acerca a la gran gesta médico-ingenieril y le entrega simbólicamente las rosas.

Billy se acercó al tanque y fue alzado en volandas por el doctor Bonwit y sostenido sobre la superficie curvada del escudo transparente. Debajo de sí, vio la pequeña figura de Ratner, sepultado en profundos almohadones blancos. El médico estaba de pie a un lado del tanque y la enfermera al otro, y los dos juntos sostuvieron a Billy mientras éste mostraba las flores al anciano.

—Ratner ve las rosas —dijo Sandow—. El anciano percibe el ramo floral.

El médico y la enfermera bajaron a Billy hasta dejarlo a horcajadas sobre el tanque. Bonwit giró el dial, activó un artilugio en forma de cámara que estaba encajado en la parte del escudo transparente situada justo encima de la cara de Ratner y a treinta centímetros de la entrepierna de Billy. Inmediatamente salió un ruidito de estática del interior de la biomembrana, al parecer el ruido que hacía la respiración de Ratner a través de la cámara de alocución con filtro de bacterias del tanque.

—El chico se prepara para escuchar las palabras filtradas —dijo Sandow.

Bonwit cogió las flores y las introdujo en una especie de vaina situada en el costado de la biomembrana. Ahora que ya no tenía el ramo, Billy pudo adoptar una postura a horcajadas más cómoda. Tumbado de espaldas, Ratner miraba directamente a la cara del chico. En un gesto de respeto, este último se inclinó hacia delante, intentando indicar su anhelo por oír los comentarios del anciano. De hecho, no sentía ni anhelo ni respeto, pero la ocasión parecía exigir gestos por su parte. Ratner llevaba boina negra y un chal de oración largo y con flecos que le cubría desde los hombros hasta los pies.

—El anciano habla con el chico —dijo Sandow—. Sumido en la miseria y la enfermedad, le dice palabras verdaderas al chavalín que está encima del tanque.

La cara pequeña y vetusta del anciano estaba glaseada como la fruta artificial. La boina, sin embargo, le otorgaba algo parecido a un porte heroico. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y los diminutos puños encogidos. Efectivamente, a Ratner le rezumaban de los ojos lo que Pitkin había denominado mocos. Por suerte, sólo era un hilillo. Del rabillo de cada ojo. Los labios marchitos se separaron con lentitud y el anciano habló.

—El universo, ¿qué es?

—No lo sé.

—Empezó con un punto. El punto se expandió hasta que la oscuridad se quedó con el lado izquierdo y la luz con el derecho. Así empezaron las distinciones. Pero antes de la expansión vino la contracción. Tenía que haber sitio para que cupiera el universo. De manera que el *Ein Sof* se contrajo. Así se hizo sitio. El creador, también conocido como de mayúscula puntos suspensivos o ese, creó entonces el punto de energía pura que se convertiría en el universo. En ciencia, esto es lo que se llama Big Bang. Lo que pasa es que para mí la oposición no es entre gran explosión y estado de calma. Es entre gran explosión y pequeña explosión. Yo voto por la pequeña. La materia era tan densa que apenas pudo explotar. La explosión apenas salió. Si hablas con un científico, esto fue el principio. La bola de fuego se hizo más grande, la temperatura cayó y empezaron a formarse las galaxias. Pero estuvo muy a punto de no suceder. De tanta densidad que había. La materia estaba embutida como las sardinas de una lata. Cuando por fin explotó, apenas se oyó nada. Esto es ciencia. En tanto que científico, yo apuesto claramente por la pequeña explosión. En tanto que hombre en su conjunto, yo creo en la contracción del *Ein Sof* para hacerle sitio al universo.

Billy levantó la cabeza y miró en dirección a los galardonados que estaban en fila con sus antorchas sin encender.

—Dice que vota por la pequeña explosión —les dijo—. Que el ruido quedó amortiguado.

Luego se inclinó sobre la biomembrana mientras Ratner se preparaba para hablar otra vez.

—El *Ein Sof* es incognoscible. Lo oculto. El «eso que no está ahí». El «ni la causa ni el efecto». El de mayúscula puntos suspensivos o ese que hay más allá del de mayúscula puntos suspensivos o ese. Lo que no tiene límites. Lo «no solamente inexpresable sino por definición inconcebible». Y, sin embargo, emana. Se revela a sí mismo por medio de sus atributos, las *Sefirot*. De mayúscula puntos suspensivos o ese es la primera de las diez emanaciones sefiróticas del *Ein Sof*. Sin la retirada o contracción del *Ein Sof*, no podría existir punto, ni inicio cósmico ni universo, ni de mayúscula puntos suspensivos o ese. Esto lo descubrí poco después de mirar por mi primer telescopio cuando era niño, en Brooklyn. Pero por entonces no conseguí entenderlo.

Ratner se detuvo llegado aquel punto, al parecer para recobrar fuerzas, y Billy echó un vistazo a los presentes y les transmitió otro informe en miniatura, tal como supuso que ellos querían, después de haber venido de todos los confines del mundo para estar presentes en la ceremonia:

—No hay universo sin contracción. Se crio en Brooklyn, era un niño ateo.

Devolvió una vez más la atención a Ratner. Su cara lacada estaba inflada de forma desigual. Allí donde le faltaban dientes, los alvéolos inflamados se habían hinchado hasta ser convexos, dejándole una boca dividida entre dientes temblorosos y bultos de encías reventadas. Además, la voz del anciano parecía la de un juguete a cuerda, metálica e irreal, pero Billy no sabía si esto se debía a su condición física o a la acción purificadora de la cámara de alocución electrónica.

—Venimos de las estrellas —dijo Ratner—. Nuestros componentes químicos, nuestros átomos, fueron creados originalmente en los centros de las antiguas estrellas que explotaron y diseminaron sus restos por el cielo hasta que llegaron a reunirse en forma del Sol que conocemos y el planeta que habitamos. Yo empecé mirando el cielo con prismáticos. A un niño como yo, mal alimentado, pálido y con un panorama mental pequeño, le parecía notable que existiera algo más grande que Brooklyn. En aquella época sin televisión, las estrellas podían ser alucinantes para un niño, la forma en que se arracimaban, flaco como estaba yo, de niño, con mis prismáticos. Más tarde me hice con un telescopio, el primero que tuve, que le compré a un chatarrero. Con un trípode prestado, lo saqué por la ventana del piso superior y me dediqué a mirar durante horas enteras. Campos y grupos de estrellas y la Luna. Leí libros, aprendí y observé. El conocimiento me llevó a dar puñetazos de temor y vergüenza a las paredes. Nuestros átomos se formaron hace miles de millones de años en los densos interiores de las estrellas supergigantes. Unas estrellas millones de veces más luminosas que nuestro Sol. Se disgregaron, se descompusieron y empezaron a enfriarse. Ahora tenemos los átomos de esas estrellas en nuestros huesos y sistemas nerviosos. Somos cenizas estelares, tú y yo. Venimos del principio mismo o de cerca de él. Llevamos en el cerebro el eco de la pequeña explosión. Esto es ciencia, con algún retoque poético, y ahora compárala con la creencia cabalística de que toda persona tiene un sol dentro, un

estallido radiante de energía. Intenta alcanzar un estado místico sin energía radiante y ya verás lo que pasa.

—Telescopio de segunda mano —les dijo Billy a los demás—. Miró a las estrellas y se enteró de que estamos hechos de ellas. Pálido y flaco para su edad.

—Cuando entro en estados místicos —dijo Ratner—, dejo atrás los opuestos del mundo y experimento únicamente la unión de esos opuestos en un estallido radiante de energía. Lo llamo estallido. ¿Cómo lo puedo llamar, si no? Pero no creas que en realidad es un estallido. En el universo todo influye en la teoría de los opuestos. Para ver qué pinta tienen las cosas fuera del universo, hay que entrar en un trance o dos. Según dice Pitkin, de mayúscula puntos suspensivos o ese podría vivir en cualquier parte. No le hace falta el universo. Podría establecer su sede al este o al oeste del universo y aun así no se perdería nada. Pero eso lo dice Pitkin. En uno de sus escasos intentos de interpretar. Los textos místicos. Las tradiciones orales místicas. Las interpretaciones místicas, tanto orales como escritas. Que existen por debajo del corpus principal del pensamiento pensado. No se puede entrar en trance leyendo los textos cotidianos. Ya verás, *prueba* los textos ocultos. Los manuscritos sin traducir. La palabra oral.

Billy miró a los galardonados y se encogió de hombros desde la cúspide del escudo.

—Escrito, oral —dijo Ratner—. Negro, blanco. Hombre, mujer. Dime otra vez cómo te llamas.

—Día, noche.

—Muy bien.

—Más, menos.

—Mejor todavía —dijo Ratner—. Acuérdate de que todas las cosas están presentes en todas las demás cosas. Cada una en su contrario.

Billy se volvió y de nuevo se encogió de hombros.

—Miré constantemente, aprendí, de joven, todavía en el piso de arriba, ganando peso. Por fin me di cuenta de que un telescopio portátil ya no era adecuado para mis necesidades y aspiraciones. Me casé con la hija de un tipo que tenía una casa con jardín. Pensé que allí podría construir lo que de verdad necesitaba, un telescopio reflector de diez pulgadas con cúpula rotatoria. De manera que, con su permiso y su bendición, nos mudamos a su casa.

—En el desierto, apuesto, por lo del aire limpio.

—En Pittsburgh —dijo Ratner—. Allí vivíamos y allí lo construimos. Me ayudó Halvah, mi mujer, puliendo el espejo, ensamblando la montura, midiendo y cortando la madera, escribiendo para pedir instrucciones, encolando y dando martillazos. Empecé a acumular títulos académicos, a dejar atrás el nivel de aficionado. Todas aquellas lecturas empezaban a dar fruto. Seguí observando. Pittsburgh en aquella época era espantoso. Humo, hollín, partículas de todas las clases. Había una planta de laminación de acero a dos manzanas de distancia. Me veía obligado a observar en las pausas entre turnos. El padre de Halvah intentó leerme muchas veces los textos. Yo no le hice caso, me dediqué a adquirir mis títulos y a tener correspondencia con muchas mentes punteras de la ciencia y la tecnología. Él tarareaba mientras leía, un tarareo de piedad, miedo y vergüenza. Sobre el jardín no paraba de llover humo. Una ceniza negra y gruesa caía sobre la cúpula. Tenía que subirme a una silla y limpiar la parte superior con una escoba. Observaba el cielo siempre que podía, me comía lo que me cocinaban y mantenía correspondencia con las mentes punteras. A veces daba puñetazos a la puerta del dormitorio, repleto como estaba de conocimientos del universo físico. Mi suegro tarareaba, Fish, se llamaba mi suegro. Le pregunté a Halvah qué clase de textos eran aquellos que su padre siempre estaba leyendo. Le pregunté a Halvah qué textos eran aquéllos. Quise saber de sus labios qué modalidad textual leía su padre tan incesantemente. Los textos místicos, dijo ella. Yo volví a azogar el espejo, ya que era la época anterior a que el aluminio estuviera en todas partes. Él, Fish, intentó darme instrucciones sobre el secreto de las cosas, su naturaleza oculta y soterrada. ¿Acaso lo escuché yo, o me quedé sentado en mi cúpula, rotando, observando, eructando de vez en cuando por lo que había comido?

Billy informó a los demás:

—Telescopio con cúpula en el jardín. Matrimonio con la hija del dueño de la casa. La ciencia da frutos. Observa entre los turnos.

La cadencia metálica de la voz de Ratner, cuando volvió a hablar, parecía poseer una sombra añadida, cierta sugerencia de temblor quejumbroso.

—¿Sabes a qué me recuerdas?

—¿A qué?

—A alguien que sólo está dando una versión parcial de la historia —dijo el anciano—. No creas que no oigo que estás informando sólo de la ciencia y dejando fuera el contenido místico, que es algo a lo que esos galardonados con medio millón de coronas suecas les convendría estar un poco expuestos. En mi época se pagaba menos. Y no creas que no he visto que te estabas encogiendo de hombros cuando yo decía blanco-negro, hombre-mujer, y que hay un poco de todo presente en su contrario. Porque lo he visto.

—Hay cosas que cuestan de resumir.

—Cuéntalo todo —dijo Ratner.

—Lo haré mejor.

—Si quieres repetir, repite los dos aspectos de la cuestión.

—A partir de ahora va a ver usted una mejoría.

—¿Cuántas emanaciones sefiróticas emanó el *Ein Sof*?

—Diez.

—En palabras, ¿qué podemos decir del *Ein Sof*?

—No lo sé.

—¿Algo o nada?

—Nada.

—Siempre hay algo secreto que descubrir —dijo Ratner—. Una esencia oculta. Una verdad que subyace a la verdad. ¿Cuál es el verdadero nombre de de mayúscula puntos suspensivos o ese? ¿Cuántos niveles de inexpresabilidad hemos de penetrar antes de llegar al secreto, a lo oculto, a la pronunciación verdadera? ¿Cuál será el día del año elegido para que se permita que el más santo de los eruditos le transfiera el nombre de nombres al más valioso de los iniciados, y quién será dicho erudito? ¿Y cómo se lo transferirá? ¿Sobre el agua, a oscuras, desnudo, en voz baja? Yo me sentaba en mi cúpula, rotando y sin saber nada de esto. Ni tampoco que hacía falta tener el máximo cuidado posible en todos los aspectos de aquella cuestión. La sustitución, la abreviatura, los espacios en blanco, silencio total. El alfabeto y los números enteros. Los triángulos, círculos y cuadrados. La indirección, la numerología, las siglas y los suspiros. Pitkin no está de acuerdo, sin embargo. Si le haces caso a él, todo quiere decir exactamente lo que dice. No hay ni una pizca de desviación. La interpretación no es uno de los puntos fuertes de Pitkin. No se le da demasiado bien, a Pitkin, eso de interpretar.

La voz de juguete de Ratner susurraba y crepitaba a través de las ranuras de la cámara. Los galardonados estaban callados, de pie y organizados por tamaños. Pitkin estaba sentado en una roca cercana, callado, tapándose la mayor parte de la cara con una mano y con el sombrero fedora de armiño en la parte de atrás de la cabeza, las piernas cruzadas y la carne blanca asomando entre la parte superior de sus calcetines negros y los bajos recogidos de sus pantalones. El médico y la enfermera estaban en silencio, apartados respetuosamente a unos diez metros de la biomembrana, uno a cada lado. Sandow estaba sentado en el borde del banco del órgano, en silencio. Por debajo de ellos, el arroyo invisible discurría sobre las rocas lisas, haciendo un ruido de chapoteo suave. Desde la perspectiva del chico, las calcomanías de los costados del tanque parecían tener las letras del revés. Miró más de cerca al anciano, diminuto bajo su chal de oración, con el sudor polimerizado reluciéndole en la cara.

—Acude a tus partes más profundas —dijo Ratner—. Ahí encontrarás las contradicciones unidas y armonizadas. Es un buen lugar para buscar los secretos que ni siquiera sabías que existían. Si crees que estoy mintiendo, da un golpe en la parte superior del tanque.

—No me gusta dar golpes.

—Los textos tienen una subestructura, un elemento de divinidad secreto. Los cabalistas que exploraron las combinaciones esotéricas de las letras ampliaron el sentido de ciertos textos particulares. Yo dejé que todo esto fluyera de los labios de Fish, avanzando como hombre, ganando premios de ciencia, compartiendo el lecho conyugal de Halvah, sin preocuparme de los pies apestosos, bajo la lluvia de ceniza. La forma que tenía Fish de tararear cuando leía. Empezó a afectarme. ¿Qué hay en esos textos, me pregunté, que hace tararear a un hombre? Un ruido de vergüenza, miedo y humillación, el tararear del padre de mi Halvah. Remodelé los rieles de debajo de la cúpula para que rotara con más facilidad. Aprendí física para complementar la astrofísica. Radioastronomía para complementar la astronomía. El conocimiento me llevó a dar puñetazos a las paredes. Halvah dio a luz a un niño, que nació gritando. El único estado no místico en que los contrarios están unidos es la primera infancia. Son tan perfectos que a veces se mueren sin razón alguna, los bebés. ¿Qué opinas tú?

—Yo de bebé estuve en la incubadora.

—Pues entonces ya sabes cómo es vivir en un tanque. Mira quién soy. Alguien a quien le limpian el aire cada cuatro horas. Una cara que se desploma a la mínima provocación. Entra aquí un momento. Ven, levanta el escudo, que te quiero susurrar al oído.

Fingiéndolo que no había oído estas últimas palabras, Billy volvió la cabeza para hacer su informe.

—Los tarareos místicos de su suegro. Nace un niño. Puñetazos en las paredes. La cúpula gira con mayor suavidad.

A su pesar, volvió a mirar a la figura que había dentro de la biomembrana.

—No mires con arrogancia las cosas esotéricas —dijo Ratner—. Si conoces la combinación adecuada de letras, puedes construir lo que quieras. Ahí radica el poder secreto del alfabeto. Los sonidos carentes de significado, los símbolos abstractos, tienen el poder de la creación. Por eso las distintas partes de los textos místicos no están en el orden correcto. Porque, si conocieras el orden, podrías fabricarte tu propio mundo solamente leyendo los textos. Todo está construido con los veintidós elementos de las letras. El alfabeto en sí es tanto masculino como femenino. La creación depende de un anagrama.

—Cuesta de imaginar.

—También tenemos las siglas.

—¿Y tenéis números?

—¿Es Mickey un ratón? —dijo Ratner—. Claro que tenemos números. Las emanaciones del *Ein Sof* son números. Las diez *Sefirot* son operaciones numéricas que determinan el curso del universo. Constantes y variables. Las *Sefirot* son ambas cosas. Podría ponerme a hablar de la geometría sefirótica, pero como eres matemático te falta el temor necesario. La palabra *Sefirot* viene del infinitivo «contar». El poder de contar, de contar con los dedos, del uno al diez. También tenemos la gematría, seguramente has oído hablar de ella: asignarle un valor numérico a cada letra del alfabeto. Ni siquiera te mencionaré las relaciones ocultas entre palabras que se descubren así. Podría ser un festín demasiado grande para servírselo a alguien que no está listo para disfrutarlo, a alguien que lleva toda la vida comiendo cacahuetes, y con eso me refiero a mí mismo tal como era cuando contemplaba las cosas a la luz de las revelaciones de Fish, cuando observaba, un hombre, en el jardín, noche tras noche, galaxias y nebulosas, con la cabeza llena de los números del Nuevo Catálogo General astronómico. La planta de acero se declaró en huelga. Yo observé el firmamento como un loco. No me podías sacar de aquella cúpula ni con amenazas a mi hijo. Decidí estudiar el Sol. Ajustes, equipamiento nuevo, espejo sin azogar, precauciones. El Sol es algo aterrador de ver por un telescopio, con o sin prisma de Herschel. Intentaba imaginarme el destello de helio. La expansión final. Igual que vinimos de las estrellas, regresaremos. El Sol dentro de nosotros, la fuente de todos los estallidos místicos, estará perfectamente contrarrestado por el Sol físico, que se irá expandiendo y tragándose las órbitas de los planetas más cercanos.

Debajo de la boina, a Ratner se le desinfló un poco la cara. Los músculos lustrosos se distendieron y dio la impresión de que la carne reforzada estaba a punto de derretirse.

—Imagínate esto —dijo—. Después de ese largo periodo de inestabilidad, el Sol se reducirá drásticamente. Se volverá del mismo tamaño que la antigua Tierra. Pasaremos a estar dentro de él, hibridados con otros tres planetas, compactados en forma de bocanada de gas. El Sol procederá a enfriarse, enana blanca, enana roja, enana negra, estrella muerta, negro oscuro. Sin energía, sin luz, sin calor, sin destello. Fin.

—¿Me puedo bajar ya?

—Venimos de unos cuerpos solares supergigantes, enormes objetos calientes e ionizados, y acabamos en el centro de una esfera negra y muerta. Somos parte estrella, tú y yo. Nuestro principio y nuestro final tienen lugar en las estrellas. Luz, oscuridad. Alto, bajo. Grande, pequeño. Adelante, sigue tú a partir de ahí.

—Este, oeste.

—Arriba —dijo Ratner.

—Abajo.

—Dentro.

—Fuera.

—Pregúntame tú unos cuantos, para poner a prueba mis poderes en decadencia.

—Amor.

—Odio —dijo Ratner.

—Inocencia.

—Pulpa.

—Muy bien —dijo Billy después de una pausa pensativa.

El anciano se reclinó en su lecho, jadeando suavemente. Pasaron unos minutos. Por fin se movió un poco.

—Al terminar la huelga volví a observar el cielo por las noches. Estudié las estrellas eclipsadas, las estrellas fulgurantes, las variables de todas clases, leía catálogos de estrellas en mi tiempo libre, memorizaba tablas estelares, me llevaba conmigo a la cúpula lo que me cocinaban, era un verdadero fanático. También temía ver aparecer a Fish, siempre con los textos en la mano. Se llevaba montones de libros y folios al lavabo y se pasaba horas allí. Estábamos media noche oyéndolo tararear en su dormitorio. Llevaba su sillón a un rincón y se sentaba de espaldas a la habitación. Era aquella clase de trascendencia lo que yo temía, siendo yo un científico, todavía joven, comprometido con lo observable, bienvenido en las organizaciones, alcanzando una cúspide del conocimiento. Pittsburgh, el jardín, mi cúpula construida a mano, que rotaba. El firmamento nocturno era excepcional. Yo elaboraba tablas y cálculos, identificando variables con aspecto de novas, cefeidas, estrellas calientes y frías y estrellas dobles ovaladas. El niño desarrolló una supuesta diarrea, terrible; era un pañal viviente. Pero ¿acaso me di yo cuenta de que estaba siendo castigado por amasar un conocimiento desprovisto de piedad, o bien me limité a quedarme sentado en mi observatorio, examinando, con la luz del universo entrándome por el ojo?

—Parece que se avecinan problemas —les dijo Billy a los congregados en el Gran Foso—. Tiene miedo al tal Fish, que está siempre en el lavabo leyendo. El niño está enfermo. Se formula una pregunta sobre la piedad y el quedarse sentado.

—Entra a echar un vistazo —dijo Ratner—. Te quiero susurrar unas cuantas palabras al oído. Ven, hazme una visita. Bonwit, el médico, entra todo el tiempo conteniendo la respiración. Aunque él lo niega, para que yo me sienta mejor. Ven, déjame que te susurre.

—Ya le oigo desde aquí.

—Hazle una visita a un hombre que se muere.

—Me contagiaré de algo. Puede que el escudo se atasque detrás de mí, ¿y entonces qué? No puedo contener la respiración mucho rato.

—Echa un vistazo por aquí.

—Póngase usted en mi lugar —dijo el chico—. ¿Y si el escudo se atasca mientras yo estoy aquí dentro y entonces va usted y se muere? ¿Qué pasa entonces? Seguramente ya estoy corriendo un

riesgo por el mero hecho de estar aquí. Lo único que me dijeron fue lo de las flores. Que entregara las flores.

—Así pues, Fish —dijo Ratner—, Fish, mi suegro, el padre de mi Halvah, empezó a inquietarme con un comentario que me hizo un día mientras cenábamos sobre la fuente oculta de los textos, tradiciones y doctrinas místicas. Un secreto que se iniciaba en Oriente. Todo aquel esoterismo. Había nacido en Oriente. Y se había desplazado con algo parecido al sigilo al resto del mundo. Y siempre aquella oscuridad. Aquel elemento de secreto. Te daré una noticia interesante. Si crees que me lo estoy inventando, da un golpecito en el cristal. Los hombres que se están muriendo no tienen sombra. Fish fue el primero en decírmelo. La persona que está a punto de morir carece por completo de sombra. Da un golpe si crees que estoy mintiendo.

—No entiendo la pregunta.

—¿Sabes a qué me recuerdas?

—¿A qué?

—A un gólem —dijo Ratner.

—¿Eso qué es?

—Una persona artificial.

—Eso no existe.

—De acuerdo con las instrucciones de los manuscritos secretos, coges un poco de tierra, le echas agua encima y luego recitas las letras del alfabeto en combinaciones esotéricas con las cuatro consonantes del te guion te erre guion ge erre guion eme guion te guion ene. Y así consigues un gólem.

—Casi estoy listo para dar un golpe.

—La luz del universo me entró por el ojo —dijo Ratner—. Yo estaba en la cúpula, observando, una noche cualquiera, por la lente, grupos abiertos, campos densos, mi nombre mencionado en las revistas académicas, que si me iban a dar tal y cual premio, que si firmaba peticiones, las artes, las ciencias, las humanidades, nuestro hijo todavía con pañales, una tragedia, haciendo aguas en exceso treinta veces al día, con mi Halvah pringada de caca de bebé hasta las muñecas. ¿Y de pronto qué vi? Una cosa que estaba más allá de los nombres. Que no era una cosa, para nada. Era un trance. Empecé a caer en un trance. Resplandor por todas partes. Una experiencia. Estaba teniendo una experiencia.

Billy se dirigió a los demás para romper el largo silencio que siguió a aquello.

—Una noche cualquiera en la cúpula, hacerse famoso, empieza a ver algo. Va ganando Fish, el suegro.

A Ratner le tembló un poco el pulgar izquierdo.

—Ya no puedo decir más. Viví mi vida. Bien, mal. Afelio, perihelio. Hambriento, lleno. Desde entonces he caído a menudo en trances, he dejado atrás los contrarios del mundo. ¿De qué sirve un telescopio después de esto? Yo ya tenía aquellos trances. Cada experiencia era una experiencia nueva. Es algo a lo que uno no se acostumbra. Fish me dio instrucciones. Con el tiempo regresé a mis raíces, a la Eastern Parkway, a los hombres dispersos de Judea. Prosperamos como familia, aprendimos el miedo, la vergüenza, la piedad y el temor, y mi mente dejó de estar llena hasta la saciedad de conocimiento del universo físico. Como ahora era piadoso, ya no sentía necesidad de dar puñetazos a las paredes. Las mentes punteras mantenían el contacto conmigo, de vez en cuando me daban algún que otro premio, seguía recibiendo invitaciones todas las semanas. Pero sólo acepté una, para visitar Monte Palomar y su telescopio reflector de cinco metros. Me senté en la cabina del observador que había dentro del telescopio. Sólo la cabina ya era más grande que toda mi cúpula. Observé unas cuantas galaxias con detalle. Bonitas, me gustaron. Al salir me dijeron que tenían un honor especial para mí. Una estrella. Le pusieron mi nombre a una estrella.

—Caer en trances —les dijo Billy a los demás—. Otra vez en Brooklyn, se acabaron los puñetazos a las paredes. Visita Monte Palomar. Una estrella con su nombre.

—Levanta el escudo y entra —le dijo Ratner—. Conozco unas palabras para susurrar. Ven, dedícame un momento. Haz ese sacrificio. Un hombre que se muere necesita visitas. Pórtate bien por una vez en la vida.

—Peligro infeccioso.

—Contén la respiración y levanta el escudo. Dedícame tu tiempo. Es un susurro que vale la pena, o no te lo pediría.

—Tengo miedo, en pocas palabras.

—Todos tenemos miedo —dijo Ratner—. ¿Quién no lo tiene? Tú, yo y los galardonados. El terror está en todas partes. Yo lo aprendí de los textos. Fish, tarareando, me dio sus folios para que me los llevara a Brooklyn. Pitkin nos advierte a diario acerca del terror que nos rodea. Mira los demonios, por ejemplo. Nunca se te ocurriría que hay una conexión entre los demonios y el esperma que llevas en los testículos. El terror del onanismo es que unos demonios sin cuerpo son capaces de fabricarse cuerpos a partir de las semillas derramadas. Mira una gota de semen bajo un microscopio y verás lo asombrado que te quedas de la concentración de vida que hay en una zona tan pequeña, esa aglomeración frenética, un fenómeno que a los demonios les resulta irresistible. Ser onanista equivale a fabricar niños para el contingente demoníaco. Te conviertes en el padre de unos espíritus malignos. ¿Cómo pueden los piadosos y los temerosos de de mayúscula puntos suspensivos o ese hacer campaña contra esas cosas? No resulta fácil, créeme. No hay nada fácil en los textos. Si doy la impresión de haber abandonado la ciencia a favor de una vida fácil, da un golpe. Al regresar de mis raíces, entré en un mundo de miseria estricta. Muchos cabos sueltos, cierto. Pero resulta muy estricto el mundo de la numerología, las permutaciones, las leyendas, el simbolismo, las combinaciones esotéricas de letras, la recopilación de sustitutos del nombre inefable y los secretos de la fabricación de gólems. ¿Qué se puede decir con palabras del estado místico en el que yo entraba al mirar por el telescopio de la cúpula de Pittsburgh, en el jardín cubierto de hollín, durante los turnos dobles de la planta de acero?

—Nada.

—El primer hombre fue un gólem antes de ponerles nombres a las cosas —dijo Ratner—. Era materia sin formar en espera de un alma. La fabricación de gólems está cargada de peligros. ¿Qué más puedo decirle a una persona que me recuerda a uno de ellos?

Dio la impresión de que la cara del anciano se estaba desplomando. Le rezumaba materia transparente de los poros mientras la cara en sí empezaba a recolocarse. Aquel proceso degenerativo llegó incluso a afectar a la boina. Se le escurrió un poco hacia delante y a un lado y le quedó apoyada muy de costado por encima del ojo izquierdo, dándole un aire mucho más desenfadado de lo que la ocasión parecía requerir. Su voz, que se estaba agotando, era un graznido mecánico donde apenas quedaba un asomo de las melodías desesperadas de Brooklyn. Levantó un poco la mano derecha.

—¿Qué es esto, más que un sitio? —dijo—. Un simple sitio. Y los dos estamos en él, ocupando espacio. Todo es un sitio. Todos los sitios comparten esta naturaleza. ¿Acaso hay alguna diferencia real entre ir a un maravilloso centro turístico de montaña con hermosas cascadas altas y etéreas, tan delicadas y parecidas a cintas que ni siquiera salpican al llegar abajo..., cascadas que repiquetean; acaso eso se diferencia mucho de estar sentado en una cocina con el linóleo todo levantado, grasa en la pared de detrás de los fogones y una gravera en la acera de enfrente? ¿De qué estamos hablando? Pues de dos lugares, simplemente. Si eres capaz de entender esta idea, nunca serás infeliz. Piensa en la palabra *lugar*. Un solarío con vistas a unas montañas preciosas. Una cocina diminuta y oscura. Ambos lugares comparten la cosa más importante que se puede compartir. El hecho de ser sitios. La palabra *sitios* se aplica a las dos situaciones. En este sentido, ¿cómo las distinguimos entre ellas? ¿Cómo decimos que una es mejor o peor que la otra? Son iguales de una forma completamente absoluta. Si entiendes esta verdad, hijo, nunca más estarás triste.

Billy sintió que lo levantaban en volandas. Era el doctor Bonwit, que lo estaba sacando de la biomembrana y poniéndolo en el suelo. Aunque no estaba seguro de si le gustaba que lo cogieran

en volandas todo el tiempo, se alegró de no estar ya sobre el tanque. Respetando el orden por tamaños, regresó al frente de la fila. Pitkin se acercó al tanque, pegó la oreja a las ranuras de la cámara y se marchó. Mientras Bonwit y la enfermera trabajaban en el carro que contenía el preparado de silicona, Sandow se levantó del banco del órgano.

—Encendamos las antorchas —dijo—. El encendido de las antorchas ceremoniales. Comienza el encendido de antorchas, damas y caballeros.

Pitkin se plantó en la base de la tarima natural con una vela encendida en la mano. A medida que Sandow los iba llamando por sus nombres, los galardonados procedieron en orden alfabético a acercar las mechas de sus antorchas a la llama de la vela de Pitkin. Luego fueron regresando a la fila. Mientras esperaba a que lo llamaran por su nombre, Billy empezó a ponerse nervioso. No sabía por qué; encender una antorcha era fácil comparado con ponerse a horcajadas sobre una biomembrana y que te invitaran a entrar en ella. Y, sin embargo, su nerviosismo aumentó. Llegó a tener miedo a que lo llamaran por su nombre. Uno a uno, los presentes iban siendo llamados y la tensión se fue acumulando. Billy nunca había experimentado nada parecido. Empezó a poner en duda su capacidad para responder cuando por fin lo llamaran por su nombre. Aquello no tenía lógica. No había nada que temer. No era más que su nombre pronunciado en voz alta en medio de una serie de nombres. Su angustia creció mientras Sandow llegaba a la letra eme. ¿Qué quería decir aquello? Lo habían llamado por su nombre cientos de veces en docenas de sitios. Y él había respondido de forma rutinaria. Era su nombre, ¿verdad que sí?, y él era la persona que respondía, ¿verdad? Sintió que se acumulaba la presión en forma de nudo en el pecho y en la garganta. Sandow se acercaba a la te. No había una amenaza claramente definida y no obstante la presión crecía. Había afrontado amenazas peores con relativo aplomo. Desde LoQuadro y el núcleo de vacío hasta el hoyo dentro del hoyo de Endor, pasando por Grbk y sus pezones y la píldora verde de Mohole. Había sobrevivido a todas estas vagas amenazas, o incluso se había impuesto a ellas. Le daba la impresión de que la amenaza actual, si es que se podía llamar así, formaba parte de una categoría distinta. Las otras, por vagas que fueran, sí que podían llamarse amenazas. La de ahora era demasiado profunda para ser examinada. (Existenz). Tal vez no hubiera palabra o expresión capaz de describir la tenue naturaleza del ser. (Despistum despistorum). Existir comportaba poseer ser o realidad. Tener vida; vivir. Seguir viviendo. Estar presente bajo ciertas circunstancias o en un lugar específico. (Nihil ex nihilo). Tal vez él no tuviera lugar cuando lo llamaran por su nombre. No era una simple cuestión de no estar presente para contestar o de no ser capaz de contestar por el nudo que tenía en el pecho. Tal vez él no *tendría lugar*. (Nada de nadiensis). El que dijeran su nombre podía cancelarlo a él. Podía suceder que el nombre en sí asimilara su presencia específica.

—Twillig.

Se dio cuenta de que no tenía antorcha. Nadie le había dado una antorcha. Pese a todo, caminó hacia Pitkin, dado que no sabía qué otra cosa hacer y le parecía una acción razonablemente fácil. A fin de contrarrestar una amenaza intangible a la noción de la propia existencia, puede que solamente fuera necesario dar un paso de aquí a allí. Levantó la vista para mirar la barba larga y crespa, y notó que la sensación de constricción empezaba a abandonar su cuerpo. Pitkin permaneció inmóvil, con la vela encendida al nivel de los ojos.

—No tengo antorcha.

—Bien visto —dijo el asesor—. Podrías hacer carrera diciendo verdades.

—¿Y ahora qué?

—El anciano me ha dicho que te dijera una cosa a pesar de que tú tuvieras tanta prisa que no pudieras dedicar tiempo a hacerle una visita antes de que se le deshiciera la cara y le tuvieran que inyectar. Ha sido tan grave que han tenido que llenar la jeringa delante de él. Yo nunca había visto un episodio tan grave. Pero él ha dedicado un momento a transmitirme el mensaje, con o sin cara, pese a que cierta persona a la que estoy mirando va tan de listillo que es incapaz de meterse ahí dentro. Pero él me ha dicho que le dijera una cosa al oído al gólem.

Después de una pausa, Pitkin se puso a mover los labios. Pero de ellos no salió sonido alguno.

—¿Qué le ha dicho que me susurrara?

Los labios hicieron otra pausa. Cuando empezaron a moverse de nuevo, sin embargo, las palabras no tardaron en seguirlos.

—El universo es el nombre de de mayúscula puntos suspensivos o ese. Todos nosotros. Todo. Esto, aquello y todo lo demás. El universo entero. Todo junto suma el nombre verdadero de de mayúscula puntos suspensivos o ese.

Llamaron a otro galardonado por su nombre y el tipo se acercó a encender su antorcha. Pitkin seguía moviendo los labios. Billy se apartó de en medio mientras las dos o tres personas que quedaban respondían al llamamiento de Sandow. Por fin todos los galardonados volvían a estar en la fila, ahora con las antorchas encendidas. Sandow ocupó su puesto al teclado y se puso a tocar un profundo lamento, con el neón latiendo en los tubos transparentes a cámara lenta. Pitkin, todavía sosteniendo la vela, se acercó a Billy con movimientos solemnemente furtivos, de costado, pasito a pasito, con la mirada al frente y sin levantar los pies del suelo.

—Por una vez en mi vida hablo sin mirar —dijo—. A ti ya te he mirado antes, obseso de las nimiedades, esta vez sólo estoy hablando, asegurándome de recordarte que te estés quieto. Mono de la aritmética, levanta los nudillos del suelo. Un movimiento en falso y estás en la puñetera calle. Vigila hasta cómo respiras. Nunca por la nariz. Es a ti a quien hablo.

—Tengo entendido que se está dejando usted barba —dijo Billy.

Con rapidez, y sin movimientos excesivos, el doctor Bonwit se había puesto una mascarilla de quirófano, había levantado el escudo, se había metido dentro del tanque y había administrado la inyección facial, encorvado sobre el cuerpo marchito de Ratner. Ahora él y la enfermera empujaron la biomembrana hacia una abertura artificial más allá de la cual, supuso Billy, esperaba un ascensor. Pitkin los siguió, con los pies alternativamente deslizándose y trastabillando en el suelo. Por fin la biomembrana, con las calcomanías de los patrocinadores reluciendo, desapareció por la abertura, seguida primero por Pitkin y después, mientras la música alcanzaba una coda descorazonada, por los galardonados en fila india proyectando sombras temblorosas en las paredes con sus antorchas encendidas. Aquello dejó solo a Sandow, que ahora se bajó de la tarima y salió corriendo del Gran Foso.

A su vez aquello dejó solo a Billy, todavía conmovido por haber descubierto que su propia presencia específica pudiera resultar tan insustancial, prácticamente imaginaria, una condición que una única palabra dicha en voz alta podía amenazar con facilidad. Los ecos pesimistas seguían apagándose cuando se adentró en la abertura. Llegó a una cancela alta que iba de lado a lado de un pozo lo bastante ancho como para que por él subiera y bajara un montacargas. El ascensor ya se había marchado, sin embargo, dejando atrás únicamente a la enfermera, Georgette Bottomley, una figura esbelta y vestida de blanco.

—¿Y toda esa gente ha cabido en un solo ascensor? —dijo Billy—. ¿Y el tanque también?

—También el tanque pero no Georgette.

—¿No había sitio para uno más?

—No me importa decirte que me ha tocado las narices. Cada vez que el doctor quiere quedar bien con la clientela, eso quiere decir que a la enfermera le toca esperar. Llevo toda mi vida profesional apartándome a un lado para que pase el desfile. Hay una cadena de prioridades, tienes que entenderlo. Y esta vez era: médico en primer lugar, paciente en segundo, ganadores del Premio Nobel en tercero, sección rítmica en cuarto, viejo barbudo en quinto y Georgette en su sitio de costumbre, que es la cola. Me toca bastante las narices, lo repito.

—¿De dónde es usted?

—De Estados Unidos.

—¿De dónde exactamente?

—De la calle Ciento treinta y ocho.

—He oído hablar de ella.

—¿Has estado alguna vez?

—Nunca he estado. Sólo he oído hablar de ella.

—Me toca bastante las narices —dijo ella—. Me he privado toda la vida. Empecé mi carrera profesional para poder abandonar las privaciones. El doctor tiene una casa con terrenos. Siempre

me doy cuenta de cuándo está intentando impresionar a alguien porque me dice que me baje del ascensor o que salga del vehículo en marcha. No le importa nada que no sean los negocios, la industria y la corporación. Nadie por debajo del rango de vicepresidente ejecutivo entra en ese despacho. Hasta hacemos comprobaciones para que nadie pueda falsificar el título. El doctor les examina el culo y les dice que están bien. Cuando recibimos los informes del laboratorio sobre las muestras de sus excrementos, él los llama y les dice que bien, que todo muy bien, que sigan así. Si están fuera de la ciudad en viaje de negocios, les manda un telegrama sobre sus muestras. Preciosas, perfectas. Les da ánimos. Elogia sus muestras. Es el truco más viejo que hay, pero funciona.

—Supongo que es así como se consigue una casa con terrenos.

—Entiéndelo, siempre soy yo la que tiene que hacer sitio a los demás. Pero no tiene sentido que tú y yo saquemos los guantes de boxeo. Tenemos un largo vuelo por delante. Son el doctor y el barbudo ese los que me tocan las narices.

—Yo no me vuelvo.

—¿Me estás diciendo que te quedas aquí?

—Eso creo.

—¿Estás aquí plantado y diciéndome que da igual que haya un avión, que no piensas sacar a toda pastilla tu cuerpo de esta ubicación?

—Supongo que me quedo hasta que alguien me diga que me marche. Pero, que yo sepa, nadie me ha dicho nada. O sea que supongo que me quedo.

—Eso me desconcierta. De verdad. Me deja hecha un desconcierto.

—¿Tan mal le parece a usted este sitio?

—No es cuestión de que me parezca mal —dijo Georgette—. Los accidentes son malos, y yo he visto un centenar de ellos antes de entrar en la medicina privada. Este lugar no es un accidente, no. Pero sí que tiene partes sin relación entre ellas, en mi opinión. Tal vez sólo suceda que es muy nuevo. Lo único que sé es que una cosa no lleva a la siguiente como debería. Me alegro de marcharme. Sólo me gustaría que este ascensor tuviera un botón que yo pudiera pulsar de tal manera que se encendiera una luz y pudiéramos salir de aquí deprisa. ¿Ves? Eso quiero decir justamente cuando digo que una cosa no lleva a la siguiente. Si ves un ascensor sin botón para llamarlo, es el momento de despertarse en mitad de la noche con dolores menstruales.

El montacargas descendió y pasó de largo. Ellos miraron desde la verja cómo seguía por debajo de su nivel. Al cabo de unos minutos lo oyeron subir. Cuando por fin se detuvo, vieron dentro a Evinrude. Seguía llevando la antorcha que ya había tenido en la mano al encontrárselo Billy en las inmediaciones del foso escarpado. Esta vez la antorcha estaba apagada. Georgette abrió el pestillo de la cancela y entraron los dos en el ascensor. Evinrude levantó una manecilla que sobresalía y los hizo arrancar hacia arriba. A los otros dos pasajeros no les dedicó más que un saludo a regañadientes con la cabeza antes de dirigir su atención al suelo que tenían entre los pies. Después de un largo ascenso, tiró de la palanca hacia abajo y el ascensor se detuvo.

—Usted, enfermera, bájese. El chico se queda hasta que lleguemos a su parada. Échese atrás para que se pueda mover la cancela, mire dónde pisa cuando se está bajando y salga sin correr.

Volvieron a subir, esta vez los dos solos, con un ascenso notablemente suave teniendo en cuenta que aquello era un montacargas y no uno de esos ascensores más pequeños y libres de vibraciones. «De manera que los números irracionales se definieron como secuencias convergentes de racionales», había leído en el manuscrito. «La hábil manipulación de dichos polos opuestos, con sus valores resultantes aproximados, puede llevar al observador puramente lógico a encerrarse herméticamente en una letrina de ladrillo como medio de defensa perversa contra los gritos de “verdad poética” que tan a menudo acompañan a las definiciones secuenciales y (cruzando por una sola vez, y brevemente, el abismo de las matemáticas) cualquier clase de aproximaciones». Evinrude detuvo el ascensor y llevó a Billy hasta un almacén gigantesco lleno de equipamiento.

—Aquí es donde esperamos que salgan a la superficie.

—¿Quiénes?

—Las palomas.

—¿Las que han soltado en la ceremonia?

—Han salido volando por un agujero de la roca maciza, y de allí bien han vuelto a salir o bien se han metido por un conducto de ventilación que acaba desembocando en este almacén. Si han vuelto volando al Gran Foso, no hay mucho problema. Pero si están aquí dentro o de camino hacia aquí, entonces sí.

—¿Y nadie sabía que iba a pasar esto?

—Es que no tenían que soltar las palomas —dijo Evinrude—. El tema salió en una reunión informativa. Se decidió que nada de palomas. Marcamos unas pautas. Insistimos mucho. Pero las han soltado de todos modos, así que ahora nos toca recogerlas. Y resulta que yo odio las palomas. No soporto estar cerca de ellas. Pero como mi trabajo es recuperarlas, me tengo que tragar mis sentimientos y hacerlo. Y todo porque alguien se ha pasado las pautas por el forro.

—Pitkin, seguro.

—El conducto está por ahí.

—¿Y yo por qué tengo que estar aquí?

—Porque necesito a alguien que me ayude a encargarme de las palomas. Carezco de los medios emocionales para pedírselo a alguien de mi edad. Además, los niños saben tratar con los animales. Los adultos ya se han alejado demasiado de sus orígenes como para poder lidiar con los animales que no sean sus mascotas. El conducto sale de la pared que hay detrás de esa hilera larga de mesas.

Se abrieron paso entre una docena de pilas de contenedores de transporte naval. «Encargarse de las palomas», le acababa de decir el hombre. A Billy aquello le daba la impresión de que se estaba preparando alguna clase de matanza o sesión de negociaciones. Evinrude seguía llevando la antorcha apagada, una circunstancia que sugería matanza.

—O sea que te dedicas a las matemáticas.

—Ése soy yo.

—La palabra misma me llena el corazón de miedo —dijo Evinrude.

—¿Matemáticas?

—Es algo que me viene de mis primeros años escolares. El terror amortiguado de aquellas mañanas grises en que salía de la cama, me iba a la escuela y abría un libro de texto de matemáticas, con su extraño lenguaje, sus letras como números y sus teoremas para memorizar. El resto de las asignaturas no me importaba. Pero las matemáticas me infundían terror. Todo lo que tuviera que ver con ellas. Cómo sonaban las palabras. Los diagramas y las fórmulas. El aspecto del libro. A veces me cuesta creer que los seres humanos tengan las matemáticas entre sus ocupaciones, teniendo en cuenta lo que involucran. Son como una sucursal de la educación en el espacio exterior.

A medida que se acercaban al conducto de ventilación, Evinrude examinó con cautela el suelo, así como cualquier pieza de equipamiento que tuvieran a su alcance.

—Me parece que no están aquí —dijo—. Porque una cosa te diré. Allí donde hay palomas, enseguida aparece miérida.

—¿Aparece qué?

—Las palomas son famosas por su miérida.

—Quiere usted decir «mierda», ¿verdad?

—¿Lo he dicho mal?

—Ya lo creo.

—¿No se dice «vete a la miérida»?

—Sin la segunda i. Solamente hay una i, y está nada más empezar.

—Pues debería sentirme asombrado. Debería, pero no lo estoy. Porque una cosa te digo. Llevo toda la vida cometiendo pequeñas equivocaciones como ésa. «Miérida» no es más que un ejemplo. Supongo que lo aprendí mal.

—¿Dónde creció usted?

—En el extrarradio —dijo Evinrude—. Con una familia de acogida. Crecí sin padres. Creo que eso generó ciertos descuidos en mi educación. Pequeñas lagunas aquí y allí. Hay ciertas materias que no son mi fuerte. No cabe duda.

—La mierda es universal, da igual el idioma. Deletréela usted como yo le digo y le aseguro que no tendrá problema.

Llegaron al conducto. Evinrude pulsó un interruptor y la corriente de aire se invirtió.

—Si estaban viniendo por aquí, ya se pueden olvidar del tema, porque en cuanto el aire empieza a circular en la dirección contraria, ya no les queda más opción que relajarse y dejarse llevar de vuelta al Gran Foso. Ya están bajando. Hemos llegado a tiempo. No han llegado a la superficie. Estoy convencido de que eso nos da derecho a una recompensa.

Había una paloma solitaria posada a unos veinte metros a la derecha de Evinrude. Billy le señaló su presencia. La paloma empezó a acercarse, dando pequeños pasitos prensiles con sus patitas rosadas. Evinrude sostuvo su antorcha bien lejos del cuerpo y a continuación la dejó suavemente en el suelo, como si quisiera representar sus intenciones pacíficas.

—¿Por qué no vuela? —dijo—. Puedo aceptar su presencia en el aire. Cuando caminan, en cambio, las odio. Me dan ganas de caer muerto.

—Pues marchémonos.

—¿Por qué no nos tiene miedo? Está viniendo hacia nosotros. Odio su forma de mover la cabeza hacia delante y hacia atrás. Están llenas de enfermedades, por si no lo sabías. Y mira esos pasitos ridículos que da. Son muy famosas por las enfermedades. Ten cuidado en concreto con tu sistema nervioso.

—Me marchó —dijo Billy—. Adiós.

—Me considero aterrado. Estoy intentando de forma consciente sofocar mis emociones, pero de momento sin suerte. Tengo mucho miedo. Apenas soporto mirar cómo le va la cabecita de adelante hacia atrás, de adelante hacia atrás. Odio su forma de caminar, ¿tú no? Y esas patitas llenas de costras. Está claro que viene hacia aquí, por si tenías alguna esperanza de que no.

—Me voy corriendo —dijo Billy—. Y si yo fuera usted, haría lo mismo. Venga. Vámonos. Adiós.

—Yo no sé correr.

—Venga, dese prisa.

—Es que nunca aprendí —dijo Evinrude.

—Todo el mundo sabe correr. Es fácil. Solamente hay que mover las piernas y ya está uno corriendo. El cerebro les manda un mensaje a las piernas y de repente uno está corriendo. Como no se dé usted prisa, me largo. Límitese a mover las piernas deprisa. Haga que su cerebro mande el mensaje. No es difícil. Pruébelo, a ver qué pasa.

La paloma dio unos cuantos pasos más con sus patitas rosadas.

—Si sabes hacerlo, no es difícil —dijo Evinrude—. Lo que pasa es que yo no sé. El concepto mismo de correr es un misterio para mí. De niño no me enseñaron y nunca he conseguido aprender solo. Es una cosa que siempre he envidiado de los demás, esa capacidad prodigiosa que les permite correr.

SECUENCIA

Había temporadas en las que se sentía atraído por un estilo de vida subimbécil. Durante aquellas épocas, la mente se le embotaba y hacía que le costara percibir hasta el más simple de los incentivos. Se convencía de que le resultaría fácil pasarse la vida entera en aquella zona sin estado. Contentarse con ser orgánico. Contentarse con ejecutar únicamente tareas monótonas. Contentarse con renunciar al habla coherente. De esa forma, el espíritu que lo animaba no tardaría en marchitarse y ser reemplazado por el alma de una planta. Con el tiempo, abandonaría todo movimiento voluntario y también todas las atenciones naturales que le dispensaba a su cuerpo. Se contentaría con olerse a sí mismo y soñar con moho rugoso.

Aquella sensación siempre lo invadía cuando estaba a punto de solucionar un problema matemático interminable. Y parecía indicar que, ante la inminencia del final, él prefería abandonar todas las formas estructurales, las intersecciones de perspectivas, todo el sistema ingrátido de relaciones exactas; descartarlo todo a cambio de la modalidad más exigua de existencia.

La intuición del orden matemático habitaba en los confines más profundos de la posibilidad cognitiva, demasiado antigua e imprecisa como para rastrearla. Era anterior incluso a las mondas analíticas de la lógica y el lenguaje. Debido a que la tendencia natural de su trabajo era ofrecer un modelo de su propia mente, de sí mismo como individuo distinto a los demás, lo dejaba perplejo la ausencia de vocabulario adecuado para la invención matemática, así como su propia incapacidad personal para entender de dónde salía su talento para las matemáticas. A modo de venganza, por así decirlo, contra el misterio de sus propias construcciones, fabricó el deseo de subsistir con unos mínimos de existencia específica. Era comparado con eso, con ese yo desconocido, que la forma más baja de naturaleza era preferible.

Al llegar al módulo, se puso a garabatear tonterías en un cuaderno. Aquello lo sorprendió, aquella indicación familiar de que estaba a punto de dar con una respuesta, puesto que en aquel caso acompañaba a la resolución de un problema que no resultaba nada familiar, y además (tal como él estaba empezando a ver) no mostraba ninguno de los tonos y gradaciones de costumbre. El problema entre manos no era ni la secuencia ni la forma ni las relaciones insospechadas. Y, sin embargo, el proceso parecía el mismo de siempre. Billy percibía su acontecimiento, un vaciamiento de ambos modos de la conciencia, la transcartografía asimétrica del dato y de la realidad sin organizar.

Unos seres que no necesitaran la mediación de la sustancia para transmitir su arte, capaces de escribir con los dedos, de pintar a láser haciendo servir sólo los ojos, unas criaturas así seguramente conocerían aquella sensación, como de naturaleza que participaba en el pensamiento, de cerebro viviente que codifica su propio desarrollo.

Siguió tomando notas con tranquilidad, sin percibir nada más que un único pensamiento emergente, sintiendo que la idea se *desborraba* sola, la más evidente de las nociones, una idea provista de historia, tomando notas, la regla de la numeración antigua. Qué facilidad tan pasmosa, caer a través de uno mismo. La existencia rudimentaria. La condición de parecerse a una hoja. Una condición reducida a sensación no-compleja. No, no había forma de ponerle nombre al proceso. Las ideas matemáticas existen entre puntos adyacentes de un segmento lineal. Se puso de pie y echó a andar por la habitación, sin percibir ni sonidos ni colores, pero sabiendo, tocando, viendo, oyendo, respirando certidumbre absoluta, sintiéndola dentro de sí, mirando cómo sus pies (qué palabra tan graciosa, *pies*, cuando se oía por primera vez) lo llevaban por la habitación cada vez con mayor confianza. Y así es como emergió la simple respuesta, inicialmente despojada del baño de plata lingüístico. Y al cabo de unos segundos, la conoció en forma de palabras.

La notación sexagesimal.

Tenía que ser eso: un sistema de notación posicional basado en el número sesenta. Sabía que hacía miles de años se habían usado en Mesopotamia dos sistemas de numeración. El decimal y el sexagesimal. Este último no usaba como base el diez sino el sesenta. Y como los sumerios habían dividido el año en trescientos sesenta días, se encontraron con que el número sesenta constituía una base mucho más útil para su astronomía. La notación sexagesimal también tenía ventaja sobre el sistema decimal en todo lo que tuviera que ver con fracciones, porque el sesenta tiene más divisores que el diez. La cuña vertical que se usaba en Mesopotamia para representar el número uno también se usaba para el sesenta. En el sistema decimal, un número de tres dígitos no es más que la representación de una cantidad determinada en términos de múltiplos de diez. Hasta un niño sabe que el número trescientos veinticuatro quiere decir: tres veces cien (o 10^2), más dos veces diez (10^1), más cuatro veces uno (10^0). Pues en la notación sexagesimal, los diez se convierten en sesenta.

El mensaje se había recibido en forma de catorce pulsaciones, una pausa, veintiocho pulsaciones, una pausa y cincuenta y siete pulsaciones. De pronto Billy se dio cuenta de que el total de ciento una unidades no era importante. Y tampoco lo era aquel mismo total visto de forma distinta, como por ejemplo como uno-cero-uno o el número cinco en binario. El hecho de que uno, cuatro, dos, ocho, cinco y siete fueran los dígitos de un decimal recurrente carecía por completo de relevancia. El total de pulsaciones por sí solo (noventa y nueve) y el número de intervalos en blanco (dos) tampoco la tenía.

Lo único que importaba era la serie original de pulsaciones: catorce, veintiocho, cincuenta y siete. En la notación sexagesimal, éstos no eran tres números, sino la representación de un único número enorme. Y para descubrir aquel número solamente hacía falta multiplicar catorce por trescientos sesenta (60^2), veintiocho por sesenta (60^1) y cincuenta y siete por uno (60^0). Lo que se estaba transmitiendo, pues, era el número cincuenta y dos mil ciento treinta y siete.

Apareció un hombre en la puerta abierta.

Era aquel número, en nuestros términos, lo que los extraterrestres estaban comunicando. Y dado que usaban potencias de sesenta, su forma natural de expresar aquella cantidad era: 14-28-57. No había razón alguna para que una civilización avanzada usara un sistema de valores posicionales basados en el diez. Tal vez aquellos extraterrestres hubieran resuelto todos los problemas inherentes a un sistema de sesenta y le hubieran sacado mucho más partido que el que le sacábamos nosotros al método decimal. Por supuesto, a Billy le seguía tocando averiguar cuál era la importancia del cincuenta y dos mil ciento treinta y siete. Ahora que sabía cómo interpretar la transmisión, podía emprender la tarea de decodificarla. ¿Qué significaba el valor nuevo? Estaba claro que aquello constituía la segunda mitad del problema.

Durante un momento de irrealidad, se imaginó que el hombre que estaba en su puerta era un extraterrestre y que había venido a confirmar su intuición aritmética. El hombre, sin embargo, no resultaba precisamente exótico, y cuando se presentó como el doctor Skip Wismer, un asesor que la NASA había prestado al Experimento de Campo Número Uno, a Billy le pareció una mera coincidencia (de las no exóticas) el hecho de que tuviera alguna relación con los astronautas. Wismer continuó explicando que, como tenía que pasar por allí cerca de todas maneras para asistir a la demostración, se le había ocurrido parar allí y recoger a Billy.

—Acabo de resolver la mitad de lo que hizo que me trajeran aquí. Supongo que no pasa nada si me tomo un descanso.

—¿Cómo sabes que es la mitad? —dijo Wismer—. No sabrás dónde se sitúa la mitad hasta que puedas ver la solución entera. Como no puedes saber cuánto te queda por hacer, tampoco sabes cuánto llevas hecho. Es puro sentido común.

—Es una sensación. Y me dice con mucha claridad: la mitad. Siempre que me vienen sensaciones así de fuertes, sé que me dicen la verdad.

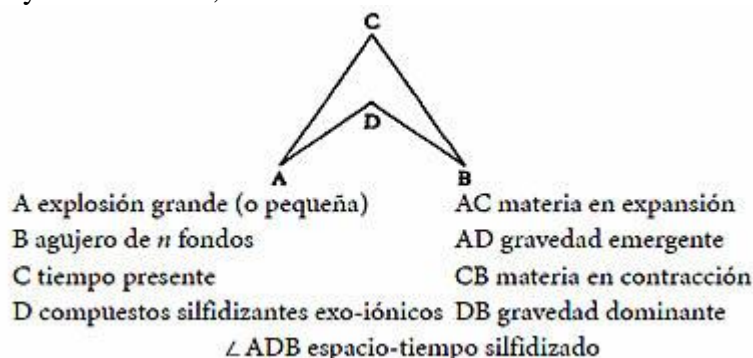
—Lo que estás afirmando, en la práctica, es que estás cavando medio agujero. Y eso es imposible, ¿verdad? Además, ni siquiera deberías estar trabajando en el código. Ahora mismo lo que nos interesa por encima de todo es el origen de la transmisión. A eso se le suma el hecho de que el mensaje no se ha repetido nunca. En casos como éste, la repetición resulta esencial. Sin

ella, no hay razón para creer que la organización de las pulsaciones es la correcta. Por no mencionar la retroversión informática que acabamos de llevar a cabo y que indica un error en el equipamiento de la recepción. Probablemente en el generador de frecuencias de conmutación.

—¿Qué es esa demostración que ha mencionado usted?

—El electrodo de Leduc —dijo Wismer.

Aquello no sonaba muy prometedor. Pero como ahora mismo tampoco había nada más que hacer, se le ocurrió que podía asistir. Primero, sin embargo, estaba decidido a deshacerse de algo, que era la píldora verde y enorme que Orang Mohole le había obligado a aceptar en su apartamento situado en lo alto de la esfera armilar. Era consciente de que si la llevaba encima durante mucho tiempo, le acabaría metiendo en alguna clase de lío. De manera que se disculpó, entró en el cuarto de baño, cerró la puerta, levantó la tapa de la cisterna del retrete, dejó caer la verde de Mohole y ya estaba a punto de volver a colocar la tapa de porcelana cuando vio que había algo flotando en el agua. Era una cajita de cerillas de cartón. La sacó de la cisterna y la abrió. Dentro había un papelito muy bien doblado, con los bordes húmedos. Lo sacó de la cajita y lo desdobló.



El doctor Skip Wismer lo llevó por una pasarela que discurría bastante por encima de una cascada en miniatura de agua reciclada, y a continuación se adentraron en un sector llamado Complejo Médico.

—Me vienen a la cabeza grandes preguntas —dijo Wismer— siempre que estoy en presencia de alguien dotado de tus gigantescas capacidades mentales. Por ejemplo, ¿crees en la existencia de algo o alguien más grande que tú mismo?

—Eso abarca mucho territorio.

—Por muy científico que sea, a mí a veces me abruma todo eso. Me refiero a la tremenda totalidad de esa cuestión, a su inmensidad. Por ponerte un ejemplo, ¿qué crees que le pasa a una persona después de muerta?

—Que permanece en ese estado.

—Mi mujer está muerta, ¿sabes?

—Nadie me había avisado.

—¿Qué clase de sistema permite un final tan definitivo?

—¿La muerte?

—Pero es que es muy definitivo.

—¿Fue enterrada o incinerada?

—Está en un refrigerador de Houston —dijo Wismer—. Doné su cuerpo a la ciencia.

—¿Y qué van a hacer con él?

—No te lo quiero ni contar.

—¿Clavarle agujas?

—Eso en el mejor de los casos —dijo Wismer—. Todo este asunto me deprime y me preocupa, en particular la cuestión de qué sucede durante los primeros segundos después de que cese para siempre la actividad eléctrica del cerebro. Personalmente creo que hay una especie de volcado de dentro afuera. Es mi teoría. Que la conciencia se despliega en un espacio de n dimensiones. Se vuelca al exterior. Aunque la palabra exacta no la diría nunca. Prefiero cometer el acto que decir la palabra. Sobre todo delante de una señora.

—¿Qué palabra?

—Evaginación.

Entraron en una enorme sala de operaciones.

—¿Y qué es este electrodo cuya demostración vamos a ver?

—Es un aparato que simplificaría mucho las misiones tripuladas al espacio. Probablemente incrementaría un millar de veces las capacidades del astronauta. Lo cual quiere decir que hoy voy a ser un espectador muy interesado. Por supuesto, no sé para qué lo quieren usar *ellos*.

Dos hombres entraron en el quirófano. Iban vestidos con indumentaria quirúrgica: mascarillas, gorros, batas y guantes. El doctor Wismer los saludó y eligió un asiento alto que dominaba la sala de operaciones. El recinto estaba lleno de cables, conectores y aparatos de monitorización. De hecho, había tantos cables que eran de nueve o diez colores distintos, a fin de que los técnicos y los demás pudieran distinguir entre grupos de conexiones. Había cables reunidos en haces, retorcidos y entrelazados. Conectaban máquinas diversas, discurrían por las paredes y el suelo y colgaban en grupos de una sección de techo de la que se habían extraído varios paneles.

—No hagan caso del desorden —dijo uno de los hombres—. Es el equivalente de hacer profecías examinando entrañas de animales. Ahora que tenemos el electrodo Leduc, toda esta parafernalia irá a la basura. Me llamo Keops Feeley.

—He oído hablar de su medalla.

—Pues no es la única cosa que lleva mi nombre. También hay una convención médica, dos centros de investigación y una clínica sanitaria gitana.

—¿Es usted gitano?

—No practicante.

—He oído que su medalla se otorga a proyectos un poco locos.

—Al contenido de locura —dijo Feeley—. Nadie lo menciona en voz alta, pero todos sabemos que el mérito científico estricto no es más que uno de los elementos que se tienen en cuenta. Lo que atrae a la mayoría de la gente es el lado oscuro del premio.

En un rincón de la sala había un contenedor enorme de transporte naval. Billy se fijó en que de la parte superior del contenedor asomaba un gato viejo y escuálido. Keops Feeley dio una zancada larga, le puso las dos manos en la cabeza al chico y se la palpó con las yemas de los dedos.

—Lo tienes, ya lo creo. Ya lo sospechaba yo. Estaba seguro de que lo tendrías.

—¿Qué es lo que tengo?

—El bulto de las matemáticas.

—Si tengo un bulto, nunca me ha dolido.

—Es una pasión que tengo de toda la vida, las formas craneales. La tuya es muy distintiva. Está claro que hay un bulto que se corresponde con las matemáticas. Cuestión resuelta.

—¿Qué cuestión?

—Todas —dijo Feeley—. Está claro que eres la persona que queremos. El electrodo Leduc sólo es un electrodo en parte. Se trata de un haz de cables extremadamente minúsculos que pueden estimular y registrar la actividad cerebral. Pero aquí está el golpe de genio: esos cables están conectados a un disco microminiaturizado que funciona casi como un ordenador. Pero no como cualquier ordenador. El electrodo de Leduc tiene capacidad de Cerebro Espacial. Y es lo bastante pequeño como para implantárselo a cualquiera debajo del cuero cabelludo. Por medio de una incisión minúscula que no deja cicatriz. En cuanto se cura. Y luego vuelve a crecer el pelo.

Lo único que veía de los hombres eran sus ojos, dos pares de ojos, de miradas muy firmes, verdes unos y castaños los otros, encajados entre sus mascarillas y sus gorros. El gato avanzó lentamente por la parte superior del contenedor, seguido por otros dos gatos igual de sarnosos. Billy levantó la vista para mirar a Skip Wismer, que parecía haberse quedado adormilado.

—Los electrodos de Leduc están en ese contenedor que tienes a tu derecha.

—¿Y quién es ese que está a mi izquierda?

—Ése es Leduc.

El otro hombre asintió con la cabeza. Por lo menos todo el mundo está identificado, pensó Billy. Uno de los gatos volvió a subirse perezosamente al contenedor mientras de él salían otros tres.

Keops Feeley fue hasta allí y cogió un disco de color rosa al que había conectado una serie de cables. Tremendos procedimientos higiénicos. Miró cómo lo limpiaba con un poco de saliva.

—Los pedimos en azul y en rosa. Pero sólo los han mandado en rosa.

—Y aparte del color, ¿son distintos?

Feeley negó con la cabeza.

—Esto es lo que pensamos sobre el tema: estás tú, con tus enormes poderes de abstracción. Y está el Cerebro Espacial, con sus cálculos superprecisos sin rival. Los dos unidos en una sola entidad dinámica. Sin cicatrices. Y con un pelo que te garantizo que te vuelve a crecer.

—No es la primera vez que oigo hablar de esa combinación.

—Tenemos un respaldo enorme. Los recursos de un cártel muy poderoso. En cuanto tengas el electrodo incrustado en la cabeza, suponiendo que te prestes al procedimiento, lo único que tendremos que hacer será notificárselo a ellos y pasarás a cobrar una generosa cuota fija, durante un periodo de tiempo no superior a la vida del aparato.

—Quieren regular la curva monetaria, ¿verdad? Es lo único que les interesa en la vida. Esos dos que hablan tan raro. Pues díganles que mi cabeza está cerrada para ellos.

—No hace falta que decidas ahora. Esto no es más que una prueba. Quiero señalar que la implantación subcutánea no supone un gran problema en sí misma. Aunque en este caso concreto existe un ligero inconveniente.

—Los pelos de gato.

—Escucha con atención —dijo Feeley—. El problema del aparato tal como está constituido ahora mismo es que tiene tendencia a sobreestimular el lado izquierdo del cerebro. Eso produce una sensación apabullante de secuencia. Tendrás una conciencia muy aguda de la ordenación de las cosas. Del orden en que se suceden los acontecimientos. De la forma en que una cosa lleva a otra. Se trata de un efecto secundario de llevar el aparato debajo del cuero cabelludo, pero no es un precio muy alto a pagar a cambio del nivel de locura que estamos obteniendo, por no mencionar el valor científico. Ciertamente, te encontrarás a ti mismo analizando una serie continua de acciones en términos de sus componentes discretos. Comerse un bocadillo ya no será la operación natural que siempre has conocido. Si te prestas a albergar el electrodo, experimentarás una intensa conciencia de tus manos, tu boca, tu garganta, tu estómago, lo que haya entre las rebanadas de pan y el pan en sí. Puede que hasta te encuentres en una órbita retrógrada, por llamarlo de alguna manera. Pan, camión de la panadería, panadería, harina, trigo y etcétera. Hay una infinidad de cosas en juego. Nuestras vidas son muy densas. Las manos del panadero, el granjero, su granero, la pintura de las paredes, el látex, los árboles. Hay una infinidad de cosas, y si te prestas a la implantación las irás asimilando todas mientras te comes el bocadillo, de forma secuencial. En orden consecutivo. En la correspondiente sucesión. Te verás involucrado en una visión muy detallada de la realidad. Una parodia del cerebro izquierdo. Pero ¿acaso esa realidad tuya será menos válida que la realidad ordinaria? Para nada. Estarás estableciendo nuevas sendas de la conciencia. No estarás dando nada por sentado. Tratarás con una cantidad ilimitada de datos. Cada respiración que efectúes será sometida a un análisis secuencial exhaustivo. Corazón, pulmones, narinas, oxígeno, dióxido de carbono y etcétera. Hay una infinidad de cosas en juego y todas pasarán a estar a tu disposición.

Los gatos roñosos no paraban de entrar y salir del contenedor donde se almacenaban los electrodos. Keops Feeley volvió a explicar que Billy tendría tiempo de sobra para decidir si quería participar. Aquello no era más que un ejercicio de prueba, un ensayo general de la implantación real. El procedimiento, si aceptaba prestarse a él, se llevaría a cabo en una mesa de operaciones con forma de butaca, a fin de ahorrar tiempo entre el corte de pelo y la incisión. Le pidió a Leduc que trajera la butaca en cuestión, a modo de ensayo, y a continuación, tras entregarle al chico el disco de color rosa o «artefacto», se fue en busca de un peine, unas tijeras y una maquinilla de cortar el pelo. En cuanto se vio a solas con el adormilado doctor Skip Wismer, Billy se acercó por etapas cautelosas a la salida más cercana. Sacó la cabeza por la puerta y hasta el pasillo, preparado para sacar a continuación la pierna y el pie izquierdos. Había alguien bebiendo de una fuente decorativa situada en una zona circular, a unos quince metros más allá

del final del pasillo. Era un hombre de piel oscura y completamente desnudo. Billy se quedó inmóvil, mirándolo. Cuando el hombre se incorporó, apartándose las manos de la cara, el chico pudo ver que tenía el pelo blanco, pese a ser de edad indeterminada, y una serie de figuras geométricas pintadas en el pecho.

Volvió a entrar en la sala de operaciones. En aquel momento entraba Leduc por otra puerta, empujando el aparato parecido a una silla de ruedas, que incluía, entre otras cosas, una batería de grabadoras estilográficas preparadas para garabatear ritmos cerebrales en una hoja continua de papel de gráficas. Keops Feeley llegó al cabo de un momento, trayendo unos bártulos de barbero. —Hercule, tú te encargas del pelo —dijo—. De mentira, claro. Sólo le mueves las tijeras sobre la cabeza.

—No doy mi permiso —dijo Billy.

—¿A qué viene tanta formalidad?

—Sólo digo que no tiene sentido seguir, porque yo no me presto a esto. No sé ni cómo he dejado que llegara tan lejos.

—Nadie te va a obligar. Pensaba que te lo había dejado claro. Lo único que te pedimos es que participes en la prueba. Que nos ayudes a hacer los ajustes finales. Y de esa forma, aunque más tarde cambies de idea, ya podremos funcionar perfectamente, como corresponde a una empresa de esta magnitud.

—¿Cómo se puede ser gitano no practicante?

—Pues suele bastar con un simple comunicado —dijo Feeley—. Y ahora, por favor, siéntate en nuestro aparato. Leduc fingirá que te corta el pelo.

—A veces me dan calambres en los pies. Ahora mismo me está dando uno. Como me siente, estoy listo. La única forma de que se me pase es darle algo de tiempo a la sangre para que circule. Y eso implica quedarme de pie.

Feeley miró a Hercule Leduc, que ahora hablaba por primera vez, con la voz un poco apagada por la mascarilla quirúrgica que llevaba puesta.

—A ti te resulta conveniente creer que tienes un calambre —le dijo—. Toda la realidad física es una pura cuestión de conveniencia. ¿Acaso A lleva a B? ¿O es conveniente creer que A lleva a B? Pues ambas cosas y ninguna. Cuando hayamos conseguido encajar una excepción entre el mundo exterior y nuestra conciencia de él, entonces descubriremos que la divinidad del espíritu de la conciencia se basa en los riesgos que estamos dispuestos a correr a fin de fabricar un terror puro y un amor olímpico. Hace un momento, a ti te ha resultado conveniente ver a un aborígen. Pero se trata de un espionaje poético que llevan a cabo los sentidos para contrarrestar las sospechas de vacío que albergamos en relación con la misma existencia. La mayoría somos víctimas del principio de inteligencia cuando intentamos esconder nuestro terror solitario y perseguir un estilo de autoengaño incesante.

Del contenedor naval salían y entraban ahora docenas de gatos. Los dos hombres con batas quirúrgicas consultaron un momento entre ellos. Billy seguía teniendo el electrodo que le habían dado antes. Fue con sigilo hasta el contenedor y lo dejó caer entre los gatos y los demás discos de color rosa. A continuación se quedó allí de pie, meneando el pie como si quisiera estimular la circulación sanguínea de la zona.

—¿Qué hago, te creo? —dijo Feeley.

—¿En qué?

—En lo del calambre —dijo—. Hercule, ¿le creemos?

—Lo tengo dormido y al mismo tiempo siento un hormigueo, en caso de que quieran compararlo con sus propias experiencias.

—Aceptamos creerte con una sola condición —dijo Feeley.

—A ver.

—Que, estés o no de acuerdo con la implantación, te plantees en serio que te pongamos en un paquete. Giras de conferencias, tertulias de la tele, una biografía rápida, camisetas y chapas graciosas. Solamente los derechos secundarios ya nos podrían mantener durante años. Patrocinios, rompecabezas, juegos, elepés de matemáticas... El talento es obvio, está ahí, tienes

el bulto. Te imagino derrotando a los mayores matemáticos adultos del mundo en una serie de enfrentamientos internacionales. Con problemas diseñados por un comité de expertos distinguidos. Con amplia cobertura mediática. O tal vez formando equipo con una persona mayor, para generar contraste. Los dos haciendo giras conjuntas en hoteles de lujo. Grupos de discusión, conferencias, relojes de pulsera, chapas graciosas, debates. ¿Acaso puede salir mal? Te imagino vestido con un quimono de lamé plateado o con un poncho de vinilo. En cuanto se te cure la incisión. Y te vuelva a crecer el pelo. Dejándote sin cicatriz. Te juntaremos con alguien a quien admires de verdad. Tiene que haber alguna figura especial para ti en la comunidad mundial de científicos. ¿Quién es tu héroe? Dínoslo y te lo conseguimos.

—La gente del Bronx no tenemos héroes.

Había sido Rosicrucia Sandoval quien le había dado a Billy la noticia de la muerte de la Gritona. Rosicrucia era una mujer bajita y ancha, con unos pechos tan apretujados y amorfos por debajo de su vestido de estar por casa que parecían hallarse todavía en pleno proceso de formación. Su marido por concubinato, con quien ya no se llevaba bien, llevaba meses siguiéndola, con la mano derecha dentro de la chaqueta, un gesto teatral que quería indicar la presencia de un arma. Allí donde ella iba se lo encontraba, Sixto Ortiz se llamaba, hasta que por fin le pidió permiso a Faye para entrar y salir del edificio por la salida de incendios de los Terwilliger. Como la salida de incendios se encontraba en la parte de atrás del edificio y descendía hasta un callejón, que a su vez llevaba a las puertas de los sótanos de cinco edificios distintos, a Rosicrucia le pareció que de esa forma podría moverse con libertad sin ser vista por nadie. Babe le dio el visto bueno al plan, con la condición de que cada vez que saliera por la ventana les sacara la basura. El plan sólo estuvo en vigor un día, por culpa de cómo reaccionó el perro de ataque a que alguien entrara por la salida de incendios. Babe le dijo a Faye que informara a la atribulada mujer de que tenía menos que temer de lo que pensaba.

—Los hispanos solamente disparan desde coches —le dijo—. Dile que no se preocupe hasta que él empiece a seguirla en coche. Aunque, claro, siempre cabe la posibilidad de que él tenga pensado matarla a puñaladas. En ese caso, el coche no le sirve.

Más o menos un mes antes de que muriera la Gritona, Rosicrucia estaba sentada en una silla plegable delante del edificio, y mientras vigilaba que no apareciera Sixto le contó a Billy que acababan de operar a la Gritona.

—Le han hecho una ectomía. Tres horas en la mesa de operaciones. Complicaciones, por lo que he oído. Pero, desde que la operaron, está callada. Sólo grita una o dos veces al día. Así es como hacen callar a ciertas personas.

—Una ectomía —dijo él.

—Eso mismo, una ectomía, le han hecho una ectomía. Es lo que les hacen a las mujeres para silenciarlas cuando llegan a una edad mala. Les extraen los órganos histéricos. Más de tres horas en la mesa de operaciones. Y ahora los gritos le salen distintos. Ya no son tan animales, ¿entiendes?

—Tal vez se hayan equivocado de órgano a extirpar —dijo él—. Le tendrían que haber quitado la garganta.

—La garganta no es histérica —dijo Rosicrucia—. En las ectomías sólo sacan órganos histéricos. Aquel mismo día, Billy entró en el edificio que había detrás del suyo y subió cuatro tramos de escaleras hasta la puerta de la Gritona. Se había atrevido a hacerlo y allí estaba. Corría un periodo de su infancia en el que continuamente se desafiaba a sí mismo a hacer cosas desagradables. En uno de sus libros de texto seguía teniendo escondido el extraño papel que le había cogido de la mano a la mujer (numeroglíficos crípticos). Pero ¿por qué, desafíos aparte, había ido Billy hasta allí? Tal vez para preguntarle qué quería decir aquella escritura esotérica. O bien para oírla pronunciar una única palabra inteligible. O simplemente para volver a mirarla. Pese a todo, le daba demasiado miedo llamar a la puerta. Se puso a desafiarse una y otra vez a sí mismo. (Llama o te mato). Y, sin embargo, seguía allí plantado, mirando la puerta. Y continuó mirándola, sin hacer nada, hasta que se abrió. Allí estaba la mujer una vez más, vestida con dos o tres albornoces, real en exceso, su presencia plenamente desarrollada en la penumbra, el

recordatorio de un miedo cavernoso. Emitía una sensación de descomposición que, paradójicamente, parecía revigorizarle el cuerpo. Su mismo poder derivaba de aquella reducción física; sacaba fuerzas de ella, se nutría del horror de las miradas ajenas. Volvía a ir descalza, y de un agujero invisible de su garganta salía la misma estática apagada. Billy retrocedió instintivamente y muy despacio, en dirección a las escaleras. La mujer le tarareó su estática. No se movía para nada, se contentaba con quedarse plantada en la puerta, envuelta en sus albornoces arrugados.

—Dígalos con palabras —le dijo él.

Al cabo de un rato, ella gritó. Él no se movió. Llegado aquel punto, cualquier movimiento habría constituido una falta de respeto. Billy nunca había estado tan cerca de la Gritona cuando ella estaba en pleno acto de gritar, y se trataba de una ocasión no exenta de cierta solemnidad comercial, con un aire de ritual nativo auténtico y bastante poderoso al que se permitía que asistieran turistas a unas horas concretas. De manera que se quedó donde estaba, por miedo a violar un precario equilibrio que existía entre la mujer y su acto. Durante aquel segundo o dos, Billy vivió dentro del grito. Le vibró por dentro e impregnó el aire que lo rodeaba, horrible, por supuesto, mucho más que un ruido insignificante. La locura de aquella mujer le ocupó el cuerpo con sus ondas y sus repeticiones, una locura que se medía en ciclos por segundo; la desintegración voluntaria de ella le invadió la mente. Billy la vio entrar de nuevo en su apartamento. La mujer no cerró la puerta tras de sí. Él se quedó en el pasillo (desafiándose a sí mismo) durante un momento largo, o hasta que el grito abandonó por completo su cuerpo. A continuación la siguió al interior del apartamento, esperando ver pilas de periódicos viejos y ropa sucia desparramada por el suelo que ella había recogido de la calle y dejado tirada para que se pudriera. Pero nada más salir del largo recibidor vio un panorama distinto: la mujer vivía en un entorno de austeridad, sin trastos, con muy pocos muebles, un catre donde dormir, dos habitaciones casi vacías y sin embargo nada desnudas. Las paredes. Debido a las paredes. Allí donde el chico mirara, había escritura de carboncillo, la escritura secreta de la Gritona desplegada por las paredes, del suelo al techo, sin ventanas, puertas ni rincones que la interrumpieran. Ella estaba sentada junto a la ventana abierta, contemplando los callejones cubiertos de cubos de basura abollados. El chico caminó a lo largo de una pared, intentando leer la cera negra, inhalando lo que ella había escrito, los efluvios de un centenar de libros de colorear, aquel condimento grasiento que él había saboreado tantas veces en sus propias manos.

Armas secretas guardadas sub suelo NY debajo metro y túneles líneas eléctricas alto voltaje / TV secretas en paredes y correo inter-a-ceptado por persona agente no nombre exento peligro / red Estados Unidos / descabra a gato lame jugo protesta contra hormigas según san Marx (13:13) odiado por mi nombre / Magna Carta 1215 + Napoleón en Waterloo 1815 = guerra de los 3030 años / CON PROBADME / Añadido mi misión a EE.UU. de ABC / vienen días de Aleluya América Gran Bretaña Canadá / Agente de en-(dentro de)-fermedad operando en lavabos/escaleras/sótanos para derrocar (de roca) al régimen visible / Portadores de la peste / Pagados para desatar (con cuerdas) guerra biológica a nivel del contribuyente de a pie / Ladillas peces de retrete público causan cáncer / Picaduras de insecto venenoso te/me provocan Escorpio / Emisores siniestros de para-lisis de toro y carnero / Citar el horóscopo por cuenta y riesgo de cada uno y evitar raptos infantiles (NIÑO QUE DORMÍA ROBADO EN SUEÑOS) y leer a Marx (13:17) desdichados aquellos que transmiten saliva en aquellos tiempos / Nadie podía comer / sentarse / dormir sin miedo a contamina o infestación por parte de los provocadores sin nombre / bancos vigilados Todas camas con micro fonos (el nido de) tinieblas espiadas en busca de señales de re VUELTA s / Porque muchos vendrán en mi nombre (13:6) / Sub de bajo de la (ropa) in terror: China = 3 + 8 + 9 + 14 + 1 = 35 siglos a. C. (DÍAS DE COMPRAS ANTES DE CRISTO) / salir a la super ficie con disfraz («sin fraz») de nombre y lugar / Míau Tse-tung / Confucio = provisto de fucio / EE.UU. 551-479 a. C. = 72 = san Marx 13/17/6/36: para que presentándose de pronto no te halle dormido

Durante todo aquel verano, las noches malolientes estuvieron llenas de movimientos estroboscópicos. Las bocas de riego abiertas hacían bajar la presión del agua y las mujeres gritaban desde las ventanas de los pisos superiores a los niños y niñas que se dedicaban a ducharse con la amplia cresta de espuma que creaban tapando la salida de la boca de riego con un bidón sin fondo. Billy y su padre solían plantarse en la escalera de entrada en compañía de un hombre llamado Consagra, un inquilino reciente, grueso y achaparrado, de quien se decía que era un inmigrante ilegal. Los niños trepaban por la verja del parque infantil, echaban a correr para

pararse en seco y se empujaban los unos a los otros con ritmos bélicos muy elaborados, cuyo propósito inmediato era desvelar una serie de armas de fabricación casera, nada más (en aquellas fases tempranas de la velada) que su simple revelación, una promesa (tan fugaz como una luz oblicua) de improvisaciones posteriores. Cada vez que Consagra dirigía su atención a otra parte, Babe se volvía hacia su hijo y le hacía una mueca de loco: ojos cruzados, dientes de conejo, labios fruncidos. La gente comía polos de chocolate con el envoltorio arrugado en torno al palito. —El exterminador no es tan distinto de la cucaracha —dijo Babe.

Un coche patrulla pasó junto a un hombre que estaba en el parque infantil rompiendo botellas de forma sistemática. Salían figuras de los cuartos de los sótanos donde se almacenaban carritos infantiles. Había partidas de naipes y radios. Criaturas desnudas en las salidas de incendios. Piel desnuda de clima estival y el lúgubre olor a basura quemada. Dentro, los bichitos eran arrancados de la oscuridad para rebotar contra las pantallas de los televisores. Faye y Billy estaban sentados mirando una epopeya adolescente senil («Eh, muchachos, vamos a llegar tarde a la fiesta hawaiana»), mientras Babe hurgaba en los ceniceros en busca de una colilla que se pudiera fumar.

—¿Y qué clase de película es?

—Una soportable —dijo ella.

—Pues dentro de diez minutos voy a necesitar la tele.

—Nanay para ti, colega.

—Diez minutos, a partir de ya.

—Ya te gustaría.

—¿Qué clase de porquería le haces ver a ese chaval, cuando hay tropecientos universidades interesadas en él? Deberías mantenerlo bien lejos de esas porquerías.

—Es un tipo especial de porquería —dijo ella—. A ti no te gusta el cine, o sea que no te molestes en pedirme que te lo explique. Es la clase de porquería que te tiene que gustar para disfrutarla. ¿Por qué no llamas a Izzy para que te adivine unas cuantas posturas de bateo?

Gran parte de la violencia local estaba centrada en la basura. Los despojos de la gente eran demasiado importantes como para verse relegados a simples camiones ronroneantes, maquinaria de escarbar omnívora que despojaba a las calles de sus distintivos. En las peleas callejeras, la basura era un arma arrojadiza. En las discusiones entre vecinos, era la basura lo que se desparramaba delante de las puertas. Las protestas comunitarias incluían montículos de basura en llamas. La basura era una fuente de insultos, un carga que llenaba de orgullo, una putrefacción que no acababa, un modo y un código de conducta (a menudo enviada por correo aéreo desde las ventanas para alivio de mentes agobiadas). A los muertos los encontraban a veces dentro de cubos de basura. Consagra miró al rompedor de botellas, que estaba en la acera de enfrente, hablando con los cristales rotos que tenía alrededor. Babe hizo muecas de loco.

—Hombre Cangrejo contra el macarroni —dijo Ralphie Buber.

El zoo del Bronx quedaba a varias manzanas al este de la avenida Crotona. En una parte bastante recóndita del zoo había una serie de jaulas metálicas ornamentadas donde vivían las grandes aves. En la última de aquellas jaulas estaban los buitres encapuchados, posados en troncos podridos y en largas ramas. Asombrosamente grandes e indolentes, con el sombrío plumaje castaño aterciopelado apelmazado y unos picos ganchudos y oscuros como la alpaca, los cinco buitres vivían en una situación de camuflaje desgano, más majestuosos que el resto de las aves (águilas, cóndores, halcones) porque ellos no batían las alas con futilidad grandilocuente, y odiaban incluso la libertad. Señales, profecías, portentos, augurios y presagios. Hasta un oráculo de la antigüedad, viendo a aquellos adeptos de la carne muerta, podría llegar a la conclusión de que la adivinación aviar había tenido su época dorada ahora que estaba en boga quedarse posado.

—Ojalá hubiera una agencia de alquiler de buitres encapuchados —dijo Natasha—. Sería perfecto para la gente de nuestro tamaño que se quiere suicidar. Vas a la agencia, alquilas un buitre y él te agarra con sus poderosas garras, te lleva volando hasta una gran altura y te deja caer. Se los podría adiestrar para que te dejaran caer donde tú quisieras. Hasta te podrían dejar caer delante de la puerta de tu casa, en caso de que quisieras ajustarles las cuentas a tus padres por ser

tus padres. O bien te podrían tirar sobre un valle grande y verde, o en un lago. Los buitres encapuchados serían ideales para la gente de nuestro tamaño. Imagínate cómo se sentiría todo el mundo cuando leyera la noticia del hallazgo del cuerpo.

Ralphie Buber se pasaba las noches y los días medio convertido en un lunático babeante. Aunque llevaba a cabo acciones y cometía fechorías sociales que excedían el mero hecho de babear, su naturaleza básica parecía definirse básicamente por las estupideces y las babas. Era enorme y fofo en extremo, y por aquellas razones a los niños más pequeños les gustaba sobarlo y aporrearlo. Visto puramente en base a su configuración física, Ralphie estaba diseñado para ser golpeado por puños de pequeño tamaño. Aquellos vapuleos informales se repetían a diario, y también la reacción de su víctima, una actitud de corpulencia ofendida. Billy, sin ir más lejos, dirigía más de un golpe sin provocación previa a las caderas de Ralphie. Evitar el contraataque nunca suponía ningún problema. A menudo el chico se olvidaba de contraatacar y se quedaba mirando a su asaltante, a sabiendas de que se había hecho algo a sus expensas pero sin apenas tener idea de qué. Cuando respondía, era con un bamboleo de carne flácida y tirándose del pelo con las dos manos, algo más peligroso para sí mismo que para los demás, un prodigio viviente fácil de eludir. Era extraño, por tanto, que de todos los zopencos del barrio fuera Ralphie quien decidiera burlarse del corpulento Consagra. Fusiones y remolinos por todas partes. Efecto de destellos múltiples. La calle atiborrada de una textura de energías desesperadas. Desde la escalera de entrada de su edificio, Babe y Billy miraron cómo Ralphie Buber se les acercaba trayendo en la mano un cangrejo vivo que había robado de la pescadería. Consagra, que tenía pinta de estar hecho de hormigón, llevaba una camiseta sin mangas, pantalones de sarga con dobladillo en los bajos y botas de trabajo. Bajó la vista para mirar a Ralphie con un desprecio apenas evidente, un ligero fruncimiento de los ojos, cierta tensión en la mandíbula, esa burla de ojos entornados que muestra un jornalero hacia las discrepancias del paisaje.

—Te voy a arrancar el culo de un mordisco —dijo Ralphie—. Te voy a clavar las pinzas hasta el riñón mismo del hígado. Luego me comeré tus ojos, atontao.

—¿Con quién hables?

—El que habla es el Hombre Cangrejo. Atención a todos los coches patrulla. Tengo a un individuo en la puerta de su casa enseñando los sobacos. Que todas las unidades de la patrulla cangrejo hagan sonar las sirenas. Hay un individuo aquí que actúa como si fuera blanco, hombre y humano. Comida gratis en la puerta de su casa. Que todos los coches vengan inmediatamente.

—Cállate el boca —dijo Consagra.

—Cangrejos del mar, tenemos a un humano de importación en la zona. Todas las unidades: pisen el acelerador. Aquí Hombre Cangrejo, interrumpo la comunicación.

—Te mato.

—Hombre Cangrejo una vez más en la onda corta, en su furgoneta de color verde claro. Esto es una llamada de emergencia, enciendan las sirenas de cangrejos. Comida gratis, comida gratis.

—Vete a la otra calle o te parto el alma —dijo Consagra—. Sigue hablando, sigue simpático, y voy te mato.

—Esto de aquí se llama pinzas, señor don cara de culo. Se te van a clavar hasta los músculos de los pulmones. Hombre Cangrejo avisa de individuo en la puerta de su casa con sabor a filete. Última oportunidad para comer un tentempié gratis.

Ralphie hablaba con el abdomen del cangrejo frente a la boca, usando a la criatura no solamente como personalidad alternativa sino también como micrófono. Cuando Consagra empezó a bajar los escalones, sin embargo, el chaval blandió el cangrejo en su dirección, usándolo ahora como talismán o incluso como arma. Mientras esgrimía el cangrejo con el brazo estirado, se dedicó a emitir una serie de ruidos acuáticos estrangulados. Consagra respondió cerrando un puño y mordiéndoselo. Recayó en Rosicrucia Sandoval la tarea de salir e interponerse entre ellos, con aquel torso superior caótico que ahora hizo que Billy se imaginara que tenía a dos o tres niñitos abandonados aferrados a sus pechos.

QUE LA PERSONA SAGAZ CALCULE EL NÚMERO DE LA BESTIA, PUES ES UN NÚMERO HUMANO: 666

Con el sueldo de la semana en el bolsillo, Babe bajó dando brincos los peldaños de un autobús de la Tercera Avenida, ya avanzada la noche, y puso rumbo al este, pegado al muro de piedra

curvado de un hospital para enfermos incurables. Cuando vio al otro hombre, la distancia entre ambos era de un centenar de metros. Aminoró la marcha. El otro hombre estaba saliendo en aquel momento de la parte que no se veía de la pared curvada, más silueta que hombre, algo enigmático, dado que no sólo estaba saliendo de la oscuridad de la calle Quarry sino en realidad de una segunda superficie, una extensión oculta de la línea curvada por la que caminaba Terwilliger. No había nadie más a la vista y la única farola ya quedaba bastante atrás, junto a la parada de autobús. El otro hombre llevaba abrigo largo y tenía unos andares extraños, como si tuviera muchas piernas, dando varios pasitos cortos por cada paso largo y lento que daba Babe. A medida que se reducía la distancia entre ambos hombres, a Babe le preocupó aquel abrigo largo. Era un abrigo oscuro, extremadamente largo, mucho más largo que el de él, y aquello le preocupó. No se le ocurría por qué alguien querría llevar un abrigo tan largo, salvo para ocultar armas debajo o como recipiente móvil de productos robados. El otro hombre, al acercarse, empezó como era natural a crecer hasta alcanzar su tamaño real (percibido desde el punto de vista de Terwilliger, como si él fuera la fuente última del tamaño del otro hombre), aunque al mismo tiempo dio la impresión de que se iba volviendo más y más pequeño. Esto, sin embargo, se debía sólo a que Babe se esperaba y temía a alguien muy grande, y ahora estaba aguardando a que salieran a la luz las dimensiones colosales del otro hombre. Y eso que Babe medía metro noventa y cinco. Pero su abrigo, en términos relativos, no tenía comparación alguna con el abrigo del otro hombre en cuestión de longitud y color amenazante. El otro hombre llevaba sombrero y Babe no. Llevaba las manos en los bolsillos del largo abrigo, mientras que Babe tenía los puños cerrados a los costados. El alto muro de piedra quedaba a la derecha de Babe, y a la izquierda del otro hombre. Ahora Babe estaba listo para cualquier cosa que el otro hombre pudiera intentar, incluso demasiado listo, demasiado preparado, ya no desplegaba elegancia, sino una beligerancia agobiada, mezquina e histérica, porque, cuando estuvieron solamente a un metro el uno del otro, el tipo de los pasos rápidos resbaló con un trozo de fruta aplastado y Babe tuvo una reacción tremenda, tal vez excesiva: pegó un bote de no más que un par de dedos, pero en aquel tiempo y espacio reducidos torció el cuerpo en dirección al otro hombre (que estaba intentando mantener el equilibrio corriendo sin moverse del sitio sobre la resbaladiza fruta) y aterrizó con los pies estratégicamente muy separados, el cuerpo firme y listo, asentando con eficiencia un centro de gravedad más bajo y ventajoso, con las manos ahora abiertas y cortando el aire como cuchillos en una serie de golpes cortos, limpios y letales.

—¡Matar-matar-matar! —gritó. Una y otra vez—. ¡Matar-matar-matar!

El ruido sorprendió incluso a Terwilliger, y su ferocidad mecánica literalmente hizo caer de espaldas al otro hombre. Babe no podía parar de gritar. El otro hombre, que ahora se veía que no sólo era extremadamente pequeño sino también muy muy viejo y, casi seguro, chino, estaba tumbado boca arriba en la acera, cerca de la base del muro. Babe era incapaz de salir de su pose paralizada de gladiador. El otro hombre seguía boca arriba, inexpresivo, con las piernas encogidas y las rodillas pegadas al pecho, las manitas ancianas retorcidas junto a la cara, el sombrero todavía puesto y los pliegues de su largo abrigo separados por las piernas dobladas hacia arriba. Al cabo de un rato Babe dejó de gritar. Echó a andar con lentitud, en círculos, en torno al otro hombre, con cuidado de no relajar demasiado las defensas, todavía cortando mecánicamente el aire con la mano derecha. El otro estaba girando sobre la rabadilla para mantener los movimientos de Babe dentro de su campo de visión. Era una imagen bastante graciosa, la de aquel viejo tumbado boca arriba y girando como si fuera un escarabajo acorazado, con los brazos y las piernas encogidos para protegerse el cuerpo y el sombrero de fieltro todavía puesto. Mientras Babe caminaba en círculos y reflexionaba sobre los aspectos cómicos de la situación, el hombro derecho le rozó accidentalmente el muro de piedra.

—¡Kíá! —gritaba—. ¡Kua-yá!

Esta vez sólo gritó dos veces, apenas sobresaltado por el contacto, pero el ruido bastó para obligar al anciano chino a adoptar un despliegue supremo de fortificación corporal. Sin dejar de girar sobre la espalda, y suministrando la mayor parte del impulso con los codos, le ofreció a Babe una perspectiva mejor de su rostro, a continuación enseñó los dientes de abajo y se los

clavó en el labio de arriba. Ni siquiera ahora que enseñaba los dientes se podía decir que el hombre hubiera experimentado un gran cambio en su expresión. Su cara seguía impertérrita, hasta serena, y era posible interpretar aquella exhibición de dientes ya no como gesto de defensa propia sino más bien como maniobra filosófica diseñada para mostrarle a Babe que aquel viejo sombrero de fieltro lo ocupaba nada menos que una calavera con vida, un cráneo oriental, un objeto casi atemporal e indiferente a la descomposición, la erosión y las violencias químicas causadas por el hombre. De aquella forma, con uno de los dos tumbado boca arriba y enseñando los dientes de abajo, y el otro rasgando el aire con su enorme mano derecha, completaron una revolución más en la acera oscura y solitaria.

Un sendero llevó a Billy a través de una arboleda de ginkgos, con sus hojas parecidas a abanicos pasando por efecto de la brisa de una luz marina a unas densas sombras. Era un sendero estrecho, que no parecía muy transitado, con los bordes invadidos por la hierba y los matorrales, y tampoco llevaba a ningún lugar especial; la clase de camino rural que se acaba fundiendo con las plantas piedra. Hacia él venía caminando una mujer, empujando un carrito con ruedas. Llevaba un vestido largo de color sepia con plisado fino y era casi insoportablemente encantadora, con una cara sacada de algún medallón perdido, de alguna vetusta moneda ovalada desenterrada y frotada hasta cobrar vida. Mujer de un pálido sonrosado. Tenía los ojos saturados de luz y una sonrisa fresca y húmeda. Alta, de andares erráticos y provista de un cuerpo que era todo flujo radiante. Más allá de los límites estrictos del equilibrio, la armonía y las líneas, todo lo cual sincronizaba en su cuerpo para atraer al estudiante desprevenido y provocarle éxtasis erróneos sobre la perfección puramente nacida del azar, se encontraba ese fabuloso y desaliñado placer que experimenta una criatura al sentir el mismo aire, detectando de forma automática esas cosas más allá del análisis. El pelo, castaño, que el viento le empujaba hacia delante y por encima de los hombros. Las manos, largas, finas, elegantes y blancas. También había que tener en cuenta el cochecito de bebé. Envuelto en tela blanca semitransparente, era lo más sorprendente que Billy había visto hasta el momento en el Experimento de Campo Número Uno. Pero no consiguió evocar pensamiento alguno que no fuera relativo a la mujer, que ya se había detenido, igual que él, para intercambiar un par de palabras. ¿Cómo reaccionar a semejante belleza? Pues en calidad de sustancia susceptible de ser magnetizada. Ella pisó un bache suave con el cochecito y la estructura inferior del vehículo emitió un chirrido minúsculo.

—Soy Myriad.

—Entonces conozco a tu marido.

—El querido y tremendo Cyril.

—¿Cómo tiene el brazo?

—Bien, gracias.

—Cuando yo lo vi, se lo estaba quitando.

—¿Te sobresaltaste? Se pone de mal genio si la gente no se sobresalta.

—Intenté que no se notara.

—Pues te equivocaste.

—Creo que se dio cuenta, porque no hubo señales de mal genio. Me gustaría volver a ver alguna vez cómo lo hace, ahora que estoy al corriente de la situación. Casi nunca tengo ocasión de ver un muñón. La segunda vez que lo viera estaría más preparado. ¿Cómo está su muñón?

—Creo que muy bien.

—¿Y Cyril ya ha definido la palabra *ciencia*?

—Nunca me habla de su trabajo —dijo ella—. ¿Qué me dices de ti y de tu trabajo?

—¿Qué quieres que te explique, que no sean los zorgs?

—Pues me estaba preguntando si alguien podría decirme si las matemáticas tienen una musa. Un espíritu o un poder munificente. Una especie de aspirante a diosa menor que cuida de la gente como tú.

—Yo nunca he oído hablar de ninguna.

—Hay que cuidar a los jóvenes —dijo ella—. Piensa en aquel hermoso muchacho, Galois. La gente pensaba que tenía un secreto en su carácter. Y no se equivocaban. El secreto eran las

matemáticas. Su padre se había suicidado. Su propia muerte fue una farsa espantosa. Un amanecer en el campo. Unos cuantos segundos con capa y barba. Un siniestro francotirador preparado para disparar.

Necesito todo mi valor para morir a los veinte años.

—Y luego Abel, no mucho mayor y desesperadamente pobre, víctima de los delirios y de las hemorragias. Muy a menudo la experiencia matemática consiste en segmentos de tiempo demasiado enormes para ser contenidos por la estructura habitual. Unas vidas exageradas. La insistencia extrema en una serie de temas. La aventura, el romance y la tragedia.

Lucharé por mi vida.

—Mira a Pascal, que se deshizo del dolor físico a base de concentrarse en las matemáticas. No era más que un poco mayor que tú cuando ideó su hexagrama místico. El aspecto más encantador del hexagrama místico es el hecho *en sí* de ser místico. Es lo más encantador que tiene. Y se puede convertir en su propia sombra.

Y tú te lo crees.

—Lo complicado de los genios matemáticos —dijo ella— es que a menudo sus fuentes están muy ocultas. Galois, por ejemplo. Y también Ramanujan. En sus historias personales no hay indicio alguno de que algún día esos muchachos desplegarán unos poderes tan innatos. Cifras que saltan de la secuencia. O completamente mal colocadas.

Él intentó olerla, preguntándose a qué olería una mujer tan sensacional, pero la fruta de los árboles de aquella zona tenía un aroma propio tan fuerte, y tan desagradable, que se imponía sobre cualquier recatada variación del jazmín o de la mirra que pudiera estar fluyendo de los poros de Myriad.

—Los números tienen unas armonías sobrenaturales, de acuerdo con Hermite. Existen más allá del pensamiento humano. El orden divino se manifiesta en los números. El número como realidad absoluta. Alguien dijo de Hermite: «Para él, las entidades más abstractas son como criaturas vivas». Eso dijo alguien.

—Los números los inventó la gente —dijo Billy—. Sin gente no habría números.

—Bien, discutamos.

—No quiero discutir.

—Vidas secretas —dijo ella—. Dedekind declarado muerto doce años antes de morir. Poncelet garabateando sus cálculos en las paredes de su celda. Lobachevski fregando los suelos de un viejo museo. Sophie Germain usando un nombre de hombre. ¿Los he dicho en el orden correcto? A veces lo confundo todo o lo digo al revés.

—Lo has dicho demasiado deprisa como para que yo lo sepa.

—El espíritu de la obsesión. ¿Acaso no es el quid de todo? Una vida entera dedicada a un número, a una cifra, a las propiedades de un punto geométrico.

—El exceso de obsesión no es bueno.

—Yo sé que no piensas eso —dijo Myriad—. Solamente lo dices para preservar el secreto.

—¿Qué secreto?

—El secreto de tu feroz existencia.

—Los puntos geométricos no tienen propiedades, por cierto. Sólo ubicación.

Si aquel mismo día Billy se hubiera prestado a que le raparan la cabeza, le practicaran una incisión y lo informatizaran (tal como había sugerido el gitano no practicante), lo más seguro era que justo entonces estuviera allí mismo, con el hemisferio cerebral izquierdo desbocado, preguntándose por el nacimiento de Myriad, por su infancia, su adolescencia, su juventud, su matrimonio con Cyril, la pérdida del brazo, la luna de miel, hasta llegar a la concepción, el embarazo y lo demás. Ahora avanzó lentamente hasta ponerse junto al cochecito de bebé, en mejor posición para mirar a través de la redcilla si le era posible, a fin de alimentar sus especulaciones, tuviera o no el cerebro enloquecido, sobre la clase de malformación radical del cuerpo de su bebé que había obligado a unos padres a adquirir un cochecito tan desacostumbradamente pequeño, tan obviamente personalizado y tan resguardado de las miradas por las telas colgantes.

—Háblame de tus sueños matemáticos.

—Nunca he tenido ninguno.

—Pues Cardano sí. Nació medio muerto y su vida interior fue una red de neón de traiciones y magia. Jugador profesional, astrólogo, hereje y médico de la corte. Progresó a base de conspirar en las guerras algebraicas.

—¿Puedo ver al bebé?

—Ramanujan tenía sueños algebraicos. Cuando se levantaba de la cama, apuntaba los resultados. Tenía unos poderes de intuición gigantescos, pero su formación no era buena. Lo llevaron a Cambridge como si fuera un niño de la selva.

Aunque su presencia lo tenía anonadado del todo, ruborizado en tonos sepia y escarcha, a Billy le parecía un poco extraño que aquella mujer le estuviera soltando aquella arenga tan grandilocuente en medio de un bosque. Sus comentarios eran vagamente formales y hasta vehementes, como si estuviera intentando convertirlo, pero, por mucho que a él le gustara aquel límpido tañido matinal que ella tenía en la voz, también era consciente de que no le costaría nada resistirse a la fuerza de sus proposiciones sobre el contenido extramatemático de las matemáticas. En una rama estaba posado un roedor arborícola de cola oscura. Se volvió a levantar brisa, que arrugó la tela como de gasa que cubría el cochecito de bebé. Billy sintió el impulso repentino de echar a correr en círculos alrededor de la mujer y de su cochecito. Correr y soltar chillidos por la pura estupidez de hacerlo, por su tontería absoluta, dejarse en ridículo por puro amor a la memez. El grito de batalla de un lancero. El grito para azuzar a los perros de un cazador de mapaches. Correr, gritar y caerse. Pero la belleza de Myriad impedía aquella clase de desparrame nihilista. De manera que le tocaba quedarse allí plantado y escuchar. Mostrarse en desacuerdo si era necesario. Hacer un mohín con los tobillos cruzados, como si fuera un niño sucio de barro. Lo único que parecía inevitable era la presencia de él en la lección.

—A Sonja Kowalewski no se le permitía asistir a las conferencias de la universidad. Los dos sabemos por qué. Al morir su marido, se pasó días enteros sin comida y no salió de su habitación hasta después de haberse revigorizado por medio del trabajo matemático. Dime, ¿era Kronecker quien pensaba que las matemáticas se parecían a la poesía? Sé que Hamilton y muchos otros hicieron sus pinitos con el verso. Nuestra asombrosa Sonja prefería la novela. ¿Esta vez lo he dicho bien o me ha salido al revés? Creo que lo he dicho al revés.

—¿Qué posibilidades tengo de ver al bebé?

—Está entero —dijo ella—. Y lo tiene todo en su sitio. Aun así, no me parece bien enseñarlo. «Nada es perfecto cuando nace», dijo Napier.

—Pero estaba hablando de los algoritmos.

Ella sonrió y lo tocó brevemente, el dorso de la mano de ella, el ceño de él, los árboles y la fruta, el *yin hsing*, los albaricoques plateados, la vida de él y la de ella, la secuencia de la descomposición fétida, las hojas, la corteza, el tejido, el mantillo, el estiércol, alta y de andares erráticos, con el viento empujándole ahora el pelo hacia atrás, cambio de orientación del viento, mientras ella se deslizaba por detrás del cochecito minúsculo, las vidas de ellos y la de ella, hijos mayores e hijas de leyenda, calculadores de la arena, persiguiendo a las matemáticas hasta su cueva evanescente.

Mujer de un pálido sonrosado, quiero morir entre tus pétalos.

Billy regresó a su habitación y esperó. A continuación se pasó un rato practicando su firma. Siguió esperando a que apareciera alguien. O que alguien le pasara una nota por debajo de la puerta. O un dibujo, o un poema. O un mensaje garabateado en la pantalla del telepanel. O una cinta de vídeo entregada de alguna forma extraordinaria. Pero todo siguió tranquilo, salvo por un sonido remoto y monótono, como de gente trabajando en una construcción de pequeña magnitud, procedente de algún lugar situado más allá de la rejilla de salida que había en un rincón de la pared.

PAREJAS

Robert Hopper Softly era un hombre del tamaño de un niño, con una piel deslumbrantemente clara y cierto talento para llevar a la gente a situaciones en las que nunca se habrían metido ellos solos. Emanaba una sensación clara de autoridad. Su cuerpo, pese a ser patológicamente enano, ostentaba todo ese poder que posee la desgracia para reprochar no solamente la naturaleza sino también la simetría misma. De hecho, Softly les asignaba un significado supremo a la disposición, la proporción y la equivalencia, aunque sólo en la medida en que aquellos términos se relacionaban con construcciones abstractas. No aplicables a sí mismo. Él no formaba parte de ninguna colección. No se podía decir que tuviera una relación de unicidad recíproca con ninguno de los adultos que había a la vista.

Su cabeza era desproporcionadamente grande y sus tupidas cejas le sumían los ojos grises en las sombras. Su pelo era rubio canoso, con un tinte rosado en la zona de las raíces. Tenía una mandíbula poco prominente y una boca demasiado ancha, una máquina de chuparse el pulgar, agresivamente sensual, con un exceso de labios palpitantes. Estaba claro que experimentaba dolor con cada paso que daba.

Como peso pesado en el Centro de Perfeccionamiento de las Estructuras Ideacionales, no era precisamente dado a sentirse atraído por las corrientes supersticiosas en boga, por el misticismo entendido como el laxante natural de la ciencia, por la meditación gimnástica ni por el tarareo convencional de mantras. Y, sin embargo, aquel residuo de sonrisa en su cara, aquel ligero asomo de un encanto desagradable y hábil, derivaba del recuerdo de su juvenil identificación con (los aspectos mágicos de) los números. Se acordaba del ingenuo placer que había experimentado al establecer una relación entre su nombre —las letras de su nombre propio, de su segundo nombre y del apellido se correspondían una a una a una— y el número cardinal seis. Aquel mismo número, considerado de forma algo distinta, constituía un elemento especial en la serie de números enteros positivos, puesto que era un número matemáticamente perfecto, igual a la suma de sus divisores. Se trataba de la clase de coincidencia que un niño de crecimiento menor al normal podría estar dispuesto a atesorar como si fuera una piedra perfecta. Era extraño que lo recordara ahora, y resultaba más extraño todavía el vestigio de emoción que le producía.

Llevaba puestas dos partes de su traje de tres piezas. Tenía la camisa remangada y la chaqueta echada al hombro, con el dedo índice por dentro de la presilla, mientras caminaba por el pasillo. En la otra mano, un maletín de cuero con correas, lleno de raspaduras, lo bastante viejo como para haber sido su cartera de la escuela en tercero o cuarto de primaria, un objeto provisto del suficiente romanticismo, distinción y autenticidad como para ser descrito como algo poseedor de sustancia moral y ética. Dentro estaban las prendas que podía lavar a mano.

En aquel mismo momento, Billy estaba sentado, en pijama, al borde de su cama convertible, con el meñique en la barriga, hurgándose ocioso el ombligo en busca de mugre. Parpadeó unas cuantas veces, intentando que su cuerpo respondiera al hecho de estar técnicamente despierto. Al cabo de un instante, una voz llenó la habitación. Parecía carecer de fuente concreta. Simplemente llenó la habitación (o *era* la habitación), una voz zumbante e inmensa que venía acompañada de un eco minúsculo.

—Soy Knobloch, informando de que se ha cometido una equivocación terrible. Te han asignado por accidente a una cápsula experimental. La cápsula que estás ocupando en realidad es un sensor gigante. Registra tu ritmo cardíaco, la actividad eléctrica de tu cerebro, tu ingestión de oxígeno, tus movimientos oculares, el riego sanguíneo de tu cerebro y otras muchas funciones que se pueden estudiar sobre un electroencefalograma y otros registros similares. Si entiendes lo que estoy diciendo, di: «Entendido».

—Entendido.

—Nadie tenía que ocupar esta cápsula más que de forma experimental. Te han puesto en ella por accidente. La habitación está exhaustivamente resguardada de las interferencias del exterior. Las

paredes, los suelos y todos los muebles se encuentran equipados con aparatos sensores extremadamente superprecisos. La única forma de evitar que te capten sería suspenderte a ti mismo en mitad del aire. Literalmente todo lo que has hecho se ha registrado, medido y estudiado. Lo que pasa es que hasta ahora no nos hemos dado cuenta de que las lecturas que hemos estado recibiendo pertenecían a tu persona.

—Entendido pero no lo entiendo.

—Hay un terminal de producción de señales que procesa todos los datos de electroencefalografía que se generan en una serie de centros clínicos. Nos interesaban las lecturas de un electroencefalógrafo situado en un hábitat de supervisión máxima. Nos interesaba mucho ese sujeto. Lo hemos estado monitorizando veinticuatro horas al día. Pero ahora parece que el terminal nos ha mandado tus funciones por equivocación. Y tus funciones no nos interesan. Ni siquiera tendrías que estar en esa cápsula. Es una cápsula experimental.

—¿Y quién es ese otro sujeto encefalografiado?

—Hombre Arborícola II.

—No entendido.

—El simio. El chimpancé. Así es como lo llaman en Zoología. El chimpancé al que le hemos reconstruido la estructura fonética. Creíamos que estábamos recibiendo las lecturas de Hombre Arborícola. Pero al parecer estábamos recibiendo las tuyas.

—¿Y qué dicen mis lecturas?

—Toda esa información es confidencial —dijo Knobloch—. Pero ahora que sabemos que ocupas la cápsula experimental, podemos sacar ventaja de ello.

—¿Sacar ventaja cómo?

—Aquí Knobloch preparándose para terminar la transmisión. Por favor, permanezca en su posición actual hasta que le llegue nuevo contacto por voz. No se mueva salvo en caso de necesidad. El exceso de movimiento genera estática.

Hubo una pausa.

—Buenos días —dijo una segunda voz—. Le habla D'Arco. Soy alto y estoy en bastante buena forma, tengo unos rasgos elegantemente cincelados y unos ojos que denotan cierta cantidad de hastío mundano. Knobloch es achaparrado y tiene pústulas. Podemos aprovechar que te tenemos aquí para intentar algo un poco científico. Lo que a mí me interesa es alguien que no se haya alejado demasiado de sus recuerdos colectivos arcaicos. Un niño, en otras palabras. Sería perfecto que tuvieras la mitad de la edad que tienes. Pero estoy dispuesto a aferrarme a lo que pueda.

—Yo preferiría volver a trabajar en el código, en descifrar el código.

—No hace falta levantar la voz —dijo D'Arco.

—Sólo quiero asegurarme de que se me oye.

—Por consenso general, el código estelar ya no es un proyecto en vigor. Me asombra que alguien se lo llegara a tomar en serio. Unas señales de radio que ni siquiera se repitieron. Un embrollo de pulsaciones. ¿Cómo se puede hacer algún trabajo serio con unos datos tan poco fiables? Lo que me interesa es un segmento particular de la fase cuatro de tu sueño.

—Pero es que me acabo de despertar.

—El sueño es un estado muy activo, en realidad forma parte de tu vigilia. A veces, el ritmo cardíaco y la presión sanguínea se elevan por los aires. Aumenta la actividad neuronal. Hay subidas de la presión del fluido espinal y actividad muscular en el estómago. Tu pequeña pililla se pone dura y tiembla. Y lo más importante de todo sucede bajo los párpados cerrados: tus ojos llevan a cabo ejercicios periódicos. Sus movimientos rápidos se coordinan en términos de función conjugada: una pareja de mecanismos que proporciona una sola visión. Sin ese ejercicio, es posible que te despertaras en un mundo doble. ¿Cuál es el objeto y cuál la imagen? Pues están emparejados el uno con el otro.

—¿Dormir forma parte de la vigilia?

—Cuando sueñas en la fase cuatro, te conectas con la historia de tu raza. Vislumbras una porción de tu primera existencia. Tal vez sea por eso por lo que después de que una persona llega a los

setenta, deja de existir la fase cuatro. La fase entera se limita a desprenderse, como el cohete propulsor de una nave especial. El segmento que me interesa en concreto se llama fase cuatro primordial, y se caracteriza por una ausencia total de recuerdo del sueño por parte de los sujetos sometidos a los electroencefalogramas. Las lecturas de las ondas cerebrales indican que sí se sueña en la fase cuatro primordial. Pero nadie ha podido nunca recordar ningún sueño. En los sujetos embarazados sometidos a los electroencefalogramas, encontramos ráfagas de actividad fetal durante esta subfase. ¿Existe una conexión entre el sueño primordial del sujeto y la emergencia del feto del útero? La estructura del átomo se concibió en un sueño. Pero no era un sueño de fase cuatro primordial. Fábula pura, mito, arquetipo, modelo, molde. Así es como yo caracterizo los primordiales. Unos sueños tan demolidoramente primitivos que la memoria se aleja de ellos para descargarse de responsabilidades.

En mitad del recitado de D'Arco, Billy se levantó e hizo un poco de *footing* por la habitación para poner a prueba lo que había dicho Knobloch de que el exceso de movimiento causaba estática. Era cierto. El sonido de la voz suave, profunda y envolvente se vio interrumpido por una serie de ráfagas de ruido al azar. A continuación probó a quedarse quieto y levantar de golpe la mano. La voz de D'Arco experimentó una distorsión chisporroteante. Probó a dar una patada hacia atrás. Se oyó un pequeño susurro.

—Debido a que eres un sujeto encefalografiado no adulto —dijo D'Arco—, no has tenido tiempo de alejarte de tus orígenes psíquicos, da igual cuáles fueran, da igual lo repletos que estuvieran de terror, oscuridad y chillidos fetales. De horripilación rutinaria. Nos gustaría que durmieras. Nada más que eso. Lo único que tienes que hacer es volver al convertible y dormir. No te conectaremos nada al cuerpo. La cápsula en sí ya basta como sensor. Lo único que queremos hacer es registrar tu fase cuatro primordial. Queremos descubrir qué clase de sueños tienes durante esa fase.

—Pero ha dicho usted que en esa fase no se recuerdan, porque son sueños de tipo devastador.

—Muy bien —dijo D'Arco—. Has estado escuchando.

—Además, llevo durmiendo aquí desde que llegué. Eso quiere decir que ya han obtenido ustedes muchas lecturas mías.

—Pensábamos que tus funciones eran las de Hombre Arborícola, lo cual quiere decir que no activamos la corriente que podía estimular eléctricamente los puntos luminosos de tus lóbulos temporales, que son los que te permitirían experimentar, al despertar, *flashbacks* de escenas de tus sueños primordiales.

—¿Eso es lo mismo que recordarlos?

—Es mejor —dijo D'Arco—. Los detalles son mucho más nítidos.

—¿Y qué pasa ahora?

—Que te vas a dormir.

—No tengo sueño.

—Knobloch te leerá —dijo D'Arco.

Hubo un breve silencio.

—La historia del cero es al mismo tiempo interesante y formativa —leyó Knobloch—. Se cree que el cero lo descubrió en la India un hindú hace muchos muchos años. Es la sombra de la cantidad pura. A un lado de él están los números enteros positivos; al otro lado, los enteros negativos. Más y menos, menos y más. Te está entrando el sueño. Te pesan los párpados. Estás cayendo en el sueño de fase cuatro, que es la preparación para entrar en un paisaje onírico primordial sin explorar. El cero es todo elemento de una serie que cuando se añade a cualquier otro elemento de la serie produce una suma idéntica al elemento al que se añade.

Se vistió de prisa y salió, oyendo, antes de cerrar la puerta, la estática que causaban sus movimientos por la sala. Le dio a su cuerpo un momento para reponer su suministro de oxígeno, energía y todo lo demás que hubiera sido interrumpido por la perspectiva de quedarse dormido sin más, una perspectiva que le causaba un terror indudable, postergado o no. Luego se dirigió al ascensor más cercano, esperó a que se abriera la puerta, entró en él y pulsó un botón al azar. Al bajarse vio a dos trabajadores instalando a toda prisa la puerta de un despacho y a otro hombre

que desaparecía doblando un recodo, con un bote de pintura en la mano. Billy fue en dirección contraria. La zona tenía algo que le resultaba familiar, pero hasta que no pasó por delante de una barbería no se dio cuenta de que estaba en las inmediaciones de la sala de hobbies. Pura suerte, concluyó. Como era un momento de gran amenaza, y como la habitación de Endor estaba cerrada con candado, la sala de hobbies representaba un refugio que agradeció, por mucho que no fuera el ideal. El sueño de fase cuatro grabado y registrado. Sus ondas cerebrales sobre el papel. Subidas bruscas, líneas planas, picos y destellos entrecortados. Cayendo de golpe. Descendiendo a una superficie alternativa. La sala de hobbies tenía el mismo aspecto que cuando se había encontrado con Siba Isten-Esru, la chamán de los nombres, Siete Once. Hasta el órgano de neón usado en la ceremonia de encendido de antorchas para Ratner había regresado del Gran Foso. Se sentó en el triciclo de Endor y miró a su alrededor. Había una extraña calma asociada al hecho de estar solo en una habitación llena de objetos sólidos, en un espacio parecido a un desván y lleno de sombras. Armas de guerras santas. Piezas de puzzle por el suelo. Mazos de cartas para hacer juegos de manos. Cordeles de tripa, bambú y madera de iroko. Se bajó del vehículo y se adentró en las profundidades de la habitación, pasando entre fonógrafos, surtidores de refrescos y sarcófagos. Estos últimos eran muy pequeños, llevaban estampada la inscripción LABORATORIOS OMCO y parecían diseñados para niños, cada sarcófago decorado con el rostro descascarillado y descolorido del individuo que había contenido. En un baúl de viaje encontró un kit de maquillaje. Entre varias cremas, pelucas y cosméticos había un bigotito negro, muy sombrío, más emblema de anonimato que adorno, perfecto para un hombre que gravitara hacia los rincones más oscuros de las habitaciones. Se lo puso sobre los labios y usó los índices para pegárselo. Pareció que se pegaba bastante bien. Volvió a presionar varias veces mientras regresaba a la puerta, dejando atrás el órgano y el triciclo. En la puerta se encontró con D'Arco y Hombre Arborícola II, éste con los pies planos y los brazos largos, la cabeza inclinada hacia delante, orejudo y con una expresión socarrona en la cara, de profunda burla hacia sí mismo, exactamente la misma expresión que Billy había aprendido a asociar con el academicismo y con el dominio distintivo del aprendizaje. No es que el mono guardara un gran parecido con un maestro de los clásicos. Simplemente se mostraba ambiguo, o eso parecía, tomándole el pelo al mundo conocido, reticente a compartir su perplejidad. Y lo llevaba cogido de una pata D'Arco, un tipo de mediana edad avanzada, con unas venas en el cuello que se extendían desde la garganta hasta la punta de la barbilla como cables de puente. En los nudillos autocráticos le crecían pelos encrespados.

—Suponiendo que estés dormido —dijo D'Arco—, tu tarea ahora mismo es despertarte. Suponiendo eso, claro. Suponiendo que estés dormido. La idea es despertarte, suponiendo que estés dormido, e identificar el sonido que se corresponde con mi voz. Ahí se producirá una operación específica de comparación.

—Admito que no me gusta esa forma de hablar.

—Por supuesto, siempre existe la posibilidad de que te despiertes con diplopía. Eso te sucederá si tu sueño, suponiendo que estés dormido, carece de movimiento ocular rápido. Abrirás los ojos y verás un mundo en el que todo está duplicado. En todo el mundo no habrá nada que no tenga su pareja. Todos los objetos contables. Una serie de series asociadas con el número que denominamos dos. Suponiendo que estés despierto, que es igual de probable, debo mencionar que éste es el mono cuya lectura electroencefalográfica pensábamos que era la tuya.

—Menudos brazos tiene.

—Su hábitat está equipado exactamente igual que tu cápsula.

—Menudos dedos en las manos y en los pies.

—Creo que es hora de devolverlos a los dos a vuestras respectivas estaciones de electrocardiografía. Suponiendo que uno de vosotros no esté ya dormido y en pleno registro.

—Si tuviera unas tijeras, me gustaría cortarle las uñas de los pies. Siempre que veo uñas de pies así de largas me entran ganas de cortarlas. ¿A usted no?

—Yo soy un hombre ocupado —dijo D'Arco.

Hombre Arborícola miró a Billy y habló, con gran esfuerzo, separando despacio, a dentelladas, las sílabas que le iban saliendo, unidades de turbulencia digestiva.

—To das las se ries in fi ni tas son in fi ni tas pe ro u nas más que o tras.

D'Arco soltó una risilla paternal y amistosa que hizo que salieran partículas de saliva despedidas por el aire.

—El con jun to es i gual a u na de las par tes.

Aquello dejó a D'Arco casi sin aliento, lo hizo doblarse de la risa.

—Son una panda de chistosos, los chavales de Zoología —dijo—. Supongo que los ajustes cerebrales y el resto del trabajo que hicieron con el chimpancé se podrían refinar un poco. Entretanto, me gustaría que tú me cogieras de la otra mano. Quiero asegurarme de que llegas a la cápsula y te metes en el convertible.

Mientras D'Arco se le acercaba con la mano extendida, a Billy le entraron ganas de encogerse de miedo y al mismo tiempo de pegar un salto. Oyeron un ruido en el pasillo, unos pasos que corrían y una voz que difundía una noticia de importancia crucial, y salieron a la puerta a tiempo de ver a Knobloch correr hacia ellos, a toda velocidad, articulando palabras mientras corría:

—Están transmitiendo —gritó—. Están transmitiendo otra vez. Están transmitiendo.

A quince metros de la puerta perdió el equilibrio y se cayó, pero rodó elegantemente sobre el hombro y con el mismo movimiento volvió a incorporarse y a correr, aunque con un zapato de menos. Se detuvo renqueando y jadeando delante de ellos.

—Están transmitiendo, están transmitiendo.

—¿Quiénes están transmitiendo y qué es lo que están transmitiendo? —dijo D'Arco.

Knobloch miró a Billy.

—Te odio —le dijo.

—¿Por qué?

—Porque me has visto caer.

D'Arco dio una única palmada.

—¿Quiénes y qué?

—Señales de radio. Los extraterrestres. Están transmitiendo otra vez.

—¿Señales de qué naturaleza?

—Catorce pulsaciones y pausa. Veintiocho pulsaciones y pausa. Cincuenta y siete pulsaciones.

D'Arco se quedó visiblemente alicaído. Un poco escorado a un lado, Knobloch se limitó a sudar y a intentar recobrar el aliento. Billy volvió a entrar en la sala de hobbies, convencido de que aquél era el final de todas las amenazas desbocadas.

—Creo que hoy aquí hemos aprendido algo —dijo.

Los dos hombres se quedaron conversando en la puerta. Billy paseó hasta una ventana pequeña que había en un rincón alejado de la sala. Bajó la vista para contemplar uno de los jardines y vio lo que parecía ser un desfile improvisado. Dos filas desordenadas de personas. Algunos parecían cargar instrumentos. Estaba demasiado lejos, sin embargo, para oír ninguna música. Lo que sí oyó, detrás de sí, fue que Hombre Arborícola II se alejaba correteando por el pasillo. Cuando se volvió, vio que D'Arco también se había marchado. Esto dejó a Knobloch, que era achaparrado y tenía pústulas, sin más tarea que llevarlo a él a su cápsula, no sin antes recuperar el zapato perdido y volvérselo a poner. Una vez en la cápsula, arrojó a Billy en su convertible y se marchó. Al cabo de unos minutos, su voz llenó la habitación.

—Di «entendido» si entiendes lo que estoy diciendo.

—Entendido.

—¿Quién descubrió el cero y dónde?

—Un hindú, la India.

—Eso concluye nuestra comprobación de voz —dijo Knobloch—. Preparados para registrar funciones de fase cuatro. Preparados para grabar, preparados para grabar. ¿Está listo el sujeto?

—Sin respuesta.

—Preparados para la cuenta atrás. El sujeto cuenta hacia atrás. El sujeto está cerrando los ojos y contando hacia atrás desde cero. Al sujeto le pesan terriblemente los párpados. El sujeto está

adormilado y empieza a entrar en la fase uno. En este momento tenemos actividad de bajo voltaje. Se reduce la amplitud y se incrementa la frecuencia. Estamos registrando sobre el papel a una velocidad de quince milímetros por segundo. Preparados para recibir lecturas de fase uno. Preparados para recibir, preparados para recibir.

Fue en aquel momento cuando Softly entró en la habitación. Hubo un segundo de quietud brillante. Sensacional, pensó Billy. Colosal, tremendo, magnífico. La presencia especial de aquel hombre, su dominio, la aparente contradicción de su esforzada actitud pintoresca, nunca habían sido tan evidentes. Dejó la chaqueta y el maletín en el suelo. Luego, mientras la voz de Knobloch seguía recitando datos técnicos, Softly se acercó al módulo de entrada limitada, se subió a una silla, metió la mano en un pequeño compartimento que había encima del videoteléfono y giró un dial plateado. La voz de Knobloch se apagó y la habitación quedó sumida en un silencio total. A continuación Softly bajó de la silla, se quitó un hilo suelto del puño de la camisa y se puso la chaqueta. Billy se levantó del convertible y fue inmediatamente con él.

Camaron juntos por las instalaciones. Billy le llevaba el maletín a Softly, tal como había hecho a menudo en el Centro. Era un día cálido y sin viento, con un cielo alto y luminoso, un día que tenía como modelo esa simetría rítmica de los periodos de luz que anteceden al anoecer. Cuando entraron en el jardín de setos decorativos, oyeron el estruendo considerable del desfile en pleno proceso, a continuación vieron a sus integrantes, varias docenas de personas que entraban y salían ampulosamente de los excéntricos setos, la mayoría con disfraces abigarrados, todos enmascarados, los hombres en una fila y las mujeres en la otra, avanzando en parejas, con máscaras improvisadas hechas a base de periódicos, servilletas, toallas y sacos. Uno de los integrantes del desfile llevaba una tuba al hombro y una máscara de papel con un agujero para la boca, mientras que los demás tocaban banjos, trombones, tambores, clarinetes y flautas. El ruido que producían era lo bastante disonante como para confirmar la naturaleza espontánea del acontecimiento. Con sus chisteras, camiones de dormir, bonetes, impermeables amarillos, pelucas, bombachos y redecillas para el pelo, desfilaban bajo el sol, y ahora que Billy las veía más de cerca, le pareció que algunas de las mujeres eran hombres disfrazados de mujer, como si pretendieran corregir una deficiencia y cuadrar el número de parejas. Una bufanda de unos tres metros conectaba varios cuellos.

—Estoy dispuesto a creerme que hoy es el Día Internacional del Niño —dijo Softly—. Ese día existe, te lo aseguro.

—Yo no.

—Se lo han ocultado a los niños.

—Yo no sabía que tenías que venir, Rob. Nunca me avisas. ¿Qué te parece este sitio?

—Le hacen falta un par de columnas estriadas. Pero no te deprimas, no vamos a estar aquí mucho rato.

—¿Y adónde vamos?

—Estoy trabajando en los detalles.

—¿Vamos a algún sitio juntos?

—Por supuesto, juntos, ya lo creo. Hay que alterar de forma drástica toda esta operación. Cuando coincidí con OVNI Schwarz en que eras la persona más capacitada para descifrar la transmisión, no sabía que las cosas se llevarían a cabo con tan poca formalidad. No se ha aplicado a esta cuestión el suficiente pensamiento sistemático.

—Pero yo me he acercado más que nadie a encontrar una solución. El número que están transmitiendo es el que nosotros llamaríamos cincuenta y dos mil ciento treinta y siete. Estoy seguro de eso, y sólo tengo que seguir a partir de ahí.

—¿Seguir adónde a partir de ahí? —le dijo Softly.

Cruzaron lentamente un parterre llano de hierba. Obligado a avanzar con movimientos mecánicos de relojería por culpa de sus caderas dislocadas, Softly se sacó una lata de puritos del bolsillo delantero del pantalón y se encendió uno. Con cada paso parecía elevarse del suelo y encallarse, y el vientre le trabajaba tanto como las piernas a fin de obtener alguna clase de locomoción. Campos. Campos numéricos. Campos numéricos algebraicos. Campos estelares.

Campos eléctricos. Campos métricos. Ecuaciones de campo. Teoría unificada de campos. La hierba había sido cortada recientemente y poseía esa frescura casi tóxica de la que hace gala la naturaleza en recuperación, un aroma a veneno de flecha que resultaba más seductor que la lima más silvestre. Las dos figuras en movimiento estaban a un centenar aproximado de metros del edificio, que costaba mirar a aquella hora del mediodía, puesto que estaba diseñado para jugar con la luz, magnificarla y desviarla en forma de octavos refractados a fin de que la estructura entera pareciera un estallido de arte solar.

—Han confundido mis lecturas con las de un mono.

—¿Qué clase de mono?

—Un chimpancé.

—Son los más inteligentes —dijo Softly.

Se sentaron a descansar en la hierba. Billy se tumbó de espaldas, con la cara levantada hacia el sol. Al cabo de un momento se dio cuenta de que Softly se había quitado la chaqueta y se la había echado sobre la cabeza para ocultarse la cara, con el cuello vuelto hacia arriba. Siempre estaba haciendo aquella clase de cosas, recordó el chico. Habitualmente resultaban ser cosas graciosas, bobas y extrañas, y sólo con el paso del tiempo él sabía que en ellas operaba un elemento de inteligencia. En aquel caso, decidió, era la tez pálida de Softly la que proporcionaba la motivación, su susceptibilidad a las quemaduras del sol.

—Creo que tenemos que abordar el código de forma del todo distinta. Lo miremos como lo miremos, se trata de uno de los acontecimientos más importantes de la Historia de la humanidad. Hay que tratarlo con la mayor pureza posible. ¿Entiendes adónde estoy yendo a parar? Necesitamos ser absolutamente lúcidos. Necesitamos ser precisos hasta un punto nunca visto. Hay que eliminar de nuestro trabajo final hasta la última gota de contenido intuitivo. ¿Entiendes adónde quiero ir a parar?

—Oigamos los detalles morbosos.

—Una forma de contemplar las matemáticas es en términos numéricos. Supongo que ya sabes cuál es la otra forma. Te diré la palabra en un lenguaje más expresivo, para que no quede ni la más pequeña duda de a qué nos referimos.

—Preferiría que no lo hicieras.

—*Logik* —dijo Softly.

La naturaleza singular de la música de desfile, una convocatoria para acudir corriendo, para congregarse en público y dejar que esa lealtad que anima a los que desfilan y a los miembros de la orquesta avive de forma parecida el espíritu colectivo y reduzca todos los colores a uno; esa emoción especial, mientras la música se aleja por el tiempo y la distancia, es barrida de forma patética para ser reemplazada por una contemplación ligeramente asombrada de las simas del pesar que a menudo siguen a esa clase de fantasías fugaces.

—Creo que no me encuentro bien.

—La lógica es el cepillo que el matemático usa para mantener su trabajo limpio de impurezas. La lógica dice «sí» o «no» a las formas construidas por la intuición. Las supuestas verdades intuitivas se han de someter a los rigores de la lógica antes de que podamos tomárnoslas en serio, ya no digamos usarlas en nuestro trabajo. Recuerda, estamos tratando con unos seres de una capacidad extraordinaria. ¿Cómo podemos esperar comunicarnos sin un sistema implacablemente preciso de notación simbólica? Ahora conozco tus logros. Entiendo tus sentimientos, no creas que no. Pero tienes que admitir que gran parte de lo que has realizado en calidad de matemático carecía de profundidad verdadera. Superficialidades instintivas y brillantes, sin duda. Y, de hecho, sin precedentes. Pero superficialidades, pese a todo. Tenemos que eliminar las contradicciones e ir más allá de todas esas actitudes laxas que hacen que a los científicos verdaderos les vengan ganas de encogerse y gimotear.

—No me gusta cómo suena eso.

—Neo-logístico, es como se llama, técnicamente.

—Me siento claramente enfermo.

—No te me empieces a sulfurar —dijo Softly.

El humo del puro se elevaba desde el toldo de tela de gabardina, sin acabar de esconder la tenue sonrisa de Softly. Su brazo izquierdo emergió a cámara lenta de la chaqueta para darle al muchacho un golpecito de colegas en el hombro.

—Me resulta interesante que Gottlob Frege produjera su primer trabajo histórico sobre los fundamentos lógicos de las matemáticas hace exactamente cien años. Casi tan interesante como el hecho de que Einstein naciera aquel mismo año. Y que Dodgson publicara un libro sobre geometría no euclidiana, organizado en forma de sueños. También es interesante que justo en aquella misma época tuviera lugar una escisión crucial en las matemáticas, como resultado de ciertos trabajos que se llevaron a cabo sobre las series infinitas.

—¿Y qué tiene de interesante?

—Pues que a mí me lo parece.

Cavó un pequeño hoyo para el puro y lo enterró con gentileza. Gracioso, bobo y extraño.

—A medida que redefinamos y reforcemos, creo que nos iremos acercando cada vez más a la posibilidad de una conversación genuina con los extraterrestres. Tenemos que buscar un nivel más profundo que los puros números. Estoy absolutamente convencido de eso. Así pues, no alarguemos más la cosa.

—Ya estoy a medio camino, Rob. He descubierto que usaron un sistema basado en el sesenta. Sé que para averiguar algo así no hacía falta ningún trabajo complicado, pero es exactamente por eso por lo que no necesitamos ese gran cambio de orientación.

—Por mucho que te sientes y descifres el código esta misma tarde y lo hagas de forma convincente para todo el mundo, eso no significará que hayamos encontrado una forma eficaz de intercambiar información con los extraterrestres. Lo que necesitamos, y estoy intentando sentar las bases para ello, es un idioma lógico cósmico basado en principios matemáticos.

—Se tardará años y años, hasta mucho después de que estemos kaput, en hacerles llegar una respuesta. Así pues, ¿qué importa?

—Ésa no es la cuestión, amigo. Puede que el Experimento de Campo Número Uno huela a cortina de ducha recién comprada, pero sus metas son importantes. Si vamos a comportarnos como un solo pueblo, como seres humanos racionales que habitan en el mismo planeta, necesitamos desesperadamente metas y objetivos que nos unan. Y encontrar la forma de hablar con seres inteligentes de otro planeta es uno de esos objetivos. No es casualidad que este sitio se llame Número Uno. Si tenemos éxito aquí, estaremos dando impulso a proyectos parecidos de todo el mundo. Uno, dos, tres, cuatro y cinco.

—¿Necesito este discurso?

—Tú puedes hacer que funcione —dijo Softly—. Con ese toque único que tienes, con tu fantástica comprensión de los patrones de conexiones, de las relaciones y de la forma, de los estados hipotéticos, de las maneras en que un concepto aislado se vincula con el cuerpo entero de las matemáticas. Piensa en ello. Un idioma transgaláctico. La lógica matemática pura y perfecta. Un medio para hablar con el universo. Cualesquiera pequeñas incursiones que se hayan hecho en el pasado en esa dirección están a punto de quedar completamente eclipsadas por los trabajos que estamos realizando en el Número Uno.

—Yo creía que no nos íbamos a quedar.

—Depende de los acontecimientos —dijo Softly—. Sospecho que estaremos aquí en general, pero en otra parte en particular.

Echaron a andar otra vez. Todavía se podía oír algún que otro sonido procedente del desfile, pero ya muy tenue por culpa de la distancia: desgarrones diminutos en el aire, un reventón breve y repetido de costuras que se rompen. Softly mantuvo la cabeza tapada con la chaqueta.

—Creo que somos libres de separarnos, de escindirnos, para seguir un nuevo rumbo. Y en aras de una metodología rigurosa, me gustaría que todo el mundo dejara de usar expresiones como «ratnerianos», «superseres», «extraterrestres» y cosas por el estilo. El contacto lo tenemos con una fuente radiofónica. Si la relatividad mogujérica es cierta, la fuente ni siquiera se encuentra donde parece. Así pues, ¿por qué dar por sentado que se trata de un planeta que orbita en torno a una estrella? Recuerda el viejo y entrañable refrán: «La creencia en el nexo causal es una

superstición». Así pues, a partir de ahora asegurémonos de usar el término «fuente artificial de ondas radiofónicas». Y encontremos un nombre más preciso para esos seres que presuntamente han iniciado la transmisión. ¿Qué te parece «entidades fuentes artificiales de ondas radiofónicas»? Entidades FAOR. Para aclararnos.

—¿Te estás cansando?

—Más de hablar que de caminar. Me cuesta acostumbrarme al hecho de ir caminando junto a alguien que no sea mucho más alto que yo. Este tamaño que compartimos hace que me resulte más fácil imaginarte en las garras paralíticas de la mediana edad, ji, ji, lo cual a su vez hace que mis años se desprendan de mí como si fueran hojas secas. El destino del hombre, tanto en una dirección como en la otra, es un coche que en la tumba se empotra.

Al cabo de un rato regresaron a las inmediaciones de la estructura cicloide. Una mujer les abrió la cancela que comunicaba con un pequeño recinto conocido como el jardín abstracto. La mujer se les acercó caminando, trayendo una maleta pequeña y unos libros.

—Pero mira qué culo.

—¿Qué culo? —dijo Billy—. Pero si está viniendo hacia nosotros.

—Me gusta adelantarme a los acontecimientos.

Softly se volvió a poner la chaqueta, y los dos se acomodaron en sillas contiguas en el jardín abstracto. Saltaba a la vista que el desfile había pasado por allí, a juzgar por las muestras que su jarana había dejado tras de sí. Un hombre con un palo terminado en punta se dedicaba a pinchar con delicadeza papeles y trozos perdidos de disfraces.

—Así pues, concluyendo —dijo Softly—, lo que tenemos que hacer es reiterar y reforzar nuestro método de razonamiento. Conseguir que sea exacto y supremamente terso. Introducir distinciones y relaciones nuevas. Argumentar nuestras proposiciones en términos de símbolos ideográficos precisos. Someter nuestras matemáticas, en resumen, a un autoexamen inquisitivo. Y cuando lo hagamos, descubriremos qué es cierto y qué es falso no sólo en el trabajo que tenemos delante sino en la estructura misma de nuestro razonamiento. Hasta ahora no has llevado a cabo en tu trabajo ningún intento concertado de eliminar el descuido y la ambigüedad. Pero tengo una noticia para ti, amigo: la maldita diversión se ha acabado.

Estaban a solas en el pequeño jardín. La tarde había perdido parte de su resplandor rabioso. De la tierra se elevaba un aroma a tréboles recién cortados. Era un olor que evocaba un presente especial, ese particular sentido temporal en el que las facultades animales conspiran para elevar el espíritu, la fuerza ordenadora del recuerdo, y Billy se vio estimulado para revivir una serie de momentos elementales bendecidos de forma aislada en el seno del flujo de los acontecimientos pasados. Se podían contar las veces en las que había pasado un cordel por el agujero que había practicado con un clavo en un castaño, los terrones de arcilla que había hendido con los pulgares y en los que había abierto ranuras para convertirlos en algún modelo amorfo, los huesos de cereza que había enterrado y la gente en la que había aprendido a creer. Se podían contar las veces en que había flexionado los dedos de los pies dentro de la arena mojada y densa, los trozos de helado que había desprendido de vasitos de papel valiéndose de una cucharilla plana de madera, los boquetes que había abierto en su puré de patatas, las páginas que había arrancado de su cuaderno de redacciones, tirando del papel a lo largo de la espiral de alambre, y los copos blancos resultantes que caían volando por el aire, igual de bien definidos y contables. Se podía nombrar y hacer listas de los sitios en los que se había escondido del peligro y de las noches que había creído que no acabarían nunca.

Softly se levantó, se desperezó y se dirigió con brusquedad a una entrada trasera y remota del edificio. El chico lo siguió, con el maletín a cuestas. Hasta que echó a andar hacia la superficie reflectante de una puerta electrónica, que empezó a abrirse lateralmente, no se dio cuenta de que seguía llevando puesto el bigote falso.

REFLEXIONES
PROYECTO LOGICON MENOS UNO

Denso por todos lados, el espacio que los separaba parecía una serie cada vez mayor de marcos que definían el oscuro alcance de su pasión, hombre ostensiblemente enfrascado en vestirse y mujer desnuda a su lado (una duna horizontal convertida en anagrama), ambos conscientes del sedimento de vínculos y distancias que acababan de dejar atrás, de aquel material variable suspendido en el aire, de aquellos instantes de su tiempo vividos en el seno del otro, los ecos repetidos de un sudor y una carne que venían a confirmar la naturaleza urgente de su acto, la diligencia que requería, el reconocimiento del terreno en busca de encaje y colocación, el movimiento fundamental, la búsqueda de unos ritmos iguales, el reajuste de la posición original, el esfuerzo del regreso a uno mismo, de separarse del agregado, y en la neblina ligeramente pastosa dentro de la cual ahora recordaban su fatiga, en su sensación de merecido agotamiento, a ambos les resultaba posible examinar todavía más la sustancia de aquel espacio que los separaba, que tanto reflejaba el esfuerzo de ellos, los olores traspuestos, el mechón de pelo en la boca, la experiencia de un cuerpo entero respirando, la incapacidad (o bien la falta instintiva de voluntad) para producir un habla coherente, los gritos luminosos, el asentamiento, el descenso final a la flaccidez, la momentánea proximidad al sueño en medio de la lechosidad y el abrazo, la reconquista del ritmo respiratorio normal, los monosílabos y bloques de palabras, la conciencia en bruto de los peligros de la conversación, el extraño aire de disculpa del desacoplamiento, el reconocimiento mutuo de la demonología humana del amor. Ella se levantó de la cama, entre un insustancial cosquilleo de muelles, con un brinco de su asombrosa nalga, la izquierda, notable por su marca de nacimiento en forma de estrella. Él se sentó en una banqueta para apoyar los pies y se enfrascó en atarse los cordones de los zapatos con doble lazo, deteniéndose entre nudo y nudo para mirar cómo ella se vestía, una operación que parecía retratar la correspondencia entre posición y tiempo, donde cada acción individual generaba la siguiente, meter un pie, introducir el cuerpo, dar un tirón, hasta tener los miembros y el torso cubiertos, una mujer de movimientos fluidos, y su mirada pareció seguir el delicado sonido como de guijarros de la voz de Softly. Ella se volvió a sentar en la cama mientras hablaba, con las plantas de los pies idénticamente manchadas de polvo y abrazándose las rodillas levantadas con los brazos para formar con su cuerpo una cabaña temblorosa. Softly se frotó la barba clara de dos días y se tomó su tiempo para echar un vistazo al interior de la carpeta que ella había dejado apoyada en la banqueta. Habló un momento más (de términos, fórmulas, sentencias y demostraciones), a continuación se levantó y salió a toda prisa de la habitación, con sus movimientos entrecortados de siempre. Si se hubiera dado entonces la vuelta, un paso después de salir por la puerta, para dedicarle a la mujer una última palabra dulce o un simple gesto de despedida, se habría encontrado a sí mismo un poco desconcertado por la sonrisa sardónica que su amante tenía en la cara.

EMPRENDO UN TEMIBLE DESCENSO

El muchacho ya tenía hecha la maleta y estaba esperando cuando Softly llegó a su cápsula. Llevaba los pantalones planchados, su mejor americana y corbata. Las uñas, limpias. La raya del pelo, casi recta. Los zapatos, relucientes. Se había quitado el bigote. Mientras Softly husmeaba por la habitación como si estuvieran a punto de mudarse a ella en vez de abandonarla, Billy cogió su maleta y se dirigió hacia la puerta.

—Por ahí no.

—Pues ¿por dónde?

—Hacia abajo.

—Explícate, por favor.

Billy miró cómo Softly se acercaba a la rejilla de metal que había junto a la base de la pared. Se trataba, por supuesto, del punto de salida de emergencia del sector entero. Softly desprendió la rejilla y la dejó en el suelo.

—No podemos entrar ahí salvo en caso de desastre natural o causado por el hombre —dijo Billy—. Así me lo dijeron. Y yo asentí con la cabeza para indicarles que entendía lo que me estaban diciendo. Inundaciones, incendios, guerras o terremotos.

—¿Puedo elegir uno?

—No me gusta bajar por ahí sin razón.

—Pero es que esto es una emergencia. Llevo todo este tiempo pensando que pasaría y ha pasado. El tráfico por cable es tan denso que cuesta de creer.

—¿Y qué es lo que pasa? ¿Alguna clase de emergencia de la física alternativa, o al espacio se le está cayendo el fondo, o el agua ya no hierve a la temperatura de ebullición? Porque ésas son la clase de emergencias que se producen por aquí.

—Tensiones —dijo Softly.

—¿De qué tipo?

—Del peor. Tensiones internacionales. Tensiones internacionales crecientes. Primero se han producido estados de alerta preventiva. Luego perfiles de disposición aumentada. Por último preparativos para situaciones de alcance máximo. Podemos medir la gravedad de los acontecimientos examinando la naturaleza cada vez más abstracta de la terminología. Como la cosa suba un nivel más de vaguedad, ya estamos listos. Y no es un fenómeno que se esté dando a nivel local. Ahora mismo estamos tratando con eufemismos globales. Lo que tarde exactamente en estallar la situación dependerá de cuándo x , que representa la voluntad hostil de una serie de naciones, e y , la del bloque opuesto, pierdan su equilibrio mutuo en términos de coeficientes de capacidad y restricción. Podríamos enmarcar todas las ecuaciones lindas y hermosas que quisiéramos, pero tenemos cosas más importantes que hacer.

—Así pues, ¿hasta dónde bajamos? ¿Qué hay ahí abajo, un sótano con un refugio?

—No, vamos más abajo.

—¿Adonde tienen los aceleradores de protones? Creo que es lo más abajo que llega el edificio.

—Más abajo.

—Ah, ya sé adónde. A esa sala tan grande donde guardan el globo, el que usan para las mediciones astronómicas. Está como quince niveles más abajo. En el Gran Foso. Vamos al Gran Foso, ¿verdad?

—Más abajo —susurró Softly.

—¿Más abajo que el Gran Foso?

—Lo que me resulta más satisfactorio de esta estructura es que consta de partes distintas. La primera, naturalmente, es el cicloide. La segunda es la primera pero invertida, y está toda por debajo del nivel del suelo. La misma forma pero del revés. Un sitio donde no sucede nada, en términos de acontecimientos oficiales. No es más que una excavación. Y, sin embargo, se ajusta al concepto.

—Creo que me quedo aquí.

—Yo lo llamo «el antro». Que no es más que una forma sofisticada de decir «hoyo en el suelo». He hecho arreglar un poco el suelo de la excavación. Sólo en lo puramente esencial. Y he elegido

a la mejor gente para ayudarnos en nuestro trabajo. Hasta el último de ellos es un supergenio despistado. He necesitado poner en juego todo mi poder de persuasión. Creo que las tensiones mundiales han ayudado. En medio de un follón lleno de riesgos como éste, todo el mundo ha aceptado que la única forma de mantenernos intelectualmente frescos era aislarnos totalmente. Considérate afortunado por estar trabajando con esa gente.

—Prefiero arriesgarme con la trifulca global.

—Ven, baja conmigo —dijo Softly.

Y gateó hacia atrás hasta introducirse por la trampilla de salida. Billy dejó la maleta en el suelo y lo siguió. Tras bajar por una larga escalera metálica de mano, les tocó esquivar con los pies una serie de tuberías de desagüe hasta llegar al extremo de una pasarela. Costaba ver las cosas porque no había más luz que la que venía de una bombilla polvorienta. A un lado vieron una pila de vigas y gruesos tablones colocados sobre caballetes, todo aparentemente dejado allí por los trabajadores que habían construido el lugar. Cruzaron la pasarela y pusieron rumbo a otra luz, evitando una serie de charcos por el camino. Se encontraron con otra bombilla situada dentro de un pozo abierto. Softly tiró de una palanca que hizo que un pequeño ascensor subiera hasta detenerse más o menos a su nivel. En realidad era sólo el armazón de un ascensor, con gran parte de los cables al desnudo, sin paneles de ningún tipo, unos cuantos metros de malla hexagonal con un solo lado cerrado. A bordo de aquella tosca jaula descendieron hasta la excavación, un trayecto que los llevó a través de diversas zonas de almacén y mantenimiento, sectores restringidos, y, por fin, a través de esquisto poroso y roca, dejando atrás los apuntalamientos de madera y ensamblajes de mampostería y acero que constituían el soporte de los túneles secundarios y las rutas de acceso de emergencia; a partir de ahí el ascensor siguió descendiendo por el vacío, ya desprovisto de su hueco, sumergiéndose colgado de su cable en la oscuridad del cicloide invertido, entre corrientes de aire y oscilaciones, un descenso vertiginoso entre cascadas de drenaje y derrumbes de escombros, con la jaula experimentando tales sacudidas que Billy intentó convencerse a sí mismo de que las vibraciones y cambios de velocidad seguían un patrón, una coherencia oculta, sin vacíos que no se pudieran rellenar, la deriva organizada de las cosas en serie transformándose en continuo. Al final el ascensor aminoró la velocidad y su descenso se estabilizó. Por fin se encajó en su hueco, una especie de caja de juguetes fortificada que había sobre una plataforma situada a unos cuatro metros del suelo. Los pasajeros abandonaron el ascensor y bajaron a pie por una escalera improvisada de madera que llevaba al fondo mismo de la colosal excavación. Menudas molestias se habían tomado, pensó el chico, sólo para ajustarse a un concepto.

A poca distancia de allí había una serie de cubículos para trabajar y dormir. Entre las unidades de mayor tamaño había una sala de primeros auxilios, una cocina, un retrete primitivo y unos cuantos teléfonos de campaña. Todo estaba instalado sobre una superficie ligeramente curvada de arcilla y roca, sin nada encima más que oscuridad. Alrededor de los cubículos había un cerco de bidones de petróleo, cajones de madera y escombros naturales, colocado allí para evitar los impactos de las rocas que se desprendían. En las inmediaciones ronroneaba un generador. A lo lejos caían hilos, chorros y de vez en cuando cascadas de agua. Se estaba fresco allí abajo, pero no hacía un frío desagradable. El olor a tierra era firme y cautivador, rico en minerales, y el aire húmedo se sentía en la lengua igual que se siente el sabor de un centavo de níquel.

—Un descenso aterrador, lo admito libremente, pero mejor que bajar por medio de un aparejo de poleas —dijo Softly—. Si alguna vez sufrimos un cortocircuito aquí abajo por culpa de las inundaciones, será eso lo que nos toque. Subir y bajar sentados en una lazada de cuerda de alta resistencia.

En el cubículo de Billy había un camastro, un baúl, una silla grande y reluciente de líneas toscas y voluminosas y una mesa de televisión con ruedecitas que servía de escritorio. Las mamparas eran el doble de altas que él. No había puerta, sólo una abertura de entrada. No había techo. El suelo era de arcilla. Softly lo dejó a solas para que deshiciera su maleta y Edna Lown se sentó lenta y pesadamente en un taburete de cocina, moviéndose con la lentitud que correspondía a su mole, con un cigarrillo torcido en la comisura de la boca. Billy abrió su única maleta pero

descubrió que sólo le cabía en el baúl la mitad de sus cosas, y eso encajándolas a golpes y empujones. El resto lo dejó en la maleta y dejó ésta cerrada al pie de la cama. Luego se sentó en la silla, nada acostumbrado a tener tiempo libre. Lown tenía la blusa toda sucia de la ceniza pálida de su cigarrillo. Softly se puso cómodo sobre la mesa y se quedó mirando cómo ella hojeaba con el pulgar un puñado de papeles; su pelo bastante gris y una especie de peinado desigual estilo paje, los ojos claros hundidos en una cara ancha y fuerte, una mujer de madurez tranquila, la conductora del tanque de la escuela neo-logística, acelerando ahora el recuento de páginas que estaba llevando a cabo con el pulgar.

—¿Dónde está?

—En el cubo uno.

—¿Se vendrá abajo por la presión?

—Es mi protegido, Edna.

—¿Y por qué has tardado tanto?

—He tenido que hablar con alguien sobre ciertas cuestiones que afectan a una serie de asuntos secundarios relacionados con el proyecto.

—Trabajaremos en la intimidad absoluta, Rob. Con eso no pienso ceder ni un milímetro. Ni Lester tampoco. Esto de recluirmos fue idea tuya. Ahora no empieces a ablandarte.

—Edna, cielo...

—Tienes ciertas tendencias.

—Trabajaremos sin interrupciones externas. Ésa fue mi promesa formal y lo sigue siendo.

—¿Cuándo lo veremos?

—En cuanto estemos listos —dijo Softly—. ¿Eso es el nuevo trabajo de notación?

—No estoy contenta con él.

—Pues claro que no estás contenta. Lo que estamos construyendo aquí es una revolución. Toda la ciencia y todo el lenguaje van a acabar transformados por lo que estamos haciendo aquí. Yo soy el líder. Nadie va a estar contento hasta que lo esté yo, y yo no voy a estar contento hasta que hayamos terminado lo que hemos venido a hacer.

El chico no se movió cuando entraron en su cubículo. Softly se sentó en la cama. La mujer se quedó en la entrada, examinando la figura apática que ocupaba la silla. Llevaba unas gafas de montura oscura y lentes redondas.

—Esperamos que éste sea un periodo largo e intensamente productivo para todos nosotros —dijo ella.

—Ni siquiera he cerrado la maleta. Eso indica cuánto tiempo me pienso quedar.

—Los acontecimientos no se ven influidos por el hecho de que uno se obstine en aplicar significado a los objetos cotidianos. Da igual que tu maleta esté abierta o cerrada, nos vamos a quedar aquí una buena temporada.

—Y me lo dice una dentista.

—Compórtate, Willy. Ya te he dicho que se había acabado la diversión. Edna Lown está aquí por petición mía, porque se lo he rogado, se lo he suplicado con insistencia. Aprende de esta mujer.

—Como es natural, conozco bien tu trabajo —dijo ella—. Detecto en él una poderosa vena computacional. Sin un gran sentido de la discriminación. Sin demasiada cabida para la lógica. Paradójicamente, el tuyo es el tipo de intelecto que necesitamos. La base del pensamiento matemático es la aritmética. Los números enteros y la forma de usarlos. Por otro lado, la base del pensamiento aritmético es la lógica pura. Podemos encontrar los fundamentos de la aritmética en un puñado de proposiciones lógicas. Y parece que es la norma, en el caso de las primeras espadas, llegar a la lógica matemática sólo después de desempeñar un trabajo considerable en otras áreas. Eso está bien. Me gustan las reglas, las regulaciones, los formatos.

—Creo, si no lo recuerdo mal, que a mí me trajeron aquí para explicar un mensaje del espacio exterior. ¿He de seguir con eso, o me pongo a trabajar exclusivamente en esto otro?

—En tu tiempo libre puedes entretenerte con el código —le dijo Softly—. Si de verdad crees que las entidades FAOR están usando un sistema no decimal, pues abórdalo desde ese ángulo. Yo

creo que lo que están usando ellos es lo mismo que estamos buscando nosotros. Un lenguaje lógico universal. Ayúdanos a desarrollar ese lenguaje y el código se descifrá solo.

La mujer escupió una brizna de tabaco que tenía en la punta de la lengua.

—Las matemáticas son un modelo de razonamiento exacto, sometido únicamente a los requisitos de una disciplina interior —dijo—. Es un anexo a la lógica. Y nada más. Todas las reglas que rigen eso que llamamos números derivan de proposiciones lógicas. La lógica precede a las matemáticas. Y como los elementos fundamentales de la lógica carecen de contenido, las matemáticas tampoco tienen contenido. Forma, no son más que forma pura. Se sostienen en el vacío. Los símbolos que usamos lo son todo. Lo que representan lo descartamos sin dudar un momento. El centro de nuestro pensamiento, el objeto de nuestro examen, de nuestro análisis, de nuestra pasión si quieres decirlo así, es la notación en sí. Y en eso consistirá en gran medida nuestro trabajo. En realidad no es nada que no hayas hecho antes. Es poner el énfasis no en los números sino en las clases. Y ya está.

—¿Y ya está?

—Disfruto mucho oyendo hablar a mis mercaderes de lógica —dijo Softly—. Consiguen que la creación de un lenguaje artificial parezca todo menos difícil. Acuérdate, Willy, el mejor trabajo es a la vez simple e inevitable. Ésa es mi última palabra, de momento. Ahora te dejo con Edna. Te veo dentro de unos retortijones.

—¿Dentro de qué?

—Aquí abajo no hay día ni noche. El cuerpo genera su propio tiempo, que suele ser muy distinto a lo que estamos acostumbrados. El tiempo que uno pasa despierto lo medimos en retortijones. Retortijones de hambre. El tiempo de sueño lo medimos en lebogundos. El término denota los ciclos de ronquidos de Lester Bolin. Lester es el socio de Edna. La duración media del sueño completo suele ser de media docena de lebogundos.

—¿No te parece que decir esas cosas puede ofender a los adolescentes?

—Willy, si Edna te parece sensible, tienes que vértelas con Lester. Recuerdo que una vez le dije que me parecía muy interesante el hecho de que el primer uso del cero como número probablemente tuviera lugar mucho antes de cuando dicen los cálculos habituales, y nada menos que en Indochina, donde podemos imaginarnos una especie de vínculo abstracto entre el concepto taoísta de la vacuidad y la noción hindú del vacío. Él se puso a agitar los brazos, a agitarlos literalmente, como un poseso.

—Y por supuesto, estaba Cantor —dijo la mujer.

—Llego tarde a una cita.

—Después de todos los colapsos emocionales, depresiones y ataques, después de que al final muriera, ¿acaso no se encontró entre sus documentos una declaración que venía a decir que las matemáticas no se podían explicar sin un toque de metafísica?

—Paparruchas místicas *new age*.

—Estoy obviamente de acuerdo —dijo ella—. Quiero decir que es lo bastante curioso como para resultar interesante, un poco como lo que has dicho antes de la vacuidad y el vacío. ¿Qué piensa nuestro jovencito?

—Si estaba entre sus documentos, supongo que es parte de la historia.

—La historia está llena de cosas interesantes —dijo Softly—. De cara a nuestro cometido presente, sin embargo, no tiene nada valioso que aportarnos. Se nos permite deducir, al menos de inicio, que todo es o *a* o no *a*. Lo que no se nos permite es afirmar que todo es o la Gran Muralla china u otra cosa. En nuestra circunstancia presente ni siquiera sabemos que existe la Gran Muralla china. Ni siquiera hemos oído hablar de ella. O sea que olvidémonos de la historia.

ME PONEN UN POCO EN ANTECEDENTES

Edna Lown habló un buen rato sobre la forma que podría adoptar un vocabulario interestelar. Señaló que su «gramática» se tendría que comunicar de forma gradual por medio de señales de radio de distintas longitud de onda y duración. Sería una operación paso a paso, donde los elementos del lenguaje sintético se irían definiendo a medida que se transmitieran y, si todo iba bien, se descifrarán. No habría ni incoherencias ni excepciones a las reglas. A medida que formuláramos nuestro discurso cósmico, basándolo en los principios del pensamiento neologístico, podríamos hacer que nuestras transmisiones fueran cada vez más abstractas y difíciles, dando por sentado, y de eso no le cabía duda, que quienes se encontraban en el otro lado hubieran interpretado correctamente las transmisiones previas. De esa manera podríamos avanzar del simple «*a* más *b* es igual a *c*» hasta toda una definición de *verdad*, si es que esa palabra estaba en realidad sujeta a definición. Las señales de radio combinadas serían el equivalente a una serie de unidades ideográficas escritas en Logicon. De forma gradual, irían emergiendo del ruido radiofónico conectores, variables vinculantes y matrices de signos. Los conceptos de «más», «menos», «es igual a», «está implícito en» y «se puede interpretar como» no tardarían en acumularse en un cuerpo sólido de conocimiento del planeta Tierra. Billy estaba sentado en la silla escuchándola cuando Softly emergió del pozo, cruzó a toda prisa la pasarela y se dirigió a la escalerilla metálica. En su habitación, la joven estaba sentada en su cama intentando entender las notas que había escrito aquel mismo día. Parecía que le costaba expresar cualquier cosa que se pareciera al fastidio o la frustración; aquellos despliegues quedaban absorbidos de forma inevitable por su magnífica presencia. Pantalones y blusa de impecable factura. Figura esbelta. Cara tirando a redonda, suave y demasiado bonita. Siempre que hacía algún gesto cercano al fastidio, el acto se imbuía automáticamente de un pathos resplandeciente de niña refunfuñona, demasiado adorable para ser tomado en serio. El pelo le bordeaba la unión del maxilar con la oreja, un poco ondulado hacia arriba, de un castaño casi rubio. Ojos rebosantes de sensibilidad. Softly ya se estaba quitando los pantalones antes de adentrarse un par de pasos en la habitación.

—Vamos allá —dijo.

—¿Esto qué es, un ensayo de cópula en un holocausto nuclear?

—Es que tengo prisa.

Semidesnudo, Softly parecía la broma solemne de un escultor romano. Solamente resultaba ridículo en la medida en que había partes de su cuerpo que seguían enfundadas en tela. El resto de su cuerpo no tenía nada en miniatura, y se podía afirmar ahora, mientras se quitaba el segundo calcetín de media, que desnudo resultaba todavía más imponente que del todo vestido, con un pecho bastante ancho y la cabeza de un tamaño todavía más parecido al resto de sus apéndices, una ilusión propiciada por el factor equilibrador que era su órgano sexual, una herramienta que parecía conferirle unidad, ligazón estructural y conectividad estética.

—Rob, estoy un poco liada.

—Yo también, yo también, pero he encontrado tiempo para subir hasta aquí. No hace falta que te desnudes del todo. Dame un sitio adonde apuntar y ya está. Un alojamiento adecuado.

—No tiene gracia.

—Venga, manos a la obra.

—Estas notas son un lío. No puedo ni leer mis propias notas. ¿Cómo voy a hacer un libro con esto?

MIRA CÓMO EXISTE LESTER

Lester Bolin echó un vistazo al sobre y fue dando un paseo hasta el cubo número uno, donde en aquel preciso momento su socia estaba diciendo que era obvio que cualquier civilización lo bastante avanzada como para haber construido un aparato que permitiera recibir transmisiones de radio de otras partes del universo también sería capaz de interpretar cualquier serie de mensajes basada en la lógica estricta. En realidad, lo más seguro era que a las entidades fuentes artificiales de ondas de radio les costara menos entender un mensaje de la Tierra de lo que a nosotros nos cuesta descifrar los fragmentos de idiomas antiguos que encontramos enterrados en los recodos de nuestro mismo planeta. Esta aparente ironía, dijo, no hace más que enfatizar la falta de lógica de nuestros lenguajes hablados.

—En todo caso, el Logicon no está diseñado para hablarlo. A medida que avancemos, veremos sin duda que revela una resistencia innata al hecho de ser articulado.

—Por los humanos —dijo Bolin, plantado en la entrada.

—Lester ha estado trabajando en una *cosa* experimental. Él cree que puede conseguir que se hable Logicon.

—Pido perdón a todos por llegar tarde. Me he cortado y he tardado mucho rato en parar la hemorragia. ¿No se supone que esas cosas tienen un límite? ¿La coagulación? ¿La sangre no tiene un horario para coagularse o algo parecido?

—¿Cómo se ha cortado? —dijo Billy.

—Al abrir mi correo con un instrumento largo y fino, consistente en una superficie cortante de borde plano y rematado con un mango.

—¿Un cuchillo?

—Sí lo quieres decir así...

—Es la idea que tiene Lester de un chiste —dijo Edna—. Lester es un chistoso. El problema es que aquí abajo los chistes no funcionan muy bien. Aquí el tiempo está muerto. No se puede cortar.

Bolin era un hombre corpulento que daba la impresión de estar descoyuntado. No era simplemente que la ropa le quedara mal, es que había partes a las que les faltaba la conexión con otras partes, o bien se conectaban de forma incorrecta. Tenía los bajos de una pernera del pantalón enganchados por detrás con el calcetín. El nudo implacable de su corbata no conseguía esconder que tenía la camisa abotonada, empezando por el cuello, con el botón *a* en el ojal *b*, y así sucesivamente hasta llegar a la hebilla del cinturón. Llevaba una parte de la camisa metida por dentro de los calzoncillos, con la banda elástica de éstos doblada por encima del cinturón bastantes centímetros. Se estaba quedando medio calvo por delante y parecía tener el impulso de tocarse el pelo de esa zona a menudo. Softly sacó un puro de su estuche metálico. Hubo un desprendimiento de rocas poco importante en la ladera norte. Setas, musgos, algas y hongos fosforescentes. Ese sueño parecido al trance de los murciélagos saciados cuando digieren cabeza abajo. Bolin salió un momento y regresó con una silla. Edna Lown estaba de pie, a un par de metros. Para Lester, el simple acto de sentarse ya era casi una ceremonia, aposentando el trasero y los muslos más y más, investigando la esencia de la silla que tenían debajo, y a Billy le pareció que aquel hombre estaba decidido a comprimir hasta el último segundo a fin de descubrir el sentido del mundo que ocultaba, un hombre *serio*, mira cómo *disfruta* del hecho de sentarse, mira cómo frota el suelo con los pies, mira cómo *existe*, un hombre (caviló Softly, pensando en los hombres sentándose en general) que concluye una secuencia infinita de estados de reposo para iniciar un periodo de movimiento que se limita a sí mismo. Temperatura, humedad y oscuridad constantes.

—Mi marido, cuando estábamos casados —dijo la joven—, no reconocía mi caligrafía. Nunca nos dejábamos notas el uno al otro. Nunca nos escribíamos cartas, ni cuando pasábamos meses separados. Siempre era el teléfono haciendo ring-ring. ¿No es curioso? ¿Adónde hemos llegado? La caligrafía de su propia mujer. La de mi propio marido. Porque era mutuo.

—¿Por eso se rompió tu matrimonio? —dijo Softly.

—Nos olvidamos de divertirnos. Eso es lo que pasó. Dejó de haber bromas, simplemente nos olvidamos. Y se acabó. Una silueta fugaz al amanecer.

—Y ahora no eres capaz de reconocer tu propia escritura.

—La reconozco. Sé que es mía. Simplemente no soy capaz de leerla. O sea que no saques conclusiones precipitadas.

—Acuérdate de no hablar con nadie a menos que yo te dé permiso. A Edna no le va a gustar esto. La situación me va a dejar sin ningún poder de persuasión.

—¿En este cajón se puede fumar?

—Quiero que arregles esas notas para que yo les pueda echar un vistazo. Ésa es la tarea prioritaria. Después de que veas a mi amigo Terwilliger. Luego volvemos a subir. No quiero forzar la situación. Necesito la buena voluntad de Edna. Esto es una operación de contrabando. Te estoy trayendo aquí de contrabando. Y cuando termines de entrevistar al chico, te sacaré también de contrabando.

—Prefiero quedarme en el antro.

—Te sacaré de contrabando —le dijo él.

Gente seria. No había forma humana, pensó Billy, de evitarlos en aquel sitio. A uno lo tenía sentado en la cavidad de su silla. A la otra la tenía allí plantada, en blusa, falda y botas safari, a su edad y con su tamaño y llevando aquellas botas, aunque tampoco se la podía culpar, teniendo en cuenta que en aquel tinglado de allí abajo no había ni tablones sobre las zanjas. Lester B. tenía un sobre en el regazo. Muy pero que muy serios. Mientras Lester y Edna hablaban de la disciplina que todos iban a necesitar para tener éxito en aquella empresa, Billy se llevó el dedo índice a la boca y se arrancó un trozo de uña sin llegar a desprenderlo del todo. Luego usó aquel fragmento puntiagudo para sacarse la suciedad de las uñas de la otra mano. Al final invirtió el proceso (índice de la mano izquierda, mano derecha), y el proceso en su conjunto le hizo sentirse bien porque le pareció muy ecológico. Al cabo de un rato pensó en su propio funeral, otro de sus pasatiempos favoritos, al que recurría cada vez que necesitaba animarse o su autoestima necesitaba un poco de apoyo. Allí estaba él, en un ataúd conmovedoramente encantador forrado de tela de lanilla, blanca y aterciopelada. Todo el mundo que había conocido en vida se presentaba al velatorio. De pie allí, solemnes, tenderos y doctores en filosofía, docenas de chicos y chicas, veintenas de colegas. El dolor que les producía su defunción se mezclaba con la autocompasión que sentía él mismo (mientras miraba). Era bastante obvio. No cabía duda alguna. Culpa. Lo que sentían era culpa. Cargaban con una culpa terrible por no haberlo tratado mejor, por no haberlo querido más, por no haber valorado su vida más que la de ellos.

Capullos.

Dentro del cuerpo drenado ya estaban teniendo lugar pequeñas erupciones de podredumbre. Lo que antaño había estado compuesto de agua, grasa, proteínas, minerales, polvo de esqueleto y fluidos diversos, ahora estaba experimentando las alteraciones estructurales más extremas. Mantillo, mejunje, churrete y pestiño. Desperdicios sin nombre. Sentía una ligera debilidad en la parte superior de los brazos, lo cual probablemente explicara por qué aquella parte de su fantasía mortuoria no estaba consiguiendo entretenerlo igual que de costumbre.

—¿Y cómo se siente uno —dijo Lester Bolin— siendo un radical acelerado?

—Si eso es lo que soy, es lo único que he sido siempre, por lo menos desde el momento en que descubrí qué eran los números, de modo que no puedo compararlo con nada más, que seguro que debe de ser en líneas generales lo que usted está esperando, en términos de más que, menos que o igual a la experiencia de no ser un radical acelerado, si he oído bien la pregunta.

—A su manera, es una respuesta notablemente exacta —dijo Lown—. Nótese el uso de «si», «único», «por lo menos», «desde el momento», «nada más», «seguramente», «en líneas generales», «más que», «menos que», «igual a», «de no ser» y por fin nuevamente «si». Una respuesta entre buena y excelente.

LESTER NOS HABLA DE ROB

—Voy a bajar la voz, o sea que mírame los labios. Softly. Lo que Softly tiene es una afección no hereditaria causante de tamaño infantil. Algo muy poco frecuente. Se la diagnosticaron ya al nacer. Fue un bebé anormalmente pequeño, y quiero decir pequeñísimo, y además torcido, mal proporcionado. Él comentaba que teniendo en cuenta la pinta que había tenido de bebé y de niño pequeño, aún era afortunado de haber acabado siendo un adulto viable. Al parecer todo era culpa de un desequilibrio químico en el útero materno. Por lo que yo tengo entendido, no es un enano per se. Me lo ha dicho él mismo. Nunca esperé oír una revelación tan íntima de labios de alguien como Rob. El problema de las caderas lo tiene desde que nació. Es parte de él. Una noche se sentó y me lo contó todo. Siento una admiración sin límites por ese tipo. Por que haya conseguido lo que tiene bajo unas condiciones tan adversas. Ten, esto me lo han entregado a mí por equivocación.

Tiró el sobre encima de la cama y siguió a Edna Lown al exterior del cubículo. Hicieron una parada en la cocina, donde Softly estaba sirviendo té.

—¿Y bien?

—Tiene que acostumbrarse a nosotros —dijo Edna.

—Ya se acostumbrará con el tiempo. Si surge algún problema me lo dices y yo trabajo en ello.

—¿Cuánto tiempo hace que lo conoces? —dijo Lester.

—Pues lleva en el Centro un par de años. Aunque lo conocí varios años antes.

—¿Qué me dices de tu otra amiga? —dijo Edna.

—¿De quién me hablas?

—¿Cuánto hace que la conoces?

—¿A qué otra amiga?

—Hay una jovencita en tu cubículo.

—Está sentada en tu cama —dijo Lester—. Rodeada de hojas de papel. Organizándolas.

—No es problema.

—¿Quién es, Rob?

—Periodista, es una periodista. Extremadamente favorable y muy dispuesta a cooperar. No hace nada sin consultármelo primero. Acude a mí para que le verifique hasta la última nota, la última cita y todo eso. No va a interferir en nuestro trabajo. No va a molestarnos para nada. No es ningún problema, creedme. Lo estoy orquestando todo. Nadie va a sacar de este proyecto nada que nosotros no queramos dar.

—Está escribiendo un artículo, ¿verdad? —dijo Edna—. Una especie de artículo de fondo general sobre el Logicon. ¿Va por ahí la cosa?

—Un libro, está escribiendo un libro.

—Rob, esto no me gusta.

—Es un librito, Edna.

—¿Y qué más ha escrito?

—Libritos —dijo Softly—. Todos sus libros son pequeños.

LEO MI CORREO

Billy decidió dar un paseo por la zona. Se puso de pie con lentitud, con el sobre en la mano, y se adentró por el tosco sendero que separaba las hileras de cubículos. No había gran cosa que no hubiera visto ya al traerlo Softly desde el ascensor. Sólo se internó unos metros más allá de la barrera protectora de cajones y bidones de petróleo. Desde tan cerca, las unidades de vivienda y mantenimiento parecían un campamento fortificado, la única fuente de luz en aquella gigantesca cuenca de tierra. Fue consciente de la presencia del agua. En algún lugar de las laderas discurría el agua, por planos y junturas que le hacían de lecho. Tal vez también la tuviera debajo, cayendo gota a gota en hondonadas, filtrándose, partiendo la roca, acumulándose y encontrando desagües, a pocos metros por debajo de él, pozos y cascadas, lagunas profundas, ríos anchos y activos. Se sentó en una roca y miró por primera vez el exterior del sobre que le había dado Lester Bolin:

Consortium Hondurium

A/A: Registro Naval de Liberia

Central del Guano

Paraíso Fiscal Liechtenstein

Sr. William D. Terwilliger Jr.

Facultad de Matemáticas

Centro para el Perfeccionamiento de las Estructuras Ideacionales

Pennyfellow, Connecticut

EE.UU.

Por favor, reenvíese a la dirección de abajo.

La idea de la carta lo deprimía. Iba a tener que abrir el sobre y leer lo que había escrito dentro. Le resultaba agobiante. Y lo que era peor, seguro que le recordaba el trabajo que tenía pendiente. La fisión lingüística. Algo más pequeño que la envergadura bien medida del lenguaje ordinario. Más pequeño que las oraciones y las frases hechas. Más pequeño que las palabras. Más pequeño que los fragmentos de palabras. Más pequeño que las palabras numerales. Más pequeño que los signos y símbolos de costumbre. Más pequeño que las grafías de costumbre.

Test informático del cerebro espacial

¡GANE! ¡GANE! ¡GANE! ¡GANE!

Símbolos de plástico magnetizados

Le felicitamos porque su nombre ha sido elegido de una lista de correo meticulosamente reservada donde figuran algunos de los intelectos y profesionales más distinguidos del mundo, confeccionada a partir de centenares de otras listas. Esto lo convierte en candidato para ganar un número ilimitado de estampas canjeables de colores vivos donde se han grabado símbolos precodificados. Lo único que tiene que hacer es contestar correctamente las preguntas de test duales que acompañan a esta carta, diseñadas y formuladas por el ordenador más famoso del mundo: ¡el fantástico Cerebro Espacial!

Extraño y asombroso

Este fenomenal sistema de procesado-control —más versátil que ningún invento del extraño mundo de la ciencia ficción— no solamente ha diseñado y preimpreso el test deductivo-mágico que viene en el tarjetón de test adjunto, sino que también está programado para escanear y puntuar su formulario personal. Si está usted entre los ganadores, le adjuntaremos con el test del mes próximo sus estampas laminadas tamaño billetero. Si presenta usted una docena consecutiva de formularios ganadores —uno por cada mes del calendario anual—, podrá canjear sus estampas en uno de nuestros céntricos centros de canje situados en su zona del mundo, marcada con su color de zona correspondiente. Ver mapa adjunto.

Pague y juegue

Cada postulado del tarjetón de test adjunto tiene una pareja de respuestas posibles. LIMÍTESE A HACER UNA MARCA EN LA CASILLA QUE HAY JUNTO A LA PALABRA MÁS LÓGICA. A fin de jugar, primero tendrá que pagar la tarifa de participación preseleccionada de la lista de correo que le corresponda a usted. Esta cifra viene impresa informáticamente en el dorso del tarjetón de su test. Todas estas disposiciones se hallan sujetas a lo estipulado en el acuerdo de arrendamiento del Cerebro Espacial. Nulo donde esté anulado.

TARJETÓN DE TEST ADJUNTO

No use números para indicar las palabras lógicas. Límitese a marcar (✓) la casilla correcta. Sólo ganan las soluciones perfectas. En caso de empate, todas las entradas serán descalificadas.

En una situación complicada, su mejor amigo será el que tenga, por encima de todos los demás, una mayor predisposición a _____ a usted.

engañarlo

creerlo

Cuanto más deprisa se escape usted de un peligro no especificado, más _____ usted.

se mareará

jadeará

De cara a una persona de tierna edad, es mejor explicar la vida y su contrario lógico, ambas cosas constructos humanos, con todo el nivel de _____ que pueda usted invocar a toda prisa.

fatalismo

natalismo

La gente que vive en cuevas termina volviéndose _____.

pálida

escuálida

La práctica de _____ sería difícil de explicar a las culturas extraterrestres.

embalsamar

decir «salaam»

La radio no suele dar a los oyentes la oportunidad de escuchar sobre _____.

mosquetones

runas lunares

La gente activa es más _____ que la gente que se pasa el día haciendo pucheros y dándose lástima a ellos mismos.

sana

esbelta

Ante unos datos tentadoramente equívocos, el anotador empieza de inmediato a _____.

validar

salivar

Como estaba oculto, el _____ protagonista de la mujer costaba de interpretar.

papel

lunar

A algunos niños hay que _____ para que participen en ciertos juegos.

engañarlos

convencerlos

El pensamiento lógico es indispensable para en este mundo, que es el más ambiguo de todos los posibles.

sobrevivir

ser cómplice

¿Verdad que es gracioso el hecho de que siempre son los individuos más racionales los que, puestos a salvo en la oscuridad, donde no puede alcanzarlos ni el más pequeño asomo de la luz del sol, se niegan a contemplar la idea de que bajo estas o similares circunstancias los pueda _____ su propia sombra?

realzar

asustar

Después de observar que la información introductoria que acompañaba al tarjetón del test llevaba estampado el sello certificado de un notario, Billy regresó al cubículo, donde lo estaba esperando una joven.

—Hola.

—Qué tal.

La visita de la joven fue breve, y la entrevista a la que lo sometió, aunque tuvo sus momentos de opacidad, resultó bastante llevadera. Ella acercó rodando la mesa de televisión a la silla y se dedicó a tomar notas mientras hablaban. Billy se sentó en la cama, con la espalda apoyada en la mampara.

—Soy Jean Sweet Venable. Estoy segura de que Rob te ha hablado de mí.

—Terwilliger, William.

—Estoy segura de que te habían avisado de que había una escritora al acecho.

—Primera noticia.

—Rob me ha dado permiso para investigar todo este proyecto y al final escribir un libro sobre él. Resulta bastante interesante, todo este asunto del Logicon. Y el hecho de que esté involucrado alguien como tú lo hace todavía más interesante.

—¿Cuál es su pregunta?

—¿Haces tus cálculos a mano o con máquina de escribir?

—A lápiz.

—¿Qué otros hábitos de trabajo tienes?

—Escribo a oscuras.

—Ése es exactamente el tipo de dato que quiero.

—Escribo a oscuras.

—Dame más datos así —dijo ella—. Yo me abalanzo sobre esas cosas. Las devoro.

—¿Es usted algo que Rob tiene en segundo plano? Porque a mí me da igual, pero tiene que entender que lo más seguro es que no se esté tomando demasiado en serio ese libro que está escribiendo. Allí donde va, siempre tiene algo en segundo plano.

—Soy bastante conocida por propio derecho.

—¿Por qué?

—Por mis libros.

—¿Yo he oído hablar de ellos?

—Pues mira, no creo que se esté dando el caso de que alguien tenga a alguien en segundo plano. *Famosos tartamudos*. Fue el primero que escribí. Recibí mucha atención, teniendo en cuenta lo restringido del tema. Y he escrito docenas de artículos para revistas.

—¿Algo más que yo pueda haber leído, o pueda conocer a alguien que lo haya leído?

—*El libro de cocina en jerigonza*.

—Me resulta familiar.

—Catorce semanas en las listas.

—No está mal.

—Así pues, pese a las apariencias, no creo que se esté dando el caso de que alguien no se tome algo muy en serio.

—Ya se lo puede creer usted. Yo me lo creo.

—¿Cuál es la esencia de tu trabajo? —dijo ella—. Quiero saber qué pasa por tu cabeza. ¿Qué *son* las matemáticas? Poincaré contaba que le venían fogonazos. ¿A ti te vienen fogonazos? También dijo, creo que fue él, que las matemáticas son el arte de ponerle el mismo nombre a cosas distintas.

Tenía una tenue ronquera en la voz, como de astucia ligeramente limada, algo que no se avenía mucho con su aspecto. En algunas palabras que decía casi parecía vibrar esa clase de nota irónica que cuesta separar de su esencia sexual. Además, su forma de tomar notas tenía un componente descuidado y hasta displicente. Iba garabateando lo que él decía. Línea tras línea de garabatos mal hechos. No eran ni remotamente legibles. Tal vez, pensó Billy, se debía a que ya estaba pensando la pregunta siguiente.

—¿Qué más debería preguntarte?

—Escribo con letras grandes.

—Me gusta —dijo ella—. Vamos con el asunto de descifrar lo que dicen las entidades FAOR. ¿Acaso esa tarea se está abandonando en favor del proyecto Logicon?

—Yo sigo en ello.

—Eres un buen entrevistado —dijo ella—. Dame algo más que se parezca a lo de escribir a oscuras y con letras grandes. La mayoría de los entrevistados insisten en contarme hasta el último trabajo fascinante que han tenido desde la pubertad, o lo buenos deportistas que habían sido, o bien el año que se pasaron viviendo en la playa en pantalones cortos. Yo prefiero las cosas menos convencionales. Dame más, dame más.

Le gustaba abrazarse a sí misma mientras hablaba. Cogerse los codos con las manos opuestas. Si estaba sosteniendo un teléfono o una copa, pues solamente se cogía un codo. Hablaba apoyando la espalda en el objeto de mayor tamaño que tuviera cerca. A veces ladeaba la cabeza a la izquierda. A veces frotaba el suelo con el pie derecho. Jean creía en muy pocas cosas. Se había pasado la vida rodeada de gente creyente. Gente que creía en la horticultura, en las mascotas, en la teosofía y en el yogur, a menudo en ese orden, de forma inconstante, entregándose de forma periódica a la meditación, al silencio y a la retirada acobardada del mundo. A pesar de la fe que tenía en seguir soltera, toda esa gente creía en el matrimonio. Aquella creencia era la colectivización de todas las demás. Todas las demás creencias se ubicaban en las afueras ramplonas del matrimonio. Albergar otras creencias sin estar casado entrañaba incurrir en el ligero peligro de verse obligado a plantearse en serio los méritos respectivos de aquellas creencias. La cosa resultaría en desaliño. La creencia verdadera. Acabaría con la propia presencia impecable. Como llevaba poco tiempo descasada, Jean todavía no había detectado defectos en su presencia. Pero esto se debía a que todavía no había experimentado el inicio de los peligros que entrañaba la creencia. Eran unos vínculos emocionantes, al menos cuando eran vínculos de verdad, y no simples instantes imaginados.

—Creo que deberíamos llevar uniformes —dijo Bolin.

Así pues, si ella hubiera estado allí de pie y hablando, que no era el caso, puesto que se encontraba acampada en el cubículo de Softly, «organizando impresiones», intentando leer «notas», se habría desplegado alguna versión de aquella postura informal, de aquel chaleco de cuello de pico, de aquella camisa de punto, de aquella raya muy marcada en sus pantalones de franela. Su marido se había marchado una mañana sin previo aviso. Llevaba desde entonces sin saber nada de él. Todo el mundo que la rodeaba lo acusaba a él de cobardía. Jean era consciente de que, si admitía aquello, no tendría más remedio que admitir también su corolario, es decir, que vivir con ella en matrimonio requería valor. (¿Era eso realmente lógico?). Cierta valor conyugal. Cierta intrepidez y agallas. Ella no odiaba a su marido, no lo echaba de menos ni se preguntaba dónde estaría. Jamás le había pasado por la cabeza cobrarse una buena venganza. Entre las cosas que ella no creía estaba el hecho de que de la experiencia se aprende. No había aprendido nada de valor de la desaparición de él, salvo una única idea: la idea de que en los hombres parece haber un mecanismo universal, un zumbido de advertencia preconsciente que se activa cuando se mencionan ciertos detalles de la vida anterior de una mujer. Todos los hombres a los que conocía, en cuanto ella les contaba la repentina marcha de su marido, se marchaban también. El fenómeno empezaba a adquirir ritmo de ciclo biológico. Todos daban por sentado que ella le había hecho la vida imposible. Veían claro que ella era una experta en la administración del caos. Una zorra con poderes mágicos, a pesar de su presencia impecable. El descubrimiento de aquel zumbido de los cromosomas no le interesaba mucho, y únicamente le resultaba útil cuando estaba en la cama con alguien en cuya compañía no se quería despertar: en ese caso sólo tenía que acordarse de no acostarse con ese alguien sin antes mencionar que su marido se había marchado una mañana sin previo aviso. Se había pasado la vida entera rodeada de gente creyente, que siempre estaba asistiendo a clases para consolidar viejas creencias y obtener el conocimiento que los conduciría a creencias nuevas, gente adulta que iba a clase para aprender a colorear con pasta de colores, a levantarse el vestido para sentarse en el orinal, a escupir los botones y no asfixiarse; creyentes, inconstantes.

—¿Cómo van esos apuntes? —le dijo Softly.

—Acumulándose muy bien.

—Ya deberían estar listos. En cuanto estén listos, quiero verlos.

—Estoy cambiando de sistema —dijo ella—. Sucede simplemente que me estoy pasando a un sistema nuevo. Pero todo está en orden. Simplemente hay que sistematizar de nuevo.

—Hazlo arriba.

—Quiero quedarme.

—A Edna y a Lester no les va a gustar. Quieren garantías totales de que no haya nadie pululando, nadie escuchando y nadie estropeándoles de ninguna forma la concentración.

SIMETRÍA BILATERAL

Bolin se había pasado una hora entera sin parar. Tal vez más o tal vez menos, no estaba claro. A Billy le pareció ver una luz en las alturas de la pendiente sudoeste, un momento nada más, un haz tenue que se movía. Él estaba en su silla. Lester Bolin estaba sentado en el suelo, allí donde confluían dos mamparas. Bolin hablaba de simetría bilateral. Bolin hablaba de notación simbólica. Bolin hablaba de la cuestión de los uniformes. Jerséis con la palabra LOGICON cosida en el pecho. Tenía la pierna izquierda doblada a la altura de la rodilla y la otra estirada del todo, y únicamente dejaba de hacer los gestos que acompañaban a sus comentarios para levantar la mano izquierda de vez en cuando y simular que se atusaba el mechón desaliñado de pelo que tenía sobre la frente.

Correspondencia exacta de forma y disposición de elementos constituyentes a ambos lados de una línea o plano divisor, pensó Softly. Rechazó la idea, nunca propuesta, de que pudiera haber alguien o algo al otro lado de una línea media imaginaria, alguien que reflejara las partes de él y sus relaciones, y con quien él pudiera confluir en teoría. Estaba arrebuñado en su cama, chupándose el pulgar, intentando refrenar los escalofríos que le habían entrado en el último de sus descensos. Varias mantas y una colcha gruesa. Su pijama térmico. En la cocina, Lester hervía agua para hacer té. Edna estaba fuera, cerca de la barrera, intentando arreglar la ducha. En el cubo uno, el muchacho se mecía en su huraña postura marsupial. Llenar llenar llenar. Chupándose el pulgar, Softly hizo una serie de diminutos ruidos como de púa de guitarra, como de pellizcar un globo inflado. Sintió que se avecinaba un periodo de depresión. Su llegada estaba programada. Primero actividad y gran emoción. Y después una oscuridad inmensa. Se consoló con la idea de que no duraría mucho y luego se consoló todavía más con el conocimiento clínico de que a las personas que sufrían ciclotimia, el nombre técnico de su trastorno, se las conocía nada menos que como cicloides. Qué absolutamente encantador. Qué abismos de estabilidad y equivalencia. Qué espléndida *einheit* o unidad. Día y noche de psicosis maníaco-depresiva. Sol, calor, masculinidad. Luna, sombra, feminidad. Benditos sean todos los cuerpos celestes y que dualicen eternamente. Retortijones y lebogundos. Se sacó el pulgar de la boca, salió de la cama, abrió el maletín donde llevaba las prendas que podía lavar a mano, hurgó entre los calzoncillos y los calcetines y sacó un pequeño inhalador cilíndrico. Llevaba la marca registrada NorOmCol y tenía un tapón de rosca que sacó a toda prisa. Se lo metió bien adentro del orificio nasal izquierdo y le dio un apretón, *fui a un restaurante chino a recoger mi ropa de la lavandería*, emitiendo un vapor incoloro. Fuuuss. ¿Qué aspecto tendría visto por el microscopio? La transmisión de noradrenalina aparece en el portaobjetos como si fuera un mar de neón. Células incapaces de reabsorber. Cerebro activo, pulso acelerado. La pregunta es si esta cosa es psicomimética. ¿O bien es inhibidora de la «locura»? Se puso un albornoz viejo y unas pantuflas mientras se preguntaba, con el orificio nasal agradablemente chamuscado, qué venía primero, el estado mental o el efecto producido por el agente químico.

Fui a un restaurante chino
a recoger mi ropa de la lavandería
Me la sirvieron en la media concha
sin el crujido de costumbre:

Ay, tachán, qué gañán
Qué suertudo, por favor
Alcachofas con flan
Sí, señor

Entró en la cocina, donde Bolin le servía un té a Edna Lown, que estaba sentada delante de una lámpara ultravioleta. Blandiendo una taza de té, dio unas cuantas vueltas a la mesa antes de ocupar un taburete situado cerca de la entrada. Edna llevaba anteojos protectores.

—Risas —dijo Bolin.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ja, ja. Es otra manera de decir ja, ja.

—¿Y por qué no simplemente te ríes?

—Me estoy riendo. Ja, ja. Un sonido que indica diversión o regocijo. Del inglés medio «ja, ja». Del inglés antiguo «ja, ja».

La heterología se refiere a la ausencia de correspondencia entre partes de un cuerpo, en términos de estructura, organización o crecimiento. Un adjetivo es heterológico si denota algo que no se aplica al adjetivo en sí. ¿Y qué pasa con el adjetivo *heterológico*? ¿Es heterológico (es Softly quien piensa esto) o no heterológico? Repasemos las reflexiones sucesivas de este dilema lógico. La mente que accede al otro lado ya no necesita ocuparse de las partes corporales, ni de si concuerdan o no. Porque, según parece, históricamente (me permito burlar, por una vez, mi propio bloqueo), la gente ha mantenido cierta fascinación por la subtrama del potencial erótico de los hombres bajitos, contrahechos y desproporcionados (no es que desee exagerar mi propia falta de armonía), sospechando tal vez que poseemos pulsiones e instintos cíclicos cuyo origen se puede encontrar en nuestro estado «natural»; es decir, en nuestra falta obvia de elegancia (aquí elegancia se refiere tanto al movimiento sin esfuerzo como al favor divino, haciendo hincapié en este último); o bien creyéndonos capaces de ofrecer algo profundamente temido y ansiado, una satisfacción pesadillesca, íncubos a horcajadas sobre el vientre de una mujer dormida.

—Un letrero que había encima de las barberías españolas —dijo Lown—. «Algebrista y sangrador». Intentos de detener el derrame.

La ladera estaba oscura. Pero en la mochila había cerillas y velas. A la luz de la llamarada de una cerilla se podía rellenar de combustible una lámpara de carburo. Sentada a su mesa, Edna se quitó los gruesos anteojos protectores, se inclinó y se desató los cordones de las botas safari. Un susurro reprimido se elevó por su cuerpo. Esa tensión reconfortante de los cuerpos sosegados al acomodarse. Los ojos ahora cerrados. Los labios moviéndose: carnosos labios moviéndose ligeramente. La conclusión que saquemos tiene que ser cierta en todos los mundos posibles. Cierto falso. Contradicción tautológica. Cuesta menos razonar sin la sensación del paso del tiempo. Sin un acontecimiento sistemáticamente recurrente como la salida del Sol, que proporciona los medios para medir un intervalo. Descansa ahora, descansa. Variable continua. Límite de una secuencia infinita. Cíñete cada vez más al valor verdadero. Acércate. A cerca te/e/e/e. Edna tenía hijos ya crecidos; es decir, hijos e hijas adultos que vivían con maridos, esposas e hijos de verdad en el complejo residencial Bellevue o en alguna ligera variación del mismo. (Papá, ¿dónde está la abuelita? Está viviendo en una cueva, cállate). Aquel mueble era lo único que se había podido encontrar para hacer de escritorio, una antigua butaca desmontada y montada de nuevo por Lester Bolin, recolocando de forma inventada sus partes. A pesar de la constante necesidad de trabajar, y de la ausencia de comodidades materiales, a ella le gustaba aquel lugar. Era un trabajo de verdad, el sentido mismo de su vida, la suma de todo, el último acto de una larga carrera que a menudo había bordeado la grandeza. Las carreras de todos ellos —Lester, Rob y ella misma— habían discurrido por rutas parecidas, tocándose de vez en cuando, haciendo pausas para enroscarse las unas dentro de las otras, sólo un poco, pero nunca se habían acercado tanto como ahora a entrelazarse de forma significativa. La atmósfera de crisis los impulsaría a trabajar más y mejor. La ausencia de comodidad. La proximidad impuesta. Descansa ahora, descansa. Todo era muy envolvente. A través de la ficción del espacio puro se estudiaban entre ellos atentamente, progenitores de sus propios cuerpos, oyendo al oyente cargados de deducción formal. Edna abrió los ojos. Maurice Wu. Y volvió a ponerse las gafas. Sí, descansada, bien descansada. Era hora de sacudirse de encima la escoria del lenguaje ordinario. Maurice Wu acuclillado en los campos de guano. Oyó que Bolin empezaba a roncar. Lo que a ella le parecía notable de verdad era el hecho de haber tardado tan poco tiempo en adaptarse a aquellas ridículas condiciones de vida. En el cubículo de Bolin había una mesilla para máquina de escribir ocupada por una vieja Royal portátil, con una hoja de papel asomando del rodillo. En el suelo, entre las patas de la mesilla de la máquina de escribir, había un radio de onda corta. Al lado de la mesilla y de la radio había un pequeño escritorio de plástico. En el escritorio había una fotografía enmarcada de Lown y Bolin posando con formalidad en la hierba de algún campus universitario, los dos medio vueltos hacia la cámara y medio mirando al otro, con las manos unidas detrás de la espalda, Edna con la pierna izquierda un poco extendida y Lester con la

derecha también adelantada, debido a la insistencia del fotógrafo en que la composición estuviera equilibrada (fuera cual fuera el nivel de humor deseado), un equilibrio que se evidenciaba sobre todo en el elemento que centraba la foto entera, un jarrón de dos asas con marcas indefinidas y alto hasta la cintura, cada una de cuyas asas señalaba (por así decirlo) a una de las figuras que estaban de pie. Por encima de la radio, de la mesilla, de la máquina de anticuario, del escritorio y de la fotografía, desplegada de lado a lado de una de las mamparas, había una pancarta con la siguiente inscripción:

¡RESPIRA! ¡BRILLA! ¡VERBALIZA! ¡MUERE!

Finalizó la mezcla, encendió la lámpara y la acopló de nuevo al casco de minero. Se volvió a poner los guantes de trabajo. Apagó la vela. Devolvió la vela a la mochila. Se puso de pie, se echó la mochila al hombro y se volvió a poner el casco. Además de los guantes, el casco y la mochila, llevaba un mono de trabajo, rodilleras, calcetines altos y botas de escalada. Fuera de la mochila, una cantimplora y un saco de dormir. Después de varias sacudidas de los hombros para redistribuirse el peso de la espalda, inició el largo trayecto por la ladera sudoeste hasta las luces tenues del fondo del antro.

ROB HACE UN TRUCO

Completamente vestido, Softly fue al cubo uno. Estaba pensando en Jean Sweet Venable bajo sábanas de varias docenas de metros de largo. De los libros de Jean, él sólo había leído *El libro de cocina en jerigonza*, y le había resultado útilmente inservible; un buen ejemplo, en otras palabras, de lo que él esperaba (y de lo que él exigiría si era necesario) del encargo actual de ella. Encontró a su protegido en su butaca rígida y reluciente, sentado con las piernas cruzadas, una postura nueva en el chico.

—¿Puedo hacer algo para animarte?

—Haz el pino.

Softly lo hizo, y con bastante facilidad, aunque poniendo antes una toalla doblada en el sitio donde iba a apoyar la cabeza. Se incorporó mostrando poco esfuerzo. A continuación se sentó en la toalla, un acto que dio la impresión de que le costaba bastante más que hacer el pino.

—¿Qué más?

—Con eso basta por ahora.

—Quiero que seas feliz, Willy.

—Lo estoy intentando.

—Te necesitamos. Si no, no estarías aquí. Esto es lo más importante que ninguno de nosotros ha intentado nunca. Si no, no estarías aquí. Confiemos el uno en el otro, tú y yo. Un pacto secreto. Amor mutuo, confianza y hermandad.

—Confío en ti.

—Entonces ¿por qué no estás cooperando con Edna y con Les?

—Estoy disponible cuando me buscan.

—Tienes que demostrar buena disposición y entusiasmo. Esto no son unos deberes aburridos que te han puesto en el instituto. Tienes que demostrar algo. Hacer que me enorgullezca de ti.

—Estoy aquí para lo que haga falta.

—Eres matemático —dijo Softly—. Trabaja hasta caer muerto.

—Viene a ser lo mismo que me dijo Endor.

—Claro, el sacrificio.

—El hoyo en donde vive está equipado con su propio hoyo.

—Tienes que poner tu carne en el asador sin reservas, para siempre, y no lo has estado haciendo, Willy. Déjame que te diga por qué somos unos afortunados, tú y yo. Es algo en lo que no has pensado nunca. Por el tamaño que tenemos. Gracias a nuestro tamaño no necesitamos bombear la sangre tan lejos como la mayoría de la gente. Nos ahorramos quintillones de esfuerzo bombeador de sangre. No tenemos que preocuparnos de la tensión arterial alta ni de que se nos reviente una arteria. Muy buena noticia, ¿no te parece?

—¿El mundo de fuera sabe algo de esto?

—¿El mundo de fuera? ¿A qué te refieres con el mundo de fuera?

—A la gente que está en todas partes salvo aquí y a quien le pueda interesar este proyecto. ¿Saben lo que se supone que estamos haciendo aquí?

—No sé a qué te refieres con eso de «lo que se supone que estamos haciendo aquí».

—Empezaré con todo lo que ha estado pasando hasta ahora.

—Muy bien —dijo Softly.

—La señal de la Estrella de Ratner. La gente que intentó descifrarla antes de que llegara yo. La marcha de Endor al agujero. Mi llegada aquí. Los acontecimientos. Mi trabajo en el código. El momento en que me dijeron que las señales no vienen de la Estrella de Ratner y que todo se debe a un mogujero. Más acontecimientos. La segunda señal idéntica a la primera. Tu llegada aquí. El proyecto Logicon.

—Entonces ¿cuál es la pregunta?

—¿Saben todo esto ahí fuera? ¿La demás gente del mundo de la ciencia? ¿Sabe alguien lo que está pasando aquí?

—Absolutamente nadie.

—¿Y por qué?

—Por las presiones, por las presiones externas —dijo Softly—. Si algo no necesitamos es a un montón de gente haciendo comentarios, dando brincos y emitiendo juicios. Si algo no necesitamos es cobertura.

—Haz el pino —dijo Billy.

Cuando volvió a sentarse, Softly se sacó de la billetera un recorte de periódico. Lo desdobló y esperó a que el chico estirara el brazo y lo cogiera.

—Te lo quería enseñar antes. No es nada muy importante. Pero he pensado que te gustaría saber con quién has estado.

Anuncios formales de los galardones

ESTOCOLMO. Los Premios Nobel de este año se han hecho oficiales hoy, tras una serie de retrasos debidos en primer lugar al estallido local de hostilidades y posteriormente a disputas internas en torno a los premios de la Paz, Economía y Física. Los comités competentes de Suecia y Noruega han emitido de forma conjunta la lista oficial sin más comentarios.

QUÍMICA: Walter Mainwaring, canadiense; Corporación para el Redesarrollo de las Técnicas Cósmicas; por su investigación de los compuestos silfidizantes exo-iónicos.

FISIOLOGÍA/MEDICINA: Keops Feeley, kurdo; Fundación Keops Feeley; Experimento de Campo Número Uno; por su desarrollo de la implantación sin cicatrices de electrodos microcomputarizados.

ECONOMÍA: Desierto.

FÍSICA: Orang Mohole, austro-mongol; Consejo de Prioridades para Repensar la Relatividad; Sexscope Gadgeteer, S. L. (asesor); Experimento de Campo Número Uno (miembro visitante); por su trabajo teórico sobre la estructura mogujérica de la dimensión del valor oscuro.

MATEMÁTICAS: William Terwilliger Jr., estadounidense; Centro para el Perfeccionamiento de las Estructuras Ideacionales; Proyecto Logicon; por sus estudios de la teoría de los zorgs.

PAZ: Desierto.

LITERATURA: Chester Greylag Dent, sin afiliación y sin nacionalidad; por lo que la Academia Sueca ha descrito en su original anuncio del galardón como «el reconocimiento a casi un siglo de disquisiciones épicas y agudas sobre la filosofía de la lógica, la lógica de los juegos, el ingenio de la ficción y la prehistoria, unos primeros trabajos que allanaron el camino para una serie de meditaciones especulativas sobre “el entuerto insoluble” de la ciencia y el misticismo, que a su vez llevó a sus famosos “pensamientos posteriores” sobre los reinos etéreamente selectos de las matemáticas abstractas y las subalturas más palpables de la historia y la biografía, reflejando cada obra publicada de este humanista y erudito una preocupación incesante por el lugar del hombre en la biosfera, plasmada en un estilo que se puede caracterizar como no descorazonadoramente difuso».

—¿Cómo es que me ponen en el Logicon? No llevo aquí el tiempo suficiente como para que nadie en Suecia sepa dónde estoy.

—Hicieron una petición rutinaria de información —dijo Softly—. Y como suele pasar con todo lo relativo a ti, ese material pasó por mi escritorio del Centro. Lo único que la gente conoce de Logicon es el nombre. He tenido que notificar que Lester y Edna estaban aquí. También he tenido que dar cuenta de nuestra ausencia del Centro. Pero nadie conoce la naturaleza verdadera del proyecto.

—Pero ¿qué pasaría si yo dijera que no voy?

—Yo pensaba que confiabas en mí lo bastante como para venir conmigo. Confianza. Confiemos el uno en el otro, Willy. Ayudémonos el uno al otro a ser.

—Lo intentaré.

—Por cierto, estoy negociando con Mainwaring. Quiero traerlo aquí si existe esa posibilidad.

—¿Quién es?

—El primer nombre de la lista —dijo Softly.

—«Química: Walter Mainwaring, canadiense; Corporación para el Redesarrollo de Técnicas Cósmicas».

—Puede que sea la única persona del mundo que entiende todas las repercusiones de la silfidización.

—¿Y eso en qué nos ayuda?

—Nunca se sabe, podría venirnos bien, o algo parecido. Estamos en plena negociación. Me muero de ganas de tenerlo aquí. Ya sólo me falta él. La última mente completamente única.

—Edna, Lester, él y yo.

—Lown, Bolin, Terwilliger, Mainwaring y Wu.

—¿Quién es Wu?

—Un caballero oriental —dijo Softly.

Tarde o temprano tenía que levantarse para ir al lavabo. Por el camino de vuelta oyó que lo llamaban por su nombre. Era Lester Bolin, que le hablaba desde la cama. Billy se acercó a la entrada del cubículo de Lester. Vio la pancarta, la fotografía, la máquina de escribir, la radio, al hombre en sí, la estrecha cama consistente en una lona desplegada sobre un bastidor plegable, las sábanas y las mantas en una punta de la cama, hechas una bola que servía de apoyo a la cabeza de Bolin. Lester llevaba camiseta de deporte y pantalones de pijama.

—¿Qué te parece este lugar? —le dijo—. ¿Te gusta?

—Lo odio.

—Intensidad —dijo Lester—. Aquí abajo todo está muy concentrado. Yo me lo estoy pasando en grande. ¿Quieres subir conmigo más tarde? Tengo que trabajar en el modelo. Arriba hay más fuentes de energía a mano. Trabajaré con el ordenador. Las distintas partes operarán electromecánicamente siguiendo instrucciones del cerebro espacial. Esto vendrá precedido y seguido por una operación llamada conversión lógica. El resultado, si hay suerte, será un sistema informático que hable Logicon. Por supuesto, primero tenemos que perfeccionar el lenguaje. Ésa es nuestra tarea primaria. Saca el papel de la máquina de escribir y míralo.

) - : o/o :k. : k' "" (-(.

—¿Qué dice?

—Si la palabra *prueba* en este contexto únicamente se aplica a las matrices de frases que componen una afirmación sobre un objeto lenguaje L, entonces, de hecho, la prueba en sí, por oposición a la palabra *prueba*, únicamente se hará evidente en términos del lenguaje M, o metalenguaje, del cual extraemos las conclusiones necesarias sobre el objeto lenguaje L, un método M que también está sometido a las investigaciones llevadas a cabo en M apóstrofo, o meta-metalenguaje, con el propósito de preservar la selección a base de usar sólo aquellas declaraciones que se refieran continuamente a ellas mismas.

El chico regresó al cubo uno y se metió en la cama. Desplomes isócronos de rocas. Aberturas de cavernas por toda su ruta. Más guano para mis artefactos. Las cavernas abiertas en las laderas de la excavación contenían cierta cantidad de *megaderma*, o «falsos vampiros». Se trataba de murciélagos caníbales que causaban estragos entre las especies durmientes, todos cubiertos de minúsculos insectos que les chupaban la sangre y que a su vez ofrecían cobijo a pulgas parásitas chupadoras de sangre todavía más pequeñas. Era una sucesión incesante de chupamientos. Lo cual tal vez fuera la razón, pensó Wu, de que los adoradores medievales de los gnomos de las montañas de Europa central creyeran que la mezcla cristalina de hidromagnesita y agua poseía propiedades medicinales claras, y es posible que incluso tuvieran razón, pues ¿acaso no se usaría siglos más tarde para detener las hemorragias? Leche de luna. Agente deshidratante y coagulante.

EDNA SE MOLESTA

—No sé cómo llamarla —dijo él—. ¿Cómo quiere usted que se la conozca?

—Señora Lown.

—Tal vez más tarde salga de la cama y vaya a hablar con usted. Ahora mismo estoy en la cama.

—Tenemos trabajo.

—Estar en la cama es mi trabajo ahora mismo.

—No te hagas el listo.

—Creo que tengo fiebre.

—Te dejo este material en tu mesa —dijo ella—. Y luego pasaré a buscarlo.

—¿Qué sentido tiene eso?

—Pues que espero que, entretanto, lo leas.

—¿Y cómo va usted a saber si lo he leído o no?

—En serio, esto es ridículo.

—Podría fingir que lo he leído.

—No tienes ninguna razón para comportarte así.

—Vale, lo leeré.

—Al fin y al cabo, somos profesionales.

—Lo leeré ahora mismo.

—Léelo, por favor —dijo ella.

—Lo leeré.

—¿De verdad tienes fiebre?

—Es muy normal a mi edad —dijo él—. El crecimiento se produce entre fiebres.

—Te va a tocar leer un montón. Y me temo que vas a tener que aguantar mi mala caligrafía. Si se te cansan los ojos, ciérralos. Y mientras tienes los ojos cerrados, te puedes sentar también delante de la lámpara de radiación que ha traído Lester Bolin. Así se compensa la ausencia de luz del sol. Te puedo prestar mis anteojos protectores, si me prometes que me los devolverás.

—¿Y cómo desea Lester Bolin que se dirijan a él?

—Señor Bolin —dijo ella.

Una vez la habían incluido como personaje en una novela. Qué inquietante y extraño había sido. La mujer del libro no se parecía a ella en nada, pero en nada. No obstante, se había reconocido a sí misma de inmediato. Unas diferencias esenciales. El nombre que él le había puesto, por ejemplo. Era imposible imaginarla a ella con un nombre así. La única palabra de diálogo que él le había escrito. Nada que ver con las cosas que ella decía. Y, sin embargo, se había reconocido a sí misma a la primera. Jean Sweet Venable. La mente del personaje no se parecía en nada a la suya. Ni la ropa. Ni el cuerpo. Ni los manierismos. Una serie meticulosamente diseñada de gestos individuales. Meticulosamente. Diseñada. Pero no eran los de ella, ¿sabes? No existía parecido alguno. Y aun así se había reconocido a sí misma de inmediato, a pesar de las diferentes circunstancias, escenario, diálogo, mente, cuerpo, ropa y gestos. ¿Cómo había conseguido él hacerla afrontar aquella representación que ella había intentado negar tan vehementemente? ¿Cómo se las había apañado? Qué hijo de puta. ¿Qué sabía él? Nada más de lo que cualquiera podía descubrir acostándose con cualquiera. Mi lunar en forma de estrella. Aquello era lo único que ella había identificado como algo literalmente suyo. El personaje basado en ella se sentaba en las cafeterías. El personaje vestía con desaliño. Se sentaba a mesas todavía húmedas, donde se veían los rastros elípticos de un paño. Los parroquianos hablaban solos. Se metían trozos de comida en la boca con las manos, se chupaban los dedos, siempre atentos a las posibilidades del robo y la muerte, haciendo poses astutas con vasos de agua gratis delante. Todos llevaban bolsas de la compra. Al personaje basado en ella lo rodeaban en sus cafeterías hombres y mujeres con bolsas de la compra, ninguno de los cuales había ido de compras, ninguno, ni uno solo. Eso decía en el libro. Coleccionistas. Epicuros de los residuos. Gente cansada y hambrienta después de hurgar muchos días en los cubos de basura. Coleccionistas (hablando solos, alimentándose a la fuerza) de botellas, cartones, bolsas, vasos de plástico y otras necesidades extremas. Quienes no tuvieran cartones de leche vacíos y abollados ya se enterarían en su momento de lo tontos que

habían sido. Una marca emblemática de nacimiento en la nalga. Aquello era lo único, superficial o no, que él había usado sin efectuar cambios. Aquello y la tendencia de ella a predecir cosas. A Jean le encantaba hacer predicciones. Sobre matrimonios, divorcios, rupturas, auges y caídas. No eran aquellos parecidos, sin embargo, sino las demás cosas, meramente triviales en el libro y sin parecido alguno con nada que ella hubiera dicho, hecho, pensado o parecido, aquellas demás cosas, las que le habían infundido a Jean una sensación de parecido entre sí misma y el personaje basado en ella. Qué dolorosamente extraño resultaba buscar su propio rastro por las páginas. Superficies, atuendos e intenciones conscientes. La supremacía de la ficción impresa. Su poder arbitrario. Su capacidad para obtener la posesión de una persona o cosa por derecho propio e imposible de erradicar. Su personaje sufría desmayos. A veces su personaje se pasaba noches enteras sentada delante de una puerta. A su personaje le apeataba la ropa interior. Su personaje nunca se alejaba de la presencia de la fealdad, de lo físicamente feo, del plano de la deformidad. Ella, Jean, llevaba sellos de correo aéreo en el bolso. Tenía hormas para todos los zapatos. ¿Qué sabía él? ¿Cuánto y cómo? Cabrón hijo de puta.

Softly metiéndose y saliendo.

El amor sin defensas es un suicidio. Bajo aquel cielo abierto, nada de lo que caía sobrevivía a los rigores de la identificación. Donde antaño los hombres y mujeres buscaban la comunión en el amor sexual, ignorantes de la necesidad de la evaluación programática, ahora se movían por un nivel de existencia compuesto de silencios y retiradas acobardadas. El tema recurrente del amor moderno era el aislamiento. El amante ya no estaba preparado para experimentar el dolor sentimental, aquel embellecimiento tradicional que le confería al deseo un grado extra de simetría. No caímos en la trampa de la materia a fin de ser redimidos por el amor y elevarnos majestuosamente en el mundo de las formas puras. Está claro que no, pensó ella. Los amantes ya no pueden considerar el sexo el santo crisma de su vida en común, su participación en la naturaleza, las flores balsámicas y radiantes que lleva puestas un dios de los bosques. El sexo está pintado en las mismas paredes, untado en pan blanco. Eso hace que los amantes, en cuanto su idioma secreto resulta profanado por el intercambio sintético, se vean obligados a desligar su amor de la biología y mantenerlo recluido. ¿Qué reemplaza al lenguaje erótico? El sexo oral, contestó ella jovial. Las lenguas meneándose en sus aberturas designadas. Lamer, remal, de izquierda a derecha. Una boca desprevenida devorada por los mismos genitales a los que pretendía prodigar sus húmedos favores. Hay que construir defensas para salvar a los amantes de lo que tiene lugar a su alrededor y asimismo ambos han de cobijarse en el seno de su amor de la traición patente del otro. ¿Qué es el amor sin defensas más que una invitación al dolor punzante en los pezones? Conscientes de las reglas, todos le gritamos al suicida que salte. Por otro lado, pensó ella, el amor no está hecho para los teóricos.

—Pelvis maligna —dijo Softly—. Boca seductora sin escrúpulos. Un vientre que es como un cuenco de frutas. Ombligo laberíntico. Muslos lechosos y elásticos. Encantadoras partes pudendas, ji ji. Axilas que dan ganas de lamerlas. Mirada de depredador. Pechos turgentes. Cabello muy poco común. Sonrisa terriblemente deslumbrante. Trasero resplandeciente.

Maurice Wu, sin la carga del equipo ni la ropa gruesa, cruzó el sendero que llevaba al cubo uno. Seguía siendo bastante joven y esbelto, y sus zancadas largas e informales le daban un aspecto juvenil e incansable.

—Cero gracioso, idiota y lleno de inexactitudes, no hace falta decirlo.

—Tú insúltame y verás dónde te lleva eso.

—Ahora quiero ver a Edna.

—Ahora hacemos esto.

—Eso ya lo hemos hecho.

—Pues lo volvemos a hacer.

—Me conformo con Lester.

—Qué suerte tengo de ser tan toscamente poco atractivo. Menudas tinturas de humedad le arranca eso a tus limos más profundos.

—Dios, qué horrible.

—Admítelo, zorra. Mi cuerpo con tetas, mi boca asquerosa y mezquina, mi mentón huidizo, mi pigmento cutáneo antinatural, mi color de ojos; admite el cosquilleo que sientes. Cada día al despertarme me beso el pulgar. Piensa en las pocas posibilidades que tengo como enano idealizado de Hollywood. Acostúmbrate a mis lascivias y malos humores, dulce Jean, al mequetrefe infecto y libidinoso que soy, puesto que yo controlo el flujo de material: a una avispada periodista como tú no se le cuenta nada sin que yo lo supervise y le dé el visto bueno.

—No tienes carne flácida y colgante —dijo ella—. Es la carne flácida y colgante la que me interesa para mis placeres más bajos.

—Te crees que esto es una broma, ¿verdad?

—Eres firme, Rob. Eso te lo reconozco, a tu edad.

—Te crees que puedes venir aquí, ponerte a hablar con la gente y organizar unas cuantas notas y ya tendrás toda la historia, lista para mandarla a encuadernar.

Bolin y Lown salieron de sus cubículos respectivos.

—Esta zona del mundo es rica en cavernas —dijo Wu—. En las laderas hay aberturas, si miras con la atención suficiente. Y algunas de las cavernas a las que conducen son de primera categoría. Toneladas de guano. Es una simple cuestión de ponerse a escarbar debajo.

—¿Se puede entrar a mirar?

—Incontables décadas de mierda de murciélago acumulada.

—¿Y qué se encuentra debajo?

—En esta excavación en concreto, nada que se remonte a muy atrás. Básicamente cerámica y huesos. Pero en otras partes he encontrado cosas tan antiguas que se te pondrían los pelos de punta.

—Quince siglos.

—No me hagas reír —dijo Wu.

Bolin puso a hervir agua para el té y saludó a Softly cuando lo vio pasar. Maurice Wu estaba en el cubículo del chico, de pie, con el codo levantado y apoyado en la mampara y la mano en la cabeza.

—Me han dicho que tienes fiebre, Willy.

—Hola, Rob —dijo Wu.

—Hola, Maury. Hola, Willy. Me han dicho que tienes fiebre.

—No mucha.

—Mátala de hambre —dijo Softly.

—Vale.

—¿Qué te parece Maurice?

—Lo acabo de conocer ahora mismo.

—Lo que más valoro de Maurice es ese aire que tiene de pensamiento sincretista. Cerdo agridulce. Entidades diametralmente opuestas que participan la una de la carne de la otra. Es algo que impregna todo su pensamiento. La reconciliación de los contrarios. Es una bobada infantil, pero me encanta. ¿Te has leído las notas que te dio Edna?

—Es como si Weierstrass quisiera coger cosas como la continuidad y limitarlas para basarlas en los números enteros.

—Te dije que no te preocuparas por eso, amigo. Olvídate de las figuras históricas. Finge que no has oído hablar nunca de esas personas, lugares y cosas. Además, no se pronuncia «Guáyerstrás». ¿Es que no te has leído las notas que te dio Edna? Edna te dio unas notas para que te las leyeras.

CONCEDO OTRA ENTREVISTA

Bolin estaba decidido a componer el Logicon entero con su vieja máquina de escribir portátil. ¿Por qué no? Si él, Edna y el muchacho se mostraban lo bastante rigurosos en sus métodos, les bastaría con un puñado de símbolos. Eso más el alfabeto. De sobra para trabajar, a nivel ideográfico. A veces aquella clase de notación tenía pinta de obscenidades de cómic. Pese a todo, los significados y relaciones ocultos por el lenguaje ordinario destacarían muy bien. En las épocas normales, Lester vivía con su mujer en un granero remodelado. Los establos de los caballos estaban reconvertidos en zonas de comedor. Los silos de heno ahora eran lofts-dormitorio. Habían encontrado una lavadora manual y la habían convertido en mesilla. Ascensor bajando. Tenían un macetero que antes había sido una mantequera. Habían comprado cristal Tiffany decorado para hacer lámparas de alcohol. Un barril de whisky de la Guerra Civil se había convertido en sopera de antes de la Revolución. Era necesario extraer conclusiones. Debemos obligar a que se acepten las conclusiones.

—¿Sabías que te iban a dar el premio? —dijo Jean.

—Lo intuía.

—¿Dónde estabas cuando te enteraste de la noticia?

—En casa de Rob.

—Cuéntame más.

—Yo estaba sentado en una silla. Él entró y me lo dijo. Luego nos estrechamos la mano.

—No me parece terriblemente interesante —dijo Jean—. Dame algo mejor.

—Es lo que pasó.

—Quiero algo mejor. Tienes que darme algo mejor.

—¿Cómo es que no paras de ir y venir? ¿Por qué no te quedas aquí?

—No me dejan —dijo ella—. Los mercaderes de la lógica podrían molestarse. Venga, pillastre, dame algo más.

—Rob me dijo que no tendría que pronunciar discurso ni nada. Luego hizo ese truco que hace él de darse la vuelta a la chaqueta sin quitársela. Eso es todo lo que pasó.

—Tengo entendido que cada vez que Rob da una charla en el Centro, el sitio se llena de *groupies* de las matemáticas.

—¿De quién quieres saber cosas, de mí o de él?

—No me estás dando nada sobre lo que yo pueda abalanzarme. La otra vez fuiste un entrevistado mejor.

—Hablando de abalanzarse, será mejor no traer a tu marido, si es que tienes marido. A Rob le trae sin cuidado lo que dice delante de los maridos.

—Nuestro matrimonio fracasó por falta de diversión —dijo ella—. La diversión es la única forma de sobrevivir. Sin ella, los matrimonios están condenados. Piensa en todo el tiempo que os toca pasar solos a los dos. Hay que renovarse, renovarse y renovarse. Es el tiempo lo que destruye los matrimonios, obvio. Durante una larga temporada nos las apañamos muy bien. Y es porque nos asegurábamos de divertirnos. Nos gastábamos bromas el uno al otro. Nos sacábamos la lengua. Nos llamábamos por teléfono y poníamos voces graciosas. No eran actos necesariamente impulsivos. A menudo había una gran premeditación. Nos parecía esencial hacer aquellas cosas, de forma que trabajábamos en ellas, trabajábamos muy duro en ellas, mucho. Y durante muchísimo tiempo tuvimos éxito.

—Pero luego tuvisteis problemas.

—Solíamos darnos muchos sustos el uno al otro —dijo Jean—. De todas las modalidades de diversión, seguramente era la que funcionaba mejor. Salir de golpe de una puerta. Hacerse el muerto. Gritar por el teléfono. A mí me encantaba hacerme la muerta. Se me daba de maravilla. Él nunca estaba del todo seguro de que fuera broma. Siempre le quedaba la duda. Cuando se inclinaba sobre mí para examinarme de cerca, yo pegaba un grito y me incorporaba de un brinco. Aquello le daba una semana más de vida a nuestro matrimonio.

—Me sorprende que no le diera más.

—Sé que parece una tontería. Entre los dos sumábamos no sé cuántos años de educación superior de calidad. Pese a todo, creíamos que teníamos que hacer todo aquello para evitar el anquilosamiento. Una mañana él se levantó de la cama y salió de casa como de costumbre. Siempre se marchaba antes que yo. Apenas me acuerdo ya de su cara, pero sé que se marchó temprano, le gustaba marcharse temprano, le gustaba ser la primera persona del edificio que llegaba a la calle. Aquél fue el día en que me di cuenta de que llevábamos mucho tiempo sin divertirnos, y supe de inmediato que era por eso por lo que habíamos dejado de llevarnos bien. Esa tarde me aseguré de llegar antes que él a casa. Vací un frasco grande de aspirinas. Escondí las pastillas. Dejé el frasco junto a la cama. Me metí en la cama, *torso nudo* para causar un efecto documental más sensacional. Me despatarré en la cama y esperé, intentando parecer embotada. Pero él nunca volvió a casa. Era el día en que había decidido marcharse para siempre.

—¿Seguro que no fue el sexo el que causó los problemas? Tal vez simplemente no lo pusisteis sobre la mesa.

—El sexo estaba bien —dijo ella—. No fue el sexo para nada. El sexo era la última y la menor de nuestras preocupaciones.

—¿Cuántas veces por noche?

Trabajaban y hablaban en la unidad de cocina. Lown tenía la blusa toda sucia de ceniza de cigarrillo. Sacó los pies de las botas y se puso a comentar el trabajo más reciente de Lester Bolin sobre la notación, que ella consideraba demasiado farragoso, sobrecargado de contenido. Resultaba agradable estar sentada con Rob y Lester, intercambiando ideas y objeciones, intentando ampliar las posibilidades técnicas de su método a base de hacerlo cada vez más reductivo.

—Es como multiplicar por dos para obtener la mitad —dijo ella—. Un número negativo multiplicado por dos nos da la mitad del valor original. Una serie de reflejos duplicados nunca para de reducirse a la mitad. No creo que vayamos a vernos recompensados con una sensación de auténtica precisión hasta que nos acerquemos todo lo posible a una especie de regresión infinita beneficiosamente correctiva. Lester, creo que te iría de maravilla filtrar tu trabajo a través de nuestro joven amigo.

—Hace muy poco que le enseñé algunas cosas. Y se marchó sin más. Pareció que se deprimía. Me muero de ganas de trabajar con él, pero a él simplemente no le interesa. Me pregunto si de verdad lo necesitamos. ¿De verdad lo necesitamos?

—Me recuerda a una familia que vive al otro lado de mi calle en Pennyfellow —dijo Softly—. Hace unos años adoptaron a una niña muy pequeña, asiática, a la que los bombardeos habían dejado huérfana. En cuestión de días, la niña se volvió el centro de aquella casa en mucha mayor medida que los hijos naturales de la familia. Y era porque poseía algo único. Autoridad moral. De vez en cuando, yo oía a un miembro de aquella familia reprender a otro, por glotón, insolente o por sus errores gramaticales, y siempre decían básicamente: «¿Qué pensará de nosotros Phan cuando tenga edad para entender?». Era maravillosa, la autoridad pura de aquel ser pequeño y redondo. Debido a que era diminuta, casi muda, a que era asiática, huérfana y víctima de la guerra, Phan era la fuerza moral suprema de aquella casa, la contradicción viviente de casi todo lo que la familia había considerado alguna vez eterno, es decir, la justicia, la verdad, el honor y esas cosas. A ver, no estoy diciendo que mi colega Willy sea exactamente una fuerza moral. Pero sí creo que su presencia aquí tiene una relevancia extramatemática. Ciertamente: tal como dice Edna, el pensamiento matemático se basa en los números enteros, que son la especialidad de Willy, y también es cierto que sus poderes se extienden hacia zonas afines, y que en cuanto se involucre profundamente en las cosas que estamos haciendo aquí, lo más seguro es que nos acabe avergonzando a todos, puesto que su mente funciona como un haz de luz en busca de objetivo. Pero, a ver, cuando Lester pregunta si de veras necesitamos al chico, la pregunta es válida. Al fin y al cabo, estamos tratando con una forma de matemáticas que sustituye los números por las categorías. Por eso él no quiere entrar. Porque sabe que le costaría horrores orientarse. Pese a todo, yo mantengo que lo necesitamos, sin duda alguna. Él es nuestra contradicción viviente. Su intransigencia habla en nuestra contra. Lo necesitamos a él para equilibrar las cosas. Él es el

oyente, la persona que necesitamos para que juzgue lo que hacemos. En eso consiste el poder de los jóvenes. Ellos saben qué es lo que está bien, y hasta qué es lo que queda.

—No es propio de ti poner las cosas a un nivel humano —dijo Edna.

—¿Acaso erosiona mi autoridad formal?

—Es un cambio agradable, para ser sincera.

—A Jean Venable le gustaría pasar un tiempo contigo y con Lester. La periodista de la que os hablé. Una entrevista brevísima. Entrar y salir. Darle una mera impresión del tema.

—Lo siento —dijo Edna.

—Todo lo que ella escribe pasa por mi escritorio.

—Ésa no es la cuestión.

—Lestercito, ¿tú qué dices?

—Creo que no, Rob, no. Lo último que necesitamos es esa clase de distracción.

—Me vuelvo a trabajar —dijo Edna.

—¿Cómo te va?

—Entre aceptable y bien.

—El chico reaccionará —dijo Softly—. Es muy joven. Las circunstancias son extrañas. Ya entrará en razón. Esperad y veréis.

Mientras se ataba los cordones de las botas, Edna pensó en lo mucho que se acercaría durante las últimas fases del trabajo a los rudimentos de los sistemas numéricos primitivos. Repetición, orden e intervalo. Lester tenía los zapatos todos raspados y ajados y ella lo vio pisar con fuerza el suelo con ellos, que era su forma de pensar y de trabajar, una modalidad descendente de concentración. Softly tenía los zapatos bastante immaculados, puestos muy en paralelo, casi tocándose, y sus pies se balanceaban trazando pequeños arcos a unos dedos de distancia del suelo. Edna empezó a levantarse, con el cigarrillo en la boca, mientras que Billy repasaba las notas manuscritas que ella le había dejado. Las primeras fases de la comunicación se centrarían en los números enteros. Más tarde, los símbolos que componían el Logicon se tendrían que volver a cifrar en forma de señales de radio adecuadas. Lo que tenemos, pues, leyó, es un paso del inglés al Logicon y de ahí al lenguaje de las pulsaciones de radio o fluctuaciones sistemáticas de frecuencia. La declaración «todo número tiene un sucesor» se convierte en asterisco-N (o algo parecido) en el Logicon; esto, a su vez, en espera del asesoramiento de la parte técnica, se convierte en algo parecido a pulsación-pulsación-pausa, donde lo importante es que, por medio de unas cuantas modificaciones cruciales, una yuxtaposición aquí y una repetición allá, podemos establecer un plan de afirmación y negación, asentimiento y refutación, dando simples «lecciones» de números y continuando con alguna clase de información básica relativa a en qué punto estamos del tiempo y el espacio. Lo que es más probable que tengamos en común con las entidades FAOR es el interés por los números y por los acontecimientos celestes. Pese a presentar amplias diferencias (idiomas hablados y escritos, etc.), la gente de la Tierra comparte el uso del sistema numérico árabe-hindú. También resulta instructivo señalar que la confección de calendarios es una de nuestras primeras tareas cognitivas y una prueba del interés por los ciclos lunares, eclipses y esas cosas. Es extraño, pensaba Edna, que los números enteros, que son discretos, y nuestros intentos de organizar el tiempo, que es continuo, pueden combinarse bastante bien para proporcionarnos una zona de referencia común con los extraterrestres. Sin embargo, si ella interpretaba correctamente los comentarios sobre la relatividad mogujérica que había hecho hacía tiempo Softly, estaba claro que en la Tierra no conocíamos la ubicación de la fuente artificial de las ondas de radio. De manera que bien teníamos que averiguarla, o bien esperar a que nos la revelaran ellos. En realidad, a ella no le importaba de veras si llegábamos o no a responder a la señal original. Ella consideraba el proyecto Logicon un desafío intelectual y nada más. Un avance en el arte de la lógica matemática. Un paso de gigante en materia de economía y rigor. La transformación, para usar la expresión de Softly, de toda la ciencia y todo el lenguaje. No estaba demasiado convencida de que el Logicon fuera esencial para la comunicación celeste. Bajo su punto de vista, sería un impresionante nuevo capítulo del libro del conocimiento humano y punto. Por lo que a ella respectaba, tal vez fuera más fácil pasar

directamente del inglés al lenguaje de las pulsaciones de radio sin forma intermedia de discurso, por muy estrictamente lógica que fuera. La caligrafía de Lown empezó a venirse abajo y Billy sólo leyó una sección más, la estimación que ella hacía de cómo se podía transmitir la expresión « a más b es igual a c ». Habría una pulsación seguida de un intervalo doble de tiempo para indicar una operación pendiente, en este caso la suma, con el signo «más» representado por algún pitido particular o raya. Repetición, orden, intervalo, pensó ella, sin levantarse de la silla de la cocina.

PELO FEMENINO DE ABAJO

Oyó que Lester Bolin iniciaba el primer ciclo de ronquidos de aquel periodo de sueño en concreto. Sus cosas, las de Billy, seguían divididas entre el baúl y la maleta, y él no sabía en cuál de los dos sitios se encontraba su pijama, ni tampoco tenía intención de averiguarlo. Ahora mismo solamente había una luz en el antro, que se originaba en el cubículo más alejado del suyo, un fulgor periódico de velas, procedente de los aposentos de Softly, situados en diagonal al otro lado del pasillo. Oyó un ruido por encima de los ronquidos, muy débil al principio, un impacto suave en algún lugar de la ladera que se repetía más de una vez. Nada más salir del sendero vio algo que pasaba por encima de la barrera y rebotaba varias veces, apenas visible, hasta detenerse sobre la grava y la arcilla blanda, donde se quedó rodando sin moverse del sitio: una pelota de goma, al final de un canal abierto en la grava, una inconfundible Spalding de bote alto, que todavía giraba mientras él se acercaba, pasaba frente a Maurice Wu, enfundado en un saco de dormir en una esquina de su cubículo, pasaba frente a Edna Lown, inmóvil en su cama, y pasaba frente a Lester Bolin, dormido en su camastro; una *spaldeen*, como se las conocía comúnmente, una simple pelota de goma de color rosa pálido que había bajado dando botes desde la parte alta de la excavación. La cogió del suelo y se volvió hacia la abertura del cubículo de Softly, y detectó una serie de movimientos en el resplandor tenue, y supo qué eran antes incluso de descifrar la formas insinuadas. Jean Sweet Venable estaba en la cama con Rob, moviéndose sobre él y a su alrededor, incolora bajo la luz escasa, una mera figura de granulado fino y movimientos firmes. Billy se sintió apaciguado al verla. La noción misma del «pelo femenino de abajo» llevaba mucho tiempo produciéndole dolor y asombro contemplativo; el hecho de verlo ahora, de posar realmente la mirada sobre el vello púbico de una mujer, lo sumió en un mutismo aturdido y lo llenó de reverencia hacia el folclore del cuerpo. Sin embargo, lo que estaban haciendo ahora aquellos dos, hombre y mujer por igual, se encontraba desconectado de toda creencia, leyenda o cultura. A Billy le parecía que el acto sexual era algo que nadie podría inventarse en una historia. Se quedó mirando a su pesar, temeroso de que realizaran alguna variante del acto, de que asumieran una postura furiosa tan hábil que lo pudiera poner otra vez más febril a él, poseedor de una mente y un cuerpo que no estaban a la altura de esa carga que es la posibilidad sexual. Que las personas se hicieran cosas innombrables las unas a los otros le generaba preocupación; no le gustaba presenciar lo inimaginable, sobre todo si estaba relacionado con las criptas y las fisuras del cuerpo. De momento, al menos, los amantes permanecían dentro de los límites del conocimiento de segunda mano que él poseía. El sexo era un trabajo duro. Jean respiraba por la boca. Rob, por la nariz. Parecían estar luchando por llegar a algo que se encontraba más allá de un límite insuperable. Ella tenía las piernas mal adaptadas a aquel acto, demasiado largas, el único defecto de la composición entera. Resultaba extraño que la pura fuerza de la inocencia física de Softly generara anormalidad a partir de una proporción modélica. A Jean se le aceleró la respiración y se puso a hablar como si estuviera poseída. Fue en aquel momento cuando el acto amoroso abandonó su estilo laborioso, su reivindicación de la uniformidad y el oficio, y empezó a parecer un acto provisto de un poder atroz, un esfuerzo incoherente destinado a ser ejecutado a oscuras o casi a oscuras. A él lo sobrecogió lo que estaban haciendo porque parecían impulsados a ello y también perdidos en ello. Jean tenía la cabeza ladeada y el cuerpo se le movía desmadejado bajo el ímpetu de la cadencia más sistemática de Softly. Seguía emitiendo balbuceos impostados, que a Billy le resultaban terribles porque no los asociaba con un intenso placer extremo, sino más bien con la destrucción del autocontrol y con el inicio de un estado emocional que bordeaba el frenesí profético. Aquello carecía de significado secuencial, no había un proceso verdadero de pensamiento y repetición. El acto sexual no tenía contenido organizado. No estaba relacionado con el tiempo pasado ni con el futuro. Resultaba imposible de enseñar. No representaba nada ni tampoco llevaba necesariamente a una conclusión, una suma ni un reconocimiento de que algo o alguien hubiera formado parte de un acontecimiento estructurado. Nadie se lo podría haber inventado de no saber que se produciría, fuera lo que fuera, fuera la que fuera la necesidad que tenía el cuerpo de aquel

breve y esforzado vacío. Billy comenzó a retroceder, la voz de Jean empezó a alejarse y Softly pensó:

Boleke redondeke

De gomeke

Boleke redondeke

Knada

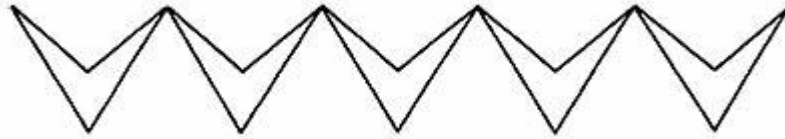
De regreso en el cubo uno tiró la pelota al interior de la maleta abierta y se sentó en la butaca. Bolin había dejado de roncar y ahora estaba mirando fijamente la oscuridad que tenía justo encima. Su mujer y él eran la clase de personas que a la gente le encantaba describir como entregadas la una a la otra. Sin embargo, él ya casi nunca pensaba en su mujer. Ella estaba en el granero remodelado y él estaba en el antro.

—Di algo.

—Pensaba que querías que me callara —dijo Jean.

—Pues cállate.

Maurice Wu se vistió con parsimonia, pensando en las laderas, en las cavernas de murciélagos que había en ellas, en los campos de guano que alfombraban las cuevas de los murciélagos. Exhaló una manchita de aliento en ambas lentes de las gafas y limpió los cristales con los faldones de la camisa antes de ponérselas de nuevo. Cuanto más cavamos, más avanzada encontramos a la humanidad. Aquella tesis revolucionaria estaba empezando a generar cierto nerviosismo. Durante los últimos meses había visto pruebas de ello sobre el terreno: objetos de hueso con inscripciones elaboradas, capacidad craneal aumentada. No obstante, la noción en sí de que a partir de cierto estrato del suelo los indicios de hombres cada vez más primitivos se detenían de forma abrupta para ser reemplazados por una serie radicalmente opuesta de hallazgos... Esa idea había sido demasiado radical para echar raíces en su mente hasta hacía poco, cuando, en presencia de Softly, había sentido el primer minúsculo hormigueo causado por las implicaciones de aquello. Wu había supuesto simplemente que toda la serie de estratos se habría embrollado por culpa de las prácticas funerarias descuidadas, o por alguna clase de corrimiento brusco que habría experimentado la tierra en la zona de la excavación. No obstante, al final tuvo que reconocer que los hallazgos mostraban demasiada coherencia y sentido de la progresión (por negativo que fuera) como para explicarse de aquella manera. Las indicaciones se encontraban sobre el terreno. El desarrollo mental del hombre da indicios de ascender de golpe cuando excavamos un punto concreto y seguimos adelante. Estrato a estrato, aparecen pruebas de una mayor complejidad. Trabajando en la zona de los estratos de Sangkan Ho, sus colegas y él habían retrocedido mucho más en el «tiempo primacial» que nadie antes, un dato confirmado por medio de la datación del potasio-argón. Al final se habían encontrado con parte de un cráneo de un homínido adulto de capacidad cerebral reducida y provisto únicamente de la habilidad más elemental para fabricar herramientas. A la luz de sus hallazgos previos, la aparición de aquellos restos no constituía sorpresa alguna. Sin embargo, un par de metros más abajo, y más o menos un millón de años antes, había fragmentos decorativos de colmillo de elefante. Y más abajo, huellas de mantenimiento del fuego, huellas de tipos complejos de herramientas y de armas, huellas de fabricación de cerámica, huellas de disfraces elaborados. Más abajo había pruebas claras de una cultura versada en los procedimientos estacionales y en el pensamiento numérico. Había herramientas provistas de inscripciones lunares, con ordenaciones sistemáticas de las fases de la Luna. Había objetos de hueso con observaciones planetarias grabadas. Había pizarras calizas grabadas con registros de embarazos y nacimientos. Todos aquellos patrones se habían verificado en el laboratorio por medio del análisis microscópico, y las marcas indicaban a las claras una cultura provista de esa noción del tiempo entendido como proceso no regido por el azar que permitía a los humanos evaluar sus actos y vivir sus vidas con un escenario de fondo bastante predecible de clima, geografía y eventos celestes. Más abajo había chozas de arcilla y sistemas de drenaje, y por debajo de ellos una losa que no se podía clasificar claramente ni como decorativa ni como notacional, con la siguiente forma inscrita con un punzón de cuarzo:



Murciélagos volando, concluyó Wu, contento de que el dibujo grabado apuntara a su afición personal. Luego se le ocurrió que tal vez estuviera sosteniendo la losa del revés. Fue llegado aquel punto cuando las abruptas convocatorias de Softly lo apartaron de la excavación, y más tarde sus colegas le informarían de que por debajo de la losa habían encontrado fragmentos craneales, componentes vertebrales y pélvicos, huesos de manos y pies, dientes y un maxilar superior, todo lo cual apuntaba a un homínido masculino que no solamente tenía una capacidad cerebral equivalente a la del hombre moderno sino que también (a juzgar por sus partes no craneales) se nos parecía en términos de tamaño corporal, destreza manual, postura, locomoción y hasta en su forma de masticar la comida. A eso se debía que Wu fuera especulando mientras cruzaba el sendero en dirección al cubículo de Billy: ¿qué revelarían los niveles restantes: bronce, hierro, plástico, neoplástico? Entró dando zancadas.

—Háblame de las matemáticas.

—¿Qué quiere que le diga?

—Tengo entendido que es una forma muy loca de vida.

—Y a todo esto, ¿qué hace usted aquí?

—Visitarte —dijo Wu—. Saludarte.

—Me refiero a aquí en el antro. Rob nos tiene aquí a cada uno de nosotros por una razón distinta.

¿Qué razón es la de usted?

—No me la ha dicho.

—¿Por qué no?

—No lo sé.

—¿Y cómo lo piensa usted averiguar?

—Él me dijo que se lo preguntara a Mainwaring cuando Mainwaring llegara aquí. Pero me insinuó que Mainwaring tampoco me lo querría contar. No querría o no podría. No me importa esperar. Me gusta estar aquí. Me dedico a buscar artefactos y a estudiar a los murciélagos. Es una afición que tengo desde hace años.

—¿Y qué aprende usted de los murciélagos?

—Saber murcielaguil.

—Póngame un ejemplo.

—Dependiendo del hemisferio, los murciélagos salen volando de sus cuevas en espirales que giran hacia la izquierda o en espirales que giran hacia la derecha. Si tomamos el globo terráqueo en su conjunto, vemos que se preserva la simetría bilateral.

—¿Dónde conoció usted a Rob?

—En la Sodalidad de la Ciencia Chino-Estadounidense Hace unos años.

—¿Y qué hacía él allí?

—A Rob le interesa mucho todo lo que sea chino. Nació en China. ¿Lo sabías?

—Jamás me ha mencionado ese dato.

—De hecho, su condición física es el resultado de algo llamado enfermedad del gnomo china. Se trata de una enfermedad atroz que estuvo extendida durante un milenio entero en una zona concreta de China. Ataca los huesos y los músculos evitando el crecimiento normal de los niños y reduciendo a los adultos al tamaño de gnomos. Hasta hace muy poco no se encontró la causa: la falta de ciertos minerales en el agua.

—Nunca me lo ha contado.

—Quizá porque tú no eres chino —dijo Wu—. Yo sí soy chino.

—¿Cuál es su campo?

—La prehistoria.

—¿Cómo de remota?

—Prácticamente hasta salir por el otro lado.

—¿Y se sabe si los murciélagos son peligrosos?

—Son justo lo contrario —dijo Wu—. Deberíamos hacer todo lo que pudiéramos para que sobrevivieran y prosperaran. La razón es que sus desperdicios son útiles como fertilizante. Tal vez no lo sepas, pero hay países enteros cuyas economías se basan en la exportación y el uso doméstico de los excrementos de aves. Ya se han producido escaramuzas entre países vecinos que se disputaban la propiedad de una serie de islas costeras donde millones de aves marinas van a cagar. Los murciélagos son lo siguiente. El mercado comercial del guano de murciélago ya está creciendo. Teniendo en cuenta cómo es la gente, no tardará en aparecer algún individuo o grupo que intente obtener el monopolio. Por supuesto, retomando tu pregunta, hay que evitar que los murciélagos infectados de rabia te muerdan. Como no tengas los anticuerpos te contagiarás, lo cual implica que adquirirás la conciencia del animal en cuestión y desarrollarás un antagonismo con el agua. Conciencia de murciélago enloquecido. Pienso en ello a veces, cuando estoy gateando por las cavernas de los murciélagos.

Antes de marcharse, Wu se sacó del bolsillo una carta arrugada y le comentó que al parecer alguien la había dejado en su cubículo por equivocación.

Hombre, mujer o niño:

Ha sido usted escogido para formar parte de nuestra cadena. El documento que está usted leyendo, no le quepa a usted duda, no forma parte de ninguna cadena ordinaria de cartas. Su eficacia está incondicionalmente garantizada, y es que ha sido diseñada y mandada con la ayuda de técnicas informáticas de trabajo en tiempo compartido provistas de un alcance y una exactitud sin precedentes.

Nuestra lista de correo es brutalmente selectiva. Sólo forman parte de nuestra cadena los intelectuales más importantes del mundo. Nos referimos a hombres y mujeres cuya obra ha sido aceptada para publicarse en las principales revistas de opinión, cuyas listas de suscriptores y colaboradores se encuentran al alcance de cualquiera a cambio de las debidas compensaciones económicas.

Una organización enorme dedicada a la investigación nos ha encargado este proyecto. En el pasado desempeñábamos un trabajo puramente abstracto en el terreno de la curva monetaria del mercado mundial. Desde que trasladamos nuestra operación más allá de los límites marítimos legales, sin embargo, hemos ampliado nuestro radio de acción para que abarque las operaciones con dinero real en metálico. En la actualidad, estamos convencidos de que la idea del dinero acaba llevando al dinero en sí. El dinero facilita el intercambio de bienes y servicios y es de vital importancia para los planificadores centrales que desean obtener control sobre los artículos específicos del mercado mundial más demandados en el momento presente y es más que probable que lo sigan estando.

Ahora que nos conoce mejor, nuestra preocupación inmediata es que continúe usted la cadena. Esta carta ya ha viajado por el mundo dieciséis veces. Nadie ha roto la cadena. La mayoría de las cadenas de cartas siguen circulando debido a la fuerza ancestral de la superstición. Nosotros esperamos más de los miembros de nuestra cadena. Romper la cadena implica interrumpir nada menos que una especulación masiva sobre la voluntad de existir. Contamos con su cooperación en este asunto.

A estas alturas lo más probable es que se le haya ocurrido a usted la siguiente pregunta: «¿Qué obtengo yo a cambio de continuar la cadena?». Pues esta pregunta no tiene una respuesta sencilla. Para nosotros sería fácil decir: «En cuestión de días recibirá usted algo maravilloso en el correo». Sin embargo, no llevamos a cabo esa afirmación. La cadena se justifica y se recompensa por sí sola. Los términos de nuestro contrato especifican con claridad que no debemos decir nada más del tema.

Para mantener la cadena, debe usted trazar una línea recta sobre su nombre, que aparece más abajo. A continuación debe enviar esta carta a la persona cuyo nombre ha sido colocado directamente debajo del de usted:

C HESTER GREYLAG DENT

Esta carta ya lleva años y años en circulación. ¡No sea usted quien rompa la cadena!

Billy se fijó en que en la esquina inferior de la página figuraba el sello en relieve de un notario. Bajo el sello, en letras cursivas diminutas, aparecían las palabras: *Combinado de Control Intercorporativo de América Central (antes Consortium Hondurium), Elux Troxl, propietario.*

ENTREVISTA

—¿Puedes decirme algunas de las influencias de tu trabajo?

—Softly.

—¿De qué manera? —dijo Jean.

—Me enseña a usar lo que tengo. Él también fue un matemático bastante bueno. Sabe sacar lo que hay en mí.

—Pero Rob es una influencia viva. ¿Qué me dices de la gente de antaño? De los viejos maestros. De los titanes.

—Rob me cuenta su trabajo. Me lo explica paso a paso.

—¿Qué me dices de Sylvester y Cayley? —dijo ella—. ¿Influencias poderosas? ¿Influencias leves? ¿Un punto medio?

—A la mayoría de los matemáticos nos los conoce casi nadie, da igual de qué siglo sean. ¿Cómo ha oído usted hablar de ellos?

—Investigando.

—No veo qué tienen que ver con un libro sobre el proyecto Logicon.

—Cuanto más investigo a los matemáticos, más sé de ti —dijo Jean—. Quiero saber todo lo que pueda de la gente de aquí. Si no lo sé, no puedo alcanzar profundidad alguna. Por eso pregunto por las influencias. ¿Fue Sylvester o Cayley quien dijo que las mejores invenciones del análisis son resultado de nuestros sondeos de lo continuo tal como éste se da en nuestra percepción del espacio? La dirección. En matemáticas, ¿acaso no intentas incorporar una sensación de dirección a ideas como el espacio, el tiempo y el movimiento? Como si jugaras con unas normas específicas que rigen hasta la última operación, ¿no?

—No tenemos permiso para hablar de esto.

—¿Qué quieres decir?

—Que Rob no nos deja. Nos ha dicho que rehuíamos a las figuras de la historia. Quiere que me concentre sólo en el Logicon.

—¿Es una prohibición formal?

—Solamente le digo a usted lo que ha dicho él.

—Podemos decir lo que queramos, cochinito. No permitas que Rob te impida hacer nada.

—¿Le interesaría a usted cierto material especial para sus notas?

—Ya lo creo.

—Tengo el presentimiento de que me voy a morir pronto.

—Más —dijo ella—. Más cosas así. Dame todo lo que tengas.

No lo que algo es en realidad, pensó Softly, sino nuestra idea de ese algo. Nuestra pugna para comprenderlo. Nuestra necesidad de unificarlo y explicarlo. Nuestro intento de despojarnos de la experiencia y revelar el significado que hay debajo. La meta es intentar crear un diseño lógico que pueda o no duplicar la estructura de la cosa en sí. Su escritorio, a diferencia de los demás del antro, montados de cualquier manera y tambaleantes, era un elaborado artefacto provisto de secciones con cajones automáticos, tablero extraíble para máquina de escribir, estantes modulares y un sacapuntas incorporado que funcionaba a pilas. El escritorio iba en paralelo a todos los costados del cubículo salvo uno, el de la entrada. El cubículo en sí era considerablemente más grande que el resto de las unidades de vivienda, de hecho, no se prestaba apenas al término *cubículo*. La cama, adornada con enormes almohadones de seda, tenía poco en común con los otros camastros de la zona. Sudando en exceso, Softly desabrochó las correas de su maletín de cuero, levantó la tapa gastada y se puso a hurgar entre frascos, tubos y paquetes de estimulantes, relajantes, euforizantes, delirantes, hipnótico-sedantes, anestésicos locales y tranquilizantes para animales. Entre toda la colección halló un frasco de tamaño muestra que le arrancó una sonrisa, puesto que contenía el intensificador sintético de alta potencia que le había dado a Maurice Wu para que lo mascara poco después de que éste llegara por primera vez al antro. La etiqueta incluía una advertencia: «Las experiencias iluminadoras pueden intensificar las psicosis ya existentes». Sin embargo, lejos de mostrar una reacción de pánico, Wu había emergido de un periodo de escalofríos, respiración irregular y habla gangosa albergando una idea

vacilante pero bastante interesante sobre la contraevolución. Softly encontró ahora lo que quería. Levantó un frasco, le quitó el tapón de rosca, sacó el embalaje de algodón y lo agitó para que le cayera una cápsula en la mano. Se la tragó sin agua y se metió en la cama, en calcetines, pantuflas y albornoz. Le entró el sueño casi de inmediato. Su transpiración empezó a emitir un olor menos tenso y séptico. Otro acontecimiento químico efímero, se dijo. Receptores de opiáceos funcionando de maravilla. Datos sensoriales menos exigentes. Se metió el pulgar en la boca y pensó de pronto en esa peculiar genialidad demoníaca de los juegos callejeros, en su jerga secreta transmitida durante siglos, en la sensación que producen muchos juegos de que hay algo temible que se transmite a través de ciertas palabras o de la arteria de un simple contacto. Se puso a vomitar con tranquilidad. Te pillé, tú la llevas. ¿Acaso el que «la llevaba» no se convertía en algo o alguien demasiado maligno para tocarte? La gallina ciega. El escondite. Descabalgando al potro. Levantó la cabeza de su posición de vomitar, con los ojos cerrados (para evitar ver la materia expulsada), y a continuación se reclinó en uno de los almohadones y pensó en el juego que el chico y él más o menos habían inventado juntos, el *half-ball*, un «juego formal carente de significado», diseñado para jugarse prácticamente en cualquier lado: la calle, un prado, un callejón o unos jardines públicos en el atardecer estival lleno de murmullos. Con elementos del *rounders*, del béisbol, del pilla-pilla, del críquet, del *catball*, del *stickball* y de las cantinelas infantiles. La meta es desarrollar un plan abstracto que pueda o no reflejar la composición de la cosa en sí. Ficciones convenientes, pensó. *Děň s̄ tē*, pensó. Agua fluyendo por la alcantarilla de una calle de la ciudad. Una figura intentando detener un taxi. Paraguas y maletín. Era Mainwaring, un hombre de mediana edad con un corte de pelo impecable; alto y rubicundo, esbelto y en buena forma, con perfume de ejecutivo. Era consciente de que el charco enorme que había más allá del bordillo era una invitación a que los taxistas viraran hacia allí y le salpicaran toda la ropa, pero no le preocupaba, estaba seguro de que podría apartarse a tiempo y ver todo el proceso (desde el punto de vista del conductor) como un ejercicio de percepción de las relaciones funcionales entre entidades (el charco, la figura, el vehículo). Estaba convencido de que los taxistas no eran más que teóricos del insulto masivo, a quienes les encantaba la *perspectiva* de salpicar o estropear, y no tenían necesidad inherente alguna de pensar más allá de dichas relaciones y plantearse el desfiguramiento literal de los objetos o de la gente. Los que eran completamente brutales eran los conductores de autobús. Como le dieras a un conductor de autobús un autobús casi vacío en una hora de poca afluencia y sin nadie esperando en las paradas designadas, te enfilaba la avenida como un loco, con las pupilas dilatadas y un tarareo convulso elevándose como la espuma por su garganta, Softly abriendo los ojos, con el enorme vehículo pintado abalanzándose a toda velocidad sobre los perros callejeros, los vagabundos y los niños, con un sistema mental de puntos en vigor. Bajó el paraguas y un taxi se detuvo justo antes de llegar al charco.

—Al aeropuerto internacional —dijo Mainwaring.

—¿Al lado derecho o izquierdo de la calle?

—A cualquiera, supongo.

—¿A la esquina más cercana o a la más alejada?

La ropa interior espectacularmente anticuada de Edna Lown estaba puesta a secar. Cerca, trabajando, se hallaba su propietaria. Aquella felicidad la desconcertaba. Hasta el último símbolo que escribía en su cuaderno parecía poseer la resolución de una obra terminada, una operación aislada casi libre de supuestos y despojada del peligro de los juicios intuitivos. No existía nada más que aquel trabajo. Su vida entera se había visto reducida a un proceso de selección y refinamiento. Y eso era una bendición, creía ella, teniendo en cuenta la atmósfera de terror que tan a menudo imperaba en el mundo exterior. En su trabajo no había nada accidental. Se trataba de un mismo tema interpretado de distintas maneras, puesto a prueba y modificado. Se dio cuenta de que llevaba sin verse a sí misma la cara desde que había bajado a bordo de aquel ascensor destartado. El pasado, el mundo entero en cromo, no eran ya más que tenues recuerdos, la imagen en negativo de una serie de colegas, familia y amigos; de ciudades universitarias, becas de investigación y viajes; de visitas al complejo residencial Bellevue.

Resultaba desconcertante aquella felicidad que sentía, una medida ampliada de esas texturas que somos capaces de obtener más allá de la suma total de los acontecimientos que componen nuestras vidas. En aquel hoyo en el suelo, Edna sabía que no le faltaba de nada, que no necesitaba nada, y que podía desdeñar con facilidad todas las asociaciones del pasado y todos los honores anteriores. Vivía presa del éxtasis científico. Los complicados anhelos de la mujer que había progresado en el mundo (por medio de la pura fuerza del intelecto) eran ya tan secundarios que casi no existían. La ambición, el amor, la amistad, los placeres que entrañaban el dar y el ganarse a las personas, la comodidad de la aceptación profesional, el cálido resplandor del alma ante el fracaso ajeno... Todas aquellas inclinaciones ocasionales de antes, aquellas urgencias y anhelos, no eran más que aire viciado en comparación con la absorción total y simple de ahora, con el *holismo*, ese estado de existencia sin calificar. Edna Lown estaba penetrándose a sí misma con la misma firmeza que si hubiera sido capaz de meterse los brazos en la boca y tragárselos hasta los hombros; los brazos, las piernas y el torso, una técnica de meditación cautivadoramente cómica, que dejaría la cabeza apoyada en un almohadón, la cabeza y el cráneo, la morada del cerebro y sus estratos, de todo lo que somos, sentimos y sabemos; el universo que hemos construido.

El pequeño aparato inició su ascenso vertical. A pesar de las muchas horas de viaje, del cambio de aviones y de los husos horarios, Mainwaring se mantenía fresco, con su pelo repeinado hacia atrás, ligeramente canoso aquí y allá, y una mandíbula que parecía sujeta en su sitio por medio de chavetas. Al otro lado del fuselaje del avión se encontraba la inscripción: OMCOPTER SKYHOP. Todo el viaje se había llevado a cabo de noche. En partes distintas de noches hemisféricas distintas. Una única y larga noche.

La ropa interior mojada de Edna goteaba sobre una pila de papeles que ella misma había dejado en el suelo. Leyó los apuntes de la sesión previa. Eran apuntes que tomaba para usarlos de forma no específica, nada que ver con la clase de material de fondo que le había dado al chico para que lo leyera, ni tampoco con un trabajo más inmediato y directamente aplicable al proyecto Logicon. Ya llevaba unos años tomando aquellos apuntes rápidos, aquéllos en concreto y otros parecidos, con el mero propósito de ordenar sus ideas, de aclarar ciertas zonas generales que ella creía dignas de investigación. Es al mismo tiempo ridículo y útil, pensó ella, sintiéndose relajada del todo, perfectamente dispuesta, trabajando muy por delante del lápiz.

f. Es al mismo tiempo ridículo y útil concluir que el habla humana deriva de los gritos de los animales.

g. Tal como se ha conjeturado, fueron específicamente los gritos de apareamiento de los animales los que dirigieron a los primeros hombres y mujeres hacia su propia variedad de habla. Por consiguiente, el lenguaje se convirtió en una comunicación asociada con la actividad sexual. Esta conexión le imprimió al lenguaje una propiedad duplicadora llena de poder erótico.

h. Tengo la tentación de decir: también hizo que hablar fuera divertido. Las palabras se convirtieron en una analogía juguetona de la actividad sexual.

i. Todo lenguaje es insinuación.

j. Nos imaginamos al niño (primitivo) aprendiendo a hablar en brazos de su madre. He ahí la esencia del juego. Madre e hijo. Lenguaje y sexualidad.

k. Por consiguiente, el lenguaje, clasificado por género, es indudablemente femenino.

Jean Venable estaba sentada en su habitación, muy por encima del antro. Sus notas ilegibles estaban tiradas por el suelo y había fajos de material de investigación apilados debajo de la cama y sin leer. Estaba empezando a pensar que Softly había tenido razón cuando la había acusado de ver el mundo entero como una broma. Si ella tuviera que hacer una predicción, vaticinaría que estaba a las puertas de algo extraño. Una decisión sobre su libro. Lo que debía ser y lo que no debía ser. «Extraño» en el sentido de previamente desconocido, en el sentido de no familiar; en ese sentido arcaico de algo extranjero o foráneo. ¿Qué clase de prosa pestilente iba a escribir sobre un proyecto por el que no había sentido interés alguno desde el mismo principio? ¿Para qué estaba ella aquí, si no era para ponerse a prueba a sí misma contra los peligros de la fe verdadera? ¿De qué le servía la soledad a una escritora si no la llevaba a algo más profundo en su forma de vivir y de pensar? El hecho de que estuviera teniendo relaciones sexuales casi continuas con un hombre del tamaño de un niño parecía confirmar (de forma no explícita) que estaba dispuesta a dar un pasito nervioso para adentrarse en la habitación encogida que había

visto de vez en cuando mezclada con los reflejos de las ventanillas polvorientas de un tren o en las mitades de cristal de las puertas exteriores de una casa de vecinos. El sexo con Rob formaba parte en gran medida del aislamiento en el que había estado sumida desde su llegada allí. No es que no lo disfrutara a un nivel puramente físico. Softly era un antídoto a la fantasía. Sus dimensiones mismas se burlaban de aquellos episodios soñolientos que ella solía diseñar al margen de la realidad. ¿Qué eran aquellas imágenes mentales sino cuentos de hadas para adultos, ferrotipos pintorescos que hacían poco más que confirmar el encanto infantil de las relaciones ilógicas (doncellas, anfibios, etc.)? De su reacción a la tosquedad del cuerpo contrahecho de Rob, a su inalterabilidad, a las abruptas iniciativas de su naturaleza sexual, Jean infería gustosa que la fantasía, la de ella, había alcanzado su punto de fuga, un acontecimiento que devolvía el sexo a aquellas ubicaciones que ella sentía que había abandonado hacía mucho tiempo, entre las mismas piernas, en la misma boca y alrededores, en los pechos y bajo los testículos y en las manos, sobre la lengua, en el mismo agujero. Juntos llenaban un espacio natural. Se producía una sensación real de cuerpos que cedían, señales de sarpuillidos, irritaciones cutáneas, moretones y marcas de dientes, la mente de ella lejanamente consciente de estar poniendo en riesgo los páramos de la no entidad, una perspectiva que la obligaba a manifestar su involucramiento físico, a soltar ruidos jadeantes contra aquella interrupción de la continuidad. Tenía gracia que ella y Rob evitaran hasta el último gesto preliminar, ni que fuera un amago de beso o caricia no funcional. Besar lo habría asqueado. Era el órgano de copulación de Rob lo que el cuerpo de ella ansiaba, los pliegues latínicos que ella tenía entre las piernas y que lo inducían al metro itifálico. Tenía gracia la cosa. La hacía reírse de los amores pasados y de la banalidad del pasado mismo.

l. En un abrir y cerrar de ojos entramos en la nube del pensamiento moderno. Aquí los límites de la infancia incluyen la destrucción de la perspectiva. Esto se podría llamar perfectamente la formación de la perspectiva.

m. Al crecer, el niño percibe una diferencia entre él y su clase. La madre del niño ya no es la única maestra de las palabras. Empieza a disolverse el contenido erótico del lenguaje.

n. La *verdad* del lenguaje no está a nuestro alcance. Sólo el habla infantil, la forma perdida del conocimiento, puede expresar lo que de otra forma es inexpresable. ¿Existe una conexión entre estas frases?

o. El habla infantil es el modo natural de la locución en bruto, la única libre de subterfugios y de ambigüedades.

p. ¿Qué queremos decir cuando decimos que la función de un lenguaje lógicamente perfecto es establecer unos límites severos? Es posible que hayamos entendido las cosas al revés. Deberíamos preguntarnos a nosotros mismos si tenemos razón al establecer más límites o bien al destruir por completo los que hay ahora.

q. Los grandes científicos nunca tienen miedo de equivocarse un poco; sus errores, en caso de serlo, son totales.

r. Tengo la tentación de decir: ir más allá de las palabras tal como las conocemos es «aparearse».

s. Es posible que la tarea secreta de la lógica sea redescubrir el juego.

Encantador, pensó Edna, tal vez un poco fatigada, oyendo las peculiares pisadas de Softly mientras éste pasaba frente a su cubículo, imaginándolo con traje, chaleco y corbata oscura, con aquellos zapatitos relucientes, y de hecho él llevaba todo aquello cuando llegó al cubo uno, donde se encontró a Billy en la cama, con las manos entrelazadas sobre la cabeza, las rodillas flexionadas y una sensación general de languidez adolescente en el aire.

ROB HABLA CON COMILLAS

—¿Dónde está la pelota? —dijo Softly—. Me apetece un poco de ejercicio. Un poco de distracción. Todos necesitamos un poco de distracción.

—¿Qué pelota?

—¿No te vi coger hace poco una pelota de goma?

—Una pelota de goma —dijo el chico—. Creo que la traje aquí.

—Pues sácala y córtala por la mitad.

—¿Por qué por la mitad?

—Estás realmente atontado, ¿no?

—Por el *halfball*, ¿no? Quieres jugar un partido de *halfball*.

—Ya era hora —dijo Softly.

—No quiero jugar.

—Pero si a ti el *halfball* te encanta.

—No estoy de humor, simplemente.

—Es tu deporte —dijo Softly—. Tuyo y mío. Saca la pelota, córtala por la mitad y vámonos a jugar. Maurice ha despejado una zona al otro lado de los cajones. Ahora mismo está acortando un mango de fregona. Jean también va a jugar. A ti Jean te cae bien. Jean y tú os lleváis bien. Les he enseñado las reglas. Edna y Les harán de público. Con espectadores es más divertido.

—Yo pensaba que se había acabado la diversión.

—Te hace falta una dosis nueva.

—Tal vez me apetezca jugar más tarde.

—Venga, Willy, dales caña, que tú puedes.

—Quiero bien quedarme en esta habitación con el suelo de tierra o bien salir por completo de todo este lugar.

—Mira, vamos a ir al «campo», vamos a relajarnos un poco, jugar un partido de *halfball*, y luego ya puedes venir aquí a «descansar». El *halfball* es un juego precioso. A ti te encanta el *halfball*. Es exactamente lo que «necesitas», un poco de «ejercicio», un periodo de «distracción». ¿Qué me dices, eh?

—Quiero quedarme aquí.

—¿A qué viene esta repentina obsesión por la inmovilidad? —dijo Softly—. ¿Qué clase de rutina boba es ésta? ¿Qué pasa, que estás cayendo en una especie de trance místico?

—No.

—Porque si es el caso, ya sabes lo que tengo que decirte.

—Lo sé.

—Musjid pepsí kakapo.

—¿Y qué más?

—Huwawa djinn.

Billy siempre disfrutaba de los puñados de palabras extrañas que Softly usaba para contrarrestar los comentarios serios sobre religión, lo sobrenatural y los contornos difusos de la física cuántica. Lo que no le gustaba era la táctica que empleaba muy de vez en cuando su mentor de pronunciar ciertas palabras como si tuvieran que ir entrecomilladas. La práctica parecía tener un origen más profundo que el simple sarcasmo. A veces Softly empleaba aquella reprimenda verbal, si es que era eso, en circunstancias que parecían del todo inadecuadas. Se refería a una mesa, por ejemplo, como «mesa». ¿Qué clase de significado interior buscaba en un caso así? Una cosa era que Softly aplicara una pizca de énfasis cuando comentaba que a alguien le «hacía falta» un «descanso». Pero cuando entrecomillaba nombres de objetos cotidianos el efecto resultaba inquietante. Ya no era simplemente que estuviera aislando un objeto de su nombre; parecía estar intentando vaciar de significado un sistema entero.

—Si no estás dispuesto a jugar, ¿al menos estás dispuesto a trabajar?

—Por supuesto.

—¿Harás todo lo que te digan Edna y Les?

—Sí.

—¿Ves? Ya les he dicho yo que entrarías en razón. Y ni siquiera me he tenido que poner duro. Mis despliegues de adultismo se vuelven casi legendarios cada vez que se congregan niños.

—¿Y tengo que jugar al *halfball*?

—No —dijo Softly—. Tú dame la pelota de goma y ya le digo a Maury que la corte él por la mitad.

Jugaron el partido en la curvatura negativa del pequeño claro. Softly se quitó la chaqueta y se la tiró a Lester Bolin, que se sentó con Edna en un cajón. El fantasioso espectáculo que estaba a punto de desplegarse hizo que a Edna le aflorara una expresión de expectación encantada que pugnaba por esconder la tensión con que la había compuesto, como si estuviera asistiendo a una barbacoa en honor a unos criminales dementes. Wu cortó con su navaja la pelota por la junta, se guardó una mitad en el bolsillo y le dio la otra a Softly, que empezó a hacer calentamientos, puesto que él jugaba de cascador o lanzador. A Jean le costaba mucho atrapar sus lanzamientos. La pelota se comportaba erráticamente en algunas ocasiones (cuando Softly la lanzaba girando sobre ella misma), pero con mucha facilidad otras veces (cuando él la cogía por el borde y la arrojaba con un movimiento recto del brazo, o se ponía de tres cuartos para trazar curvas bajas elegantemente quebradas). Wu se quedó a un lado practicando golpes perezosos y estilizados con el mango de fregona serrado. El campo estaba delimitado por medio de piedras y latas espaciadas y organizadas de forma compleja. Cuando todo el mundo terminó de calentar, Softly se dirigió a los espectadores.

—Las reglas estrictas le confieren dignidad al deporte. En una serie de momentos determinados de la contienda, hay que recitar ciertos versos y ejecutar ciertas maniobras y contramaniobras. No existen bases como las del béisbol. No hay *wicket* como el del críquet. Sin embargo, sí que hay carreras, anotaciones, errores y pausas para tomar té. En el *halfball*, los errores cuentan a favor de quien los comete. Imaginad un marcador, si queréis. Carreras, anotaciones y errores. Pues el resultado final depende de todas estas cosas, no sólo de las carreras. Es el despliegue total de dígitos lo que determina quién es el ganador. Si un jugador no para de cometer errores, éstos se añaden a su suma total. Cuando sus errores alcanzan las dos cifras, el total pasa a la columna de las carreras. Así pues, os diréis, para ganar únicamente hace falta cometer un error detrás de otro. Pues no, os contesto yo. Porque aunque uno de los jugadores cometa errores, el otro puede estar anotando carreras. El que comete los errores tiene que equilibrar los tantos que está obteniendo él con los tantos que está permitiendo que el adversario obtenga en la columna de las carreras. Yo juego de cascador. Jeanie juega de masca. Y Maury de seguidón. Normalmente también tendríamos a un boquero, pero creo que podemos pasar sin él. A medida que avanza el partido, nos intercambiamos las posiciones. Los objetos que hay desperdigados por el suelo son bien rezancas o bien falgas, dependiendo de la situación. El propósito de cada uno va quedando claro a medida que avanzamos. Por favor, no os marchéis hasta que estemos listos para la pausa del té. Me molesta sobremanera que la gente se marche antes de la pausa del té.

Softly, que era zurdo, le hizo una serie de lanzamientos altos y con efecto a Wu, manteniendo la pelota rasa y por dentro, alternando con algún otro con efecto que mandaba de forma inquieta por fuera, presumiblemente fuera del alcance del seguidón. Por fin Wu consiguió golpear la pelota: una pelota débil y a ras de suelo que giró y se bamboleó trazando círculos cada vez más limitados. En aquel momento, la masca y el seguidón se pusieron a dialogar:

—¿A qué juegas?

—A limonada.

—¿Dónde la mueves?

—Donde la secamos.

—¿Y qué secamos?

—Albaricoque.

CONOZCO A MAINWARING

Mientras oía las voces desde la cama, Billy intentó recordar qué edad tenía cuando habían inventado el deporte, y por primera vez se dio cuenta de que en realidad él había tenido muy poco que ver, que casi todo lo había ideado Softly: las reglas, los versos y el hecho de basarse en los patrones de conexiones. Seguía teniendo las manos entrelazadas sobre la cabeza. Ahora las meneó hacia delante y hacia atrás, con un movimiento que le desplazó la coronilla. Al cabo de un rato pensó en una mujer ligera de ropa y provista de enormes pechos tetas melones ubres. Iba «ligera de ropa» sólo en el sentido de que Billy se decía a sí mismo que aquella era su condición dominante; la verdad era que no conseguía imaginarse las prendas escasas que supuestamente llevaba la mujer. Intentó incluirse a sí mismo —es decir, una imagen de sí mismo— en aquella escena brumosa. Por alguna razón le resultó en extremo difícil. No le importó demasiado. Con tal de que le dejaran quedarse donde estaba. Con tal de que no lo obligaran a ser lógico. Oyó que había alguien moviéndose en el cubículo contiguo al suyo y fue a ver quién era. El hombre que estaba allí deshaciendo sus maletas se presentó como Walter Mainwaring, de la Corporación para el Redesarrollo de las Técnicas Cósmicas.

—Los dos tenemos algo en común.

—El Premio Nobel —dijo Mainwaring.

—Eso mismo.

—Mi padre era matemático. No me puso segundo nombre, solamente una inicial. La equis. Debía de ser su idea de una broma.

—¿A qué ha venido usted?

—Rob tiene muchas ganas de aprender más sobre los compuestos silfidizantes. No estoy seguro de cómo tiene pensado aplicar ese aprendizaje, pero estaré encantado de contarle lo que pueda. Mi obra más reciente trata de algunos aspectos de la identificación mogujérica. ¿Sabes lo que es?

—No, pero suena gracioso.

—Las cosas son graciosas hasta cierto punto —dijo Mainwaring—. Luego dejan de serlo. Pregunta alternativa. ¿Sabes algo de la relatividad mogujérica?

—Conozco a su creador, Mohole.

—Pues la obra de Mohole parece tener vínculos con la silfidización. Está por ver adónde lleva todo esto.

—Lleva hombreras y toma píldoras verdes.

—Tengo entendido que Rob está reuniendo un equipo. Bien. Me gusta el trabajo en equipo. Creo en los equipos.

SEGUIDÓN y MASCA: «Cascador, cascador, haznos avanzar. Brilla, oh, brilla el sol».

CASCADOR: «Caed en un pozo, guardad el secreto y al alba os dejaré nacer».

El chico regresó a su cubículo y se metió en la cama. Al cabo de un rato oyó que Softly anunciaba la pausa del té. Se produjo un corrimiento de tierras poco importante en la ladera norte. Jean Venable y Maurice Wu se quedaron en la zona de juego mientras los demás iban a la unidad de cocina para tomar el té.

—Nombre completo, por favor.

—Maurice Xavier Wu.

—¿De dónde viene lo de Xavier?

—Mi padre era misionero —dijo él.

—¿Dónde?

—En Estados Unidos.

—¿Y tú creciste ahí?

—A ratos.

—¿Salías con chicas estadounidenses?

—¿Si salía con chicas estadounidenses? —dijo él—. ¿Qué clase de libro estás escribiendo?

—Intento preguntar todo lo que se me pasa por la cabeza —dijo Jean—. Es una técnica nueva que he estado desarrollando. Pero creo que tal vez la abandone. Es que no me ha pasado por la

cabeza nada que no sean chorradas. Ahora mismo todo está en el aire. No le cuentes a Rob que te lo he dicho. Francamente, estoy haciendo ver que trabajo. Pero no lo vayas contando.

—Tal vez deberíamos hacer esto en otro momento —dijo Wu—. Estoy preparando un viaje por las laderas. Hay alguna que otra cueva que me gustaría examinar. Tengo que reunir unos pertrechos. Y luego tengo que sacarle brillo a mi *wu-fu*.

—Déjame que te haga una pregunta solamente —dijo Jean—. ¿Cuál es tu papel dentro del proyecto Logicon?

—Veo que no estás apuntando nada.

—No estoy apuntando nada. Tienes razón, claro.

—Tal vez para cuando vuelva a bajar aquí, Rob ya tenga algún plan en firme para mí. Todavía no sé exactamente qué tiene en mente. Entretanto, me lo paso bien visitando las cuevas.

—¿Qué es un *wu-fu*?

—Es un medallón que llevo colgado al cuello siempre que voy a trabajar sobre el terreno. Es circular y tiene grabado un grupo de murciélagos. Murciélagos con las alas extendidas. Los murciélagos forman una especie de círculo alrededor de un árbol de la vida. Puede que los chinos sean la única gente que asocia los murciélagos con la buena suerte y con tener una vida larga. En todo caso, antes de visitar el terreno, me gusta sentarme sobre una esterilla y pasarme exactamente diecisiete minutos sacando brillo al *wu-fu*.

—¿Y con eso qué consigues?

—Nada —dijo él.

—Creo que lo entiendo.

Jean le tenía miedo al desaliño. Las arrugas sedosas que se le hacían por encima del puño de la camisa. El ajuste perfecto de sus pantalones de corte exquisito. No era ninguna broma imaginarse cómo sería su vida sin su firme compromiso con el hecho de estar presentable. Últimamente pensaba mucho en el desaliño. Cada vez se entregaba más a sus cavilaciones: pensaba en las imágenes de los cristales de las puertas de las casas de vecinos y en la alfombra de cositas plateadas parecidas a piezas de puzle que siempre parecía crujirle bajo los zapatos en los peores barrios de la ciudad. Con cada nuevo ciclo de cavilaciones le venía la experiencia del miedo, una sensación que ella solía calificar no de miedo a secas sino de «miedo en sí». Ahí entraba el elemento cómico. El intento de llegar al humor por medio del exceso de dramatismo. Jean siempre se había considerado a ella misma demasiado moderna y complicada como para experimentar la clase de miedo primitivo que se podría calificar de «miedo en sí». Le resultaba difícil mostrarse agobiada, ya no dijéramos aterrada. La casi neutralidad del todo proporcionada de su figura, de su aspecto y de sus modales; la justicia supremamente intacta de todo aquello: eran cosas destinadas a acompañar un conjunto brillantemente moderno de escisiones, espacios y vagas negaciones. Sin embargo, estaba empezando a ver que en algún lugar del margen de aquellas reflexiones sobre la cuestión del desaliño se encontraba la esencia del miedo en sí. De momento le costaba saber qué simas del desaliño inmenso y desarrapado temía, y por qué. Nunca había oído hablar a nadie de aquella clase de miedo. Toda la gente que la rodeaba se había pasado su vida entera narrando episodios en los que aparecía el miedo a las alturas, el miedo a las profundidades, el miedo a desaparecer, a caerse, a caer dentro de algo; el miedo a la tierra, al aire, al fuego y al agua. ¿Dónde se encontraba el miedo en sí? ¿En el vistazo que echaba hacia atrás una mujer vestida con unos harapos indeciblemente inmundos, coleccionista de bolsas de la compra, víctima de hechizos, murmurando para sí misma en la sucia esquina de una cafetería? Ficción, pensó Jean, sentada entre sus notas, docenas de páginas asombrosamente desordenadas y desplegadas sobre su cama; ficción, pensó, mordiéndose ociosa la piel del índice.

En la cocina estaban escuchando el agua que hervía. Bolin seguía guardándole la chaqueta a Softly, doblada con pulcritud sobre el regazo.

—Dent es terrible, terriblemente viejo —dijo Edna Lown.

—El viejo Dent —dijo Softly.

—Demasiado, demasiado viejo para ayudarnos en nada.

—Lestercito, ¿en qué nos puede ayudar?

—No puedo perfeccionar el sistema sin un metalenguaje. Simplemente la conversión lógica no funcionará. La máquina no será capaz de producir Logicon ni de hablar Logicon hasta que yo averigüe cómo separar el lenguaje entendido como sistema de signos carentes de significado del lenguaje como lenguaje.

—El viejo problema —dijo Edna.

—El viejo Dent —dijo Softly.

El agua hervía con furia.

—¿Alguien sabe cómo ponerse en contacto con él? —dijo Lester.

—Tiene un secretario de citas —dijo Softly—. La única forma de ponerse en contacto con el viejo Dent es intentar comunicarse con ese tipo al que se conoce como secretario de citas.

Bolin sirvió el agua.

—¿Cómo le va a nuestro joven? —dijo Edna.

—Promete que trabajará. Que hará lo que le digáis Lester y tú. Os sugiero que empecéis por la notación más reciente.

—¿Qué pasa con el partido? —dijo Lester.

—¿Qué partido?

—Expresión de sorpresa.

—¿Partido, partido, qué partido?

—El partido por el que te estoy guardando la chaqueta. El partido de *halfball*. ¿Cuándo volvemos para terminarlo?

—No hay tiempo —dijo Edna—. Rob tiene mucho que hacer si realmente planea reunirse con Chester Greylag Dent. Con secretario de citas o sin él, es casi imposible ponerse en contacto con ese hombre.

—¿Su número no sale en la guía? —dijo Lester.

NO ME ENCUENTRO MUY BIEN

Temperado por naturaleza, y de hecho siempre sereno, a Lester Bolin no le molestó la risa jadeante con que Softly respondió a su pregunta de si el número de Dent no salía en la guía. Se limitó a hurgar con los zapatos en la tierra y a echarle una mirada a Edna en busca de alguna señal. Su trabajo en el sistema operado por ordenador (conocido, igual que el lenguaje mismo, como Logicon) había estado yendo muy despacio. Primero había construido un armazón para albergar los cables y los mecanismos internos. Un poco a modo de broma, le había puesto al armazón una «cabeza» cuadrada y un «torso» cilíndrico. El paso siguiente era incorporarles un lenguaje formal, vacío de contenido, a los circuitos. Al mismo tiempo tenía que diseñar un corpus de afirmaciones sobre ese lenguaje simbólico; aquello constituiría una segunda forma de discurso, menos severo y menos vacío que el Logicon en sí, y por tanto capaz de proporcionar una base para el análisis y la descripción. Tendría que ser un sistema que permitiera a los creadores del Logicon disertar sobre su lenguaje en un contexto distinto al lenguaje en sí, y que además permitiera al mecanismo del sistema llevar a cabo afirmaciones significativas, tanto *en* Logicon como *sobre* el Logicon.

Gameto saco gónada escroto, pensó Billy, recordando la confusión que había experimentado al enterarse de que la uretra funcionaba como conducto genital masculino, puesto que siempre había pensado que los órganos, conductos, válvulas y canales que terminaban con la letra *a* eran exclusivamente femeninos. Se sentía débil, sudado y deprimido. Volvía a tener las manos entrelazadas sobre la cabeza y las movía hacia delante y hacia atrás, disfrutando de la sensación tectónica. Al cabo de un rato se metió del todo bajo las mantas y se quedó a solas con su propio olor.

Para aquella modalidad más avanzada de cálculos, Lester Bolin estaba usando láminas de metal, gomaespuma y plásticos diversos; tubos, relés, un sistema de reproducción de cintas, sincronizadores, transistores y un sistema de monitorización; innumerables componentes electrónicos; una cabeza cuadrada y un torso cilíndrico. A modo de chiste añadido, estaba diseñando el modelo de tal forma que sólo funcionara al introducirle una moneda.

Chester Greylag Dent vivía con discreción a bordo de su submarino nuclear hecho a medida, dando vueltas y más vueltas al globo. Últimamente, sin embargo, había decidido permanecer detenido, primero a trescientos metros, que era la profundidad de prueba habitual para los submarinos nucleares convencionales; luego a tres mil metros, muy por debajo de la zona de luz, con los motores parados en medio de la oscuridad y el frío, entre peces víbora abisales y anguilas gigantes; luego a seis mil metros, por debajo de toda vida vegetal, por debajo del bamboleo que imprimían los vientos y las corrientes; y por fin a la increíble profundidad de diez mil metros, entre criaturas marinas muertas que caían flotando, esponjas, conchas vacías, anélidos que se alimentaban de detrito, huellas fósiles en el sedimento y un limo que tenía cientos de millones de años de edad, nunca emergido; el lugar más silencioso de la Tierra.

El helicóptero en el que dormitaba Robert Hopper Softly volaba rumbo al océano por encima de un grupo de islas volcánicas. El aparato estaba equipado con cuatro sistemas distintos de detección de submarinos, pero debido a que el submarino en cuestión permanecía inmóvil a una profundidad tan tremenda, se había activado el sónar mucho más potente de la nave de rastreo. En cuanto el helicóptero se posó en un helipuerto situado en la proa de la embarcación, Softly fue sin demora a una zona de acceso restringido del barco para echarle un vistazo al monitor de detección acústica. Se estaban recibiendo y separando del ruido de fondo oceánico las señales procedentes de una masa enorme de metal sumergido. Softly se dirigió a la cubierta de popa y entró en un cilindro de inmersión reforzado que se introducía en el mar por medio de cables. La base del cilindro estaba diseñada para encajar por su forma y tamaño con la escotilla de emergencia de un submarino. Su descenso, que duró varias horas, fue guiado electrónicamente por la embarcación de la superficie, igual que las maniobras finales y el acoplamiento. Softly tuvo la sensación de que todos los movimientos estaban teniendo lugar en un medio aneroide, una especie de gel espeso. Una vez finalizado el acoplamiento, golpeó con los nudillos la escotilla del submarino. Se la abrió Jumulu Nobo, un negrito anormalmente grande que trabajaba

de secretario de citas de Chester Greylag Dent. Softly fue conducido a través de la despensa y de la sala de oficiales, pero antes se fijó en que la escotilla estaba equipada con un largo cerrojo de seguridad metálico y en que los mamparos estaban empapelados con papel de pared de vivos colores y estampado.

—¿Le ha costado encontrarnos?

—Casi nada —dijo Softly.

—Chet está durmiendo, pero yo estaré encantado de contestarle cualquier pregunta preliminar que me quiera hacer.

Se acomodaron en sillas enfrentadas, en un pequeño compartimento con mobiliario de mimbre y puertas de cristal. Nobo llevaba chándal marrón y zapatillas deportivas a juego. Le explicó a Softly que varios de sus antepasados malayos, todos de estatura excesivamente baja, habían emigrado a Luisiana y se habían asentado luego en una ciudad llamada Oslo, Noruega, donde el joven Jumulu había acabado creciendo hasta convertirse primero en adolescente y luego en joven adulto, el primer miembro de su familia que pasaba del metro veinte de estatura.

—Yo quería estudiar biología marina —dijo—. Me parecía una disciplina muy limpia y virtuosa. ¿Quién podía acusar a un biólogo marino de estar desperdiciando su vida? Tendría a mi disposición un gran volumen de datos interesantísimos sobre los organismos únicos que pueblan los océanos del mundo. Pero luego oí una voz. Y la voz me decía que siguiera buscando. En lugares como Oslo, Noruega, Luisiana, la gente suele oír voces. En fin, que seguí buscando y con el tiempo me acabé topando con la polifacética presencia del gran hombre en persona.

—Y aquí está usted ahora.

—Me las apaño con una tripulación de once hombres, un ama de llaves y un eunuco. No nos resulta nada fácil. Pero las alegrías compensan con creces los sacrificios.

—Llegado este punto, la gratitud por su hospitalidad me obliga a expresar mi asombro por la existencia misma de un submarino que pueda llegar a estas profundidades sin reventar.

—El boceto del diseño básico lo hizo Chet en persona. Eso sí se lo puedo contar. Uno: el casco no tiene un diseño ahusado. El submarino entero tiene estructura de delta, de pareja de alas o aletas en forma de flecha, sin cuerpo propiamente dicho. Dos: tenemos lo que se conoce como casco exterior inundado. El agua del mar entra en él por unas pequeñas aberturas. Eso nos hace más resistentes a la presión que las embarcaciones submarinas ordinarias. Tres: los metales especiales que usamos para el casco interno conforman una aleación de lo más sólido.

—Estoy impresionado.

—Todos estamos muy contentos del resultado. Por supuesto, el casco cruje de vez en cuando.

—Ya me he dado cuenta —dijo Softly.

—Es perfectamente normal. No hay razón para preocuparse.

No paraba de sacudirse caspa imaginaria del pelo, y de vez en cuando se metía un dedo en la oreja y lo sacudía con vigor. Además, parecía ser un maestro de la mirada errática. Los ruidos en el casco, el entrecruzamiento de las piernas de Softly, la estática de un intercomunicador cercano... Todo ello suscitaba las miradas rapidísimas e inquietas del secretario de citas. A Softly no le interesaba saber si aquella era su actitud normal o si era el resultado de pasarse periodos prolongados bajo el mar; estaba distraído por la postergación de su encuentro con el viejo Dent y por esa razón no percibió más que por encima los detalles e indicios que discurrieron por la siguiente charla:

—¿No habrá visto usted un carguero en las inmediaciones cuando estaba a bordo de la embarcación rastreadora?

—Creo que no.

—Se han puesto en contacto con nosotros varias veces —dijo Nobo—. Preferimos no hacerles caso.

—¿Quiénes son?

—El carguero es liberiano. Al parecer, la tripulación representa a un cártel hondureño.

—El Consortium Hondurium —dijo Softly—. Han llegado a la conclusión de que un consorcio tiene más estilo que un cártel, por lo menos en el nombre. De manera que se lo han cambiado.

De hecho, no paran de cambiárselo. Ya han tenido varios nombres corporativos, según tengo entendido. Elux Troxl. Conozco su trabajo. Les interesa el poder económico abstracto.

—Ya no.

—¿Cómo lo sabe?

Nobo se levantó y se puso a hacer carrera estática dejando que su mirada errara por distintas zonas del compartimento.

—De acuerdo con sus mensajes, lo que les interesaba era copar el mercado del guano. Del guano de murciélago, para usarlo como fertilizante. Parece que han localizado una fuente abundante cerca de aquí y quieren alquilar esta embarcación y cualquier otra que ande por la zona para ayudar a transportar todo lo que puedan llevarse de las cuevas de los murciélagos. No sólo han trasladado la sede de la empresa a un carguero, también se han vuelto a cambiar de nombre.

—¿Cómo se llaman ahora?

—S. I. G. L. A. S.

—¿Y qué significa el nombre?

—Eso nos preguntamos —dijo Nobo.

—Conociendo un poco a Troxl, sospecho que debe de tratarse de una combinación de letras formada para representar la idea de una combinación de letras. Nadie sabe cómo se llama Troxl en realidad, de modo que tal vez todo el asunto tenga cierta lógica desastrada. Lo que se le da de maravilla es el trabajo en tiempo compartido. Y utiliza listas de correo, cadenas de cartas, análisis de cupones, investigación de suscripciones y esa clase de cosas. A veces las compañías verdaderamente enormes contratan a gente así para emprender proyectos tediosos pero necesarios. También ejerce de notario, de cierta forma subrepticia, lo cual le otorga una pátina de respetabilidad. Que yo sepa, la única actividad profesional no abstracta con la que ha estado relacionado en su vida consistía en el bombardeo incendiario de zoos y hospitales veterinarios. Su finalidad era hacer que la gente hiciera aportaciones económicas. Por supuesto, quien se encargaba de todo era la organización de captación de fondos de Troxl. El enorme diluvio de dinero se destinaba a reconstruir los zoos y las clínicas en cuestión. De esa manera, él podía compilar gigantescas listas de correo, que luego les vendía a otros captadores de fondos, a empresas de publicidad directa, a empresas de estudios de mercado, a los departamentos de suscripción de diversos medios impresos y a las agencias gubernamentales. Con el dinero que reunía de esa forma alquilaba tiempo de uso de ordenadores por todo el mundo, con el objeto de controlar las fluctuaciones de la curva monetaria.

—Al menos desde fuera —dijo Nobo—, parece un simple empresario semitraicionero, como muchos otros.

—Pero con un socio bastante desagradable.

—Grbk.

—Ah, ¿lo conoce usted?

—Se lo mencionaba en el último comunicado del carguero. Creo que nos querían impresionar haciendo alarde de pureza de corazón.

—¿Se lo mencionaba en relación con qué?

—Está detenido a bordo del barco.

—¿De qué se lo acusa?

—De abyección.

Un tipo delgado e insulso entró en el compartimento. Era Bö (bú). Mientras el negrito seguía corriendo sin moverse del sitio, el joven, meciendo la cabeza, le susurró algo al oído.

—Chet lo recibirá ahora —dijo Nobo.

—Bien.

—Está en el ala este.

—Muy bien.

Bö llevó a Softly hacia la proa, donde pasaron junto a la esfera del sónar y a continuación viraron bruscamente hacia la sección opuesta de la flecha del submarino. Cruzaron una serie de

compartimentos, todos numerados con pintura de color rojo vivo, algunos de los cuales parecían habitaciones de una casita de campo.

—¿No se deprime usted? —dijo Softly—. Por estar tanto tiempo aquí abajo, digo.

—Prefiero estar aquí abajo que en la superficie. La última vez que estuvimos en la superficie me caí por la borda. Me sorprendió que nadie pareciera darse cuenta. Primero solté un grito. Después me puse a contar. Me puse a gritarles los números. Llegué hasta el cuarenta y tres antes de que Jumulu me oyera. El instinto me llevó a morir con un número en los labios, en lugar de con una aburrida súplica de ayuda. Qué cutre y tedioso. Con el nivel de conciencia tan intensa que tengo de mí mismo, me resultaba imposible estar allí dando manotazos mientras gritaba socorro, socorro.

—¿Y no le pasó la vida entera ante los ojos?

—La vida nunca para de pasarme ante los ojos —dijo Bö, con una voz tiernamente despojada de resonancia—. Intento elegir los momentos interesantes cuando los veo pasar. Pero nunca encuentro ninguno.

Con noventa y dos años de edad, Chester Greylag Dent era una figura polvorienta envuelta en un elegante chal. Antaño alto y de espaldas anchas, parecía que se hubiera desgastado, y su presencia física se limitaba a una realidad fundamental más bien frágil. Resultaba casi transparente, y sus regiones superiores e inferiores empezaban a arrugarse la una hacia la otra, como si fueran a ensamblarse entre ellas a la altura de su ombligo, aquel apasionado sello de la gestación. Estaba sentado en una amplia tumbona, ocupando sólo una cuarta parte de ella, con las rodillas encogidas por debajo del chal. Al marcharse Bö, Softly se sentó en la otra tumbona, que no venía equipada con reposapiés. El compartimento no tenía más mobiliario, pero sí libros, manuscritos y correspondencia desperdigada por todos lados. Dent tenía el pelo castaño rojizo con un mechón rubio.

—Me considero a mí mismo el Comandante Abstracto Supremo.

—Me alegro de volver a verlo —dijo Softly—. Han pasado muchos años.

—Es un poco lameculos, ese Bö. Aun así, no hay mejor forma de crear una atmósfera de antigüedad depravada que tener a bordo a un eunuco.

—La primera vez que establecimos contacto por radio con su secretario de citas, usando, con permiso especial, el sistema de comunicaciones submarinas del Departamento de Defensa de Estados Unidos (un aparato interesante, por cierto, que utiliza la Tierra misma como reflector para rebotar ondas de radio hacia la ionosfera), nos dijo que ya no recibía usted visitas. De manera que le estoy especialmente agradecido por que hayamos podido concertar un encuentro.

—Me pasé décadas asediado —dijo Dent—. Ya casi nunca salimos a la superficie. Y casi nunca nos movemos. Jumulu criba todas las comunicaciones.

—Entonces, usted no tiene contacto personal con el mundo de fuera —dijo Softly.

—Conservo un apartado de correos en Terranova. Pero hace muchísimo tiempo que no emergemos allí. Todas estas cartas que hay tiradas por aquí son de hace cinco o diez años. Si a estas alturas todavía no las he contestado, sospecho que ya no lo voy a hacer. ¿Verdad?

—¿A qué se dedica usted para pasar el rato?

—A considerarme a mí mismo el Comandante Abstracto Supremo. A eso me dedico.

—Muy bien.

—También formulo ideas sobre temas diversos.

—Ya me lo parecía.

—Como sabe usted, se han referido a mí en no pocas ocasiones como el hombre más extraordinario del mundo. ¿A qué cree usted que se debe? ¿Acaso se debe a mis libros, mis discursos y mis innovaciones en terrenos tan y tan diversos? ¿Acaso se debe a que renuncié a mi ciudadanía doble a fin de hacerme apátrida? ¿Acaso se debe a que devolví mis títulos académicos, mis títulos honoríficos, mis medallas y mis placas? ¿Acaso se debe a que decidí repudiar a mis hijos, a mis nietos y a mis cátedras regias? ¿Acaso cree usted que se debe a que siempre he insistido en vernos a los seres humanos no como colección de razas y nacionalidades sino como grupo que comparte la misma clasificación taxonómica, la de entidad del planeta

Tierra? Está claro que las proclamaciones de grandeza que se agolpan en torno a mi nombre van más allá de todos esos factores y abarcan también la decisión vital que he tomado. Detenerme en la zona del océano sumida en la oscuridad perpetua. Habitar en un entorno compuesto casi exclusivamente de minúsculas criaturas ciegas y retrasadas mentales que palpitan en el limo. ¿Qué piensa usted, Softly?

—Que supongo que algo de razón tendrá.

—La verdadera grandeza siempre requiere un periodo de retirada total. Y el hecho de retirarse del todo apela a los instintos románticos de la gente. Pequeños organismos ciegos y parecidos a babosas. Es lo único que uno puede esperar encontrar aquí abajo. Hace demasiado frío y está demasiado oscuro para todo lo demás. Creo que eso explica en gran medida las proclamaciones de mi grandeza, y me gustaría recordarle que vienen hasta del último confín del mundo civilizado.

La voz de Dent tenía un tono algo sibilante, muy agudo, y parecía acelerarse a medida que se aproximaba al final de cada declaración, como si saliera de una transmisión tubular que él temiera que estuviera a punto de implosionar.

—¿Por qué ha venido usted, Softly? Vaya al grano. Tiene que haber venido usted por algo concreto.

—Estoy involucrado en un proyecto llamado Logicon. Estamos intentando diseñar un sistema totalmente lógico de discurso, con la idea de usarlo algún día como herramienta de comunicación celeste.

—¿Han drenado el sistema de significados?

—Lo estamos haciendo ahora mismo.

—¿Han establecido una serie estricta de reglas?

—Estamos trabajando en ello.

—¿Han tomado medidas para salvaguardar su sistema de notación de la vaguedad y la contradicción interna?

—Tengo confianza en que lo consigamos.

—¿Han diseñado algún sistema alternativo que ponga a prueba la consistencia del sistema original?

—Ahí está el problema —dijo Softly—. Por eso estoy aquí. Necesitamos incorporar un lenguaje metalógico en nuestra máquina controlada por ordenador. Nos ahorraremos una cantidad tremenda de tiempo y de esfuerzo si podemos operar con una fuente de inteligencia artificial que funcione a ambos niveles: Logicon y meta-Logicon. A lo largo de su carrera, usted ha tenido un gran éxito en la construcción de modelos, en el desarrollo de materiales nuevos, en el diseño avanzado y esas cosas. Este submarino es un ejemplo obvio.

—Soy demasiado viejo para ayudar con ese tema —dijo Dent—. Ciertamente paso tiempo todos los días dictando ideas que luego se mecanografían, se imprimen en privado en nuestra sala de ófset y se encuadernan en cuero. Pero mis ideas ya no tienen una naturaleza matemática, y llevan muchas décadas sin tenerla. He escrito mucho sobre el tema, pero *en la práctica* llevo desde que tenía veinte años sin trabajar con las matemáticas. Y su problema es esencialmente matemático. Necesitan a alguien que pueda poner en juego unos niveles enormes de creatividad.

—Tengo a Lown y a Bolin.

Dent bostezó y se estremeció al mismo tiempo.

—¿Y a quién más?

—Al compañero de galardón de usted, Terwilliger.

—Billy Twillig me mandó un papel / pidiendo que me casara con él. / Yo le dije que sí me casaría, / pero no con él.

—Bonito —dijo Softly.

—Él puede solucionar vuestro problema, ¿verdad?

—Se ha negado a cooperar. Ni siquiera quiere sentarse delante de la lámpara solar. Los demás se turnan. Todos menos él. Tal vez sea eso lo que lo ha deprimido. La falta de luz solar, real o

artificial. Hay una variedad de depresión que la gente sufre en las regiones septentrionales durante los meses sin sol. Se llama histeria polar. Tal vez sea eso lo que tiene.

—Seguramente no le guste compartir la atención, a ése. Conozco su trabajo. Original, sí, pero lleno de extravagancias. Esa clase de mente nunca tiene éxito cuando toca colaborar. Orgullo, arrogancia, vanidad, inseguridad. Son cosas que van juntas. Ego, inestabilidad, miedo en sí.

—¿No tiene consejos que darme, pues? Después de todos los preparativos que he hecho, además del viaje, la búsqueda, el descenso... Todo lo cual, excluyendo los preparativos, se tiene que repetir en la dirección contraria.

—Aritmetice —dijo Dent.

—¿Que aritmetice?

—El sistema tiene que reflejar el metasisistema. O viceversa. Sumínístrele a cada signo un entero.

—¿Un entero?

—Si su sistema de transmisión electromagnético es continuo, tiene que compensarlo con un mecanismo de estado discreto. Al fin y al cabo, Cauchy jugaba con grupos discretos y continuos. También era monárquico y daba dinero a los pobres.

—¿Por qué saca usted eso a colación?

—Equilibrio —dijo Dent—. Más no puedo hacer. Todo invento tiene un elemento de equilibrio. Más allá de eso no tengo nada que decir, salvo que los problemas son inevitables. Como muy bien saben, cuanto más consistente sea el sistema, menos probable será su consistencia.

—¿Quién le hace a usted los chales?

—Uso los servicios de un hombre de Sausalito.

—Tiene que darme su nombre —dijo Softly.

Dent le pidió que llamara al eunuco. Había un timbre en un panel cercano y Softly lo pulsó una vez, pensando que ojalá no se le hubiera ocurrido nunca hacer aquel viaje. Pronto llegó Bö con un orinal. Lo dejó en el suelo junto a la tumbona del viejo y salió del compartimento.

—Esto viene a ser un ensayo.

—Por supuesto —dijo Softly.

—Tengo un cálculo.

—¿Un cálculo?

—Una piedra. Un cálculo urinario. Una masa anormal en la vejiga. ¿Alguna vez ha eliminado usted una piedra?

—No.

—Nosotros ensayamos cada día. Preparándonos para el acontecimiento en sí. La eliminación de la piedra.

—Confío en que no sufra usted dolor.

Dio la impresión de que Dent estaba pensando en algo.

—La lógica se limita a rellenar los espacios en blanco —dijo por fin—. La técnica principal es la técnica matemática. Cierta, gran parte de las matemáticas resulta terriblemente cómica. Pero eso sólo contribuye a que creamos más en ellas.

—Mi preocupación inmediata son las metamatemáticas.

—Hilarante —dijo Dent.

—Una estructura lógica universal capaz de hablar de sí misma en términos metalógicos.

—Causa de júbilo extremo.

El casco soltó un fuerte crujido. Jumulu Nobo entró en el compartimento y comunicó que era hora de jugar a piedra, papel, tijera. Al viejo Dent le gustaba jugar en japonés. En cuanto Nobo, que tenía las manos detrás de la espalda, terminó de contar hasta tres, Dent sacó de debajo de su chal un puño cerrado. Nobo estiró al mismo tiempo el brazo derecho, con los dedos índice y corazón extendidos.

—*Ishi!*

—*Hasami!*

Hubo una breve pausa.

—La piedra rompe las tijeras —dijo Dent.

—Odio perder.

—Eso hace que mi placer sea todavía más intenso.

Nobo volvió a contar hasta tres.

—*Hasami!*

—*Kami!*

El casco crujió. Softly pensó en la presión inmensa que estaba soportando, en la capacidad de aplastamiento que tenía el mar a aquellas profundidades.

—Las tijeras cortan el papel —dijo Dent.

Softly pasó una hora mirándolos jugar. Por fin Dent hizo un gesto y se puso de pie. Nobo cogió el orinal y lo sostuvo debajo de la entrepierna del viejo, abriéndole el sencillo corchete de los pantalones de pijama con la mano que le quedaba libre. Pasó mucho rato.

—¿Se queda usted a cenar, Softly?

—Me temo que he de marcharme.

—Vamos a cenar tendón de la pierna —dijo Nobo—. Tremendamente popular en Oslo, Noruega.

—De verdad que tengo prisa —dijo Softly.

—Tendón, fauces y raigambre.

Bö lo llevó de vuelta a la escotilla de salida y abrió el cerrojo de seguridad. Por fin, ya a bordo del helicóptero, Softly se fijó en un carguero que tenían casi delante. Le pidió al piloto que se acercara para verlo más de cerca. Aquí y allí se veían marineros de cubierta, pero nadie que pareciera muy importante. Pese a todo, el nombre de la embarcación era fácil de leer porque estaba escrito en el casco con pintura fosforescente.

Goo Fou Maru

Sede marítima de

S. I. G. L. A. S.

Operamos más allá de los límites de 5, 20 y 80 kilómetros.

No estamos sometidos a los procedimientos
de registro internacional.

Se emprenderán medidas legales contra los intrusos.

Softly tenía su maletín a bordo del helicóptero, encontró dentro un antidepresivo y se lo tragó a toda prisa. Le dio un subidón bastante moderado, lo justo para mantenerlo estable hasta que llegara al entorno denso y ordenado del fondo de la gran excavación.

Vestido con ropa interior de una sola pieza y jersey, Maurice Wu se dedicó a frotar con jabón de espuma el reflector de cromo de su lámpara de carburo. A continuación hurgó en su kit de primeros auxilios en busca de un rollo de vendas, un torniquete, compresas de gasa estéril, monodosis de suero antirrábico y solución de ácido bórico. Vertió carburo de una lata de cuatro litros dentro de un contenedor pequeño de plástico. Guardó varias piezas de recambio para la lámpara en una bolsa impermeable todavía más pequeña. Como ya le había sacado brillo a su *wu-fu*, se lo volvió a colgar alrededor del cuello. Por fin se puso rodilleras, un mono de trabajo, calcetines altos, botas de escalada y guantes de algodón.

Billy salió de su cubículo.

En la unidad contigua, Mainwaring y Bolin estaban estudiando una serie de documentos que el primero había sacado de su maletín, donde aquellos papeles, entre otros, se encontraban archivados, clasificados y ordenados. Respecto a la organización en general, Bolin pensó en su propia tendencia a hacer listas. Lo mejor de hacer listas era la satisfacción que producía ir tachando cada elemento de la lista a medida que uno se ocupaba de ellos. En cualquier escala de gratificación humana, estaba seguro de que aquella sensación de placer, de tarea casi completada, ocupaba uno de los peldaños más bajos. Pese a todo, era una fuente constante de placer irreductible, aquello de tachar cosas.

Jean Venable pasó por encima del cable de un generador y se dirigió al sendero que había entre las hileras de cubículos. Vio que Billy salía de la unidad de primeros auxilios y lo acompañó de vuelta hasta su habitáculo.

—Espero que no estés enfermo.

—Sólo estaba mirando qué había ahí dentro. Tenía ganas de dar un paseo. A ver cómo va todo.

—¿Acaso empleas ciertos recursos de pérdida de tiempo para postergar el inicio de otra jornada laboral?

—No —dijo él.

—¿Y experimentas una sensación de decepción emocional cada vez que completas un teorema o algo parecido?

—Basta ya.

—Era simple curiosidad —dijo ella.

Advirtió que él solo ocupaba toda la habitación, de manera que se metió en la cama, con los mismos pantalones, camisa, ropa interior y calcetines que llevaba puestos la primera vez que había descendido al antro. Jean se puso a horcajadas sobre la mesilla de televisión que tenía que servirle al chico de escritorio.

—Venga, gandul, anímate.

—Claro.

—Por fin me ha venido —dijo ella—. Un momento de lucidez hermoso.

—¿El qué?

—Tarde o temprano siempre me doy cuenta de si hay algún problema. Esta vez me he dado cuenta de que el problema es muy básico. Y por fin lo he comprendido.

—¿Qué? —dijo él.

—Lúcido pero aterrador —dijo ella—. Mi libro.

—¿Qué pasa con él?

—Que lo estoy convirtiendo en ficción. El problema era que en la práctica yo no tenía libro. El libro no se me entregaba, si me disculpas el tono metafísico. Me salía todo muy forzado. Pero entonces me he dado cuenta de lo que quería hacer y ha sido aterrador. Ficción. Voy a escribir ficción.

—Pero ¿aterrador por qué?

—Porque no sé escribir ficción. Me lo voy a tener que inventar todo. Voy a tener que cambiarlo todo. El proyecto entero. Y la participación de la gente en él. Todo. Los sonidos, los olores y el tacto. El aspecto de las cosas y la esencia de las cosas.

—¿Por qué los olores?

—Tengo planeado establecer una serie de normas estrictas y cumplirlas. Leer mi libro será un juego con normas específicas que habrá que aprender. Soy libre de inventarme las normas que quiera, siempre y cuando haya una firmeza y una coherencia internas, ¿verdad? Es como las matemáticas, si me perdonas la comparación. A ver..., ¿qué más? No le cuentes a nadie que hemos tenido esta conversación. Quería acordarme de decírtelo.

—No lo haré.

—No digas nada.

—No diré nada.

—Como se entere Rob, me saca de aquí a patadas. Y quiero quedarme un poco más. Necesito obtener información técnica de Edna y de Lester. Necesito averiguar si realmente pueden hacer lo que se han propuesto hacer. Necesito descubrir cómo es ese tipo, ese tal Mainwaring. Y, entretanto, me dedicaré en secreto a escribir, a hacer planes y a conspirar.

—Cuando Rob vea que no recibe el libro que él cree que va a recibir, no quiero estar presente.

—Supongo que no es culpa suya. Todas estas rabietas y ataques de insultos y cosas parecidas que le dan. Supongo que si a mí me hubieran criado bajo las mismas circunstancias, no sólo me mostraría temperamental y hostil a veces, sino que probablemente sería del mismo tamaño que él. A fin de cuentas, el tamaño lo es todo, ¿no te parece?

—¿Criado bajo qué circunstancias?

—De abandono emocional completo —dijo ella—. A Rob lo abandonaron sus padres y se crio en una inclusa. De acuerdo con los registros que más tarde desenterraría y examinaría, por entonces carecía de anormalidades orgánicas. Pero es que lo dejaban horas enteras en un cuartucho, a oscuras y desatendido. Te hablo de periodos largos de tiempo. Contrajo insomnio.

Luego empezó a caer en estados prolongados de sueño. Aquello inhibió sus hormonas del crecimiento, con unos resultados que saltan a la vista.

—Eso no explica por qué le duele caminar.

—Sobre esa cuestión tengo un par de cosas que decir. Su privación emocional le produjo también toda clase de infecciones respiratorias carentes de explicación, así como una disminución pronunciada del tono muscular. Eso podría explicar el problema de sus caderas.

—¿Y qué más?

—Podría estar haciendo teatro —dijo ella.

Billy quitó una pelusa de la sábana y sopló de tal manera que le salió volando de los dedos y cayó en otra parte de la misma sábana.

—¿Por qué iba a querer hacer teatro?

—Tal vez quiera dar lástima. Tal vez piense que eso le ayudará a conservar el mando. A veces la gente adorna sus enfermedades a fin de causar un efecto específico. Tal vez piense que el tamaño infantil en sí lo va a convertir en figura cómica. Y se siente obligado a buscar un tono trágico, a obtener un tipo más complejo de atención.

—En todo caso, ésa no es la única historia que he oído sobre la enfermedad de Rob. Lester Bolin dijo que se la había provocado cierto desequilibrio en el útero de su madre, que las sustancias químicas de allí dentro no se mezclaban bien.

—Yo de su vida uterina no sé nada —dijo Jean.

—Y luego Maurice Wu me contó que Rob había nacido en China y que allí había cogido una cosa llamada enfermedad del gnomo porque el agua no tenía minerales. De manera que ya he pasado antes por esto.

—Todo lo que te he dicho yo lo sé por Rob. Salvo lo de que sus caderas dislocadas es teatro, claro.

—Que no es más que una suposición.

—Cuando estamos en la cama no parece tenerlas dislocadas —dijo ella.

MÁS SOBRE LOS MURCIÉLAGOS

A todo el mundo le impresionó el resplandor de confianza que se le leía a Mainwaring en la cara. Ahora se desplazaba por el antro llevando a todas partes un maletín lleno de documentos que respaldaban los que él denominaba continuamente «sus últimos descubrimientos».

—Fue Gauss quien obtuvo una prueba del teorema binómico en el que n es un número entero negativo —dijo—. No es mi intención invadir el área de competencia de nadie, pero me da la impresión de que ese n puede ser un elemento de importancia vital en el esquema actual de las cosas.

—¿Y eso por qué? —dijo Bolin.

—Como bien sabes, el universo físico tiende a ofrecer un ámbito para el uso de ideas matemáticas totalmente abstractas, después de que dichas ideas se desarrollen. Pasa todo el tiempo. A menudo se descubre que hay cosas que de entrada sólo parece que valga la pena conservar por su belleza, pero que en realidad tienen una aplicación directa en el mundo de la materia, la energía y los procesos vitales. Así pues, si la relatividad mogujérica es válida, puede que hayamos descubierto que el concepto de número indefinido de dimensiones es algo más que una noción puramente abstracta de las matemáticas de inspiración gaussiana. En estos momentos, la dimensión del valor oscuro todavía es teoría pura. Lo que estamos haciendo en Técnicas Cósmicas, que es donde yo trabajo, pasa por intentar identificar un mogujero en sí. De acuerdo con el propio Mohole, existe un número n de mogujeros.

—Me gustaría saber más del tema.

—Si estás seguro de que no estoy invadiendo a nadie... —dijo Mainwaring.

—Continúa, por favor.

—Mi padre era matemático, ¿sabes? De forma que siento cierta afinidad lejana.

—Mi padre diseñaba juguetes de guerra —dijo Bolin.

—En la actualidad nos dedicamos a la silfidización. De acuerdo con la teoría de Mohole, allí donde hay compuestos silfidizantes exo-iónicos hay mogujeros. Por eso decimos que los mogujeros están silfidizados en el espacio-tiempo. Y lo que estamos intentando es identificar zonas del espacio donde las partículas atrapadas por los mogujeros, las emisiones de rayos X y esas cosas, sean absorbidas por los compuestos silfidizantes. En un mapa topográfico, esa zona adoptaría la forma de un agujero de absorción.

Wu hurgó en su mochila en busca de una paleta, una lupa de bolsillo, un explorador dental, un cepillo de cerdas suaves y finas, hilo de nailon, una escalerilla de cuerdas, un silbato, comida deshidratada, un tramo largo de cuerda de cáñamo, velas, una brújula, el kit de primeros auxilios, el contenedor donde estaba el carburo extra y la bolsa de las piezas de recambio de la lámpara de carburo. Dejó la mochila encima de su saco de dormir y cruzó el sendero para visitar a Billy.

—Te veo en un rato.

—No me diga usted que no le da miedo subir.

—Tal vez un poco.

—Y caminar por en medio de esa cosa.

—El guano.

—Creo que tiene usted miedo.

—Miedo del tipo correcto.

—Cueva-de-murcielagosis.

—¿Quieres venir conmigo? —dijo Wu.

—No pienso ceder.

—Pues te veo en un rato.

—¿Alguna vez ha visto usted nacer a un murciélago?

—No —dijo Wu—. Pero nacen más o menos igual que nosotros. Y supongo que si le añades al momento emociones no murcielaguiles, resulta igual de feliz que un nacimiento humano, y también igual de triste. —Y pensó que la oscuridad posee ciertos vestigios de luz, la ocultación del Sol por influencia del yin, y que había cierta unidad en aquella ocultación. Había examinado las inscripciones astronómicas de unos huesos oraculares chinos de la antigüedad. Había escrito

un breve estudio de la relación entre las matemáticas y la adivinación del futuro («las técnicas del destino») en la China antigua. Había realizado una gira por los templos cavernarios de la dinastía Wei del Norte. Había investigado la historia de China y había intentado analizar los ritmos intrínsecos de su idioma y de su carácter. Había aprendido el idioma en sí. Había pasado largos periodos de tiempo en el territorio en sí. Con todo esto confiaba en obtener una mera sensación feudal de seguridad. No buscaba la identificación del yo, esa respuesta centralizada a la diferenciación de uno mismo, sino más bien la comunidad, y ahí volvía a aparecer: la posesión común, el «esto» que incluye una medida del «aquello», ese número uno (aunque sea negativo y esté impreso en negro, tal como hicieron los algebristas de Sung) que busca un equilibrio perfecto, una fuerza con forma de sol, positiva y complementaria, con la que entrelazarse. Lo que él le pedía a aquella China microscópica que tenía en la mente era una afirmación del hecho de que no estaba solo.

—¿Por qué triste? —dijo Billy.

—Todo nacimiento de un niño equivale a la muerte de un feto. Esta experiencia se recrea durante todas nuestras vidas. Deséame suerte.

Aritmetiza, pensó Softly, medio histérico.

Lown estaba en su cubículo conversando en voz baja con Bolin. Llevaba los cordones de las botas desatados, y el cigarrillo que estaba intentando fumarse se le apagaba todo el tiempo. Lester iba vestido con una combinación de pijama y ropa de golf.

—¿Podría ser al revés?

—Todo podría ser al revés.

—Y probablemente lo sea —dijo ella.

—Ahí está el problema.

—Sigue, pues.

—En cualquier caso —dijo Bolin—, él explicaba que el modelo de universo que postula Mohole es un twillígono estrellado con un agujero de n fondos.

—Ya veo.

—También lo llama mogujero terminal.

—A mí me suena ridículo.

—No le quise decir nada.

—Infantil.

—Eso pensé yo —dijo—. Se me ocurrió exactamente lo mismo.

—Lo cual no quiere decir que no sea válido.

—Exacto.

—Supongo que a Mainwaring las matemáticas le resultarán igual de infantiles —dijo ella—. Cuando los dos sabemos que no existe nada más válido.

—Mejor habla en voz baja, Edna.

—Continúa, pues.

—En cualquier caso —dijo Bolin—, al parecer todo viene de una serie de fuerzas que se crearon durante la primera fracción de segundo después del Big Bang.

—Del Big Bang —dijo ella.

—Debido a que la Estrella de Ratner se encuentra dentro de lo que sospechamos que es un mogujero, que si lo he entendido bien es una mera fracción de la dimensión del valor oscuro, lo cual quiere decir que carece de área espacial y carece de tiempo, se pensaba que la señal captada por el telescopio de síntesis se originaba en la Estrella de Ratner. Pero no era así.

—Esa parte ya la sé.

—Era simplemente que el mogujero había atrapado la señal y la había mandado en nuestra dirección. La Estrella de Ratner es una enana binaria. No podría sustentar a ningún planeta de envergadura.

—Una enana binaria —dijo ella.

—Mainwaring y su gente están intentando identificar un mogujero genuino, al mismo tiempo que intentan encontrar el origen verdadero del que proviene la señal.

—Sí.

—En la teoría mogujérica hay implícitos acontecimientos cósmicos impredecibles.

—Sí —dijo ella.

—Si existen los mogujeros, lo más seguro es que dentro de ellos las leyes físicas cambien, dependiendo del observador, de dónde esté, de si se está moviendo o está en reposo, o de su velocidad en caso de moverse.

—Ya veo.

—Los mogujeros tienen poco o nada que ver con los agujeros negros. Los mogujeros forman parte de la textura innata del espacio. No son ni singularidades ni objetos colapsados ni fosos de gravedad. Son simplemente lo que hay ahí fuera, y su número es n .

—Agujeros negros —dijo ella.

—Según los últimos análisis, es imposible hablar de mogujeros. Lo que estamos haciendo en realidad es imponer nuestros propios límites conceptuales sobre un objeto que se resiste a ser incluido dentro de las fronteras de nuestro conocimiento presente. Estamos intentando sacarle peras al *olmo*. Estamos evitando abordar la cuestión. Estamos parlotando para reconfortarnos. Y esto lo hacemos, dice Mainwaring citando a Mohole, sólo para no volvernos locos.

LESTER LO VUELVE A INTENTAR

Sentado a su mesa, Softly se encontraba sumido en un estado de intensa excitación. Le estaban pasando cosas raras al tejido de la zona posterior de su cerebro. No paraba de introducir lápices en su sacapuntas a pilas, mientras pensaba que por lo menos el intervalo vivido a bordo del submarino le había ayudado a apreciar de nuevo la atmósfera de dedicación que se vivía en el antro. Todo estaba empezando a encajar. Wu tendría tiempo, mientras fabricaba a oscuras el artefacto, para seguir desarrollando su teoría contralógica de la evolución humana. Mainwaring parecía ser una combinación viviente de eficiencia, calma y seguridad en sí mismo; estaba claro que sus sondeos eran correctos. Puede que hasta le apeteciera probar un poco de intensificador sintético, por una pura cuestión de amistad y concordia. Lown y Bolin avanzaban a buen ritmo, más o menos, y únicamente les faltaban aquellas agallas en estado bruto de las que hacía gala la metodología de Terwilliger, una circunstancia que tal vez a aquellas alturas ya se hubiera rectificado, confiaba en confiar que confiaba. Lo que el chico tenía que superar era el dolor, el miedo, el riesgo que entrañaba ser lógico. En algún momento podía ser divertido e instructivo investigar con él el desarrollo histórico de la palabra *chico*. Hacerle consciente de la suavidad con que se lo trataba allí. Buey, piel de buey, pensó. Collar, truhán, sirviente. También estaba Jean. El libro de Jean encajaba. El libro de Jean detallaría los ingredientes de su triunfo, al mismo tiempo que evitaría hacer referencia a lo que de veras sucedía. De forma que estaba claro que el libro de Jean encajaba, por no mencionar a la propia Jean, congelada en tonos plateados a la luz de las velas, agradable al olfato, poco proclive al enfado, una experiencia tranquilizadora de criatura, con una distinción sideral en la nalga izquierda, lo interprete yo como lo interprete, cómodo entre las regatas de sus piernas envolventes. Las mujeres dan lo mejor de sí mismas cuando están C oprimidas C desnudas. Por supuesto, esta clase de estructura ideacional tan elegante depende al final de un lenguaje matemático técnicamente preciso.

Aplastábamos trozos de tiza con las culatas de nuestras armas de fuego de madera, esas que tenían un clavo y una goma elástica y con las que podías dispararle pedazos de linóleo al que tenías al lado. A continuación llenábamos calcetines de tiza triturada y nos pegábamos los unos a los otros en la espalda. Y decíamos: «¡Halloween! ¡Halloween!».

Aquí es donde encajan los zorgs, su tecnicismo, su exactitud, las matemáticas, el lenguaje. Reglas estrictas, pensó Billy, sintiéndose cansado y sin energía, mirando cómo Lester Bolin entraba en el cubículo, acercaba la silla al camastro y le extendía una hoja de papel en dirección a la cara. Él la cogió y se la quedó mirando mientras Lester aguardaba su reacción. Billy, sin embargo, no reaccionó, y al cabo de un rato Lester se levantó y se marchó. Lo más extraño fue que, mientras observaba la página, Billy tuvo plena conciencia de la belleza del Logicon, o por lo menos del potencial de belleza que se percibía en la pulcritud casi surrealista de su ideografía: nada innecesario, nada escondido, la noción de lo que él consideraba instintivamente su «formalismo chino extremo», ese dibujo mecánico que *es* la máquina.

(e)...X' ...x' ...) (x): y-y'

(d) n(x') "0"... II (n)x' wf

(c) Fx * dG(y,) * S.b(u, numX *)

Salió de la cama, quitó la manta del camastro y la echó sobre la mesilla del televisor. Luego se metió debajo, encajándose entre sus patas de plástico e igualando a continuación los bordes de la manta, de forma que cubriera por completo tanto la mesa como a la persona que había debajo. Se sentía ridículo pero decidido. La ridiculez del gesto únicamente contribuyó a reforzar su determinación. Pensó en una característica suya: cada vez que la gente esperaba de él que le gustara algo, a él bien no le gustaba o bien escondía el hecho de que le gustaba. Suponía que no quería que los demás conocieran sus sentimientos por adelantado. Pero, en aquel caso, el problema no eran sus sentimientos, ni tampoco que algo le gustara o le dejara de gustar. La verdad era que no sabía cuál era el problema, y estaba seguro de que nadie se lo podría decir. Lo único que sabía era que al cabo de un rato muy corto ya no se sentía ridículo.

¡RESPIRA! ¡BRILLA! ¡VERBALIZA! ¡MUERE!

La mochila de Wu tenía escritas con plantilla las iniciales MXW. Llenó una cantimplora con el agua de otra cantimplora más grande. Se volvió a atar los cordones de las botas. Ya estaba

empezando a enrollar su saco de dormir cuando entró en su habitáculo Softly, seguido de Mainwaring, Bolin y Lown. A Lester le cambió la mirada (Mainwaring lo vio) mientras contemplaba el cubículo de Wu. Para empezar, no había sillas. Tampoco había camastro. Ni siquiera había escritorio ni señal alguna de equipaje. Wu arrastró la mochila a un rincón y se sentó encima de ella.

—Antes de que te marches —dijo Softly—. Me gustaría que pusieras a esta gente al día.

—Claro —dijo Wu—. ¿Al día de qué?

—De los acontecimientos.

—¿Te refieres a los acontecimientos del trabajo de campo?

—Del trabajo de campo y posteriores —dijo Softly—. Esta gente no sabe nada del tema. Hay que ponerles al día.

—Pues mirad —dijo Wu—. Estábamos en Sangkan Ho, bajo el auspicio de la Sodalidad de la Ciencia Chino-Estadounidense. De pronto nos pareció que topábamos con un fenómeno inusual. Pasado cierto punto, cuanto más hondo cavábamos, más complejos se volvían los tipos de herramientas y la cultura en general. Pasado cierto punto, digo. Hasta que llegamos a aquel punto, todo era normal. Pero pasado aquel punto encontramos un aumento progresivo de la complejidad.

—Interesante —dijo Mainwaring.

—Todo lo que encontramos se analizó meticulosamente. Los métodos de confirmación óptica están muy avanzados. Y no prevemos ni la más mínima controversia acerca de nuestras técnicas de fechado ni nada parecido. La controversia que podamos provocar será una de esas de base cultural que no cuestionan los hallazgos, sino sólo las implicaciones de los hallazgos. Un simple caso de gente incapaz de aceptar las verdades revolucionarias.

—Es de esperar —dijo Lown.

—No tenemos prisa por publicar —dijo Wu—. Queda mucho por hacer. Cuando Rob ya no necesite mis servicios, volveré al trabajo de campo. Hasta que dejé el trabajo de campo y me vine aquí, no fui consciente de la magnitud de lo que había descubierto sobre el terreno.

—Hombres más avanzados cuanto más profundo cavábamos —dijo Softly.

—Encantador —dijo Bolin.

Alguien había escrito a lápiz de color el número dieciocho en la superficie inferior de la mesilla del televisor. Para leer la palabra, Billy se vio obligado a girar las pupilas hacia arriba. La manta olía a tráfico rancio, a la verdad corroborante que un laboratorio de onanistas investigadores podría producir en su embates metódicos y en su búsqueda desesperada de imágenes. Su cuerpo llenaba el espacio entre las paredes de manta. Jamás había sido tan consciente de sí mismo como individuo biológico. Olía, sudaba y estaba dolorido. Entre él y su idea de sí mismo había una zona de silencio total. ¿Qué pasaría si ese espacio pudiera llenarse con algún aspecto de aquel conjunto colectivo de rasgos que le permitía calificarse a sí mismo de entidad persistente? Se metió las manos debajo de la camisa y se frotó el pecho y el vientre. Estaba creciendo y envejeciendo. Que el testículo izquierdo le colgara más ahora, por natural que fuera, le parecía un presagio de que estaba a punto de manifestarse alguna disfunción enorme. Sentía que la muerte era todo menos carente de sentido. De cierta manera que él no podía explicar con palabras, parecía ser un acontecimiento perfectamente razonable. Una conclusión lógica, dicho rápidamente. Sin embargo, cuando pensaba en el tema, cuando se preparaba (por decirlo de alguna forma) para escapar de ella, parecía llevarse a sí mismo a una serie de estados mentales imposibles de expresar. Se trataba de estados que no eran tan lúgubres como simplemente negativos, carentes de algún elemento fundamental. Le daba la impresión de que había alguna cosa en medio o más allá, algo que él no podía explicar, entre sí mismo y la idea que tenía de sí mismo, que estaba más allá de la invención mental negativa; y lo único que él sabía de aquel «algo» era que tenía el efecto de imponer un silencio. Sus ideas sobre la cuestión no llegaban más allá. Tampoco tenían adónde ir, creía él. Al cabo de un rato empezó a sentirse más cómodo en la ubicación que había elegido para su vida y su pensamiento.

Gúgolplex y glosolalia.

Jean estaba sola en su habitación, en la cama, trabajando con hilo y aguja. Antes había escrito una serie de páginas y ahora estaba intentando enfrascarse en pensamientos de un signo distinto. Remendaba esto y aquello. Cortaba el hilo con los dientes. Balbuceaba instrucciones para sí misma, sin mucho éxito. Es decir, los resultados carecían de éxito: botones colgantes y costuras mal remendadas; los balbuceos en sí eran bastante impecables. A fin de cuentas, el culto al cuerpo siempre acaba en fascismo. Al cuerpo y a la armadura del cuerpo. Lo que la había sorprendido durante el tiempo relativamente breve que había pasado sentada ante la máquina de escribir era la correlación tan directa que existía entre la escritura y la memoria. Una escritura que, en aquel caso, era de tipo no periodístico. La memoria no era sólo la facultad de recordar, sino también la capacidad de invocar la densidad de la experiencia pasada. La autora de *El libro de cocina en jerigonza* (tal y como a veces se consideraba a sí misma) nunca había sido plenamente consciente del grado de concentración que era capaz de alcanzar por medio del simple hecho de observar las teclas de una máquina de escribir y pulsar de vez en cuando una o más de ellas. La escritura es memoria, pensó, y la memoria es el yo ficticio, esa ceniza que espera a ser removida con un palo puntiagudo. Ella no creía que el libro que estaba decidida a escribir incluyera muchas de sus experiencias personales pasadas, por lo menos no las que ocurrían en el especial clima tembloroso en el que había estado sumida. Pese a todo, la memoria era capaz de conferir los matices y el esqueleto necesarios para construir a gente de ficción. Como ella también había sido personaje de una novela ajena, ahora intentó anticiparse a la naturaleza de los reflejos sucesivos que tal vez tuviera que afrontar. Se sentó en la cama y se puso a mezclar juguetonamente las palabras «miedo ensí miedo en sí miedo en sí» con las instrucciones que iba murmurando en relación con las agujas, los hilos y los pensamientos de signo distinto.

Billy oyó que alguien entraba en su cubículo. Era alguien bastante pesado, así que seguro que era Bolin. Wu daba unas zancadas largas como brincos. Rob renqueaba. Edna Lown arrastraba sus pies enfundados en botas safari. ¿Mainwaring? Billy no sabía cómo caminaba Mainwaring, pero en cualquier caso apostaba por Lester, no sólo por el peso que transmitían aquellos pasos sino también por los ruidos que los acompañaron: un ruido de papel crujiendo dentro de la mano de alguien y, casi seguro, el ruido de un papel aterrizando sobre su camastro, una sola hoja, pensó Softly, en chino beatífico, es encantador cómo mi Lestercito puede hacer todo esto con una vieja máquina de escribir portátil Royal, pintoresco como un bebé que vomita en alguna llanura lejana, ojalá el objeto de nuestro común amor parpadee para indicar que está dispuesto a jugar.

ME QUEDO SIN ALIENTO

Cuando todo quedó nuevamente en silencio, el chico salió de debajo de la mesa del televisor y, sin echar un vistazo ni a la cama ni al papel que había sobre ella, se alejó por el estrecho sendero de arcilla y grava que llevaba al tramo de barrera más cercano a su habitáculo, donde encontró, entre las rocas, los cajones y los bidones de petróleo, un trozo enorme de lona pesada que intentó como pudo extraer de un montón de escombros y que por fin consiguió llevarse a rastras hasta el cubo uno. A continuación dedicó un momento a descansar, a recobrar el aliento, antes de subirse a la silla y pasar los bordes de la lona, si es que era una lona, por encima de los bordes superiores de las mamparas de su cubículo, bajándose de la silla varias veces para desplazarla a emplazamientos nuevos, hasta que la colocación tocó a su fin, hora de descansar y de reajustar, y le quedó un techado de lona con la bastante tela sobrante como para taparlo todo salvo unos cuantos centímetros de la parte baja de la entrada, su casa inmóvil, todo ello sin renunciar a la mesa cubierta por la manta, oh, no, allá vamos, a meternos debajo, la figura reclusa en la zona escondida del recinto cerrado.

Teníamos la costumbre de llamar a los timbres de la gente y salir corriendo, cruzando la calle en zigzag, edificio a edificio, encajando mondadientes rotos en los resquicios de los timbres de la gente que nos caía mal o que pensábamos que seguramente nos mataría si pudiera. En la lavandería china, el viejo tenía un hacha debajo del mostrador, y lo que solíamos hacer era elegir a uno de nosotros para que se plantara en su puerta y le hiciera gestos con la mano como de cortar carne, hasta que el viejo metía la mano bajo el mostrador, y entonces ya te podías escapar, pero no sin antes gritar al interior de la tienda: «¡Halloween! ¡Halloween!».

Le producía un placer excesivo el avance de su fiebre, se regodeaba en el olor sin precedentes de su sudor, un hedor químico que lo movía a atribuirle a su cuerpo un poder tóxico mayor del que creía que poseía. Su ropa estaba empapada y emitía un hedor propio, igual que la manta que lo envolvía y que la lona que había más allá. Alternaba entre escalofríos y periodos de calidez incipiente, con el cuerpo a la merced de aquellas fluctuaciones y su mente «dormida» en los elementos formales, en la angulosidad y la curvatura. Alucinaciones saludables. Casco de minero con lámpara de carburo incorporada. Depósitos de flema en sus pulmones o en algún lugar. Perseveraciones. Escupitajos en el polvo. Pensar en murciélagos. Repetir una frase hecha. Existían pocas cosas más agradablemente asquerosas, pensó, que mirar cómo su propia saliva caía sobre el polvo, medio temblando y mezclándose con fragmentos de tierra, una cucharadita de saliva. Se encogió más, con la cabeza entre las rodillas y las manos apoyadas en el suelo de tierra, contento con sus subcálculos, con los efluvios de su cuerpo entumecido, con el brillo de su salivazo, con las imágenes persistentes de la forma pura, con la sensación de que se estaba sacando a sí mismo de alguna clase de patrón sistemático.

Wu se puso el casco de minero con lámpara. Al otro lado del sendero, Mainwaring se reclinó en su silla giratoria, con las piernas cruzadas y apoyadas en un pequeño archivador. Tenía el paraguas y la maleta en un rincón. El maletín tirado de costado en medio de su camastro. Esto no se demorará, pensó. Esto se gestionará con rapidez. Para lo que son esta clase de proyectos, éste promete ser muy elegante. También promete prestarse a una ejecución de lo más veloz, en todos los frentes. Prontitud, rapidez eficiente y celeridad generalizada. Debe de ser el antro el que me produce esta sensación. La compulsión de generar unos resultados acordes a los estándares. La convergencia de una serie de ideas en un punto único. A eso sin duda está apuntando Rob. A aproximarse al mismo punto desde direcciones distintas. A apuntar a una conclusión, resultado o balance definitivo. Y esta mujer aquí plantada, diciéndome que le ha dado permiso «nuestro amigo Rob», si a mí me parece bien, para entrevistarme acerca de mi área particular de competencia. Ahí va el señor Wu.

—Siéntese.

—Seguramente lo han avisado de que había una escritora al acecho.

—Supongo que no hace falta que me disculpe por mi alojamiento.

—¿Qué rol juega usted en el proyecto Logicon?

—Estoy relacionado con una empresa llamada Técnicas Cósmicas. Estamos en pleno proceso de desarrollar un cuantificador de ecolocación, en espera de la patente, y creemos y esperamos y confiamos en que ese aparato nos ayude a localizar la parte del universo donde se originaron las señales artificiales. Al mismo tiempo, estamos intentando identificar un mogujero, que es algo que no se había intentado nunca.

—Hablando más despacio, ¿podría usted describir ese cuantificador con detalle?

—Es información confidencial.

—¿Cómo planean ustedes identificar ese mogujero?

—Sin ponernos demasiado técnicos, yo le diría que los últimos descubrimientos tienden a apoyar la teoría de que, allí donde hay mogujeros, podemos esperar que aparezca un rastro de compuestos silfidizantes exo-iónicos, y viceversa. Por medio de un mapa de la galaxia muy elaborado generado por ordenador, y usando observaciones hechas por el telescopio de síntesis que tenemos aquí y mandadas a nuestras instalaciones de Canadá, me refiero a las instalaciones de Técnicas Cósmicas, ya estamos listos, dispuestos y capacitados para silfidizar; es decir, para localizar agujeros de absorción, o bien lugares del espacio en los que el polvo, los gases, los detritos cósmicos y la información electromagnética estén siendo absorbidos por los compuestos silfidizantes, tal como le expliqué al señor Bolin, que creo que es un hombre agradable y muy capaz.

—Si yo tuviera que explicar en palabras qué es un mogujero, ¿cómo podría hacerlo?

—Tendría usted un problema —dijo Mainwaring.

Esta mujer que está aquí sentada intentando duplicar todo lo que digo —siempre resulta bastante pasmoso encontrar a alguien que valora los datos lo bastante como para intentar transcribirlos con fidelidad—, esta mujer aquí sentada tiene la mitad de mi edad. Me han fotografiado media docena de veces para la prensa. Me han entrevistado para tal o cual publicación en más de una veintena de ocasiones. Me han llamado por teléfono para preguntarme mi opinión sobre los hallazgos más recientes, vamos a ver... tal vez una docena de veces. Pertenezco a ésta, ésta, ésta, ésta, y esta organización. He ganado ese premio, ése, ése, ése y ése. Soy propietario de diecinueve camisas de vestir.

t. Los códigos del lenguaje que contiene el habla infantil son los secretos últimos de la infancia.

u. ¿Acaso es una bobada decir que el lenguaje solamente tiene un límite y que éste se cruza, en la dirección incorrecta, cuando al niño se le enseña a usar las palabras?

v. ¿Acaso esto quiere decir que descomponer el lenguaje en sus elementos básicos equivale a inventar, no sus proposiciones elementales, sino el balbuceo?

w. ¿Acaso el habla infantil es una forma de discurso *sobre* el lenguaje? Parece innegable que la respuesta es afirmativa.

x. Siento la tentación de decir: el balbuceo es metalenguaje.

Edna Lown estaba empezando a pensar en aquellos apuntes como en una subprofesión, otra existencia críptica en un sistema de relaciones alternativo. Pues ¿no resulta desconcertante el hecho de que esté empezando a esperar con ganas el momento de tomar estas notas, a buscar tiempo para ellas, dejando de lado cosas más inmediatas, y encajándolas a hurtadillas en un horario que se supone que es inflexible? El antro estaba en silencio. Lester Bolin se encontraba entre dos ciclos de ronquidos y no se oía nada más que las medidas claras y tenues de agua que fluían a lo lejos. Edna no tenía razón alguna para considerar sus apuntes una ocupación secreta, pero era así como los consideraba, y a menudo pensaba en ellos mientras emprendía otras tareas o conversaba con Lester y Rob. Es como algo que tengo detrás de una puerta cerrada, pensaba. Como una cama, pensaba. Como reunirse con alguien detrás de una puerta cerrada, un hombre o una mujer (¿o una mujer?) a quien no conoce nadie de quienes me conocen a mí. Empezar esos encuentros entre actividades programadas. No cambiar nunca las sábanas de la cama que se esconde detrás de la puerta. No conocer apenas a esa persona a quien no conocen quienes me conocen a mí. Ser en este sentido testigo de mi propia aventura. Desbarrando, pensó. Estoy desbarrando de mala manera. Algo que ella no hacía casi nunca en el escenario extremo de la excavación. Varias rocas de gran tamaño cayeron rebotando por la ladera y se estrellaron (a juzgar por el ruido) contra un robusto grupo de bidones de petróleo. Sí, me encanta este sitio.

y. Afirmar que las cosas encajan de forma retroactiva es un argumento simplista que pretende hacer hincapié en las dificultades que entraña tanto el hacer observaciones como el llevar a cabo experimentos.

z. ¿Acaso esto es cierto siempre?

a. Creemos saber que la intuición que tiene un niño de la geometría invierte limpiamente la secuencia de progresos históricos de esa disciplina. Empezando por las relaciones espaciales invariantes, el niño accede a las estructuras cerradas y abiertas, a las propiedades de las figuras extendidas por el espacio; a los elementos del punto, la línea y el plano.

b. Para un geómetra, esto es un desarrollo regresivo, o sea, la historia puesta del revés.

c. El niño sabe estas cosas antes de conocer las palabras.

d. Puede ser importante buscar conexiones.

e. Puede ser importante preguntarse si la geometría cotidiana del niño, esa comprensión de ciertos principios del espacio y la secuencia, le confiere automáticamente al balbuceo infantil un elemento de sofisticación mística.

f. Por otro lado, puede que estemos volviendo a los argumentos simplistas.

g. Lo que permanece en la superficie y sin examinar, a menudo es «curado» por la obsesión. Por supuesto, esto también sugiere que las cosas están del revés.

h. Fragmentación.

i. Dispersión forzada de una idea fija.

j. ¿Acaso la dispersión de los fragmentos de una obsesión científica refleja el estado físico y mental de una persona que busca curarse de los argumentos simplistas?

k. Matemáticas.

l. Euler, medio ciego, paseando frente a su pizarra. Lagrange, en pleno abatimiento, cavilando sobre las lagunas de su arte.

Softly nunca había echado un vistazo a su propio semen. No consideraba que aquel fluido fuera principalmente un medio de transporte, sino más bien una secreción defensiva del cuerpo, una reacción (quizá) al peligro o al exceso de estrés. Pero ¿de dónde venía aquel peligro? ¿Del estrés excesivo del acto sexual? No se formulaba aquellas preguntas en voz alta, ni tampoco examinaba las razones de que aquella secreción pudiera ser defensiva. Odiaba sentir el semen en sus muslos o en la sábana que tenía debajo, aquella deprimente mancha húmeda, aquella resistencia adhesiva a las posibilidades del flujo, con su pegajosidad sintética y fría. Diluyéndose en centímetros cúbicos. Acercándose a la apariencia de algo transparente. Combustible de azúcar en ese plasma para despertar a mi esperma de su estado de inactividad. Para mantener su fertilidad. Para estimular su movimiento hacia el interior del aparato femenino. Pero ¿estoy seguro de que hay esperma en mi eyaculación? Tres en raya. Contar ovejas. Rayuela. Cibernética. La razón exacta de que evitara mirar su propio semen era otra cuestión que no formulaba en voz alta. Era una imagen que quería evitar, simplemente. ¿Qué podías decir de tu semen y por qué odiabas su tacto y por qué evitabas mirarlo? No era un tema susceptible de ser impulsado hacia ninguna idea completa. Eso pensaba Softly, el mismo Softly (perfectamente consciente de la ironía de todo aquello) que creía en el concepto saludablemente promocional de que el sexo no es lo que haces sino lo que eres. Aquello convertía el fluido en cuestión en un tema ambiguo en el mejor de los casos.

Dejó a Jean (mascullando) tumbada boca abajo y cogió el ascensor que descendía al fondo del antro; muy bien amada Jean (tumbada boca abajo), señalada por la amenaza incidental de aquel amor, por el embate risueño de Softly; buena suerte a los brazos y piernas de ella, físicamente algo flácidos, pensó él, desprovistos de todo el propósito y celo de los que ella solía hacer gala, de aquella fuerza expresiva por medio de la cual el cuerpo de ella exploraba un ideal silencioso de ausencia de espacio, frotándose ahora con las sábanas para quitarse el frío y limpiarse fatigadamente el semen nervioso de él de aquella parte del bajo vientre que le picaba. Softly fue directo del ascensor al cubículo de la tosca ducha que había cerca de la barrera. Allí se desvistió, evitando mirarse el centro del cuerpo, y se colocó con terrible brusquedad bajo lo que resultó ser un simple hilillo de agua helada, suficiente en cualquier caso para refrescarse las axilas, la entrepierna y los pies. Se volvió a vestir a toda prisa, con el cuerpo rígido por el frío, y se fue caminando hacia el cubo uno.

El cubículo entero estaba cubierto por una lona polvorienta. También quedaba cubierta la mayor parte de la entrada. Softly se agachó mucho, levantó la lona y entró. Oscuridad de olor rancio. La

mesa de plástico que tenía que servir de escritorio estaba tapada con una manta. Dio por sentado que el chico estaba allí debajo. No le pareció absurdo que el chico estuviera allí debajo. Venía a ser la forma que tenía Willy de comportarse últimamente. Sobre la mesa había una carta. También había una silla a la vista. Y el baúl. Y por último, la maleta. La maleta estaba abierta y su contenido tenía todo el aspecto de no haber sido tocado desde que la habían traído ahí abajo. Softly se sentó en la silla y sacó uno de los puritos de la lata que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Lo encendió y se repanchingó todavía más en la silla. Se acordó de que Lester Bolin le había comentado una vez lo aburrido que era explicar teoría de juegos a alumnos de segundo año. Pero aquél había sido el Lester al borde del colapso. Ahora se encontraba incuestionablemente dentro de los límites. Formas normales prenexas. Indecibilidad recursiva. El cálculo predicado monádico puro. Un fundamento firme para el análisis era lo único que lo mantenía vigente. EJERCICIO: Demostrar que toda teoría consistente y decidible de primer orden tiene una extensión completa consistente y decidible.

Uga bú

Uga bú bú uga

—Lo que hueles es el humo de mi puro. No quiero que pienses que hay un incendio.

—Estoy muy tranquilo.

—¿Tranquilo? —dijo Softly—. Me pregunto qué quiere decir nuestro muchacho con eso.

—Aquí es fácil concentrarse.

—Debe de estar intentando elevar la moral general del lugar, cuando declara su disposición a concentrarse. Está por ver en qué se concentra, por supuesto. Debe de ser una fase del síndrome de histeria polar que los expertos todavía no están dispuestos a confirmar. La calma absoluta. La disposición a concentrarse.

—¿Qué es la histeria polar?

—De vez en cuando consigue graznar una pregunta, por lo visto. Muy alentador, ya lo creo. La falta de sol. Ése es tu problema. La falta grave de sol.

—Y tú te lo crees.

—¿Tienes planes de aparecer en público en el futuro próximo o cercano?

—Lo decidiré sobre la marcha.

—Muestra todos los indicios de estar vivo, eso sí, y de poseer el control provisional de sus facultades.

—Eso suscita una cuestión interesante.

—Estamos todos ansiosos por oír qué clase de cuestiones considera interesantes la gente que se pasa el tiempo agazapada en entornos envueltos en cortinajes.

—Eres tú quien ha empezado todo esto, hablando de las tensiones que tienen lugar en el mundo de fuera.

—Cierto.

—Tal vez me gustaría saber qué está pasando últimamente.

—Las cosas, en todo caso, han empeorado —dijo Softly—. Estamos recibiendo noticias de agresiones y contraagresiones. De momento se me escapa el significado del término *contraagresiones*, pero supongo que en situaciones como la presente siempre tienen que darse cierta cantidad de ideas confusas.

—Ahora me gustaría que se acabara la conversación.

—Ah, quiere que lo dejen solo con esa sensación de tranquilidad que acaba de descubrir, ¿verdad que sí? Desea la clase de silencio que no puede conseguir ni siquiera con mantas y lonas impermeables, ¿verdad que sí? Tiene planeado concentrarse, ¿verdad? Prefiere escuchar ese flujo sanguíneo que le lleva tERNOS nutrientes por todo el cuerpo, ¿verdad? Ha decidido que le hace falta un intervalo de respiración tranquila, ¿verdad? Tiene intención de inventar esa palabra creada ex profeso para hacer que la muerte sea irrelevante.

—Alguien está perdiendo los papeles.

—Este lugar es muy incómodo —dijo Softly—. ¿Eres consciente de ello o no? Y en caso de que no, ¿por qué no? Me resulta muy incómoda esta lona. Nunca te habías comportado de esta manera. Creo que voy a seguir hablando solamente para molestarte.

Gigantesco desaliñado desmañado.

Porque era posible contagiarse sin recibir ni un solo mordisco. Se habían dado casos. Estaban documentados. Por culpa de la saliva que llevaba el aire. O por culpa de los insectos parásitos que flotaban. O por culpa del guano. O por culpa de la neblina con orina que rodeaba a la colonia en sí. Así pues, aquella posibilidad por sí sola ya era razón suficiente para considerar una cueva de murciélagos no sólo como lugar habitado por murciélagos, atractivo para los murciélagos o incluso abarrotado de murciélagos, sino como lugar *infestado* de murciélagos.

Jean Venable, vestida con impermeable, entró en el cubículo de Softly y, al encontrarlo desocupado, se sentó a esperar a que Rob regresara, y por fin Rob regresó, y la cabeza de Billy asomó de debajo de la manta, y Softly pasó junto a Jean y se sentó con solemnidad ante el elaborado escritorio, donde fingió que emprendía una serie de tareas apasionantes, mientras el chico escondía una vez más la cabeza, lana húmeda, la humedad de las medianoches en paz.

NO SOY SIMPLEMENTE ESTO

Dentro de esta vida hay una vida. Que llena las lagunas. Entre los espacios hay algo. Yo soy distinto de esto. No soy simplemente esto, soy más. Yo tengo algo más, a lo que no sé cómo acceder. Fuera de mi alcance hay algo más que pertenece al resto de mí. No sé cómo llamarlo, ni cómo acceder a ello. Pero está ahí. Soy más que lo que conoces. Lo que pasa es que es un espacio demasiado extraño para cruzarlo. No puedo acceder ahí, pero sé que hay un ahí al que acceder. Al otro lado es donde está la libertad. Ojalá pudiera acordarme de cómo era la luz en aquel espacio antes de que tuviera ojos para verla. Cuando tenía papilla en vez de ojos. Cuando rezumaba tejidos. Hay algo en el espacio entre lo que sé y lo que soy, y lo que llena ese espacio es eso que yo sé que no se puede describir con palabras.

ME BEBO UNA COPA

—Si estás ocupado, Rob, ya voy yo, aunque es una bobada, ¿no?, lo del artefacto.

—Tienes algo para dejarme leer, ¿verdad?

—Quiero entrevistar a Edna —dijo Jean.

—Pensé que tal vez tuvieras unos apuntes para dejarme leer, o hasta algo de prosa, prosa terminada, un primer borrador, vamos, quizá sin muy buen estilo pero lleno de datos técnicos en estado bruto o algo parecido. ¿No me dijiste que estabas diseñando un sistema nuevo para tomar apuntes, o de organización de los apuntes o algo así? ¿No fuiste tú quien me lo dijo? Quiero leer, Jean. Quiero algo que ver. Quiero resultarte útil. No me hables del artefacto, por favor. Se supone que estamos haciendo un libro. Tú lo escribes, yo lo leo y te hago sugerencias útiles. Ése es el trato. Es para eso que estás aquí.

—Vale, vale.

—Edna no quiere hablar contigo —dijo él—. Pero yo sí hablaré contigo. Yo te contaré todo lo que te pueda contar Edna.

—Déjame que repase mis preguntas.

—Cuando estés lista.

—¿Qué me dices de Lester? —dijo ella—. ¿Lester querrá hablar conmigo?

—Lo dudo mucho.

—¿Tengo permiso para acceder a su presencia y solicitar unos cuantos minutos de su tiempo? Con todos los demás ya he hablado una vez como mínimo, y, al fin y al cabo, éstas son las personas cruciales, ¿verdad? Quiero decir que esto es el proyecto Logicon y ellos son lógicos matemáticos. Quiero oír sus ideas, opiniones y convicciones sin filtros de por medio. ¿Qué clase de periodista sería yo si me conformara con algo menos que un encuentro cara a cara?

—Follemos —dijo él—. Quitate la ropa y no te preocupes por la gente de aquí. La gente de aquí está trabajando, durmiendo, subiendo por las laderas o encogida debajo de las mesas. Para igualar las cosas, yo me quitaré la ropa al mismo tiempo que tú te quitas la tuya. Eso equilibrará las cosas.

Habitación espiral, pensó ella. Un pasito nervioso y estoy dentro de esa habitación espiral que he visto de vez en cuando. En fin, cómo se pueden tener relaciones sexuales continuadas con un hombre de tamaño infantil y esperar que las cosas se desarrollen de forma rutinaria, igual que en el mundo no-medio-loco de la gente que es del mismo tamaño. Míralo bajo esta luz tenue, lo ansioso que está por burlarse de mi pasado, lo consciente que es de mi cooperación en esta empresa, del regreso de mi cuerpo, de la cancelación de las suscripciones al ensueño, la fantasía y la ilusión. Me toca y su simple contacto ya me parece loco. De vez en cuando se mezcla con los reflejos en los cristales rotos junto a los que paso por la calle, o bien con las ventanillas de los trenes que cruzan zonas abandonadas de la ciudad, los cuerpos que dormitan bajo las mitades de cristal de las puertas de entrada de las casas de vecinos, veo una habitación ocupada por una figura femenina situada dentro de círculos concéntricos. En fin, ¿cómo se puede ser un hombre de la envergadura de un niño y poseer un tacto que se acerca a la locura, aunque solamente sea a medio camino? Me río de los amores del pasado, de la tétrica predictibilidad del pasado en sí, que puede tener lógica o no tenerla. Cuanto más oscuro, mejor va con él. Odio ver todas esas muecas y esos hoyuelos grotescos que se le forman. Aquí estamos, encajados dentro de nosotros mismos, que diga o niegue lo que quiera, tirano en celo, cicloide, pachá lisiado que rueda sobre sus almohadones de seda.

La cabeza del chico volvió a asomar de debajo de la manta. Oyó correr el agua en alguna parte y al cabo de un rato salió gateando de debajo de la manta y se sentó en el suelo del cubículo y escuchó con atención. Resultaba agradable estar sentado en el suelo de tierra, aunque estaba seguro de que no había tranquilidad comparable con la que reinaba debajo de la mesa. Al cabo de un rato fue gateando hasta la zona de lona que cubría la mayor parte de la entrada y echó un vistazo por debajo de aquella cortina en dirección a la penumbra del fondo del antro. Oyó el agua que corría. Aquella vez no en las laderas. Más cerca del nivel donde estaba él, creciendo, buscando una vía de escape. Agua fría que avanzaba por las juntas y las grietas y por encima

de los cauces subterráneos. Agua cavernaria rica en ácido nítrico que disolvía la roca caliza y ampliaba los hoyos ya existentes. Agua que abría cavernas, pensó Wu, oyendo el mismo ruido, pensando que tal vez la corriente fluyera hacia arriba, abriendo un pozo embrionario, una estructura viviente con un ciclo que terminaba en muerte, preguntándose cuánto costaría encargar un bote de goma, un traje de submarinista de neopreno, con escafandra autónoma y foco sumergible, pero desdeñando la idea puesto que no iba a estar allí abajo durante el tiempo suficiente como para verla realizada. Cuanto más ascendía, más oscuro se volvía todo. Siguió con la vista el haz reverberante de la lámpara de carburo en busca de una abertura.

Billy salió de su cubículo, caminó en silencio hacia la barrera y pasó por encima de ella. Había agua cerca. La podía sentir, además de oírla. Allí donde el suelo del antro trazaba una pronunciada curva ascendente, apoyó el tacón del zapato sobre una piedra grande y lisa que hacía las veces de tapa y la empujó con el pie hasta precipitarla por la trampilla natural del suelo. El agua bramó, captando sus sentidos. Se metió por el pozo casi vertical que acababa de abrirse, y supo por el bramido que el agua estaba a pocos metros de distancia, a continuación apoyó los hombros contra una de las superficies y los pies contra la otra y descendió con dificultad hasta pisar tierra firme. Casi no veía nada, pero estaba al borde del río subterráneo. Era todo un río, tanto en potencia como en sonido. Discurría frente a él, llevando arcilla, limo y desechos naturales, llevando arenilla caliza para volver a depositarla, pasando de largo sin dejarle más que un asomo de su presencia animal, de esa motivación compleja y evolutiva que dirige a los seres vivos hacia la extrañeza, la belleza y la libertad de las secuencias repetidas. Como es natural, metió las manos en el agua. Estaba lo bastante fría como para hacerle temblar, y cuando ahuecó las manos y se llevó el agua a los labios para beberla, sintió al cabo de unos segundos una breve punzada de dolor detrás del ojo derecho. Ligeramente aterradora. Cuando el dolor se le pasó, se limitó a escuchar el río, sin sentir ninguna necesidad especial de verlo, fotografiarlo ni llevarse muestras a casa para estudiarlo. Al fin y al cabo, lo había *probado*. Algún elemento del sabor de río se sustraería del recuerdo de aquella unidad de dolor y él volvería a ser consciente de que, escondido dentro de todo lo que él conocía, se hallaba la mitad de lo que él era. El río llevaba consigo una brisa casi dulce, aunque no era realmente eso, ni tampoco un vago aroma mineral, ni tampoco la frescura que pudiera resultar de su avance continuo, sino algo más complejo, algo que viajaba con él desde su mismo origen y aclaraba toda distancia que mediara entre el río y la mente por la que fluía.

Hablando fuera de sí misma, pensó Softly. El sexo se enriquece de forma inevitable durante esos momentos transmaníacos en los que pronunciar frases sensatas equivale a infringir el sentido del acto. Suponiendo que en mi eyaculación haya esperma, ¿acaso mis células espermáticas se han congregado con éxito en mi epidídimo, y almacenado en ese intrincado salón mientras se aproximan al trance extático de su madurez? Es importante contemplar la mecánica del propio sistema de conductos espermáticos. Es así como nos distinguimos de las formas inferiores de vida copuladora.

La oscuridad que encontró tenía grados o fases. Allí donde fluía el agua, tejía la oscuridad hasta convertirla en algo integral. Al otro lado del río, o donde él pensaba que debía de estar el otro lado, la oscuridad no era tan absoluta, sino que se extendía a lo largo de la distancia de unos límites concretos. Se sentó y se puso a escuchar, intentando detectar alguna modulación en el bramido.

AUTOAYUDA

Apenas despierto, Lester Bolin le hizo un gesto a la joven para invitarla a entrar en sus aposentos. Se sentó en el borde de la cama y se enroscó el dedo índice en la zona donde le clareaba el pelo, como si estuviera intentando hacerse una elegante floritura con nata para postres, pensó Jean, diciéndose a sí misma que había hombres que daban la impresión de haber nacido en pijama, amigables proyectos de suicidas, con esos cuerpos que no eran más que relleno de aquella holgada y perezosa indumentaria. Ella se sentó en una silla con un cuaderno en el regazo y miró cómo Lester bostezaba con gesto pensativo.

—Rob me ha dicho que podía preguntarle a usted si, ya sabe, si quiere hablar conmigo.

—¿Por qué lleva impermeable?

—La ropa es un agobio.

—Acepto eso —dijo.

—Hay que limpiarla y demás.

—Soy el señor Bolin.

—¿Qué puede decirme del proyecto Logicon que entre dentro de mi comprensión técnica?

—Estoy trabajando en algo, una especie de máquina, y la meta que me he propuesto es conseguir que hable Logicon. Si ese sistema consigue gestionar los aspectos más lentos y engorrosos del Logicon, nos ahorraremos cantidades enormes de tiempo y de problemas. Estoy usando los materiales más avanzados y mucho ingenio a la antigua usanza. La señora Lown cree que el Logicon no se puede hablar. Dice que es inherentemente imposible de hablar. Pero yo creo que puede aportar sonidos significativos a nuestra notación, lo cual quiere decir que lo único que nos hace falta es inventar un lenguaje metalógico.

—De momento le sigo en todo —dijo ella—. Continúe, por favor.

—¿Quiere usted ver mi miembro masculino?

Con gesto adormilado, se sacó algo de los recovecos de la parte media de su pijama. Era vistoso y elegante, un pene Pop Art, nada que ver con el resto de Bolin, que era todo arrugas y hombros caídos. Al cabo de un momento largo se lo volvió a guardar, casi como si se le acabara de ocurrir, o eso le pareció a Jean, y no antes de reanudar sus comentarios sobre el Logicon.

—No ha sido fácil. No conseguirá hacerme decir que ha sido fácil. Y los aspectos más difíciles están por llegar. Esto es importante, de forma que míreme los labios. Metalenguaje. Dedicamos casi hasta el último momento que pasamos despiertos, la señora Lown y yo, a intentar perfeccionar un sistema alternativo que nos sirva para analizar la consistencia del sistema original.

—Eso es en teoría —dijo ella—. Pero ¿cómo funciona en la práctica el sistema, quiero decir, electrónicamente o cómo?

—No creo que eso entre dentro de su comprensión técnica.

—Ya me lo temía yo.

—No creo que entre dentro de la comprensión técnica de nadie que no haya estudiado la cuestión desde todos los ángulos y durante un periodo largo de tiempo. Sólo estoy siendo sincero cuando informo de que yo también me he encontrado con muchos problemas en este terreno y espero seguir encontrándome con muchos más. A ver, yo he hablado con usted sinceramente y largo y tendido, a pesar de toda una serie de inconvenientes, a pesar del tiempo perdido que podría haber empleado en cosas mejores, por ejemplo en el proyecto en sí, y a pesar de que tanto la señora Lown como yo hemos declarado en repetidas ocasiones que tener contacto con gente ajena al proyecto no servirá absolutamente de nada en relación con nuestro trabajo. Pese a todo eso, yo le he concedido una entrevista. Ahora hay una cosa que usted puede hacer a cambio.

—¿El qué?

—Enseñarme su felpudito —dijo Lester.

—¿Tan importante es para usted verlo?

—Importante no es, no. Si dice usted importante, mi respuesta es claramente no. No es una cuestión de vida o muerte, para nada. Si no me lo quiere enseñar, límitese a hacerme las preguntas que le queden en la lista y luego nos vamos cada uno por nuestro lado.

—Prefiero no enseñarlo mucho.

—Como quiera —dijo él.

—Preguntas de la lista... —dijo ella—. En vez de las preguntas de la lista, me gustaría preguntarle, si no tiene usted reparo, y aunque tenga reparos enérgicos, por qué ha exhibido lo que llama su miembro masculino y por qué me ha pedido que yo le enseñe eso que ha denominado usted con un nombre todavía más ridículo.

—¿Quién puede contestar a una pregunta así?

—¿Lo hace usted a menudo?

—Por supuesto que no.

—¿Hay algo en mí que lo haya llevado a hacerlo?

—Hay algo en mí, supongo.

—¿Cómo?

—¿Quién puede contestar? —dijo él.

En el instante preciso en que Billy levantaba la lona y entraba en su cubículo, Softly entraba también en su propio habitáculo, procedente de la cocina, donde había estado tomando un té intemporal con Edna Lown, sintiéndose de repente apagado apesadumbrado tristón deprimido taciturno, unos estados de ánimo que se desplegaban en una sucesión irreversible percibida como algo único. Sacó de su maletín un paquete de TriOmCon, lo abrió y se puso una tableta de color claro debajo de la lengua. Se sentó en medio de los cojines de la cama, *carraca, carraca, seca y flaca*, al cabo de un momento se inclinó para desatarse los cordones de los zapatos, se quitó el resto de la ropa y estiró el brazo para coger su albornoz, preguntándose en el intervalo en que estiraba el brazo y cogía con el dedo la tela estampada por qué, además del doble obstáculo que suponían su tamaño infantil y su ciclotimia, tenía que soportar también la anormalidad, poco importante aunque incitadora a la reflexión, de un testículo izquierdo que colgaba visiblemente más abajo que el derecho. ¿Qué venganza era aquélla contra la desproporción orientada a la izquierda que solía prevalecer? Equilibrio de cosas caídas y no caídas en las estructuras con forma de huevo. Simetría bilateral. Inventó un juego a dos niveles con suma cero y tabla de estrategias equivalentes. Testículos T y testículos S. Izquierda y derecha. Más y menos. Nunca ha sido objeto de comentario alguno (que yo recuerde), por parte de ninguna mujer en posición de percibirlo, ni acostada boca arriba ni a horcajadas, en posición de flor de loto u otra, probable por lo concentradas que se encontraban en la dinámica que de modo inevitable entraba en juego debido al tamaño mismo de mi cuerpo, un hecho tal vez más importante para su placer que mi falta de elegancia y que los aspectos transgresores de mi presencia sexual. Tamaño infantil. El candor inocente de su deseo de algo que amar y acariciar. En la cama y en albornoz intentó mantener un breve intervalo de quietud impoluta. Viajando corriente arriba a una velocidad de micrones por segundo, pensó. Cabeza redonda y cola larga. Viajar al clima cálido y al medio de la vida a medio masticar. Sigo «deprimido». No debería ser así. Me quedaré en la «cama» hasta que se me pase.

Billy se dio cuenta por primera vez de que el papel que le habían dejado sobre la cama no era otra muestra de la notación de Bolin, sino otra carta de propaganda comercial, obviamente entregada a Lester por equivocación y posteriormente depositada allí. Se trataba de una carta promocional que incluía una llavecita dentro de un sello de acetato. Se sentó en el camastro y se puso a leerla.

Destinatario:

¿Carece usted de porte, confianza en sí mismo y capacidad para efectuar gestos convincentes? Millones de personas en todo el mundo están aprendiendo ya la dinámica de la elocución. Nuestras sencillas técnicas le permitirán a usted hablar y hacer gestos en público como nunca antes. Estos métodos de autoaprendizaje se revelan en nuestro

CURSO INTENSIVO DE AUTOAYUDA

con el cual usted dedicará solamente unos minutos al día a aprender a promocionarse por medio de una pose y una seguridad duradera en sí mismo, ya sea de cara a los acuerdos profesionales, las ocasiones sociales o las conversaciones cotidianas informales. Descubra por usted mismo cómo nuestras reglas, muy sencillas de cumplir, le proporcionan las habilidades que le hacen falta para causar una buena impresión cada vez que habla o hace gestos. Nuestro folleto

SU LLAVE A ESA AVENTURA QUE ES LA ELOCUCIÓN
(Aquí aparecía la llavecita de plástico.)

puede ser suyo de forma gratuita cuando se matricule usted en nuestro Curso Intensivo de Autoayuda. Si desea recibir este folleto gratuito (y quedar inscrito de forma automática, a cambio de una tarifa reembolsable en caso de no quedar satisfecho), no haga usted absolutamente nada. Quienes no deseen ni el folleto ni la inscripción, que escriban de inmediato a: S. I. G. L. A. S.; A/A: AAAA&A Minas de Guano S. L., Dep. Aleph-Null; a bordo del *Goo Fou Maru*; A/A: amarradero grande y negro; bahía de Kwangchow. No aceptamos postales.

Los tres documentos que había recibido hasta la fecha pertenecían todos a la categoría de la propaganda comercial, pero estaba claro que aquella última carta se distinguía del test informático y de la cadena de cartas en un aspecto fundamental. Contenía una llave. Una llavecita minúscula de plástico, cierto, pero una llave a fin de cuentas. Un utensilio provisto de muescas y surcos y diseñado para abrir una cerradura. Atacó el sello de acetato con las uñas de los pulgares y por fin consiguió liberar la llavecita. Tenía ese tacto barato y liviano que tienen las cosas que uno encuentra al fondo de las cajas de cereales. Diseñada para abrir una cerradura. Pero ¿qué cerradura? Oyó acercarse a alguien por el sendero e inmediatamente levantó la manta y se metió debajo de la mesilla de la tele. De nuevo los pasos pesados de Bolin. El lógico a pie. Volvió a oírse el ruido de alguien tirando una sola hoja de papel sobre su camastro. Cuando Lester se marchó, el chico salió gateando de debajo de la mesa y se acercó a la página solitaria que descansaba en mitad de su cama.

(b) Num bow (w) HA (m) ...)

(a) (u,v) : ** : Xc tr Y (()

(z) !Irr Y: TTTTTT \$

(y) (X w(h)ee((*)(,: /

(x) F* #i **-&lem.....i'i'i'

(w) n(dG): '0' @###' d

(v) "

(u) n(x)" Ymaj.0: !. f()mii.

Volvió a meterse gateando bajo la mesilla. Se pasó mucho rato pensando. Peligro sin nombre. Momento de terror inevitable. «Visita mi habitación». Un lugar situado en el tiempo y hecho de tiempo. Un lugar para sentarse a pensar. ¿Quién había dicho aquello? «Visita mi habitación». Endor. La habitación de Endor. Era Endor quien se lo había dicho. Cuando afrontes un peligro sin nombre, etcétera y etcétera, «visita mi habitación». Un sitio para sentarse a pensar. Una habitación para recomfortarte. Pero la habitación de Endor estaba cerrada con candado. Llevaba cerrada con candado desde que Endor se había mudado al hoyo. No le hizo falta pensar mucho más. La llave. La llave de plástico que venía sellada dentro de la carta de propaganda. El diminuto utensilio de plástico diseñado para abrir cerraduras.

PASAN MUCHAS COSAS

Billy se cambió de ropa y se dirigió al ascensor. Giró una manecilla y el esqueleto de ascensor empezó a subir. Al llegar arriba cruzó la pasarela, subió por la escalerilla metálica, desenchajó la rejilla de salida y se plantó, ligeramente jadeante, en la cápsula que había ocupado en el pasado. Nada parecía haber cambiado mucho. Salió al pasillo, esperando ver pruebas de las tensiones globales de las que Softly le había hablado antes de su descenso y desde entonces. Billy no sabía con exactitud qué clase de pruebas esperaba ver. Sacos de arena, quizá. Bomberos. Instrucciones en letras enormes para encontrar refugio. Armarios a prueba de explosiones llenos de comida enlatada y agua. Flechas de gran tamaño pintadas en las paredes. Eslóganes para reforzar la moral. Consejos de primeros auxilios. Sin embargo, nada parecía haber cambiado mucho. La gente iba y venía. El laberinto lúdico estaba en el mismo sitio de siempre. Los carritos con la ropa de cama estaban en fila a lo largo de una extensión del pasillo. Las voces de los hombres y mujeres con los que se cruzaba no daban indicación alguna de que la gente estuviera experimentando ninguna tensión especial. Encontró un «teléfono de orientación» en un nicho de la pared y marcó INFO.

—Habla la cinta del sector B.

—Quiero conocer a Endor, saber dónde se ubica, la planta y el número de su habitación. E mayúscula, ene, de, o, erre. Quiero saber la ubicación de su habitación.

—Por favor, detalle su historial médico y espere la respuesta codificada que le explicará qué medicación está indicada en su caso, si es que hay alguna. Recuerde: para las hinchazones, compresas frías. Compresas calientes para los tirones musculares y para esa sensación de dolores por todo el cuerpo. Este mensaje llega a usted por cortesía de la Fundación Wakefield, proveedores de productos médicos y preparados farmacéuticos para una generación entera de usuarios satisfechos.

—Como eres una cinta, no me puedes pasar a otra línea, ¿verdad?

—Para recibir traducciones simultáneas, marque SIMO. Su cinta de medicación queda pendiente. Celebre una cena internacional la próxima vez que esté en Beirut. Abco-Panzer le da la bienvenida al más reciente establecimiento de su cadena de elegantes restaurantes.

Colgó y se quedó allí un rato, echando vistazos a su alrededor, la viva imagen de la frustración teatral. En una ranura horizontal situada exactamente al nivel de los ojos había un listín telefónico. El número de Endor estaba en la guía, junto con su número de habitación. Billy se subió a un ascensor que lo llevó hasta allí. La iluminación del pasillo era demasiado fuerte y saltaba a la vista que las paredes y el techo llevaban tiempo sin limpiarse. El lugar estaba desierto, lo cual intensificaba el tono deslucido institucional. Mientras se aproximaba a la puerta, se le ocurrió que, por supuesto, la habitación de Endor estaría equipada para ofrecer un contraste perfecto a aquella atmósfera de desolación. El candado seguía en su lugar, un modelo extremadamente grande sujeto a un cierre metálico. Se sacó la llave del bolsillo, recordó sus visitas a la sala de hobbies y la calidez emocional que generaba en ella la aglomeración de objetos personales de Endor, y se puso a imaginar cómo sería la habitación en la que estaba a punto de entrar, viéndola con suma claridad mientras introducía la llave en el cilindro. Una sala de estar con una silla de recibidor de estilo gótico y un sofá de palisandro tallado. Una chimenea con la rejilla de hierro fundido y una tela con borlas colgando de la repisa. También habría un sillón de respaldo alto con botones en el tapizado. Habría una esterilla frente a la chimenea y una mesa con un candelero situado junto a un ajedrez y una damajuana con el pie de plata. Una sala de estar con varias capas de cortinajes cubriendo las ventanas, librerías, butacas de respaldo redondo y una caja de caoba para té. En las paredes habría grabados de tamaño grande con lemas filosóficos y retratos de color sepia. Por encima de todo habría una lámpara metálica de brazos con globos esmerilados para difuminar la luz de gas. Una mesa de costura, lacada y con incrustaciones de madreperla. Un escritorio provisto de tintero con la tapa metálica y bandeja en curva para las plumas. En la repisa habría un reloj y un jarrón lleno de flores artificiales, ambos dentro de campanas de vidrio. Una sala de estar con una vitrina grande, revestida de terciopelo, dentro de la cual habría un juego de té de porcelana fina decorado con diferentes variedades de

brezo; también latas de galletas, un cazo para calentar la tisana de coñac y distintas bandejas con patas terminadas en voluta; fuentes para fruta, tazas de café y platillos con baño de oro, jarrones de cerámica de gres con motivos de plantas acuáticas y bandejas decorativas que resplandecían con un lustre salpicado de matices rosados. Una sala de estar que proporcionaría a quienes entraran una sensación de satisfacción, serenidad, placer, bienestar y comodidad.

Pero no se parecía en nada a aquello.

La sala tenía un suelo de tablones de madera dura que necesitaba un buen encerado. Del techo colgaba una bombilla solitaria, sin pantalla. Había una mecedora, de aspecto sencillo, en el rincón más alejado. Una de las paredes mostraba un sector rectangular más limpio que el resto. La huella de lo que hubiera habido allí indicaba que el objeto se había extendido desde una línea imaginaria situada unos cuantos dedos desde el suelo hasta una línea paralela situada un par de metros por debajo del techo, y que había sido más o menos tan ancho como un par de hombres plantados codo con codo. El único otro objeto de la habitación era un reloj de pared de Coca-Cola.

En lo alto de la ladera nordeste, Maurice Wu divisó una pequeña abertura en la tierra dura y empezó a avanzar muy despacio, palpando con los pies. En cuestión de minutos se encontraba de pie dentro de un pasillo estrecho lleno de estalactitas tan intrincadas que le recordaron a las válvulas y conductos del cuerpo. Atravesó una cuenca de calcita hasta llegar a una pequeña gruta. Allí decidió quitarse la mochila y descansar un rato, y hasta que estuvo acomodado en posición de descanso no sintió en realidad los efectos del largo ascenso, el esfuerzo de la subida rememorado por su respiración, una serie de resuellos profundos que se fueron suavizando gradualmente hasta convertirse en murmullos de fatiga desacelerada. Echó un vistazo a su alrededor. La luz de la lámpara de su casco captó una piscina de gours en medio de la gruta. No había gran cosa más a la vista que revistiera un interés inmediato. El ruido del agua en circulación que había oído mientras subía por la ladera era ya tan débil que se había convertido en una simple parte del silencio de la cueva. Como le pasaba siempre en las cuevas, tuvo la sensación de que estaba allí para reconstruirse. Le dio la impresión de que los sentidos se le habían vaciado automáticamente nada más meterse por la abertura. Las cuevas eran un mecanismo de prueba para la renovación de sus facultades animales. Debido a que el entorno planteaba pocas exigencias, Wu era capaz de registrar hasta las más pequeñas irregularidades del silencio y la oscuridad parcial con una presteza y una claridad brillantes. Aquello le permitió construir en su interior una presencia separada, algo no recordado, una mentalidad receptiva que parecía integrarlo en algo más que la simple cueva viviente que lo rodeaba, al mismo tiempo que lo alejaba erráticamente de lo que él sólo podía definir como su individualidad, su propia realidad causal tal como la experimentaba Wu. En cualquier caso, allí tenía mucho menos miedo (pese a que lo estimulaba una conciencia tan pura que acababa siendo algo muy parecido al miedo, si es que al miedo se lo podía equiparar con el nerviosismo que aguarda la llegada de un peligro) que prácticamente en ningún otro lugar. Lo que necesitamos, creía, es una forma de reinventar el cerebro humano. Tal como está constituido ahora mismo, el cerebro se puede ver en corte transversal como modelo para examinar las profundidades relativas del terror protohistórico y moderno. Los ciclos y las ciénagas del miedo y las depresiones recurrentes de forma periódica y las primeras secreciones pantanosas del temor (tronco del encéfalo y mesencéfalo), por no mencionar al señor Mamífero entendido como gerifalte paranoico de las verdes llanuras, aquella región (límbica) del desequilibrio emocional, la epilepsia, los ahogos psicosomáticos, otra forma de denominar al temor de las llanuras, pensó él, que en realidad no es un miedo a las cosas que acechan entre la hierba alta sino a la llanura misma, a su infinitud aterradora, a su aniquilación tanto de la singularidad como del pluralismo, a su falta de rinconcitos reconfortantes para el alma, a su tendencia a desaparecer en sí misma, dejándonos, pensó, con la geometría, la música y la poesía de nuestra capa exterior de tejido gris (corteza cerebral), evolucionada, muy especializada y capaz de hacer referencias cruzadas, por no mencionar la mecánica celeste, la medicina, la investigación y el desarrollo de las guerras, por no mencionar los gritos sin voz en plena noche, una actividad completamente neo-mamífera, una

subclase cortical del miedo en sí en sí en sí, pensó Jean sentada ante su máquina de escribir, mirando con fijeza la página 20, numerada pero por lo demás en blanco, y preguntándose qué haría falta para recordar «lo que había después» del ser como individuo, el espacio filogénico, aquella parte de nosotros que no estaba sometida a la observación consciente, más allá de la condición de bebé que busca la teta y se aferra a su madre, hasta llegar a ese segmento de nuestra mentalidad ancestral que poseen en abundancia las formas de vida animal no primate, por no mencionar la *edad* del cerebro humano, pensó Wu, cuyo estatus único se debía a los millones de años de variaciones neurales respecto a los cerebros de nuestros parientes taxonómicos. Todo el mundo y todas las cosas estaban resultando tener mucha más antigüedad de la que nadie sospechaba. Para Wu, la cosa había empezado al descubrir los hogares de carbón vegetal y los cráneos humanos que se habían encontrado medio siglo atrás en las cuevas de Chou-Kou-Tien. A raíz de aquello se estaba reevaluando a todo el mundo en todas partes. En el Transvaal, en México, en Europa, en Indochina y en el valle tectónico del África Oriental. Herramientas de sílex, mandíbulas, papel de corteza, collares de conchas, armas de marfil. De una forma u otra, los hallazgos estaban haciendo retroceder todo, con unas ramificaciones lo bastante amplias como para incluir la posibilidad de que unos «hombres» verdaderamente erguidos hubieran coexistido con unos «homínidos» relativamente erectos.

—Ji, ji —le comentó Softly a Lester Bolin.

Una zambullida anuladora a través de la historia para salir por el otro lado, a todas aquellas astronomías antiguas e ingenuas de hueso y piedra.

Entonces lo olió. Tras cruzar la piscina de gours para deambular por la otra punta de la gruta, se quedó quieto del todo, percibiendo ese aroma ácido y como de moho que tiene la mierda de murciélago. Vio una abertura por la que podía pasar arrastrándose y que llevaba a otra gruta. Mientras salía de la abertura, la llama del carburo se transformó en una inmensa urna lunar de luz, con forma de pétalo, revelando que la gruta era mucho más grande que la que acababa de abandonar. Se quedó plantado al borde del depósito de guano. Estaban por todas partes, durmiendo, puede que hubiera cientos de millares, colgados cabeza abajo, aparentemente parpadeando como reacción a aquella luz intrusa, con los ojos convertidos en los puntos centelleantes que componían un destello gigantesco que barría el ancho techo. Con lo apelotonada que estaba la colonia, parecía más bien una enfermedad latente de la cueva, una anomalía en el tejido que transmitía su propia pigmentación clara y extraña. Wu se adentró en el guano, cuidando dónde ponía los pies, aliviado al comprobar que sólo le llegaba a las rodillas. Examinó las alturas de la cueva en busca de murciélagos caníbales, *megaderma*, y como siempre le resultó incongruente que alguien provisto de una sensibilidad como la suya experimentara el deseo (por enterrado que estuviera el impulso) de ver atacar a aquellos merodeadores de hocico pinchado, de verlos matar y comerse a otros murciélagos más pequeños. No había creído que se los pudiera encontrar tan al norte, y, sin embargo, allí estaban, y uno de ellos pasó planeando a su lado, con una envergadura de alas impresionante, hoja nasal, orejas enormes, dientes largos y puntiagudos, un murciélago aficionado a desmembrar, lo bastante rápido como para matar en pleno vuelo, capaz de arrancar a un gecko de la pared de un templo. Por supuesto, eran aquellos aspectos del fenómeno, aparte del hecho en sí de matar y comer, los que lo atraían, aparte del temblor que aparecía tras las orejas del murciélago de tamaño menor, aparte de que los *megaderma* se lo comen todo salvo las alas y la cabeza, aparte de la sangre y los fragmentos corporales. Su virtuosa apreciación la reservaba para la fase abstracta de las cosas. El itinerario del vuelo del murciélago. El aparato de proyección de ultrasonidos del murciélago. Los aspectos matemáticos de la presa en movimiento. La lógica evolutiva que les suministra a los murciélagos caníbales unos colmillos que les permitan agarrar y rajar.

m. Los terapeutas del habla consideran que hay ciertas palabras que «dan pie a la ansiedad».

n. Como las palabras son intentos de transmitir impresiones sobre el mundo, debemos preguntarnos qué aspecto defectuoso del mundo provoca que la gente experimente un conflicto entre la necesidad de hablar y la ansiedad que se entretiene con una palabra en concreto.

o. ¿Acaso existen tantos aspectos defectuosos como gente que experimenta el conflicto?

p. Siento la tentación de decir: todos juntos farfullamos los componentes de la conciencia del mundo.

q. Esto deja sin examinar lo que se ha quedado en el tintero.

En la habitación de Endor, el chico se mecía en la mecedora de madera. Resultaba extraño que una habitación casi vacía pareciera tan atiborrada de pensamientos agotados. La bombilla colgaba en el otro lado de la habitación. El reloj estaba en la pared, a su derecha. En la pared de delante del reloj estaba la huella que se extendía desde una línea imaginaria situada a pocos dedos del suelo hasta una línea paralela que había a un par de metros del techo. No era del todo desagradable estar allí sentado meciéndose. Le dio la sensación de que el hecho de que la silla fuera una mecedora cambiaba las cosas. En una silla convencional se habría aburrido más. Estaba claro que allí encajaba una mecedora. Era perfecta para una habitación como aquélla. Cuando Endor había mencionado la «seguridad psicológica» de su habitación cerrada con candado debía de tener al menos en mente la mecedora.

No había ventanas. En la esfera del reloj se leía Coca-Cola, con sus letras mayúsculas y minúsculas. El reloj no era de los digitales, algo que sí que habría estado fuera de lugar allí. Era un reloj antiguo con las manecillas en punta. A Billy le parecía que los relojes digitales daban la hora de forma demasiado tosca. A él le hacía falta concentrarse un momento para poder colocar los dígitos en un contexto significativo relacionado con la mañana, la tarde y la noche, con tal cita y con tal tren que coger. Tal vez sucediera simplemente que la mayoría de las series numéricas entrañaban para él asociaciones profundas: conexiones mentales que tendían a desarrollarse con libertad cada vez que él miraba un reloj sin esfera, sin manecillas en movimiento y sin rayitas para marcar los minutos. Pero era más que eso. Los relojes digitales le quitaban el «espacio» al tiempo.

No tardó mucho en darse cuenta de que las manecillas del reloj de la sala llevaban sin moverse desde que él había entrado. No resultaba en absoluto sorprendente. En una sala que tenía los suelos todos raspados, una vieja mecedora y una tenue bombilla solitaria colgando de un cable, al chico le daba la impresión de que un reloj parado resultaba más o menos apropiado. Él lo interpretaba como un elemento de aquella paz que Endor le había atribuido a la habitación. Aunque en un primer momento se había sentido decepcionado, Billy ya estaba empezando a creer que Endor sabía de qué hablaba. Un lugar para pensar. Cierta cantidad de seguridad. Aquella desnudez casi completa y aquella colocación relativa de los objetos que violaban la desnudez hacían sospechar a Billy que en realidad la «inexpresividad» de la habitación había sido diseñada con una precisión tremenda. Nada de mesas de costura lacadas ni retratos en color sepia ni caja de té de caoba. Pero sí otra cosa. Tal vez el simple mecerse. El punto de vista fluido que producía aquel movimiento rítmico. Tal vez la luz. El grado de escrutinio severo que sugería una bombilla desnuda. Tal vez las líneas del suelo, o el ruido de la mecedora, o el tono de los pensamientos agotados. Parecía que, cuanto más desnudo estuviera un lugar, con mayor profundidad veíamos. Y Billy se empezó a dar cuenta de que el reloj de pared de Coca-Cola tenía algo mucho más interesante que el hecho de estar parado.

Lo que decía el reloj, es decir, la hora que daba, eran las dos con veintiocho minutos y cincuenta y siete segundos. Allí estaba, más claro que el agua. El segundero se había detenido exactamente en la marca que representaba cincuenta y siete. El minuterero estaba exactamente dos marcas antes de la media hora. Y la manecilla de la hora estaba entre las dos y las tres, un poco más cerca de las dos.

Las dos (PM) eran la decimocuarta hora después de la medianoche. Catorce horas, veintiocho minutos y cincuenta y siete segundos. Por supuesto, se trataba de la secuencia numérica que transmitían las entidades FAOR. Catorce, veintiocho, cincuenta y siete.

Al principio a Billy le había faltado algo. Había visto el veintiocho. Había visto el cincuenta y siete. Pero había tardado varias respiraciones en darse cuenta de que las dos en punto, leídas como la hora post merídiem, se correspondían con las catorce horas.

Billy había estado en lo cierto al pensar que las entidades FAOR usaban un sistema de notación posicional basado en el sesenta. Tal como él ya había determinado, sus cifras 14-28-57 se correspondían con nuestro número 52.137. Pero hasta ahora no había sido consciente del significado de este último número. Segundos después de la medianoche. Tiempo. Nos estaban

dando la hora. Se daba el caso de que el sistema de base sexagesimal coincidía con nuestro método actual de medir el tiempo. Se imaginó brevemente dos grupos de cifras que aparecían escritas con unos garabatos parecidos a su propia caligrafía:

$$\begin{array}{r} \textcircled{14} \\ 3600 \overline{) 152137} \\ \underline{3600} \\ 16137 \\ \underline{14400} \\ 1737 \end{array} \qquad \begin{array}{r} \textcircled{28} \\ 60 \overline{) 11737} \\ \underline{120} \\ 537 \\ \underline{480} \\ 57 \end{array}$$

Ahora el código ya era puramente matemático. En realidad quedaba poco por resolver. Bastaba con la aritmética más simple. Sólo hacía falta ver que los números en cuestión se referían a una hora del día. Las entidades FAOR intentaban llamar nuestra atención sobre una hora, un minuto y un segundo concreto del día. Nada más. Al parecer querían comunicarnos que iba a pasar algo a las dos de la tarde con veintiocho minutos y cincuenta y siete segundos de un día todavía por determinar.

Decidido, pues. Ya había descifrado el mensaje, había encontrado la respuesta, había resuelto el código estelar. Y no gracias a las matemáticas, sino a la propaganda por correo: una llave de plástico que abría cierta cerradura.

Pensó en la gente que lo había precedido y había fracasado. En quienes habían venido antes que Endor. Y en el mismo Endor. De pronto se preguntó qué había llevado a Endor a mencionarle aquella habitación. ¿Acaso era cierto que lo único que le preocupaba era la seguridad y la comodidad? ¿O sabía que la solución estaba escrita en la esfera del reloj?

Era posible que Endor no estuviera viviendo en un hoyo y comiendo larvas porque no hubiera conseguido descifrar el mensaje, sino precisamente porque sí lo había conseguido. En otras palabras, porque había interpretado la respuesta en sentido negativo. En un sentido tan negativo, de hecho, que se había acabado marchando en busca de un hoyo en el que vivir.

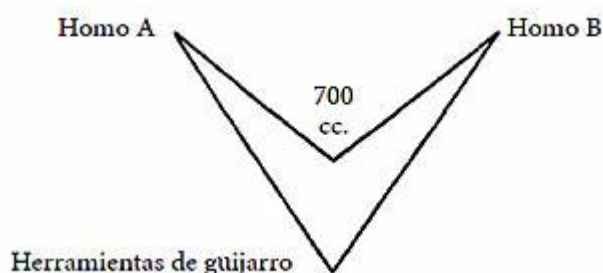
En la urna lunar de la caverna de los murciélagos, Maurice Wu se puso a excavar una zona que tenía el suelo lleno de trozos de cerámica rota. Al juntarlos, los fragmentos empezaron a sugerir ciertas características que él había visto en otras piezas, y no tardó en adivinar que se trataba de fragmentos de un cuenco de cerámica con vidriado de plomo (principios de la dinastía Han), cuyo espesor de vidriado en los bordes sugería que la pieza había sido horneada del revés. Si se recomponía y se restauraba como era debido, lo más seguro era que el cuenco resultara tener un aspecto bastante simple. Aquello le resultó decepcionante. A Wu le gustaba que lo deslumbraran. Había formado parte en varias ocasiones de equipos de prospección provistos de equipamiento muy sofisticado que habían descubierto yacimientos previamente desconocidos y habían terminado encontrando, investigando e identificando objetos tales como ánforas de la dinastía Tang con asas diseñadas en forma de cabezas de dragones; vasijas de jade en miniatura con decoración en espiral; o una figura Ming identificada como una divinidad taoísta cuya ropa, postura, expresión facial y séquito de animales simbólicos tenían asociaciones que se remontaban a centenares y miles de años atrás, conjunciones todas ellas plasmadas en forma de motivos cada vez más crípticos y relacionados con tabúes, leyendas, reencarnaciones y dioses híbridos. Qué enriquecedoras le resultaban aquellas cosas, jamás le había pasado por alto que tanto la religión como el arte probablemente se remontaran a las cavernas, y siempre había considerado la religión ni más ni menos que un sistema integrado de arte en el que un elemento sobrehumano era invocado de formas diversas y se le hacía objeto de distintos ruegos, parloteos y adoraciones. El éxito o fracaso de una religión, para él, se basaba únicamente en los esfuerzos conscientes que llevaban a cabo sus practicantes para expresar su veneración de formas que reflejaran, expandieran y alteraran la noción que tenía la mente y la captación que de lo bello realizaban los sentidos. En el esquema mental de Wu, el hinduismo, por ejemplo, constituía un

éxito abrumador, la crónica de una plaga de diversidades, ciclos, paseos espirituales y prácticas culturales ricamente deprimentes; mientras que, por ejemplo, las extrañas disciplinas protestantes que hacían hincapié en cantar himnos y leer la Biblia le resultaban deficientes en esos placeres contemplativos que colorean la oriflama del arte. Cerca de él cayó un chorro de guano. Escarbó con la paleta y separó varios fragmentos en la penumbra, preguntándose por qué los sistemas religiosos se usaban tan a menudo como marcos de referencia para aclarar ideas que no guardaban relación alguna con las actitudes espirituales. Era una contradicción en sí misma. El esplendor de brazos extendidos de los iniciados en aquellos reinos imposibles de especificar que tan indispensables se consideraban para la existencia. Newton recurriendo a la idea de Dios como estructura absoluta que lo abarcaba todo en su teoría de la mecánica celeste. Leibniz en pleno apogeo de su misticismo, usando la aritmética binaria para intentar convertir al cristianismo al emperador de la China.

Wu meditó sobre la historia latente. No la cronología negativa de los años a. de C., sino una modalidad de acontecimientos inteligibles demasiado finos para quedar recogidos por ese mecanismo de criba que determina qué conjuntos de hechos hay que registrar y analizar como elementos de un patrón definido y cuáles hay que examinar meramente por su visibilidad en tanto que las partículas más gruesas del cedazo. Que cada periodo se considerara a sí mismo una Era de la Razón estaba latente en la historia específica de los dementes. Entidades diametralmente opuestas, había dicho Rob, que participaban cada una de la carne de la otra. ¿De veras el sincretismo permea todo mi pensamiento? Categorías históricas perdidas. Que no aparecen ni en forma de patrones ni como destellos radiactivos. Aquella búsqueda de las categorías perdidas se podía ampliar a un sujeto tan exquisitamente desagradable como el guano. La historia de la minería del guano. Los mercados mundiales del guano. La materia residual de ave contra la materia residual de murciélago. La renovación del suelo y los patrones del declive económico. Las técnicas de bombeo de toneladas de guano de murciélago, usando una serie de cilindros gigantes que luego son extraídos de las cavernas gracias a un sistema de transporte aéreo, y los beneficios del mismo.

Cerca de los fragmentos de cerámica encontró un espejo circular de bronce, con la superficie reflectante hecha añicos y el resto en bastante buen estado. Se trataba con diferencia de lo más interesante que hallaba desde que había empezado a explorar aquellas cuevas. Calculaba que dataría de finales del periodo de los Reinos Combatientes, que era el mismo periodo del que databa el cuenco con vidriado de plomo. Usó su lupa de bolsillo para examinar el dorso del espejo, su marco cóncavo y la banda cóncava que rodeaba el pequeño saliente aflautado que había en el centro exacto. Estaba a la vez sorprendido y nada impresionado por aquel elemento de diseño del espejo. Adornos geométricos abstractos ejecutados en relieve ultrafino. Un círculo de figuras que le recordaron a las ambiguas marcas de la piedra de Sangkan Ho. Lo sorprendente era lo puramente no figurativo que era el diseño, en apariencia carente de cualquier voluntad por parte del artesano de plasmar figuras animales o de cualquier otra clase, o de sacrificar cualquier forma de la realidad a los principios del diseño; lo más seguro era que no hubiera habido intención alguna de imitar una realidad. Lo que deslumbraba del espejo era la ausencia total de la decoración atiborrada, los motivos animales, las volutas de dragón, los diagramas cosmológicos, los jeroglíficos, las yuxtaposiciones sincréticas y el *b'ai kiu* o versos lúdicos así como otros tipos de inscripciones que habían caracterizado siglos enteros de la fabricación de espejos en China. Vislumbró varias zonas corroídas que habría que limpiar con una solución química a fin de eliminar el cloruro de cobre no deseado, agente de lo que se conocía como la enfermedad del bronce. Por supuesto, la antigüedad era una cosa. Europa, México, el Transvaal o el valle tectónico de África Oriental. La antigüedad era una cosa, pero la evolución inversa era otra bien distinta; el probable avance mental en la dirección incorrecta; el progreso hacia atrás. Una cosa era que los hallazgos estuvieran retrasando los orígenes humanos hasta un punto del tiempo mucho más remoto de lo que nadie había creído nunca posible; pero otra cosa muy distinta era (tal como recordó al pensar en la piedra de Sangkan Ho) encontrar señales de una cultura

avanzada cuanto más hondo se cavaba. Con su paleta dibujó y marcó una figura en el estiércol polvoriento:



Así empezamos a ver no sólo que nos remontamos a mucho más atrás de lo que antaño se estimaba, sino también que no existe aspecto alguno de la historia natural del cerebro o del fémur que obligue a deducir que las evidencias de nuestro extendido linaje deban mostrar un primitivismo cada vez mayor: un volumen craneal cada vez más pequeño, unos tipos más toscos de herramientas o una organización no humana del esqueleto. Debido a los interrogantes que seguían existiendo en relación con la atmósfera primitiva de la Tierra y con la antigüedad y naturaleza de los primeros organismos vivos, debido a factores todavía sin tener en cuenta (siempre existen factores todavía sin tener en cuenta), debido a la relativa velocidad con la que se habían desarrollado los sistemas moleculares complejos y a las estimaciones no rigurosas del tiempo que habían tardado aquellos diseños en elaborarse a sí mismos, a Maurice Wu le parecía que podía haber cierto elemento de verdad poética en la hipótesis de que tanto los humanos como sus precursores llenaban el enorme vacío primordial presente en los registros fósiles (un vacío que sólo ahora empezaba a esbozarse). Al no ser especialista en bioquímica tenía la ventaja de poder hacer conjeturas prácticamente libérrimas, y ahora usó esa ventaja para imaginarse que había tenido lugar una forma de evolución acelerada (un proceso que a fin de cuentas consistía en la simple suma de vida más tiempo) en algún recoveco olvidado de nuestros inicios genéticos, mucho antes de los inventores del fuego, de los pintores de cavernas, de los fabricantes de dagas de hueso, de los primates braquiadores y de los bípedos que se chupaban sus pulgares no oponibles. Aquella emergencia acelerada, algo superficial, se veía seguida en el esquema de Wu por un declive gradual que llevaba al punto en el que la capacidad craneal quedaba bastante por debajo del millar de centímetros cúbicos, que era justo donde las cosas se empezaban a poner interesantes en el estrato de Sangkan Ho. La verdad poética suele suscitar más interrogantes de los que el poeta novato está dispuesto a contestar; pese a todo, Wu estaba convencido de que se hallaban sobre la pista de algo importante.

Billy seguía meciéndose, disfrutando de la ilusión de que la habitación se vaciaba gradualmente de pensamiento agotado. Las sensaciones densas se reducían a sí mismas a puntos, líneas y planos. La bombilla carente de pantalla. La huella rectangular de la pared. El patrón que trazaban las vetas del suelo de madera. Las manecillas del reloj. El ángulo con que la luz subía por una pared. El cambio de función continuo en la configuración de la habitación (de nombre a verbo) debido al movimiento de Billy en la mecedora. Era posible que sucediera algo a las 14 horas, 28 minutos y 57 segundos de un día todavía por determinar. El número correcto de objetos. Los objetos espaciados a las distancias adecuadas. Las distancias definidas a distintos grados de luz y de sombra. La luz y la sombra determinadas por una distribución opuesta. Espacio y sólidos periódicos. Transiciones llenas de forma continua. Actos de la mente que determina los factores del tiempo.

Varios murciélagos depredadores pasaron volando en picado frente a un saliente de la roca y de inmediato subieron como una exhalación hacia el techo. Wu no pudo ver cómo mataban a continuación a sus presas en el momento mismo en que lo hacían (debido a la rapidez de los *megaderma* y al retraso de su propia reacción), pero sí consiguió «re-registrar» los acontecimientos (o bien encajarlos entre sí) a medida que las partes descartadas de una serie de

murciélagos durmientes iban cayendo al suelo de la cueva. Decidido a inspeccionar aquellas partes no comestibles, presumiblemente alas y cabezas, se puso de pie y caminó hacia la otra punta de la cueva, lleno de una mezcla infantil de aversión y de emoción, hacia las extremidades mutiladas y sin duda ensangrentadas que se concentraban en una zona con gran densidad de formaciones calizas. Al llegar allí se dio cuenta de que iba a tener que pasar pegado a unas rocas irregulares para alcanzar los despojos o acceder a la zona por un espacio que sólo permitía gatear. Empezó a adentrarse arrastrándose boca abajo por la abertura, que no era más larga que su propio cuerpo pero sí más angosta de lo que había esperado. Ya casi estaba al otro lado cuando se le apagó la llama del casco. La oscuridad era total, y se quedó paralizado sobre la roca. Intentó pensar más allá del nivel de la histeria sin paliativos. En el núcleo de su inmovilidad había un remolino de agitación (psíquica). Se pidió tranquilidad a sí mismo. Intentó combatir la ilusión de precipitación, de velocidad, de acontecimientos vertiginosos. No podía mover los brazos para alcanzar las cerillas que llevaba en el mono. Con una cerilla encendida no le costaría encontrar el camino hasta la mochila, en la otra punta de la cueva. Y en la mochila había velas. A la luz de una de aquellas velas podía rellenar con facilidad la lámpara de carburo. Pero parecía incapaz de moverse. Se dijo que tenía que pensar en aquel problema con calma. Al cabo de un rato consiguió entender las posibilidades que se le presentaban: o no se podía mover porque estaba rígido de miedo o porque estaba atascado en la roca. Se dio cuenta de que no estaba respirando como era debido y luego sintió escalofríos en la mitad superior del cuerpo. Intentó medir el alcance de su pánico, dirigirse a él y determinar su contenido. Volvió a exigirse calma total a sí mismo. Hizo balance de la situación y midió con tranquilidad la profundidad de su terror. Resultaba difícil retener un pensamiento durante más que unos segundos. Intentó concentrarse en el problema del movimiento, en la cuestión de si sufría rigidez involuntaria o atascamiento. Es un miedo irreal, se dijo. Es un miedo basado en unos fundamentos insensatos. Es un miedo sin fundamento. Mediante una serie de resúmenes incompletos intentó contarse a sí mismo lo sucedido: dónde estaba, cómo se sentía y cuándo podría volver a moverse. Pero lo de estar atascado... Era una posibilidad que no se podía quitar de la cabeza. Estar atascado comportaría algo a lo que él no conseguía poner nombre. Todavía tenía pendiente enfrentarse con la sensación de velocidad, con la precipitación de los acontecimientos (aunque estaba claro que no sucedía nada), con aquella prisa incontrolable en su mente, con aquella zambullida anuladora. Intentó recordar con exactitud qué había sucedido. ¿Acaso era una simple cuestión de oscuridad y nada más o también se le habían atascado los hombros en la angosta abertura? No estaba seguro. No se acordaba. Le daba miedo intentar escurrirse hacia atrás: aquello podría confirmar el hecho de que estaba atascado. Se le ocurrió que tal vez sería capaz de mover un poco los pies, las puntas de los pies, las manos y los dedos, y que eso demostraría que no era el miedo lo que causaba su inmovilidad. Su cuerpo entero no tardaría en quedar atrapado. Y de esa forma sabría que estaba atascado. No existía adaptación a la oscuridad ni ajuste de la visión en aquella oscuridad completa. Aquello no era una simple ausencia de luz, sino un estado propio, el estado de la oscuridad auténtica, ese aspecto de la nocturnidad que hace que las distinciones sean imposibles. Aquella oscuridad tenía una presencia especial. Estaba todo menos vacía. No era una simple ausencia de luz. Tenía una naturaleza que venía de antiguo. Poseía características intrínsecas. Era animal. Tranquilízate, pensó. Analiza el miedo y lo controlarás. Se puso a berrear. Sucedió antes de que se diera cuenta de qué estaba pasando y al cabo de un rato ya daba la impresión de que se había entregado a aquella lamentación igual que uno entra en un estado irreversible. Lo que salió de él fue una serie de sonidos cuasi rítmicos prolongados, intensos y lastimeros, marcados por el hecho de que era capaz de sostener cada alarido agudo mucho más tiempo del que habría creído posible bajo las circunstancias, bajo cualesquiera circunstancias.

r. Para evitar las asociaciones que suelen acompañar a ciertas palabras, hemos renunciado al lenguaje ordinario en nuestro estudio teórico de los patrones del razonamiento.

s. Al usar símbolos para denotar operaciones lógicas, hemos dado un gran paso de cara a eliminar la imprecisión, el matiz, la emoción y esa variedad de «significados» evocadores que se aferran a las palabras tanto escritas como habladas.

t. Al avanzar hacia unas conclusiones que son por su misma naturaleza inquebrantables, hemos intentado dejar de lado la intuición.

u. Las matemáticas solamente son correctas en la medida en que se lo permite la lógica.

v. En realidad, hemos desarrollado unos niveles argumentativos tan precisos que nos han generado la ansiedad aérea típica de ese efecto como de motor calado que tienen las metamatemáticas, un efecto que nos hace ver con claridad las limitaciones innatas de los sistemas formales, el derrocamiento de la prueba, la incompleción esencial del método axiomático.

w. Nos quedamos temblando de éxito.

x. ¿Acaso podemos formular teóricamente la existencia de un vínculo entre el rigor de esa falta lógica de decidibilidad y los límites estrictos que el lenguaje ha puesto en torno a sí mismo?

y. El lenguaje es el espejo del mundo.

z. Lo que todavía nos queda por aprender a decir aguarda nuestro intento imposible de liberar la realidad de las restricciones que ésta debe poseer siempre que haya humanos para engendrarla.

Wu llevaba toda la vida esforzándose por volverse chino. Su cruce de una esfera a la otra se estaba volviendo una carga en muchos sentidos, con el resultado de que lo que antaño había sido una tendencia a examinar y reforzar los aspectos orientales de su identidad se había convertido en necesidad perentoria y algo más. Las partes culturales no se podían equiparar; los idiomas no encajaban entre sí; las almas no se iluminaban la una a la otra. Aquéllos parecían ser los obstáculos a los que se enfrentaba. Su vida misma era una amarga contradicción de aquel principio dual de pensamiento en el que un elemento complementa a su contrario. El estado de unidad. El propósito único. La constancia y el acuerdo. Resultaba irónico que aquellos objetivos chinos intuitivos fueran justo lo que él no albergaba esperanza alguna de alcanzar durante los años que le quedaban de vida (a pesar de su relativa juventud). Durante sus estancias en una u otra división de la Academia China de Ciencias, nunca había sido capaz de creer que su presencia fuera nada más que un *intercambio* de algún tipo no específico, una forma de urbanidad científica recíproca en la que a un prehistoriador más bien anónimo de Occidente se le permitía entrar y salir informalmente del Instituto de Paleontología Vertebrada y Paleoantropología, que hablaba ocasionalmente el idioma chino con sus colegas, que a su vez (cumpliendo con los términos del contrato) respondían con expresiones tan elaboradas como carentes de significado: una situación susceptible de ser duplicada, hasta en la longitud misma de los pasos, en una universidad occidental (o lugar parecido), con un científico chino algo occidentalizado dando aquellos mismos pasos y usando esta vez el inglés como idioma.

Sonidos vocales emitidos en patrones significativos.

El idioma en sí, el chino, era una estructura profundamente entrelazada por la cual él intentaba orientar sus presupuestos interculturales. Volverse chino equivalía a repensarse a sí mismo, a entregarse a unas verdades ajenas. Necesitaba permitir que lo que había en él de aquella nación y aquella raza encontrara el camino a la expresión definitiva. Y era precisamente la vaguedad de aquella empresa lo que hacía que pareciera imposible; las generalidades que había que exponer en capas sucesivas; el conjunto de características personales que había que volver a escenificar de alguna forma; la fuente primaria que había que encontrar; la parte arraigada de él que había que leer y entender: 本

Corriendo el riesgo de incurrir en esa insensatez bien ordenada de quien examina demasiado su propia existencia, Wu estaba decidido a resistirse a la perspectiva del fracaso. A un nivel accesible de su ser, seguía considerando que el tema dominante era la unidad simple. El mecanismo unicelular del hombre en la naturaleza. La oración recitada de memoria durante tantos siglos de ciencia. Ser chino sólo en parte comportaba ser la diana de las afiladas ironías a las que su propia situación había conferido unas dimensiones precisas. Tomara la dirección que tomara, su pensamiento conducía a una misma metáfora gigantesca, y *ésta* era el objeto de su percepción irónica, *ésta* era el impedimento a su búsqueda personal.

La cueva estaba en silencio. Decidió investigar aquel silencio, examinarlo de forma sistemática, calibrarlo con detalle. Era cierto; ahora estaba seguro. En la cueva de los murciélagos reinaba el silencio. Esto significaba que sus berridos se habían detenido. Seguía sintiendo escalofríos húmedos en la espalda y en el pecho, pero su respiración se había vuelto bastante regular y ya no estaba berreando, se había liberado de la necesidad de berrear. Ya no parecía que los

acontecimientos lo estuvieran superando; ya no había ilusión de velocidad a la que enfrentarse. Todo estaba claro y se iba aclarando cada vez más. ¿Por qué había estado tan confuso antes y por qué estaba tan cerca de la lucidez ahora? No estaba atascado. Lo sabía con tanta seguridad como se puede saber algo. Solamente tenía que escurrirse hacia atrás y saldría de la abertura. No le cabía duda alguna. Era obvio. Lo único que tenía que hacer era arrastrarse hacia atrás, sacar una cerilla de su mono, encenderla, encontrar el camino de vuelta a la mochila, sacar una vela de la mochila, encenderla, sacar el carburo de repuesto y rellenar la lámpara. Y eso fue lo que hizo, todo ello en cuestión de minutos, y no le costó nada y ya estuvo hecho, todo ficción, pensó Jean, preguntándose qué haría falta para «recordar más allá» del ocre y el hollín del arte cavernario, hasta llegar a la razón misma de que aquellos artistas primitivos descendieran a los sectores más remotos de las cavernas y aplicaran sus pigmentos a unas paredes casi inaccesibles, aunque tal vez lo intrincado de su viaje y lo aislado del escenario representaran la naturaleza secreta de la historia que se contaba en la pintura en sí, todo ficción, pensó ella, toda ficción tiene lugar al final de este proceso de arrastre, raspado y jadeo, de este recuerdo secreto de la muerte. Respirando ahora de forma regular, Wu se metió la mano por debajo del mono y del jersey para tocarse el *wu-fu*, un movimiento tranquilizador; sintió el colgante con forma de murciélago frío en las yemas de los dedos, frío y ligeramente húmedo de tanto que había sudado. Y pensó: ya no soy candidato a comisionado de la mierda. Hora de comparecer ante Rob, regresar al trabajo de campo y dejar que estos mamíferos voladores nocturnos excreten en paz. Tras encender de nuevo la lámpara, guardó el residuo dejado por el carburo antiguo en un recipiente hermético, donde no podía dañar a ningún ser vivo. Oyó que los murciélagos durmientes empezaban a chillar y silbar. Notó movimientos aquí y allá. Algunos habían echado a volar, unos cuantos, la gran mayoría todavía cloroformizados en la misma posición en que dormían, suspendidos dentro de aquella piel que se contenía a ella misma. Mientras él recogía sus cosas, los silbidos aumentaron gradualmente de volumen y más murciélagos bajaron disparados del techo, presencias pequeñas y apenas definidas, atravesando la luz tenue con sus bruscos virajes y sus carambolas. Wu se sentó junto a su mochila, preguntándose dónde estaría la abertura que les permitía encontrar la noche. Conciencia de murciélago enloquecida, pensó. Debo de haber dado la impresión durante un rato de ser en parte murciélago, o bien alma en pena ululante asignada a la muerte del mismo pueblo de las hadas. Alas por todas partes. La cueva entera parecía ser una sustancia en pleno desmorone, transformada sin parar en algo que se mostraba cada vez más desesperado por verse aliviado de aquel descontento endémico. No se desveló ningún patrón especial, sino que los murciélagos siguieron aglomerándose en subdivisiones por lo general circulares de masas más grandes, el estruendo de las alas al batir aumentó de volumen, seguían viéndose *megaderma* aquí y allá, desplazándose a lo largo de sus trayectorias de vuelo homicidas, con sus pequeños remolinos privados de trastorno y sangre, todos los murciélagos guiados por emisiones orientativas de frecuencias ultrasónicas, los encantos animales de la ecolocación, pensó él (los niños eran más sensibles que los adultos a aquellas ráfagas de frecuencias altas), unas emisiones que partían de los orificios nasales de los murciélagos en pleno vuelo pero que él se preguntaba cómo se interpretarían a su regreso, decidiendo que las orejas por sí solas no bastaban y que el cerebro también debía de intervenir, algún inteligente centro acústico que permitía a cada criatura aeronáutica clasificar en pleno tránsito la naturaleza del objeto que interceptaba y devolvía el sonido originalmente emitido. La cueva se había convertido en una locura viviente. Debía de haber millones de murciélagos. Se estaba volviendo más fácil detectar los espacios entre murciélagos que a los murciélagos individuales en sí. Luego incluso aquellos espacios empezaron a esfumarse. Ecos de retumbar de alas con la magnitud de una catástrofe natural aterradora cerniéndose sobre un pueblo. Wu se echó a reír. No sabía qué estaba pasando. Había estado en docenas de cuevas de murciélagos, pero jamás había presenciado una salida en masa y no conseguía ubicarla en ningún contexto lógico. Era un fenómeno incoherente. El increíble bramido tormentoso de las alas. La sensación de una vida demente que manaba de lo que sólo un momento antes había sido una serie de superficies de piedra caliza. El número vertiginoso de murciélagos. El frenesí de su retirada. Observó cómo las pequeñas bandadas de murciélagos se

separaban de los grupos más grandes y pasaban volando junto a una columna de caliza en dirección a lo que él supuso que era el pasadizo que los llevaría a la noche abierta, y se imaginó a sí mismo al otro lado de aquella abertura, viendo cómo emergía la colonia, primero en forma de pequeñas bandadas, cuadrillas y grupitos, a continuación en forma de unidades mayores, avanzadillas seguidas de la masa principal, volando cerca de la boca de la cueva mientras los demás murciélagos salían en tromba, una salida que requirió un rato bien largo, a medida que los círculos se amontonaban, figuras cada vez más precisas formando una enorme columna temblorosa, el embate del viento arreció, la columna creció en estatura y por fin la caverna se vació, desapareció de ella hasta el último asomo de movimiento individual, todos eran uno ya, un enorme vuelo en espiral que se alejaba susurrando hacia su estancia más allá de los árboles. Y como le gustaba sentirse deslumbrado, Wu, en su rincón de la cueva, cavilando sobre el mecanismo reflectante de todo aquel instrumental de navegación, se quedó sentado riendo hasta entrada la noche.

ME QUEDO UN RATO MÁS SENTADO

Billy se mecía en la mecedora de Endor mientras Edna dormía y Softly abandonaba su cama, cogía el ascensor, recorría la pasarela, subía por la escalerilla metálica, emergía de la cápsula, se adentraba por una serie de pasillos y por fin se detenía frente a una puerta en concreto. Lo peculiar de aquella puerta era que tenía un cerrojo de hierro por la parte de fuera. Softly corrió aquel cerrojo para que bloqueara la puerta y se volvió para el ascensor.

Jean Sweet Venable seguía despierta para poner a prueba su propia tenacidad, la persistencia de su severa decisión de hacer frente al dolor de ser consciente de ella misma. El arranque del peligro de la fe verdadera. El final de la propia presencia impecable. La inminencia del miedo en sí. (Ella confiaba en la solidez de los títulos). Menudo remanso de tranquilidad en estado puro ocuparíamos si fuéramos capaces de escondernos de vez en cuando del pensamiento, la percepción, el sentimiento, la voluntad, la memoria y la imaginación mórbida. El dormir no ayudaba. De hecho, los momentos previos al sueño eran sus momentos de mayor indefensión mental. Una sensación de conciencia semidespierta inducida artificialmente. Una anestesia no del todo completa. Complejos procesos mentales de repetición letal. Horror vacío. Miedo en combinaciones carentes de espacio. Un diseño fijo que incluía la muerte pero también algo más. El sueño en sí era una mejora, aunque no siempre. El periodo posterior al sueño solía ser un poco mejor que el periodo anterior, pero a veces era peor, cuando la falta de control volvía a sugerir una traicionera anestesia. ¿Por qué no nos resultaba posible descansar de vez en cuando en algún éxtasis tropical de inexistencia? Porque, con independencia de los fármacos, las curas, los letargos, las disciplinas y las medicaciones, no había forma de huir (ahora estaba en el suelo, buscando cierta página en blanco) de la imposibilidad de huir. Tal vez Jean hubiera llegado a la conclusión prematura de que la mujer del libro no se le parecía en nada, absolutamente en nada. El nombre que él le había puesto. Le resultaba imposible pensar en ella misma con un nombre así, y, sin embargo, los nombres son las insignias animales que llevamos, adjudicados no sólo por una cuestión de necesidad práctica sino también para hacer de subíndice de la persona interior, de índice primitivo del alma, ¿y cómo podía estar ella segura, con o sin instintos sibilinos, de que el nombre que el novelista le había adjudicado no encontraría finalmente el alma adecuada que ponerse? Los diálogos que él había escrito. Cosas que ella no diría bajo ninguna circunstancia, pero ¿cómo podía ella saber qué palabra o palabras quedaban todavía por decir? El personaje sufría desmayos. A veces el personaje se pasaba noches enteras sentada frente a una puerta. Al personaje le apestaba la ropa interior. Reflejos sucesivos. En mitad de la escritura de *Famosos tartamudos*, Jean se había imaginado a sí misma como un gigante literario de la Modern Library. Reteniendo aquel título aun después de descubrir que no era tan preciso técnicamente como habría sido *Famosos que tartamudearon*, llenó un número limitado de páginas con un comentario relajado (no era el texto más profundo del mundo) sobre la neurosis del tracto vocal; sobre la posibilidad de que el tartamudeo (la interrupción del flujo de palabras) fuera, igual que la glosolalia (el flujo de palabras sin fin), un ejemplo de conducta aprendida que requería una práctica negativa o des-aprendizaje; sobre el fenómeno de ser alienado uno por la propia voz; sobre el miedo a las palabras entendido como amenaza a la cordura. Se preguntaba ahora, buscando a gatas su página en blanco, cómo había podido esperar alguna vez completar la multitud de páginas que hacen falta para que el libro que uno está escribiendo lo convierta en candidato a gigante literario de la Modern Library. Estaba claro que para quienes la sufrían (Aristóteles, Esopo, Darwin, Dodgson, Moisés y Virgilio, entre aquellos personajes lo bastante famosos como para ser mencionados en el texto), la tartamudez representaba en cierta medida la «maldición» de la comunicación verbal, la sinuosa ruta asfaltada que lo traía a uno desde el ruido puro de la infancia. También era la «grabación» de los procesos mentales de uno, un registro espontáneo de ese pandemonio secreto al que la infancia es propensa a menudo. Imagina, no tartamudo, el terror que entraña esta pregunta tan sencilla:

—¿Cómo te llamas, niña?

Lo que había terminado por el momento, desde su renuncia a escribir un libro de no-ficción sobre el Logicon, no sumaba más que un puñado escaso de páginas. Algunas de aquellas páginas

hasta tenían escritas palabras. Pocas, sí, muy pocas, tenían palabras garabateadas o tecleadas aquí o allá, empezando por la cabecera de la página. Las demás, que ella consideraba de todos modos parte del puñado escaso de material que constituía el primer borrador, carecían de contenido formal, aunque las páginas estaban claramente numeradas y por tanto se podían distinguir entre ellas. La misma página que ella estaba buscando por el suelo estaba numerada pero por lo demás en blanco, y, no obstante, se distinguía de las demás páginas no sólo por el número, sino también por la naturaleza y la cualidad de las palabras que todavía no había escritas en ella. Para vencer el bloqueo tónico del habla; para dominar las palabras; para vivir sin la voluntad interior de tartamudear. El habla de ella nunca había sido vacilante, espasmódica ni costosa en ningún sentido. ¿Qué satisfacción había (si es que había alguna) en el conocimiento anticipado (si es que se producía) de que uno estaba a punto de tartamudear? ¿Existe acaso un tipo de mente (científica, fabulística, poética) que crea en la necesidad de las pruebas psíquicas continuas, que necesite ver confirmada su propia imagen lógica del infierno viviente? Su infancia había estado relativamente libre de estrés. Había caminado, hablado y jugado sin complicaciones graves. *Gigg* (según le habían contado aquellos que se decían sus padres) era la primera palabra que había dicho. Una chica atolondrada, una criatura que giraba sobre ella misma. Encontró la página que buscaba al levantar unas prendas de ropa, debajo de la cama. La examinó, percibiendo sin dificultad que la clase de escritura que acabaría llenando aquella página tenía un aspecto, un sonido y un tacto distinto de la escritura que ella iba a confiar a todas las demás páginas en blanco, de la misma manera que aquellas páginas blancas restantes serían distintas entre ellas. Por supuesto, desde aquella percepción tan clara y sencilla sólo había un pasito hasta la idea visionaria de que no hacía falta llenar las páginas en blanco, confiar ninguna clase de escritura a aquellas páginas. Aquellas páginas ya estaban acabadas. *Ella ya sabía* qué aspecto tendrían con palabras escritas. *No hacía falta* idear aquellas palabras y ponerlas sobre la página. Desde su postura arrodillada, examinó la habitación en sí. En cada rincón de la habitación en donde mirara había páginas de aquéllas, casi todas numeradas y en blanco, dispersas por las diversas superficies de su ropa desperdigada. Inmenso desaliño desmañado. Se quedó despierta para prolongar aquel estado de cercanía al sueño que representaba el nivel más traicionero de la indefensión. Era como pasarse la vida entera estupefacta de la peor de las maneras, depresión permanente por falta de sol, la mente incapaz de entender nada que no fuera su propio miedo, lo improbable que era que consiguiera huir de su conciencia de sí misma. De manera que un día aquellas páginas, aquellas páginas numeradas, contendrían una obra de ficción de Jean. Y la ficción estaría acabada cuando las páginas quedaran acabadas, cientos de ellas, o miles, casi todas en blanco, fáciles de imaginar con ciertas clases de palabras escritas. Jean decidió que necesitaba aire, aire nocturno, que necesitaba salir de allí, aunque fuera un momento. Pero no consiguió abrir la puerta. Parecía que la puerta estaba cerrada con cerrojo por fuera.

La primera palabra en latín que había dicho en su vida (de acuerdo con quienes afirmaban haber sido sus maestros) era *pupilla*, una palabra que tiene ese encanto indirecto de querer decir «huerfanita» al mismo tiempo que se refiere a la pupila del ojo, una conexión basada en el hecho de que cuando una niña mira su propio reflejo en miniatura en el ojo de otra persona, lo que ve es una figura femenina en el centro de una serie de círculos concéntricos, una muñeca solitaria dentro de una habitación espiral, una huerfanita, ella, confinada en la pupila de un ojo ajeno. ¿De quién es este ojo, pensó Jean, que estoy mirando tan de cerca? ¿Qué espero encontrar mezclado con mi reflejo en el centro de ese iris frío? Se quitó la ropa, se reclinó en la cama y esperó a que su amante de tamaño infantil abriera la puerta y, al hacerlo, entrara con dos embates casi simultáneos en la habitación y en la mujer que ocupaba la habitación.

Softly, más animado, estaba en su aposento, en su cama, en pijama, un rajá sumido en el éxtasis relajado de una visión culminante. ¿Qué importaba que ya hiciera tiempo que se había identificado la divergencia respecto al tipo como rasgo ineludible de la gente inadaptada a su entorno? El tamaño, ¿qué era el tamaño? ¿Qué importaba la pigmentación a la luz de la apasionada ciencia de la mente? El antro era una caverna, en la práctica. Y en las cavernas, recordemos, no hace falta tener un tamaño especial, ni color en la piel, ni siquiera tener ojos que

vean. En ellas triunfan quienes carecen de pigmentación. Las formas de musgo microscópicas. Los aparatos ópticos degenerados. Quienes estaban mal equipados en cualquier otro lugar, en esta curva austral invertida se contaban entre los seleccionados por la naturaleza. Uf, qué putada: ¿eso es una nariz o una trompa?

—Lester.

—¿Puedo entrar?

—Por supuesto.

—Rob, te quería preguntar una cosa.

—Coge una silla.

—¿Qué te dijo Dent?

—¿Dent, Dent?

—Fuiste a ver al viejo Dent, ¿no?

—Al submarino —dijo Softly.

—Pero no me contaste lo que te había dicho.

—¿Qué le pregunté yo?

—Le preguntaste por los aspectos metalógicos del problema.

—Me dijo que aritmetizara. Ahora me acuerdo. Me dijo que reemplazara cada afirmación por una declaración teórico-numérica. Estaba sentado en una tumbona.

—Vale, que aritmetizaras —dijo Bolin—. Es bastante obvio. Pero ¿cómo me ayuda eso con la máquina? En términos concretos, ¿qué hago? ¿Cómo conecto las cosas? ¿Qué va dónde?

—Dijo algo del sistema de transmisión. A mí me sonó bastante vago. Yo no me preocuparía por eso, Les. Lo importante es el lenguaje, no la máquina. Ni siquiera sé por qué hice ese viaje. Había un eunuco a bordo. Y Dent tenía una piedra. ¿Qué es eso que hay en mi escritorio?

—Es algo de bronce. Un espejo. Está envuelto en yeso y arpillera, pero queda al descubierto una parte. Un artefacto genuino, me da la impresión.

—Debe de haberlo dejado ahí Maurice Wu. Un regalo de Maury, seguro. Acaba de bajar de las laderas. Tápallo, por favor. Échale ese albornoz por encima.

—De todas maneras, el vidriado tampoco está en muy buen estado, Rob.

—Tápallo —dijo Softly.

A Bolin le parecía que podía ser interesante complementar el simbolismo lógico de los caracteres de su máquina de escribir con una notación metalógica muy distintiva, una especie de tipografía nazi (súper-Hollywood-gothic) con blancos internos amplios y remates gruesos y ampulosos. Supondría un contraste estricto, captaría la atención y subrayaría con energía la existencia de un rigor lógico. De momento, sin embargo, no sabía cómo de en serio se tomaba aquella idea.

Para la máquina en sí, tenía planeado usar valores codificados lógicamente en vez de números, salvo en la esfera metamatemática, donde la necesidad de aritmetizar requería numerar las expresiones formales (si podía averiguar cómo hacerlo), teniendo en cuenta que en aquel caso las series de números naturales no empezaban ni con el cero (Peano, Hilbert), ni con el uno (Dedekind), sino, por razones técnicas relacionadas con las constantes lógicas y con sus negaciones, con el menos uno (Lown, Bolin).

Proyecto Logicon Menos Uno.

A Bolin le encantaba el lustre metálico de la máquina. La ranura para meter monedas ya casi estaba acabada. A Lester le encantaba la ranura para las monedas. Llevaba tiempo planteándose la posibilidad de usar pintalabios o pintura o lápices de colores para hacer marcas formales en la «cabeza» y el «torso». Figuras ritualísticas abstractas. Protogeometría de alguna clase. Se imaginaba a Rob y Edna cuando lo vieran. Se los imaginaba metiendo monedas en la ranura y oyendo cómo el chisme hablaba Logicon. Ingenuidad a la antigua usanza, pensó Bolin, recordando sin razón aparente la profesionalidad intachable de la que había hecho gala la joven, la reportera, cuando él le había planteado aquella petición tan poco delicada en mitad de su entrevista; la cuasi vacilación inigualable que había empleado entre la petición de él y la respuesta en forma de pregunta de ella («¿Tan importante es para usted verlo?»). Él le había mostrado su órgano sexual por la más inocente de las razones. Aunque no podía identificar dicha

razón de forma específica, sí que estaba convencido de que era inocente. Le había mostrado su órgano y había pedido ver el de ella. La gente lo hacía de forma habitual. En general, la gente lo hacía de formas socialmente más complejas, de acuerdo. Pero en su arranque momentáneo de inocencia él lo había hecho directamente. Aquello, según la mayoría de los criterios, no lo convertía a él ni en una amenaza ni en objeto de piedad. Bolin sabía que no era ninguna de ambas cosas. Lo que había hecho él era, a su manera, un caso de ternura enigmática, ejecutado y articulado en plena neblina de quien acaba de despertarse, un acto que aquella misma circunstancia volvía inofensivo, el embrujo que el sueño ejercía sobre el intelecto. Revelar sus genitales era una forma de habla soñolienta. Y era eso justo lo que había hecho, la conversación que había intentado llevar a cabo, aunque no tuviera ni idea de por qué había sucedido. Seguramente, su motivación no se podía conocer. Lo más seguro era que el origen de aquella motivación hubiera que buscarlo en uno de aquellos impulsos tan próximos a la esencia electromecánica de las cosas que obligaban a conectar haces de microcables al cráneo y reducir la base de aquella acción a una mera investigación de fenómenos neurales, o bien de formas oscilantes sobre papel de gráfica. Las marcas ritualistas, en cambio, pensó, seguro que les hacían gracia. Aquel sistema androide primitivo. Aquel primate sintético que hablaba. Su mujer estaba en el granero reformado y él estaba en el antro, en el aposento de Softly al que acababa de entrar Walter Mainwaring con un montón de documentos debajo del brazo.

—Hay noticias —dijo.

Softly hizo un llamamiento general y al cabo de un momento Edna Lown y Maurice Wu entraron en el espacioso cubículo. Todo el mundo estaba pendiente de Mainwaring, que, mientras organizaba los documentos que tenía en el regazo, trabajando con su eficiencia enérgica de costumbre, haciendo gala de su habitual confianza, con aspecto pulcro, saludable, listo y espabilado, se estaba preguntando qué ingredientes exactos habría en aquel intensificador sintético que Softly le había convencido para que tomara hacía un rato, afirmando en su favor (palabras textuales de Rob) «la tendencia a producir ideas inalcanzables de otras maneras», y no había duda de que se sentía bien en aquel momento, puede que en un punto mentalmente álgido, aunque no sabía si aquello justificaba la ansiedad de tener que pasar por un periodo inicial de respiración extrañamente espaciada y habla errática. Softly les mostró la más blanca de sus sonrisas. Todos estaban ansiosos por oírlo empezar.

—No hemos, repito, todavía no hemos detectado evidencia alguna de que haya ningún mogujero en la galaxia o fuera de ella. Sin embargo, tenemos la sensación de estar progresando. En Técnicas Cósmicas, mi base de operaciones en Toronto, contamos con equipos de silfidización trabajando veinticuatro horas al día. Es importante para nosotros encontrar un mogujero, porque el análisis de los compuestos silfidizantes puede ayudarnos a confirmar los hallazgos más recientes, que estarán ustedes de acuerdo, creo, en que son bastante sorprendentes, pese a ser provisionales. Usando información recogida por satélite, instrumentos situados a bordo de globos y, sobre todo, un aparato de reciente invención llamado cuantificador de ecolocación, creemos haber seguido el rastro de las señales de radio hasta su misma fuente.

—Cuéntenos —dijo Softly.

—El origen del mensaje es el planeta Tierra.

—Fascinante —dijo Lown, intentando infundirle a la palabra un tono reverencial.

—Las señales se originaron en algún lugar de este planeta. Después fueron absorbidas por cierto componente de la totalidad mogujérica. Y por fin se vieron reflejadas de vuelta hasta aquí, donde las captó el telescopio de síntesis del Experimento de Campo Número Uno.

—Es tremendo —dijo Bolin.

—Nuestro análisis indica que la materia desaparecida del universo seguramente esté contenida en los mogujeros, tal como los postuló el mismo Mohole. Que las señales de radio eran claramente artificiales y no ninguna clase de emisiones naturales. Así como el hecho de que las señales se originaron casi a ciencia cierta en un sistema solar situado a x número de años luz del centro de la Vía Láctea y ubicado en el brazo espiral del plano galáctico, y encima en un planeta relativamente cercano al núcleo solar de ese sistema, un planeta que tiene un periodo sideral de

revolución en torno a su sol de x días a una distancia media de x coma x millones de kilómetros y un periodo de rotación axial de x horas y x minutos, las cifras exactas están en esta carpeta de abajo, y un radio medio de x kilómetros y una masa de x veces x elevada al número x de kilos.

—Prodigioso —dijo Softly—. Esto es absolutamente prodigioso.

—La silfidización es un proceso del todo nuevo. En cuanto penetremos en los secretos de los mogujeros, en la falta de leyes, por llamarlo así, del fenómeno mogujérico, estamos convencidos de que llevaremos a cabo unos avances maravillosos de cara a entender la estructura y la dinámica constitutiva del universo.

—Walter, eres un prodigio. Ya sabía yo que lo conseguirías.

—Todavía tenemos que confirmarlo, Rob.

—Como dije en su momento, Walter era la última persona que necesitábamos para que todos los elementos terminaran de encajar. La última mente afín. Maury, hálbanos. Te toca a ti. Cuéntanos qué has averiguado.

Maurice Wu estaba sentado repanchingado hacia delante, asintiendo lentamente, con los codos apoyados justo encima de las rodillas, las palmas entrelazadas y los dedos apuntando hacia abajo. Se quitó las gafas, las sostuvo en alto, examinó las lentes y se las volvió a poner. Se inclinó de nuevo hacia delante, asintiendo con la cabeza.

—Muy bien, capacidad craneal y también de las partes no craneales. La cosa va mucho más allá de los homínidos encorvados con instrumentos de guijarro. Encontramos postura moderna, capacidad craneal moderna y locomoción moderna. El trabajo en los estratos avanza muy despacio. Todo el mundo está decidido a mantener una cautela extrema. El análisis de todos los hallazgos debe ser minucioso hasta lo indecible. La extracción de los desechos incrustados. La reconstrucción de los huesos rotos. Los exámenes microscópicos. Muy bien, ¿y qué nos va a traer la fase siguiente? ¿Cuán lejos nos van a llevar los estratos? ¿Hasta qué clase de entidad viva y pensante? Ahora mismo lo único que puedo contar, aparte de todo lo que ya os he contado, es que se ha encontrado parte de una mandíbula. Me lo acaban de notificar. Y contiene reemplazos fijos de varias piezas dentales. Un puente, en otras palabras. De momento, nadie sabe todavía qué material se empleó para hacer el puente.

—Maravilloso —dijo Bolin.

—Yo personalmente llevo tiempo convencido de que lo que la excavación parece indicar es justo eso. Que en el pasado muy remoto de este planeta vivió una especie que se parecía al hombre moderno tanto exteriormente como en el resto de los sentidos. En el nivel intelectual he conseguido aceptar esto sin reservas. Ahora, gracias a Walter, sabemos con exactitud lo que esa gente era capaz de hacer, en el plano tecnológico. Eran capaces de emitir señales de radio al espacio. Con el tiempo puede que descubramos muchas más cosas de ellos. ¿Sabéis una cosa? Lo que ha dicho Walter me ha recordado que hace un tiempo hubo una serie de expertos en ingeniería de reactores que tuvieron problemas para explicar los detalles de lo que creían que había sido una reacción nuclear espontánea acaecida en un depósito de uranio hace más de mil millones de años. No todo encajaba. Se produjo una reacción en cadena, cierto. Lo indicaba la composición extraordinaria del uranio. Pero no era probable que las condiciones que permitieron aquel acontecimiento se hubieran dado bajo las circunstancias que imperaban en aquella época y en aquel lugar. Así pues...

—Ahí lo tenemos —dijo Softly.

—No sé qué quiere decir —dijo Wu—. Pero ahí lo tenemos. Tal vez la reacción fue lo bastante intensa como para causar una serie de explosiones de magnitud considerable.

—¿Para qué especular? —dijo Softly—. Ya tenemos lo que necesitamos.

—Efectivamente —dijo Bolin—. Un modelo maravilloso de verdad.

—Entre bueno y excelente —dijo Lown.

—Si menciono el asunto del uranio —dijo Wu—, es solamente para sugerir la posibilidad de que a nuestro impulso evolutivo original lo siguiera un periodo de degeneración que quizá estuvo conectado con las enfermedades causadas por la radiación y similares. Luego, empezando con la fabricación tosca de herramientas, las cosas vuelven a progresar hasta llevarnos al punto que

ocupamos en la actualidad. Puede que la respuesta a la que hemos llegado aquí sea la misma que llevamos conociendo, aunque sin ser muy conscientes de ella, desde el principio. Hemos usado una forma prescrita, casi se podría llamar un ritual científico, y nos ha reportado más sorpresas y emociones de las que seguramente contengan los estratos.

Mainwaring levantó la vista de sus notas.

—Resumiendo —dijo.

Todos miraron a Mainwaring.

—En el pasado incalculable de este planeta, un grupo de humanos transmitió un mensaje de radio al espacio. No sabemos si esa gente estaba dirigiendo sus señales a un sistema solar en concreto, hacia un grupo enorme de estrellas cercanas; o bien si conocían la existencia y la naturaleza de la totalidad mogujérica y eran perfectamente conscientes de que su mensaje regresaría al planeta Tierra en un momento específico del futuro: un mensaje que, además, tendría una mayor probabilidad de conservarse y ser detectado, si tenemos en cuenta los terremotos, la erosión y la deriva de los continentes, en forma de transmisión de radio que de cápsula del tiempo o cualquier otra modalidad de artefacto sellado.

—Aplauso —dijo Bolin.

—Ahora lo único que necesitamos para terminar el ejercicio —dijo Softly—, es el Logicon en bandeja, servido por Edna y Les. Lo importante es que sepamos responder al mensaje, independientemente del contenido en un sentido u otro.

—Sólo recibimos lo que nosotros damos —dijo Mainwaring—. Hemos reconstruido a la entidad FAOR y resulta que somos nosotros.

A Edna le dio la sensación de que le sobraba aquel último discursito pretencioso. Ella y Bolin fueron al cubículo de éste y se pusieron a trabajar de inmediato. En la mesilla de la máquina de escribir estaba la vieja Royal portátil. Del rodillo sobresalía una hoja de papel. En el suelo, entre las patas de la máquina de escribir, había una radio de onda corta. Sobre el escritorio había una fotografía enmarcada de Lown y Bolin posando formalmente en una pequeña parcela de césped de algún campus, los dos medio vueltos hacia la cámara y medio mirando al otro, con las manos unidas detrás de la espalda, Edna con la pierna izquierda un poco extendida y Lester con la derecha también adelantada, con un jarrón grande y no muy interesante colocado justo en medio de las dos figuras de pie (sólo con fines compositivos, estaba claro). El tono gris apagado de la foto y el marco deteriorado intensificaban su dignidad artificial. Por encima de la radio, de la mesilla, de la máquina de escribir, del escritorio y de la fotografía, desplegada de lado a lado de una de las mamparas, estaba la excéntrica pancarta de Lester. El camastro consistía en un bastidor revestido de lona. A la butaca le faltaba un brazo. Había sábanas tiradas sobre la mayor parte del escritorio. Todo, pensó ella, mirando la suciedad que tenía entre los pies: todo está aquí.

UN *SOUVENIR* INUSUAL

Billy pulsó las teclas INFO.

—Al habla —dijo una voz masculina.

—¿Estoy hablando con una cinta?

—Ni mucho menos.

—Bien, quiero la ubicación de una persona. Es una visita. Se llama Venable.

—El apellido primero.

—Venable.

—¿Hombre o mujer?

—Femenino.

—Sector de invitados veintiuno.

—¿Cómo se va hasta allí?

—Eso dependerá, ¿no?

—Dependerá de donde esté yo, imagino.

—Eso pienso yo —dijo la voz.

—Maricón.

Tardó un rato en encontrar la zona. Las puertas no sólo estaban cerradas sino que también carecían de indicaciones. No se veía a nadie por ninguna parte, lo cual lo llevó a pensar que debía de ser o de noche o muy temprano por la mañana. Había una puerta, sin embargo, que tenía un cerrojo por fuera. Llamó y oyó la voz de Jean, muy lejana, un murmullo tenue y nervioso. Abrió el cerrojo de la puerta y entró. Se la encontró acostada bajo varias capas de ropa de cama, sábanas y mantas. Por todos lados había hojas de papel, todos en blanco. Jean parecía desesperadamente fatigada, con la cara vacía de toda fuerza motriz. En ella no se le veían más que los rasgos, la forma, la extensión, las proporciones de las distintas partes en una arena de silencio blanco. Billy estaba más cerca de la puerta que de la cama.

—¿Estoy despierta?

—Sí —dijo él.

—Bien, porque es necesario.

—Bien.

—Porque, si no, no podría sentir con claridad que soy de verdad yo misma.

—¿Le puedo preguntar qué hora es? No veo reloj por ninguna parte, pero a lo mejor usted tiene uno entre la ropa.

—Sé mentalmente qué hora es. He estado contando las horas para ayudarme a permanecer despierta. Ya ha amanecido, creo que hace rato que ha amanecido. Ésa es la hora, más o menos. He estado contando las horas mentalmente.

—Bien.

—¿Bien por qué?

—Porque eso quiere decir que todavía nos faltan unas horas para que pase, porque creo que va a pasar hoy, lo que tenga que pasar, si es que pasa algo, y no me gustaría que sólo faltaran unos minutos. De otra manera, si no fuera hoy, ¿por qué no iba a haber un calendario o algo parecido en la habitación de Endor que mostrara también la fecha? Se lo quería comentar a usted. Luego me toca bajar otra vez y decírselo a los demás.

—¿Alguna vez has sentido que tu cuerpo no era tuyo?

El exceso de belleza había desaparecido, así como la sensación de que ella había creado un espacio entre lo que pensaba y lo que a veces decía, aquella cadencia cantarina de niña, aquel aire encantador que medio esconde un dolor discontinuo, señales todas de una inteligencia temible. También se había perdido la sensación de lo que manaba de ella, las luces, las señales de compromiso sostenido, aquella plétora terrenal de juventud sin cribar, las conexiones, las medidas netas del ser, y su falta deliberada de compleción, la naturaleza no del todo comprometida de su conocimiento de sí misma, una mente que se aferraba en parte (hasta ahora, el enfrentamiento) a un fantasma de alteridad. Lo que quedaba se podría denominar el inicio experimental de todo. A ella le parecía que podía ser lo que siempre había estado allí. Lo

vislumbraba de vez en cuando, vagamente consciente de lo que había en común entre una cosa y otra, luchando por permanecer despierta, por pensar y ser, por ver al yo incurable. Siempre la esperanza enterrada de un momento de aurora. Aquel amanecer magnético de la primera existencia. Lo que quedaba no estaba sometido a análisis. Era simplemente lo que se había ganado, o cedido, dependiendo del punto de vista.

—¿Alguna vez has dejado de sentir la presencia de una parte en concreto de ti, como por ejemplo cuando eras pequeño y te preguntabas si tu pie seguía en su sitio bajo las sábanas pero tenías miedo de mirar o de palpar?

—Seguramente es algo de lo que me acordaré mejor cuando sea mayor.

—Suponiendo que llegues.

—A Descartes lo enterraron sin la mano derecha.

—¿Qué le pasó a la mano? —dijo ella.

—Que alguien se la llevó.

—¿De recuerdo?

—Exacto.

—Qué historia tan maravillosa —dijo ella—. Me mantendrá despierta durante horas.

Sentada en la butaca de un solo brazo, Edna Lown examinó la vieja foto que había en el escritorio cercano, sin conseguir, como de costumbre, encontrarle el humor que Bolin veía en aquella pareja envarada de figuras. A continuación trabajaron durante mucho rato. Lester le habló de su idea de una tipografía nazi que sirviera de contraste entre el Logicon y el meta-Logicon. La introducción perfecta a un periodo de descanso, anunció ella. Volvió a examinar la fotografía y por fin fue consciente de qué tenía aquella foto para llevar tantos años inquietándola, de qué (además del hecho de que no conseguía satisfacer el sentido cómico de uno ni tampoco atenuar los callejones sin salida de la reminiscencia) le hacía pensar que había algo irregular en ella. No tenía nada que ver con aquel jarrón ridículo, ni tampoco con su obediencia ceremoniosa a las relaciones estrictas, ni con lo espantosamente mal que le quedaba a ella la ropa. Era una cuestión de izquierda y derecha. Al tomarse la foto, ella había estado a la izquierda del recipiente, con la pierna derecha estirada. Todo aquel tiempo había tardado en acordarse con claridad de los arcos góticos en la lejanía, de los olmos, de los Buicks acorazados llenos de alumnos existencialistas de primer curso, de su propio cuerpo en relación con todas aquellas cosas, de las pistas de tenis, de los aspersores encendidos entre la hierba. En la foto ella estaba siendo «señalada» por el asa derecha del jarrón, y era su pierna izquierda la que estaba estirada. Por supuesto, Lester estaba justo al revés. Hecho contra imagen. La foto siempre había tenido aquel vago aire de no estar bien. Ahora ella sabía qué era lo que lo causaba. La foto estaba del revés. De alguna manera, el negativo había sido invertido y en la impresión resultante Lester y ella no sólo se habían cambiado los lugares en relación con el recipiente, sino que habían experimentado un ajuste correspondiente en términos de izquierda-derecha individual. De aquí y allí. De entonces y ahora. Casi parecía que se habían pasado los años transcurridos desde entonces impugnando sus lugares respectivos a ambos lados de un eje vertical de simetría.

—Tengo entendido que Mainwaring ya ha encontrado algo.

—¿Qué ha encontrado?

—Tengo entendido que ha encontrado un mogujero —dijo Bolin.

En su silla giratoria, Mainwaring se estaba preparando para informar a Softly de sus hallazgos más recientes. En aquella fase todavía no sabía cómo encajar aquella información en el modelo que estaban a punto de completar, y al que solamente le faltaban los últimos toques del lenguaje transgaláctico en sí, el medio que les permitiría responder a las entidades FAOR. En cierto sentido era extraño estar respondiendo a una gente que (en cierto sentido) ya no existía. Pero lo importante, dijo Rob, es que Wu ha postulado una secuencia evolutiva nueva y que yo he encontrado el origen de las señales de radio en la Tierra. Es la misma inutilidad del Logicon, dijo Rob, lo que hace que el proyecto sea un acto puro del intelecto y por consiguiente enriquecedor por encima de todo. Si se hubiera determinado que las entidades FAOR no eran moradores de la Tierra sino extraterrestres (y que el mensaje se había originado, por ejemplo, en un sistema solar

situado en la otra punta de la galaxia), el proyecto entero, según Rob, habría quedado en jaque. Transmitir una respuesta real a los remitentes reales del mensaje (o a las generaciones que los habían sucedido) supondría no haber entendido nada. Además, dijo Rob, esas generaciones posteriores somos *nosotros*. Mainwaring suspiró. Tomó el sendero rumbo al cubículo de Softly. Estaba ansioso por marcharse, por regresar a Técnicas Cósmicas y a algo parecido a la normalidad, si es que se puede considerar la identificación de mogujeros una tarea normal. Lo que le habían comunicado sus equipos de silfidización le había supuesto un *shock* y medio. Lo habían conseguido. En su mapa de contornos de colores (generado a partir de datos telescópicos y análisis informático), se habían encontrado a sí mismos observando la mancha incolora de un agujero de absorción, un punto del mapa que indicaba una zona del espacio donde todas las emisiones, procedentes de todas las clases de fuentes, estaban siendo absorbidas por los compuestos silfidizantes exo-iónicos.

—Cierra con pestillo al entrar —le dijo Jean.

En la cama, Softly escuchó cómo Mainwaring, con aquella humedad tan poco característica en la frente, explicaba que se trataba de la primera prueba fehaciente que se obtenía de la presencia de mogujeros en el universo.

—Y has analizado los compuestos y de esa manera confirmado la trayectoria de las señales de radio.

—Así es —dijo Mainwaring.

—Gracias, Walter. Eres un triunfador en todos los sentidos.

—Pero eso no es todo, Rob.

—¿Algo importante?

—No lo sé. De verdad que en este punto no estoy seguro.

—Porque ya estábamos por cerrar la jornada.

—Me resulta difícil de evaluar en este punto.

—Pues si no reviste una urgencia tremenda, dejémoslo para otro momento.

—Lo que parecen haber descubierto es que nosotros estamos dentro del mogujero, si es que ésa es la forma adecuada de expresarlo. Que nuestro sistema solar parece tener una intensidad mogujérica elevada. Que formamos parte de la dimensión del valor oscuro. Llevábamos todo este tiempo ansiosos por identificar un mogujero en alguna parte de ahí fuera. Pensábamos que nos ayudaría a confirmar la trayectoria del mensaje de radio. Y ha sido así, en efecto. Aplicándolo de forma más general, estábamos seguros de que arrojaría una luz valiosa sobre todo el fenómeno de los mogujeros. Pero nunca nos esperamos encontrar un mogujero tan cerca de aquí, tan cerca de nosotros. Al parecer acaba de suceder, es algo extremadamente reciente, estamos en pleno proceso. Todo lo que nos rodea, hasta llegar al planeta más lejano e incluso al Sol mismo, nuestro Sol, nosotros, todos los que estamos aquí, la gente, la materia y la energía, formamos parte de un mogujero, estamos en él, tenemos una intensidad mogujérica elevada.

—Pues yo me siento igual que siempre —dijo Softly.

—Rob, no lo sabemos. Es así. No sabemos qué quiere decir. Hablamos de espacio-tiempo silfidizado. Estamos tratando con la relatividad mogujérica. Con un número de dimensiones posibles más elevado de lo que nos habíamos imaginado jamás.

—Todo eso es aburrido. Lo que pueden percibir los sentidos. Nimbo arpón rémora.

—Hemos usado zorgs —dijo Mainwaring.

—Pensaba que habíais usado zorgs para rastrear la señal.

—Para eso no nos hicieron falta. Nos han hecho falta para validar la existencia del mogujero.

—Pues era el plan original. Usar zorgs para rastrear la señal. Era ahí donde se suponía que encajaban los zorgs.

—Pues no ha salido así.

—No es importante —dijo Softly—. No hay de qué preocuparse.

Mainwaring miró cómo salía de la cama y se vestía. Luego los dos se encaminaron al ascensor. Softly escrutó la oscuridad mientras Mainwaring comentaba que quería ver qué telegramas

habían llegado, por si acaso había más noticias de sus equipos de silfidización. El ascensor subió lento y haciendo los ruidos de costumbre.

No hace falta poner por escrito las palabras. Tú ya sabes qué aspecto tendrá cada página, y con saber eso ya basta. En realidad no hay más que eso. Existe toda una clase de escritores que no quieren que sus libros se lean. Hasta cierto punto, eso explica su prosa enloquecida. Si formas parte de esa clase de escritores, expresar lo expresable no es la razón de que escribas. Hasta resulta vagamente embarazoso que te entiendan. Lo que quieres expresar es la violencia de tu deseo de que no te lean. Es la fricción del público lo que enloquece a los escritores. Esa gente va a leer lo que escribas. Y cuanto más entiendan ellos, más vas a enloquecer tú. No puedes permitir que sepan de qué estás escribiendo. En cuanto lo sepan, estás acabado. Si formas parte de esa clase, lo que tienes que hacer es o no publicar o asegurarte del todo de que tu obra deje a los lectores tirados por los márgenes. Esto no es solamente lo que permite que exista literatura, sino que también es indispensable para tu salud mental. Yo, en cambio, pensó ella, represento un aspecto distinto. Páginas en blanco. Tanto la prosa como los personajes, la historia y el escenario me los quedo yo. Soy la única que sabe qué hay en esas páginas. Se trata de unas páginas inteligibles, cuerdas y carentes de violencia. Es la forma más cuerda que hay de escribir si uno es propenso a la locura, y yo la he descubierto sola cuando Softly la penetró de rodillas, con la baja espalda y la pelvis de ella trazando una curva ascendente desde la superficie de la cama, con las manos de él en las caderas de ella y atrayéndola hacia sí, con el cuerpo (de ella) inflado y amoratado, con los brazos (de ella) extendidos hacia atrás en dirección al cabezal de la cama, empujando con las manos contra aquel panel para atraerla con más fuerza al cuerpo de él, o bien para hacer que el cuerpo de él fuera parte incondicional del de ella. Fue el más breve de los episodios sexuales. Ella fue casi ella misma, o eso sintió, un cuerpo devuelto a su peticionario secreto con una voz que hablaba en la oreja peluda de él (una maldición rezumante rutinaria), que a ella le recordó el graznido callejero de las excavadoras en los solares vacíos de la periferia de aquella ciudad ultraescultural que tal vez hayas visto desde las ventanillas de tu tren impuntual. Él se alejó de la cama con saliva en los labios y con esa pátina marina y aerodinámica en el centro del cuerpo, órgano de sangre fría flácido y acuático, con su brillo de neón, humedecido por las secreciones de la vulva de ella. La fuerza de él no la sorprendió. Es algo que todos suponemos, por una pura cuestión de superstición. Las diversas aflicciones de uno son la base material de una competencia secreta. Sacada a la fuerza de la cama, ella estiró el brazo de forma instintiva para encontrar algo a lo que agarrarse, a lo que aferrarse, una pieza firme de algo, y se encontró con una sábana en la mano, caliente, o eso le pareció, arrastrada por el suelo, nada sorprendida por la fuerza de él, luego a la izquierda, mientras se abría la puerta del armario, y ella esperó educadamente con su sábana caliente hasta verse empujada y arrojada al interior, homúnculo, demente, mi amante de tamaño infantil, abotonado en esta pequeña oscuridad, en esta mirada hacedora de huérfanos de la noche, *a-chiiis*, con abrigos y vestidos en mi pelo, odio esperar el destino de la llave que gira.

Pero esta vez él no se molestó en cerrar con llave. Cerró la puerta, sin llave, se vistió y se marchó a sus aposentos. Lester estaba hirviendo agua para el té. Edna también estaba en la zona de la cocina. Con las voces apagadas por la fatiga. Exceso de actos reflejos, pensó Softly. Inquietud, excitación, exceso de alerta. Necesidad de suministrarme a mí mismo cierta relajación forzada. Se desvistió, se puso el pijama térmico, tiró su maletín sobre la cama y se metió debajo. Abrió las correas y buscó en el interior algo que olisquear, tragar o lamer, lo que fuera, siempre y cuando contuviera el agente moderador apropiado. Mainwaring estaba en la entrada. Iba vestido con ropa de camuflaje. En la solapa del bolsillo de la pechera llevaba escritas con plantilla las iniciales WXM.

—Rob, vuelvo a ser yo.

—Adelante, ¿por qué no?

—He estado redactando una carta de dimisión. Había planeado dejártela en tu escritorio. Pero dado que estás aquí, me parece correcto que resolvamos esto cara a cara.

—¿Qué ha provocado esto?

—De hombre a hombre —dijo Mainwaring—. ¿Qué ha provocado esto? Lo que ha provocado esto ha sido la notificación más reciente. Está todo en mi carta. ¿Quieres verla?

—Decídelo tú.

—La llevo en el bolsillo.

—Bien dobladita, supongo. O eso, o es la dimisión más diminuta de toda la historia empresarial.

—¿Quieres verla ahora?

—Léemela.

—Tal vez sea lo mejor.

—A mí plin —dijo Softly.

Mainwaring permanecía en la entrada.

—«A Robert Hopper Softly —leyó—. Como tal vez sepas, o no, Rob, nuestra organización madre, Laboratorios OmCo, ha sido adquirida por medio de una compleja transacción bursátil por S. I. G. L. A. S., un veterano monopolio especulativo internacional que opera más allá de los límites marítimos. En casos como éste, la reorganización es el procedimiento estándar. Por consiguiente, es razonable suponer que todas aquellas empresas subsidiarias que han quedado absorbidas, como por ejemplo la Corporación para el Redesarrollo de las Técnicas Cósmicas, el Centro para el Perfeccionamiento de las Estructuras Ideacionales, el Consejo de Prioridades para Repensar la Relatividad, el Experimento de Campo Número Uno, los Amigos Afiliados del Proyecto Logicon, la Sodalidad de la Ciencia Chino-Estadounidense y demás organizaciones de construcción de modelos terminarán su andadura o serán reestructuradas hasta quedar irreconocibles. En el mejor de los casos, podemos estar seguros de que se prescindirá de los servicios de todo el personal que actualmente se encuentra involucrado en la creación de políticas. Es, por consiguiente, con sincero pesar que entrego mi renuncia».

—¿Y ya está?

—Fin del comunicado.

—Adquiridos por S. I. G. L. A. S.

—Elux Troxl.

—El mismo.

—O como se llame.

—Sociedad de cartera de guano —dijo Softly.

—Eso mismo.

—Defensor en sentido no abstracto de la mierda viviente.

—Reservas de guano, fijación de precios y posterior distribución —dijo Mainwaring—. Y toda la operación informatizada hasta un punto y un nivel de complejidad nunca antes conocido.

—Me gusta la ropa que llevas, Walt.

—Rob, como tu identificación con OmCo es mayor que la de nadie, doy por sentado que también vas a dimitir. Es lo mejor. Te apremio de forma personal. Es lo que sinceramente pienso y creo.

HAGO MI ENTRADA

Sabe lo bastante como para saber que no le hace falta cerrar con llave la puerta del armario. La cosa sucede por etapas, igual que mis páginas. Abrigos, vestidos, tejidos, telas, productos textiles, género. Mucho que hacer por aquí. No falta actividad. Tocar la tela, oler el tejido, cubrirme los pies con la sábana. Dormir no ayuda. El periodo previo al sueño es mi momento de mayor indefensión mental. El sueño en sí mismo supone una mejora, pero no siempre. El periodo posterior al sueño no suele ser tan malo como el periodo previo al sueño, pero hay veces en que es peor. La muerte es pura lógica al acecho. Es acechantemente lógica. La muerte y algo más. SINÓNIMOS, pensó ella: enajenación, desvarío, locura, manía, demencia. Nombres que denotan condiciones de incapacidad mental. La *enajenación* es una condición pronunciada y habitualmente prolongada de desorden mental que hace que una persona no sea legalmente responsable de sus actos. El *desvarío*, una forma romántica de la *enajenación*, puede denotar perturbación mental aliviada de forma intermitente por periodos de *locura*. La *locura*, un término más genérico, a menudo hace hincapié en el aspecto descabellado de la enfermedad mental. La *manía* se refiere sobre todo a la fase excitada de la psicosis maníaco-depresiva y todos sabemos quién sufre ese desorden en concreto, con su reloj priápico hiperactivo haciendo tictac al compás de su horario interno. La *demencia* implica un deterioro mental irreversible causado por pensar de forma obsesiva en desórdenes orgánicos tales como la muerte. No me costaría nada nada nada abrir esa puerta. O bien:

Tomaron el té en los aposentos de Softly, para variar. Después de oír a Mainwaring leer su carta de dimisión, Softly había decidido pasar de un relajante a un estimulante. Ahora estaba sentado entre sus almohadones, con la taza en la mano, y oliendo el oscuro souchong.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Tú sigue trabajando, Lestercito. Termina la notación.

—¿Y qué pasa con Mainwaring y Wu? —dijo Edna Lown.

—Supongo que no tardarán en marcharse.

—Tengo un deseo apremiante —dijo Bolin.

—Cuéntanoslo, Les.

—Quiero llamarte Bobby.

Softly sintió que su cerebro se dirigía a toda velocidad hacia algún acontecimiento químico de naturaleza altamente sospechosa. Dio un sorbo de té. Número de pulsaciones. Grado de náusea. Sudor de las palmas. Rubor en la cara. Dio otro sorbo de té. Edna prepara bien el té, si es que éste lo ha preparado Edna. Pero creo que ha sido Lester, que me quiere llamar Bobby.

—Ni hablar.

—Mírame los labios —dijo Bolin.

—En serio, Les, ni hablar.

—Mírame los labios.

—Vale, ya los miro.

—Bobby.

—No me habría querido perder esta experiencia por nada —dijo Softly.

—¿Estabas mirando?

—Con mucha atención —dijo Softly—. ¿Y qué hay de Edna? ¿Edna estaba mirando?

—Fijamente —dijo ella.

—Bobby.

—Ni hablar —dijo Softly.

—Es un deseo que he tenido siempre. La verdad es que no sé por qué. Lo más seguro es que no nos vayamos a quedar mucho más por aquí. La notación está saliendo bien. De manera que he pensado en darme el capricho por fin. En ceder al impulso. Es divertido decirlo.

—Bobby —dijo Edna.

—Exacto.

—Bobby, Bobby.

—Me lo he pasado muy bien aquí —dijo Lester—. Nunca creí que sería capaz de producir en abundancia con este aislamiento. Me siento como Kepler en su tiendecita. Kepler tenía una tienda de campaña que llevaba a todas partes con él. Siempre que le apetecía hacer alguna observación, la plantaba en medio de un prado o donde fuera. Una tienda individual. Pequeña, estrecha y oscura. Con un agujerito para sacar por él el telescopio. Se sentaba a oscuras y observaba. Con el cielo entero entrando por aquel agujerito.

—Calla —le dijo Softly.

Billy estuvo a punto de tropezar con el cable del generador. Oyó las voces y se dirigió directo al cubículo de Softly. Entró y se quedó a un metro más o menos de la puerta. Los demás reaccionaron a su llegada con miradas de desagrado inquisitivo. Tal vez se habían olvidado de él. (Ah, sí, el chaval, a saber dónde habrá estado). Él los vio, incómodos ante aquella ligera sorpresa, recobrar lentamente la compostura, intentando recordar caras e indicios.

—He descifrado el mensaje —les dijo.

—Qué anuncio tan encantador —dijo Softly—. No sabía ni que fueras capaz de poner el ascensor en marcha. Sospecho que has estado deambulando por ahí.

—Fui a unos cuantos sitios ahí arriba, pero también me perdí bastante, sobre todo de regreso.

—Nos alegramos de verte, en serio y de verdad, pero no hagas anuncios, por favor. Creo que ya hemos tenido bastantes.

—Puede que pase algo a cierta hora.

—No nos interesa.

—Las pulsaciones se tienen que interpretar como la hora de un reloj. Cuando sea esa hora, no sé qué pasará pero es posible que pase algo.

—Mira, amigo, el mensaje es indescifrable. El único valor que tienen las señales es habernos llevado a iniciar el proyecto Logicon. El mensaje salió de esta parte de la galaxia, de este sistema solar, de este planeta, y se mandó hace «millones» y «millones» y «millones» de años. Eso es lo único que tenemos que saber de ese mensaje. La tarea que nos queda es armar una respuesta en un lenguaje cósmico universal. Da igual cuál sea la respuesta. El contenido no es la cuestión. De manera que no vayas por ahí diciendo a la gente que has descifrado el código. No hay código que valga la pena descifrar. Si por puro accidente te has encontrado con una interpretación que parece tener cierta cantidad de sentido desde un punto de vista matemático, no queremos oírla.

—¿Entonces para qué estoy aquí?

—Estás aquí para ayudar a Edna y a Lester con el Logicon —dijo Softly—. Y si existe una categoría de falta de resultados que esté más allá del fracaso total y risible, creo que los resultados de tu participación pertenecen a ella.

—¿Y qué me dices de antes de que bajáramos aquí?

—Aquella parte fue una preparación para esta parte. Necesitabas los antecedentes, la actividad, el otro lado del problema. No es posible llevar a la práctica un concepto sin los preparativos necesarios.

—En todo caso, he descifrado el código, os guste o no.

—Estás empezando a hablar como una especie de genio idiota.

—Haz comentarios.

—Tal vez prefieres entregarte a cálculos mentales absurdos en lugar de hacer algo valioso, algo de valor incalculable para la ciencia y la mente.

—Adelante, di la tuya, no me importa.

Edna Lown se levantó y se marchó para volver al cabo de un momento con una taza de té recién hecha.

—Si es cierto todo eso del mogujero —dijo ella—, tal vez deberíamos escuchar lo que el muchacho tiene que decir.

Se marchó otra vez del aposento de Softly y esta vez regresó con Mainwaring, que apenas era capaz de contener la ansiedad por aceptar la carga que conllevaba en momentos como aquél el hecho de tener un conocimiento especializado.

—Sí —dijo—. Es posible que vaya a suceder algo extraordinario. Allí donde se da un espacio-tiempo silfidizado, el nivel de impredecibilidad es extremadamente alto, o eso pensamos. Las leyes simplemente no son las mismas. En cierto sentido, ya estamos desperdiciando el tiempo por el mero hecho de hablar del tema. No hay nada de qué hablar.

—No digas esas cosas —dijo Softly.

Bolin hizo una propuesta. La radio de onda corta. Si está pasando algo raro, alguien en alguna parte lo habrá detectado, o por lo menos habrá captado un indicio parcial. La radio de onda corta. Un anuncio. Un boletín. Cualquier cosa. Es la forma más rápida que tenemos de obtener información.

Se alejó correteando por el sendero en dirección a su cubículo. Los demás lo esperaron sin decir nada. Lester regresó con la radio, la dejó en una silla y desplegó la antena. A continuación ocupó la silla de delante. La antena era enorme, el doble de alta que el propio Bolin. Se puso a girar sintonizadores, captando estática atmosférica, gemidos y gritos, embarcaciones, taxis, camiones de bomberos y pitidos de satélites de investigación. Mainwaring se acercó a Billy con sigilo hasta detenerse a su lado.

—Hemos usado zorgs —le susurró.

—¿Para qué?

—Para identificar el mogujero.

—Los zorgs son inútiles.

—Pues los hemos usado —dijo Mainwaring.

—Pero si prácticamente no hay nadie que sepa qué son.

—Softly lo sabe, ¿no?

—Él es uno de los pocos.

—Pues Softly nos explicó cómo se podían usar los zorgs. Y yo informé a mis equipos de silfidización. Sin los zorgs jamás habríamos encontrado el mogujero.

—Asombro.

—Lo que pasó fue que Softly quería que los usáramos para encontrar el origen de la señal. Pero para eso no nos hicieron falta. Nos hicieron falta para el mogujero.

—Muy asombroso.

Bolin acababa de sintonizar un noticiario, que se vio interrumpido al cabo de unos segundos por un boletín relacionado con una persona sospechosa que se había atrincherado en un edificio comercial.

—Un agujero es un estado de energía negativa sin ocupar —susurró Mainwaring—. La teoría de agujeros incluye la «creación de pares», que es la creación simultánea de una pareja de partícula y antipartícula. Los agujeros se mueven, igual que parecen moverse los mogujeros, de la misma manera en que una partícula discreta se puede separar de una serie continua y densa, dejando atrás su antipartícula o agujero. Lo que Softly nos indicó era que los zorgs ofrecen un modelo matemático perfectamente funcional de teoría de agujeros.

—Nunca se me había ocurrido.

—Los zorgs nos permitieron abordar el problema de la silfidización de formas que habrían resultado inconcebibles sin ellos. Tuvimos que aprender a ver los zorgs no como números sino como fenómenos, de la misma manera en que las partículas no son cosas sino fenómenos. La naturaleza continua-discreta de los zorgs es lo que en realidad nos ayudó a resolver los aspectos matemáticos necesarios de la relatividad mogujérica, e hizo que la identificación de los mogujeros acabara siendo casi inevitable.

—Bastante interesante.

—Las cosas son interesantes sólo hasta cierto punto —susurró Mainwaring—. Y después ya no lo son en absoluto.

—La idea de que los zorgs se puedan aplicar.

—Experiencia y pensamiento puro. La mente y el mundo. La realidad externa y la deducción abstracta independiente.

—¿Por qué lleva usted ropa de camuflaje?

—Es ropa de camuflaje selvático. Hace muchos años que la tengo planchada y lista. La verdad es que no sé por qué. Pero ahora me ha parecido un buen momento para ponérmela.

Softly hizo un gesto pidiendo silencio.

—Nuestras unidades móviles están esperando —dijo el locutor.

Hubo una pausa.

—Habla la unidad móvil veintidós —dijo otra voz—. El sospechoso atrincherado ya lleva varios minutos de fuego cruzado con la policía, y cada detonación de su arma arranca unos ecos nítidos en este distrito comercial desierto, mitigaciones inservibles de ese silencio que tanto pesa a esta hora de la madrugada en las ciudades yermas. Un agente de policía lleva desde que todo esto ha empezado hablando por un megáfono, y su voz superintensificada le añade un aire teatral al procedimiento. La niebla se está posando sobre la zona, capas sucesivas de condensación. En este tejido granuloso de cuasi luz, cada remanso entre disparos queda bañado en una sensación confortable como de holgazanear en la cama, esa sensación que todos conocemos de seguridad ociosa, de intimidad varada: engañosa, por supuesto, igual que todo momento relajante de desenredo, aunque al mismo tiempo constituye una imagen no del todo falsa de la urgencia vagamente amortiguada que prevalece aquí esta mañana, de estos acontecimientos que se desarrollan con esa armonía encarnadora de los sonetos. Desde lo alto de los vehículos de policía, las familiares luces giratorias acribillan la neblina mientras el sospechoso recarga y dispara, quizá consciente de la naturaleza clásica de su situación, del campo de energía en el que habita momentáneamente, del trance solitario del poder, de los niveles de encuentro y aislamiento cuya emergencia él ha provocado. El acto de avistar por la mirilla de su arma tal vez sea esa liberación que lleva buscando desde siempre. Una ambulancia, blanca y con ribetes oscuros, ronronea huraña cerca de allí. Un tirador de la policía con chaleco antibalas levanta su arma y apunta. Ésta es la esencia de todo, ¿verdad, oyentes? Un breve resplandor voraz en el aire inmediato. Un destello letal de equilibrio perfecto. En medio de la niebla y la calina de un recóndito distrito de almacenes, les habla el control móvil para dar paso una vez más a nuestro estudio.

—Hola, seguimos con tráfico, meteorología, recetas de cocina y crítica. Pero primero un breve aviso de parte de la sección de ciencia. Lo más probable es que hoy tenga lugar un eclipse de Sol imprevisto, más o menos, según dice aquí, en la otra punta del mundo. Hay retenciones poco importantes en las vías de acceso a los aeropuertos. Otra ruptura de una cañería de agua en plena noche, aunque es la primera que me señalan aquí, de manera que volvamos con el control móvil.

—La persona sospechosa ha estado gritando una serie de comentarios ininteligibles. Está plantado frente a la ventana, gritando, alternando entre disparos y gritos, ofreciendo una figura vagamente melancólica en el medio templado de esta niebla rica y espesa. La histeria eléctrica empieza a propagarse. Ahora la policía está disparando ráfagas rápidas, una docena aproximada de tiradores apostados en las calles, los tejados, los portales y las ventanas. Salta a la vista que la policía y la persona sospechosa han acordado abandonar la supuesta realidad mientras nosotros hacemos una pausa aquí para poner a prueba nuestro instrumental de contraste de señal clara: probando, probando, esto es una prueba.

Softly se pasó el dedo índice por la garganta para indicarle a Bolin que apagara la radio.

—Eclipse —dijo Lown.

—Sólo es un rumor —dijo Softly.

—Tal vez no sea imprevisto —dijo Bolin—. Tal vez sea algo que tenía que pasar de todas maneras.

Mainwaring negó con la cabeza.

—Anomalía celeste sin parentesco.

—No digas esas cosas —dijo Softly.

—¿Ha muerto la ciencia? —dijo Bolin.

—Me encantaría saber qué está pasando —dijo Lown.

Mainwaring se encogió de hombros.

—No hay nada que decir. Es posible que esto sólo sea el principio. No hay nada que ninguno de nosotros pueda decir para aclararlo.

—No digas esas cosas —dijo Softly.

—¿Cuándo va a pasar? —dijo Bolin.

—Han dicho que será hoy —dijo Lown.

—¿Según qué cómputo del tiempo? —dijo Softly.

—Si ha dicho que será hoy, debe de querer decir hoy en su franja horaria, en la de la radio, en la de quien sea que emite —dijo Lown.

Mainwaring hizo una mueca.

—Es obvio que no va a tardar mucho. Sea en la franja horaria que sea y donde sea que se ha originado la emisión, el eclipse va a suceder. Y eso es lo único que importa, pienso y siento y sospecho yo.

Softly volvió la cabeza para apoyarla en el más grueso de los almohadones de seda. Los demás abandonaron su aposento y desfilaron lentamente hacia el exterior, Terwilliger, Lown, Mainwaring, Bolin. Aunque estaba presionando la cara contra el almohadón, Softly tenía los ojos abiertos. Las palabras, ya estén aisladas o combinadas, tienen significado; conectan, reflejan. Piensa con claridad, se urgió a sí mismo, girando la cabeza y levantando la vista hacia el espacio enorme y oscuro que componía la mayor parte del antro. Algunas rocas de pequeño tamaño se desplomaron sobre la barrera. Oyó dialogar a sus colegas. Tenemos que cambiar los términos y buscar la confirmación, pensó. Eso nos ayudará a pensar con claridad, nos ayudará a prepararnos para las condiciones que puedan acompañar a esa anomalía celeste sin parentesco. Saber con certeza cuándo, qué, dónde y cómo; es necesario. Levantó la vista cuando oyó que el generador pasaba a entonar un zumbido más sonoro, y cogió su albornoz. Mierda, meados y corrupción. Era una expresión que se remontaba a varias décadas atrás (en el contexto especial de su vida), y cuando le vino a la cabeza, Softly reaccionó igual que reaccionaba a todos y cada uno de los recuerdos espontáneos de su infancia y su adolescencia, con una sensación abominable tan pronunciada que le causó una incomodidad física clara, le hizo sudar y temblar, aquel estado de aversión intensificado por el hecho de que al ponerse el albornoz había dejado al descubierto el espejo de bronce que Wu le había dejado en la mesa. Fue a toda prisa a coger una toalla.

UNA MEDIDA DESESPERADA

Mientras caminaba hacia el cubículo de Wu, Softly vio que Lester salía de la cocina y se alejaba por el sendero hasta su habitáculo, donde se sentó frente al escritorio de plástico y se puso de inmediato a hacer listas sencillas de cosas, usando lápiz y papel. La satisfacción que habitualmente le producía a Bolin ir tachando los elementos de una lista de encargos o tareas mentales, a medida que se iba ocupando de ellos, no se acercaba ni mucho menos al placer que ahora le producía hacer listas de cosas y ponerse a tacharlas sin que hubiera ninguna actividad relacionada con ellas, mental o de otra clase. Se concentró en las listas más simples, apuntando los días de la semana y luego tachándolos, uno a uno; los nombres de los objetos que tenía en su campo visual inmediato; los nombres de los objetos que probablemente tenía detrás; las prendas de ropa que llevaba puestas; los meses del año; las marcas de cigarrillos; las marcas de coches; sus sabores favoritos; las religiones del mundo; las capitales de los estados; las principales exportaciones de cada país. Por fin se puso a hacer listas de números enteros. Escribía los enteros no por sus nombres sino por sus símbolos, a razón de una docena aproximada de números por lista, a veces más, que a continuación se dedicaba a tachar. Resultaba tremendamente agradable hacer listas de números enteros, mucho más que de ninguna otra categoría, series ordenaditas como padrenuestros numéricos. ¿Por qué no se había dado cuenta antes de que hacer listas de cosas y tacharlas resulta mucho más satisfactorio que hacer listas de cosas, actuar en base a esas cosas y sólo *entonces* tacharlas?

a. Siento la tentación de decir: dame una galleta.

Maurice Wu ya había hecho su equipaje y estaba listo para irse. Daba la impresión de que Maurice siempre estaba entrando o saliendo, siempre estaba enrollando sacos de dormir o cerrando mochilas. Esta vez estaba saliendo, por supuesto, y no sólo para hacer un poco de espeleología miscelánea en las laderas. No había sillas, de manera que no invitó a Softly a sentarse.

—¿Te has enterado de lo que está pasando?

—Sí —dijo Wu.

—Tenemos que confirmarlo. Quiero confirmarlo. Con franqueza, no soporto el hecho de no saberlo con seguridad. ¿Va a haber un «eclipse» o no? ¿Pensamos quedarnos aquí «hablando» y esperar a que suceda?

—Yo ya me iba.

—Quédate —le dijo Softly.

—Me espera mi trabajo de campo. Quiero volver a trabajar sobre el terreno. Estoy ansioso por marcharme.

—Un poco más.

—¿Cómo confirmamos algo así? Algo así no está sujeto a confirmación, ¿verdad?

—Piensa.

—En todo caso, han dicho que iba a pasar, ¿verdad?

—En estos momentos se trata de un simple rumor.

—Lo han dicho por la radio, ¿verdad?

—Han dicho que es «probable que pase».

—Lo que necesitamos es algo completamente fuera de lo ordinario.

—Piensa, «Maury».

—¿No hubo alguien que contó hace poco que habían traído a una mujer que supuestamente podía percibir cosas situadas más allá del ámbito del presente inmediato?

—Mal —dijo Softly.

—No es más que una mujer de los arrabales de alguna ciudad que supuestamente tiene visiones inexplicables del futuro. ¿No dijeron que estaba en uno de los complejos? Siendo examinada por expertos en tal y cual disciplina. Llena de cables, agujas y cosas de ésas. Algo completamente extraño e inesperado. Eso necesitamos.

—Nammu zendo baba.

—De acuerdo, es una medida desesperada.

—Quiero que sea algo específico. Nada de videntes, adivinos, augures ni clarividentes. Esto es un proyecto científico.

—Estoy intentando acordarme de su nombre. He estado oyendo hablar de esa mujer. Parece un caso interesante. Al parecer tiene ataques o entra en trance. Y entonces hace lo que hace. Me acuerdo de haber pensado que su nombre sonaba a equipo de fútbol grecoestadounidense.

—Esto va en contra de todas mis creencias.

—Adáptate un poco —dijo Wu.

—No me entusiasma.

—Es mejor que nada.

—De hecho, odio la idea.

—Skia Mantikos.

—¿Qué es eso?

—El nombre de la mujer —dijo Wu—. Significa «profeta de las sombras».

Lester Bolin estaba plantado en una habitación sin muebles, mirando fijamente la «cabeza» de su Logicon metálico. En quimono y botas, Edna Lown estaba reclinada sobre su escritorio. En la mano, en la de Lester, había un aparato provisto de un interruptor automático que emitía órdenes fotoeléctricas. Cuando Wu abandonó su cubículo y se encaminó a los teléfonos de campaña que había junto a la unidad de primeros auxilios, vio a Billy salir de ella con el pulgar izquierdo envuelto en un vendaje reciente. Softly estaba otra vez en la cama y Mainwaring asegurándose de que sus documentos volvían a estar guardados, su archivador vacío y su paraguas listo. La densidad del tiempo lo envolvía todo.

—¿Qué te pasa en el dedo?

—Me he cortado al abrir la última carta de propaganda comercial que me ha llegado.

—A veces el papel corta —dijo Wu.

—Lo que pasa es que en el último segundo he visto que la carta no era para mí. Iba a nombre de R. H. Softly. De manera que se la he entregado a él y he ido a curarme el corte.

—¿Y has visto el regalo que le traje de la cueva de los murciélagos?

—No.

—Un espejo chino antiguo.

—¿Qué valor tiene?

—No tiene precio.

—¿Tanto?

—Por lo menos.

—Has cometido una gran equivocación —dijo el chico.

—¿Por qué?

—No se lo tendrías que haber enseñado, solamente digo eso.

—¿Por qué no?

—Porque odia los espejos. Jamás se acerca a ellos. Deberías ir a llevarte ese espejo antes de que él vuelva.

—Ya ha vuelto —dijo Wu.

—Seguramente debe de haberlo tapado. Por eso no lo he visto. Los tapa. Siempre hace lo mismo.

—¿Por qué?

—¿Se lo quieres preguntar?

—Supongo que no.

—¿Y tú adónde vas, por cierto?

—A llamar por teléfono.

—¿Para qué, para pedir comida china?

—Muy gracioso —dijo Wu.

—¿Comida para llevar?

—Quiero ponerme en contacto con una mujer. Es una medida desesperada, lo admito. Pero tal vez ella nos pueda decir qué va a pasar.

En quimono y botas, Edna Lown estaba reclinada sobre su escritorio. Bolin se encontraba en una habitación casi vacía de una zona de almacén y mantenimiento situada junto a la parte superior del foso del ascensor, contemplando el objeto achaparrado que había allí, en medio de la chatarra, el aserrín y los trozos de cable. Wu le estaba dando a la manivela de un teléfono de campaña y Mainwaring probando la eficacia de su paraguas negro. En su mano, la de Lester, había un aparato que emitía un ruidito automático cada vez que él pulsaba un botón con el pulgar. Se sacó una moneda del bolsillo de la pechera. No sabía qué esperar. En el caso improbable de que hubiera montado el sistema con una precisión absoluta (improbable porque era la primera vez que intentaba algo parecido y también porque era de fabricación muy casera), la máquina sería capaz de producir combinaciones de sonidos coincidentes con las unidades ideográficas que Edna y él habían diseñado para servir de lenguaje escrito. Mainwaring se estaba cambiando de ropa y Softly estaba en la cama, examinando la última carta que le había llegado.

Este anuncio no es ni una oferta de compra ni una petición de oferta para vender los valores referidos más abajo. La oferta sólo se lleva a cabo por medio del folleto correspondiente, del que se pueden obtener copias por medio de agentes de bolsa o notarios designados.

AAAA&A MINAS DE GUANO S. L.

Literalmente millones de acciones.

El precio está supeditado a las fluctuaciones de la curva monetaria del mercado mundial.

Softly dejó de leer en aquel punto, pensando: soy viejo, me voy a morir, a nadie le importa, el cuerpo de Edna reclinado sobre su escritorio y qué objeto tan inverosímil, pensó ella, esta estructura material mía, con las extremidades inferiores enfundadas en aquellas torpes botas y el resto envainado en aquel quimono desconsolado, con el mando fotoeléctrico al final de la mano de Bolin, pensando: soy vieja. Una mujer de andares pesados, pelo canoso y labios gruesos, con la cabeza apoyada en las manos, los ojos cerrados, un paquete de cigarrillos junto al brazo y unas gafas de montura oscura y lentes redondas junto al otro, el oído intermedio de Wu transmitiendo vibraciones hacia dentro, sonidos, señales auditivas, la inverosimilitud de mis partes, pensó ella, que nunca habían sido tan miserablemente obvias, todas apuntando en direcciones distintas y Softly chupándose el pulgar en la cama, y a ella le pareció que la depresión momentánea que sufría, si es que era eso, se debía al hecho de haber llegado al fin de sus «apuntes no específicos», aquellas notas en las que llevaba tantos años trabajando, el ámbito privado de su vida profesional, y es que ahora se daba cuenta de que (a) las notas ciertamente habían llegado a su conclusión (aunque no tenía ni idea de cómo lo sabía de forma tan concluyente), y de que (b) aquellas observaciones bastante al azar eran de hecho la sustancia en perpetua circulación del trabajo de su vida. Aquellas investigaciones, aquellos ejercicios de pensamiento relacional, aquellos secretos, representaban la esencia de su proyecto científico en mucha mayor medida que el Logicon. Testigo de mi propia aventura. Parecía que hubiera confundido la vida de otra persona con la de ella. ¿Por qué, de repente, la mayor empresa de su carrera, aquel canto neo-lógico al universo, le parecía menos importante que sus apuntes, que ella sabía bien que nunca habían tenido intención de ser más que simples sondeos, una mera serie de garabatos con los que llenar las horas de poco trabajo? Era una locura, ¿verdad? Presa de la depresión y de la fatiga (y pensando: me voy a morir), Edna sólo sabía que las notas explicaban su vida, que *eran* su vida, artefactos del cerebro aturdido que llevaba dentro. En realidad siempre había tenido una idea equivocada de cómo era su vida. La que ella había considerado su vida era la de otra persona. Y *ésta* era ella, Edna, la rectificadora tardía de equivocaciones. No conocer apenas a esa persona a quien no conocen quienes me conocen a mí. Ser en ese sentido testigo de mi propia aventura. ¿De quién es el cuerpo que he estado llevando todos estos años? ¿Es un mismo cuerpo para mucha gente o es justamente lo contrario? ¿Qué asquerosos episodios colónicos, si me permiten la pregunta, están teniendo lugar en la zona de mi colon sigmoide?, pensó Softly, recalando ante sí mismo la importancia de aquellas investigaciones, y llegado este punto Mainwaring hizo una pausa para inhalar la fragancia envejecida y tanínica de su maleta, Edna abrió los ojos para observar sus páginas de notación, pensando: soy vieja, me voy a morir, a nadie le importa. Bolin introdujo la moneda en el «ombbligo» del Logicon. En el bolsillo, en el de Lester, había un papel que contenía: matrices de símbolos, el significado (más o menos en inglés) de cada matriz; las

unidades de habla fonética correspondientes (en Logicon) que el objeto achaparrado emitiría, bueno, en caso de que Lester hubiera montado de manera correcta la máquina. Por ejemplo, la matriz «/nK» se correspondía con la función «la letra de función f contiene un número n de trans-formas exentas de f », y tanto una como otra se correspondían con el sonido «fu ling ho», tal como Lester lo había redactado sobre el papel. Bolin se encontraba en una zona de almacén y mantenimiento que daba directamente a la parte superior descubierta de su primitivo sistema androide, que a su vez estaba rodeado de bobinas de cable, aserrín y fragmentos de chatarra. De inmediato se oyó un ruidito. Él era consciente de que aquello no era tan interesante como hacer listas de cosas y luego ir tachándolas, una tras otra. Mientras esperaba para averiguar si el Logicon ofrecía o no una resistencia innata a ser hablado, se le ocurrió otra cosa. Si presentamos una alta intensidad mogujérica, en realidad esto no importa, ¿verdad?

LAS COSAS SALEN AL REVÉS

—¿Estamos todos aquí? —dijo Softly desde la cama—. ¿Dónde está ese hijo de puta de Walter Mainwaring con sus tan populares compuestos silfidizantes?

Por fin se congregaron todos en el aposento de Softly, pegados a las paredes. Edna con un cigarrillo colgando de la comisura de la boca. Billy intentando no parecer demasiado ansioso por que lo entretuvieran. Lester con su radio de onda corta en brazos. Mainwaring bien afeitado y dócil. Softly como siempre.

Maurice Wu entró en el cubículo, se detuvo a un metro de la puerta y se hizo a un lado, haciendo gala de una cortesía algo absurda, en cuanto apareció la mujer en el umbral. A Maury se le notaba en la cara esa tensión agotadora que crea fantasmagorías en los ojos y estira la más valiente de las sonrisas hasta unos límites idiotas. Por un momento pareció que adoptaba una pose formal, como si le fueran a sacar una foto. A continuación asintió con la cabeza y empezó a hablar.

—La han puesto al corriente de la situación. Sabe lo que queremos saber. La mantienen en lo que llaman un ciclo de producción máxima. Ahora lleva exactamente veintitrés horas despierta y trabajando. Estrés productivo, lo llaman. Nadie sabe qué pasará a continuación. Parece ser que tiene una rutina habitual. Yo mismo he visto alguno de los preparativos. Esperemos que el resto no sea peor. En fin, supongo que me toca dejar de hablar y unirme a vosotros.

La mujer iba vestida con algo que parecía una simple sábana con los bordes cosidos entre ellos a modo de protección rudimentaria del cuerpo. Llevaba los labios también cosidos, literalmente, uno de los preparativos a los que Wu se había referido. Le colgaban hilos blancos de la barbilla. Tenía costras de sangre por toda la boca y el mentón. Entre la costura en sí y la presencia de los hilos, los labios le sobresalían de la cara hasta un punto grotesco. Era imposible calcular la edad de aquella mujer o su lugar de origen. Su cara, dejando de lado la boca, mostraba las señales de una vida obviamente carente de comodidades materiales. Manchas descoloridas. Carne magra y hundida. Unos ojos desconocedores de experiencias indulgentes. Dobló los brazos hacia arriba y se quedó allí plantada, envuelta en su sábana inmundada y mirándose los dedos encogidos. Por fin empezó a darse la vuelta, lenta, haciendo presión con los pies descalzos sobre el suelo.

Ellos la miraron en silencio.

Sin ejecutar nada más que aquella lenta rotación, su cuerpo parecía afirmar el prestigio de la vacuidad; era capaz de asumir la forma de todo lo que virara en su dirección. Siguió mirándose los dedos encogidos, mientras los ojos se le ponían en blanco y la exigua identidad que tenían retrocedía por etapas casi mensurables. Llegado aquel punto pareció alcanzar un nivel especial; hizo una pausa y se puso a ejecutar una serie de rotaciones rápidas. Experimentó una sacudida, se desplomó y se quedó allí inmóvil, con la cara en el suelo, bastante rato.

Bajo las mantas, Softly intentó sin éxito provocarse con la mano una erección clara.

La mujer empezó a revolcarse por el suelo. Mientras lo hacía, la sábana se le fue abriendo por detrás y las costuras se le deshicieron. Tenía la cara manchada de tierra y ensombrecida por el dolor acumulado. Por todo su cuerpo desveladamente pálido, aquel índice de mareas de una locura intercalada con arte, se acumulaban las señales de la vida inclemente que llevaba: moretones, cortes y hendiduras. Lo que fuera que tenía que pasar no involucraba a los demás en forma de éxtasis colectivo. La jurisdicción de aquella mujer, el ascendente de su mirada vacía, estaba completamente vuelta hacia dentro. Su alcance territorial era nulo. Ante ellos desplegaba una belleza imbécil, absurda y desierta, el elocuente elemento negativo de su vida. Tal era el poder de su presencia física, de aquellos giros y temblores sin nombre, el hecho de ser una mente y un cuerpo capaz de vaciarse y por fin rellenarse a ella misma en un despliegue descompresor de oficio doloroso, o eso les pareció a quienes ahora vieron cómo se abría del todo la sábana, revelando a una mujer que ya no se revolcaba, sino que estaba tumbada boca abajo sobre la sábana embrollada, con los brazos todavía doblados hacia arriba y ahora metidos por debajo del cuerpo. En la nalga izquierda tenía una marca de nacimiento en forma de figura geométrica estrellada. Todos los que la estaban viendo sabían que se trataba de un pentáculo, el emblema secreto de la gente de la antigüedad. La mujer se incorporó hasta ponerse de rodillas, de espaldas

a su público. Puso los dos brazos en alto, con las manos cerradas. A continuación, y de forma sincronizada, extendió uno por uno los dedos de ambas manos hacia arriba: pulgar, índice, corazón, meñique y anular. Lo hizo varias veces, mientras empezaba a gemir, y, como el resto de las cosas que había realizado, estos nuevos ejercicios extrajeron su eficacia (ni una sola mirada ni una sola mente se distrajerón para nada) de la misma oscura motivación que impulsaba su ejecución. Aunque no miraba a su público, volvió a quedar claro que estaba alcanzando un nivel especial de representación. No paraba de gemir. Se le contrajeron los músculos de la espalda. Siguió «contando» en el aire, como si estuviera armando una correspondencia entre los números enteros y el laberinto sistemático de la naturaleza. A continuación bajó los brazos y, usando las manos para ayudarse a moverse, se dio la vuelta, todavía de rodillas, hacia sus espectadores. Intentó abrir la boca. Ya no satisfecha, al parecer, con emitir un solo sonido sin modular, intentaba arrancarse los hilos que la constreñían, usando únicamente los músculos faciales, con las manos pegadas a los costados. Se le soltaron varios puntos, provocando que le volviera a manar la sangre. Sufrió un dolor extremo, pero ahora también sugería una presencia compleja, devolviendo con los ojos una luz tenue a los objetos y las formas. Tenía la parte inferior de la cara embadurnada de sangre. Se puso a escupir trozos de hilo. Sobre los pechos y los muslos le caían goterones en forma de estrella. Con una última mueca apasionada, liberó su boca del último pedazo de hilo, y a través de la sangre y los dientes gritó una sola palabra:

—Pitágoras.

Ellos esperaron a que dijera algo más, conectados por una madeja de futilidad total y estúpida. Pero aquello era lo único que la mujer había venido a anunciarles. Mainwaring y Wu la ayudaron a ponerse de pie, la envolvieron con la sábana y la llevaron a la unidad de primeros auxilios. Con el índice y el pulgar, Edna Lown se sacó una mota de tabaco de la punta de la lengua. La examinó un momento y por fin regresó a su aposento. Bolin puso la radio sobre el escritorio de Softly y la encendió.

—Supongo que si hemos de averiguarlo a ciencia cierta, ésta es la forma —dijo Lester—. Últimamente las cosas han estado saliendo del revés. Nos merecemos un poco de buena suerte, Bobby.

Billy miró a su viejo amigo y mentor.

—No es más que un rumor —dijo Softly.

Dentro del espectro sin límites de la estática intersectada, se oyó a un locutor:

—Hora de Greenwich —dijo—. Al sonar el tono serán las catorce, veintiocho, cincuenta y siete.

Intermedio del sistema: rastro de eclipse Asia: niños vendidos en Madhya Pradesh, comiendo ratas para vivir, desprendiendo la corteza y las hojas de los árboles para vivir, realidad externa, moscas en paredes encaladas, viejos con taparrabos recogiendo el polvo de una bicicleta con palanquín, cuerpos de barro ciegos, bocas bordeadas de una capa de esputo, hileras de sandalias desplegadas por los márgenes del patio de un templo, mujeres con sari deambulando por las tiendas con vestuario de muselina, hueso, plástico y cristal, saris de algodón tejido a mano (en habitaciones vacías), mujeres desplegadas a intervalos por el limo montañoso de los arrozales, ocupándose de fogatas de bosta, deslizándose entre las casetas con cascabeles en los tobillos y pulseras, una masa de voces pensativas (en habitaciones vacías reservadas para la menstruación), un disco negro quitándole el borde al sol maternal. Gente que rodea las cocinas al aire libre esperando sus gachas y su leche, comiendo hierba para vivir, los cadáveres de los muertos de hambre abandonados en terrazas embaldosadas, experiencia humana, ventilador eléctrico desplazando el aire de una habitación decorada con imágenes de los dioses movidas por el aire. Monos que desaparecen de una ventana, reaccionando a los suaves inicios del eclipse, la sombra de la luna trazando un arco en el nordeste, con su trayectoria total dentro de una franja de longitud y anchura bastante estándares, con una velocidad rutinaria y un periodo de tiempo más o menos habitual. El eclipse es notable únicamente por inesperado, puesto que el único eclipse solar (total) programado del año ya ha tenido lugar (en el noroeste de Estados Unidos y Canadá), una imagen proyectada en una pantalla de cartón (dos coma siete minutos). En calidad de entidad FAOR hipotética (transferida, por el medio que sea, desde tu estado no cuántico exterior),

cuentas con la ventaja de tener un punto de vista omnidireccional y la posibilidad de observar, en relación con este fenómeno, que la Tierra, al circular por la trayectoria del eclipse y sus bordes exteriores de oscuridad parcial, se parece a una inmensidad calcinada, niños con platillos para mendigar, hombres entregados a la meditación. Entrás en una celda de un ashram, varios monjes con túnicas ocres, uno de los cuales (calvo, adormilado, con olor a cáñamo) les habla a sus colegas de los africanos que aplauden embargados por el espíritu del eclipse y tocan tambores para que regrese el sol, que se esconden en sus chozas de frondas de palma, que experimentan convulsiones; del brujo de la tribu que mastica hojas amargas y escupe los pedazos curativos sobre los aldeanos congregados; les habla de los nativos que se cubren los cuerpos con arcilla blanca para combatir la oscuridad, de aldeas enteras blanqueadas de esta manera, de los ataques de llanto y de epilepsia, de los arranques de danza, de los homenajes mórbidos a su señor. Los demás sadhus se muestran divertidos, asienten al unísono, la fuente empírica, niños inmovilizados por la gastroenteritis, hurgando en la basura para vivir, para saber qué pasa en las alturas, ese fenómeno que es casi un anochecer, una sombra que se mueve hacia el Ganges más oriental, heces por cólera, deshidratación por cólera, vómitos por cólera, chicas con crótalos en los dedos riendo en una arboleda de mangos, la concha de cauri, el búho de la buena suerte. Es como si en todas partes el alma de una misma experiencia atravesara intacta el alma de otra, hombres con las marcas blancas de Shiva, bueyes en granjas dispersas. Redirigirte a ti mismo desde Fuera, tal como sabes hacer (tras aprender a contar hasta n), es el equivalente de entrar una vez más en tu marco demasiado pequeño de lógica y lenguaje. Una vez desmantelado el entramado de tus percepciones a fin de solventar la realidad, ahora la identificas con un destello de una micra de materia dispersora de luz, en el seno de una estructura por lo demás compuesta de coordenadas matemáticas. Los ciegos mendigan en lugares iguales, ropa tendida a secar, unas cuantas cabras; a todos los demás lugares, jugueterías, cristal de colores, esa miseria que suele rodear a los milagros. Respirar pero sin hablar, dormir bajo tierra, vivir en el dolor infligido a uno mismo, aspirar a ser cegado por el Sol, hablar pero sin moverse. Los niños juegan con las sombras bajo las últimas luces, pajaritos que extraen insectos de los excrementos humanos, los jugadores quedan a salvo cuando hacen desaparecer sus sombras. Hay una raga vespertina en una sala de música, chicas descalzas que se esconden a la sombra de un depósito de agua, discusiones de hombres cruzados de piernas y ferozmente dispuestos a aceptar la noción del sufrimiento como deporte macrocósmico, esa chica y aquella bajo un crepúsculo arrasado, los gritos de sus perseguidores. Tu percepción es completa. Mujeres con escobas de paja. Niños muertos bajo arcadas oscuras. Las chicas emergen lentas de la sombra que las envuelve, conscientes de que el juego ha sido absorbido, de que todas las sombras han quedado subsumidas en este tinte nocturnizador. Una mujer se pinta una mota de color bermellón en la frente. La densidad insistente de los timbales, las tamburas y el sarod. Ves el plato de la cena del místico itinerante, con su puñado ordenado de almendras, el mundo real, ese hombre lleno de distintivos de sectas y llagas abiertas. Hay un estudiante sentado en una tarima repitiendo frases de un libro de texto, con una voz soñolienta que suena medio a oración, como en todas partes, las matemáticas coinciden con la voluntad de vivir. En ciudades construidas, esos acuartelamientos temporales trazados con regla, las condiciones materiales para sobrevivir, cuando se cruza un océano (lee él) son las matemáticas las que allanan el terreno para la pericia del tallador, las que le suministran referencias direccionales al tipo que está en la barandilla del puente ajustando un instrumento de navegación de huesos pequeños. En la línea de contacto entre la naturaleza y el pensamiento matemático es donde las cosas tienen sentido, donde las cosas acceden al punto de vista que tenemos de ellas, donde nos devuelven una oleada contagiosa de razón. Sobre su tarima, soñoliento, sobre unos tablones mellados y bajo una ventana con postigo, el joven murmura dirigiéndose a su libro, una semilla impresa de la raza del calibre de un texto vedántico, y es que la India (de la palabra en sánscrito que significa «río») es el origen de la notación posicional del sistema decimal y también de los números del uno al nueve, canastas de mimbre sobre las cabezas de las mujeres, hombres célibes durante toda su vida que sonrían con los dientes rotos, niños que mendigan un pedazo roto de galleta, el universo físico, comer migajas para vivir. Luego hacia el

norte, buitres apostados en los árboles, las curvas sombrías de unas aguas cargadas de acontecimientos, botes de pesca, balsas de bambú que transportan cuerpos salpicados de pétalos de jazmín y de rosa, éstos son los niños que se han librado de la pira, y hay madera de sándalo flotando. ¿Qué es el universo que existe fuera del cerebro humano? El sadhu está desnudo en su celda, su cuerpo no tiene ni un pelo en ninguna parte. Las matemáticas son el mundo cuando le sustraemos nuestras percepciones. En tu estudio terrenal del tema, fuiste más allá de su relación con la voluntad de vivir y descubriste que contenía una «no existencia» no dolorosa, la idea teórica del espacio-*n*. De manera que mandaste al cielo una pista de las limitaciones no solamente de (vuestra) nuestra ciencia, sino también de nuestra identidad humana, esa misma posesión que este monje desnudo intenta disolver en su ingestión metódica de las vísceras y el moho del mundo. Oyes a los sacerdotes del templo y a los mercaderes, a los mendigos con sus cuentas de madera, y es que la voluntad de vivir (lee él) es una actitud incorporada en la prolongación del orden, una condición definida por las matemáticas. Igual que en todas partes, los fantasmas de esas experiencias se atraviesan entre sí, el golpear de la ropa contra las piedras, los actos sexuales rodeados de telas mosquiteras. La sombra entra en Bangladesh, miles de personas haciendo cola, y a cada uno de ellos le tocarán en el mejor de los casos unos mendrugos de pan ácimo, y el control de la situación lo tienen unos hombres con palos. Lees que el hombre afligido cree en la cotidianidad de lo absoluto. Las familias dejan sus esterillas en el suelo y se preparan para dormir sobre la acera, el origen empírico, niños que roban para vivir. Estar Fuera es conocer un entorno infinitamente menos complejo que el que abandonaste. Por mucho que no desees visitar la miseria, sin embargo, eres capaz de experimentar una vez más parte de la riqueza de los límites innatos. Ves que estamos arrebatadamente enredados con todo lo que nos rodea, ves ese empuje que nos lleva a medir y ahondar. Ahí, fíjate: en esas herramientas de marfil labradas, en esos maderos con muescas, en la manipulación por guías de onda de la luz y en nuestro figoneo de la coreografía de los protones, nos implicamos en la incertidumbre sin límites. Ésta es la ética que tú has rechazado. Dentro de nuestra desolación, no obstante, te encuentras con esa red fortalecedora de obras y de mentes que se extiende contra todos los espacios solitarios que explican nuestros estados vacíos de ánimo, el dolor que se avecina. ¿Por qué estás aquí? ¿Para desenredarnos de los límites que imponen nuestros sentidos? ¿Para ofrecer vestimentas que nos protejan de nuestra crueldad y nuestro miedo? El dolor y el grito por la vida transmiten nuestros prodigios más sinceros. Rebasar las premisas de éstos, por medio de la rotación de tectitas o lo que sea que hayas inventado, equivaldría a volvernos hipotéticos, creaciones de nuestro propio fingimiento, que es lo que eres tú. Espacio geométrico con cualquier número de dimensiones. La conciencia de no ser consciente de uno mismo. La liberación metafísica que hay en el centro de la dimensión del valor oscuro. Entona el anciano huesudo *sannyasa* con su taparrabos enredado *sannyasa* cuerpo de barro ciego a la gigantesca inevitabilidad cenicienta de todas las cosas pertenecientes a su particular visión de la Tierra. Como los túmulos funerarios están llenos, la gente deposita los cuerpos en unas fosas poco hondas desbrozadas por los perros del lugar. Los turistas fotografían los cadáveres, la experiencia humana, las colecciones de cuerpos en la calle. La sombra se adentra en el estado de Assam, dejando tras de sí esos trofeos de huesos que deja la muerte épica, familias sentadas en la tierra delante de un comedor social, realidad externa, sus miradas suspendidas para siempre en este medio de humanidad nutriente exagerada, rodeados mientras esperan por el clamor, los lamentos, un zumbido audible de nombres sagrados, igual que en todas partes, todas las variaciones en telas humildes del ruido de las súplicas, la sombra se adentra rápida en la China azul en los mapas, un sistema de suposiciones silenciadas.

Robert Hopper Softly, con un elegante traje negro, en medio de una parcela de hierba deslumbrante, maletín en mano, con la mayor parte de la cara cubierta por unas gafas de sol vanguardistas. Por fin la proa sombría de una limusina apareció en lo alto de la rampa en espiral que bajaba hasta el aparcamiento principal, situado debajo de la estructura cicloide. Mientras el Cadillac salía de la rampa y se acercaba lentamente a él, Softly se sorprendió irguiéndose un poco, como si intentara ocupar de forma más completa algún marco espectral de ética autoritaria.

Había algo que no encajaba. Si era cierto, tal como había declarado hacía poco el más joven de sus colegas, que la sombra lunar había tocado la Tierra a la hora universal (o de Greenwich) anunciada por la radio, y si era cierto que desde aquel contacto inicial hasta el presente sólo había transcurrido media hora, y si por consiguiente era media tarde en el meridiano principal, ¿por qué, considerando su posición (la de Softly) en términos de longitud al este de Greenwich, no era de noche donde él estaba? No esa noche anormal de los eclipses totales de Sol, sino la noche normal y corriente, ese intervalo de oscuridad que ocupa una parte importante de cada periodo de veinticuatro horas durante el cual la Tierra completa una rotación sobre su propio eje. La anomalía celeste sin parentesco hacía honor a su nombre. Y aunque no estuviera causando una noche, estaba claro que sí estaba causando un eclipse. Sí, él notaba que la sombra se le acercaba a toda velocidad.

El conductor detuvo el coche por completo. El hombre que iba sentado a su lado se asomó por la ventanilla para dirigirse a Softly.

—No sé si esto está bien.

—Abra la puerta y déjeme entrar.

—No está usted en la lista —dijo el conductor.

—No tengo tiempo para discutir.

—Tenemos que recoger a un pasajero en la dirección contraria para traerlo aquí.

—Yo quiero ir al este.

—Ahí está el problema —dijo el otro.

—Me muero de ganas de salir ya.

—Para llevarlo en dirección contraria no habría problema —dijo el conductor—. Porque justamente vamos hacia ahí.

—Abra la puerta —dijo Softly.

—Si estuviera usted en la lista, intentaríamos arreglarlo.

—Estoy sufriendo.

—¿Sufriendo en qué sentido?

—En el sentido de que me siento enredado en algo extremadamente desagradable.

El hombre que estaba más cerca de Softly se volvió hacia el conductor.

—Ha dicho que estaba sufriendo. Y luego lo ha definido.

—Ya lo he oído.

—El sitio al que quiere ir no nos pilla de camino. Está totalmente en dirección contraria.

—¿Cómo de lejos en kilómetros?

El hombre se volvió hacia Softly.

—¿Cómo de lejos está el sitio situado justo en dirección contraria a la nuestra, en kilómetros?

Él se quedó en la penumbra de lo alto del hueco del ascensor y contempló cómo los cubos de guano ascendían en diagonal sobre un sistema de vías elevadas de tranvía, contenedores del tamaño de habitaciones, todos llenos a rebosar del producto.

—Prepárate para bajarte de un salto.

—¿Cuándo?

—Cuando lleguemos.

—¿No te estás precipitando?

—Porque apenas pienso parar.

Sentado en medio del asiento trasero, Softly iba mirando al frente, por miedo a que hasta el más pequeño vistazo por la ventanilla lateral revelara algún indicio de la llegada de la sombra. Estaba intentando no pensar con claridad. Se trataba de una estrategia de protección de sí mismo que usaba cada vez que afrontaba la clase de visión desoladora que le causaba punzadas de vergüenza profesional. Resultaba deplorablemente obvio, aquel asunto en el que estaba intentando no pensar. El eclipse, en un sentido estrictamente lógico, no debía causar ni miedo ni alarma ni ansiedad ni terror, pese a su naturaleza inesperada. En un sentido lógico, los acontecimientos no guardan relación entre ellos. Pensar lo contrario es entregarse a una intuición mística. Un eclipse imprevisto no es más alarmante, en términos lógicos, que un eclipse predicho

hace décadas o siglos. Que este último fenómeno vaya a tener lugar no es más que pura conjetura. Softly sabía esto tan a ciencia cierta como sabía que estaba angustiado. La totalidad mogujérica en sí misma no contradecía para nada los postulados del pensamiento lógico.

Pero si tan convencido estoy de esto, ¿cómo me las he apañado para olvidarlo?

No era simple olvido, comprendió, sino un miedo más profundo que el meramente lógico y que lo empujaba a huir. El miedo (tal vez) al eclipse en sí. El deseo de golpear objetos huecos. La necesidad de mascar las hojas carnosas de la planta del aloe. El impulso de esconderse de una forma más fundamental de lo que era posible en el antro. No era su lógica la que se había venido abajo, ni tampoco el mundo en sí, sino algo más esencial para el hecho espiritual que abarcaba su existencia. Nunca había estado en la trayectoria de un eclipse total. Había leído sobre el enfriamiento del aire pero no lo había experimentado nunca, como tampoco había experimentado la llegada ladina de la oscuridad, la visión de las aldeas blancas, de los animales buscando sus corrales u hoyos para pasar la noche, de los movimientos nerviosos de las criaturas nocturnas en medio de la penumbra fugitiva, y es que la tendencia general que lo motivaba todo era la de la adaptación física rápida a un fenómeno que no tocaba. ¿Acaso era posible que únicamente su cuerpo hubiera sido víctima de un engaño? Y en caso de que sí, ¿no había que deducir que la palabra *únicamente* tan sólo se refería, por medio de reflejos sucesivos, a sí misma? Por supuesto, pensó él, nos siguen faltando las pruebas básicas de que, en efecto, se esté produciendo un eclipse. Sin una estructura simple y rígida de datos para juzgar, no podemos estar seguros de que al final no resulte ser más que un rumor.

Y tú te lo crees, mongolito.

Se quitó las gafas oscuras, se las guardó en el bolsillo de la pechera de la chaqueta del traje y se puso a cuatro patas. Parecía que el viento estaba remitiendo. Seguía habiendo luz, había luz. Algún mecanismo de aviso preventivo le hizo ponerse a gatear, reconociendo, en todas partes, experimentando, una sensación de espacio violado, de que el aire mismo estaba impregnado de aquella sorpresa infrarroja. Emitió una serie de sonidos a modo de prueba. Unos cilindros enormes llenos de guano se movían en diagonal por la penumbra, levantando polvareda. Se subió al Cadillac.

Se sentó en mitad del asiento trasero, sudando de forma incandescente, sintiendo que tenía el cuerpo cubierto de esa capa de suciedad que se forma sobre los estanques. Se puso el maletín sobre el regazo y buscó a tientas en su interior el antiguo bote de pegamento que contenía su sustancia delirante más extrema, un compuesto grumoso de líquido para encendedores, disolvente de pintura, cola de aeromodelismo, quitaesmalte de uñas y varios tipos de gas para aerosoles. Con un poco de esfuerzo, le quitó el tapón de goma, que era de los de antes (con pincelito incorporado). Luego se puso la boca pegajosa del bote justo debajo de la nariz. Inhaló profundamente varias veces, sentado con afectación en el centro geográfico del asiento trasero, con los párpados descendiendo lentamente detrás de las gafas.

—Creo que lo veo —dijo el conductor.

—¿En qué sentido lo estás diciendo? —dijo el otro hombre.

Cavilando brevemente sobre la historia, Softly se planteó sin oposición alguna (de sus propios precedentes) las batallas falsas que se libraban en el Antiguo Egipto y en Mesopotamia para acompañar al conflicto que sugerían los diversos acontecimientos celestes. De aquella forma, la crisis del tiempo (de la luz que se atenúa y de la estación que termina) se volvió específica y personal, libre de abstracciones. La gente traducía el fenómeno en forma de los arcos de sudor de sus propios cuerpos, intentando tal vez actuar más allá de su miedo, inventando juegos para llenar aquella fisura de los cielos. Tenía el maletín entre los pies. Tamborileó con los dedos sobre las rodillas. Vapores, náuseas, humedad salada. Decidió dirigirse al conductor y abrió la boca lentamente, casi esperando ver cómo emergía una burbuja.

—«Ya» «hemos» «llegado».

—Repítalo —dijo el conductor.

—«Aquí» «es» «donde» «me» «bajo».

—Creo que mis oídos no oyen.

—«Pare» «el» «coche».

Soplaba un viento bastante fuerte. Entregó su maletín a través de la ventanilla abierta al hombre que estaba en el lado del pasajero del asiento delantero. Se quedó un momento plantado a un par de metros del coche. Oyó que arrancaba, daba media vuelta y se alejaba. Luego echó a andar por la hierba, bajo la última luz, y se dio cuenta de que estaba dando todavía más bandazos que de costumbre. Mantuvo la cabeza gacha. Cuando llegó al borde del hoyo se detuvo un momento, silogista de la noche inclemente.

—Mis oídos oyen.

El agujero tenía forma más o menos rectangular. Uno de los lados era menos abrupto que los demás y él eligió aquella superficie para su descenso. Entró en el hoyo casi sentado, ejecutando maniobras de frenado con los pies por delante y usando las manos para mantener el equilibrio. Al llegar al fondo se puso de pie y se sacudió la suciedad del trasero de los pantalones. Se quitó las gafas oscuras, se las guardó en el bolsillo de la pechera de la chaqueta del traje y se puso a cuatro patas. Parecía que el viento estaba remitiendo. Seguía habiendo luz, había luz. Algún mecanismo de aviso preventivo le hizo ponerse a gatear, reconociendo, en todas partes, experimentando, una sensación de espacio violado, de que el aire mismo estaba impregnado de aquella sorpresa infrarroja. Emitió una serie de sonidos a modo de prueba. Gateó de punta a punta del hoyo y se metió por el hoyo del hoyo. El túnel empezó a descender con suavidad mientras él se adentraba en la oscuridad extrema. El hoyo era bajo y estrecho. Empezó a gatear más deprisa. El nivel de inclinación fue aumentando gradualmente. Sus dedos iban arañando la tierra dura. Hizo más ruidos. Había partes tan estrechas que lo obligaron a golpear y hurgar en las paredes de tierra para darse a sí mismo más espacio para pasar. Ahora la oscuridad era total. Tocó con la mano algo frío y duro y lo cogió, un trozo de cable metálico apenas maleable, retorcido por una punta y abruptamente curvado por la otra, como si tuviera que encajar en alguna caña o gancho. Lo usó para raspar la tierra de los tramos más estrechos, gateando más deprisa ahora, por una pendiente cada vez más pronunciada. Con las manos palpó trozos de algo parecido a tela, poco más que hebras finas, desperdigadas por el suelo del hoyo. Siguió avanzando hasta topar con un objeto de gran tamaño y bien construido, humano (parecía) y cubierto (tal como descubrió su mano) por ciudades enteras de vida vermicular. Softly no se detuvo para investigar si el objeto tenía pulso, si le latía el corazón o algo así. Se limitó a gatear directamente por encima del objeto humano y chocó contra una masa sólida de tierra. Tampoco ahora se detuvo. Usó ambas manos para desprender densos terrones. Emitió ruidos y sonidos. Sus dedos arañaron y escarbaron para abrir un pasadizo. Usó el objeto metálico curvado en las zonas en que la tierra era más firme. El ángulo de descenso era muy escarpado. Siguió cavando el hoyo del hoyo. Los ruidos que emitía se fueron volviendo más rudimentarios y toscos. Gateó, consciente, hurgó en la tierra, escarbó en la tierra dura, en todas partes, experimentándola, una sensación de contrarios entrelazados, la paradoja, la comedia, el mito erróneo del fulgor total.

Zorgasmo.

En la superficie se movió otra figura, ésta montada en un triciclo blanco, dirigiéndose en la misma dirección por la que había llegado el Cadillac, pedaleando a lo loco, un chico un poco demasiado grande para el medio de transporte que había elegido, con las rodillas dobladas hacia fuera, los codos muy levantados, la cabeza pegada al torso y el pulgar sobre el pequeño timbre que había sujeto al manillar. Llevaba americana y corbata. Un tramo reducido de oscuridad le pasó por encima mientras se aproximaba al hoyo, y se descubrió a sí mismo pedaleando en una zona blanca situada entre las franjas de oscuridad que precedían a un eclipse total de Sol. Aquel intervalo de blancura, que sugería el espacio entre unas líneas perfectamente medidas, lo movió a hacer sonar el timbre metálico. El timbre no hizo ruido alguno, por lo menos ninguno que él pudiera oír, riendo como estaba, alternando entre franjas vacías y oscuras, produciendo aquel ruido que se parecía a la risa, expresando vocalmente lo que parecía ser una emoción persuasiva, gritando como estaba, lanzando exclamaciones ahogadas a la quietud, emitiendo aquella serie de chillidos involuntarios, partículas que rebotaban en el aire que lo rodeaba, el polvo reproductor de la existencia.



DON DELILLO, (Nueva York, 20 de noviembre de 1936) es un escritor estadounidense conocido por sus novelas que retratan la vida de su país a finales del siglo xx y principios del xxi. Es considerado por la crítica especializada como una de las figuras centrales del posmodernismo literario. DeLillo trabajó cinco años en la agencia literaria Ogilvy & Mather. Publicó su primer relato en 1960: "The River Jordan", en Epoch, la revista literaria de la Universidad Cornell. Empezó a escribir *Americana*, su primera novela, en 1966 y la publicó en 1971. Cuatro años después contrajo matrimonio con Barbara Bennett. Durante la década de los 70 vivió algunos años en Grecia; allí escribió *Los nombres*.

El reconocimiento como escritor le llegó con la novela *White Noise* (que significa "ruido blanco" pero fue traducida al castellano como Ruido de fondo), publicada en 1985. A esa le siguieron, entre otras, la novela *Libra* (1988), *Mao II* (1991) y *Submundo* (1997), considerada su mejor obra. *Cosmópolis* (2003) "fue considerada como una incisiva exploración de los daños morales pos-11-S" y "se ha convertido en un texto profético que aisló las corrientes subterráneas que nos han llevado al presente colapso del sistema". David Cronenberg la adaptó al cine en 2012.

En 2010 apareció *Punto Omega*, en la que aborda el problema de la guerra en Irak y al año siguiente sale su primer libro de cuentos, *El ángel Esmeralda*, una selección de nueve relatos de entre la veintena que ha publicado a lo largo de su vida en diversas revistas.